

HISTORIA DE CUBA

El desafío del yugo y la estrella

Dr. José Cantón Navarro

Nociones Geográfico-Político-Administrativas.

Cuba no es solamente una isla, sino un archipiélago integrado por más de 1600 cayos e islas. De estas últimas, las dos principales son Cuba, propiamente dicha, e Isla de la Juventud, que hasta 1978 se conocía como Isla de Pinos.

El archipiélago cubano se halla en la zona tórrida o tropical del planeta, muy cerca del Trópico de Cáncer. Está situado en el Mar Caribe o Mar de las Antillas, a la entrada del Golfo de México, razón por la cual se le ha llamado a Cuba «La Llave del Golfo». Los países más próximos son: Haití y Santo Domingo, por el Este, a 77 kilómetros de distancia; Jamaica, por el Sur, a 140 km; Estados Unidos (Península de La Florida), por el Norte, a 180 km; y México, por el Oeste, a 210 km.

La superficie del archipiélago es de unos 111,000 km². La isla principal, Cuba, tiene en el mapa la forma de un cocodrilo, mide unos 1200 km de largo y su anchura es variable: 32 km por su parte más estrecha y 190 km por la más ancha.

El territorio del país está dividido administrativamente en 14 provincias y 169 municipios, uno de los cuales, Isla de la Juventud, tiene categoría especial, ya que es atendido directamente por el poder central. Las provincias son: Pinar del Río (la más occidental), La Habana, Ciudad de La Habana, Matanzas, Cienfuegos, Villa Clara, Sancti Spíritus, Ciego de Avila, Camagüey, Las Tunas, Holguín, Granma, Santiago de Cuba y Guantánamo (la más oriental).

La población absoluta de Cuba asciende a 11,000,000 de habitantes (en enero de 1996), un 59% de ellos en la parte urbana. Su densidad demográfica es de 99 habitantes por km². Aproximadamente, el 66% de los cubanos son blancos, el 12% negros, el 21.9% mestizos y el 0.1% de rasgos asiáticos.

Cuba tiene diez ciudades que sobrepasan los 100,000 habitantes. En primer lugar La Habana, capital de la República, con 2'172,400 habitantes. Las demás son: Santiago de Cuba, Camagüey, Holguín, Santa Clara, Guantánamo, Pinar del Río, Matanzas, Cienfuegos y Bayamo. La Habana es, de hecho, capital de dos provincias: La Habana y Ciudad de La Habana. Constituye el centro político, administrativo y científico del país.

El Clima. - Uno de los factores geográficos más estimados por los visitantes que proceden de zonas frías o templadas, es el clima semitropical de la isla. Aunque las condiciones climáticas varían algo en las distintas regiones del país, existiendo microclimas particulares en las montañas y en las costas, las diferencias no son notables. Puede decirse que existe un verano permanente, con una temperatura más alta y estable en los meses intermedios del año (que puede sobrepasar los 35 grados Celsius en julio y agosto) y más baja y variable en los finales y principios de año, cuando resulta fría a intervalos, aunque casi nunca es inferior a los 61 (meses de enero o febrero). La temperatura media anual es de 25,4 °C, siendo de 271 en verano y de 23 en invierno. En la zona oriental del país, los termómetros suelen marcar uno o dos grados más que en Occidente.

Flora y Fauna. - Cuba es uno de los pocos países del mundo cuya flora es esencialmente autóctona. Posee más de 8 000 especies de plantas, que comprenden desde el cactus de las regiones áridas hasta las orquídeas de las zonas húmedas. Hay una rica variedad de árboles de maderas preciosas. La vegetación cubre valles y llanuras, litoral y montañas.

El árbol más representativo de los bellos paisajes cubanos, es la palma real, de prestancia y belleza deslumbrantes, que crece en todas las regiones del país y en todo tipo de terrenos. La flor nacional es la mariposa, de color blanco y perfume delicado, que debe el nombre a su forma amariposada.

Entre las especies exóticas que se han adaptado mejor al suelo cubano, se hallan la caña de azúcar y el café, de suma utilidad para el país.

A diferencia de la flora, la fauna cubana es generalmente importada. No obstante, se conservan algunas especies de mamíferos indígenas como la jutía, el manatí y el almiquí, y peces como el manjuarí, del que se conservan muy pocos especímenes en Cuba. Se han tomado medidas para conservar estas especies en peligro de extinción.

No cuenta Cuba con temibles fieras ni otros grandes mamíferos, ni con animales cuyo veneno resulte mortal para el hombre.

Tiene, en cambio, miles de especies de insectos, moluscos, peces comestibles, aves y reptiles. Entre estos últimos, se halla el cocodrilo, pero confinado a algunas ciénagas cosieras, y tanto su carne como su piel son altamente apreciadas.

En Cuba habita el ave más pequeña del mundo, el zun-zún o pájaro mosca, al que se ve volando sin cesar con un zumbido peculiar, de donde viene su nombre. El tocororo es el ave nacional de Cuba, muy vistoso con sus colores azul, verde, rojo, gris, blanco, negro y bermellón.

Estado y Gobierno.- La Constitución de la República, que rige desde 1976, establece que Cuba es un Estado socialista de obreros, campesinos y demás trabajadores manuales e intelectuales. Dicha Carta es la base jurídica en que descansa la organización económica, política, social y cultural del país, incluidas la preservación de la independencia y soberanía de la nación cubana; la igualdad de derechos y deberes de todos los cubanos, sin distinción de raza, sexo, credo, etc.; el pleno ejercicio de los derechos democráticos, entre ellos el de profesar cualquier creencia religiosa y practicar, dentro del respeto a la ley, el culto que cada cual prefiera.

El sistema del Poder Popular está integrado por las Asambleas Municipales y Provinciales así como por la Asamblea Nacional, que es el órgano supremo del poder del Estado y la encargada de fiscalizar a todos los órganos estatales y de gobierno. La función de impartir justicia corresponde al Tribunal Supremo Popular y demás tribunales creados por la ley, todos los cuales se subordinan jerárquicamente a la Asamblea Nacional y al Consejo de Estado. Este último representa a la Asamblea Nacional entre uno y otro período de sesiones de la misma, es elegido por la propia Asamblea y ostenta la representación del Estado.

El Consejo de Ministros es el máximo órgano ejecutivo y administrativo, y constituye el Gobierno de la República.

Todos los órganos del Estado, incluyendo los ejecutivos y los tribunales, son electivos y renovables periódicamente. Los delegados a las Asambleas Municipales y los diputados a la Asamblea Nacional son elegidos también periódicamente (cada dos años y medio los primeros y cada cinco años los diputados), mediante sufragio universal, directo y secreto.

En Cuba tienen derecho a votar todos los cubanos, hombres y mujeres, mayores de 16 años; sólo se exceptúan los incapacitados mentales y los que cumplen sanción judicial por delitos cometidos. Para que cualquier candidato resulte electo, es indispensable que alcance más del 50% de los votos emitidos; y puede ser revocado en cualquier momento por decisión mayoritaria de quienes lo eligieron.

Los símbolos de la Patria. - Los símbolos nacionales de Cuba son los mismos que presidieron durante más de un siglo las luchas por la independencia, los derechos del pueblo y el progreso social: la bandera de la estrella solitaria, el himno de Bayamo y el escudo de la palma real.

La bandera y el escudo fueron diseñados por el poeta matancero Miguel Teurbe Tolón en 1849.

El Himno Nacional fue compuesto por el poeta bayamés y mártir independentista Pedro Figueredo en 1867, cuando los cubanos preparaban la gesta liberadora, y entonado públicamente por primera vez al iniciarse la guerra en 1868. Su letra es un ardiente llamado a los bayameses, y de hecho a todos los cubanos, para empuñar las armas por la independencia de Cuba. He aquí su letra:

Al combate corred, bayameses,
que la patria os contempla orgullosa.
No temáis una muerte gloriosa,
que morir por la patria es vivir.
En cadenas vivir, es vivir
en afrenta y oprobio sumido.
Del clarín escuchad el sonido.
¡A las armas, valientes, corred!

Algunas conmemoraciones Notables

1ro. de enero: Día de la Liberación. Aniversario del triunfo de la Revolución (1959).

28 de enero: Nacimiento de José Martí, Héroe Nacional de Cuba (1853).

24 de febrero: Grito de Baire o Grito de Calicito. Aniversario del reinicio de las guerras por la Independencia (1895).

13 de marzo: Ataque al Palacio Presidencial, La Habana (1957).

16 de abril: Día del Miliciano. Entierro de los caídos a causa de los ataques aéreos que preludearon la invasión mercenaria a Playa Girón. Declaración del carácter socialista de la Revolución (1961).

19 de abril: Victoria de Playa Girón (1961).

17 de mayo: Día del Campesino. Promulgación de la primera Ley de Reforma Agraria (1959).

26 de julio: Día de la Rebeldía Nacional. Aniversario del asalto a los cuarteles «Moncada», de Santiago de Cuba, y «Carlos Manuel de Céspedes», de Bayamo (1953).

30 de julio: Día de los Mártires de la Revolución. Asesinato del dirigente revolucionario Frank País (1957).

12 de agosto: Derrocamiento de la tiranía de Gerardo Machado (1933). 8 de octubre: Día del Guerrillero Heroico. Captura de Ernesto Che Guevara (1967).

10 de octubre: Grito de Yara o Grito de La Dernajagua. Inicio de las guerras de independencia (1868).

20 de octubre: Día de la Cultura Cubana. Se entonó públicamente por primera vez el Himno Nacional cubano (1868).

28 de octubre: Desaparición del Comandante Camilo Cienfuegos (1959).

27 de noviembre: Bárbaro e injustificado fusilamiento de ocho estudiantes de Medicina por las autoridades españolas (1871).

2 de diciembre: Día de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Desembarco de la expedición del «Gramma», organizada y conducida por Fidel Castro (1956).

7 de diciembre: Día de los caídos en las guerras de Independencia. Muerte en combate del Lugarteniente General Antonio Maceo, el Titán de Bronce (1896).

Un nuevo mundo y una civilización desconocida.

Colón y el «nuevo mundo». La existencia de Cuba, como la del continente americano en general, era prácticamente desconocida por los europeos hasta finales del siglo XV. Es cierto que se contaban leyendas sobre incursiones de los normandos a tierras situadas al occidente de Europa, cruzando los helados mares del norte, y que se mencionaban los nombres de Erico el Rojo y su hijo Leif como protagonistas de esas aventuras. Pero en realidad, nada se sabía a ciencia cierta sobre esas tierras, y mucho menos sobre sus habitantes.

De ahí que cuando el experimentado navegante genovés Cristóbal Colón ideó un viaje hacia el oeste a través del Atlántico, no pensaba en el descubrimiento de un nuevo mundo, sino en la manera de encontrar un camino más corto y menos azaroso hacia la India, importantísimo mercado de especias y otros productos muy apreciados por los países de Europa Occidental.

En esa ruta podía encontrar, desde luego, tierras no ocupadas aún por las potencias europeas. Por esa razón, cuando los Reyes Católicos de España, Fernando e Isabel, aceptaron el proyecto de Colón, no sólo se comprometían a compartir con éste los beneficios comerciales derivados de la gran empresa, sino que lo nombraban Almirante, Virrey y Gobernador General de las tierras que descubriese.

Así, amparado por las Capitulaciones de Santa Fe y con recursos suministrados por la Corona española, preparó el marino genovés su expedición de tres carabelas (Santa María, La Niña y La Pinta), y se hizo a la mar desde el puerto de Palos de Moguer, en la sureña provincia española de Huelva, el 3 de agosto de 1492. Navegó durante 72 días, debiendo vencer las dificultades de un viaje más largo de lo que esperaba y enfrentando las crecientes protestas de una tripulación presa del pánico, que llegó a considerarlo demente y a emplazarlo para que regresara a España. Pero antes de cumplirse el plazo acordado de tres días, en la madrugada del 12 de octubre de 1492, el marinero andaluz Rodrigo de Triana dio la voz de «¡Tierra!». La intrepidez, la voluntad y los conocimientos de Colón habían vencido. Llegaban así a la isla que los indígenas llamaban Guanahani (actualmente Watling), del grupo de las Lucayas o Bahamas, y que el almirante llamó San Salvador, por ser la que lo había salvado del desastre. Sin saberlo aún, habían descubierto, para los españoles, un nuevo continente.

Informado en lenguaje mímico por los naturales de que había otras tierras cercanas, siguió navegando hacia el sudoeste, y 15 días después, en la noche del 27 de octubre, llegaba a las costas de Cuba, a la que llamó Juana en honor al príncipe Juan, primogénito de los Reyes Católicos. Poco más tarde, en 1515, sería llamada Fernandina, por decisión del rey Fernando; pero incluso desde aquella época se impuso el nombre primitivo de Cuba.

Fue así como el hombre europeo llegó a la que Colón calificara, prendado de sus paisajes y de su gente, «la tierra más hermosa que ojos humanos vieran». Y fue así como encontró una civilización aborígen hospitalaria, laboriosa y pacífica, a cuyos integrantes llamó indios, por considerar que había llegado a la legendaria península asiática en busca de la cual había salido.

Esta civilización se encontraba en muy bajos niveles de desarrollo: no había rebasado aún la Edad de Piedra. Y sus representantes constituían los habitantes más antiguos del archipiélago cubano.

Con el inicio de la conquista y colonización de la isla en el año 1510 (muerto ya Cristóbal Colón, el descubridor), los representantes de la Corona española comenzaron también el aplastamiento brutal de la incipiente civilización que habían encontrado. En su sed de enriquecimiento, llegaron más lejos que los conquistadores de otras regiones del globo: no sólo sustituyeron las primitivas relaciones de producción por otras nuevas, más avanzadas, sino que, con el viejo modo de producción, también eliminaron físicamente a los hombres que lo representaban. Con ello cortaron el natural proceso de desarrollo que hubiera dado probablemente a la nacionalidad cubana caracteres muy distintos a los que hoy ostenta.

De ahí que la influencia de la cultura primitiva en el desarrollo posterior de la sociedad cubana haya sido

sumamente pobre, a diferencia del papel que desempeñaron las comunidades indígenas de México, América Central y Sudamérica en la formación de las nacionalidades que hoy habitan esos territorios.

El tajo violento asestado a la comunidad primitiva en Cuba durante el siglo XVI, que la desvinculó de las formaciones económico-sociales que le siguieron, es también un obstáculo serio para el estudio de aquella sociedad.

El hecho de que nuestros aborígenes no hubieran rebasado aún la Edad de Piedra, impidió que nos legaran testimonios escritos de su vida. Aunque es posible que algún día nos ayuden a conocer un tanto detalles de la misma las inscripciones, no descifradas todavía, que se han encontrado en cavernas de Oriente, Isla de la Juventud y otros sitios del archipiélago cubano.

Los descubrimientos arqueológicos hechos hasta el triunfo de la Revolución, que han prestado una valiosa ayuda para conocer la época inmediatamente anterior al descubrimiento, arrojan poca luz acerca del origen y evolución social de los indocubanos. Además, la fuente preciosa que constituye el testimonio de los descubridores y colonizadores se encuentra limitada por varias razones. La mayor parte de los escritos de Colón se han perdido; las obras de Bartolomé de las Casas y de otros cronistas e historiadores de la conquista son, en parte, contradictorias: las de las Casas, por favorecer a los aborígenes; las de Oviedo y otros, por ensañarse contra ellos.

No obstante esas limitaciones, se han podido esclarecer aspectos importantes sobre la vida de los indios cubanos, lo que nos permite ofrecer un cuadro general de la sociedad en que vivieron. Hay lagunas, desde luego, pero ellas no nos impiden penetrar en la esencia de los fenómenos socio-económicos de la prehistoria cubana.

Origen de los primeros habitantes. A la llegada de los españoles, habitaban el territorio de la isla no menos de tres grupos indígenas de diferentes niveles de desarrollo, que han sido designados por algunos historiadores con los nombres de taínos, siboneyes (o ciboneyes) y guanajatabeyes.

La procedencia de estos dos últimos grupos de indígenas está aún en duda; mas no se vacila en desechar la teoría del origen autóctono. Las investigaciones arqueológicas no han aportado ni un vestigio siquiera de que nuestra isla fuera su cuna: ni huellas de hombres anteriores a nuestros indios, ni restos de especie alguna de mamíferos que hubieran podido ser los predecesores del aborígen cubano.

Por otra parte, Cuba surgió del fondo de los mares y estuvo sumergida en ellos durante miles o millones de años, a intervalos quizás. De los animales marinos que vivieron en épocas tan remotas sí se han hallado restos petrificados o fosilizados en nuestro suelo. Y de la misma manera, se hubieran encontrado indicios de los antecesores del indio cubano si éstos hubieran surgido en nuestro territorio.

Ahora bien, no se ha podido determinar con exactitud el tronco étnico del que proceden ni el lugar exacto desde donde emigraron a Cuba. Se estima que sólo pudieron haber partido de La Florida, Yucatán o América del Sur. La mayor parte de los investigadores coinciden en señalar este último sitio. El origen del grupo de los taínos aparece más claro. Los historiadores están hoy de acuerdo en que descienden de los aruacos, pueblo indio de la América del Sur, y en que proceden de la costa noroccidental de Venezuela, específicamente de la cuenca del Orinoco, pues el carácter, modo de vida y costumbres de dicho pueblo son semejantes a las de los taínos. Y como ese grupo aborígen tenía similar cultura que ciertos indios de Santo Domingo y de las Antillas Menores, parece evidente que las emigraciones indias vinieron en oleadas ascendiendo de isla en isla por el arco de las pequeñas Antillas, huyendo quizás de las belicosas tribus caribes.

Cuando Colón arribó a Cuba, una gran parte de los taínos llevaban decenas de años, siglos tal vez, viviendo en nuestras tierras. Fueron ellos posiblemente los que empujaron a los guanajatabeyes hacia la península de Guanahacabibes, donde fueron hallados por los españoles.

Desigualdad de las culturas primitivas. La diversidad de criterios sobre el número de culturas aborígenes de

Cuba y demás Antillas, así como la falta de coordinación en cuanto a la terminología arqueológica, hizo surgir la necesidad de un esfuerzo unificador. Por eso, la Junta Nacional de Arqueología de Cuba propuso la celebración de una «Mesa Redonda» de arqueólogos del Caribe, la que se llevó a cabo en 1950.

En ella se acordó agrupar a los indios de Cuba en tres complejos culturales que se indentificarían con los números I, II y III. Corresponden, respectivamente, a los que conocemos como guanajatabeyes, siboneyes y taínos.

Los guanajatabeyes, los más atrasados, no construían viviendas. Eran prácticamente nómadas, vivían en cavernas y su ocupación era la pesca. No cultivaban la tierra, no tallaban ni pulimentaban la piedra. Su cultura correspondía, pues, al período paleolítico.

El alimento fundamental de los guanajatabeyes eran los peces y moluscos, y su instrumento característico, la gubia de concha. Los inmensos conchales que dejaron a lo largo del litoral y en sus enterramientos le han dado nombre a su cultura: cultura de la concha.

Según Las Casas, los siboneyes (complejo cultural II), vivían junto a los taínos en calidad de sirvientes, no de esclavos. Más que una cultura particular, la suya puede considerarse como pre-taína. Tallaban la piedra de manera muy tosca y no dominaban aún la simetría con la perfección de los taínos. Hacían hachas bastas de piedra blanda y vasijas de barro muy toscas, sin motivos ornamentales.

En los cementerios de los taínos se han encontrado, junto a muestras de su cultura relativamente avanzada, objetos toscos e imperfectos, que corresponden indudablemente a una cultura inferior, pero superior a la de los guanajatabeyes: es la cultura siboney.

Según el historiador Fernando Portuondo, los residuarios que se atribuyen a la cultura pretaína, a diferencia de los enterramientos de los guanajatabeyes, se encuentran en terrenos fértiles. Esto inclina a pensar que los indios que formaron aquellos montículos practicaron algún género de agricultura. En ellos no abunda la concha y en cambio son variados los desperdicios de cocina, que incluyen restos de tortugas, peces, aves y moluscos, testimonio de una alimentación más rica que la de los guanajatabeyes.

Los taínos (complejo cultural III) constituyen, por su grado de desarrollo, el grupo más representativo de nuestra prehistoria. Tenían la cultura más avanzada: tallaban y pulimentaban la piedra, cultivaban la tierra y tenían una organización social superior a la de los demás grupos. Ellos nos legaron una fuente de información más completa que los dos grupos culturales anteriores.

Nivel de desarrollo. Según todo parece indicar, cuando los primeros grupos indígenas se establecieron en la isla de Cuba ya hacía mucho tiempo que habían comenzado a crear sus instrumentos de trabajo; ya no eran animales sino hombres. Habían dejado atrás su vida en hordas o manadas, e incluso los más atrasados no sólo se dedicaban a las que fueron históricamente las primeras ocupaciones del hombre (la recolección de frutos y la caza), sino también a la pesca. Ya dominaban el fuego, habían dejado de vivir en los árboles y se refugiaban en cavernas.

A la llegada de los españoles, las principales ocupaciones de los taínos eran: la pesca, la caza, el cultivo de la tierra y las labores domésticas. Los instrumentos utilizados en cada una de esas ocupaciones eran todos manuales y sumamente rudimentarios. A excepción de unos supuestos perros mudos que utilizaban para la caza, no conocieron mamíferos domesticables. En este sentido, tuvieron una característica que los distingue de los demás pueblos primitivos de Europa, Asia y África: mientras en esos pueblos el desarrollo de la producción lleva de la caza al pastoreo y, después de éste, a la agricultura, en el continente americano, debido a las condiciones naturales, se salta de la caza a la agricultura sin pasar por el pastoreo.

Esa peculiaridad se planteó claramente en Cuba, donde ni siquiera la llama se conocía. Así pues, la época de la barbarie, cuyo inicio está marcado en los pueblos del Este por la domesticación y cría de animales, comienza en Cuba con el cultivo de hortalizas y de otras plantas. La presencia de perros mudos no resta importancia a la actividad agrícola, ya que estos animales, de haber existido realmente, se habrían utilizado

en una labor casi únicamente recolectora (la caza) y no propiamente productiva.

Otra peculiaridad del desarrollo de las fuerzas productivas en aquellos tiempos, es la que se relaciona con el conocimiento y uso de los metales. Los indios cubanos conocían el oro, mas no lo trabajaban. No sabían tampoco cómo obtener el cobre, el estaño, el hierro, ni por tanto el bronce. Es posible que ello se debiera a que no existía en nuestro suelo carbón de piedra y a que los taínos no conocieron otra fuente que produjera suficiente calor para trabajar con esos metales.

El principal instrumento de los indios era la coa, palo al que hacían la punta endurecida al fuego y con la cual removían la tierra para sus cultivos. Describe Colón en su diario el esmero con que cultivaban la tierra los taínos y la hermosura de sus cultivos (yuca o mandioca, maíz, ají, calabaza, boniato, batata o camote, maní, tabaco, etc.). A los taínos se les debe el primer maíz y el primer tabaco que se conocieron en España.

Para pescar utilizaban anzuelos de espinas de pescado, redes tejidas de algodón, nasas, canoas de una sola pieza movidas a remo. Además, utilizaban ingeniosamente el guaicán o pez pega para pescar animales marinos de mayor tamaño. Sus anzuelos no podían ser de hierro, cobre, etc., porque desconocían totalmente la elaboración de los metales. Nuestros aborígenes pescaban una gran diversidad de animales: tortugas, manatíes, sábalos, lisas, mojarras, moluscos, etc. Cuando se trataba de animales muy grandes los mataban a golpe de macana (palo grueso usado como arma).

La caza era otra de sus actividades predilectas, aunque también la practicaban en forma rudimentaria. Las jutías eran generalmente cazadas con perros mudos y matadas a macanazos. Apelaban, además, a procedimientos ingeniosos para atrapar aves acuáticas y pájaros.

No tenemos referencias de fuentes directas sobre el uso del arco y la flecha en sus cacerías, aunque sí sabemos que los utilizaron como armas, después del arribo del cacique Hatuey, para impedir la llegada de Diego Velázquez: «Pusiéronse, pues, su defensa —cuenta Las Casas— con sus barrigas desnudas, y pocas y débiles armas, que eran los arcos y flechas, que poco más son que arcos de niño».

Los instrumentos, utensilios y otros objetos de madera fueron característicos de nuestros indios. Con ella construían en primer lugar sus viviendas, que eran espaciosas, pulcras y sencillas. Además, fabricaban asientos (dujos), instrumentos de labranza, canoas, remos, azagayas (palos terminados en punta fina que podían usar como armas), objetos de adorno, etc. La mayor parte del ajuar casero era fabricado por las mujeres.

El algodón era trabajado con maestría. Con él hacían hamacas, donde dormían; así como naguas, telas con que las mujeres casadas se cubrían desde la cintura hasta medio muslo. Con hojas de yarey trenzadas hacían jabas y jabucos (especie de bolsas) para guardar y llevar comestibles. Con pita de corajo hacían cabuyas (cuerdas), que tenían varios usos, y con bejucos y ariques de yagua amarraban las tablas de palmas a los horcones de sus viviendas para levantar las paredes.

Una actividad de gran importancia en la que estos indios alcanzaron altos niveles de desarrollo en comparación con otros pueblos de las Antillas, fue la construcción de objetos de piedra tallados y pulimentados, propios del carácter neolítico de su cultura. Es admirable la simetría de sus esculturas. Una buena muestra de su habilidad en el tallado de la piedra son sus hachas petaloides, que utilizaban ya como armas o instrumentos de trabajo, ya con fines litúrgicos o ceremoniales. A estas últimas solían esculpirles rostros, cuerpos humanos o figuras de animales. También se han encontrado ídolos y otras figuras tallados en las estalagmitas de algunas cavernas.

Además de hachas, tallaron y pulimentaron ídolos de piedra, cuentas para collares y pendientes, bruñidores, morteros y otros objetos. Llama la atención que en muchos de esos trabajos utilizaron rocas de gran dureza: pórfido, granito, diorita, serpentina.

En alfarería lograron también muchos adelantos, si bien no alcanzaron la destreza de otros indios de las Antillas y mucho menos la de los aztecas y los incas. Los taínos supieron amasar el barro, darle forma y cocerlo para hacer vasijas. En sus asientos y cementerios se han encontrado muchas de esas vasijas (cazuelas, bandejas) decoradas con figuras grotescas.

Como puede apreciarse, el nivel de desarrollo de los instrumentos de trabajo era muy bajo todavía entre los indios cubanos. No obstante, bastaba para que resolvieran sus necesidades esenciales. Cuba era un bosque inmenso; prácticamente se podía atravesar la isla de un extremo a otro sin que faltara la sombra de los árboles.

Y como si esas prodigalidades no fueran suficientes, la isla estaba libre de animales feroces o de serpientes venenosas y sus pacíficos habitantes trabajaban tranquilamente, sin temor a las constantes acometidas de los caribes, que diezmaban a la población en Santo Domingo y otras Antillas. Es por eso que a la llegada de los españoles, los indios cubanos no habían creado armas eficaces con que enfrentar a sus enemigos.

También es lógico pensar que, gracias a la riqueza de la flora y la fauna cubanas, así como a la feracidad de sus tierras, los aborígenes cubanos no conocieran las crisis de subconsumo que lanzaron a otros pueblos primitivos del mundo a la conquista de nuevas tierras y a la práctica de la antropofagia. Además, ya habían aprendido a hacer ciertas reservas para el futuro, como demuestra el hecho de que los viveros de lisas que tenían en las bahías hoy llamadas Cienfuegos y Santiago de Cuba, alimentaron durante largas temporadas a los conquistadores españoles: «Estaban —cuenta Las Casas— abundantísimos de comida y de todas las cosas necesarias a la vida; tenían labranzas, muchas y muy ordenadas, de lo cual —todo tener de sobra y habernos con ello matado el hambre— somos oculares testigos».

Otra consecuencia de esa relativa abundancia de productos y de la facilidad de nuestro clima y de nuestras tierras para producirlos en aquellas condiciones históricas primitivas es, a nuestro juicio, el hecho de que los taínos no fueron hombres físicamente fuertes y resistentes. Nunca tuvieron la necesidad del trabajo físico rudo, y no lo habrían de soportar tampoco, por regla general, cuando se lo impusieron los conquistadores.

Entre los aborígenes el trabajo tenía carácter colectivo. Era necesario el concurso de muchos individuos para remover extensiones considerables de tierra por medio de la coa; para dar muerte a animales grandes, como las tortugas, etc. Los indios realizaban estos trabajos sobre la base de la cooperación simple.

A propiedad colectiva y trabajo colectivo correspondía también la distribución igualitaria de los productos: «Me pareció ver —contaba Colón— que de aquello que uno tenía, todos hacían parte, en especial de las cosas comederas».

En tan bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, el carácter social de la producción se limitaba al perímetro de cada comunidad india, independientemente de las demás. Los taínos dependían necesariamente de una economía natural, es decir, producían sólo para consumo interno de la pequeña comunidad y no para el cambio. Sólo de manera ocasional los grupos indígenas intercambiaban lo que producían.

Desconocían por completo el valor de lo producido. Esa categoría económica, la de valor, no existía para ellos. Eran capaces de entregar a los españoles, por ejemplo, objetos de mucha utilidad en cantidades apreciables (arrobos de algodón hilado, cestas de frutas, etc.) a cambio de cualquier baratija. Cuenta Colón que le fue preciso defender a los indios de la mala fe de muchos españoles que adquirían productos indígenas a cambio de trozos de escudillas rotas, pedazos de vidrio, arcos de barril rotos, etc.

De todo lo dicho se infiere que, al igual que todos los pueblos primitivos del mundo, la ley económica fundamental de aquella sociedad india consistía en producir los medios fundamentales para su existencia, con ayuda de instrumentos de producción rudimentarios y sobre la base del trabajo colectivo. La propiedad común de las tierras y de los instrumentos de producción, así como el carácter colectivo del trabajo, no eran el producto consciente del dominio de las leyes del desarrollo social.

Todavía el hombre se encontraba ciegamente atado a las fuerzas, para él desconocidas, de la naturaleza. Y aunque ya, a diferencia de períodos anteriores, tenía conciencia, ésta sólo reflejaba muy confusamente, aquellas ataduras.

Quizás donde se muestra con mayor evidencia la deformación de esa realidad —por lo que se refiere a los taínos—, es en sus creencias religiosas.

Los guanajatabeyes no nos dejaron elementos religiosos para juzgarlos en este aspecto; lo más probable es que no tuvieran tales creencias. Si así fuera, se confirmaría también en Cuba la tesis planteada por Mortillet en 1903 y abrazada por los demás científicos materialistas de que «los primeros escalones paleolíticos carecían de religiosidad».

No sucede lo mismo con los taínos. Creadores de una cultura neolítica, habían avanzado lo suficiente en el terreno de la producción material como para pensar, sentir y reflejar de alguna manera en su conciencia, el lugar dependiente que ocupaban con respecto a la naturaleza. Todavía, las raíces de la religión eran puramente gnoseológicas; no habían surgido aún las condiciones para que ésta adquiriera esencia de clase.

Los huracanes que asolaban las costas del Caribe, las plagas que arrasaban las cosechas, las inundaciones, las sequías, el rayo, la luz del sol, la oscuridad de la noche y muchos otros fenómenos naturales que afectaban las actividades económicas de los taínos y su vida toda, debieron reflejar en la conciencia de éstos, en forma fantástica y tergiversada, la impotencia del hombre ante la naturaleza. De ahí que las fuerzas naturales se convirtieran, a sus ojos, en todopoderosas, originadas en lo desconocido y dotadas de carácter sobrenatural.

En la explicación de esas fuerzas, los aborígenes también crearon sus mitos. Según el cronista Román Pané, los taínos de La Española creían que el sol, la luna y el hombre surgieron de las cuevas; contaban sobre conversiones de hombres en otros seres por el poder del sol; narraban las aventuras de los fundadores de la raza, y trataban de explicar el origen de ciertos ritos, del sexo femenino, de las castas sociales y de los principales cultivos.

Como en otros pueblos primitivos, la religión de los taínos era compleja. Creían en los poderes mágicos del behíque o sacerdote para conversar con los muertos, conocer los designios del cemí —poder sobrenatural y misterioso— y adivinar el porvenir.

Todo parece indicar que, a la llegada de los conquistadores españoles, la sociedad taína presentaba algunos síntomas de descomposición. Parecen confirmarlo, el paso del matriarcado al patriarcado, la jerarquización de la sociedad, la posible servidumbre de los siboneyes, la existencia de una mitología y otros factores. Pero ese estado de descomposición no condujo gradual y naturalmente a la sustitución de la comunidad primitiva por el régimen esclavista o por formas de transición. Como afirmó Engels, «la conquista española cortó en redondo todo ulterior desarrollo independiente».

De la servidumbre indígena a la esclavitud africana.

Conquista y Colonización. Tras el descubrimiento, la primera tierra americana colonizada fue La Española, nombre que había dado Colón a la isla que actualmente ocupan Haití y Santo Domingo. Cuba permaneció prácticamente abandonada hasta 1510, pese al interés de la Corona española en que fuera explorada para saber si en ella había oro.

Salvo algunas visitas incidentales, el único viaje importante que se hizo a la Isla en esos años fue el de Sebastián de Ocampo, quien salió de La Española con la misión oficial de explorar las costas cubanas, labor que realizó en ocho meses. Se efectuó así el primer bojeo de Cuba, el cual confirmó la idea de que ésta no era tierra firme como había creído Colón. Además, Ocampo descubrió dos de las bahías más notables de Cuba: La Habana —a la que llamó Carenas—, en la costa norte, y Cienfuegos —que llamó Jagua—, en la costa sur. La información recogida sobre la Isla en cuanto a la feracidad de su tierra, la bondad de los indios y las magníficas cualidades de sus costas, avivó en las clases dominantes españolas el deseo de conquistarla y colonizarla.

Esta misión fue encomendada al influyente militar y encomendero Diego Velázquez, el hombre más rico de La Española, que ya tenía experiencia como «pacificador» de indios y fundador de villas. Con él vinieron algunos hombres que más tarde habían de ser muy conocidos en América: Pánfilo de Narváez, Hernán

Cortés, Juan de Grijalba, Pedro de Alvarado, Diego de Ordaz y otros. Velázquez debía apoderarse de todo el territorio de la Isla, subyugar a los indios y convertirlos a la religión católica —«sin causarles daños»—, averiguar si realmente había oro en Cuba y fundar pueblos para darle sentido de permanencia a la dominación española. Los expedicionarios llegaron a la costa sur de la región más oriental de Cuba a mediados de 1510, y desde allí comenzaron la ocupación de la Isla.

Pese al carácter pacífico de los aborígenes, la conquista se inició con violencia. Los indios orientales tenían conocimiento de las crueldades a que eran sometidos sus hermanos de La Española, porque muchos de éstos habían llegado a Cuba huyendo de los conquistadores y también porque algunos aventureros españoles habían hecho incursiones en el extremo oriental de Cuba para robar indios y llevarlos a la isla cercana.

Uno de los aborígenes que vinieron huyendo de La Española fue Hatuey, antiguo cacique de la región haitiana de Guahabá. Al llegar, reunió a un grupo de indios orientales con el propósito de hacer resistencia armada a los españoles. Lucharon durante varios meses en una zona montañosa; pero sus armas y su organización no podían competir con las de los conquistadores, y finalmente fue aplastada la resistencia y capturado vivo el cacique Hatuey, quien murió quemado vivo en una hoguera.

Cuenta el cura Bartolomé de las Casas que, amarrado Hatuey a un árbol para ser quemado, y cuando ya las llamas le lamían el cuerpo, un fraile trató de convertirlo al cristianismo. El indio preguntó para qué debía hacerse cristiano y el fraile contestó: «para ir al cielo». El cacique quiso saber si los españoles, cuando morían, iban también al cielo, a lo que el cura respondió afirmativamente. Entonces Hatuey ripostó: «no quiero ir al cielo, para no encontrarme allí con ellos».

Aplastada la resistencia inicial, el proceso de la conquista se continuó primeramente por toda la región oriental. Allí se fundó en 1512 la primera villa: Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, que fue también la primera capital de Cuba. Después, divididos los conquistadores en tres grupos, avanzaron hacia el occidente: uno por la costa norte, otro por el sur y otro por el centro de la Isla.

La conquista se caracterizó por inhumanos abusos y crímenes injustificados contra los aborígenes. Ejemplo de ello fue lo que se conoce como «la matanza de Caonao». Cuando los conquistadores llegaron a este pueblo situado cerca de la ciudad de Camagüey, muchos naturales se agruparon asombrados para ver la novedad. Cuando más tranquilos se encontraban, un soldado sacó la espada y, como si fuera una señal convenida, todos los demás hicieron lo mismo, asesinando fríamente a hombres, mujeres y niños indefensos. De nada valieron las súplicas, amenazas y gritos del Padre Las Casas. Narváez, jefe de la expedición, permaneció impávido ante la matanza. El sacerdote calificó aquel crimen como acto inútil de bárbara crueldad, imputable al hábito de derramar sangre humana por los colonos en La Española.

Pero si la conquista se caracterizó por estos actos de barbarie, más nefasto aún para la población aborigen fue el proceso de colonización de la isla. Este proceso comenzó conjuntamente con la conquista. Al llegar a cada lugar se hacía un «requerimiento», que consistía en la lectura a viva voz de un documento por el que se les comunicaba a los indios que el Soberano Pontífice, vicario de Cristo, había donado las Indias a los Reyes Católicos y a sus sucesores, por lo que debían rendir obediencia a dichos Reyes y a sus representantes. Desde luego que los indios no comprendían lo que se les comunicaba; pero los españoles se lo harían entender por la fuerza.

Durante ese proceso de conquista y colonización se iban fundando las primeras poblaciones o villas, a la vez que se iniciaban los repartimientos de tierras y encomiendas de indios. Las villas fundadas en aquellos primeros tiempos —que constituyen hoy importantes ciudades— fueron siete: Baracoa —ya citada— Trinidad, Sancti Spiritus, Puerto Príncipe, Santiago de Cuba, Bayamo y La Habana. Casi todas se ubicaron a orillas de la costa para facilitar las relaciones con el exterior, particularmente con España. También se tenía en cuenta que cerca de las villas hubiera núcleos importantes de indios, la fuerza de trabajo fundamental en los primeros tiempos. Algunas de ellas sufrieron, más tarde, cambios de lugar.

Todas estas villas siguieron un mismo sistema: se comenzaba por construir una plaza abierta, la Plaza de Armas, y a sus lados se erigían la iglesia, el cuartel y el Ayuntamiento. Las calles, muy estrechas, convergían

hacia dicha plaza, y en ellas se levantaban las casas particulares, cuyas condiciones variaban según la fortuna de sus dueños.

Cada villa tenía su Ayuntamiento o Cabildo, integrado por dos alcaldes (primero y segundo) y tres regidores o concejales. Los alcaldes ejercían funciones administrativas y judiciales. La autoridad suprema de la Isla era el Gobernador, a su vez Vicepatrono de la Iglesia y Repartidor de indios. Por encima de la autoridad del Gobernador estaba la Audiencia de La Española y, en última instancia, el Rey de España.

El repartimiento de tierras seguía criterios feudales y se hacía generalmente así: terrenos para la plaza de armas, la iglesia, el ayuntamiento y el cuartel; parcelas para los pobladores, en las que éstos debían construir rápidamente sus casas; «tierras de propios», que los vecinos debían cultivar como tributo al Consejo, y «tierras comunales», consistentes en pastos, bosques y agua para el aprovechamiento común. El resto fue distribuido entre los conquistadores, ahora colonos, en mayor o menor extensión según la categoría e influencia del beneficiado.

Esta distribución se hacía generalmente en tres tipos de haciendas de forma circular: hatos, terreno de unas dos leguas de radio, que se utilizaba para criar ganado mayor; corral, de una legua de radio, para criar puercos, y la estancia o sitio de labor, más pequeño y de tamaño variable, dedicado a siembras diversas. A las tierras repartidas entre los colonos se les llamó «mercedes», porque sólo se poseían en usufructo. El propietario de las mismas, y quien podía mercederlas, era el Rey, aunque con determinadas condiciones los colonos podían llegar a ser sus dueños. En un tiempo se dio a los Cabildos la facultad de mercedar las tierras no repartidas aún.

La servidumbre de los indios se llevó a cabo mediante el sistema de «encomiendas». A cada colono —encomendero— se le entregó cierto número de indios —encomendados—, que variaba según la categoría de dicho colono. Formalmente, la encomienda tenía como fines la conversión de los indios a la fe cristiana, su adiestramiento en el trabajo y en las prácticas civilizadas. Los reyes ordenaron que se les tratara bien, se les alimentara y vistiera adecuadamente y se les reconocieran todos los derechos como súbditos de España.

IV

Hostilidad exterior y conflictos sociales.

Corsarios y Piratas. Las potencias colonialistas de Europa (Inglaterra, Francia, España, Holanda, Portugal) se hallaban continuamente enfrascadas en la lucha por el dominio de las demás tierras y mercados del mundo. Después de la conquista de América, España ejercía un monopolio comercial absoluto sobre las tierras conquistadas, las que sólo podían realizar sus exportaciones e importaciones con la Península, y a través de un solo puerto: el de Sevilla.

Este férreo monopolio aumentó los conflictos de las otras naciones europeas con España y contribuyó a que el corso y la piratería se extendieran también al Nuevo Mundo, a fin de disputarle a España no sólo el comercio con América, sino también posesiones importantes en el continente. A partir de la tercera década del siglo XVI, Cuba comenzó a sentir el asedio de los ingleses, franceses y holandeses.

Otro factor que estimuló el corso y la piratería fue el disgusto que también provocaba en muchos productores de la Isla, sobre todo entre los ganaderos, el monopolio ejercido por la metrópoli, ya que no sólo los obligaba a vender a un solo comprador sino que les imponía precios muy bajos por sus productos. De ahí que se estableciera un floreciente "comercio de rescate" o de contrabando entre estos sectores y los corsarios que visitaban las costas cubanas. En esta actividad ilegal llegaron a involucrarse autoridades españolas y otras altas personalidades en varias regiones de Cuba.

Pero no sólo se produjeron estas relaciones pacíficas con los bandidos del mar. También sufrió la isla numerosos ataques de los piratas a sus ciudades principales (La Habana, Santiago de Cuba, Puerto Príncipe, Baracoa, Cárdenas, Mariel, etc.), algunas de las cuales fueron saqueadas impunemente. Entre los principales

atacantes de la Isla y sus mares adyacentes se encuentran: Francisco Nau (El Olonés), Henry Morgan, Jacques de Sores, Francis Drake y Gilberto Girón. Hubo también piratas españoles y uno cubano, Diego Grillo.

El ataque de Gilberto Girón a Manzanillo en 1604 tiene una significación especial para la cultura cubana. En la pelea, un negro esclavo, Salvador Golomón, dio muerte al pirata y rescató al obispo Juan de las Cabezas Altamirano, que había sido secuestrado. En honor a ese hecho, el poeta canario Silvestre de Balboa, vecino de Puerto Príncipe, compuso el primer poema escrito en Cuba de que se tiene noticias, «Espejo de paciencia», del cual citamos un fragmento:

«un etíope digno de alabanza
llamado Salvador, negro valiente
de los que tiene Yara en su labranza,
hijo de Golomón, viejo prudente ... »

Ante estos constantes ataques, el gobierno español tomó numerosas medidas: fuertes sanciones a los habitantes de la Isla que ejercían el contrabando, mayor vigilancia de las costas, organización del sistema de flotas de modo que los buques cargados de mercancías no viajaran solos e indefensos, y sobre todo, la construcción de fortalezas para proteger las ciudades. Surgieron así los castillos de La Fuerza, La Punta y El Morro; el Torreón de Cojínar y el Torreón de la Chorrera (todas en La Habana), y el Morro de Santiago de Cuba.

Con razón ha dicho una historiadora que «los castillos de El Morro y La Punta son monumentos a Sir Francis Drake»

Contradicciones internas. A lo largo del siglo XVII fueron agudizándose las diferencias entre distintas clases y sectores sociales. Los indios en liquidación y los negros esclavos en ascenso, constituían las clases más explotadas y maltratadas entre los habitantes de la Isla y ya nos hemos referido a su descontento y a sus luchas. Pero entre los españoles y sus descendientes nacidos en Cuba (criollos), se ahondaban también las contradicciones clasistas.

Los ricos esclavistas que poseían plantaciones azucareras, grandes cantidades de tierras o ganado mayor e industrias importantes, así como los traficantes de esclavos y los comerciantes importadores, integraban una poderosa oligarquía, dueña de las más grandes riquezas y detentadora de abusivos privilegios. Las autoridades españolas, encabezadas por el Gobernador de la Colonia, se preocupaban generalmente por enriquecerse con rapidez y, aunque con frecuencia entraban en conflicto con la oligarquía, siempre llegaban a un acuerdo.

Otra muy distinta era la situación de los pequeños y medianos productores (sitieros, artesanos, comerciantes al detalle, profesionales modestos, etc.), sobre los cuales recaía el peso principal de las contribuciones fiscales y religiosas y de las exacciones de los funcionarios venales, además de sufrir los bajos precios a que tenían que vender sus productos o servicios y las dificultades para adquirir los recursos necesarios para su trabajo.

Largas y costosas fueron, por ejemplo, las luchas que debieron librar los vegueros (cultivadores de tabaco) contra el afán expansionista de los grandes terratenientes que pretendían desalojarlos de sus sitios, estancias o realengos. Esas luchas se iniciaron con el incremento de la producción azucarera o ganadera, se prolongaron durante todo el período colonial y continuarían luego a lo largo de la República dominada por burgueses y latifundistas.

Los pequeños y medianos productores tuvieron que batirse contra la expoliación de los gobernantes y contra el monopolio comercial ejercido por la Metrópoli. Como se veían obligados a vender sus productos a un solo comprador —el gobierno colonial— estaban supeditados a las condiciones impuestas por éste, generalmente

abusivas.

Una de las vías que seguían para mejorar su situación era la del comercio de contrabando, actividad a la que hicimos referencia antes, exponiéndose a sufrir severas sanciones si eran descubiertos.

También se decidían en algunos casos a realizar acciones de protesta, a veces vigorosas. Así ocurrió, por ejemplo, con los vegueros de las cercanías de La Habana (Santiago de las Vegas, San Miguel del Padrón y Jesús del Monte), a fines de la segunda década y principios de la tercera del siglo XVIII.

En 1717, teniendo en cuenta la gran aceptación que tenía en Europa el tabaco cubano, el gobierno decretó el estanco de este producto, lo que significaba el monopolio de su comercialización. Los vegueros sólo podían vender sus cosechas a una factoría establecida en La Habana, con sucursales en el interior del país, al precio fijado por el gobierno. Esta medida empeoró notablemente la situación de los vegueros: los compradores solían desechar la parte del tabaco que no les convenía, fijaban precios muy bajos, demoraban demasiado los pagos y cometían otros abusos. Los vegueros se disgustaron mucho con el estanco, y se quejaron reiteradamente a las autoridades de La Habana, pero no les hicieron caso. Entonces, en el propio año 1717, unos 500 vegueros de Jesús del Monte se armaron de machetes, picos y otros instrumentos agrícolas, marcharon hacia la capital y rodearon el castillo de La Fuerza, donde radicaba el gobernador, exigiendo el cese del monopolio. Para calmarlos, se les prometió que las condiciones del estanco serían modificadas. El Gobernador y los funcionarios de la factoría huyeron a España. Pero las promesas no se cumplieron y hubo una segunda rebelión en 1720, cuando los amotinados quemaron las casas y cosechas de algunos partidarios del estanco. Nuevas promesas aplacaron la protesta y nuevos engaños exacerbaron a los vegueros. En 1723 acordaron no vender el tabaco si no se les pagaba en efectivo, y cerca de 900 vegueros armados se dispusieron a quemar las casas y cosechas de algunos que no acataron el acuerdo. Conociendo esto las autoridades, prepararon una tropa selecta que los esperó y cargó contra ellos, ocasionándoles varios muertos y heridos. Once vegueros apresados por la tropa fueron ahorcados, y sus cadáveres quedaron colgados en los árboles, como escarmiento, en el camino de Jesús del Monte.

La rebelión, sin embargo, no fue inútil. Ella repercutió en la Metrópoli y el Rey ordenó que se permitiera a los vegueros la venta libre de su tabaco. Este fue el primer gran levantamiento campesino ocurrido en Cuba. Aunque estas luchas no eran todavía manifestaciones de una conciencia nacional cubana, empezaban a marcar diferencias importantes entre el gobierno colonial y los productores de la Isla.

V

La nación en cierne. Corrientes y vías.

A finales del siglo XVIII se acentuaron las contradicciones existentes en el seno de la sociedad cubana. El gobierno español volvió a prohibir el comercio libre de los productos cubanos; pero la oposición a esta medida era tan fuerte, que a los gobernadores de la Isla les fue imposible aplicarla con todo rigor. El crecimiento de la población negra, debido principalmente a la importación masiva de esclavos, y el ascenso de las luchas de éstos por su emancipación, acentuó el temor de los esclavistas y de la población blanca en general a una sublevación de los negros como la ocurrida en Haití, la que indudablemente debía ejercer influencia entre los esclavos y libertos de Cuba.

Se acentuó también la contradicción entre los hacendados criollos (hijos de españoles, nacidos en Cuba) y los comerciantes peninsulares, ya que estos últimos cobraban intereses abusivos por el dinero que prestaban a los productores; obtenían ganancias exageradas en la compraventa de azúcar, tabaco, café, etc. a costa de los hacendados y vegueros, y se oponían al comercio directo entre productores criollos y comerciantes extranjeros, ya que con esta operación resultaban eliminados como intermediarios.

La semilla de la libertad se veía abonada, además, por importantes acontecimientos internacionales como la conquista de la independencia por las 13 Colonias inglesas de Norteamérica, la victoria de la Gran Revolución Francesa de 1789 y la ya mencionada sublevación triunfante de los esclavos negros de Haití. Y en las primeras décadas del siglo XIX, las ideas de independencia y libertad recibirían el poderoso impulso de las guerras que las demás colonias españolas de América iniciaron por su emancipación nacional.

Primeras sublevaciones. Dominio del reformismo. En 1795 se fraguó una conspiración conjunta de blancos y negros, encabezada por un negro libre, Nicolás Morales. Tuvo su centro en Bayamo, con ramificaciones en varios lugares de la región oriental. El movimiento no tenía carácter separatista; sus principales demandas perseguían «la igualdad entre los pardos y los blancos» y la abolición de las alcabalas y otras cargas «que oprimen a los pobres». Descubierta antes de estallar, fueron encarcelados sus promotores.

La primera revolución separatista, cuyos preparativos se hicieron en 1809 y 1810, fue organizada por la capa más rica de la aristocracia criolla. Entre sus dirigentes se hallaban: Román de la Luz Silveira y Joaquín Infante. Este último elaboró una Carta Magna —la primera Constitución cubana basada en la independencia— que consideraba a Cuba como un Estado soberano, preveía el dominio de los sectores acaudalados del país, mantenía la esclavitud mientras fuera necesaria para la agricultura, establecía una clasificación social basada en el color de la piel y disponía que el catolicismo fuera la religión oficial.

El gobierno hizo abortar la conspiración, y sus principales líderes fueron condenados a presidio y deportación perpetua a España.

La derrota de estos intentos se debió principalmente a que la gran mayoría de los criollos, sobre todo los hacendados, no veían la solución del problema de Cuba en la independencia y, por consiguiente, rechazaban cualquier acción separatista. Pensaban que el poder de España era indispensable para mantener el sistema esclavista e impedir una sublevación de los negros. Ni en el sector de los criollos ricos ni en los esclavos negros se había desarrollado una conciencia nacional. Estos últimos sólo aspiraban entonces a su emancipación, y los criollos confiaban en que España podría conceder las reformas políticas, económicas y sociales necesarias para garantizar el progreso del país: mantenimiento de la esclavitud y de la trata de esclavos, cese del monopolio comercial ejercido por la Metrópoli y concesión a Cuba de los derechos que tenían las provincias españolas (asimilación a España) o establecimiento de un régimen autónomo en la Isla.

Precisamente en los primeros años del siglo XIX van adquiriendo perfiles propios las tres corrientes que habrían de caracterizar las luchas políticas de toda la centuria: el reformismo, el anexionismo y el

independentismo. Además, es en estos años cuando las acciones espontáneas y aisladas que venían protagonizando los esclavos desde mucho tiempo atrás, van adquiriendo organización y conforman una bien definida corriente de carácter social: el abolicionismo.

Todas estas corrientes existirán paralelamente a lo largo del siglo; pero su contenido y peso variarán en las diferentes etapas.

El independentismo es sumamente débil hasta 1820, y el anexionismo (corriente que aboga por la anexión de Cuba a Estados Unidos) da sus primeros pasos en esos años, alentado por pronunciamientos y gestiones de varios presidentes norteamericanos. En esta etapa, el predominio casi absoluto lo tiene el reformismo.

La confianza de los productores criollos en la política de reformas se consolidó en los primeros lustros del siglo, cuando el gobierno colonial administró la isla inteligentemente, protegiendo los intereses de los criollos, manejando eficazmente la hacienda pública, promoviendo la cultura y situando en posiciones destacadas a algunos representantes de los terratenientes nativos. Francisco de Arango y Parreño, el más relevante de éstos, fue nombrado Consejero de Indias; se logró el desestanco del tabaco y se autorizó el comercio libre de Cuba con las demás naciones. En una situación internacional también favorable, el azúcar y el tabaco cubanos alcanzaron una gran demanda, sus precios se elevaron, las rentas públicas se incrementaron notablemente y Cuba entró en una nueva etapa de prosperidad. En esas condiciones, muy poco habrían de influir en el ánimo de los criollos las luchas de las otras colonias de América por su independencia.

Dos décadas de separatismo. Varela y Heredia. La influencia de las guerras sudamericanas empezaría a sentirse con fuerza a partir de 1820. Al restablecerse en la Isla la Constitución española de 1812, se desató la lucha política entre dos partidos.

Uno de ellos respondía a los españoles más reaccionarios, los llamados *integristas*, sobre todo los grandes comerciantes importadores, enemigos no sólo de la independencia de Cuba, sino también de toda reforma que beneficiara a los productores nativos. El otro partido representaba los intereses de la sociedad criolla, defendía las reformas liberales y tenía entre sus seguidores a muchos jóvenes influidos ya por las ideas de la Revolución Francesa y por el ejemplo de las colonias españolas que conquistaban su independencia.

La lucha entre integristas y criollos se hizo tan agresiva, que empezaron a escucharse gritos de ¡Viva la independencia! y aparecieron carteles separatistas. Las logias masónicas empezaron a convertirse, gracias a su carácter cerrado, en centros de conspiraciones por la independencia. También surgieron numerosas sociedades secretas: la más importante de ellas fue la llamada «Soles y Rayos de Bolívar», fundada en 1821 con el fin de emancipar a Cuba y crear la República de Cubanacán. El movimiento estaba dirigido por José Francisco Lemus, un miembro del partido de los criollos que había sido nombrado años atrás coronel del ejército colombiano. También se destacó un argentino, José Antonio Miralla. Su conexión con los patriotas sudamericanos era evidente. La organización tenía ramificaciones en cinco provincias y los conspiradores conocidos eran más de seiscientos. En 1823, a los dos años de creada la organización y cuando estaba cercano el estallido insurreccional, sus promotores fueron detenidos y condenados a penas de destierro.

El aborto de esta conspiración coincidió con el restablecimiento del absolutismo en España, después de casi tres años de período constitucional. En Cuba, al gobernador español se le confiaron facultades omnímodas, y éste dispone la disolución de las milicias nacionales, crea la Comisión Militar Ejecutiva Permanente sometida a su total autoridad, cierra periódicos, suspende las diputaciones provinciales y suprime otras libertades. La Isla regresa a los peores métodos de la arbitrariedad y el despotismo.

Durante la tercera y cuarta décadas se produce un gran número de conspiraciones independentistas: la que dirigió el alférez Gaspar Antonio Rodríguez, que unió a cubanos separatistas y españoles constitucionalistas (1824); la que encabezaron los jóvenes camagüeyanos Francisco Agüero y Andrés Manuel Sánchez, quienes se vincularon con revolucionarios colombianos en el extranjero y desembarcaron en Cuba en 1826; la Expedición de los Trece (1826), que después de tocar en distintos puertos de Cuba sin poder desembarcar, regresó a Jamaica; la Gran Legión del Aguila Negra, vinculada a revolucionarios mexicanos e integrada por

elementos de distintas clases sociales, incluyendo a obreros y artesanos (1829); y la Cadena Triangular y Soles de la Libertad (1837). Todas estas conspiraciones fracasaron y muchos de sus jefes pagaron con la vida sus intentos emancipadores.

En esta primera etapa de luchas independentistas sobresalen dos figuras que desempeñaron un papel de primer orden en la gestación de la nacionalidad cubana: el presbítero Félix Varela y el poeta José María Heredia.

Varela revolucionó los métodos de enseñanza, dando un golpe demoledor al escolasticismo desde su cátedra en el Seminario de San Carlos; adoptó posiciones reformistas, pero pronto comprendió la imposibilidad de algún progreso bajo el régimen colonial y abogó por la independencia. Como diputado a Cortes en 1823, presentó un «Proyecto de gobierno autonómico de las provincias de ultramar», para que éstas no fueran gobernadas al arbitrio de los jefes militares; reclamó la erradicación de la esclavitud en Cuba, y al favorecer el reconocimiento de la independencia de las naciones hispanoamericanas, defendió el derecho de los pueblos a la libertad. Debido a estas posiciones fue condenado a muerte, por lo que se vio obligado a huir de España, y se radicó en Estados Unidos.

José María Heredia fue el primer poeta revolucionario de Cuba y, al decir de los críticos, el más grande poeta hispanoamericano de su tiempo. A los 18 años de edad, conspiró por la independencia de su patria en la sociedad «Soles y Rayos de Bolívar», y al ser descubierta la misma tuvo que huir de Cuba y radicarse en México. Sobresalen entre sus obras cimeras el poema «Al Niágara» y el «Himno del Desterrado». De este último son los siguientes versos:

Vale más a la espada enemiga
presentar el impávido pecho,
que yacer de dolor en un lecho
y mil muertes muriendo sufrir.

.....

¡Cuba! al fin te verás libre y pura
como el aire de luz que respiras,
cual las ondas hirvientes que miras
de tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan,
del tirano es inútil la saña,
que no en vano entre Cuba y España
tiende inmenso sus olas el mar.

Segunda etapa reformista. Saco, Luz y Del Monte. A partir de 1830 se produce un nuevo auge del reformismo, pero sus demandas han variado en relación con los primeros lustros. Lograda ya la libertad de comercio desde 1818, el principal reclamo económico es la rebaja de los aranceles de aduana sobre las importaciones que no procedían de España. Los artículos españoles entraban con aranceles muy bajos, pero los de otros países eran excesivamente altos, lo que limitaba las ventajas que podía ofrecer el comercio libre.

En lo político, los reformistas seguían pidiendo que Cuba fuera «asimilada» como una provincia de España o que se le concediera plena autonomía. Sin embargo, ante el régimen despótico que prevalecía en Cuba, sus esfuerzos principales se dirigían a lograr la suspensión de las facultades omnímodas que tenían los gobernadores.

En lo social, los reformistas de esta etapa seguían apoyando el mantenimiento de la esclavitud, pero ahora reclamaban el cese de la trata de esclavos, que venía realizándose clandestinamente desde 1820, cuando Inglaterra y España acordaron suprimirla. Desde 1819 había comenzado a introducirse la máquina de vapor en los ingenios cubanos y muchos hacendados azucareros se daban cuenta de que las nuevas técnicas

requerían la utilización de obreros calificados, por lo que muy pronto éstos tenían que ir sustituyendo a los esclavos. De otra parte, por miedo a una sublevación racista, se trataba de detener el incremento de la población negra, mayoritaria en el país.

No obstante, los hacendados cafetaleros y una parte de los azucareros que seguían con las viejas técnicas en sus fábricas, se oponían a la supresión de la trata, pues ellos necesitaban la fuerza de trabajo esclava,

Estas divergencias entre los productores criollos debilitaron la necesaria unidad de los reformistas y contribuyeron, como se verá más adelante, al auge del Anexionismo.

Chocaban también con los reformistas en el asunto de la trata, los traficantes de esclavos, que obtenían pingües ganancias de este comercio ilícito, así como los funcionarios del gobierno colonial, pues los capitanes generales recibían cierta cantidad de dinero por cada esclavo introducido clandestinamente en la Isla.

El principal líder del movimiento reformista en esta etapa fue el bayamés José Antonio Saco, brillante ensayista, historiador y político, que defendía los intereses de los poderosos hacendados cubanos junto a otros dos intelectuales descollantes: José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte. Los tres se destacaron por sus críticas al despotismo español y por sus posiciones contra el tráfico negrero.

Saco denunció que se estaba realizando la trata ilegal al amparo de los gobernadores españoles, polemizó con ideólogos del Integrista, se opuso a la corriente anexionista y no disimulaba que aludía a Cuba cuando hablaba sobre la patria. Uno de los gobernadores más despóticos que tuvo Cuba colonial, el general Miguel Tacón, lo desterró a Trinidad, ciudad del interior de la Isla, y después a España. Cuando en 1836 un motín obligó a la Reina de España a restablecer el régimen constitucional en ese país —no en Cuba—, y se dio a la Isla la posibilidad de elegir cuatro diputados a las Cortes, los cuatro elegidos eran cubanos y tres de ellos, conocidos reformistas. Uno de los delegados fue Saco, pero ante la derrota sufrida por los colonialistas, las Cortes se negaron a aceptar a los diputados cubanos.

José de la Luz y Caballero alcanzó su mayor celebridad como educador de varias generaciones de criollos acaudalados. Varios de sus discípulos se destacarían, años más tarde, como combatientes independentistas. Fue amigo de los abolicionistas y se le implicó, sin pruebas de ello, en conspiraciones antiesclavistas.

Domingo del Monte pertenecía a una familia de ricos hacendados, pero se destacó principalmente como escritor y como maestro de intelectuales cubanos. Contribuyó a la emancipación y al desarrollo literario del poeta negro Juan Francisco Manzano, y al auge de la cultura cubana. Enemigo de los regímenes despóticos, fue perseguido y tuvo que emigrar.

La ofensiva reformista de los años 30 terminó en un rotundo fracaso. España no accedió a ninguna de las demandas planteadas, y no sólo eso, privó a los cubanos el derecho que tuvieron todos los españoles de enviar sus diputados a las Cortes y descargó el peso de la represión contra los que clamaban por reformas. Las contradicciones entre la colonia y la Metrópoli se agravaban sensiblemente.

Auge del Abolicionismo. La Conspiración de la Escalera. Mientras las esperanzas del reformismo se frustraban en esta etapa, se inició, en cambio, un apreciable auge de las luchas por la abolición de la esclavitud. Dos factores principales favorecieron este incremento: primero, el desarrollo de una conciencia de lucha entre los esclavos y en muchos negros emancipados con el apoyo de un pequeño sector de criollos blancos; y segundo, el aliento que significaban las presiones del gobierno inglés sobre el español para que suprimiera el comercio de esclavos.

Ya desde 1817 España había tenido que firmar un tratado que la comprometía a suspender definitivamente la entrada de esclavos en sus colonias. Pero como no cumplió, Inglaterra la obligó en 1835 a firmar otro acuerdo que ampliaba el derecho de los buques ingleses a apresar en alta mar a los barcos negreros españoles. Inglaterra había abolido la esclavitud en sus colonias en 1838, y temía que la competencia comercial de España arruinara a los productores de dichas colonias, pues el azúcar elaborado en Cuba con manos esclavas salía más barato que el que fabricaban sus colonias con obreros asalariados.

En 1837 se creó en La Habana un tribunal mixto de ingleses y españoles para juzgar a los traficantes que fueran sorprendidos con cargamentos de negros y darles a éstos la libertad. Además, Inglaterra nombró un cónsul abolicionista en la capital de la Isla para garantizar el cumplimiento de los compromisos contraídos por España.

En 1843 la situación se torna muy peligrosa para el dominio español, por lo que las sublevaciones eran sofocadas realizando masivas matanzas y ejecuciones de negros. Pero las acciones abolicionistas se repetían y la situación llegó a su clímax en 1844, al descubrirse una vasta conspiración que comprendía negros libres y esclavos, y en la que estaban implicados también intelectuales y profesionales blancos de distintas clases sociales. Se trata de la conspiración de «La Escalera», así llamada posteriormente porque a los negros se les amarraba a una escalera y allí se les azotaba con látigos hasta que confesaban o morían. Según el balance hecho por el destacado profesor cubano Sergio Aguirre, más de trescientos negros y mulatos murieron por las torturas; setenta y ocho fueron condenados a muerte y ejecutados; más de seiscientos, condenados a prisión en Cuba y más de cuatrocientos, expulsados de la Isla. Entre los ejecutados había conocidos intelectuales y profesionales mulatos como el célebre poeta Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido), el músico José Miguel Román, el dentista Andrés Dodge y el hacendado Santiago Pimienta, todos de la ciudad de Matanzas. También fueron involucrados —sin que se probara su participación— José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte.

La feroz represión contuvo las luchas abolicionistas en los años siguientes; pero España se vio obligada a tomar medidas para disminuir la introducción de negros esclavos. Los esclavistas comenzaron a buscar mano de obra barata en otras fuentes (colonos chinos e indios yucatecos), prácticamente en condiciones de esclavitud.

El camino de la anexión. La teoría de «la fruta madura». La cadena de sublevaciones abolicionistas en una época en que los negros constituían el 58% de la población y la manifiesta debilidad de España para resistir las presiones antiesclavistas de Inglaterra, impulsaron a muchos criollos acaudalados, acérrimos defensores de la esclavitud, a abogar por la anexión de Cuba a los Estados Unidos. En los estados del sur norteamericano se mantenía este régimen, y si Cuba se integraba a ese país habría de constituir también, por hallarse al sur, un estado esclavista. Además, los anexionistas cubanos pensaban que el poderío de Estados Unidos era suficiente para proteger al régimen esclavista contra las pretensiones de Inglaterra, cosa que no podían esperar de España.

Esta era la base fundamental del Anexionismo en los años 40. Sin embargo, había anexionistas de otro tipo: los que veían al norte industrial de Estados Unidos en desarrollo, con un régimen de libertades democráticas, y pensaban que la anexión uniría la Isla al carro de la democracia política y el progreso económico-social. Ellos no podían esperar esto de la España expoliadora, atrasada y absolutista, y no tenían fe en que Cuba pudiera conquistar su independencia. De ahí este anexionismo ingenuo.

Los gobernantes norteamericanos alentaron siempre a los anexionistas cubanos. Desde 1805, Jefferson expresó sus intenciones de adueñarse de Cuba por razones estratégicas y en 1809 envió agentes confidenciales a la Isla para negociar con el Gobernador Someruelos. Lo mismo ocurrió con los mandatarios que le sucedieron. En abril de 1823, el Secretario de Estado de EE.UU., John Quincy Adams, enuncia su teoría de «la fruta madura»: hay leyes de gravitación política, como las hay de gravitación física, y Cuba, separada de España, caerá necesariamente en el regazo de EE.UU., de la misma manera que una fruta madura desprendida del árbol tiene que caer obligatoriamente al suelo. En diciembre del mismo año se enuncia la Doctrina Monroe, «América para los americanos», que tiene una relación directa con Cuba, Puerto Rico y otras colonias europeas. Pero en 1826, con motivo del Congreso de Panamá, el gobierno yanqui impide que las naciones hispanoamericanas se unan para apoyar la independencia de Cuba. Es que EE.UU. prefiere que la Isla siga siendo colonia de España antes de que caiga en manos de los ingleses o conquiste su independencia. Por eso expresa oficialmente su oposición a posibles acuerdos de España con Inglaterra —

amenazando incluso con utilizar la fuerza para impedirlos— y desapruueba, también de manera oficial, la preparación de expediciones militares hacia Cuba desde territorio estadounidense.

Entre 1845 y 1855 se crearon algunas organizaciones secretas con fines anexionistas, la más destacada de las cuales fue el Club de La Habana; se publicaron periódicos del mismo carácter en Cuba y en Estados Unidos y se produjeron conspiraciones y alzamientos infructuosos en varias provincias. Pero las acciones más resonantes de signo anexionista fueron las que realizó el general del ejército español Narciso López —nativo de Caracas, donde había peleado contra los patriotas venezolanos—, quien conspiró en la isla a partir de 1847 y preparó en Estados Unidos cuatro expediciones hacia Cuba. Su anexionismo era de factura esclavista.

López se ligó a militares y colonos norteamericanos, entre ellos al coronel John Anthony Quitman, gobernador del estado de Mississippi, que tenía vasta experiencia en estas lides, pues había participado en la invasión a México en 1847 y allí había sido gobernador militar.

Las dos primeras expediciones organizadas por López se frustraron antes de salir (en 1848 y 1849), debido a la oposición del gobierno yanqui. La tercera, integrada por más de seiscientos hombres, de los cuales sólo cinco eran cubanos, desembarcó en las playas de Cárdenas, ciudad que fue tomada. Pero, faltos de apoyo popular, los expedicionarios regresaron a su punto de partida.

En su cuarta y última tentativa, López reunió a 400 hombres, la mayoría extranjeros, que desembarcaron en la provincia de Pinar del Río en agosto de 1851. Después de algunos encuentros victoriosos, fueron derrotados por las tropas españolas. Hecho prisionero, López murió en garrote en septiembre del mismo año.

Fracaso del reformismo. La Junta de Información. De los aplastantes reveses sufridos en la etapa examinada, el anexionismo no pudo reponerse. Muy pocos seguidores quedaron, y el número se redujo aún más a partir de 1865, cuando fue abolida la esclavitud en los estados del sur de EE.UU., como resultado de la victoria del Norte en la Guerra de Secesión. Los anexionistas posteriores no estarían ya movidos por objetivos esclavistas.

Con las derrotas sufridas por reformistas, abolicionistas y anexionistas en las seis primeras décadas del siglo XIX, se fortalecía el criterio de que ni los criollos blancos ni los negros (esclavos o libres) podían lograr sus aspiraciones bajo la dominación española. Sin embargo, hubo entre los hacendados criollos una última esperanza en la concesión de reformas por parte de España. Entre 1859 y 1866, Cuba tuvo dos gobernadores de ideas liberales que se granjearon la simpatía de la población criolla: los generales Francisco Serrano (casado con una cubana) y Domingo Dulce. Ellos comenzaron por atraer a los cubanos, que permanecían alejados de la administración colonial desde el gobierno de Tacón en los años 30; les consultaron sobre problemas importantes de la isla, expresaron respeto por sus opiniones y les permitieron ciertas libertades que les estaban vedadas en las décadas anteriores. En esa etapa (1865) se inició la tradición de la lectura en las tabaquerías. Serrano preparó un proyecto de ley orgánica para la Isla —que no llegó a materializarse—, por el que se establecía la representación de Cuba en las Cortes y se creaban varios organismos insulares con participación de los criollos a fin de elaborar los presupuestos y estudiar el sistema de contribuciones. Y lo que era más sorprendente, ambos gobernadores estimularon la creación de un Partido Reformista, a pesar de que en Cuba estaba prohibida la existencia de partidos políticos.

Los principales líderes de ese partido fueron el gran economista y político Francisco de Frías, Conde de Pozos Dulces; el prominente abogado José Morales Lemus, y Miguel Aldama, uno de los hacendados más ricos de Cuba. Los tres tenían antecedentes anexionistas, y los dos primeros habían sido perseguidos como conspiradores por las autoridades coloniales. También se les permitió la publicación de un periódico, *El Siglo*, dirigido por el Conde de Pozos Dulces, que desempeñó un papel de primer orden en las luchas políticas de la época.

Las aspiraciones básicas del nuevo partido eran más ambiciosas que las del movimiento reformista de etapas anteriores. En lo económico, reclamaban que se implantara en Cuba el *libre cambio*, suprimiendo los derechos de aduana a todas las importaciones de todos los países, y que se eliminaran los impuestos indirectos

que pesaban sobre la población, sustituyéndolos por un impuesto directo único del 6% sobre las ganancias de todos los capitales invertidos en Cuba.

En lo político, pedían que se separara el mando civil del militar; que se crearan corporaciones insulares para tratar los principales asuntos de interés para la Isla, y que se respetaran las libertades, derechos y garantías constitucionales, incluso la elección de diputados cubanos a las Cortes españolas. Algunos reformistas como José Antonio Saco, eran contrarios a esta diputación a Cortes y demandaban un régimen autonómico para Cuba, similar al de Canadá.

En lo social, los reformistas daban un señalado paso de avance: no sólo clamaban por la supresión total de la trata, eliminando el tráfico clandestino, sino que apoyaban la abolición de la esclavitud, de manera gradual y mediante indemnización a los dueños de esclavos.

España respondió al clamor del pueblo cubano convocando a una asamblea que se llamó «Junta de Información», integrada por personas conocedoras de los problemas de ultramar, a fin de discutir las vías para solucionarlos. Se concedió a Cuba el derecho a elegir 16 delegados que la representarían en la Junta. La elección de esos delegados se efectuó en mayo de 1866, y constituyó una aplastante victoria del Partido Reformista sobre los españoles integristas y reaccionarios: de los 16 elegidos, 14 eran reformistas.

La actuación de esos delegados en la Junta de Información fue brillante: sostuvieron sus demandas con un arsenal de argumentos irrefutables. Sin embargo, la respuesta de la Metrópoli constituyó una burla escandalosa. El gobierno español, en lugar de establecer el libre cambio y suprimir los impuestos indirectos como se pedía, lo que hizo fue crear un nuevo impuesto del 10% sobre los capitales invertidos. En lugar de garantizar los derechos constitucionales y dar participación a los cubanos en los asuntos de su país, mantuvo las facultades omnímodas de los gobernadores, desestimó las demandas de asimilación y autonomía, y envió a Cuba un nuevo gobernador despótico y reaccionario, el general Francisco Lersundi. Este suprimió las libertades concedidas por Serrano y Dulce, prohibió las reuniones de carácter político, así como la lectura de libros y periódicos en las tabaquerías, y desató la represión contra personas de pensamiento liberal. Por otra parte, el gobierno colonial mantuvo con todo su rigor el régimen esclavista.

Este fracaso del Reformismo era definitivo. La masa fundamental de la población cubana comprendió al fin que sólo le quedaba un camino: la lucha armada por la independencia.

Por otra parte, crecía también la resistencia de los esclavos. Además de las fugas y el aumento del número de cimarrones y palenques, empezaron a producirse algunas acciones más resueltas. En 1727, más de 300 esclavos se sublevaron en el ingenio Quiebra Hacha, al oeste de la provincia de La Habana. Mucha resonancia tuvo también el alzamiento de los que trabajaban en las minas de El Cobre, en Santiago de Cuba en 1731, quienes durante un mes se mantuvieron en las montañas con la ayuda de 50 negros apalencados, y sólo desistieron de su actitud con la promesa de un mejor trato y de que no habría represalias. También se produjeron varias revueltas de esclavos finalizando el siglo XVIII en haciendas de Mariel, La Habana, Güines, Trinidad y Puerto Príncipe.

Sin embargo, la más importante y mejor organizada de estas rebeliones iniciales estalló en 1812. La dirigía José Antonio Aponte, un negro libre, carpintero de oficio, que había recibido alguna instrucción y estaba al tanto de los problemas políticos de su época. Su propósito era el de unir la negrada y hacer una revolución que aboliera la esclavitud. Se libraron acciones en distintos lugares de Oriente y Camagüey, así como en Jaruco y Guanabacoa (provincia de La Habana); pero la revolución fue derrotada. Los negros llenaron las cárceles y fueron sometidos a fuertes torturas; Aponte y sus principales colaboradores murieron en la horca.

Toma de La Habana por los ingleses. Los ingleses deseaban siempre apoderarse de algunos importantes enclaves españoles en América, entre ellos La Habana. En 1740, el almirante Vernon, al frente de una poderosa escuadra, se presentó ante esta ciudad, pero al comprobar que se hallaba bien defendida, no la atacó. Se dirigió entonces a la costa sur de Oriente y desembarcó en Guantánamo, donde comenzó a fundar

una colonia nombrada Cumberland. Su propósito era el de avanzar sobre Santiago de Cuba. Pero después de cinco meses, asediados por las guerrillas criollas y las enfermedades, los ingleses se vieron obligados a reembarcarse y desistir del intento.

Años más tarde, en 1761, estando Francia en guerra contra Inglaterra, España se vio involucrada en el conflicto, cuando Carlos III firmó con su pariente, el Rey de Francia, el llamado «Pacto de Familia». Respondiendo a este pacto, Inglaterra declaró la guerra a España, y se decidió a atacar a La Habana. Una poderosa escuadra inglesa se presentó en la bahía habanera en junio de 1762, la sitió y tomó después de combatir durante más de un mes.

Los ingleses no ocuparon toda la Isla, sino la porción de ella que se extiende desde el puerto del Mariel, 55 km al oeste de la capital, hasta la ciudad de Matanzas, 105 km al este. En el resto del territorio continuó la administración española, la que adoptó nuevamente como capital a Santiago de Cuba, que ya lo había sido en el siglo XVI.

La toma de La Habana por los ingleses puso en evidencia que los nativos de Cuba se sentían aún españoles; que no hacían distinciones entre criollos y peninsulares. Precisamente fueron los nativos quienes mostraron una mayor decisión de lucha contra los ingleses, pese a que las ideas de libertad de comercio preconizadas por éstos coincidían plenamente con los productores criollos. Fue un criollo, José Antonio Gómez, más conocido como Pepe Antonio, quien organizó la lucha guerrillera contra los ingleses.

Otra particularidad de estos sucesos, fue el gran número de colonos norteamericanos que vinieron a apoyar a las tropas inglesas en su asedio contra La Habana. Esto constituía una nueva demostración del interés de las 13 Colonias en desarrollar las relaciones económicas con la Isla.

Pero quizás el hecho más destacado de la dominación inglesa fue el impulso que dio al comercio de Cuba con otros países, sobre todo con la propia Inglaterra y con sus colonias norteamericanas. El monopolio de la Real Compañía de Comercio, española, cesó de inmediato. La bahía habanera se vio llena de naves comerciales: en los once meses que duró la dominación inglesa, unos mil barcos descargaron en el puerto capitalino. A la vez, se multiplicó la exportación de azúcar, tabaco y otros productos del país.

Progreso económico y cultural. Amor a la tierra nativa. Al restaurarse el dominio español sobre La Habana a principios de julio de 1763, como resultado del Tratado de Versalles, volvieron las restricciones al comercio de la Isla, pero ya se habían echado las bases de una necesaria apertura. Comenzó para Cuba una época de cierto progreso con el llamado «despotismo ilustrado» que representó Carlos III en España. Los gobernadores que vinieron a Cuba en esos años suprimieron monopolios comerciales, disminuyeron impuestos y tomaron una serie de medidas para el fomento de la agricultura, el comercio y la enseñanza. Se inició un plan para reconstruir El Morro y construir otras fortalezas a fin de robustecer las defensas del país. Se iniciaron relaciones comerciales con empresarios norteamericanos. De esa época data el primer periódico editado en Cuba, **La Gaceta**, de 1764. En 1773 se fundó el Seminario de San Carlos, colegio religioso y aristocrático, que con la Universidad de La Habana, fundada en 1728, constituían los más altos centros de estudios del país.

Desde 1776, fecha en que se inició la guerra de independencia de las 13 Colonias norteamericanas, Cuba dio ayuda a los insurrectos. Les envió armas y municiones, brindó protección a sus embarcaciones y sostuvo un contrabando favorable a los independentistas. Cuando se desató una nueva guerra de Francia contra Inglaterra en 1778, Cuba se convirtió en centro del que salían expediciones con destino a La Florida, Jamaica y otros territorios, y gozó de una situación privilegiada.

Esa prosperidad se amplió notablemente a partir de 1790, bajo la gobernación de Don Luis de Las Casas. Para realizar su obra de gobierno, éste se rodeó de eminentes personalidades, muchas de ellas criollas: Francisco de Arango y Parreño, estadista, abogó por la libertad de comercio e hizo importantes aportes al desarrollo de la agricultura; José Pablo Valiente, especialista en asuntos fiscales, puso en orden y robusteció

las finanzas del país; el Dr. Tomás Romay, médico y hombre público, introdujo y aplicó por primera vez en Cuba la vacuna antivariolosa; y el presbítero José Agustín Caballero, profesor y orador, hombre de ideas liberales, contribuyó a reformar las atrasadas concepciones y métodos escolásticos en la enseñanza. Todos ellos pusieron sus conocimientos y encaminaron sus esfuerzos al progreso de la tierra en la que habían nacido.

En este período se crearon varias instituciones que promovieron grandemente la agricultura, la industria, el comercio, la educación, y la ilustración del país en general. Entre ellas se destacan la Sociedad Económica de Amigos del País; el Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio; la Casa de Beneficiencia, y el Papel Periódico de La Habana. También comenzaron a modernizarse los métodos de enseñanza en el Seminario de San Carlos.

Al auge económico de la isla contribuyó mucho la sublevación de los esclavos negros en Haití, ocurrida en 1791. La destrucción de ingenios y cafetales por los sublevados y el abandono de otros por los colonos franceses que huyeron y muchos de los cuales se refugiaron en Cuba, hizo decaer bruscamente la producción azucarera y cafetalera en aquel país. Con ese motivo, Cuba pasó a cubrir la demanda de azúcar y café que antes correspondía a la isla hermana, y se benefició asimismo con la apreciable subida de los precios de esos productos.

El gobernador de Cuba acogió muy bien a los colonos haitianos, les repartió tierras y en la región oriental y les facilitó dinero para empezar a cultivarlas; dichos colonos, a su vez, aportaron su vasta experiencia en el fomento de cafetales, en la producción azucarera, en la creación de pequeñas industrias y hasta en la difusión de la cultura artística y literaria (academias de idioma, teatros y otras actividades). Estos colonos cambiaron el aspecto de algunas regiones que apenas había pisado el hombre civilizado. El número de ingenios y de cafetales se incrementó notablemente en el país, lo que acarreó un importante aumento en la introducción de esclavos negros en los últimos años del siglo XVIII. Entre 1770 y 1800, llegaron a Cuba más negros que en los tres siglos anteriores.

Al igual que en la ciencia y la técnica, en el campo de la literatura aparece la tierra nativa como el tema principal de esta generación. Aunque el concepto de patria no tiene todavía en estos hombres una connotación política y aún cantan a menudo las glorias de España, ellos van expresando ya el amor y el orgullo que sienten por el suelo en que nacieron, y muchas veces lo consideran superior al de otros países en riquezas y bellezas naturales. Ese es el caso del habanero Manuel de Zequeira y Arango y del santiaguero Manuel Justo de Rubalcava, militares ambos, que en sus versos empezaban a ser ya, sin tener conciencia de ello, representantes de una nación en ciernes.

VI

La Guerra de los Diez Años

La ampliación de las medidas abusivas adoptadas por el gobierno de Madrid contra los cubanos al terminar la Junta de Información, se entrelazaba con otros factores que hacían insostenible la situación de la población criolla, como la crisis económica de 1866-67. Siguió en estado crítico la producción cafetalera, y los precios del azúcar sufrieron un descenso notable. Las deudas de los hacendados crecieron y muchos obreros, artesanos y empresarios se vieron obligados a emigrar del país. Gran parte de ellos se establecieron en el sur de los EE.UU., en Tampa y Cayo Hueso.

En contraste, la administración colonial extraía de Cuba pingües ganancias, sin revertir una parte razonable de ellas en el desarrollo del país. En el año 1862, por ejemplo, sólo se dedicó el 3% del presupuesto insular a obras de fomento nacional. En cambio, el 44 % se empleó en gastos de guerra y marina, y el 41% en atenciones a la gobernación del país, todo lo cual beneficiaba casi exclusivamente a los

españoles. Por si esto fuera poco, se envió a España y a Fernando Poo el 12% de lo recaudado. Este cuadro se repetía año tras año, con pocas variaciones. De modo que los españoles, que sólo constituían el 8% de la población isleña se apropiaban directamente de más del 90% de los ingresos del país.

Por otra parte, la abrumadora mayoría nativa carecía de derechos políticos, mientras la insignificante minoría peninsular manejaba la Isla a su capricho. De ahí que la frustración de las últimas esperanzas reformistas vino a ser el detonante de esta situación.

La Demajagua. Carlos Manuel de Céspedes. Tras el fracaso de la Junta de Información, se iniciaban las actividades conspirativas. Ellas tenían como centro la región oriental del país, donde la crisis era más aguda. En julio de 1867 se constituía un Comité Revolucionario en la ciudad de Bayamo, dirigido por uno de los hacendados más ricos de Cuba, Francisco Vicente Aguilera.

Este era un hombre culto, de carácter generoso y con un acendrado espíritu de sacrificio. Fue después jefe militar de Oriente y Vicepresidente de la República. Enviado a EE.UU., para buscar la unidad de los emigrados en discordia, desempeñó su cometido sin dinero, andando a pie y semidescalzo por las calles de Nueva York. Murió en la miseria (1877), pero admirado y querido por todos los patriotas cubanos.

La conspiración se extendió con rapidez a las principales localidades de Oriente, sobre todo a Manzanillo. Allí se destacaba el hacendado azucarero y abogado Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, que habría de convertirse en el protagonista principal de la insurrección.

Céspedes había nacido en Bayamo, en el seno de una familia acomodada. Se graduó de abogado en Barcelona, viajó por Europa y alcanzó una vasta cultura. Aficionado a la música y a la poesía, fue también magnífico jinete y esgrimista. Desde 1851 manifestó su repulsa al régimen colonial, se solidarizó con cubanos sublevados contra España e hizo versos satíricos contra el gobierno español, actitud por la que estuvo preso y fue desterrado dos veces. Su situación se hizo difícil en Bayamo y se trasladó a Manzanillo, donde ejerció la abogacía y adquirió una finca azucarera: «La Demajagua». Pronto fue reconocido como el dirigente de la conspiración independentista en ese territorio.

Su intransigencia revolucionaria pasó todas las pruebas. En una ocasión, su hijo Oscar cayó en manos de los españoles, quienes se dirigieron al ilustre bayamés diciéndole que si llegaba a un arreglo con ellos, perdonarían la vida del joven. Céspedes respondió: «Oscar no es mi único hijo. Soy el padre de todos los cubanos que han muerto por la Revolución». El joven fue pasado por las armas y a partir de entonces se conoció a Céspedes como el Padre de la Patria.

A principios de octubre de 1868 las autoridades españolas descubrieron los preparativos insurreccionales y ordenaron la detención de sus principales dirigentes, pero Céspedes, enterado de esto, adelantó la fecha del alzamiento, y en la madrugada del día 10 dio el grito de independencia en su ingenio «La Demajagua». Se iniciaba así la guerra contra la dominación española en Cuba. Como primer acto de soberanía, Céspedes dio la libertad a sus esclavos; luego los llamó a incorporarse a la lucha liberadora —cosa que hicieron de inmediato— y lanzó un manifiesto al país explicando las causas de la insurrección.

El Manifiesto del 10 de Octubre. Este documento denuncia el intolerable estado en que España mantenía a Cuba. En el orden político —se decía—, impera la opresión. España gobierna a la isla con un brazo de hierro ensangrentado, privada de toda libertad. Los cubanos carecen de los derechos más elementales, se ven expulsados de su suelo a remotos climas o ejecutados sin proceso judicial; no se les concede otro recurso que callar y obedecer.

El orden económico se caracteriza por una explotación ruinosa. El sistema aduanero impide al productor cubano cubrir sus gastos; el impuesto único arruina sus propiedades; la plaga infinita de empleados hambrientos que de España inunda la Isla, devora el producto de sus bienes y de su trabajo; el gobierno español priva a los mejores hijos de Cuba de los empleos públicos y paga con dinero de Cuba un ejército y una marina que agota con sus enormes gastos hasta las fuentes de la riqueza pública y privada.

La situación social es de estancamiento. Se impide la inmigración blanca y se mantiene la esclavitud. «Nosotros creemos que todos los hombres son iguales», dice el documento, «y deseamos la emancipación de los esclavos».

Leído el manifiesto, los patriotas se dirigieron al cercano pueblecito de Yara con el propósito de tomarlo. Pero se encontraron sorpresivamente con una fuerte columna española que les causó numerosas bajas y los dispersó. Por ser ésta la primera acción de la guerra, se ha aludido históricamente al Grito de Yara para identificar el comienzo de la primera gesta emancipadora de Cuba. Reagrupados más tarde los pocos patriotas que quedaron, exclamó Céspedes: «Aún quedan doce hombres; bastan para hacer la independencia de Cuba».

Toma de Bayamo. El levantamiento fue secundado en otros lugares de Oriente. El 13 de octubre los alzados tomaron ocho pueblos de la provincia, victorias que dieron prestigio, hombres y algunas armas a la insurrección. Céspedes, con la ayuda del dominicano Luis Marcano, dio al Ejército Libertador una organización rudimentaria y continuó la lucha, habiéndosele reconocido como General en Jefe.

El grupo comandado por Céspedes se dirigió a la importante ciudad de Bayamo, la que tomaron después de tres días de recios combates en las calles. Fue allí donde, en medio del entusiasmo popular y montado sobre su caballo, el poeta, músico y patriota bayamés Pedro Figueredo escribió la letra del que sería el Himno Nacional de Cuba.

En Bayamo se conformó el gobierno de la República en Armas, encabezado por Céspedes, y se empezó a reorganizar la administración pública según las necesidades del territorio libre. Se separó el poder civil del militar y se constituyó un nuevo ayuntamiento, en el que fueron incluidos como regidores, junto a los criollos blancos, dos españoles y dos negros. Se decretó la libertad de los esclavos que se unieran a la insurrección y de aquellos que sus amos quisieran emancipar bajo indemnización. Y empezó a editarse *El Cubano Libre*, que se identificó como «primer periódico independiente que se publica en Cuba».

Tres meses se mantuvo Bayamo en poder de sus libertadores; pero el 12 de enero de 1869, ante la imposibilidad de retenerlo por más tiempo, una gran asamblea popular acordó que, antes de abandonarlo, se le prendiera fuego para que no cayera de nuevo en manos de los españoles. Y así se hizo. Cuando las tropas colonialistas penetraron en las ruinas humeantes de la ciudad, tuvieron que levantar casas de campaña para alojarse.

Camagüey y Las Villas. Ignacio Agramonte. Mientras en Oriente empezaba a extenderse la guerra, se preparaban los patriotas en otras provincias. El 4 de noviembre de 1868 se levantó Camagüey, y en los primeros días de febrero de 1869, Las Villas.

Si quisiéramos representar a los revolucionarios de Camagüey en dos de sus hombres, tomaríamos a Ignacio Agramonte Loynaz y a Salvador Cisneros Betancourt, el Marqués de Santa Lucía. Este último era una persona de la más encumbrada posición económica y social, también dio la libertad a sus esclavos y se fue a la manigua. Pelearía en todas las guerras independentistas.

Ignacio Agramonte era un joven de familia rica, discípulo de José de la Luz y Caballero, abogado y patriota influido fuertemente por las ideas de la Revolución Francesa. Fue el alma de la revolución en la provincia camagüeyana. Su intrepidez era proverbial. En una ocasión, uno de los combatientes, el brigadier Julio Sanguily, cayó en poder de los españoles. Sin pensarlo dos veces, tomó 34 integrantes de su caballería, dio alcance al enemigo —un escuadrón compuesto por 120 rifleros—, ordenó una carga al machete y rescató al oficial mambí. Por su valor, caballerosidad y gallardía, es conocido como el Bayardo de la Revolución Cubana.

Occidente. José Martí. Las tres provincias occidentales (Pinar de Río, La Habana y Matanzas) no secundaron el levantamiento, pues allí los grandes terratenientes, que, a diferencia de los orientales, gozaban de gran prosperidad y de tradición conservadora, se mantuvieron al lado del gobierno español. No querían

arriesgar sus riquezas y temían a la actitud que podían adoptar sus nutridas dotaciones de esclavos cuando la guerra llegara hasta ellos.

Sin embargo, numerosos patriotas occidentales se organizaron clandestinamente y colaboraron con la insurrección. Algunos se incorporaron a la manigua y otros protagonizaron levantamientos frustrados, sobre todo en Pinar de Río (Vuelta Abajo). Al frente de la organización patriótica en La Habana se hallaba José Morales Lemus, que había participado en numerosas conspiraciones anteriores.

Desde los inicios de esta etapa insurreccional, se destacó en La Habana el joven de 15 años José Martí y Pérez. Nacido de padres españoles en 1853, desde niño manifestó rebeldía contra la injusticia, la opresión y el despotismo. Siendo estudiante, fundó periódicos revolucionarios y colaboró en otros; escribió y publicó encendidos poemas patrióticos y se solidarizó con los combatientes de la manigua. Detenido y condenado a trabajos forzados a los 16 años, fue después deportado a España. Allí abogó sin descanso en favor de la independencia de Cuba, polemizó con elementos reaccionarios y absolutistas y escribió en 1871 su ensayo *El presidio político en Cuba*, que constituyó la más vigorosa denuncia contra los crímenes del gobierno colonial. Por su entrega total a la causa de la emancipación de su patria, a la que dio su vida, se le conoce como el Héroe Nacional y el Apóstol de la Independencia de Cuba.

Internacionalismo. Máximo Gómez. Como puede apreciarse, la primera gesta nacional-liberadora fue encabezada por el sector más radical de los terratenientes cubanos y por intelectuales y profesionales procedentes de las clases acaudaladas, y tuvo el concurso decisivo de la masa de esclavos emancipados, negros y mulatos libres, campesinos, artesanos y otros sectores explotados y discriminados de la población. En el exterior desempeñó un papel decisivo la emigración revolucionaria cubana, procedente de las más diversas clases y capas sociales y organizada en los clubes revolucionarios independientes.

Desde sus inicios, la revolución contó con el apoyo desinteresado y la experiencia militar de hombres nacidos en distintos países, que hicieron suya la causa del pueblo cubano. A modo de ejemplo, citaremos a los dominicanos Modesto Díaz, Luis Marcano y Máximo Gómez Báez, anteriormente oficiales del ejército español en Santo Domingo.

Máximo Gómez llegó a Cuba en 1865, comenzó a conspirar en Bayamo tan pronto estalló la guerra y se incorporó a ella, destacándose con rapidez por su arrojo, sentido de la organización, sagacidad y capacidad de mando en las operaciones militares. Introdujo las famosas «cargas al machete», que eran el terror de las columnas españolas. Bajo su dirección se formaron muchos combatientes cubanos, y llegaría a ser, en la guerra del 95, el General en Jefe del Ejército Libertador de Cuba y una de las tres figuras más altas de esa contienda, junto a José Martí y Antonio Maceo.

Asamblea de Guáimaro. En abril de 1869, con objeto de darle unidad organizativa y jurídica a la Revolución, se llevó a cabo una importante asamblea en la que estaban representados los grupos dirigentes de las regiones sublevadas. La reunión se realizó en el pueblo camagüeyano de Guáimaro.

Allí chocaron dos concepciones diferentes sobre la forma de dirigir la Revolución. Céspedes era partidario de una dirección centralizada que tuviera a su cargo tanto las operaciones militares como los asuntos de carácter civil, es decir, defendía la existencia de un mando único. Agramonte encabezaba otra tendencia, que reclamaba el establecimiento de un gobierno civil separado de la jefatura militar, si bien ésta debía subordinarse al poder civil.

La gran mayoría de los delegados apoyaron esta última tesis, y el acuerdo quedó plasmado en una carta magna conocida como Constitución de Guáimaro. Esta Constitución establecía que la Cámara de Representantes era el poder supremo del Estado: ella nombraría al Presidente de la República y al Jefe del Ejército y podría destituirlos libremente; decidiría cómo organizar al Ejército y podría enmendar la Constitución. La Cámara tendría que resolver, de hecho, hasta los más pequeños detalles administrativos.

Entre otros acuerdos, esta ley fundamental consagró los principales derechos individuales y abolió la esclavitud al establecer: «Todos los habitantes de la República son enteramente libres».

Aprobada la Constitución, la Asamblea se convirtió en Cámara de Representantes, nombró Presidente de la República a Carlos Manuel de Céspedes, y Jefe del Ejército a Manuel de Quesada y Loynaz, que había alcanzado los grados de general en el hermano pueblo de México, donde había peleado contra los invasores franceses.

Política de España: el exterminio. Fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina. En los primeros meses de 1869, el gobierno colonial intentó una política de conciliación con los insurrectos, pero pronto desistió de ella; no le daba los resultados que esperaba y los peninsulares recalcitrantes que dominaban a Cuba se opusieron violentamente a todo acuerdo. De inmediato se desató una guerra de exterminio contra los mambises y todos los simpatizantes de la independencia, llamados *laborantes*.

Además de su propio Ejército, España contó con el llamado Cuerpo de Voluntarios, creado varios años antes para enfrentar la proyectada invasión de Narciso López, pero que se había desactivado tras la derrota de este caudillo. En 1868, los integristas lo reorganizaron, y en pocos meses contó con 30 000 hombres en la capital y miles de ellos en todas las poblaciones del país.

Integrado por buscadores de fortunas, generalmente ignorantes, y dirigidos por peninsulares ricos que, junto con el gobierno, los preparaban y armaban, este cuerpo paramilitar se distinguió por los actos más bárbaros y sanguinarios. Su poder llegó a tal extremo, que hubo etapas en las que nadie, ni siquiera el Capitán General, osaba oponerse a sus designios.

Dueños absolutos de las calles, los voluntarios descargaron sus fusiles una noche contra el céntrico café «El Louvre», donde solían reunirse jóvenes independentistas; asaltaron el teatro «Villanueva» cuando se desarrollaba un programa cómico y asaltaron el palacio de Miguel Aldama, uno de los hacendados más ricos de Cuba, de ideas separatistas. Dejaron un saldo de varios muertos y heridos en esos ataques.

Pero uno de los más execrables de sus crímenes fue el asesinato de ocho estudiantes del primer año de Medicina de la Universidad de La Habana en 1871. Cierta día en que un profesor no asistió a clases, un grupo de esos estudiantes pasó el turno ocioso jugando con el carro de conducir los cadáveres en el cementerio contiguo, y uno de ellos tomó una flor. Intrigantes colonialistas los acusaron falsamente de profanar la tumba del periodista español Gonzalo Castañón, enemigo furibundo de la causa independentista, que había muerto en duelo con un cubano. Un consejo de guerra condenó a varios estudiantes a penas de cárcel para satisfacer a los voluntarios. Pero éstos protestaron violentamente, y se realizó otro juicio, que tampoco satisfizo a los fascinosos. Por tercera vez funcionó el consejo de guerra y, accediendo a la turba uniformada que reclamaba sangre cubana, fueron condenados a muerte ocho de los jovencitos acusados y más de 30 a penas de cárcel. Se hizo un sorteo entre los 45 estudiantes y, para mayor escarnio, quiso el azar que entre los ocho condenados a muerte se encontrara uno que estaba fuera de La Habana el día de los hechos. De nada valieron la falta absoluta de pruebas, ni el impecable alegato del capitán español Federico Capdevila, defensor de los estudiantes: los ocho fueron fusilados el 27 de noviembre de 1871, por el sólo hecho de ser cubanos. Años más tarde, el hijo de Castañón admitió que el nicho de su padre se mantenía intacto, que no había sido abierto ni lastimado, y se reconoció oficialmente la inocencia de los estudiantes. El crimen puso en evidencia ante el mundo el carácter bárbaro de la dominación española y profundizó el abismo que existía entre la colonia y la Metrópoli.

Ante el auge de la insurrección, el gobierno colonial dictó numerosos bandos que implantaban el terror extremo: todos los jefes insurrectos que se apresaran y todas las personas que fueran sorprendidas colaborando con ellos serían fusilados en el acto, sin ningún tipo de proceso judicial. Los buques que navegaran en aguas españolas o en mares libres cerca de Cuba, con hombres, armas y municiones, serían apresados; y los individuos hallados a bordo serían pasados por las armas inmediatamente. Los hombres de

quince años o más que estuvieran en el campo fuera de sus fincas o lugares de residencia y no justificaran plenamente el motivo de esa «anormalidad», serían fusilados. Todo caserío en el que no ondeara una bandera blanca, sería incendiado. Toda mujer que no estuviera en su finca o residencia, sería reconcentrada en la ciudad. Estos bandos se cumplieron al pie de la letra, provocando incontables crímenes. Fueron asesinados incluso cubanos alzados que se entregaban a los españoles, acogiéndose a las promesas de que se respetaría la vida a los que abandonarían la guerra. El terror obligó a muchas familias a huir del país. Se calcula que en el primer año de guerra emigraron de Cuba más de cien mil personas.

Glorias y sombras. La derrota. La guerra de exterminio declarada por el gobierno colonial causó muchos trastornos a la insurrección; pero aún así, la guerra se prolongó durante una década, en la que alternaron años de gran ímpetu revolucionario con años realmente críticos. No obstante, en ese tiempo se demostró la posibilidad de liberar a Cuba por medio de las armas. En condiciones de permanente inferioridad en hombres y armas, las tropas cubanas escribieron hermosas páginas de heroísmo. Desplegaron numerosas campañas victoriosas; aterrorizaron al enemigo con sus famosas cargas al machete; burlaron trochas bien fortificadas y defendidas; iniciaron la invasión hacia occidente llevándola hasta Las Villas, en el centro del país; y libraron combates victoriosos de importancia estratégica. Entre éstos se encuentran los de La Sacra, Palo Seco, El Naranja y Las Guásimas, en los cuales la proporción de combatientes llegó a ser de cinco españoles por cada cubano, a pesar de lo cual fueron derrotadas de manera aplastante las tropas colonialistas.

Pero, a la larga, la guerra sería ganada por España. Este fracaso no se debió, sin embargo, a la evidente superioridad española en hombres y recursos, ya que esta superioridad se compensaba con la alta moral combativa de los cubanos, su conocimiento del terreno y otras ventajas que les daba el hecho de pelear en su propio suelo. El factor fundamental radicó en las concepciones erradas, el caudillismo, el regionalismo, los prejuicios raciales y otras contradicciones y males que no pudieron ser superados en el transcurso de la lucha y que afectaban lo mismo a los patriotas dentro de la isla que a los de la emigración. Como acertadamente apreció más tarde José Martí, «por el aprovechamiento de las disensiones internas pudo España vencer una guerra que por las armas no pudo vencer jamás».

Desde el inicio estuvieron presentes graves diferencias en cuanto a cómo dirigir la guerra, las que se agudizaron después de la Asamblea de Guáimaro, llegando al extremo de que la Cámara destituyó al Presidente Céspedes y al Jefe del Ejército, Manuel de Quesada. Céspedes se retiró a su finca San Lorenzo, en la Sierra Maestra, y se dedicó a enseñar a los niños campesinos. Allí fue sorprendido por los españoles y murió combatiendo en febrero de 1874. Unos meses antes, en mayo de 1873, había muerto también en combate el Mayor General Ignacio Agramonte, de manera que la revolución perdió a dos de sus figuras cimera en los primeros años de la guerra.

Los resabios caudillistas y regionalistas, junto al miedo a que las dotaciones de esclavos de Matanzas se unieran al Ejército Libertador y rompieran el débil equilibrio entre blancos y negros a favor de estos últimos, impidieron que las tropas cubanas invadieran las tres provincias occidentales. Esto constituyó un importante revés en los planes estratégicos de la Revolución.

De igual manera, el regionalismo dio origen a irreparables fricciones entre jefes mambises, a insubordinaciones militares, al decaimiento de la lucha en Las Villas, a una crisis general de autoridad y al debilitamiento progresivo de la insurrección.

A la crisis del movimiento insurreccional se unió otro factor importante. El gobierno de España, conociendo esa crisis, actuó inteligentemente y cambió su política hacia los mambises. En lugar de la guerra de exterminio, comenzó una campaña dirigida a la desmoralización de los cubanos, ofreciéndoles olvidar el pasado, perdonar los delitos políticos, libertar a los presos, indultar a los españoles desertores y facilitar la salida de la isla a quienes lo desearan, regir a Cuba por las mismas leyes especiales que se aplicaban a Puerto Rico, reconocer la libertad de los esclavos que estuvieran en las filas mambises, y otras promesas atrayentes.

Al mismo tiempo, para forzar la aceptación de estas condiciones, se reforzó el ejército español con tropas frescas hasta sobrepasar los 250 000 hombres y se aumentó considerablemente el presupuesto para gastos militares en Cuba.

El encargado de aplicar esta nueva política fue el General Arsenio Martínez Campos, que había peleado antes en Cuba, gozaba fama de hábil político y tenía la confianza del gobierno español.

Cerca de dos años llevó a Martínez Campos su labor para sofocar la insurrección, cosa que logró finalmente. El gobierno de la República en Armas se desintegró y un Comité negociador firmó la paz con los españoles el 10 de febrero de 1878 mediante el llamado Pacto del Zanjón. Este recogía en su texto las principales promesas que había hecho el gobierno de la Metrópoli.

En pocas semanas se fue pacificando la isla; sólo permanecieron sobre las armas algunas tropas orientales, dirigidas por los generales Vicente García y Antonio Maceo, que no aceptaron la capitulación, y otras en Las Villas, al mando del General Ramón Leocadio Bonachea, el último jefe conocido que capituló.

En sus últimos años se había ido produciendo un cambio en la dirección de la guerra. Mientras la influencia de los grandes terratenientes se debilitaba, se fortalecía el papel de algunos jefes procedentes de los sectores populares, como el General Antonio Maceo y Grajales. En los mismos días en que se firmaba el Pacto del Zanjón, Maceo alcanzaba en Oriente una de sus más brillantes victorias militares: la destrucción del famoso batallón de San Quintín, en los montes de San Ulpiano.

La Protesta de Baraguá. Antonio Maceo. Maceo era un mulato campesino de Santiago de Cuba que se incorporó a la guerra como simple soldado el 12 de octubre de 1868, dos días después de iniciada ésta. Por su heroísmo, arrojo y dotes naturales, fue ganando grados y méritos con mucha rapidez. Al terminar la guerra de los Diez Años era ya Mayor General. Por su talla, su intrepidez y el color de su piel, se le conoce en Cuba como el Titán de Bronce. Los Maceo eran 19 hermanos, todos los cuales pelearon en la guerra y 15 de ellos cayeron en la lucha. El padre de Antonio también murió en combate; la madre, Mariana Grajales, se fue a la manigua y murió en el exilio después de la guerra: es el prototipo de la mujer cubana revolucionaria.

El 15 de marzo del propio año de 1878, en su campamento de Mangos de Baraguá (provincia de Oriente), Maceo se entrevistó con el General Martínez Campos para conocer las propuestas que éste ofrecía. Pero se negó a aceptar una paz sin independencia y sin abolición de la esclavitud, por lo que decidió continuar la guerra.

Esta entrevista histórica es conocida como la Protesta de Baraguá, y a través de las luchas centenarias del pueblo cubano ha sido símbolo de intransigencia revolucionaria.

Los reunidos en Baraguá acordaron una brevísima Constitución, que estableció un gobierno provisional integrado por un Presidente, un Vicepresidente y un General en Jefe. Al Mayor General Antonio Maceo se le confió el mando del ejército en Oriente. Pero el desaliento en el campo insurrecto era irreversible en aquel momento: las tropas cubanas estaban paralizadas y los españoles evadían los posibles encuentros. Continuar la guerra hubiera sido un holocausto inútil.

En esa situación, el gobierno provisional convenció a Maceo de la inutilidad del esfuerzo y de la conveniencia de que saliera del país a fin de preparar condiciones para la reanudación de la contienda. Así se hizo, y con ello terminó la guerra de los Diez Años. Era el mes de mayo de 1878.

Significación de la guerra. Pese a la derrota sufrida por los cubanos, esta guerra tuvo una importancia vital para el movimiento independentista. En primer término, fue el crisol en que se fraguó la nacionalidad cubana. El régimen esclavista —enorme obstáculo para que culminara ese proceso— no podía perdurar después de la contienda. La abolición de la esclavitud en el campo insurrecto y la incorporación a la lucha liberadora de los negros acabados de emancipar junto a la masa fundamental de los negros libres, constituyó un paso decisivo para la fusión de los dos elementos principales de la nacionalidad cubana: los negros y los criollos blancos.

También la guerra integró definitivamente dentro de la nación cubana a un crecidísimo número de peninsulares que habían echado raíces en la Isla y cuyos intereses coincidían con los de la población nativa. Al hacer suya la causa independentista, demostraban estos españoles de procedencia que ya eran cubanos por sus intereses, aspiraciones y sentimientos. Otro tanto ocurrió con la masa de chinos traídos forzosamente y con otras minorías, los cuales se alzaban contra el sistema que los esclavizó e iban creando familias cubanas cuya descendencia se integraría plenamente a la nueva nacionalidad.

O sea, cuando el gobierno colonial de la Isla acudía a la mesa de negociaciones en El Zanjón o en Baraguá, se veía obligado a reconocer, en los hechos, que no trataba con un grupo de «laborantes» o «manigüeros», como los solía llamar en forma despectiva, sino con los representantes de la nación cubana.

Pero esas buenas intenciones se quedaron sobre el papel. Como el único propósito de los colonizadores era el de enriquecerse con la mayor rapidez posible, impulsados por su fiebre de oro, no hubo consideración que los detuviera en la explotación del trabajo de los indígenas, ni abuso al que no apelaran, ni crimen que no cometieran. Además, como la encomienda era de carácter temporal y un colono podía perder a sus indios en cualquier momento, trataban de extraerles el máximo provecho en el menor tiempo posible a una fuerza de trabajo que nada les costaba y que podían reponer tan pronto se les agotara.

La actividad económica fundamental en los primeros tiempos era la búsqueda de oro, a la que se sumaba cierta dedicación a la fabricación de casabe y a la ganadería con fines de consumo interno. A la agricultura no se le prestaba entonces mucha atención. Prácticamente todo lo que se consumía en el país se importaba de España. El grueso de los indios se enviaba, pues, a los lavaderos de oro, y como este mineral era escaso en Cuba, los colonos exigían a los naturales jornadas interminables de trabajo para mejorar algo los resultados. Estas condiciones hacían que muchos indios se enfermaran, huyeran o se suicidaran, a veces en forma colectiva, con lo cual arreciaban los castigos y medidas preventivas de los encomenderos.

Para ilustrar la crueldad de los colonos españoles citaremos el caso del poderoso encomendero Vasco Porcallo de Figueroa, quien dejó numerosa prole mestiza con indias y negras, y que antes de morir confesó haber matado a muchos indios, quemándoles a unos la boca para que no comieran tierra —una forma de suicidio en masa— y haciéndoles tragar a otros aceite hirviendo, todo ello para ejemplo de los que se daban a la fuga.

Pese a la indefensión en que se hallaban ante los españoles, no todos los indios cubanos aceptaron pasivamente los abusos a que eran sometidos ni se suicidaban en masa. Muchos huían a las montañas como cimarrones y alzaban allí sus campamentos o palenques de donde salían a menudo para hostilizar a las villas y quemar caseríos. Otros desplegaban luchas más activas, como el cacique Guamá, que mantuvo en jaque a los españoles durante 11 años (1522-1533) en las montañas de Baracoa.

Lo cierto es que a 40 años de la conquista, la población indígena estaba prácticamente extinguida. Cuando fueron abolidas las encomiendas en 1542, sólo quedaban en Cuba unos pocos miles de indios.

La esclavitud de los negros. La acelerada disminución de la población aborígen requería que se buscaran nuevos brazos, y se pensó en los negros africanos, una población que, por su bajo nivel de desarrollo social y la imposibilidad de que hicieran seria resistencia a los buscadores de esclavos, constituía la fuente más propicia para sustituir a los indios. Se sabía, además, que un negro rendía cuatro veces más que un indio en las minas y que era mucho más resistente.

La esclavitud de los negros se conocía ya en la Península, posiblemente desde la dominación árabe; pero fueron los portugueses los que dieron el gran impulso a la trata de negros e iniciaron el tráfico directo con los países africanos. Desde los comienzos del siglo XVI (1503), hubo esclavos negros en La Española, y posiblemente los conquistadores procedentes de esta isla trajeron algunos a Cuba. Ya en 1513 aparece un documento que autoriza su entrada en tierra cubana. La adquisición de esclavos negros aumentó paulatinamente en las décadas que siguieron y adquirió vastas proporciones en las postrimerías del siglo, cuando se establecieron en Cuba los primeros ingenios azucareros.

VII

La Tregua Fecunda

La derrota sufrida por los cubanos al firmarse la paz sin independencia en 1878, trajo como consecuencia un auge de las ideas reformistas y una etapa de reflujo del movimiento revolucionario. Pero a partir de entonces, España se vería obligada a conceder a los cubanos ciertas libertades y derechos políticos y a abolir, aunque paulatinamente, la esclavitud. Al mismo tiempo, las experiencias de la guerra serían de extraordinaria utilidad en la creación de las condiciones indispensables para reiniciar la insurrección armada con posibilidades de victoria. Esta etapa previa a la nueva lucha, que duró unos 17 años, se conoce en la historia de Cuba como «la Tregua Fecunda».

Por regla general, las grandes derrotas de los movimientos revolucionarios producen cierto grado de desmoralización en sus filas y un retroceso del propio movimiento. Así ocurrió en Cuba en 1878. El Pacto del Zanjón constituyó un duro golpe para las fuerzas patrióticas, del que tardarían varios años en recuperarse.

Desde luego que esa guerra dejó un saldo de inapreciables experiencias para las luchas posteriores. También es cierto que muchos patriotas mantuvieron en alto su bandera y trataron de reanudar la lucha armada elaborando nuevos planes y realizando numerosos intentos de insurrección. Pero esos esfuerzos resultaron infructuosos durante más de una década: su importancia radica en que representaban la continuidad revolucionaria, el preludio de futuras acciones victoriosas.

Entre tanto, los cubanos opuestos a la independencia se reafirmaron en sus posiciones tras el fracaso de la guerra. Otros, que incluso habían combatido contra España, perdieron la esperanza de sacudir el yugo colonial, por lo que se encaminaron a buscar reformas que mejoraran la situación de Cuba y a reclamar de España el cumplimiento de lo pactado en el Zanjón. Algunos se encasillaron en la nómina del gobierno español.

Autonomismo e integrismo. En el propio año de 1878, y aprovechando las escasas libertades reconocidas por el Pacto, los antiguos reformistas, ahora con la colaboración de algunas importantes personalidades de la guerra del 68, crean el Partido Liberal, poco después llamado Partido Liberal Autonomista. En su dirección se destacan conocidos intelectuales de la gran burguesía cubana (abogados, periodistas, historiadores, economistas, oradores) como José María Gálvez, Eliseo Giberga, José Antonio Cortina y Rafael Montoro.

Entre los principales puntos de su programa estaban: lograr que España concediera a Cuba los mismos derechos de que gozaban los españoles en la Península, que la Isla se rigiera por las mismas leyes y códigos vigentes allá, que se separaran el poder civil y el militar, que se aboliera la esclavitud mediante una indemnización a los dueños de esclavos, que se estimulara exclusivamente la inmigración blanca, y que se hiciera una reforma de los aranceles y las cargas fiscales en beneficio de los productores cubanos.

Cuatro años después, en 1882, el Partido Liberal se pronunciaría por la «libertad inmediata y absoluta» de los esclavos.

En el mismo año de 1878 se organiza también el Partido Unión Constitucional, creado por los españoles conservadores y reaccionarios, acérrimos enemigos no sólo de la independencia de Cuba sino también de la autonomía y de cualquier tipo de reforma que liberalizara el régimen colonial. Su objetivo declarado era defender la integridad de España y sus colonias, por lo que se les llamó «integristas».

En la lucha librada entre ambas organizaciones, el Partido Autonomista desempeñó durante algún tiempo, sin proponérselo, un papel positivo; ya que se enfrentó a los más recalcitrantes enemigos de la independencia y, al mismo tiempo, su tribuna y su prensa fueron utilizadas por algunos patriotas para denunciar el injusto y arbitrario régimen económico, político y social impuesto por la Metrópoli. Más tarde, cuando las fuerzas independentistas ultimaban los detalles para el reinicio de la guerra emancipadora y durante el desarrollo de

ésta, los autonomistas se convirtieron, de hecho, en instrumentos del gobierno colonial al enfrentarse tajantemente a la independencia.

La Guerra Chiquita y otros intentos insurreccionales. El fracaso de la guerra del 68 y de los esfuerzos de Antonio Maceo por mantener a los cubanos sobre las armas después del Zanjón, no desanimó a los jefes más decididos y consecuentes de la causa independentista. Antes de finalizar el año de 1878, desde el exilio y en el interior del país comenzaron los preparativos de un nuevo levantamiento armado. Sus jefes principales eran los generales Calixto García, que tenía el mando supremo, y Antonio Maceo, que se haría cargo de la provincia de Oriente. Entre otras figuras importantes se hallaban Flor Crombet, Pedro Martínez Freyre, José María Rodríguez (Mayía), Belisario Grave de Peralta, Guillermo Moncada, José Maceo, Quintín Banderas, Serafín Sánchez, Francisco Carrillo y Emilio Núñez.

Durante esos preparativos comenzó a destacarse como dirigente y organizador el joven de 25 años José Martí, a quien se nombró subdelegado del Comité Revolucionario en La Habana. Preso y deportado a España, pasó después a Nueva York, donde presidió el Comité Revolucionario creado allí por los patriotas cubanos.

En agosto de 1879 se produjeron los primeros levantamientos en Gibara, Holguín y Santiago de Cuba, internándose los alzados en las montañas orientales y operando desde ellas. También hubo alzamientos en Sancti Spiritus, Remedios, Sagua la Grande y otros lugares de la región central del país.

Los insurrectos confiaban en el armamento y otros recursos que debían recibir del exterior, principalmente a través de dos grandes expediciones que preparaban los generales Calixto García y Antonio Maceo. Pero en nueve meses de lucha sólo pudo llegar a Cuba una pequeña expedición. A Maceo le fue imposible llegar a la Isla, debido a la delación de un traidor que provocó la captura de las armas y del dinero recogido, así como a la tenaz persecución del jefe mambí por parte de las naves de guerra españolas. Calixto García pudo desembarcar en mayo de 1880, pero ya era demasiado tarde.

La ausencia de los principales jefes mambises, la falta casi total de armas y municiones, así como la hábil propaganda del gobierno español, ayudado por los autonomistas, habían hecho flaquear a las fuerzas cubanas. Explotando los prejuicios raciales existentes y valiéndose de la circunstancia de que los principales jefes alzados eran negros y orientales, los españoles echaron a rodar la especie de que los insurrectos pretendían establecer una república negra en Oriente. Por otra parte, los autonomistas enviaban emisarios a los patriotas para convencerlos de que el movimiento era extemporáneo. Lo cierto es que cuando llegó Calixto García, muchos de los insurrectos habían iniciado ya trámites para la capitulación.

Así el general Calixto García anduvo durante tres meses por la manigua sin encontrar ningún grupo armado, y finalmente desistió de su empeño. El último jefe en deponer las armas fue el general Emilio Núñez, en la provincia de Las Villas, en diciembre de 1880.

Pese a que se le conoce como «Guerra Chiquita», el movimiento no era tan reducido. Una idea de su magnitud puede darla el hecho de que se entregaron a los españoles más de dos mil hombres armados y cuatro mil sin armas.

En los años siguientes se frustran nuevos intentos insurreccionales. Las expediciones de Ramón Leocadio Bonachea (diciembre de 1884), Carlos Agüero (abril de 1885) y Limbano Sánchez (mayo de 1885) fracasan, y los expedicionarios son fusilados o asesinados.

A partir de 1884 se organiza un intento de mayor envergadura: el llamado Plan Gómez-Maceo. Al inicio, José Martí colabora con ese plan; pero se retira de él en el propio año de 1884 por considerar que se organiza autoritariamente, sin obedecer a principios democráticos. El plan fracasa en 1886, sin haber logrado desencadenar la insurrección. En abril de 1893 se produce el alzamiento infructuoso de los hermanos Manuel y Ricardo Sartorius, en las zonas orientales de Purnio, Velasco y Holguín.

Abolición de la esclavitud. Cambios sociales. La principal conquista lograda por los cubanos durante la Guerra de los Diez Años fue la abolición de la esclavitud. Ya desde 1870, para contrarrestar la abolición dispuesta por los patriotas en armas, España había promulgado la llamada «ley de vientres libres», que otorgaba la libertad a todo hijo de esclavo nacido en Cuba a partir de septiembre de 1868, así como también a los que hubieran auxiliado a la tropas españolas y a los que tuvieran 60 años o fueran arribando a esa edad. En 1878, como resultado del Pacto del Zanjón, España accedió a reconocer la libertad de todos los esclavos negros y colonos asiáticos que habían peleado en las filas mambisas. Pero, ante todo, constituía un contrasentido que se mantuvieran en servidumbre los esclavos que habían servido a España, por lo que en febrero de 1880 se firmó la llamada «Ley del Patronato», que daba por terminada la esclavitud en Cuba. Sin embargo, esa emancipación era todavía formal, puesto que los libertos quedarían bajo el patronato de sus amos por un plazo que podía llegar hasta los ocho años después de aprobada la ley.

Finalmente, en octubre de 1886, el gobierno español suprimió el patronato y dispuso la total abolición de la esclavitud en Cuba. Se liquidaba de esa forma el régimen esclavista, que se había mantenido por más de tres siglos y medio.

La guerra nacional-liberadora, la abolición de la esclavitud y la ampliación de la producción azucarera en otras regiones del mundo, provocaron importantes cambios en la fisonomía de la sociedad cubana. Los antiguos esclavos pasaron a engrosar la masa de los obreros asalariados, artesanos, campesinos y otros trabajadores libres. La mayor parte de los cubanos ricos se arruinaron, pasando muchos de ellos a integrar las capas medias urbanas; mientras en el campo, al perder la propiedad de sus ingenios y a veces de sus tierras, se dedicaron a producir caña de azúcar para las fábricas que ya no les pertenecían.

Anteriormente, los hacendados azucareros eran los dueños no sólo de las fábricas de azúcar sino también de las plantaciones de caña. Pero la ruina causada por la guerra, las crecientes confiscaciones hechas por España y la necesidad de invertir grandes recursos en la modernización de los ingenios para competir favorablemente con los productores de otros países, condujeron a la centralización del capital y de la producción azucarera. Se redujo sensiblemente el número de ingenios —llamados ahora centrales— y aumentó en alto grado su eficiencia, mientras la propiedad de los mismos pasó a manos de las empresas y hacendados más poderosos. Se amplió la extensión del área agrícola de cada ingenio y el número de productores, surgiendo así un nuevo sector campesino, el de los *colonos azucareros*, que sembraban cañas en sus *colonias* para venderlas al *central*.

Es en esta etapa cuando empieza a penetrar con fuerza el capital norteamericano, sobre todo en los sectores del azúcar, las minas y el tabaco. Hacia 1895, las inversiones yanquis llegaban a los 50 millones de dólares, cifra notable para aquellos tiempos. Políticamente, Cuba seguía siendo colonia de España; pero económicamente, comenzaba a depender de Estados Unidos.

El movimiento obrero. Con la terminación de la guerra de los Diez Años, el movimiento obrero comienza una nueva etapa de su desarrollo, ganando tanto en calidad como en cantidad. Numerosos gremios, cooperativas y sociedades de socorros mutuos surgieron en distintos lugares de la Isla.

Entre los sectores más destacados se hallan los trabajadores del tabaco (torcedores, rezagadores, escogedores, despalilladores), así como los tipógrafos, sastres, albañiles, carpinteros, panaderos, carretoneros, cocheros, toneleros, barberos y dependientes del comercio. En esa época — y durante muchos años más— no fue posible organizar a los obreros de la primera industria del país, los azucareros.

La primera organización proletaria creada en esta etapa fue el Gremio de Obreros del Ramo de Tabaquerías, fundado en septiembre de 1878 y dirigido por Saturnino Martínez. Al año siguiente se crea la importante Junta Central de Artesanos, también en La Habana, y comienzan a proliferar las organizaciones obreras, tanto en la capital como en distintos lugares de la Isla (Santiago de Cuba, Puerto Príncipe, Santa Clara, Cienfuegos, Cárdenas, San Antonio de los Baños, Santiago de las Vegas, etc.).

En 1885 se crea el Círculo de Trabajadores de La Habana, centro cuyo propósito era dar cabida a los gremios obreros de la capital y facilitarles locales y recursos para instalar escuelas y realizar las más diversas actividades sociales, culturales y clasistas.

Muchas de esas organizaciones obreras comenzaron a editar sus periódicos, de tal modo que en pocos años se contaban cientos de ellos en toda la isla. Entre los más destacados se hallaban, por orden cronológico: *Boletín Tipográfico* (Habana, 1878); *El Obrero* (Cienfuegos, 1884); *El Artesano* (Habana, 1885); *El Productor* (Habana, 1887); *La Unión* (Habana, 1888); *La Tribuna del Trabajo* (Cayo Hueso, 1889); *El Acicate* (Santiago de Cuba, 1891).

Las condiciones en que se desarrollaba el movimiento obrero eran sumamente difíciles, debido principalmente a tres factores: a) El carácter de *clase en formación* del proletariado, sin una clara conciencia de sus intereses y en infrahumanas condiciones de vida; b) El carácter antiobrero y antinacional de las autoridades coloniales, las que se hallaban al servicio de las clases explotadoras y; c) Las divisiones y enfrentamientos que se producían entre los propios trabajadores.

Gran parte de éstos, recién emancipados de la esclavitud, no se habían desembarazado aún de su mentalidad de esclavos, y otros conservaban una mentalidad semiartesanal. Los reglamentos de trabajo conservaban fuertes elementos semif feudales, que incluían el castigo corporal y el sometimiento absoluto a los patronos. Muestra de ello fue un suceso que hizo ostensible esos abusos y conmovió hondamente a la opinión pública: el 7 de enero de 1881 se produjo un incendio de vastas proporciones en una fábrica de tabacos de La Habana, y junto a los estragos materiales que causó, produjo la muerte de dos aprendices que estaban castigados en el cepo, quienes, al no poder moverse, perecieron carbonizados.

Por otra parte, en todos los conflictos obreros las autoridades coloniales se ponían siempre del lado de los patronos. Los obreros que se rebelaban eran perseguidos, apaleados, encarcelados o asesinados. No obstante, se produjeron centenares de acciones huelguísticas en la década de los 80, algunas de ellas exitosas.

Una de las más resonantes de esas acciones fue la huelga que llevaron a cabo en 1888 los obreros de la gran fábrica de tabacos «Henry Clay» de La Habana, primero en demanda de mejores salarios y después por la reposición de los trabajadores cesanteados y el cese del *lock-out* patronal. Esta huelga concitó la solidaridad de casi todas las demás fábricas y talleres del ramo, así como de muchos gremios de otros sectores. Pese a la represión de las autoridades, a las medidas drásticas de la patronal y a la posición claudicante de los líderes reformistas, los huelguistas ganaron sus demandas.

Durante esta huelga se evidenció la gravedad de las disensiones internas de los obreros. Los dirigentes reformistas adoptaron posiciones que, de hecho, favorecían a los patronos, mientras los líderes anarquistas mantuvieron con firmeza las demandas obreras hasta alcanzar el triunfo.

Como consecuencia de las posiciones opuestas que se manifestaron en esa huelga, se crearon dos organizaciones paralelas: la Alianza Obrera y la Unión Obrera. La primera estaba dirigida por elementos radicales, principalmente por anarquistas, entre los que se hallaban «los tres Enriques»: Enrique Roig San Martín, el más lúcido de los líderes obreros de esa época; Enrique Crecci y Enrique Messonier. Tenían un órgano, «El Productor», dirigido por San Martín, que es considerado como el periódico más importante, combativo y representativo de los intereses del proletariado en las dos últimas décadas del siglo pasado.

La Unión Obrera tenía en su dirección a elementos reformistas como Saturnino Martínez, a miembros del Partido Autonomista e incluso a integristas, enemigos de la independencia de Cuba, como Domingo Menéndez Areces. Tenían un periódico, *La Unión*, a través del cual realizaban una labor divisionista y antiobrero.

El predominio de los reformistas en el movimiento obrero cubano fue perdiéndose alrededor de 1880, y la dirección del mismo pasó en esos años a manos anarquistas. El periódico *El Productor* realizó una extraordinaria labor de divulgación de las ideas, logros y posiciones del movimiento obrero mundial y dio una contribución decisiva a los avances ideológicos y organizativos de los obreros cubanos.

Se destacó mucho la solidaridad con los obreros norteamericanos que han pasado a la historia como los Mártires de Chicago, y gracias al trabajo de las organizaciones proletarias, Cuba fue el único país de Latinoamérica que —además de Argentina—, celebró el 1.º de mayo de 1890 como Día Internacional de los Trabajadores, jornada que se realizó entonces por primera vez en el mundo.

De importancia decisiva fue el aporte de los obreros a la lucha por la independencia de Cuba. En la emigración obrera se apoyó fundamentalmente José Martí para organizar el Partido Revolucionario Cubano y preparar la guerra emancipadora.

En el interior de la Isla, los dirigentes anarquistas, negadores de toda actividad política, trataban de convencer a los obreros de que la lucha por la independencia era un interés sólo de la burguesía, y hacían lo posible para apartarlos de esa lucha. Pero la prédica de José Martí y de los dirigentes obreros de la emigración fue cambiando esas falsas ideas. Por fin, en un importante congreso que realizaron en La Habana en enero de 1892, el primer Congreso Obrero Nacional, llegaron a la conclusión de que no existía ninguna contradicción entre la lucha por la libertad del individuo y la lucha por la emancipación de un pueblo sometido a la dominación extranjera. A partir de entonces, el movimiento dentro de la Isla se sumó al de la emigración en la lucha independentista.

José Martí y la «guerra necesaria». El Partido Revolucionario Cubano. Desde que José Martí se separó del proyecto insurreccional Gómez-Maceo en 1884, se abstuvo de participar activamente en la organización de los patriotas cubanos emigrados para no interferir en los planes de los dos jefes mencionados. Pero se reincorporó con toda pasión cuando esos planes fracasaron y Gómez dio por concluidos los preparativos del movimiento insurreccional a fines de 1886.

El 10 de octubre de 1887 Martí pronuncia un esclarecedor y combativo discurso ante los cubanos reunidos en el Masonic Temple, de New York, y a partir de entonces se entrega a la tarea de unirlos, organizarlos y preparar las condiciones indispensables para la batalla final por la independencia de Cuba. Visita a muchos veteranos del 68, les escribe a otros, les expone a todos sus ideas.

Al mes siguiente se crea, presidida por Martí, la Comisión Ejecutiva que dirigirá inicialmente las labores organizativas, se establecen las bases de la futura organización revolucionaria y se traza la estrategia a seguir.

Se hace necesario convencer a los patriotas cubanos de que es imprescindible la unidad más estrecha de todos: unidad de fines, unidad de organización y unidad de acción. La tarea es sumamente difícil, pues a las campañas intrigantes y divisionistas del gobierno español y la labor desorientadora de los autonomistas se suman numerosos prejuicios, contradicciones, confusiones y otros males que afectan internamente a las fuerzas patrióticas. Hay muchos patriotas que perdieron la fe con la derrota del 78; pero también hay desesperados que quieren comenzar la guerra a toda costa, sin tener siquiera mínimas posibilidades de éxito. Es preciso prever e impedir nuevos brotes de regionalismo, caudillismo e indisciplina que tanto daño hicieron en la guerra anterior. Se mantienen fuertes prejuicios contra los negros, incluso en algunos jefes mambises, a la vez que perduran en muchos cubanos que hasta unos años antes eran esclavos, naturales resentimientos contra sus antiguos amos. Se han ido creando celos entre veteranos del 68 y «pinos nuevos» que entran en la lucha. Quedan rezagos de las viejas pugnas entre los grupos de patriotas emigrados, y se presentan diferencias entre éstos y los que residen en la Isla.

Han ido arreciando las contradicciones entre patronos y obreros, traduciéndose en un aumento de las huelgas y otras formas de la lucha de clases. Se manifiesta en algunas esferas el temor a que, como ocurrió en otros países, la colonia abra paso a un Estado autoritario, gobernado por una casta antidemocrática, o corroído por la anarquía.

Ante esos problemas, Martí lleva a cabo una ardua y paciente labor política, ideológica y organizativa tendiente a recuperar la confianza en la Revolución; a demostrar la inevitabilidad de la guerra, pero también la necesidad de su más eficaz preparación; a borrar los prejuicios contra el negro, defendiendo las más avanzadas concepciones en relación con la igualdad de todos los hombres; a convencer de que la guerra no se

hace contra los españoles honrados, buenos y laboriosos, sino contra los colonialistas. Lima asperezas entre los patriotas emigrados, muestra la comunidad de ideas e intereses entre los cubanos de la Isla y los del exilio; convence a todos de que es imprescindible la más estrecha unión entre viejos y nuevos combatientes, y llama a ocupar los cargos militares decisivos a experimentados jefes del 68.

Hablando como representante de toda una nación, no de una sola parte de ella, logra Martí que las pugnas clasistas se subordinen al interés supremo de conquistar la independencia, previene contra los peligros que en aquellos momentos representa la prédica de movimientos clasistas o racistas y logra unir tras el objetivo de emancipación nacional a la gran masa de trabajadores de la ciudad y el campo, a la intelectualidad patriótica, a gran parte de la pequeña y mediana burguesía y a algunos antiguos ricos, arruinados en la batalla liberadora. En ese contexto lanzó su lema de «con todos y para el bien de todos».

Este papel unificador no impidió a Martí expresar su identificación con los humildes, con los oprimidos, particularmente con los obreros, y su confianza total en ellos. Una de las características esenciales del Apóstol fue su avanzado pensamiento social. Según él, las dos raíces que debían alimentar la República eran: el trabajo del hombre con sus propias manos y el pensamiento propio. Nadie debía vivir del trabajo de otro. De ahí que aspirara a fundar una república de trabajadores. En las clases trabajadoras (manuales e intelectuales) vio Martí la garantía de que se afianzaran las conquistas de la revolución emancipadora.

De trascendental importancia —para su tiempo y para la posteridad— resulta la labor antimperialista, latinoamericanista e internacionalista desplegada por Martí. Llamó al imperialismo norteamericano por su nombre, denunció el papel de los monopolios y el capital financiero yanqui; puso en guardia a los pueblos hispanoamericanos sobre el voraz expansionismo de Estados Unidos; rechazó firmemente la posibilidad de una intervención de este país en la guerra cubana, y advirtió que la importancia de la independencia de Cuba y Puerto Rico no consistía sólo en erigir dos repúblicas libres y prósperas, sino en el papel decisivo que éstas debían desempeñar para salvar a América Latina del peligro yanqui y para lograr el equilibrio del mundo.

O sea, Martí fijó con claridad la misión latinoamericanista y universal de la Revolución que preparaba.

Advirtió la existencia de dos Américas, muy distintas por el origen, la historia, los intereses, la mentalidad y los propósitos: de una parte, la América anglosajona, y de la otra, la que se extendía desde el Río Grande hasta la Tierra del Fuego, a la cual llamó «Nuestra América». Forman esta última los pueblos que tienen un mismo origen y un mismo idioma, que sufrieron el mismo yugo extranjero durante siglos, que han combatido a comunes enemigos y han enfrentado peligros comunes; los pueblos que han de salvarse juntos o juntos perecer, porque constituyen una sola nación espiritual.

Esa voluntad unitaria y democrática, ese espíritu de libertad, amor al trabajo y justicia social; ese sentido patriótico-revolucionario, antimperialista, latinoamericano y universal, presentes en el ideario y la obra de José Martí, fueron llevados por el eximio líder a todos los clubes de emigrados revolucionarios cubanos y transmitidos a los grupos existentes en el interior de la Isla.

A Tampa y Cayo Hueso, donde se concentraban grandes colectividades de patriotas emigrados, en su mayoría de obreros del tabaco, se dirigió Martí a finales de diciembre de 1891. Allí redactó las Bases y Estatutos Secretos de la nueva organización independentista, el Partido Revolucionario Cubano, que fueron aprobados masivamente el 5 de enero de 1892. Igualmente serían aclamados por los clubes patrióticos creados en otras ciudades de Estados Unidos, así como en las Antillas, México, América Central y América del Sur. Junto con el Partido se creaba —en marzo de 1892— el periódico *Patria*, que desempeñaría un papel de primer orden en la tarea de unir, organizar y orientar a las fuerzas patrióticas.

El 8 de abril tuvieron lugar las asambleas para elegir a los dirigentes de la organización, y dos días después, el 10 de abril, era proclamado oficialmente el partido de todos los revolucionarios cubanos. José Martí resultó electo Delegado, la más alta responsabilidad, acompañado de un Tesorero.

Surgía así, de las condiciones peculiares de Cuba y del pensamiento autóctono y creador de Martí, un partido que no se asemejaba a ningún otro de los que existían en el mundo. Era original en sus propósitos, en

sus principios organizativos, en su funcionamiento, en su composición social, en su carácter de partido único de todos los combatientes independentistas.

El Partido Revolucionario Cubano funcionaba sobre la base de dos principios esenciales: la democracia más consecuente y la más estrecha disciplina. Desde su fundación, proclamaba sus fines primordiales: conquistar la independencia absoluta de Cuba y sentar las bases de una república democrática, así como fomentar y auxiliar la independencia de Puerto Rico. En el Partido Revolucionario Cubano no había barreras nacionales; estaba abierto «a los hombres buenos de todos los países» movidos por los mismos fines independentistas. De ahí que en las organizaciones del Partido Revolucionario Cubano, al igual que en la redacción del periódico *Patria* y en toda la labor independentista, ocuparan un lugar importante, junto a los cubanos, los patriotas puertorriqueños y dominicanos, y se contara en los clubes revolucionarios con la presencia de hijos de muchos países, entre ellos jamaicanos, haitianos, italianos, hebreos e incluso españoles y norteamericanos. Los clubes revolucionarios constituyen una forma creadora de organización de base de un partido político, similar a la que encontramos en la historia política posterior en los principios que Lenin delineó para el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Con un Partido como éste se garantizaba la preparación exitosa de la «guerra necesaria». Y a ese propósito dedicó Martí todas sus energías a partir de 1892. Bajo su orientación y con sus visitas constantes, los clubes designaban a los que serían jefes militares en la guerra, recaudaban fondos, adquirían armas y municiones, contrataban embarcaciones. A la vez, el Partido enviaba emisarios al interior de Cuba para preparar condiciones y se realizaban frecuentes reuniones entre los jefes revolucionarios, tanto en EE.UU. como en Santo Domingo y otros países. Se solicitó y obtuvo ayuda de varios gobiernos latinoamericanos de conocidas proyecciones anticolonialistas.

A finales de 1894 se han creado las condiciones fundamentales para el inicio de la insurrección. El 8 de diciembre está elaborado el Plan de Alzamiento, y el día 25 dispone Martí la salida hacia Cuba de tres barcos cargados de armas y hombres: el «Lagonda», el «Amadís» y el «Baracoa». Saldrían desde el puerto de Fernandina, en las cercanías de la Florida. Pero las autoridades norteamericanas, que colaboraban de hecho con el gobierno español pese a sus expresiones de simpatía por la causa cubana, ocuparon dos de esas embarcaciones y gran parte del armamento en los primeros días de enero de 1895, propinando un golpe muy duro a los esfuerzos patrióticos.

Pese al serio revés, los planes continúan adelante, y se autoriza a los revolucionarios de la Isla que inicien la insurrección sin esperar por las expediciones. El día 29 del mismo mes de enero, se firma la Orden de Alzamiento. El estallido de la guerra emancipadora es ya inevitable.

Los negros eran cazados en el continente africano, y se les cargaba hacinados como animales en los barcos negreros, de tal modo que muchos no resistían el largo viaje a través del Atlántico; al final eran vendidos en las costas de América a los grandes terratenientes y otras personas acaudaladas. Generalmente eran sometidos a un trabajo brutal, en condiciones infrahumanas. Sólo recibían un trato menos rudo los que se destinaban al servicio doméstico; pero los que iban a las minas, a la ganadería, a las plantaciones cañeras o a otras labores agrícolas, tenían que trabajar jornadas de 14, 16 o más horas, mal alimentados, semidesnudos y alojados en barracones insalubres. Desde luego que les estaba negada toda instrucción, salvo la de los religiosos que trataban de convertirlos a la fe cristiana. Cuando los esclavos no trabajaban tanto como el mayoral exigía, o cuando cometían alguna falta, se les podía imponer diferentes castigos: golpearlos cruelmente con látigos o vergajos, ponerles cadenas y grilletes, meterlos en el cepo, encerrarlos por tiempo indefinido, e incluso matarlos.

También los esclavos, en mayor medida que los indios, solían escaparse a lugares casi inaccesibles, convirtiéndose en cimarrones y construyendo sus palenques. Estos esclavos eran perseguidos tenazmente, para lo cual los amos contrataban rancheadores, hombres desalmados y conoedores del monte, que con armas y perros amaestrados trataban de dar caza a los fugitivos. La captura de un cimarrón significaba

generalmente su muerte, colgado de un árbol como escarmiento. En épocas posteriores, los esclavos fueron adquiriendo conciencia de sus posibilidades de lucha, y organizaron importantes rebeliones en pos de su emancipación. El trabajo esclavo predominó en Cuba durante tres siglos y medio.

VIII

La Guerra del 95

El 24 de febrero. Según lo acordado, el 24 de febrero de 1895 se dio el grito de independencia en varios lugares de Cuba. En la provincia de Oriente, los pronunciamientos más importantes se produjeron en Santiago de Cuba, Guantánamo, Jiguaní, San Luis, El Cobre, El Caney, Alto Songo, Bayate y Baire. Este último pueblo, perteneciente al municipio de Jiguaní, simbolizó el inicio de la nueva guerra, pues al estallido se le conoce en la historia, no sin reparos, como Grito de Baire.

En Occidente y Centro hubo algunos alzamientos: en Ibarra y Jagüey Grande (provincia de Matanzas) y en Aguada de Pasajeros (provincia de Las Villas). Pero ninguno de ellos tuvo éxito, debido esencialmente a fallas de coordinación. Los principales jefes fueron capturados, unos sufrieron deportación y otros fusilamiento. En la provincia de La Habana, los dirigentes del movimiento fueron detenidos antes de alzarse. A los patriotas de Pinar del Río se les ordenó esperar a que la lucha se entablara en el resto del país. Una semana después del estallido había unos 2500 cubanos sobre las armas.

Los tres partidos políticos organizados legalmente en el país (el Autonomista, el Unionista y el Reformista) condenaron el movimiento insurreccional, y la dirección del Partido Autonomista trató de persuadir a los jefes mambises de que abandonaran las armas. Tanto los autonomistas como los españoles iniciaron una fuerte campaña utilizando muchas promesas y parecidas intrigas a las de la guerra anterior. Pero no tuvieron éxito.

El 25 de marzo se dio a conocer un documento de suma importancia, el Manifiesto de Montecristi, firmado en Santo Domingo por José Martí, como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, y Máximo Gómez, como General en Jefe del Ejército Libertador. Además de exponer los fines de la insurrección, el Manifiesto iba dirigido a destruir las insidiosas campañas del gobierno español y de sus servidores, a consolidar la unidad de todos los cubanos y su confianza en la Revolución, a dar seguridad a los españoles radicados en Cuba de que no tenían que temer por sus vidas ni por sus propiedades siempre que respetaran la causa liberadora.

Pero el impulso más fuerte a la insurrección lo produjo la llegada a Cuba, en dos expediciones, de los principales jefes mambises: el 1.º de abril desembarcaba cerca de Baracoa, en la costa norte, el mayor general Antonio Maceo con 22 expedicionarios, y el 11 de abril arribaban a Playitas, también en el extremo oriental de la Isla pero en la costa sur, José Martí y Máximo Gómez, con cuatro expedicionarios más. La noticia

de que los tres jefes principales de la guerra se encontraban ya en la manigua cubana, produjo un alzamiento generalizado en Oriente, a cuyo frente se puso Antonio Maceo, y repercutió muy favorablemente en el resto del país.

Reunión de La Mejorana. Caída de José Martí. Era necesario trazar la estrategia de la Revolución. Para ello, se reunieron los tres jefes mambises (Martí, Maceo y Gómez) el 5 de mayo en el ingenio La Mejorana, municipio de San Luis. Trataron diversos temas relacionados con las misiones a desempeñar por cada uno de ellos y la idea de llevar a cabo la invasión a Occidente; pero el asunto más polémico seguía siendo, como en la contienda anterior, el que concernía a las funciones del gobierno civil y del mando militar y a las relaciones entre ambos.

Maceo, recordando las desastrosas consecuencias de la obediencia absoluta del mando militar a la Cámara de Representantes en el 68, negaba la necesidad de un gobierno civil mientras durara la guerra. Martí, apoyado esta vez por Gómez, entendía necesario el gobierno civil; pero al mismo tiempo, para impedir los problemas de la guerra anterior, se pronunciaba por que el mando militar tuviera la mayor autonomía en cuanto al planeamiento de las operaciones bélicas. Para formalizar todo lo relacionado con estos problemas, Martí planteó la necesidad de convocar a una asamblea de representantes del pueblo cubano en armas. Pese a mantener sus puntos de vista, Maceo acató la decisión de Martí y Gómez y se dispuso a continuar su campaña militar en Oriente. El Delegado y el General en Jefe se preparaban para dirigirse a Camagüey con objeto de levantar a esa provincia y organizar la asamblea constituyente.

Pero la causa por la independencia recibiría un golpe inesperado, que ejercería, a la larga, una influencia nefasta en el curso de la Revolución. El 19 de mayo, las tropas españolas sorprendieron el campamento de Gómez y Martí en Dos Ríos, provincia de Oriente, y allí perdió la vida, combatiendo, el Apóstol de la independencia de Cuba. Su muerte conmovió hondamente a los patriotas en armas, y sobre todo a la emigración revolucionaria que él había unido y organizado. Esa pérdida debilitaría sensiblemente —en lo político, ideológico y organizativo— al Partido Revolucionario Cubano y contribuiría a que se frustraran los objetivos patrióticos, democráticos y socialmente avanzados de la Revolución.

Auge de la insurrección. Después de la reunión de La Mejorana, Maceo llevó la guerra a todo el territorio de Oriente. Amenazaba a las principales ciudades, inutilizaba las vías férreas, imponía tributos a los grandes terratenientes y libraba victoriosos combates de importancia estratégica como los de Jobito, Peralejo y Sao del Indio. Esta campaña sirvió, además, para adiestrar a las tropas mambisas, gran parte de las cuales se estrenaban en los trajines bélicos y para facilitar el levantamiento en otras provincias.

En los primeros días de junio se alzó Camagüey, que esperaba la llegada de Gómez. Este desarrolló una suerte de acciones tácticas a las que en conjunto se ha llamado «la campaña circular», consistente en movimientos sorpresivos alrededor de Puerto Príncipe, la capital provincial, hostigando al enemigo, ocupando armas y municiones y ejercitando a las tropas bisoñas. Antes de finalizar junio, todo Camagüey estaba en guerra. Gómez pudo entonces ordenar a Maceo que preparara un contingente oriental y se dirigiera con él a Camagüey para realizar juntos la invasión a Occidente.

A fines de julio se generalizaba el alzamiento en Las Villas, donde ya desde el mes de abril se venían produciendo brotes parciales en distintas zonas. Precisamente por esa provincia, al sur de Sancti Spiritus, desembarcó el 24 de julio una expedición dirigida por los generales Carlos Roloff, internacionalista polaco, y Serafín Sánchez, ambos veteranos del 68, acompañados por otros altos jefes militares. Era un refuerzo decisivo en armas, en hombres y en experiencia militar. Las expediciones constituirían una contribución de primer orden de los emigrados revolucionarios a lo largo de toda la guerra.

A principios de agosto comienza a publicarse, por iniciativa de Maceo, un periódico de las fuerzas patrióticas al que pusieron el mismo nombre del que había editado Céspedes en 1868: *El Cubano Libre*.

La Asamblea de Jimaguayú. A mediados de septiembre del mismo año 1895, se reunieron en Jimaguayú, provincia de Camagüey, los representantes de los cinco cuerpos de ejército con que contaban los cubanos en armas. La Asamblea aprobó la Constitución de Jimaguayú, la cual estableció un gobierno centralizado que reunía en un solo organismo, llamado Consejo de Gobierno, los poderes ejecutivo y legislativo.

Este Consejo estaría integrado por un Presidente y un Vicepresidente, cargos para los que fueron electos después, respectivamente, Salvador Cisneros y Bartolomé Masó, ambos veteranos del 68. Completaban el gobierno cuatro Secretarios de Estado. La autoridad suprema del Ejército Libertador sería ejercida por un General en Jefe, con un Lugarteniente General como segundo en el mando. Para dichos cargos fueron nombrados Máximo Gómez y Antonio Maceo, respectivamente. Se nombró representante en el extranjero a Tomás Estrada Palma, que había sustituido a Martí como Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

Tratando de evitar los errores de la guerra pasada en cuanto a las relaciones entre el gobierno y el mando

militar, la Constitución delimitó las funciones de ambos: el Consejo de Gobierno se encargaría de dictar las disposiciones relativas a la vida civil y política, aprobaría la ley de organización militar que debería ser propuesta por el General en Jefe y concedería los grados militares de coronel en adelante. El General en Jefe asumiría la dirección de las operaciones militares, y el Consejo de Gobierno sólo podría inmiscuirse en ese campo cuando fuera «absolutamente necesario a la realización de altos fines políticos». Pero esta intervención quedaba al arbitrio del Presidente y el Consejo de Gobierno, razón por la cual se produjeron más tarde injerencias civiles en asuntos puramente militares, que crearon serios conflictos con el mando del ejército. Tras la Asamblea de Jimaguayú, ordenada la vida civil en el territorio libre y organizado adecuadamente el Ejército Libertador, el gran empeño de los jefes mambises era el de llevar la guerra a las provincias occidentales.

La invasión a Occidente. La invasión a Occidente, un sueño que no pudieron materializar los combatientes cubanos durante la Guerra de los Diez Años, era de trascendental importancia militar, económica y política para la causa independentista. De ahí que tan pronto se consolidó la lucha en las tres provincias orientales, Maceo formó un contingente con una parte de sus tropas para pasar hacia Camagüey, unirse con Gómez en Las Villas y avanzar hacia el oeste.

Reunidos poco más de 1 400 soldados en la sabana de Baraguá, el lugar donde en 1878 se había producido la histórica Protesta, Maceo dio inicio a la marcha el 22 de octubre de 1895. Después de burlar al mando español de Holguín, que lanzó todas sus fuerzas para impedir el avance de Maceo, el contingente invasor entró en la provincia de Camagüey, cruzó la bien defendida trocha de Júcaro a Morón sin tener una sola baja y se unió a las tropas de Máximo Gómez, como estaba previsto, en territorio villareño. El «Generalísimo» designó a Maceo jefe de la columna invasora. El 15 de diciembre, al hacer un recuento de armas y municiones, comprobó Maceo que sólo contaban con un promedio de dos cápsulas por cada combatiente: había que arrancarles armas y municiones al enemigo.

Tuvieron oportunidad de hacerlo en Las Villas, donde eran ya 3 600 invasores que se enfrentaban a 8 000 soldados españoles. Allí libraron algunos combates, entre ellos el del 15 de diciembre de 1895 en el potrero de El Naranjo, que vino a ser el más favorable a las armas cubanas en todo el curso de la invasión. En él sólo participaron 400 invasores, los que hicieron más de 200 muertos al enemigo y capturaron buena cantidad de armas y parque, a un costo de cuatro cubanos muertos y 40 heridos.

A un ritmo de 16 horas diarias de marcha, los invasores penetraron en la provincia de Matanzas, bien defendida por 30 000 soldados españoles, al mando del experimentado general Arsenio Martínez Campos. En las inmediaciones de esa provincia y utilizando su astucia, Gómez y Maceo dieron un gran rodeo y retrocedieron hasta los límites de Las Villas, como si regresaran hacia el oriente. Y cuando Martínez Campos los creía lejos, daban de nuevo un giro hacia occidente y se acercaban a la provincia de La Habana. Esta operación es conocida popularmente como «el lazo de la invasión», y constituyó una excelente maniobra que permitió burlar a poderosas fuerzas y continuar hacia el oeste.

Ya en La Habana, con sus fuerzas incrementadas, los invasores avanzaron tomando ocho poblaciones importantes y amenazaron a la capital. Aquí Maceo y Gómez se separaron: éste quedó en La Habana con 2 500 hombres, mientras el Titán avanzaba hacia Pinar del Río con 1 500.

Para facilitar las acciones invasoras de Maceo en Pinar del Río, Gómez distraía a las tropas españolas en La Habana mediante la táctica de «la lanzadera», que se caracterizaba por un constante ir y venir que despistaba a las columnas enemigas lanzadas contra él.

Maceo atravesó la provincia pinareña tomando numerosas poblaciones y evadiendo otras, y llegó victoriosamente al extremo occidental de la Isla, a la ciudad de Mantua, donde plantó la bandera de la estrella solitaria el 22 de enero de 1896, exactamente 3 meses después de haberse iniciado la marcha en Baraguá. El Ejército Libertador y sus dos jefes más relevantes habían realizado una portentosa hazaña que según un crítico extranjero fue «el hecho militar más audaz de la centuria».

En efecto, en 92 días anduvieron 425 leguas (más de 1 800 km), atravesando una isla larga y estrecha, cortada por numerosos ríos, desafiando a un enemigo que contaba al principio con unos 100 000 hombres y finalmente con más de 180 000 soldados y 42 generales; que era dueño de las principales ciudades y de pueblos bien fortificados, magníficos campamentos y trochas; que disponía de las armas más modernas de su época y un buen sistema de comunicaciones. Y en esas condiciones, la columna invasora cumplió cabalmente sus objetivos militares: llevar la guerra a todos los puntos del país, poner sobre las armas a miles de patriotas y fortalecer material y moralmente la insurrección.

También se alcanzaron importantes objetivos económicos: destruir gran parte de las fuentes económicas de España, de tal modo que se redujo la producción y bajaron las recaudaciones del gobierno colonial.

En lo político, creció el prestigio internacional del movimiento independentista; se demostró que en Cuba había un ejército popular y no una banda de facinerosos como decían los españoles, y se despertó el interés de los órganos de prensa mundiales por conocer y divulgar las luchas del pueblo cubano.

Después de la Invasión se reafirmó la fe del pueblo en la victoria y muchas personalidades del mundo comprendieron que España no podría ganar la guerra de Cuba.

Weyler y la Reconcentración. El éxito de la invasión selló también la suerte del general Arsenio Martínez Campos, que ya meses antes se había percatado de la pujanza del movimiento independentista y había pedido se le relevara en la jefatura del ejército español de operaciones. En febrero de 1896 se hizo cargo del gobierno y de la jefatura del ejército el general Valeriano Weyler, militar de gran experiencia que ya había operado en Cuba durante la guerra anterior a las órdenes del sanguinario Blas Villate, Conde de Balmaseda.

Desde aquella época, Weyler demostró su apego a métodos bárbaros como los fusilamientos periódicos, los destierros en masa, la destrucción de caseríos y labranzas, en fin, el sometimiento del pueblo mediante el hambre y el terror. Todos esos procedimientos, que comenzaron a aplicarse desde que se produjo la sustitución de Martínez Campos, llegaron a su clímax el 21 de octubre de 1896, cuando Weyler dictó un bando por el que se disponía: «Todos los habitantes en los campos o fuera de la línea de fortificación de los poblados, se reconcentrarán en el término de ocho días en los pueblos ocupados por las tropas. Será considerado rebelde y juzgado como tal, todo individuo que transcurrido ese plazo se encuentre en despoblado».

Centenares de miles de personas tuvieron que abandonar sus hogares, sus fincas y demás propiedades, y concentrarse, sin medios de vida, en los portales, parques y calles de las poblaciones, durmiendo a la intemperie, viviendo de la caridad pública. Quienes sufrían más esta calamidad eran los ancianos, las mujeres y los niños, ya que los hombres jóvenes y adultos, en lugar de reconcentrarse, se unían generalmente al Ejército Libertador.

El político y abogado español Álvaro Figueroa, Conde de Romanones, habla de «más de 300 000 reconcentrados agonizantes y famélicos pereciendo de hambre y enfermedades alrededor de las poblaciones». Y el célebre caudillo político e intelectual José Canalejas, también español, afirmó aún antes de terminada la contienda que ésta y la Reconcentración habían originado la muerte de, por lo menos, la tercera parte de la población rural de Cuba.*

Pero esta monstruosa medida de Weyler no dio los resultados que España esperaba. Si bien es cierto que aniquiló gran parte de la población civil y causó estragos en las filas insurrectas, también obligó a miles de hombres a tomar las armas contra la metrópoli y provocó una ola de indignación contra España en muchos países del mundo. El curso de la guerra siguió favoreciendo a las armas cubanas. No obstante, la Reconcentración se mantuvo hasta marzo de 1898.

Campaña de Occidente. Caída de Antonio Maceo. Terminada la Invasión y librando constantes encuentros, Maceo regresó a La Habana, donde se reunió con Máximo Gómez. Operaron en esta provincia y en Matanzas, para separarse de nuevo: Gómez iría hacia el centro de la Isla y Maceo volvería a Pinar del Río.

* Se ha dicho que los horrores de la Reconcentración fueron la primera manifestación en la época moderna de lo que luego fueron los campos de concentración nazis durante la segunda guerra mundial y las «aldeas estratégicas» creadas por Estados Unidos en Vietnam durante la guerra que libró contra ese heroico pueblo, indochino.

La campaña del Titán en tierras pinareñas se caracterizó por sangrientos combates, con gran número de bajas de ambas partes y no siempre victoriosos, pero con balance favorable a las armas cubanas. Tratando de detener la ofensiva mambisa, Weyler tomó la dirección de las operaciones en la provincia pinareña con el propósito de acorralar y destruir al general Antonio Maceo. Culminó la construcción de una formidable línea militar (la trocha de Mariel a Majana), seguro de que los mambises no podrían cruzarla.

Reclamado del centro de la Isla para que interviniera en una crisis surgida entre el Gobierno y el General en Jefe, Maceo abandona a Pinar del Río, burlando la trocha de Mariel a Majana —que cruza por mar— y entra de nuevo en la provincia de La Habana. Acampado en San Pedro, a unos veinte kilómetros al sudoeste de la capital, fue sorprendido el campamento por tropas españolas. Al ripostar el ataque, Maceo recibió un balazo que le causó la muerte. Junto a él cayó su ayudante, Francisco Gómez Toro, hijo de Máximo Gómez.

Al morir, el Titán de Bronce presentaba en su cuerpo 26 cicatrices de armas de fuego. Había peleado en más de 900 combates y lo rodeaba una leyenda de invulnerabilidad, por lo que fue muy difícil para las tropas mambisas aceptar la realidad de su caída. Cuba perdía con él no sólo a un jefe militar y guerrero extraordinario, sino también a un líder de pensamiento revolucionario radical y de una lealtad extrema a la causa independentista, a la unidad de las fuerzas patrióticas y del pueblo en general, así como a los ideales antimperialistas, latinoamericanistas e internacionalistas que guiaron su vida.

Asamblea de La Yaya. Dominio cubano en los campos. El 10 de octubre de 1897, cumpliendo lo dispuesto dos años antes por la Asamblea de Jimaguayú, se reunió otra Asamblea Constituyente en La Yaya, provincia de Camagüey. Allí se aprobó una nueva Constitución que subordinó el mando militar al poder civil y pasó a éste todas las facultades del General en Jefe. La Asamblea renovó el Gobierno, nombrando Presidente a Bartolomé Masó y Vicepresidente al Dr. Domingo Méndez Capote. Cambió a los Secretarios de Estado y acordó que el Secretario de la Guerra, general José B. Alemán, fuera el jefe superior jerárquico del Ejército Libertador. Sin embargo, nadie disputó a Máximo Gómez, en los hechos, su condición de General en Jefe.

En 1897 la guerra seguía su curso en toda la isla, y las tropas cubanas mantenían una posición privilegiada en Camagüey y Oriente, las dos provincias mayores del país. En estos territorios, los españoles sólo dominaban unas pocas grandes ciudades, mientras los cubanos eran dueños absolutos de todo el campo y de la mayoría de las poblaciones. El general Gómez llevó a cabo en este año su famosa campaña de La Reforma, entre Las Villas y Camagüey, con tanto éxito que, como ha dicho un biógrafo del gran dominicano, el carnicero Weyler no pudo tomar aquel pequeño territorio defendido por un puñado de cubanos, pese a que contaba con 260 000 soldados.

El general Calixto García obtiene contundentes éxitos en Oriente, como la toma de Victoria de Las Tunas y Guisa, importantes centros de abastecimientos y operaciones del ejército español. En Las Tunas, los cubanos hicieron cientos de prisioneros (que después fueron puestos en libertad) y se apoderaron, entre otras cosas, de 1 200 fusiles, millón y medio de tiros y 10 carretas cargadas de medicinas. El caudillo liberal Práxedes M. Sagasta, que semanas después sería nombrado Presidente del Consejo de Ministros de España, se vio obligado a reconocer en mayo de 1897: «Después de haber enviado 200 000 hombres y de haberse derramado tanta sangre, no somos dueños en la Isla de más terreno que el que pisan nuestros soldados».

El Gobierno Autónomico: decisión tardía. Ante la situación creada, el gobierno de España se decidió a cambiar su política con respecto a Cuba, en un último esfuerzo por conservarla. Weyler fue relevado del mando y se elaboró una «Constitución colonial» que establecía un régimen autónomico para Cuba y Puerto

Rico. En la mayor de las Antillas se integró un gobierno en el que figuraban cinco dirigentes del Partido Autonomista, uno de los cuales fue nombrado Presidente del Consejo de Secretarios. Pero ya los autonomistas habían perdido su escasa credibilidad: la mayor parte de sus seguidores se habían unido al campo independentista o habían abandonado la lucha política.

Con la mitad de la isla dominada plenamente por los cubanos y la otra mitad azotada por la guerra, la Reconcentración, la peste y otras enfermedades, el gobierno autonómico no era más que una ficción. Acogido con rabia y protestas airadas por los integristas, fue rechazado firmemente por el campo insurrecto.

Tan evidente era la inutilidad del tardío régimen autonómico que, según se ha relatado, cuando Sagasta puso el decreto que lo implantaba a la firma de la reina de España, María Cristina, ésta le manifestó: «Me han dicho, sin embargo, que con la autonomía Cuba se pierde». A lo que el Ministro replicó: «¡Ay, señora! más pérdida de lo que está!».

Voladura del «Maine». Intervención de Estados Unidos. El 15 de febrero de 1898, semanas después de instalado el régimen autonómico y unos días antes de que se realizaran las elecciones para el Parlamento Insular, ocurrió un hecho que anunciaba claramente cuál sería el curso posterior de los acontecimientos: la voladura del acorazado norteamericano «Maine» en la bahía de La Habana, con un saldo de 266 tripulantes y dos oficiales muertos. El gobierno estadounidense había enviado el barco tres semanas antes, con el pretexto de los graves desórdenes promovidos en La Habana por los integristas contra el régimen autonómico. La presencia del «Maine» constituía una señal evidente de que EE.UU se disponía a intervenir directamente en la guerra hispano-cubana.

Según una comisión norteamericana, la explosión había venido desde el exterior del buque; pero la comisión española determinó que el estallido se había producido en el interior. En realidad, España hacía todo lo posible por evitar una guerra con EE.UU. y se cuidaba de cometer cualquier acto de provocación. Por tanto, no se puede concebir que los españoles fueran responsables del hecho. Por el contrario, los gobernantes de Estados Unidos buscaban un pretexto para entrar en guerra contra España. Además de satisfacer sus viejas ambiciones sobre Cuba, una guerra con el león ibero podría poner en sus manos a Puerto Rico, al archipiélago de Filipinas y otras posesiones de notable importancia económica y militar. Y temerosos de que Cuba conquistara su independencia escapándosele de las manos, los yanquis necesitaban un incidente como el del «Maine». Por consiguiente, todo indica que se trataba de una autoprovocación. La tesis sobre la culpabilidad de EE.UU. se ve fortalecida por el hecho de que en esa catástrofe se salvó casi toda la oficialidad blanca del barco, por encontrarse fuera de éste en el momento de la explosión.

El gobierno colonial, tratando desesperadamente de evitar la entrada de Estados Unidos en el conflicto, tomó dos medidas que le habían sido exigidas por el Presidente de ese país, William McKinley, y que hasta ese momento se había negado a aceptar: el cese de la Reconcentración y la suspensión de las hostilidades con los cubanos a fin de llegar a un arreglo pacífico. Pero tanto el Consejo de Gobierno de la República en Armas como el General en Jefe del Ejército Libertador rechazaron inmediatamente la tregua tardía ofrecida por los españoles, alegando que sólo aceptarían la independencia absoluta de Cuba.

En Estados Unidos, la catástrofe del «Maine», de la cual se culpaba a España, levantó una ola de indignación contra ésta. El Presidente McKinley solicitó autorización del Congreso para hacer lo necesario con vista a terminar la guerra hispano-cubana. El 11 de abril de 1898, el Congreso dio la autorización solicitada mediante la llamada Resolución Conjunta (Joint Resolution), la cual establecía, además, que «la isla de Cuba es, y de derecho debe ser libre e independiente». Estaba despejado el camino para la intervención norteamericana en Cuba.

El 21 de abril, la Resolución Conjunta fue presentada al Gobierno español como ultimátum y quedaron rotas las relaciones diplomáticas entre España y Estados Unidos. Horas después, la escuadra norteamericana al mando del Almirante William Th. Sampson bloqueaba varios puertos de Cuba, y el Presidente McKinley llamaba a las armas a 125 000 voluntarios, que rápidamente ascendieron a 200 000. Comenzó el cañoneo de

puertos cubanos, preparando condiciones para la llegada del ejército invasor, y también se bombardeó a San Juan de Puerto Rico. Al mismo tiempo, otra escuadra yanqui entraba en la bahía de Manila (Filipinas), hundiendo a los barcos españoles allí anclados.

Para su guerra en Cuba, EE.UU. decidió iniciar la invasión por Oriente, la provincia en que los cubanos tenían un dominio casi total. Con ese fin pidió y obtuvo la colaboración del Ejército Libertador. Tropas cubanas desempeñaron un papel decisivo en el establecimiento de una «cabeza de playa» y en la protección al desembarco estadounidense por Daiquirí el 20 de junio, así como en la toma de El Caney y San Juan, y en la rendición de Santiago de Cuba el 16 de julio. Los cubanos se encargaron de completar el cerco de la ciudad e impedir que llegaran refuerzos a los españoles. El combate de Las Guásimas, en el que no participaron fuerzas cubanas, fue un desastre para el ejército de EE.UU. El 3 de julio fue destruida la escuadra española, mandada por el Almirante Pascual Cervera, en la bahía de Santiago de Cuba. Cervera fue hecho prisionero por los cubanos, que apoyaban el ataque desde la costa.

Dominando a Oriente, y sintiéndose ya seguro de su victoria, Estados Unidos comenzó a mostrar en el escenario de la guerra sus verdaderas intenciones con respecto a Cuba. Tomada la ciudad de Santiago por los cubanos y estadounidenses, el general Nelson A. Miles no permitió a las tropas cubanas la entrada en dicha plaza, aduciendo que quería evitar «rozamientos» entre cubanos y españoles. El general Calixto García, jefe de las fuerzas mambisas en el Departamento Oriental, ordenó a sus tropas que cubrieran sus respectivas zonas, presentó la renuncia a su cargo ante el Consejo de Gobierno y escribió una memorable y digna carta de protesta al general William R. Shafter, jefe de las tropas terrestres norteamericanas.

Perdidas ya Filipinas y Puerto Rico, y sin esperanzas de retener a Cuba, España pidió a Estados Unidos iniciar conversaciones de paz. El 11 de agosto se tomaron los primeros acuerdos y se suspendieron las hostilidades. El 10 de diciembre se firmó el Tratado de París, que daba por terminada la guerra y dejaba las colonias españolas en manos de Estados Unidos.

Continuando su absoluto desconocimiento de los cubanos, que habían peleado heroicamente por su independencia durante más de treinta años, Estados Unidos impidió que una representación de Cuba estuviera presente en las conversaciones de paz y en la firma del Tratado de París.

El 1ro. de enero de 1899 se realizaba el traspaso del gobierno de Cuba a Estados Unidos.

IX

La primera ocupación yanqui.

Cuando ocupa oficialmente la administración de Cuba el primer Gobernador norteamericano, general John R. Brooke, Estados Unidos ve materializada una de sus más caras y viejas ambiciones. Considera a la Gran Antilla como un vital enclave en su estrategia económica, política y militar, así como un laboratorio donde experimentará las formas de dominación que ha de aplicar en otros países de América. Sin embargo, en ese momento no ha decidido aún la forma en que ejercerá ese dominio. Aunque pretende anexarse a la isla, esa pretensión encuentra serios obstáculos tanto en Cuba como en Norteamérica.

No faltan en el país ocupado los adeptos a la anexión; pero los pasos que da Estados Unidos en ese rumbo chocan con una enconada resistencia de las fuerzas patrióticas. El pueblo cubano ha librado cruentas batallas por la independencia durante treinta años; ha sido el protagonista principal de la derrota de España; tiene sobre las armas a un ejército aguerrido, bien organizado, con un enraizado ideal independentista, y aunque han muerto sus más esclarecidos líderes, queda una fuerte representación de sus ideales en un grupo de

oficiales mambises de extracción popular, en destacados profesionales e intelectuales revolucionarios, así como en una masa que no aceptaría pasivamente la desintegración nacional. El 29 de diciembre de 1898, el General en Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez, acampado con sus tropas en Yaguajay (provincia de Las Villas), lanza una proclama en la cual advierte que la isla no es «ni libre ni independiente todavía», y manifiesta su decisión de no deponer las armas hasta concluir la obra a la que consagró toda su vida: la independencia de Cuba.

Por otro lado, hay una oposición muy fuerte a los proyectos anexionistas dentro de los propios Estados Unidos. La heroica lucha del pueblo cubano ha ganado la simpatía de amplios sectores de la sociedad estadounidense, los que demandan el cumplimiento de la Resolución Conjunta en su enunciado de que Cuba debe ser libre e independiente. Además, una parte influyente de las propias clases dominantes yanquis, como los remolacheros del sur norteamericano y los tabacaleros, ven un grave peligro para sus intereses en la anexión de Cuba, por la competencia que este país podría hacerle con su potencial de azúcar de caña y tabaco, productos que, en caso de anexión, entrarían libres de derechos en Estados Unidos.

La lucha entre esos factores provoca indecisiones en el gobierno interventor, el que no puede fijar de antemano el status posterior de Cuba ni el tiempo que durará la ocupación. Pero, independientemente de la forma de dominación que se adopte (anexión, protectorado), Estados Unidos tiene grandes obstáculos que vencer, y en seguida comienza a desbrozar el camino.

Estados Unidos contra la nación cubana. Liquidación de sus órganos representativos. El gobernador Brooke estrecha rápidamente sus lazos con las clases y sectores, tanto cubanos como españoles, que podrían ser sus aliados: la gran burguesía azucarera, comerciantes importadores, latifundistas, alto clero, intelectuales ligados a esas clases y sectores, así como con un grupo de cubanos procedentes de las filas anexionistas, reformistas e incluso independentistas de tendencia conservadora, que se muestran proclives a la tutela yanqui.

Sin consultar para nada al pueblo cubano ni a sus instituciones, Brooke organiza un gobierno civil; divide la isla en siete departamentos dirigidos por gobernadores norteamericanos; nombra gobernadores civiles en las provincias, así como alcaldes y concejales en los municipios, y mantiene en sus cargos a muchos funcionarios del gobierno colonial español. Además, ordena el desarme general de la población, y haciendo caso omiso del ejército mambí, crea un cuerpo represivo, la Guardia Rural, y una policía municipal, ambos al servicio de los ocupantes. La rural sería, a partir de entonces, el más celoso guardián de los intereses de la gran burguesía azucarera y los latifundistas. La administración norteamericana crea el Poder Judicial con juzgados correccionales y, como basamento jurídico, mantiene los mismos códigos —el civil y el criminal— por los que se regía el gobierno colonial español.

Por otro lado, aun antes de asumir oficialmente la gobernación del país ya los ocupantes maniobraban para deshacerse de los tres organismos representativos de la nación cubana: el Partido Revolucionario Cubano, el Ejército Libertador y la Asamblea de Representantes del pueblo cubano en armas (llamada comúnmente Asamblea de Santa Cruz o Asamblea del Cerro, por los lugares donde se reunió). El gobierno interventor prescinde de esos organismos, los desconoce por completo; pero ellos existen, son fuerzas reales. Por eso utiliza todos los medios para deshacerse de ellos, cosa que ya ha logrado en el primer semestre de 1899.

El primero en eliminar es el Partido Revolucionario Cubano. Estados Unidos cuenta para ello con Tomás Estrada Palma, que asumió el cargo de Delegado después de la muerte de Martí y que había reducido las tareas de esa organización a las de recaudar fondos y preparar expediciones, privándola de toda función política. Terminada la guerra, Estrada Palma estimó que esas tareas no tenían ya razón de ser y disolvió el Partido en diciembre de 1898, días después de firmarse el Tratado de París. Aún no había patria independiente ni república democrática, los dos objetivos básicos del Partido; pero Estrada Palma, que admiraba el modo de vida yanqui y negaba la capacidad del pueblo cubano para gobernarse, explicó la disolución aduciendo que ya se habían logrado los fines para los que había sido creado dicho partido. Desaparecía

uno de los instrumentos fundamentales con que contaba el pueblo para enfrentarse a los designios yanquis. Mediante maniobras tortuosas, y aprovechando hábilmente la falta de previsión y las contradicciones entre los patriotas cubanos, el gobierno interventor logró la desintegración del Ejército Libertador y de la Asamblea del Cerro. Antes había conseguido enfrentar a Máximo Gómez con la Asamblea, la que destituyó al gran dominicano de su cargo de General en Jefe.

Secuelas de la guerra y penetración yanqui. La liquidación de las tres instituciones representativas del movimiento nacional-liberador facilitó a Estados Unidos el logro de sus propósitos de penetración económica y dominio político. A ello contribuyó también la desastrosa situación en que había quedado Cuba después de la guerra.

Un censo de población hecho en 1899 mostró las grandes pérdidas que la contienda había significado para Cuba en vidas humanas y en la destrucción de sus riquezas, así como el atraso en que el régimen colonial mantenía la educación, la salud y otros aspectos importantes de la vida del país.

La población de Cuba era de 1 572 000 habitantes, muy inferior a la de cuatro años antes. Se calcula que entre 1895 y 1898 la pérdida fue superior a 400 000 personas, de ellas 100 000 niños. La región occidental fue la más afectada, porque allí la guerra fue más intensa y la reconcentración más rigurosa.

En esos tres años se había perdido el 75% del ganado; el 81% de los ingenios estaban destruidos o semidestruidos, por lo que la zafra azucarera se redujo a la tercera parte; la producción de tabaco no alcanzó siquiera el 20% de la de 1895.

El abandono secular de la salud pública y la educación se agravaron en los años de la guerra. La fiebre amarilla y otras epidemias diezmaron a la población, y sólo existían 904 escuelas públicas en toda la isla.

Miles de personas que habían perdido sus hogares y otras propiedades con motivo de la Reconcentración, vagaban por las calles sin techo ni empleo. Igualmente desempleados y sin remuneración alguna se hallaban la mayoría de los integrantes del Ejército Libertador.

Ante este cuadro, mucha gente creía necesaria la ayuda de una nación poderosa y próspera como Estados Unidos para reconstruir el país. Y de esa realidad se aprovechó también el gobierno interventor. Con el pretexto de la reconstrucción económica, se sentaron las bases del dominio absoluto del capital norteamericano sobre la economía cubana, mediante las inversiones directas en esa esfera, la estructuración de una oligarquía nativa que sería históricamente su aliada y la anulación de una incipiente y débil burguesía nacional que jamás pudo desempeñar un papel relevante en los destinos del país.

Ya desde los años 60 del siglo pasado, los lazos económicos entre Cuba y Estados Unidos habían ido estrechándose notablemente, de tal modo que la nación norteaña iba sustituyendo a España como metrópoli comercial. Primero se produjo la concesión de créditos para la producción de azúcar, y a partir de 1880 comienzan las inversiones norteamericanas directas, sobre todo en la industria azucarera y en la minería. Se calcula que en 1895 Estados Unidos tenía invertidos en Cuba unos \$50 000 000 de dólares, cifra notable para esa época.

En 1898, antes de instalarse oficialmente el gobierno interventor, la administración yanqui rebajó los aranceles a los productos norteamericanos que entraban a Cuba, sin conceder el mismo privilegio a los productos cubanos que adquiriría Estados Unidos. Igualmente decretó la libre circulación de la moneda norteamericana y dispuso que todos los pagos oficiales se hicieran en esta moneda, al tiempo que devaluaba las que históricamente se habían empleado en el país: la española y la francesa. Y tan pronto asumió el poder el general John R. Brooke, invadió el país una oleada de norteamericanos (empresarios, colonos, negociantes, especuladores, etc.) para establecerse en territorio que ya consideraban como propio.

Los independentistas cubanos alzaron sus voces contra la amenaza que estos hechos suponían y reclamaron protección para las riquezas nacionales. Dentro de Estados Unidos, por razones muy diferentes, poderosos intereses se pronunciaban contra la norteamericanización de la isla, principalmente los remolacheros y tabacaleros. Movilizando sus fuerzas, hicieron que el Congreso de Estados Unidos aprobara la llamada

Enmienda Foraker, que prohibía al gobierno interventor el otorgamiento de privilegios y concesiones a los inversionistas norteamericanos en Cuba durante el período de la ocupación.

Sin embargo, las autoridades yanquis, valiéndose de subterfugios, violaron reiteradamente esa prohibición. Su interés principal se dirigió hacia la producción azucarera, teniendo en cuenta las facilidades que el suelo cubano ofrecía para su desarrollo, la experiencia de la isla en este campo, sus perspectivas comerciales y la posibilidad que daba de controlar el mercado mundial del azúcar. Por eso, pese a la Enmienda Foraker, se ampliaron notablemente las propiedades de empresas norteamericanas como la United Fruit Co. y aparecieron otras nuevas como la Cuba Company, la McCann Sugar Refinery, la Gramerey Sugar Refinery. Muy ligado a la producción azucarera estaba el sistema ferroviario, por lo que también se apoderaron de una buena parte de éste, chocando con las compañías inglesas que desde fines del siglo XIX se habían posesionado de los ferrocarriles en la región occidental.

El desarrollo azucarero requería grandes extensiones de tierras, por lo que se dictó la Orden Militar No. 62, que reglamentaba el deslinde de las haciendas comuneras, hatos y corrales, en beneficio de las empresas norteamericanas. Estas las adquirían a bajísimos precios y en perjuicio del campesinado cubano. El crecimiento del latifundio yanqui fue tan vertiginoso que ya en 1905, según confesión propia, cerca del 10% del área total de Cuba pertenecía a norteamericanos.

Otro ejemplo de violaciones de la Enmienda Foraker puede hallarse en la minería y el tabaco. Se hicieron concesiones mineras tan importantes, que hacia 1902 las empresas norteamericanas controlaban el 80% de las exportaciones de mineral cubano.

El capital yanqui penetró también impetuosamente en la producción tabacalera, desplazando a los inversionistas ingleses que controlaban ese sector. Al terminar la ocupación militar en 1902, los norteamericanos eran dueños de la gran mayoría de las fábricas de tabacos y cigarrillos.

Completando las facilidades dadas a las inversiones norteamericanas, el gobierno yanqui desestimó la demanda tan reclamada de conceder créditos que evitaran la ruina de los propietarios agrícolas y dueños de pequeñas y medianas industrias, con lo que facilitó que muchos de éstos fueran despojados de sus tierras e instalaciones por parte de las empresas norteamericanas.

Así, el período de la ocupación marcó las pautas del crecimiento económico de Cuba en las décadas siguientes, caracterizado por la dependencia total con respecto a Estados Unidos; la deformación de una economía basada prácticamente en la monoproducción, la monoexportación y la importación múltiple de materias primas y de productos manufacturados a precios altos.

Las aspiraciones yanquis de anexarse a Cuba como un estado más de Estados Unidos, e incluso las de convertirla en un protectorado, obligaban a los ocupantes a adoptar una serie de medidas en relación con la salud pública, la educación y otras esferas. Pero estas medidas no respondían a un plan coherente y sistemático dirigido a la solución de los problemas del país, sino al cumplimiento de los objetivos de dominación y al interés de dar una imagen favorable de la ocupación militar.

Así, por conveniencia para las tropas de ocupación se creó el Departamento de Sanidad hasta el nivel municipal, llevándose a cabo una labor de higienización general y de combate contra enfermedades endémicas que provocaban altas tasas de mortalidad, en primer lugar la fiebre amarilla. Ya desde los años 80 del siglo XIX, un médico cubano, Carlos J. Finlay, sostenía la tesis de que el agente trasmisor de esa enfermedad era el mosquito *aedes aegypti*. Cuando el gobierno interventor organizó un grupo de científicos para estudiar y combatir las causas de ese mal, las autoridades sanitarias desestimaron inicialmente aquella tesis; pero al final, con el concurso de varios científicos cubanos y norteamericanos, se comprobó que Finlay tenía toda la razón. Aunque la prepotencia de algunas autoridades yanquis quiso arrebatarse esa gloria al ilustre médico y patriota cubano, su gran mérito ha sido reconocido mundialmente.

En la esfera de la educación pública, totalmente descuidada por la colonia, hubo también avances importantes. El gobierno interventor estaba interesado en lograr la necesaria preparación de la fuerza de trabajo manual e intelectual que las empresas norteamericanas y la oligarquía necesitaban para la más

provechosa explotación del país. Con ese fin, se reorganizó el sistema de enseñanza a todos los niveles, aumentó casi cuatro veces el número de escuelas primarias, se hizo obligatoria la enseñanza para los niños de 6 a 14 años de edad y se estableció un sistema de calificación para los maestros.

Esa política educacional tenía, además, el propósito de politizar a los maestros y a las jóvenes generaciones de cubanos en favor del modo de vida y los intereses de Estados Unidos. El Superintendente General de Escuelas, Alexis E. Frye, era norteamericano, así como el equipo de pedagogos que vino con él. Norteamericanos eran también los primeros textos escolares, y en Estados Unidos debían pasar cursos intensivos los maestros cubanos. Incluso se trató de traer maestros estadounidenses para las escuelas cubanas, idea que no pudo realizarse debido al rechazo masivo del magisterio y de prominentes personalidades de Cuba.

Resistencia popular, movimiento obrero y partidos socialistas. Las medidas y posiciones antinacionales que adoptó el gobierno interventor encontraron el rechazo activo de las clases y sectores interesados en lograr la absoluta soberanía de Cuba en el más breve plazo. Encabezaron esa resistencia algunos representantes del mambisado, entre ellos varios generales y otros integrantes del disuelto Ejército Libertador, así como dirigentes de la emigración revolucionaria, los sectores más radicales de las capas medias, el movimiento obrero y algunos representantes aislados de la débil burguesía nacional.

Se manifestó una fuerte crítica a los términos en que fue redactado el Tratado de París, el cual omitió a los cubanos, excluyó a Isla de Pinos del territorio de Cuba y no puso un límite de tiempo a la ocupación del país por las tropas yanquis. Se condenó la campaña anexionista, la eliminación de los organismos representativos de la nación cubana, las concesiones a los empresarios yanquis, la hipocresía norteamericana en cuanto a su humanismo y buenos deseos, el acceso de los autonomistas al gobierno y la ausencia de obreros en los cargos públicos. Particular significación tuvo la protesta general contra el intento de sustituir a los militares con un gobierno civil norteamericano, lo que significaba consolidar y prolongar la ocupación.

Entre las vías para expresar estos sentimientos nacionales se hallaban los actos patrióticos, que se organizaban contra la voluntad de las autoridades yanquis; las comparecencias ante las llamadas Asambleas de Notables (consultas que hacía el gobierno militar); las denuncias de varios periódicos de corte nacionalista, y sobre todo, la creación de clubes patrióticos y otras organizaciones en muchos lugares de la isla para agrupar a los miembros del disuelto ejército mambí y a todos los independentistas. Se desplegó un fuerte movimiento para crear un partido de ancha base nacionalista, y se exigió la convocatoria de una Asamblea Constituyente.

En febrero de 1899, el destacado intelectual y combatiente de la emigración revolucionaria Diego Vicente Tejera, fundó el Partido Socialista Cubano, la primera organización política de la clase obrera en Cuba. Aunque de carácter utopista, reunió a un crecido número de obreros cubanos, incluyendo a muchos emigrados que regresaron al país, hizo suyo el ideario avanzado de José Martí, y constituyó un instrumento de lucha por la plena igualdad de todos los cubanos, por la independencia de la patria y contra toda medida que mermara su soberanía.

Pero el Partido encontró una fuerte oposición. Las clases oligárquicas se mostraban renuentes a que existiera un partido obrero; la mayor parte de la prensa burguesa y varias personalidades políticas de prestigio alegaban que la existencia de este partido estorbaba la unidad de la nación ante la ocupación extranjera, y los anarquistas lo combatían, pues rechazaban toda acción política. De modo que sólo perduró unos pocos meses, e igual suerte corrió un nuevo esfuerzo de Tejera, el Partido Popular Cubano, en el año 1900.

Mayor éxito tuvieron los gremios y otras organizaciones obreras. El fin de la dominación española y el regreso a Cuba de muchos trabajadores y dirigentes proletarios de la emigración, produjeron una reactivación del movimiento obrero. Abren sus puertas los círculos obreros, se crean gremios, cooperativas, centros de artesanos, asociaciones de oficios varios y una organización nacional: la Liga General de Trabajadores Cubanos, un embrión de central sindical.

La Liga publicó un periódico, *¡Alerta!*, a través del cual no sólo defendieron los intereses específicos de la

clase obrera, sino que denunció la política antinacional de los ocupantes extranjeros, la penetración y el dominio de los monopolios yanquis, los intentos anexionistas, la politiquería y el sometimiento a Estados Unidos de muchos cubanos. A la vez, reclamó el cese de la discriminación del obrero nativo y de la mujer, abogó por el respeto a las tradiciones mambisas y por la realización de los ideales martianos, llamó a los obreros y campesinos a unirse contra los trusts extranjeros y los explotadores criollos y a luchar por un régimen socialista.

La Liga dirigió numerosas acciones obreras en diferentes lugares del país durante la ocupación yanqui, como la importante huelga de los trabajadores de la construcción en agosto y septiembre de 1899, que fue brutalmente reprimida por las autoridades.

Hacia la República mediatizada. Trajines políticos. En diciembre de 1899, ante la enérgica oposición a los planes anexionistas que se manifiesta tanto en Cuba como en Estados Unidos, el Secretario de la Guerra yanqui se ve obligado a dar seguridades en cuanto a la provisionalidad de la ocupación, y anuncia que se realizarán elecciones municipales, que se convocará a una Asamblea Constituyente y que, después de unas elecciones generales, se entregará el poder a los cubanos. Al mismo tiempo, el Presidente McKinley habla sobre los vínculos que deberán existir entre las dos naciones. Evidentemente, la administración estadounidense se ha decidido ya por admitir que Cuba tenga formalmente un gobierno propio, pero manejado totalmente desde Washington. Para llevar a cabo la transición es nombrado Gobernador Militar de Cuba el general Leonard Wood, en sustitución de John R. Brooke.

Ya antes de esa fecha —diciembre de 1899— habían ido surgiendo algunos partidos políticos, con miras a llenar el vacío dejado por la desaparición de los organismos oficiales que representaban a la nación cubana. Pero los más influyentes se crean en el año 1900. Son éstos: el Partido Nacional Cubano, muy heterogéneo, aunque en él predominan sectores burgueses que tienen ciertas aspiraciones nacionalistas; los partidos Republicano Federal de Las Villas y Republicano Federal de La Habana, que contaban con algunas personalidades radicales procedentes de las filas mambisas; y el Partido Unión Democrática, al que se integraron los principales personeros del Autonomismo y que representaba el mayor sometimiento a Estados Unidos.

El 16 de junio de 1900 se realizan los primeros comicios, para elegir por el período de un año los alcaldes, tesoreros y jueces de los 110 municipios del país. El sufragio es limitado: sólo votarán los cubanos mayores de 21 años que sepan leer y escribir y tengan propiedades valoradas en no menos de \$250.00 (a los miembros del disuelto Ejército Libertador no se les exigen estas dos últimas condiciones). También tienen derecho al voto los súbditos de España que no hayan reiterado su condición de españoles. Las limitaciones del voto provocan que, de 417 993 ciudadanos varones en edad electoral según el censo de 1899, sólo tengan derecho al voto 150 648, es decir, el 36% de aquellos. Además, estaban excluidas las mujeres, por lo que tampoco votaron 359 423 mayores de 21 años.

Un año después se realizan nuevas elecciones municipales, también con el voto limitado y para cubrir los cargos de alcaldes, tesoreros y jueces por el período de un año, como los anteriores.

Asamblea Constituyente y Enmienda Platt. Con las mismas limitaciones en el sufragio, el 15 de septiembre de 1900 se realizan comicios para elegir 31 delegados a la Asamblea Constituyente. Cabe decir que tanto en los comicios municipales como en los de la Constituyente, el pueblo votó mayoritariamente por los candidatos independentistas, aunque entre ellos aparecían conservadores, progresistas e incluso antiguos autonomistas. Entre noviembre de ese año y febrero de 1901, la asamblea elabora y aprueba la primera Constitución de la República que recoge gran parte de las aspiraciones democráticas del pueblo cubano, gracias a la presencia de un buen número de delegados de procedencia mambisa. No obstante, tiene una serie de contradicciones y limitantes propias de la heterogeneidad de la Asamblea y de las posiciones no siempre consecuentes de algunos independentistas. Establece la forma republicana de gobierno y la soberanía de Cuba sobre todas las

islas y cayos adyacentes. Otorga la ciudadanía cubana a los españoles residentes en Cuba el 11 de abril de 1899 que se hubieran inscripto como españoles y a los africanos que fueron esclavos o emancipados. Declara la igualdad de todos los cubanos ante la ley, pero a la mujer no se le reconoce el derecho al sufragio. Proclama los derechos individuales y las libertades internacionalmente reconocidos, la libre profesión de todas las religiones y la separación entre la Iglesia y el Estado. Fija la composición, estructura y funcionamiento de los poderes del Estado, así como las obligaciones y facultades de sus organismos y de las personas que ejercen esas responsabilidades públicas.

Al firmar esta Carta Magna, la Asamblea cumple el objetivo para el que había sido convocada. Pero, en lugar de disolverse normalmente, se ve obligada por Estados Unidos a librar una nueva y desigual batalla, que conduce a la castración de la soberanía nacional.

En febrero de 1901, el Presidente McKinley firma la ley de gastos del ejército, que contiene una enmienda aprobada por el Senado a propuesta del congresista Orville Platt. Esta enmienda consta de ocho artículos sumamente lesivos a la dignidad de Cuba y a su soberanía. Entre otras cosas, prohíbe al gobierno cubano la concertación de convenios que "menoscaben" la independencia de la nación o cedan parte de su territorio a gobiernos extranjeros (precepto que el gobierno yanqui es el primero en violar); concede a Estados Unidos el derecho a intervenir militarmente en Cuba cuando el gobierno norteamericano considere que en la isla peligran la vida, la propiedad o los derechos de los ciudadanos; omite a Isla de Pinos y otras islas y cayos del área cubana; obliga a Cuba a conceder porciones de su territorio a Estados Unidos para que construya estaciones navales o carboneras, y convalida todos los actos realizados por el gobierno militar de ocupación. Esta enmienda debía ser aprobada en forma íntegra por la Asamblea Constituyente y adicionarse como un apéndice a la Constitución de la República de Cuba.

La protesta contra la Enmienda Platt fue muy vigorosa nacionalmente. La mayoría de los delegados se oponían resueltamente a su contenido y a su discusión por la Asamblea. Hicieron una contrapuesta con ciertas modificaciones y nombraron una comisión para discutir el asunto en Washington. Pero Estados Unidos lanzó un ultimátum: o se aprueba íntegramente la enmienda, sin el más leve cambio, o no se retiran de Cuba las tropas de ocupación.

Ante esta disyuntiva, la enmienda fue aprobada por un pequeño margen de cuatro votos. Varios delegados que la rechazaron desde el comienzo y lucharon contra ella, cedieron ante la presión norteamericana, declarando públicamente que lo hacían para evitar que se prolongara la ocupación extranjera. Cabe destacar la ponencia de Juan Gualberto Gómez y el voto particular de Salvador Cisneros contra la enmienda, como símbolo de la entereza de nuestro pueblo frente a la imposición yanqui. En su texto fundamental, la Constitución de 1901 daba formalmente a Cuba una república democrático-burguesa, respetuosa de la propiedad privada y de los principales postulados de la Gran Revolución Francesa de 1789, y con un status jurídico superior al que había tenido hasta ese momento; pero, como reconociera el propio Gobernador Wood, «a Cuba se le ha dejado muy poca o ninguna independencia con la Enmienda Platt, y lo único indicado ahora es buscar la anexión». Este último propósito no lo lograrían nunca; pero lo cierto es que la isla dejaba de ser colonia de España para convertirse en semicolonias de Estados Unidos.

Primeras elecciones presidenciales. EE.UU. impone fraudulentamente a Estrada Palma. Dotada Cuba de una Constitución y garantizado el control norteamericano de la nueva república, el próximo paso fue el de convocar a comicios generales para elegir al gobierno republicano: Presidente y Vicepresidente de la República, senadores, representantes, gobernadores y consejeros provinciales. La fecha señalada para estos comicios fue el 31 de diciembre de 1901.

El movimiento de liberación nacional no pudo lograr un frente unido que plasmara sus aspiraciones, y la batalla electoral se inició con el enfrentamiento de dos candidatos a la Presidencia de la República: Tomás Estrada Palma y el general Bartolomé Masó.

El primero había sido Presidente de la República en Armas (por un breve período) durante la Guerra de los

Diez Años, y al morir José Martí lo sustituyó como Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Dudó siempre de la capacidad del pueblo de Cuba para gobernarse, abogó por la intervención de Estados Unidos en la guerra hispano-cubana y mantuvo posiciones anexionistas a espaldas de José Martí. Advirtiendo que estas posiciones eran firmemente rechazadas por el pueblo cubano y por influyentes sectores de Estados Unidos, propuso a la administración yanqui un status mediante el cual Cuba seguiría sometida al control norteamericano sin llegar a la anexión. Esa propuesta se concretó posteriormente en la Enmienda Platt. Era, pues, el candidato favorito de Estados Unidos.

Bartolomé Masó había sido de los primeros en tomar las armas, en octubre de 1868, estuvo entre los doce hombres que quedaron junto a Céspedes cuando la derrota en Yara y fungió como segundo jefe del Ejército Libertador en la primera guerra. Fue uno de los que dieron el grito de independencia en febrero de 1895, y en esa contienda fue Vicepresidente de la República primero y Presidente después. Se opuso siempre a toda intervención yanqui en los asuntos cubanos, condenó públicamente la Enmienda Platt y elaboró un plan de gobierno basado en la absoluta independencia de Cuba. Era visto como un grave peligro por los ocupantes norteamericanos.

Desde sus inicios, la campaña electoral mostraba el arraigo popular de Masó, por lo que el gobierno interventor volcó todo su poder en apoyo a la candidatura de Estrada Palma. Con una actitud unilateral y antidemocrática, se negó a admitir en la Junta Central de Escrutinios a un representante de la coalición masoísta, presionó a los funcionarios gubernamentales para que secundaran y auxiliaran a Estrada Palma y se hizo cómplice de los fraudes que se cometían durante la campaña electoral.

Como protesta ante esta parcialidad yanqui y contra la monopolización de todos los resortes políticos por los estradistas, Masó retiró su candidatura, quedando Estrada Palma como único aspirante. Al no tener adversario, su triunfo estaba asegurado.

Ciudadano norteamericano residente aún en Estados Unidos, Estrada Palma regresó a Cuba cuatro meses después de las elecciones, para tomar posesión de su cargo el 20 de mayo de 1902. Cesaba en esa fecha la ocupación militar del país y se estrenaba la República mediatizada.

El Poeta matancero Bonifacio Byrne expresa en este poema la frustración del pueblo cubano ante la ocupación de su patria por Estados Unidos.

MI BANDERA

Al volver de distante ribera,
con el alma enlutada y sombría,
afanoso busqué mi bandera
¡y otra he visto además de la mía!

¿Dónde está mi bandera cubana,
la bandera más bella que existe?
¡Desde el buque la vi esta mañana,
y no he visto una cosa más triste ... !

Con la fe de las almas austeras,
hoy sostengo, con honda energía,
que no deben flotar dos banderas
donde basta con una: ¡la mía!

En los campos que hoy son un osario

vio a los bravos batiéndose juntos,
y ella ha sido el honroso sudario
de los pobres guerreros difuntos.

Orgullosa lució en la pelea
sin pueril ni romántico alarde:
¡Al cubano que en ella no crea
se le debe azotar por cobarde!

. . .
Aunque lánguida y triste tremola,
mi ambición es que el sol, con su lumbre,
la ilumine a ella sola, ¡a ella sola!,
en el llano, en el mar y en la cumbre.

Si deshecha en menudos pedazos
llega a ser mi bandera algún día,
¡nuestros muertos alzando los brazos,
la sabrán defender todavía!

X

Primer gobierno republicano y segunda ocupación militar norteamericana.

Tomás Estrada Palma. Tomás Estrada Palma, el Presidente escogido e impuesto a Cuba por el gobierno de Estados Unidos, confirmó su alejamiento de los ideales independentistas al constituir su Gabinete. Todos los secretarios seleccionados por él provenían del autonomismo: ni un solo veterano de la guerra, ni un solo emigrado revolucionario, ni un hombre que hubiera sufrido cárcel o deportación por defender la independencia de su patria. Mal podía defender ese Consejo de Secretarios los intereses del pueblo cubano. En 1904 el gobierno de Estrada Palma contribuía a endeudar a la República concertando con la banca norteamericana un empréstito de 35 millones de pesos para pagar pensiones a los miembros del disuelto Ejército Libertador.

En 1903 se concluyó un mal llamado Tratado de Reciprocidad Comercial, según el cual una pequeña lista de productos cubanos disfrutaría, al entrar en Estados Unidos, de una tarifa arancelaria un 20% más baja que la de cualquier otro país. En cambio, una larga lista de productos norteamericanos entrarían en Cuba con una rebaja arancelaria que oscilaba entre el 25% y el 40%. Como se ve, la ventaja para los productos norteamericanos era notable. Además, teniendo en cuenta la penetración del capital yanqui en la economía cubana, la rebaja arancelaria a los productos de la isla beneficiaría principalmente a los inversionistas yanquis. El mecanismo de este Tratado permitió a Estados Unidos colocar en Cuba buena parte de la producción excedente de la economía norteamericana, estorbando el desarrollo de una fuerte burguesía nacional en este país.

Dando cumplimiento a la Enmienda Platt, se firmó un Tratado Permanente de Relaciones entre Cuba y Estados Unidos que reproducía los ocho artículos de ese apéndice constitucional, con sus limitaciones a la soberanía cubana. También al amparo de ese apéndice se arrendaron a Estados Unidos porciones de territorio cubano ubicadas en Bahía Honda (costa norte de Pinar del Río) y en la bahía de Guantánamo (costa sur de Oriente), lugar éste donde se construyó la base naval que aún mantiene Estados Unidos contra la voluntad del pueblo cubano.

Años más tarde, Estados Unidos abandonaría el territorio que ocupaba en Bahía Honda, a cambio de una importante ampliación del área de la base de Guantánamo. Siendo esta última bahía la tercera de Cuba por su extensión y con magníficas condiciones de resguardo y profundidad, tenía para EE.UU. una gran importancia estratégica: se hallaba situada en un punto clave para garantizar el control militar sobre el Caribe y sobre América Central y del Sur, incluido el canal de Panamá. La base comprende un territorio de 117 km², 78 de los cuales corresponden a su parte terrestre y 39 al área marítima. Este enclave extranjero en tierra cubana ha sido causa de múltiples problemas desde su instalación y ha constituido un elemento de constante amenaza y presión sobre el pueblo de Cuba.

Bajo el gobierno de Estrada Palma continuó la penetración del capital norteamericano en la industria azucarera y tabacalera, en las tierras, ferrocarriles, minas y otras ramas de la economía, en competencia con otros capitales foráneos: inglés, francés, alemán, español, etc. Todavía el valor de las inversiones inglesas superaba al de las norteamericanas. En 1905 había 29 ingenios de propiedad estadounidense, que producían el 21% del azúcar de Cuba y tenían grandes latifundios; trabajaban en la isla 13 000 colonos de esa nacionalidad, que adquirieron tierras valoradas en \$50 000 000; el trust tabacalero norteamericano había aventajado ya al inglés: poseía la mayor parte de las marcas y controlaba cerca del 90% de la exportación de tabaco torcido.

La política financiera de Estrada Palma se basó en el ahorro. El superávit del presupuesto se elevó a \$27 000 000 en 1905, aunque la adquisición de armas, pertrechos y otros gastos militares lo redujo a menos de 14 millones al terminar su mandato, a pesar de haber engrosado sus fondos con un empréstito interior de 11 millones de pesos.

El afán de llenar las arcas del Estado hizo que Estrada Palma no utilizara los grandes recursos de que disponía para subsanar los estragos causados por la guerra ni fomentar el desarrollo de la economía nacional. La agricultura se mantuvo abandonada; no se les dieron las tierras ni los recursos que reclamaban los libertadores, los que continuaron en el mayor desamparo; se abrieron las puertas a importaciones procedentes de Estados Unidos, en una competencia desigual con los productos nacionales los que, además, fueron gravados con altos impuestos para pagar los empréstitos concertados. Las obras públicas se concretaron a 256 km de carreteras, unos pocos puentes y acueductos, menos de 150 escuelas públicas y algunas otras inversiones de menor cuantía.

Descontento popular y agitación obrera. El descontento contra la administración de Estrada Palma y contra la creciente dependencia del país, se generalizó pronto. Al año siguiente de su ascenso al poder, el gobierno enfrentó dos levantamientos armados que fueron aplastados brutalmente. En ese mismo año, 1903, se produjeron grandes protestas populares por los términos desventajosos en que se habían concertado el Tratado de Reciprocidad y el Tratado Permanente de Relaciones. Prestigiosos representantes del mambisado, incluso en el seno del Congreso de la República, condenaron enérgicamente el sometimiento del gobierno a Estados Unidos. El senador Manuel Sanguily presentó un proyecto de ley —que no prosperó— contra el latifundio y contra la entrega de tierras a los extranjeros.

Un papel destacado en la defensa del legado mambí, de las riquezas del país y de la soberanía nacional, correspondió al movimiento obrero. En noviembre de 1902, poco después de asumir Estrada Palma la presidencia, se produjo la primera huelga general de Cuba republicana, la llamada «huelga de los aprendices». La iniciaron los tabaqueros y fue secundada después por otros numerosos sectores proletarios del país, e incluso de Tampa y Cayo Hueso. También manifestaron su activa solidaridad con esa acción destacados mambises como Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily, Fermín Valdés Domínguez y Diego Vicente Tejera. El motivo de la protesta fue la discriminación a que estaban sometidos los obreros cubanos, sobre todo los negros, por parte de los patronos. La huelga alcanzó grandes proporciones, pero fue liquidada brutalmente por las fuerzas represivas, con saldo de varios muertos y heridos. Se produjeron en estos años las primeras acciones importantes de los trabajadores azucareros, también reprimidas violentamente. A través de

la prensa obrera y de sus luchas, los obreros se pronunciaron contra la penetración de los trusts norteamericanos y el sometimiento del gobierno, además de plantear sus demandas específicas.

Se crean a partir de 1903, —en La Habana, Manzanillo y otras regiones—, las primeras organizaciones políticas de carácter marxista, encabezadas por el dirigente obrero y luchador independentista Carlos Baliño y otros líderes de la emigración revolucionaria que regresaron a Cuba. Entre ellas se encuentran: el Club de Propaganda Socialista (1903), el Partido Obrero (1904), el Círculo «Carlos Marx» y el Partido Socialista de Manzanillo (1905), la Agrupación Socialista de La Habana (1905) y el Partido Socialista de la Isla de Cuba (1906).

El fraude electoral y la «guerrita de agosto». Se acercaba el fin del mandato presidencial de Estrada Palma, y fueron convocadas las elecciones para el 23 de septiembre de 1905. El malestar contra el gobierno se generalizó al conocerse la intención del mandatario de reelegirse como presidente, alentado por el Ministro de Estados Unidos en La Habana y por los politiqueros beneficiados con la administración estradista. Varias organizaciones políticas se integraron en el Partido Moderado, que postuló a Estrada Palma, y otras se unieron en el Partido Liberal, que llevaba como candidato presidencial al general José Miguel Gómez. Ninguno de los dos candidatos presentó un programa de beneficio popular; pero en el Partido Liberal se nucleaba un grupo de hombres de mayor arraigo en las masas, muchos de ellos veteranos de las guerras de independencia.

El grupo gobiernista que impulsaba la reelección formó un llamado «Gabinete de Combate» y apeló a todos los medios para garantizar el triunfo. Fueron destituidos los alcaldes, funcionarios y autoridades opuestos a la realización de fraudes, arbitrariedades y presiones; los elementos del Partido Moderado coparon todas las mesas electorales y elaboraron a su capricho las listas de electores; y se preparó a la Guardia Rural para intervenir en el proceso a favor de Estrada Palma. El día antes de las elecciones fue asesinado por la policía en Cienfuegos el coronel del Ejército Libertador Enrique Villuendas, jefe liberal de Las Villas. Este asesinato colmó de indignación a la ciudadanía, y el Partido Liberal se retiró de la contienda. Estrada Palma quedó como único candidato, al igual que había ocurrido en 1901, con lo que se dio por ganador en los comicios.

Sin embargo, los jefes liberales no aceptaron pasivamente el escandaloso fraude y tomaron las armas en varios lugares del país en agosto de 1906. La insurrección se hizo fuerte en las provincias de Pinar del Río, La Habana y Las Villas. Los veteranos de la independencia mediaron en el enfrentamiento, pero Estrada Palma exigió la rendición total e inmediata de los alzados para iniciar conversaciones. Hubo órdenes de arresto contra los jefes liberales, encarcelamientos y crímenes. La Guardia Rural asesinó a machetazos en La Habana al general Quintín Banderas, uno de los más aguerridos jefes de las guerras de independencia. Pero la insurrección, conocida históricamente como «la guerrita de agosto», fue cobrando fuerza hasta amenazar con la toma de la capital habanera. Ante la gravedad de la situación, Estrada Palma manifestó una vez más su vocación anexionista, y en vez de procurar un acuerdo pacífico entre cubanos, pidió nuevamente la intervención militar de Estados Unidos. El gobierno norteamericano aceptó la solicitud y el 29 de septiembre de 1906, el Secretario de la Guerra de Estados Unidos, William H. Taft, asumió el cargo de Gobernador Provisional de Cuba.

La segunda ocupación norteamericana, Taft suspendió las funciones del Congreso y se arrogó las facultades legislativas; disolvió las fuerzas insurrectas y las milicias creadas por Estrada Palma, y nombró un supervisor y varios asesores norteamericanos en la Guardia Rural. Pero en realidad, su mandato tenía el propósito de dar paso a quien ocuparía la gobernación del país mientras durara la intervención: Charles E. Magoon.

Pese a los pretendidos fines moralizadores que se le atribuyeron oficialmente, la intervención se caracterizó por el derroche de los fondos públicos, la corrupción política y administrativa, el endeudamiento de la República y las transacciones onerosas. Estableció el uso ilimitado del soborno, la compra de conciencias y la *botella* (cargo por el que una persona cobra sin trabajar). Las obras públicas constituyeron una rica fuente de peculado: basta decir que cada kilómetro de carretera construida costó siete veces más que bajo el gobierno

de Estrada Palma.

Del Tesoro de la República, Magoon pagó prolijamente los gastos ocasionados por la «guerrita de agosto», aumentó los sueldos a la Guardia Rural, cobró los costos de la intervención yanqui y entregó a la Iglesia Católica una elevada suma por concepto de indemnización de los bienes que le había ocupado el gobierno español en el siglo XIX, no obstante que España había indemnizado con creces a la Iglesia y Leonard Wood le había entregado otra gruesa suma. Por otro lado, Magoon dejó comprometido un empréstito de \$16 500 000 para obras en el alcantarillado de La Habana. En fin, habiendo recibido del gobierno anterior fondos por la suma de \$13 625 539, Magoon dejó a su sucesor sólo unos \$2 800 000, de los cuales un millón estaba en bonos de la deuda exterior. Puede decirse que la segunda intervención yanqui sentó las bases de la corrupción desenfadada, que sería desde entonces uno de los más graves males de la república neocolonial.

Otra característica negativa de este período, fue la violenta represión contra los obreros que reclamaban racionales demandas como jornada de ocho horas, salarios justos, seguridad en el empleo, trato adecuado. La única acción proletaria que se desarrolló normalmente fue la llamada «huelga de la moneda», en demanda de que se pagaran los salarios en moneda americana porque la española estaba devaluada. Era una demanda legítima, pero, no fue por esto que el gobierno se mostró receptivo: lo que interesaba a Magoon era generalizar el uso de la moneda norteamericana para contribuir al afianzamiento del control yanqui sobre la economía cubana. La huelga fue ganada por los obreros. No ocurrió lo mismo, sin embargo, con las huelgas de los ferroviarios, tabaqueros, azucareros y otros sectores. En estos casos, la represión ocasionó golpes, detenciones, cesantías, muertos y heridos, y hasta se trajeron esquirols de New York. Así, se mostró sin tapujos la esencia antiobrera de los interventores yanquis.

No faltaron tampoco los intentos armados contra la intervención. Uno de ellos, encabezado por un grupo de oficiales del Ejército Libertador, se descubrió el día anterior al levantamiento, en septiembre de 1907, y sus principales líderes fueron condenados a penas de cárcel. Al mes siguiente se produjo otro en la región oriental (Manzanillo), que fue aplastado por las fuerzas de la Guardia Rural.

Quizás el único aspecto aceptable de esta administración yanqui, fue la elaboración de una serie de leyes complementarias a la Constitución de 1901, como la ley municipal, la ley orgánica del Poder Judicial, la ley del servicio civil, una ley electoral y otras disposiciones necesarias para el regreso a un gobierno dirigido por los cubanos. A fin de elaborar esas leyes, se creó una Comisión Consultiva integrada por tres norteamericanos, uno de los cuales la presidía, y por nueve cubanos de diversas tendencias políticas. En esa Comisión desempeñó un papel decisivo el viejo combatiente independentista Juan Gualberto Gómez, que logró importantes victorias democráticas en asuntos como el sufragio universal y la autonomía de los municipios, frente a la tesis de sufragio limitado y de organización centralizada que defendían los tres delegados americanos y algunos cubanos reaccionarios.

Pacificada la isla, terminada la labor de la Comisión Consultiva y garantizada la continuidad del dominio yanqui, fueron convocados comicios provinciales y municipales para el 1ro. de agosto de 1908 y comicios presidenciales para el 14 de noviembre del mismo año. Realizados los primeros con mayoría para los liberales —que fueron divididos a la contienda—, la atención se concentró en las elecciones generales. El Partido Conservador (Antiguo Moderado) llevó como candidato presidencial a un típico representante de la oligarquía nativa, el general Mario García Menocal. El Partido Liberal (unidas sus dos facciones) postuló a un político hábil, el general José Miguel Gómez. Realizadas las elecciones, la candidatura liberal triunfó por amplio margen, y el 28 de enero de 1909 tomó posesión de la Presidencia de la República el general Gómez. Terminaba la segunda intervención norteamericana, que había durado dos años y cuatro meses.

XI

El dominio absoluto de Estados Unidos (1909-1925)

La etapa que sucede a la segunda ocupación, se caracteriza por la consolidación del dominio norteamericano en la economía y en la política de Cuba y por el desarrollo de graves males que afectarán a la república burgués-latifundista hasta su desaparición. Los tres gobernantes de esa etapa (José Miguel Gómez, Mario García Menocal y Alfredo Zayas), liberales y conservadores, compartirían en similar medida la responsabilidad por la permanente crisis política y moral en que se vio sumido el país y por la miseria y el desamparo de las masas.

Las inversiones de Estados Unidos. En esa etapa se produce un rápido crecimiento de las inversiones norteamericanas, que hacia 1915 dan alcance y sobrepasan a los capitales ingleses e inician un vertiginoso ascenso, sobre todo en la industria azucarera, que llega a su cima en 1925-1926. Si las inversiones yanquis en 1906 se calculaban en unos 160 millones de pesos, en 1914 llegan a 215 millones (1,3 veces más) y en 1925 ascienden a 1360 millones (6,3 veces más que en 1914).

Durante la gran expansión azucarera de 1915 a 1925, el capital norteamericano toma el control de varios sectores estratégicos de la economía cubana: además del azúcar, lo hace en la minería, los servicios públicos, la banca, la deuda externa, las tierras. Son los dueños casi absolutos de las empresas de electricidad, teléfonos, industrias energéticas varias (carbón, petróleo, alcohol); así como de la mayor parte de los ferrocarriles y fábricas de cemento, tabaco, conservas, etc.

Pero el grueso de las inversiones en este período se dirigen al sector azucarero. Si en 1914 las empresas norteamericanas son dueñas de 38 centrales que producen el 38% del azúcar de Cuba, en 1927 tienen no menos de 75 centrales, con el 68.5% de la producción. Una sola de sus empresas, la Cuban Cane Co., obtuvo en la década de 1916 a 1925 ingresos de \$580 000 000 por venta de azúcares y mieles, con ganancias netas de \$105 000 000.

Creció desmesuradamente también el latifundio azucarero norteamericano, que en 1927-28 abarcaba el 40% de las mejores tierras del país. Sólo 18 empresas yanquis poseían 103 992 caballerías (1 395 572 hectáreas). Si en la primera década la penetración financiera se realiza principalmente a través de los empréstitos, existiendo pocos bancos norteamericanos, éstos proliferan con la «fiebre azucarera», a partir de 1915, siendo el más importante de ellos el National City Bank of New York. También se establecen bancos canadienses y de otros países, y hasta la burguesía cubana funda unos 30 pequeños establecimientos bancarios, que se arruinarían con el crack de 1920.

Entre 1914 y 1927 Cuba recibe 118 millones de pesos por concepto de seis empréstitos con casas bancarias norteamericanas, estando obligada a pagarles \$170 800 000.

Los bancos yanquis ganan en esas operaciones la suma de \$59 800 000 a costa del tesoro nacional cubano. Con la expansión de la industria azucarera, los monopolios norteamericanos y la burguesía nativa ligada a esa industria necesitan mano de obra abundante y barata, sobre todo para las labores de corte y alza de la caña en los meses de zafra. En 1913, el gobierno firma la primera autorización oficial para importar braceros antillanos, principalmente de Jamaica y Haití, los que son contratados y ubicados en las colonias cañeras en condiciones de semiesclavitud: se les hacina en barracones insalubres, con salarios que no alcanzan ni para comer y en total desamparo. Esta inmigración se incrementa notablemente después de 1915, con el auge azucarero impulsado por la primera guerra mundial. Se calcula que de 1913 a 1925 entraron de esa forma al país más de 250 000 braceros haitianos y jamaicanos.

La descomposición moral. También en la etapa de 1900 a 1925 se consagró la práctica de la corrupción política y administrativa. La primera se había manifestado ya con mucha fuerza en las primeras elecciones generales bajo la ocupación yanqui, con el fin de imponer a Estrada Palma como presidente; y éste la practicó después en 1905 para reelegirse. Esta lacra se expresaba en dos formas principales: tratando de ganar por el

soborno o la presión el favor de los electores antes de los comicios, o burlando la voluntad popular después de expresada en las urnas. Los latifundistas, empresas o patronos, solían obtener los votos amenazando a los trabajadores y sus familiares con el despido o el desalojo, y prometiendo futuro empleo a los desocupados.

Muchos caciques políticos compraban los votos de la gente más necesitada, bien a cambio de dinero, o bien ofreciéndoles algún servicio indispensable: el ingreso en un hospital o en un plantel, la consulta de un médico o la adquisición de medicinas, una factura de víveres en un establecimiento y hasta los recursos para enterrar un familiar muerto.

También era práctica frecuente el falseamiento de los registros de electores o la intervención de la guardia rural y el ejército para impedir que votaran los opositores al candidato que se quería favorecer. Cuando estos procedimientos no eran suficientes, se apelaba al «cambiazó»: el robo de las urnas o cualquier acto semejante para alterar el resultado de la votación. Algunas de estas formas de fraude, o todas juntas, estuvieron presentes en cada una de las elecciones que tuvieron lugar en la República.

Otro tanto ocurrió con la corrupción administrativa, inseparablemente vinculada a la politiquería imperante. Se manifestó desde el gobierno de Leonard Wood, y sobre todo en el de Magoon; y los gobernantes criollos aprendieron bien la lección. Se veían envueltos a menudo en negocios escandalosos y desfalcos del tesoro público. Pero, además de eso, toda obra de utilidad nacional se planeaba de tal manera que dejara grandes beneficios monetarios y materiales a los que elaboraban y dirigían los proyectos. Las obras, los empréstitos, las transacciones comerciales, las concesiones a empresas privadas, los presupuestos, los créditos para atender a la población afectada por desastres naturales, en fin, toda gestión gubernamental, era una fuente de ingresos ilícitos para sus ejecutores. Casi todos los gobiernos republicanos dejaron un número mayor o menor de obras útiles construidas; pero esas obras, aun cumpliendo una función social, quedaron como monumentos a la irresponsabilidad y al peculado. Hubo, desde luego, honrosas excepciones en todas las etapas de la historia republicana; pero las figuras honestas eran invariablemente marginadas, e incluso algunas se vieron compelidas al suicidio.

En este período alternan las medidas demagógicas con la represión más violenta, y al final del mismo se producen los primeros síntomas de crisis en el sistema neocolonial.

Gobierno de José Miguel Gómez. El primer mandatario de esta etapa, José Miguel Gómez, que gobernó de 1909 a 1913, se hizo general en la guerra del 95, mas pronto renegó de la causa nacional-liberadora. De carácter locuaz y populachero, se distinguió por su demagogia y por los pingües negocios con que se enriquecieron él y sus seguidores. Esta rapacidad le valió el mote de «Tiburón», y el hecho de compartir pródigamente el resultado de sus matrerías dio origen a una frase muy popular: «Tiburón se baña, pero salpica».

Su gobierno autorizó las peleas de gallos y restableció la «Lotería Nacional», juego de azar que producía todos los años millones de pesos, gran parte de los cuales iban, por diferentes vías, a las arcas privadas de los politiqueros de turno.

Entre los más escandalosos fraudes de ese gobierno, se hallan las concesiones hechas a empresas cubanas y estadounidenses para dragar los puertos de Cuba y para desecar la Ciénaga de Zapata. Pese a la indignación popular, se crearon impuestos altamente lucrativos, se entregaron fuertes sumas a los concesionarios y se otorgó a éstos, en el caso de la Ciénaga, el derecho a explotar la riqueza forestal de la zona. Hubo intervención diplomática de Estados Unidos y el pleito se extendió por varios años. Pero, en definitiva, no se dragaron los puertos ni se desecó la ciénaga, perdiéndose millones de pesos entre gobernantes y concesionarios. Otro importante y jugoso negocio fue el canje del terreno de Villanueva, donde estaba la estación central de ferrocarriles y se quería construir el edificio del Capitolio, por el del Arsenal, pagándose por el primero un valor muy superior al del segundo, cuando éste valía cuatro millones más que aquél.

Pingües beneficios ofreció también el vasto plan de construcciones que se llevó a cabo: seis escuelas de agricultura, una en cada provincia; una estación agronómica en Santiago de las Vegas, cerca de La Habana;

un canal de 51 km en la provincia de Matanzas (pasos iniciales); más de quinientos kilómetros de carreteras, algunos mataderos, acueductos y cementerios; proyectos de unas mil casas para obreros, asilos de ancianos en La Habana y otras localidades y un hospital en Manzanillo; reparación de carreteras, caminos y puentes. Además, el Estado subvencionó a tres grandes empresas ferroviarias (norteamericanas e inglesas) para que ampliaran las líneas férreas de que eran dueñas en Occidente, Las Villas y Camagüey.

Se aprobaron algunas leyes de beneficio popular, como la entrega de una caballería de tierra a cada familia campesina sin tierra, la prohibición de pagar los salarios obreros en «vales» o «fichas» en sustitución de la moneda legal, y la «Ley del Cierre», que fijaba un horario de trabajo a los establecimientos comerciales. Pero estas medidas no se cumplieron nunca en aquellos años.

Junto al relajamiento y la demagogia, el régimen de Gómez apeló igualmente a la represión antiobrera y antipopular. Con ese fin, creó el Ejército Permanente, reorganizó la Guardia Rural, fortaleció la estructura de las fuerzas armadas y prestó mucha atención a su preparación militar e ideológica. El Secretario de Gobernación, general Gerardo Machado, se distinguiría desde entonces por su vocación represiva.

Ese aparato militar sería utilizado, en primer lugar, para acallar las Protestas populares. Una poderosa huelga de los obreros azucareros en varios ingenios orientales en 1912, dirigida por el Partido Socialista de Manzanillo, fue salvajemente reprimida por la Guardia Rural. De igual manera fue abatida otra importante huelga de los obreros del alcantarillado de La Habana en 1911, que terminó con la expulsión del país o la prisión de sus dirigentes.

Pero el acto represivo más brutal de ese período fue el aplastamiento de la llamada «guerrita de los negros» en 1912. La discriminación racial, heredada de la colonia, se acrecentó notablemente durante las intervenciones militares norteamericanas y corroía la república. No se admitían negros en la policía; los negros no podían asistir a los actos oficiales de mayor envergadura, ni ocupar una serie de cargos públicos, ni trabajar como empleados en numerosas empresas de servicio público, bancos, etc., ni entrar a los principales hoteles ni restaurantes. Los blancos acomodados tenían grandes colegios e instituciones de recreo, deportivas, sociales y otras, en las que no eran admitidos los negros; la preterición obligaba al negro a emplearse por un salario inferior al que recibía el blanco.

Muchas eran las denuncias y protestas del movimiento obrero, de los veteranos de la independencia, de las personalidades y organizaciones progresistas. En 1908, para luchar contra ese estado de explotación y afrenta, se fundó la Agrupación Independiente de Color, dirigida por Evaristo Estenoz, antiguo dirigente obrero y a la sazón pequeño contratista de obras, y Pedro Ivonet, coronel del Ejército Libertador. El programa de esta organización no se proponía solamente el cese de la discriminación racial, sino también la abolición de la pena de muerte, la enseñanza obligatoria y gratuita, y otras demandas de beneficio social. En 1910, la Agrupación se convirtió en partido político, y trató de participar en las elecciones; pero no pudo hacerlo porque se aprobó una ley que prohibía la existencia de partidos de una sola raza.

Cerradas las vías legales, el Partido Independiente de Color apeló a las armas. El 20 de mayo de 1912 se inició el alzamiento, cuyo foco principal estaba en Oriente pero que abarcó también zonas de Pinar del Río, La Habana y Las Villas. El gobierno movilizó contra los alzados a todas sus fuerzas y liquidó el movimiento. Muchos de los rebeldes cayeron en combate y la mayor parte de ellos, como el coronel Ivonet, fueron asesinados. La masacre arrojó el saldo de unos 3000 negros muertos.

Este crimen no tiene justificación alguna, si bien la vía de hacer un partido sólo de negros era errónea. El flagelo de la discriminación del negro seguiría azotando durante toda la república.

Gobierno de Mario García-Menocal. Mario García-Menocal y Deop sucede a José Miguel Gómez en la primera magistratura de la República a partir del 20 de mayo de 1913. Ingeniero Civil, graduado en la Universidad de Cornell en Estados Unidos, Menocal había sido uno de los generales más jóvenes en la guerra del 95, sin que hubiera realizado acciones militares significativas. De ideas conservadoras y pronorteamericanas, colaboró con Leonard Wood como jefe de la policía en La Habana y fue un

representante típico de los monopolios yanquis, distinguiéndose como administrador de propiedades de la Cuban American Sugar Co. y de otras empresas. La propia prensa norteamericana afirmó que Menocal era más americano que cubano. Por su agresiva política antiobrera y antipopular, se le llamó «El Mayoral» y «El Káiser de Cuba».

Menocal gobernó durante dos períodos consecutivos, hasta 1921. Cuando se reeligió mediante un escandaloso fraude en 1916, se produjo una sublevación encabezada por José Miguel Gómez y otros jefes liberales, que contó con el apoyo de un buen número de oficiales de la Guardia Rural y el Ejército. Este alzamiento pasó a la historia con el nombre de «La Chambelona», que hace alusión a una tonada de aire popular cantada en los actos y divulgada en la propaganda del Partido Liberal.

La insurrección abarcó a cinco provincias, de La Habana a Oriente, pero fue derrotada por la superioridad militar del gobierno y la intervención de Estados Unidos, que llegó a desembarcar infantes de marina en algunos puntos de la isla. Los rebeldes fueron acusados de «germanófilos» y algunos de sus cabecillas asesinados. Otros fueron presos y más tarde amnistiados.

Comenzando Menocal su período de gobierno, estalló la primera guerra mundial, que tuvo una gran repercusión económica y política en el país. En octubre de 1914, dos meses después de iniciada la conflagración, se aprueba una Ley de Defensa Económica que contempla, entre otras medidas, la introducción de economías en la Administración del Estado, emisión de bonos del Tesoro, aumento de impuestos, elevación de las tasas de interés sobre préstamos hipotecarios, reorganización del Ejército y la Guardia Rural, fijación de primas de exportación para el tabaco, creación del seguro marítimo para los exportadores y acuñación de una moneda nacional.

«Vacas Gordas» y «Vacas Flacas». A causa de la guerra se liquidan prácticamente las cosechas de remolacha en Europa, por lo que crece considerablemente la demanda de azúcar cubano, y sus precios se elevan como nunca antes. Si el año de preguerra, 1913, Cuba había producido 2 428 000 toneladas de azúcar y había aportado el 14,3% de la producción mundial, ya en 1916 subió a 3 000 000 de toneladas, el 18,48% del total mundial, y en 1919 llegaba a 4 000 000 de toneladas para cubrir el 26,6% del azúcar del mundo. Y los precios del dulce producto, que en 1913 habían sido de 1, 15 cts. la libra, llegaron a 18,5 cts. en mayo de 1920. También aumentó considerablemente la explotación minera del país, sobre todo la de hierro y manganeso. La balanza comercial fue favorable para Cuba en esos años, ya que las exportaciones superaron sustancialmente a las importaciones. Los ingresos del Presupuesto de la República, que en 1913 fueron de \$43 077 394, se elevaron en 1920 a \$114 675 438.

Esta etapa de florecimiento económico es conocida como «la danza de los millones» o «las vacas gordas».

Pero esa bonanza benefició principalmente a los monopolios y a los magnates azucareros, a los grandes comerciantes y a la banca, sobre todo a la norteamericana, no así a los sectores populares. Porque la guerra provocó también una drástica escasez de artículos de consumo y los comerciantes especulaban escandalosamente con los abastecimientos escasos. El costo de la vida aumentó en un 100%, mientras los salarios sólo subieron un 30%.

También a causa de la guerra se cerró el importante mercado inglés del tabaco cubano y se paralizaron por la misma causa otros renglones de la economía, lo que produjo restricciones en la producción, cierre de fábricas y desempleo masivo en esos sectores. La «fiebre del azúcar» provocó asimismo la desatención a la agricultura no cañera e incrementó la voracidad de los geófagos en perjuicio de los campesinos, a los que les fueron arrebatadas grandes áreas para aumentar el latifundio azucarero.

Pero lo peor no fue esto, sino el hecho de que a las «vacas gordas» siguieron con inusitada rapidez las «vacas flacas»: a mediados de 1920 se produjo una verdadera catástrofe. La recuperación de las áreas azucareras afectadas por el conflicto bélico (terminado dos años antes), hizo que afluyera hacia el mercado norteamericano y mundial una avalancha de azúcar, lo que produjo un vertiginoso descenso de los precios. De 22,5 cts. la libra en mayo, bajó a 17,5 en junio, 15,5 en julio, 11 en agosto, 9 en septiembre, 7 en

octubre, 5,25 en noviembre y 3,75 a mediados de diciembre.

A principios de octubre de ese año, ante la evidente debacle, los depositantes llenos de pánico comenzaron a llegar a los bancos para retirar sus depósitos. Pero los bancos no tenían fondos para pagar: habían hecho cuantiosos préstamos y otras operaciones sobre la base de grandes zafras y de precios previstos de hasta 30 y 40 cts. la libra, y cuando éstos cayeron en picada, se encontraron endeudados hasta el cuello y sin posibilidades de responder a las angustiosas demandas de los acreedores.

Como consecuencia, se produjo la quiebra de los bancos de menos recursos, particularmente de los cubanos, arrastrando a la ruina a hacendados, colonos y otros agricultores, comerciantes y pequeños propietarios. Los dos grandes bancos que no eran norteamericanos —el llamado Banco Cubano y el Banco Español— desaparecieron en esta vorágine. Sólo resistieron aquellas entidades bancarias que respondían a empresas poderosas, con reservas ilimitadas, por lo que la banca norteamericana se apoderó del sector crediticio, y con éste, de muchos negocios azucareros, tierras, empresas diversas y propiedades inmuebles.

Este desastre pudo haberse evitado, pero Menocal era esencialmente un representante de los intereses monopolistas norteamericanos, y acabó de poner en la mano de éstos la llave de la economía cubana.

Pese al impresionante auge económico que vivió Cuba hasta 1920 y a los cuantiosos empréstitos, la obra de gobierno de Menocal fue mediocre. Se suspendieron numerosas obras iniciadas por José Miguel Gómez y se continuó la construcción de algunas carreteras, caminos, hospitales y escuelas. Entre los resultados más significativos se hallan: la terminación del Palacio Presidencial y la creación de 6 Escuelas Normales (formadoras de maestros primarios), el Archivo Nacional y el Museo Nacional. Corresponde a esta etapa la fundación en Cuba de los llamados «centros regionales», sociedades españolas de salud y recreación.

Menocal contribuyó sustancialmente al endeudamiento de la República. Concertó cuatro empréstitos por un total de 52 millones de pesos; hizo una emisión de bonos por 5 millones, y aumentó la deuda interior en 7 millones de pesos a fin de cubrir pagos a la empresa encargada del gran fraude que fue el dragado de los puertos.

Una de las medidas de mayor importancia en la esfera de las finanzas, fue la acuñación en 1915, por primera vez en Cuba, de una moneda nacional. Desde luego que aún seguía circulando la moneda norteamericana con una solidez mucho mayor que la cubana, y el control de la banca de Estados Unidos sobre las finanzas de Cuba limitaba mucho la significación de la nueva moneda.

Menocal hizo importantes inversiones en la esfera militar. Pertrechó el Ejército, la Marina de Guerra y la Guardia Rural, y los reorganizó después de la insurrección liberal de «La Chambelona». Creó una Academia Naval y una Escuela de Aviación.

La Revolución de Octubre y el auge de las luchas sociales. Durante el gobierno de Menocal, crece el nivel de organización de los trabajadores y se intensifican las luchas populares. En el movimiento obrero predominan dos corrientes ideológicas: el anarcosindicalismo y el reformismo. La corriente socialista, que se había manifestado con cierta pujanza en los primeros años del siglo, pierde fuerza a partir de 1908, y hasta el Partido Socialista en que milita, pero no dirige, Carlos Baliño, es dominado por las ideas de la Segunda Internacional. Se sufre también en Cuba, en cierta forma, el golpe recibido por el movimiento revolucionario mundial con la derrota de la Revolución Rusa de 1905-1907.

La influencia reformista provenía principalmente de España, a través de los seguidores de Pablo Iglesias, y de Estados Unidos, por las relaciones que algunos dirigentes cubanos sostenían ya con la American Federation of Labor. Entre estos últimos se encuentra el destacado novelista y dirigente ferroviario Carlos Loveira, que había participado en Yucatán junto a las fuerzas de la Revolución Mexicana.

Algunos reformadores sociales crean una llamada Asociación Cubana para la Protección Legal del Trabajo, se reúnen en torno a Menocal en los inicios de su mandato, y lo convencen de que auspicie un congreso obrero nacional con el fin de ganarse la simpatía de las masas laboriosas. El evento, financiado por el gobierno, tiene lugar en agosto de 1914, con la asistencia de 1 400 delegados de todo el país. Pero el hecho

de que los gremios obreros pudieran elegir libremente a sus delegados, dio al congreso un carácter muy distinto al que pretendían sus auspiciadores. Allí se abogó enérgicamente por una serie de demandas muy sentidas de los propios obreros, pero también de los campesinos, de los colonos cañeros, de las mujeres, del pueblo humilde en general, así como de los demás sectores interesados en la independencia plena y el progreso de la nación. Entre esas decenas de demandas se hallaban: jornada máxima de ocho horas de trabajo y derecho de huelga; leyes de accidentes de trabajo, de seguridad social, de protección a la niñez y a la mujer; medidas contra la importación de trabajadores, contra el desempleo y el alto costo de la vida, y en favor de la superación cultural de los trabajadores. Se reclamó una política de defensa de la economía nacional, prohibición de venta de tierras e inmuebles a extranjeros, anulación o modificación beneficiosa a Cuba del Tratado de Reciprocidad. Se condenó la guerra y el militarismo, y algunos delegados mencionaron con simpatía el nombre de Carlos Marx.

Pero estas reclamaciones no fueron tenidas en cuenta por el gobierno. Muy pocas leyes de beneficio popular se aprobaron en esos años, como la Ley de Accidentes de Trabajo —que jamás se aplicó— y las de Retiro Escolar y Retiro Ferroviario.

Por otra parte, existía en Cuba una fuerte corriente anarcosindicalista, cuyos principales promotores eran los inmigrantes españoles. También ellos organizaron un importante congreso en Cruces, provincia de Las Villas, en 1912. Entre los trabajadores cubanos que abrazaron estas ideas se encuentra el dirigente de los tipógrafos Alfredo López, que desempeñaría un papel preponderante en la organización y las luchas obreras de esos años.

En esta etapa se crearon o incrementaron en Cuba cientos de gremios, sindicatos, federaciones provinciales y de rama, etc., las más destacadas de las cuales comprendían a los sectores marítimo y portuario, ferroviario, tabacalero, de la construcción, azucarero, gráfico y de la industria fabril. En todos estos sectores —sobre todo entre azucareros, marítimos y ferroviarios— se llevaron a cabo importantes acciones huelguísticas parciales y generales, que fueron reprimidas violentamente por Menocal, aunque en ocasiones los obreros alcanzaron algunas de sus demandas.

También se organizaron grandes manifestaciones de protesta contra la carestía de la vida y otros males, las que fueron disueltas violentamente con saldo de muertos, heridos, detenidos y deportados.

Con el pretexto de la guerra mundial, el gobierno solía lanzar todo el peso de la represión contra esos obreros, a los que acusaba de «germanófilos». El pueblo de Cuba, que no perdió el sentido del humor ni en sus momentos más difíciles, solía cantar tonadas como ésta:

Corta la caña
y anda ligero,
mira que viene el Mayoral
sonando el cuero.

Yo no tumbo caña,
que la tumbe el viento,
que la tumbe Lola
con su movimiento.

Otro de los sectores que sufrió con mayor rigor las consecuencias del dominio yanqui en esos años, fue el de los campesinos. La expansión azucarera se lleva cabo a costa del desalojo de las tierras de miles de familias campesinas en todas las provincias, sobre todo en Oriente. Generalmente, el desalojo iba acompañado de la destrucción de los sembrados, las viviendas y demás bienes de que disponían los campesinos. Este desalojo, junto a todo el sistema de explotación a que estaban sometidos, originaron las primeras organizaciones del sector, como la Asociación de Agricultores de la Isla de Cuba, y grandes luchas en las que muchas veces se les unieron también los obreros.

Un impulso considerable dio a la organización y las luchas de los trabajadores y de otros sectores del pueblo el triunfo de la Gran Revolución Socialista de Rusia en 1917. Se multiplicaron los gremios y las acciones obreras, cobraron nueva vida la Agrupación Socialista de La Habana y el Partido Socialista de Manzanillo. A la vez, proliferaron los partidos reformistas autocalificados de socialistas, obreros, radicales, etc., en los que se confundían dirigentes honestos, esperanzados en las vías legales, con elementos oportunistas al servicio de los patronos y el gobierno.

También entre los anarcosindicalistas se manifestaban dos posiciones: la de quienes apoyaban la unidad de todos los trabajadores y expresaban simpatías por la Rusia soviética, y la de aquellos que rechazaban toda alianza con socialistas y reformistas y atacaban al régimen soviético.

La mayor parte de las organizaciones obreras tenían directivas unitarias, integradas por socialistas, reformistas y anarcosindicalistas, con predominio de estos últimos. En todos sus actos, y particularmente en los de cada primero de mayo, expresaban su apoyo al naciente Estado soviético. También integraban Comités Pro Rusia y llevaban a cabo campañas de solidaridad. Un importante congreso obrero realizado en abril de 1920, acordó enviar su fraternal saludo y su solidaridad «a los hermanos que en Rusia han establecido la República Socialista del Soviet», a la que consideran «como faro de luz, guía y estímulo para las maltratadas muchedumbres, ansiosas de redención y justicia».

En el mismo año de 1920, un grupo de anarcosindicalistas unitarios se autoproclaman «sección de la III Internacional» y organizan un congreso obrero cuyo documento esencial se tituló «Programa y Bases de la República Comunista de los Soviets de Cuba».

Gobierno del Alfredo Zayas (1921-1923). En las elecciones generales de 1920 triunfa la candidatura presidencial del abogado Alfredo Zayas y Alfonso (1861-1934), quien toma posesión de su cargo el 20 de mayo de 1921.

De ejecutoria zigzagueante, Zayas había sido autonomista, pero después se pasó al independentismo; fungió como Secretario de Justicia bajo la ocupación yanqui, pero fue uno de los once cubanos que votaron contra la Enmienda Platt en 1901; asumió poses de nacionalista y antiinjerencista, pero bajo su mandato la intervención norteamericana alcanzó formas espectaculares. Había sido alcalde de La Habana y Vicepresidente de la República. Bajo su gobierno, la nación se hundió aún más en la corrupción político-administrativa. Haciendo gala de pacifista y conciliador, resolvió graves conflictos de su mandato sin derramamiento de sangre, por medio de dádivas, sinecuras y sobornos. Hizo y dejó hacer: soportó las críticas y ataques que se le hicieron, al tiempo que se enriquecía cuantiosamente. Tuvo que enfrentar un impetuoso resurgimiento del movimiento patriótico, antimperialista y revolucionario, impulsado en lo fundamental por obreros, estudiantes e intelectuales.

Zayas asume el poder en medio de la grave crisis económica, financiera y política iniciada el año anterior, y bajo su mandato se completa el proceso de dominio casi absoluto de la economía cubana por el capital yanqui. No obstante, entre 1923 y 1925 hay una señalada —aunque efímera— recuperación azucarera, que, junto a la tolerancia que se vivió en esos años, sirve para que algunos den una imagen positiva de su gobierno.

Pero los hechos contradicen esa imagen. Zayas era un hombre corrupto. Ya desde 1913, al cesar en su cargo de Vicepresidente de la República, se había autodesignado historiador oficial de Cuba con un sueldo de 500 pesos mensuales. Durante su mandato ganó dos veces, «casualmente», el primer premio de la Lotería Nacional, y fue el único Presidente que se erigió una estatua en vida. Dio vía libre al juego y otros vicios; distribuyó «botellas» y promovió una ley de amnistía que beneficiaba a los que habían cometido fraudes. Al final de su mandato, su fortuna personal ascendía a varios millones de pesos.

Muestra de los jugosos negocios que promovió es la compra del convento capitalino de Santa Clara a una empresa privada. En la época de las «vacas gordas», la Iglesia lo había vendido por un millón de pesos a la citada empresa, y ahora, en plena crisis, el Estado paga por él dos millones trescientos mil pesos. El escándalo concitó gran repulsa popular, y dio lugar a un hecho que tuvo gran resonancia pública: la llamada «Protesta de los 13». Con motivo de un homenaje que se rendía a la escritora uruguaya Paulina Luissi en la Academia de Ciencias de Cuba, iba a usar de la palabra Erasmo Regüíferos, miembro del Gabinete de Zayas y uno de los responsables de aquella vergonzosa operación. Antes de que el orador comenzara, varios jóvenes intelectuales se pusieron de pie, y uno de ellos, el abogado y poeta Rubén Martínez Villena, denunció la compra fraudulenta y acusó a Regüíferos ante el auditorio. El grupo se retiró del acto y publicó un manifiesto firmado por los 13 intelectuales que le dieron nombre a la protesta. Casi todos se destacarían después en las letras y en la política, y darían origen al llamado Grupo Minorista, de honda repercusión en la historia de esa época. Dos de los protagonistas, Martínez Villena y Juan Marinello, desempeñarían más tarde, hasta la muerte, altos cargos de dirección en el movimiento obrero y comunista.

Aún más vergonzosa e indignante que la corrupción administrativa, fue la injerencia norteamericana. Durante casi todo el mandato de Zayas, quien realmente gobernaba era el representante de Estados Unidos, Enoch H. Crowder. Este maquiavélico personaje había desempeñado misiones en Cuba durante los dos gobiernos de ocupación; regresó a La Habana en 1919 y elaboró el Código Electoral que rigió los comicios en que fue electo Zayas, y volvió de nuevo en 1921, poco antes de la toma de posesión de éste. Crowder llegaba ahora como enviado especial del Presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, y traía ínfulas moralizadoras. Se dijo que venía a estudiar sobre el terreno las denuncias de los liberales sobre los fraudes de las últimas

elecciones y a sanear la administración pública hundida en la corrupción imperante. En realidad, mal podía moralizar a Cuba el gobierno estadounidense, que había introducido no sólo el fraude en las primeras elecciones de la República, sino también la malversación, la «botella», el robo y el peculado en la Administración. La injerencia norteamericana se producía por otras razones: el despilfarro menocalista y la crisis de 1920 habían dejado a la hacienda pública en tan deplorables condiciones, que el gobierno cubano no había cumplido los compromisos de pago de los empréstitos concertados con EE.UU., y éste se dispuso a salvaguardar los intereses en peligro de la banca norteamericana sin llegar a una intervención militar.

Precisamente por eso, a este procedimiento se le llamó «injerencismo preventivo». Así lo reveló el diario yanqui *The World* al advertir: «Esperamos que la visita del general Crowder despierte al pueblo cubano y le haga ver la posibilidad de una intervención».

Crowder trajo un equipo de norteamericanos expertos en cuestiones de finanzas y administración pública, a los que el gobierno de Zayas abrió totalmente las puertas de los archivos y de otras fuentes de información por secretas que fueran. Y el procónsul yanqui empezó a dictar a Zayas todas las medidas que debía tomar en lo adelante. Son famosos los 13 memorándums secretos —que todo el mundo conoció—, en los que Crowder impartía sus órdenes. Si éstas no se cumplían, el gobierno zayista no recibiría un empréstito de 50 millones de pesos que había solicitado y se expondría a una intervención militar.

Crowder ordenó que se rebajara en un 5% el presupuesto nacional y que se renovara todo el Gabinete, lo cual se hizo. El propio Crowder seleccionó a los nuevos Secretarios, hombres de toda su confianza, constituyendo lo que olímpicamente se llamó el «Gabinete de la Honradez». En los memorándums se determinaba la forma en que se utilizaría el empréstito, se ordenaba la suspensión de ciertas leyes y la aprobación de otras. En fin, Zayas se limitaba a firmar lo que disponía Crowder. Ningún otro Presidente de Cuba había arrostrado un grado tal de humillación.

Terminada su misión, Crowder regresó a EE.UU. y se concertó el empréstito antes citado, pero en las condiciones más onerosas para Cuba. Zayas asumió entonces algunas poses de nacionalista y antiinjerencista, e hizo manifestaciones contra la actuación de Crowder; pero éste regresó de nuevo, nombrado oficialmente Embajador en La Habana por el Presidente Warren G. Harding. Y Zayas siguió rindiéndole pleitesía a Estados Unidos, al extremo de desplegar toda una campaña de «agradecimiento» a su gobierno porque el Congreso de ese país reconoció al fin en 1925 —casi tres décadas después de terminada la guerra contra España— que Isla de Pinos y otras tierras adyacentes eran parte del territorio nacional.

Primer congreso nacional de estudiantes. Auge del movimiento popular. La tercera década del siglo se inicia con una vigorosa irrupción de las masas populares en la vida política y social del país. El asalto de los monopolios yanquis a las riquezas del país, las insultantes intromisiones del gobierno estadounidense en la vida política, el desgaste de los gobiernos oligárquicos y la ruina económica y financiera, provocan un sentimiento de frustración en importantes sectores de la sociedad cubana, los cuales buscan nuevas vías para solucionar los problemas del país. Y no son ya solamente los obreros y campesinos quienes se rebelan contra el orden imperante, sino que entran con mucha fuerza en la palestra las masas estudiantiles, grupos avanzados de intelectuales y profesionales, e incluso sectores de la burguesía pequeña y media golpeados por la situación. Ellos se ven influenciados favorablemente por la victoria de la Revolución Rusa y por el ascenso de los sentimientos nacionalistas en México y otros países.

El estudiantado de la Universidad de La Habana —único centro de estudios superiores del país—, de los institutos de segunda enseñanza y de otros planteles de enseñanza media, despliegan una fuerte lucha pro-reforma universitaria, aleccionados por el movimiento reformista iniciado en la universidad argentina de Córdoba en 1918 y por las transformaciones que en el campo de la educación realizaban las revoluciones rusa y mexicana. Los estudiantes reclaman la autonomía universitaria, participación en el gobierno del alto centro docente, expulsión de los profesores corruptos, modernización de los planes de estudios y otros cambios importantes. En diciembre de 1922 crean la Federación de Estudiantes Universitarios y en 1923 convocan al

Congreso Nacional de Estudiantes.

Este evento se realizó en octubre de 1923. Reunió a representantes de la Universidad, Institutos de Segunda Enseñanza, colegios privados (incluyendo grandes colegios religiosos) y diversas asociaciones y revistas de la juventud. Se desarrolló durante 12 días, fue altamente combativo y adoptó muchos e importantes acuerdos relativos a la docencia, al movimiento estudiantil cubano y latinoamericano, a la lucha contra el colonialismo y el imperialismo, a la defensa de la soberanía de Cuba y de todos los pueblos, a la unidad de estudiantes y obreros.

El Congreso asumió todas las demandas ya mencionadas en relación con la reforma universitaria; elaboró un avanzado Código de Deberes y Derechos del Estudiante; condenó la corrupción imperante: en los planteles y en otros medios públicos, y acordó crear la Universidad Popular José Martí» para contribuir a la superación cultural de los obreros.

Se manifestó contra el imperialismo en general, y particularmente contra el imperialismo norteamericano. Reclamó la anulación de la Enmienda Platt y el Tratado Permanente, el cese de las intervenciones norteamericanas en los asuntos internos de Cuba y el reconocimiento de la soberanía cubana sobre Isla de Pinos. Asimismo, se pronunció contra el «capitalismo universal», contra la Doctrina Monroe, contra los atropellos que sufren los países coloniales y dependientes, contra la existencia de «tutores» en las relaciones interamericanas y por la anulación de todos los tratados lesivos a la soberanía de los pueblos. Condenó el aislamiento a que se hallaba sometida la Rusia soviética y pidió que el gobierno cubano la reconociera diplomáticamente.

El evento dedicó varios acuerdos al establecimiento de vínculos fraternales entre los estudiantes de América Latina, incluyendo la convocatoria a un congreso del sector y a la creación de una Federación Latinoamericana de Estudiantes. Demandó que se celebraran oficialmente en las escuelas cubanas las fiestas nacionales de todos los países de América Latina y que se estudiara la historia de nuestra América.

Dando otra muestra de sus posiciones avanzadas, el Congreso dirigió un fraternal saludo a las organizaciones de los obreros y acordó realizar acciones conjuntas con ellos por demandas sectoriales, clasistas y nacionales. Un rasgo singular de este evento, que muestra la generalización del descontento por la situación imperante en Cuba, es el hecho de que, pese a la heterogeneidad ideológica de los delegados y a las agudas polémicas que se suscitaron, todos los acuerdos se tomaron por unanimidad o por una sólida mayoría.

El alma de este Congreso, y de todo el movimiento estudiantil y antimperialista de esos años, fue Julio Antonio Mella (1903-1929), un joven atlético de 20 años, con una vigorosa y carismática personalidad. De padre dominicano y madre norteamericana, Mella se convierte rápidamente en el líder más destacado de la juventud cubana. Funda, entre otras organizaciones, la Universidad Popular «José Martí», la Liga Anticlerical, la Liga Antimperialista y el Partido Comunista de Cuba, así como la revista Juventud. Su breve existencia estará dedicada por completo a la causa de la revolución cubana y latinoamericana.

El gobierno de Zayas, presionado por las enérgicas demostraciones estudiantiles, accede a varias demandas relacionadas con la reforma universitaria: concede la autonomía, reconoce la participación del estudiantado en la gobernación de la Universidad y forma expediente de separación a un grupo de profesores corrompidos. Estas medidas sólo se mantendrán hasta finalizar el mandato de Zayas.

Los estudiantes realizan en esa etapa numerosas acciones de protesta, gran parte de ellas en alianza con los obreros. Impiden el intento de algunos profesores y políticos de nombrar Rector Honoris Causa de la Universidad a Enoch H. Crowder y a Leonard Wood; rechazan en importantes demostraciones la visita a Cuba del barco «Italia», enviado por la dictadura de Mussolini; y repudian la adulonería de Zayas hacia el gobierno de EE.UU. cuando éste reconoce la soberanía de Cuba sobre Isla de Pinos.

En los inicios de esta década se gesta también el movimiento feminista y se realiza en 1923 el primer Congreso Nacional de Mujeres, con representación de 31 organizaciones femeninas del país. Reclaman el derecho al sufragio, la igualdad de derechos con el hombre, protección material y moral a la mujer en el trabajo, leyes de defensa de la infancia, y otras demandas que no eran tan radicales como las de obreros y

estudiantes, pero que constituían un paso de avance en el camino de luchas de la mujer cubana.

Entre las acciones de más amplia base social en estos años, está el Movimiento de Veteranos y Patriotas. Iniciado por los veteranos de las guerras de independencia en defensa de sus pensiones, el movimiento amplió sus demandas, e hizo énfasis en el cese de la corrupción administrativa y en el adcentamiento de la vida pública. Se sumaron a la organización políticos burgueses con fines de provecho personal, que chocaron con jóvenes honestos, de sentimientos patrióticos, como Rubén Martínez Villena y Juan Marinello. Poco más de un año después de iniciado, tras un fracasado intento insurreccional, dejó de existir el movimiento. Sus protagonistas más sanos comprendieron que no se podía esperar ningún resultado serio bajo la dirección de politiqueros burgueses.

Ascenso del movimiento obrero. La Federación Obrera de La Habana (FOC) y la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOB). Gran importancia tiene esta etapa en el ascenso ideológico y organizativo de la clase obrera. A las organizaciones creadas desde la década anterior se unen otras, entre las que se destacan la Federación Obrera de La Habana (1921) y la Hermandad Ferroviaria de Cuba (1924).

La primera de ellas, dirigida por anarcosindicalistas y socialistas, dio un impulso apreciable a la unidad del proletariado, a sus luchas reivindicativas y a la posterior creación de una central sindical. La Federación, de carácter provincial, promovió y apoyó numerosas acciones en sectores como los portuarios, tabaqueros, cigarreros, tipógrafos, albañiles, panaderos, zapateros, telegrafistas, choferes de alquiler, de la industria papelera, de galletas y confituras, etc. La más sonada de esas acciones, dirigida por el Sindicato de la Industria Fabril, fue la huelga de los obreros de la cervecería «Polar», que se prolongó durante tres años en los que abundaron choques periódicos con los cuerpos represivos, encarcelamientos, y hasta penas de muerte que al final no se ejecutaron.

La Hermandad Ferroviaria, dirigida por elementos reformistas, inició su vida con marcada combatividad. Se estrenó con una huelga de 21 días de duración contra el monopolio ferrocarrilero inglés, que contó con la solidaridad de los obreros azucareros en distintas zonas del país. Estos últimos no estaban organizados nacionalmente, pero desplegaron acciones huelguísticas vigorosas que abarcaron a decenas de centrales azucareros, refinerías y ferrocarriles de ingenios, con la movilización de más de 20 000 obreros industriales y agrícolas.

Estas acciones perseguían el reconocimiento de los sindicatos por las empresas y el gobierno, el derecho de huelga, mejoras en los salarios y en las condiciones de trabajo, confección de listas rotatorias en los puertos, e incluso condenaron el empréstito de 50 millones de pesos que gestionaba el Presidente Zayas. Sobre las consecuencias de este empréstito, decía el viejo dirigente proletario Carlos Baliño en el periódico obrero Justicia: «La República con todos y para todos soñada por Martí, no pasa de ser una bella frase. Hoy, siguiendo la moda imperante entre las pequeñas e indefensas repúblicas hispanoamericanas, ha pasado a ser la república de Morgan and Company».

El movimiento obrero de esta etapa se corona con dos importantes eventos: el Congreso de Cienfuegos, en febrero de 1925, y el más importante de los efectuados hasta el momento, el de Camagüey, en agosto del mismo año. Este último, realizado después de que Zayas terminó su mandato, dio origen a la primera central sindical cubana. A él asistieron 128 organizaciones obreras de todo el país, y se caracterizó por su espíritu eminentemente unitario y por que todos sus acuerdos se basaron en los principios de la lucha de clases y la solidaridad internacional de los trabajadores. En el evento se practicó la colaboración fraternal de las corrientes ideológicas allí presentes: la anarcosindicalista, que predominaba; la reformista y la comunista. Una de sus principales debilidades fue la ausencia casi total de los trabajadores azucareros, por no encontrarse aún organizados nacionalmente; sólo contó este sector con un gremio de la zona de Puerto Padre (Oriente).

El Congreso hizo suyas las principales demandas económicas, políticas y sociales enarboladas por las masas obreras y se manifestó contra toda discriminación por motivo de raza, nacionalidad o cualquier otra que los

dividiera; contra las guerras y en solidaridad con los pueblos que se enfrentaban al imperialismo así como por la creación de una confederación de todos los trabajadores de América.

No obstante, el acuerdo más importante fue el de fundar la primera central sindical que abarcara a todo el país: la Confederación Nacional Obrera de Cuba. La creación de la CNOC, junto a la constitución del Partido Comunista de Cuba ocho días después, serían los dos acontecimientos cimeros de esta etapa.

Fundación del Partido Comunista de Cuba. Desde 1922, la Agrupación Socialista de La Habana había adoptado el programa y la táctica de lucha de la III Internacional, y al año siguiente cambió su nombre por el de Agrupación Comunista de La Habana. Comenzaron a crearse otras organizaciones comunistas similares en varias localidades del país (Manzanillo, Media Luna, Guanabacoa, San Antonio de los Baños), así como entre los hebreos radicados en Cuba. La Agrupación de La Habana editó un periódico, Lucha de Clases, y desarrolló una intensa labor político-ideológica en las organizaciones obreras y estudiantiles. Entre sus más destacados integrantes se hallaban Carlos Baliño, veterano luchador independentista, fundador con Martí del Partido Revolucionario Cubano en 1892; Julio Antonio Mella, representante de la joven generación revolucionaria; y José Miguel Pérez, maestro y escritor español que gozaba de gran estimación en los círculos progresistas de Cuba, así como varios dirigentes obreros de sólido prestigio.

Los días 16 y 17 de agosto de 1925, finalizado ya el mandato de Zayas, se realizó el primer congreso de esas agrupaciones, en condiciones de semilegalidad. No llegaban a 20 los delegados reunidos, en representación de un centenar de comunistas de todo el país. Allí quedó fundado el primer partido marxista-leninista de la isla, con el nombre de Partido Comunista de Cuba.

Los delegados no estaban en condiciones de elaborar un Programa del Partido en su debida forma: eran marxistas de corazón, pero sin una preparación político-ideológica suficiente. Se limitaron a adoptar un programa de reivindicaciones para los obreros y campesinos.

El Congreso aprobó la estructura del Partido y sus Estatutos; acordó participar en las luchas electorales como vía de propaganda, acuerdo que sucedió a un encendido debate; estableció la táctica a seguir en relación con los sindicatos, los campesinos y el movimiento femenino; planteó la tarea de crear una organización de los jóvenes comunistas, y decidió afiliarse al Partido a la Internacional Comunista. Se eligió un Comité Central de nueve miembros, encabezado por José Miguel Pérez como Secretario General. Lo integraban, además, Carlos Baliño, Julio Antonio Mella, un empleado público, un periodista y cuatro dirigentes sindicales muy conocidos y queridos.

Toda la labor de preparación del Congreso, y el evento mismo, contaron con la colaboración de un miembro del Partido Comunista Mexicano, Enrique Flores Magón, representante de la Internacional Comunista.

Pese al bajo nivel teórico de los fundadores y al reducido número de militantes comunistas que representaban, la fundación de este partido, como la creación de la primera central sindical, marcaron un paso decisivo en la nueva etapa histórica que comenzaba.

MENSAJE LIRICO CIVIL

A José Torres Vidaurre, poeta peruano.

..... . .

José: nos hace falta una carga de aquellas,
cuando en el ala bélica de un ímpetu bizarro,

al repetido choque del hierro en el guijarro,
iba el tropel de cascos desempedrando estrellas!

Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;

para vengar los muertos, que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;

para poder un día, con prestigio y razón,
extirpar el Apéndice de la Constitución;

para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo y el hambre y la herida y la muerte;

para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de mármol de Martí;

para guardar la tierra gloriosa de despojos,
para salvar el templo del Amor y la Fe,

para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos
la patria que los padres nos ganaron de pie.

Yo juro por la sangre que manó tanta herida,
ansiar la salvación de la tierra querida,

y a despecho de toda persecución injusta,
seguir administrando el cáustico y la fusta.

Aumenta en el peligro la obligación sagrada.
(El oprobio merece la palabra colérica).

Yo tiro de mi alma, cual si fuera una espada,
y juro, de rodillas, ante la Madre América.

XII

Tiranía de Machado y Revolución del 33

En noviembre de 1924 se celebran comicios generales y es elegido Presidente de la República el candidato del Partido Liberal, general Gerardo Machado y Morales (1871-1939), quien asume el cargo el 20 de mayo de 1925.

Machado alcanzó sus grados militares en la guerra del 95, pese a que, según han expuesto algunos investigadores, se involucró entonces en negocios turbios relacionados con el trasiego de ganado. Colaboró con las autoridades yanquis de ocupación; fue alcalde de Santa Clara, administrador y luego dueño de un central azucarero con el apoyo de intereses financieros norteamericanos.

Su odio al pueblo se había mostrado ya cuando reprimió violentamente el movimiento de los Independientes de Color y las huelgas obreras, fraguando el asesinato de algunos de sus dirigentes desde su cargo de Secretario de Gobernación, bajo el gobierno de José Miguel Gómez. Estuvo estrechamente ligado a la Electric Bond and Share, empresa que aportó medio millón de pesos para su campaña presidencial. Tenía

una sólida fortuna. El imperialismo y la oligarquía vieron en él al hombre fuerte capaz de aplastar el creciente movimiento popular que se desarrolló bajo el gobierno de Zayas. Por su brutalidad represiva, Martínez Villena lo calificó de «asno con garras».

A pesar de estos antecedentes, alcanzó una alta votación debido a dos razones fundamentales: en primer lugar, su oponente era Mario García-Menocal, de triste recordación como gobernante; y además, Machado se presentó con un programa altamente demagógico, lleno de promesas para el pueblo, que se basaba en el lema «Agua, caminos y escuelas» y en un objetivo: la regeneración del país. Se autotituló «El primer obrero de Cuba». Frente a la consigna «¡A caballo!», de los conservadores, Machado levantaba la de «¡A pie!».

Sumisión a EE.UU. y terror contra el pueblo. Poco antes de su investidura, el nuevo mandatario se siente obligado a visitar a Estados Unidos. Se reúne allí con representantes de la banca, la industria y el comercio, con políticos y militares. Les ofrece las garantías más absolutas para sus inversiones en Cuba; identifica los intereses personales y de clase de su gobierno con los de los magnates yanquis; promete que durante su administración no habrá desórdenes porque tiene suficientes fuerzas materiales para reprimirlos; y expresa su fe ilimitada en Estados Unidos, cualesquiera que sean las circunstancias.

De regreso a Cuba, y ya en el poder, comienza su mandato descabezando los movimientos populares y reprimiendo toda oposición. En agosto perpetra su primer asesinato ultimando al comandante Armando André, político conservador y director del periódico El Día. Logra que Mella sea expulsado de la Universidad y que se tomen medidas drásticas contra las acciones estudiantiles. Dos semanas después de constituido el Partido Comunista, inicia el primer proceso judicial contra sus dirigentes, a los que acusa de rebelión, y expulsa de Cuba a su Secretario General, José Miguel Pérez, deteniendo a los demás. Ilegaliza el Sindicato General de Obreros de la Industria Fabril y ordena el asesinato de Enrique Varona, prestigioso líder ferroviario de Camagüey. La policía, el Ejército y la Guardia Rural aplican el terror contra toda acción popular.

Acusado de terrorista, además del cargo de sedición, se inicia causa criminal contra Mella, quien se declara en huelga de hambre el 5 de diciembre de 1925. Se desarrolla un poderoso movimiento popular que, al cabo de 19 días, logra su libertad, cuando el joven líder sufre un colapso que lo pone al borde de la muerte. Pero su vida corre grave peligro, y se decide enviarlo a México, donde continuará su lucha revolucionaria ligado estrechamente a ese pueblo.

La represión cuesta la vida a decenas de dirigentes obreros, entre ellos a Alfredo López, fundador y líder de la Federación Obrera de La Habana y de la recién creada Confederación Nacional Obrera de Cuba. A mediados de 1926 las principales organizaciones sindicales han sido prácticamente descabezadas. Uno de los crímenes más escandalosos de esos años fue el ahorcamiento de más de cuarenta campesinos canarios residentes en Ciego de Avila, provincia de Camagüey, en represalia por el secuestro de un rico hacendado de aquella zona.

Plan de obras públicas y reforma arancelaria. A la par con la implantación del terror más severo, Machado pone en práctica algunas de las medidas prometidas en su programa de gobierno. Dos meses después de asumir la Presidencia, inicia la realización de un ambicioso plan de obras públicas que le permitirá mitigar un tanto el desempleo, dar la imagen de gobernante constructivo y ampliar considerablemente su fortuna personal y la de sus familiares y amigos. La más importante de esas obras es la Carretera Central, de 1 142 km de largo, desde Pinar del Río hasta Santiago de Cuba. Fue una obra útil y necesaria; pero sirvió para engrosar las arcas privadas de mucha gente. Basta decir que por cada kilómetro de esa carretera se pagaron casi cien mil pesos, cuando el costo normal en ese tipo de obra, en esa época, era de 9 400 pesos.

Otra obra de envergadura fue el Capitolio o Palacio del Congreso, con un inmenso parque junto a él que llevó el nombre de Parque de la Fraternidad. Es una construcción muy lujosa, una imitación del Capitolio de Washington, que costó 22 millones de pesos. La principal crítica que se le ha hecho a Machado en cuanto a

dicha obra, es el haber invertido esa cuantiosa suma en una etapa de honda crisis económica en el país. Dentro del plan se contemplaba el dragado de puertos y muelles; la reparación de muchas carreteras en mal estado y la pavimentación de calles; la construcción de varios acueductos, alcantarillados y otras obras civiles y militares, entre las que se hallaban escuelas, hospitales, la escalinata de la Universidad y el stadium universitario.

El 75% del plan se confió a la empresa norteamericana Warren Brothers and Company y el resto a la Compañía Cubana de Contratistas, dominada por el Presidente y su Secretario de Obras Públicas, Carlos Miguel de Céspedes. El financiamiento se concertó con el Chase National Bank of New York, a pesar de que Machado había prometido realizar sus proyectos sin acudir a empréstitos extranjeros.

Para pagar la deuda se gravó con impuestos todo tipo de transporte terrestre; el consumo de gasolina, petróleo y demás combustibles; las ventas y entradas brutas; el dinero que se sacaba del país hacia el extranjero, y otros renglones. El país sintió cierta reanimación económica, pero a un alto costo de fraudes, demagogia y endeudamiento.

Otra de las promesas hechas al pueblo por Machado era la de proteger la industria nacional y diversificar la economía. Con ese fin, dictó en octubre de 1926 una reforma arancelaria con carácter experimental, que aumentaba hasta alrededor de un 15% el arancel de aduana a los productos alimenticios importados y hasta un 25% los productos industriales. Con esta medida se reducía la importación de muchos artículos provenientes de Europa y de América Latina, y algunos de Estados Unidos. Sin embargo, varios renglones no se incluían porque Estados Unidos podía considerar que se violaba el Tratado de Reciprocidad Comercial.

La reforma daba protección a algunos sectores de la economía y posibilitaba cierto desarrollo en la producción de huevos, carne, mantequilla, queso, leche condensada, arroz, café, maíz, jabones, cemento, pintura, calzado y otros productos. El capital nacional se sintió estimulado, e incluso Machado emprendió negocios en ese campo. También varios empresarios extranjeros invirtieron en algunos de los renglones mencionados. Pero con la irrupción de grandes capitales nacionales y foráneos, muchos pequeños productores se arruinaron.

La reforma arancelaria constituyó un paso positivo, pero de poco alcance; y lo más importante es que no alteró las condiciones de monoproducción, monoexportación y dependencia del país. Los mismos promotores de la reforma admitieron que «el espíritu de los nuevos aranceles (era) extremadamente moderado y conciliador». Los grandes intereses monopolistas norteamericanos no fueron afectados; solamente los capitales de orden secundario.

La prórroga de poderes. Sobre la base de estas medidas y sin que el movimiento popular hubiera podido restablecerse tras los duros golpes recibidos, todavía en 1926 y 1927 Machado contaba con cierta base social. Pero a partir de este último año, varios factores contribuyeron a corroer esa débil base: la política de restricción azucarera, el descenso de los precios del azúcar, el aumento abusivo de los impuestos, cierta recuperación del movimiento obrero y estudiantil, y junto a esto, la decisión del dictador de prolongar su mandato por un nuevo período.

Sobre la base del soborno y la intimidación, alrededor del proyecto de reelección presidencial se fragó una componenda entre los partidos políticos del gobierno y de la oposición burguesa para «cooperar» con Machado. A esta componenda se le llamó «cooperativismo». Una pequeña fracción del Partido Liberal se negó a secundar el plan continuista, organizándose en un nuevo partido de oposición que se llamó Unión Nacionalista, encabezado por el general del Ejército Libertador Manuel Piedra Martell.

Los «guatacas» (adulones) de Machado iniciaron una campaña para encumbrar su actuación pública. Lo llamaban «El Egregio», «El César de América», «El Nuevo Mesías», «El Ilustre ciudadano», «El Salvador de la República»; se le confirieron títulos ilustres, como el de Doctor Honoris Causa de la Universidad de La Habana; los municipios del país lo declararon «hijo adoptivo» y hasta un alto funcionario del clero católico dijo en público: «Dios en el cielo y Machado en la tierra».

Entre marzo y junio de 1927, el Congreso de la República, dominado ampliamente por los «cooperativistas», aprobó el proyecto que prolongaba el mandato de Machado hasta 1931. Se convocó a elecciones para una Asamblea Constituyente, impidiéndose la participación de los partidos que se oponían a la reelección. Sólo acudió a los comicios el 10% de los electores. Y esta Asamblea, violando flagrantemente la Constitución de 1901, y yendo más allá que el Congreso, acordó alargar el mandato de Machado hasta 1935 y, además, prorrogar por dos años el de representantes, senadores, etc.

La protesta popular contra la reelección no se hizo esperar. Se inició una enérgica campaña de denuncia y condena, a través de llamamientos, mítines, manifestaciones y otras demostraciones populares, en las que sobresalieron el Partido Unión Nacionalista y otros grupos burgueses; destacados dirigentes políticos como Carlos Mendieta, Juan Gualberto Gómez, Cosme de la Torriente y José Martí hijo; prestigiosos intelectuales como Enrique José Varona, Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, Alejo Carpentier, Emilio Roig de Leuchsenrig y otros; el Partido Comunista, las organizaciones obreras y el estudiantado universitario, que se mostró muy activo.

En la Universidad, frente a un Consejo Universitario sometido al régimen o temeroso, se creó el Directorio Estudiantil de 1927, que encabezó la lucha contra la Prórroga de Poderes. Entre sus dirigentes se destacaron Antonio Guiteras, Gabriel Barceló, José Elías Borges, Eduardo R. Chibás y otros, que desempeñarían después un importante papel en las luchas de nuestro pueblo. Hubo detenciones, asesinatos y otras formas de terror. Finalmente, fueron expulsados del alto centro de estudios, temporal o definitivamente, un primer grupo de 21 estudiantes, y varios más en juicios posteriores.

Machado estaba dispuesto a imponer su reelección por todos los medios, y así lo hizo. Pero esta imposición constituiría un importante factor en el rápido ascenso de la oposición popular.

La VI Conferencia Panamericana. Nuevos crímenes. Julio Antonio Mella. En enero de 1928, en medio de los trajines reeleccionistas, se realizó en La Habana la VI Conferencia Panamericana, con la presencia del Presidente de los Estados Unidos, Calvin Coolidge. La preparación de este evento hizo que el régimen machadista extremara el terror. Entre las víctimas de la represión estuvieron Claudio Bouzón y Noske Yalob, dos militantes comunistas sorprendidos cuando repartían un manifiesto contra la Conferencia y en solidaridad con Augusto César Sandino. Fueron llevados a la fortaleza de La Cabaña, asesinados y echados a los tiburones.

Un año más tarde estremecía a Cuba y a los demás pueblos de América Latina el asesinato del prestigioso líder comunista Julio Antonio Mella. Exiliado en México desde 1926, Mella se había vinculado estrechamente al movimiento revolucionario de ese país. Asumió cargos de dirección y desplegó una incansable actividad en numerosas organizaciones populares de la tierra azteca: Liga Antimperialista de las Américas, Confederación Sindical Unitaria, Liga Nacional Campesina, Partido Comunista (miembro de su Comité Central), Liga Pro Luchadores Perseguidos, Comité Manos Fuera de Nicaragua, Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos y otras. Fue el alma de varios periódicos como *El Libertador*, *Tren Blindado*, *¡Cuba Libre!* y *El Machete*.

Mella se mantenía en estrecho contacto con el Partido Comunista de Cuba, y desde 1928 había iniciado gestiones con núcleos opositoristas de la isla con vista a organizar una insurrección armada contra la tiranía machadista. Para detener esta labor, así como la poderosa campaña antimperialista que Mella dirigía desde México, el gobierno de Machado, a través de la Embajada cubana en el país hermano, y con la complicidad de círculos norteamericanos y de agentes de éstos en la capital azteca, decidieron eliminar al recio combatiente de 26 años, y lo asesinaron en las calles de esa ciudad el 10 de enero de 1929. Una gigantesca ola de protestas conmovió a México y a otros países de América Latina, enardeciendo a partir de entonces la batalla contra las tiranías y el imperialismo.

Sus asesinos quisieron liquidarlo para siempre, y lo que hicieron fue inmortalizarlo.

Dos meses más tarde fue detenido y asesinado en Cuba el revolucionario venezolano Francisco Laguado Jaime, colaborador de *Venezuela Libre*, que se imprimía en La Habana, y activo luchador contra la tiranía de Juan Vicente Gómez. Para ejecutar el crimen se confabularon ambos déspotas: Machado y Gómez.

La crisis económica de 1929-1933. El movimiento obrero. Precisamente en este mismo año 1929 se desencadena la gran crisis mundial capitalista que se prolongaría por varios años. Cuba se vio profundamente afectada por ese fenómeno, agravado aquí por la desastrosa política azucarera de Machado, que decretó la restricción de las zafras mientras la mayor parte de los demás países productores de azúcar elevaban su producción. Si en 1929 se habían elaborado en la isla más de cinco millones trescientas mil toneladas de azúcar, el monto de las zafras fue declinando sensiblemente, hasta llegar a un poco más de dos millones trescientos cuarenta mil toneladas en 1933. Por otro lado, los precios, que ya habían bajado a 1,72 cts. la libra en 1929, llegaron a 0,97 en 1933. Y para sellar el desastre, en 1930 el gobierno de Estados Unidos elevó los aranceles del azúcar cubano a dos centavos por libra, asestando un golpe demoledor al primer renglón de la economía cubana. La crisis afectó igualmente al tabaco y a otros numerosos productos, de tal modo que el valor total de las exportaciones del país se redujo aproximadamente en un sesenta y seis por ciento.

Como consecuencia de esta crisis, el cierre de muchas industrias y la reducción de la producción de otras aumentó de modo alarmante el desempleo, hasta tal punto que en 1933 había en Cuba más de un millón de desocupados (el 41 % de la población mayor de 13 años). Los salarios se redujeron en un 50% o más. Los sueldos de los maestros y empleados públicos empezaron a retrasarse por meses y empeoró extraordinariamente la miseria de todos los sectores del trabajo. En estos años surgieron numerosos barrios de indigentes en La Habana y otras ciudades.

El movimiento obrero cubano arreció la lucha contra esta situación. A partir de 1927, la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), dirigida por los comunistas y con la asesoría de Rubén Martínez Villena, se había ido recuperando de los golpes que le propinó la tiranía y llevaba a cabo pequeñas huelgas que crecían en número y efectividad.

En 1928 se había organizado la Liga Juvenil Comunista, que no sólo se encargó de nuclear a los jóvenes más radicales y encauzarlos en la lucha contra la tiranía, sino que dio también una ayuda decisiva a la organización de sectores de obreros no organizados, entre ellos el de los azucareros. El gobierno toleró ciertas acciones obreras mientras las consideró poco relevantes; pero en 1929 la CNOC se adhirió a un acuerdo de la Confederación Sindical Latinoamericana —recién fundada en congreso continental en Uruguay—, fijando el 20 de marzo de 1930 como día de lucha por las demandas de los desocupados en América Latina. Además, se trazó un plan de lucha que abarcaba marchas de hambre, huelgas y otras acciones. Entonces Machado decidió ilegalizar a la CNOC, a la Federación Obrera de La Habana y a otras organizaciones proletarias.

La respuesta del movimiento obrero fue convocar a una huelga general de 24 horas para el 20 de marzo de 1930, por una serie de demandas económicas, sociales y políticas. Esta acción fue un rotundo éxito, pues participaron en ella más de doscientos mil trabajadores en casi todo el país. Rubén Martínez Villena, su organizador y dirigente máximo, fue condenado a muerte y tuvo que salir del país a Estados Unidos y de aquí a la Unión Soviética, donde debió internarse en un sanatorio por padecer de tuberculosis en estado avanzado.

La huelga general de marzo constituyó un cambio de calidad en el desarrollo del movimiento obrero cubano, y junto a las combativas manifestaciones del Primero de Mayo de ese mismo año, reprimidas sangrientamente por la tiranía, cambiaron el panorama de la lucha contra Machado.

En estos meses surgió otra organización proletaria, Defensa Obrera Internacional —filial del Socorro Rojo Internacional—, que desplegaría durante varios años una intensa labor de ayuda a los presos políticos y sociales, de denuncia contra la represión terrorista, de solidaridad activa con todos los luchadores contra el fascismo, el imperialismo y la reacción en Cuba y en el mundo.

El estudiantado y otros sectores. El Directorio Estudiantil Universitario, (DEU) y el Ala Izquierda Estudiantil (AIE). Pero lo más importante es que la lucha contra la tiranía se amplió considerablemente a partir de 1930, con la incorporación de los campesinos, la pequeña burguesía radical y algunos sectores de la burguesía nacional. A las huelgas, manifestaciones y otras acciones se unió en este período la insurrección armada. Particulares exponentes de ese ascenso combativo fueron los sectores más avanzados del estudiantado y la intelectualidad. Luego de las acciones contra la prórroga de poderes en 1927 y la salvaje represión desatada, los planteles, ocupados militarmente, se mantuvieron silenciosos. Pero las acciones obreras de marzo y mayo de 1930 imprimieron nuevo impulso al movimiento estudiantil, el que tuvo su primera demostración en la gran jornada del 30 de septiembre de ese año. Más de un centenar de estudiantes universitarios, a los que se unió un grupo de obreros, iniciaron una manifestación que se encaminaba al Palacio Presidencial a exigir la renuncia del tirano, a los gritos de «¡Abajo la tiranía!», «¡Muera Machado!», «¡Abajo el imperialismo!». Fueron interceptados por la policía y se entabló un combate cuerpo a cuerpo, con el resultado de un muerto, Rafael Trejo, varios heridos y muchos presos.

Trejo, miembro del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) y del Comité «27 de noviembre», era un joven estudiante de Derecho, de 19 años, sin filiación política, pero de sentimientos nobles y alma rebelde, que solía repetir este pensamiento de Juan Montalvo: «Desgraciado el pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar el mundo».

El DEU, que venía gestándose con varios meses de anterioridad, se fundó días antes de la jornada del 30 de septiembre. Era una organización heterogénea, con una tendencia mayoritaria de centroderecha y otra de izquierda, antimperalista y pro-socialista. Coincidió en lo fundamental con las posiciones de Unión Nacionalista, pero defendía una plataforma política más avanzada y sus métodos eran más radicales. Publicó su órgano de prensa, *Alma Mater*, y fue una de las organizaciones más activas en la lucha contra Machado.

Por esos días se crea también el Directorio Estudiantil Femenino de la Universidad y otros Directorios en institutos de segunda enseñanza y en la Escuela Normal para Maestros de La Habana. El movimiento estudiantil creció rápidamente en las demás provincias.

Pero los estudiantes de izquierda no estaban conformes con el restringido programa reformista del DEU ni con muchas de sus posiciones, y a los tres meses de fundado éste se separan del mismo, constituyendo una nueva organización, el Ala Izquierda Estudiantil (AIE), con su periódico propio, *Línea*.

También las mujeres de ideas más avanzadas radicalizan su lucha. El Club Femenino de Cuba, creado en 1918, y la Alianza Nacional Feminista (1928), de composición multclasista y con demandas limitadas prácticamente al logro de la igualdad política y jurídica de la mujer, sufren escisiones. En mayo de 1930 se crea la Unión Laborista de Mujeres, que pone su énfasis en la defensa de la mujer trabajadora y se suma abiertamente a la lucha contra la tiranía de Machado.

Por su parte, los abogados de izquierda denuncian a la dirección machadista del Colegio de Abogados de La Habana, crean el Directorio Radical de Abogados, y engrosan el movimiento popular en auge. Así lo hacen otros sectores de intelectuales y profesionales.

La insurrección burguesa y el terrorismo. Acciones populares. En La Habana, Santiago de Cuba, Matanzas, Pinar del Río y otras ciudades, sube el tono de la rebeldía popular y arrecia la represión gubernamental. Proclamas, manifestaciones, huelgas, toma de planteles, atentados terroristas y otras acciones se suceden a diario. En noviembre del mismo año, 1930, Machado decreta el estado de guerra en todo el territorio nacional. Ante la insuficiencia de los órganos represivos existentes, crea la Liga Patriótica, que el pueblo llama «porra»: una pandilla a modo de cuerpo paramilitar, integrada en lo fundamental por lumpen, proxenetes, matones profesionales y otros elementos del hampa, dirigidos por agentes del gobierno y pagados por éste. Su papel consiste en aplastar toda manifestación de protesta popular. El 15 de diciembre es clausurada la Universidad, la que no abriría más sus puertas bajo el régimen machadista. La misma medida se

toma con los institutos de segunda enseñanza; con las escuelas normales, de comercio, de pintura (San Alejandro) y con otros planteles.

Continuando la ola de atropellos y crímenes, centenares de opositores de todas las organizaciones y militancias son agredidos, torturados y asesinados: estudiantes, obreros, campesinos, periodistas, dirigentes políticos, e incluso representantes y senadores de partidos burgueses, así como miembros del Ejército y la Policía considerados desafectos al régimen. A veces se producen matanzas masivas, como el ahorcamiento de 44 personas en una sola noche por el jefe militar de Santiago de Cuba, comandante Arsenio Ortiz, conocido como «El Chacal de Oriente».

La bárbara represión obliga también a la oposición burguesa a adoptar formas extremas de combate, incluyendo a sus sectores ultrarreaccionarios. Crean en New York un llamado «Comité Revolucionario», y el 8 de agosto de 1931 inician un levantamiento armado en muchos lugares del país. Participan en él todos los partidos y grupos burgueses opuestos a Machado («nacionalistas», menocalistas, marianistas), el DEU, combatientes del antiguo Ejército Libertador (el general Francisco Peraza y el capitán Arturo del Pino) y algunos hombres impulsados por sentimientos de libertad y de justicia, como Antonio Guiteras.

Un grupo de la capital, dirigido por el capitán Del Pino, es delatado y sorprendido, se bate heroicamente hasta el último tiro, pero resulta aniquilado. Un centenar de hombres encabezados por el general Peraza se alzan en Pinar del Río, pero son abatidos por la enorme superioridad del Ejército, hechos prisioneros y ultimados. La misma suerte corren otros alzamientos, siendo comunes los asesinatos masivos de prisioneros. En tanto, los principales caudillos burgueses, como Menocal y Mendieta, son apresados en Río Verde, Pinar del Río, sin que dispararan un solo tiro, y se les da un trato diferente. Lo mismo ocurre con otros jefes burgueses en distintos lugares del país.

El 11 de agosto se alza al oeste de Santiago de Cuba un grupo liderado por Antonio Guiteras; pero después de algunos intentos son capturados. El día 17 desembarca por Gibara (costa norte de Oriente) una expedición dirigida por el exteniente del Ejército Emilio Laurent y el periodista Sergio Carbó. Toman la ciudad, pero a los tres días son capturados.

En definitiva, la insurrección resulta liquidada en pocos días. El único grupo que sobrevivió a la derrota es el que encabeza el campesino Juan Blas Hernández, que se mantiene combatiendo durante dos años, sin ser apresado, en una vasta zona de la provincia de Camagüey. El fracaso de la insurrección arroja un saldo de decenas de muertos en combate o asesinados, centenares de presos, y un incremento de las acciones represivas del régimen. Los presos serán amnistiados a fines del mismo año 1931.

Con este fracaso toma señalado auge el terrorismo. Bajo el liderazgo de un joven abogado y economista, Joaquín Martínez Sáenz, un grupo de elementos ultraderechistas de la pequeña burguesía, partidarios del terror indiscriminado, deciden fundar una nueva organización secreta de carácter celular, el ABC. Algunos de sus dirigentes simpatizan con la ideología y los procedimientos fascistas (racismo, anticomunismo, «camisas verdes», marcha sobre La Habana) y proclaman la necesidad de un sistema corporativo como el de Mussolini.

No obstante, el ABC logró inicialmente el apoyo de muchas personas honestas, decepcionadas de los partidos políticos tradicionales e ilusionadas con la palabrería demagógica de la nueva organización y con sus métodos aparentemente radicales. El ABC se autotitula «la esperanza de Cuba» y sus lemas son muy atractivos: «Hombres nuevos, ideas y procedimientos nuevos, reconquista de la tierra, libertad política, justicia social». Particular influencia ejerce sobre el Directorio Estudiantil Universitario.

En esos años surgen también otras organizaciones secretas de oposición a Machado, algunas de derecha como la Organización Celular Radical Revolucionaria (OCRR) y la Organización de Mujeres Opositoras, y otras situadas a la izquierda, como Pro Ley y Justicia y Unión Revolucionaria (UR).

Esta última, fundada por Antonio Guiteras a fines de 1932, tiene un carácter nacional-liberador y antimperialista. Guiteras comienza a preparar un movimiento insurreccional, para lo cual crea grupos de acción en Santiago de Cuba, San Luis, El Caney, Holguín, Bayamo, Manzanillo, Victoria de las Tunas y otros lugares de Oriente. Una de sus primeras acciones es el asalto a la Audiencia de Santiago, donde ocupan

una buena cantidad de armas. En abril de 1933 toman el pueblo de San Luis, pero tienen que abandonarlo después, con un saldo de varios muertos en combate y muchos combatientes asesinados. Unión Revolucionaria se mantiene activa hasta el derrocamiento de Machado.

Organización y luchas de los trabajadores azucareros. Gran ímpetu alcanza también en esta etapa el movimiento sindical. Se crea un Comité Conjunto de Colectividades Obreras, que incluye a sindicatos de todas las tendencias, incluso aquellos que no están afiliados a la CNOC, con el objetivo de dirigir las crecientes luchas proletarias. En diciembre de 1932 se logra organizar nacionalmente a los trabajadores de la primera industria en una importante conferencia a la que asisten delegados de todo el país. Se crea el Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera, y se desencadenan importantes acciones en las que se unen obreros agrícolas e industriales, colonos azucareros y campesinos en general. Los obreros crean Comités de Auxilio para apoyar a los huelguistas y a sus familiares, y Grupos de Autodefensa armados para responder a los ataques de los cuerpos represivos y los guardias de los ingenios.

Empiezan a organizarse Ligas Campesinas, que participan junto con los obreros en las huelgas de los centrales azucareros, en las marchas de hambre en favor de los desocupados y en todas las luchas de esos años. En la zafra de 1932-33 se lanzan a la huelga decenas de miles de trabajadores azucareros, y por primera vez en Cuba toman un ingenio, el «Nazábal», en la provincia de Las Villas, conquistando triunfos parciales. Importantes luchas protagonizan los obreros ferroviarios, portuarios, tabacaleros, textiles, del calzado, de ómnibus y tranvías, y de otros sectores. El ascenso del movimiento popular presagia ya el final de la tiranía.

Un nuevo procónsul yanqui: Benjamín Sumner Welles. La mediación. A fines de marzo de 1933 se crea en Miami una Junta Cubana de Oposición, también llamada Junta Revolucionaria. La integran viejos políticos de la oligarquía que se oponen a Machado, así como el Directorio Estudiantil Universitario, el ABC y representantes del profesorado universitario. La Junta amenaza con la insurrección, pero en realidad aspira a la mediación del gobierno norteamericano para solucionar «los problemas políticos, sociales y económicos de Cuba».

Apenas conocido este «reclamo», afloran los trajines intervencionistas de Estados Unidos. Su Embajador en La Habana, Harry F. Guggenheim, es sustituido por Benjamín Sumner Welles, quien llega a Cuba el 7 de mayo de 1933. Según el Secretario de Estado yanqui, Cordell Hull, la misión de Welles consiste en negociar un acuerdo definido, detallado y de fuerza obligatoria entre Machado y la oposición, que conduzca a una tregua política hasta la celebración de elecciones.

Welles no tiene la encomienda de derrocar a Machado, sino de lograr una transición «legal» y «pacífica» que impida el estallido de una rebelión popular. En realidad, su plan coincide perfectamente con el tirano: elecciones el 10. de noviembre de 1934, para que el nuevo mandatario electo tome posesión en 1935. Eso es lo que se planteó Machado desde 1928: estar en el poder hasta 1935.

Logrado este primer objetivo, Welles se propone discutir la elaboración de una serie de medidas económicas y comerciales que atenúen la crisis en beneficio de la burguesía, los latifundistas y los propios monopolios yanquis radicados en Cuba.

La mediación de Welles, como la misión de Crowder 12 años antes, es una especie de «injerencismo preventivo», para evitar la intervención militar directa en caso de una revolución popular. Roosevelt predicaba la política del «Buen Vecino», basada en las presiones y maniobras, frente a la del «Gran Garrote», basada en el uso abierto de la fuerza. En América Latina, y particularmente en el Caribe, el repudio a la presencia militar de Estados Unidos era muy fuerte, lo que se había demostrado ya en la VI Conferencia Panamericana de 1928. Surgían poderosas corrientes nacionalistas, como la encabezada por Lázaro Cárdenas en México; se polarizaban las fuerzas sociales y se respiraban aires revolucionarios. De ahí que Roosevelt tratara de enfrentar inteligentemente la situación, mejorando la imagen del imperialismo norteamericano. Sólo apelaría a la fuerza en caso de extrema necesidad.

Entre mayo y agosto se desarrolla el proceso de la mediación. Welles celebra conversaciones por separado y en conjunto con los líderes de Unión Nacionalista, con profesores universitarios, seguidores del ex-alcalde habanero Miguel Mariano Gómez, dirigentes del ABC, OCRR y el DEU. En el intermedio, se va entrevistando con Machado e informando constantemente y en detalle a su gobierno. Maneja con facilidad a Cosme de la Torriente —ex-coronel del Ejército Libertador al servicio de la burguesía y el imperialismo—, quien le sirve de informante y recadero, y al que le dicta lo que debe escribir para la prensa. También revisa previamente las declaraciones que hará el tirano, aunque éste lleva un «doble juego» con el Embajador: cede, pero maniobra a sus espaldas. Menocal ha pedido la mediación; pero se revuelve irritado cuando Welles muestra su preferencia por Mendieta.

Mantienen una actitud firme de condena a la mediación el Partido Comunista, la CNOc, el AIE, Unión Revolucionaria, ABC Radical y otras organizaciones de izquierda. El DEU, estrechamente vinculado al ABC, vacila en las primeras semanas, pero después se pronuncia decididamente en contra, presionado por sus miembros exiliados, por el Directorio del Instituto de La Habana y por la masa estudiantil. Todas estas organizaciones son las que impulsan realmente el movimiento popular, y no habrá solución sin contar con ellas.

La oposición mediacionista confecciona un largo pliego de demandas que el gobierno deberá satisfacer, entre las que se hallan: restablecimiento efectivo de las garantías constitucionales, supresión de la censura de prensa, libertad de todos los presos no condenados por los tribunales ordinarios, ley que permita la reorganización de los partidos políticos y la creación de otros nuevos, cese del Presidente en su cargo mediante solicitud de licencia y su sustitución por un Secretario de Estado «honorable» e «imparcial», disolución del Congreso y reforma de la Constitución.

Machado adopta formalmente algunas de estas medidas: el 26 de julio dicta una ley de amnistía que no sólo beneficia a los presos políticos sino también a criminales, torturadores y malversadores que los tribunales ordinarios habían sancionado. También se restablecen las garantías constitucionales, pero la «porra» y los cuerpos represivos siguen aplicando el terror contra el pueblo.

Huelga general y derrocamiento de Machado. Estas medidas no engañan a las masas y el movimiento popular resulta incontenible, por más que no lo comprendan aún Welles y sus colaboradores. Al día siguiente de firmarse la ley de amnistía, comienza una huelga de choferes y conductores de los ómnibus de La Habana que reclaman varias demandas económicas y sociales: reposición de los desplazados, reconocimiento de los sindicatos del sector, mejoras salariales y otras. El Partido Comunista y la CNOc dirigen la huelga.

La CNOc pide solidaridad, y ésta se produce. Primero en el mismo sector del transporte de pasajeros en varias provincias; después, en otras ramas de la economía. Tienen lugar cientos de asambleas sindicales, manifestaciones y otras actividades, y las demandas se van ampliando: ahora se pide la legalización de los sindicatos, del Partido Comunista, la CNOc y otras organizaciones revolucionarias; se exigen plenas libertades democráticas; se condena la mediación y empiezan los gritos de «¡Abajo el imperialismo yanqui!» y «¡Viva la revdución agraria y antimperialista!».

El 10. de agosto está paralizado el transporte de pasajeros en toda la isla; en Santa Clara se suspenden todas las actividades económicas, comerciales y recreativas; los tabacaleros pinareños se suman al paro; se suceden las manifestaciones, en dos de las cuales son asesinados los jóvenes comunistas Marcio Manduley y América Lavadí; se realizan concentraciones y marchas de los obreros y campesinos, y se movilizan miles de colonos azucareros; algunos centrales son ocupados por los obreros. El Comité de la Mediación llama al pueblo a suspender todos los actos públicos; pero el movimiento no se detiene. Se suman a la huelga los periodistas, tipógrafos, portuarios, médicos y demás sectores. El 5 de agosto el país está paralizado. El ABC propone sustituir a Machado por un Secretario de Estado escogido por la oposición burguesa. Welles se alarma y quiere producir un cambio de Presidente antes que el pueblo imponga su solución; pero Machado se niega a dimitir.

El 7 de agosto corre la voz de que el dictador ha renunciado. Cientos de miles de personas y autos invaden las calles en todos los barrios de la capital y marchan hacia el Palacio y el Capitolio. El ejército y la policía reciben la orden de ametrallar a los manifestantes, acto de barbarie que arroja decenas de muertos y centenares de heridos. La masacre enardece al pueblo en vez de amedrentarlo. Machado comprende que ha perdido la batalla, y llama a la CNOC para conceder el grueso de las demandas económicas, sociales y políticas planteadas, a fin de salvar el poder. La CNOC y el Partido Comunista consideran esta proposición una gran victoria y la someten a los trabajadores en asamblea. Pero ya las masas se han radicalizado en la lucha, y rechazan el ofrecimiento del tirano: ahora su principal demanda es que renuncie Machado. La huelga prosigue bajo la dirección del Partido Comunista y la CNOC, que hacen suya la decisión de los obreros.

Rechazado el plan del dictador, y sin esperanza de conciliación, Welles solicita el envío de buques de guerra norteamericanos, y apremia a los mandos militares para que depongan al dictador. El 12 de agosto Machado presenta la renuncia y huye del país. La victoria de la huelga general significa el fracaso de la mediación yanqui; todo depende ahora de la capacidad del movimiento popular para consolidar el triunfo y establecer un gobierno revolucionario.

Céspedes Presidente. Reacción de obreros y estudiantes. Todos los esfuerzos del general Alberto Herrera, Jefe del Ejército, para adueñarse de la primera magistratura son inútiles. En la noche del 12 de agosto el Congreso acuerda investir como Presidente a un personaje anodino, Carlos Manuel de Céspedes, con la aprobación de Estados Unidos. Céspedes forma su Gabinete con elementos de la oposición mediacionista y algunos connotados servidores del gobierno estadounidense. Este equipo pretende mantener el *statu quo* y les brinda protección a los machadistas en su fuga.

Pero ni Céspedes, ni los partidos burgueses, ni el propio Welles han comprendido todavía la magnitud del movimiento, que se desarrolla impetuoso bajo el impulso fundamental de obreros y estudiantes.

El Partido Comunista y las organizaciones orientadas por él —en primer lugar la Confederación Nacional Obrera de Cuba— tratan de darle a la Revolución un contenido agrario y antimperialista. Más de doscientos mil obreros azucareros van a la huelga en agosto y septiembre. Los trabajadores se apoderan de muchos centrales, ocupan ferrocarriles, extienden su control sobre vastas zonas agrícolas y se arman formando grupos de autodefensa, generalmente con el apoyo de los campesinos. En varios lugares, éstos ocupan las tierras de los latifundistas. El aparato represivo, resquebrajado, es incapaz de ejercer ninguna autoridad.

Teniendo en cuenta la situación revolucionaria que se vive, el Partido Comunista llama a los obreros, campesinos y soldados a establecer «soviets» (consejos) en aquellos lugares donde el empuje popular lo haga posible, a manera de gobierno provisional elegido por las masas. Estos órganos del poder obrero-campesino debían adoptar todas las medidas necesarias para resolver los principales problemas de los trabajadores urbanos y rurales, industriales y agrícolas, así como de la población en general.

A partir de agosto de 1933, este llamamiento del Partido Comunista es respondido por los trabajadores con la toma de unos 36 centrales azucareros y el establecimiento de «soviets» en muchos de ellos, como Mabay, Tacajó y Santa Lucía, en Oriente; Jaronú, Senado y Lugareño, en Camagüey; Nazábal, Hormiguero y Portugalete, en Las Villas. Algunos de estos «soviets» cesaron cuando se llegó a acuerdos satisfactorios con las empresas; otros, meses después, ya derrocado Céspedes, serían aplastados por la acción del Ejército.

Pero lo cierto es que en las semanas que siguieron al 12 de agosto el gobierno es impotente para enfrentarse al pueblo. Gracias a la acción popular, y sin que Céspedes pueda impedirlo, las cárceles se llenan de machadistas, son ajusticiados los esbirros en las calles, asaltadas las propiedades de funcionarios del machadato, destituidos los alcaldes y concejales. Una amnistía pone en libertad a los opositores presos y van regresando a Cuba exiliados de todos los partidos, grupos y tendencias, con lo que la acción popular se intensifica. Hay una honda crisis en el Ejército, lo que impide que éste se lance contra las masas desbordadas. A solicitud de Welles, dos buques de guerra norteamericanos anclan en la bahía habanera en tono amenazador.

El pueblo exige la sustitución del gobierno de Céspedes por otro que responda a las aspiraciones de la revolución popular. El Directorio Estudiantil Universitario (DEU) se radicaliza, rompe sus lazos con el ABC y proclama la insurrección popular para liquidar todos los vestigios de la tiranía e instaurar un gobierno provisional revolucionario designado por los estudiantes. Da a conocer un Programa contentivo de numerosas reformas políticas, económicas, sociales y educacionales de carácter democrático y nacional-liberador que deberá cumplir el gobierno provisional hasta tanto se realicen elecciones y el pueblo elija soberanamente a sus mandatarios. El DEU se convierte así en el núcleo aglutinador de las organizaciones más radicales de las capas medias. Se le unen también y aceptan su Programa varios miembros jóvenes de la oficialidad técnica del Ejército que han creado el llamado Grupo Renovación.

La Revolución de los Sargentos. La Pentarquía. La insubordinación de las clases populares contra el orden oligárquico tiene otra manifestación de mucha relevancia: el descontento de soldados, cabos y sargentos por los malos manejos de muchos oficiales con los fondos destinados a la comida, el vestuario y otras atenciones de la tropa; por los rumores de rebaja de sueldos y licenciamientos, y por las vejaciones que sufren.

Encarna ese descontento el sargento mayor Pablo Rodríguez, que dirige el Club de Suboficiales. Lo secundan inicialmente algunos militares, entre ellos el sargento taquígrafo Fulgencio Batista, los que crean la Unión Militar Revolucionaria, más conocida como Junta de los Ocho atendiendo al número de sus miembros originales.

La conspiración militar toma cuerpo rápidamente, y en la madrugada del 4 de septiembre de 1933 estalla el movimiento: son depuestos los jefes y oficiales del Ejército y toman el mando los sargentos, en un golpe que ha sido llamado por eso «la revolución de los sargentos». Maniobrando hábilmente, Batista asume la dirección del movimiento, relegando al líder Pablo Rodríguez al puesto de Jefe del Campamento de Columbia. Poco después, Batista será ascendido a coronel y nombrado oficialmente como Jefe del Estado Mayor del Ejército.

El DEU arriba a la ciudad militar de Columbia junto a otras agrupaciones de izquierda y se hace dueño de la situación. El Partido Comunista (PC), la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), la Liga Antimperialista y el Ala Izquierda Estudiantil, que marcharon a la vanguardia en el derrocamiento de Machado, apoyan el golpe y llegan a Columbia; pero no se admite su participación. En unión de los militares rebeldes, el DEU integra la llamada Agrupación Revolucionaria de Cuba, que toma las decisiones a partir de entonces. Es depuesto el Presidente Céspedes y a propuesta del DEU, la Agrupación nombra un gobierno colegiado de cinco miembros. Ellos son: Ramón Grau San Martín y Guillermo Portela, profesores universitarios; Sergio Carbó, periodista que asume posiciones demagógicas de izquierda; José Miguel Irisarri, abogado, combatiente antimachadista y antimperialista, y Porfirio Franca, banquero y negociante inocuo. Sumner Welles se alarma ante la revolución de los sargentos y pide a su gobierno el envío de buques de guerra. El 7 de septiembre circunvala a Cuba una escuadra compuesta por 30 buques de ese tipo, y es reforzada la base naval de Guantánamo. Ya Batista ha establecido contacto con Welles, iniciando los pasos que lo convertirían en un servidor de los intereses de Washington. Los sectores oligárquicos piden la intervención norteamericana.

El Gobierno Provisional. La obra de Grau y Guiteras. La Pentarquía dura apenas una semana. Ante las contradicciones que ella afronta, el DEU asume la responsabilidad de disolverla y designa Presidente a Ramón Grau San Martín, el que toma posesión el 10 de septiembre.

El equipo de gobierno de Grau es muy heterogéneo. En él se manifiestan, desde su integración, tres tendencias muy definidas: una de carácter nacional-reformista, mayoritaria, encabezada por el propio Grau; otra reaccionaria y proimperialista, que responde al Jefe del Ejército, coronel Batista, y una tercera de extrema izquierda, cuyo representante principal es Antonio Guiteras. A tono con esas tendencias, se manifiestan agudas contradicciones en el seno del gobierno y se producen medidas y hechos igualmente

contradictorios. Todo lo cual dificulta que las principales fuerzas populares hagan, en aquellos instantes, una caracterización acertada del gobierno y adopten la actitud más consecuente.

Gracias al ala más radical, y con la anuencia del Dr. Grau, el gobierno adopta numerosas resoluciones de contenido popular, revolucionario y nacional-liberador. Para hacer frente a la crisis económica, dicta regulaciones referentes a la zafra azucarera de 1934 en beneficio de los propietarios cubanos y de los colonos (cosecheros de caña); destituye al norteamericano Thomas L. Chadbourne como Presidente de la Corporación Exportadora Nacional de Azúcar, suspende provisionalmente los pagos de la deuda contraída por Machado con el Chase National Bank of New York y toma ciertas medidas de protección a la producción agrícola.

Respondiendo a insistentes demandas de la población, el gobierno dicta una apreciable rebaja de las tarifas eléctricas y algunas medidas en favor de los trabajadores de ese sector, llegando a la intervención del monopolio norteamericano que controla los servicios de electricidad y gas. También fija límites a la usura, suspende temporalmente los desahucios de inquilinos y condona el 50% de los impuestos y contribuciones no pagados en el plazo debido.

Gran repercusión tienen las medidas que se dictan en beneficio de los trabajadores, entre las que se hallan: cumplimiento de la ley que estableció la jornada máxima de ocho horas de trabajo y la que prohibía pagar los salarios en vales o fichas; fijación del jornal mínimo de un peso para los obreros industriales y de \$0.80 para los agrícolas; prohibición del empleo de menores de 18 años en labores nocturnas y menores de 14 años como aprendices; creación de la Secretaría del Trabajo; establecimiento de la responsabilidad patronal ante los accidentes de trabajo. Dos de estas medidas de carácter social, que son de particular trascendencia, suscitan criterios encontrados: la sindicalización forzosa de los trabajadores —frente a la oposición de los patronos a que los obreros se organizaran—, y la llamada «ley de nacionalización del trabajo», que establece la obligatoriedad de que no menos del 50% de los obreros y empleados de cualquier centro de trabajo sean cubanos nativos.

De acuerdo con las demandas del estudiantado, se reconoce oficialmente la autonomía universitaria, se dedica el 2% del Presupuesto Nacional a este alto centro, se conceden 1 000 matrículas gratis para los estudiantes pobres y se inicia el proceso de depuración del profesorado.

Radicales y valientes decisiones toma el gobierno en lo concerniente a los problemas políticos y jurídicos: expulsión de 517 oficiales del antiguo Ejército y creación de un cuerpo de Infantería de Marina integrado por revolucionarios y personas de extracción popular; supresión de la tristemente célebre Policía Secreta; anulación de la amnistía decretada por Céspedes en beneficio de los machadistas que cometieron delitos, y formación de Tribunales de Sanciones para juzgarlos. El gobierno disuelve los partidos políticos tradicionales, convoca una Asamblea Constituyente y nombra alcaldes y gobernadores de facto en el país.

El carácter antimperialista del gobierno se muestra en muchas de las medidas aprobadas, así como en la posición que adopta en el seno de la VII Conferencia Internacional Americana, celebrada en Montevideo en diciembre de 1933. La delegación cubana, presidida por el intelectual revolucionario y Ministro del Trabajo Dr. Angel Alberto Giraudy, se manifiesta allí contra la intervención de EE.UU. en los asuntos de los países latinoamericanos, afirma que «Cuba nació con un vicio congénito de intervención», y denuncia la Enmienda Platt y el Tratado Permanente como medidas contra la voluntad del pueblo cubano cuando el país «estaba intervenido por las bayonetas norteamericanas». Grau no acató la Constitución de 1901; juró su cargo ante el pueblo. Además, hizo caso omiso de la Enmienda Platt.

Subversión contrarrevolucionaria. Terror de Batista. Estas posiciones y medidas del gobierno de Grau concitan la rabia de las clases oligárquicas, de la oficialidad machadista desalojada de sus posiciones y de las organizaciones reaccionarias como el ABC, el ABC Radical, y el ala derecha del DEU, así como la animadversión del gobierno norteamericano. Siguiendo instrucciones de Welles, numerosos ex-oficiales machadistas y miembros del ABC se concentran en son de guerra en el conocido Hotel Nacional, situado junto al malecón habanero. El 2 de octubre, al persistir estos elementos en su actitud beligerante, Guiteras

ordena el ataque contra ellos, el que se realiza por las tropas del Ejército y miembros de organizaciones adictas al DEU. Los militares son desalojados; pero Batista, que vaciló antes del ataque, muestra sus repulsivos sentimientos cuando, ya rendidos los contrarrevolucionarios, ordena a los soldados el asesinato de un grupo de ellos.

Al mes siguiente, el 8 de noviembre, se produce un nuevo alzamiento y son ocupados varios cuarteles y estaciones de policía. También esta vez Guiteras encabeza la defensa del poder revolucionario y derrota la sublevación en pocas horas.

Sin embargo, mientras por un lado se dictan medidas radicales y se producen hechos de heroica resistencia revolucionaria, por otro se realizan actos de terror contra los obreros y las masas populares impulsados por el ala derecha del gobierno y particularmente por Batista. Grau no sostiene una actitud consecuente: respalda generalmente las posiciones radicales de Guiteras, pero otras veces acepta pasivamente las monstruosidades de Batista. En octubre y noviembre, ante el poderoso movimiento huelguístico, las fuerzas del ejército se lanzan impunemente contra los obreros en varios lugares, atropellándolos y asesinandolos como en los peores tiempos del machadato. Solamente la masacre del Central Jaronú ocasiona 10 muertos y 16 heridos.

Pero la represión no se ejerce sólo contra los obreros en huelga. Una de las más expresivas muestras del terror de la derecha es la matanza perpetrada contra la pacífica manifestación popular que se proponía dar digna sepultura a las cenizas de Julio Antonio Mella, el 29 de septiembre de 1933. Pocos días antes de los hechos, una comisión presidida por Juan Marinello había trasladado de México a La Habana los restos de Mella. En el local de la Liga Antimperialista se les rindieron guardias de honor. El día 29, cuando decenas de miles de personas se disponían a depositar las cenizas en un monumento provisional erigido en el Parque de la Fraternidad, tropas del ejército, junto con grupos anticomunistas —ABC Radical, Pro Ley y Justicia, Ejército Caribe y elementos derechistas del DEU—, disparan contra la manifestación, ocasionando la muerte a numerosos trabajadores, así como al niño Francisco González Cueto, miembro de la Liga de Pioneros de Cuba. El basamento donde iban a ser depositadas las cenizas fue destruido por los propios soldados.

Inmediatamente después, son asaltados y saqueados numerosos sindicatos obreros. Se iniciaba así una nueva fase de la ofensiva de las fuerzas reaccionarias del gobierno y de los grupos oligárquicos contra el movimiento obrero y popular.

Siendo Guiteras el Secretario de Gobernación, Guerra y Marina —y por consiguiente, el superior jerárquico de Batista—, el PC y la CNOC lo consideraron también responsable de las masacres perpetradas por el Ejército, y lo acusaron duramente junto al resto del gobierno. Así, éste se vio atacado tanto por la derecha reaccionaria como por la extrema izquierda. No fue hasta principios de 1935 que el Partido Comunista empezó a comprender las posiciones de Guiteras y a darse cuenta de que no había sabido apreciar correctamente las fuerzas disímiles que integraban aquel gobierno ni el papel real que desempeñaba cada una de ellas.

La crisis del gobierno. El golpe reaccionario del 15 de enero. La crisis del gobierno se acentúa al comenzar 1934. El 6 de enero, ya autodisuelto el DEU, una asamblea general de estudiantes, a la vez que denuncia la conspiración contrarrevolucionaria financiada por los monopolios foráneos y rechaza toda intervención extranjera, repudia a Grau «por haber defraudado los ideales universitarios y por encontrarse incapacitado (...) para cumplir el programa revolucionario».

También en esos días —del 12 al 16 de enero de 1934—, un magno evento obrero hace duras acusaciones contra el equipo gobernante. Se trata del IV Congreso de la CNOC, celebrado legalmente en La Habana con la presencia de 2 400 delegados que representan a cerca de 400 000 trabajadores organizados de todo el país. Su máximo organizador e inspirador es Rubén Martínez Villena, siendo ésta la última batalla librada por él, ya que muere finalizando el Congreso. Su entierro constituye un impresionante homenaje póstumo del proletariado a su entrañable líder.

El Congreso hace un recuento de la actividad desplegada por la CNOC desde su fundación, examina la situación del país y traza su línea de combate. Aunque refleja el heroísmo y los progresos de los trabajadores y constituye un gran paso de avance en el camino de su organización y sus luchas, mantiene una negativa incomprensión en cuanto al gobierno de Grau. Rechaza la ley de nacionalización del trabajo, o ley del 50%, como una medida divisionista, ajena al internacionalismo proletario e incapaz de resolver —como alegaban sus defensores— el problema del desempleo. Denuncia los crímenes del Ejército, pero no los atribuye a un ala reaccionaria sino al gobierno en su conjunto, al que acusa de utilizar unas veces el terror y otras la demagogia.

De modo que en ese difícil momento político, la única central sindical cubana que ejerce su influencia sobre la gran mayoría de los trabajadores organizados, insiste en condenar a un gobierno en que predominan las fuerzas nacional-reformistas. Ya no quedaba un solo partido político, ni una sola organización social representativa, ni un solo sector con fuerza política real que sustentara aquel gobierno. Sus días estaban contados.

Batista, confabulado con Estados Unidos a través del nuevo Embajador, Jefferson Caffery, que había sustituido a Welles en diciembre de 1933, y de acuerdo con el ABC y los partidos oligárquicos, lleva a cabo el golpe militar contrarrevolucionario que derroca a Grau el 15 de enero de 1934.

La reacción en el poder. Engañosamente, los golpistas sitúan en la Presidencia de la República al ingeniero Carlos Hevia, colaborador de Grau; pero a las pocas horas lo sustituyen con el coronel Carlos Mendieta, político ultrarreaccionario y dócil instrumento de Washington. La jefatura del Ejército permanece en manos de Fulgencio Batista, artífice del golpe de Estado y hombre de confianza de la embajada norteamericana. Se instaura así el llamado Gobierno de Concentración Nacional, que el pueblo califica como Gobierno de Mendieta-Caffery-Batista, aludiendo a los tres personajes que mayor influencia ejercen en el mismo.

Sin llegar todavía a los extremos de la dictadura machadista, comienzan a anularse las conquistas logradas bajo el gobierno provisional revolucionario. Se dictan leyes y decretos en ese sentido: creación de los Tribunales de Urgencia, que limitan sobre manera las posibilidades de defensa de los acusados y cuyas sentencias son inapelables; establecimiento de la pena de muerte para los convictos de matar en atentado, sabotaje u otras formas de terrorismo; prohibición de las huelgas y manifestaciones; cese de la libre organización sindical; supresión de la autonomía universitaria.

Se organizan y pertrechan los institutos armados con la asistencia de Estados Unidos, a la vez que se mejoran las condiciones de alojamiento, vestimenta y sueldo de las tropas, con lo que Batista reafirma su liderazgo en el Ejército. Al convertirse los militares en los dueños del país, un nuevo mal se suma a los que ya corroen la República: el militarismo reaccionario. Aumentan las persecuciones contra el pueblo, con el resultado de atropellos y asesinatos, llegándose incluso a un crimen racista: el linchamiento de un barbero y periodista negro en Trinidad, Las Villas, por elementos del ABC, partido de gobierno.

El Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) y la Joven Cuba. Sin embargo, las fuerzas revolucionarias que han perdido el poder no han sido aniquiladas y se organizan para la lucha. El Dr. Grau San Martín, junto con un amplio grupo de colaboradores, funda el *Partido Revolucionario Cubano (Auténtico)* —PCR (A)—, de composición heterogénea pero con preponderancia de los elementos nacionalistas. Adopta un programa nacional-reformista avanzado, con un lema de tinte radical: «Nacionalismo, socialismo y antimperialismo». El PCR (A) se convertirá rápidamente en el mayor partido de oposición.

Antonio Guiteras crea, en el mismo año de 1934, una nueva organización, *Joven Cuba*, que reúne a un grupo de intelectuales, estudiantes y otros representantes del sector más radical de las capas medias, y que incluye en su seno a numerosos obreros. Su programa es de carácter nacional-revolucionario avanzado.

El PRC (A), y con mayor reciedumbre la Joven Cuba, manifiestan sus proyecciones antimperialistas y sus propósitos de organizar la insurrección para retomar el poder.

Acciones del Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba. El Partido Comunista realiza su II Congreso nacional en abril de 1934, en el que aprueba su primer Programa y traza su táctica de lucha dirigida a la instauración de «un gobierno obrero y campesino». Blas Roca es ratificado como Secretario General de su Comité Central, cargo que ocupaba desde meses atrás. El PC y la CNOOC desarrollan durante todo el año un poderoso movimiento huelguístico por demandas específicas de los obreros, pero también por la abolición de la Enmienda Platt, contra el proyecto de reforma del Tratado de Reciprocidad con Estados Unidos y otras exigencias de significación nacional.

Bajo la dirección del PC y la CNOOC, se desencadena a partir del mismo mes de enero una ola de huelgas que engloba a decenas de miles de obreros azucareros en numerosos centrales, desoyendo el amenazador emplazamiento de Batista de que «habrá zafra o habrá sangre». La soldadesca batistiana se lanza contra los huelguistas, asaltando a bayoneta los barracones, desalojando familias enteras de sus viviendas, expulsándolas de los ingenios y ocasionando muertos y heridos.

Los obreros ferroviarios de Morón, Camagüey, se mantienen en huelga más de un mes; los trabajadores de la Secretaría de Comunicaciones paran sus labores durante 20 días; importantes acciones realizan también los obreros fabriles, del transporte, textiles, gráficos, petroleros, cigarreros, tabacaleros, agrícolas y forestales, tranviarios, metalúrgicos, maestros, barberos y peluqueros, así como los vegueros, los médicos y otros sectores laborales. Y en el mes de octubre tiene lugar una exitosa huelga general de 24 horas.

Las luchas campesinas. Realengo 18. Los campesinos, que habían desplegado importantes luchas bajo el machadato, las intensifican en 1934 en numerosos lugares del país, sobre todo en la provincia de Oriente. Entre los casos típicos de esas luchas se encuentra el Realengo 18, en la zona montañosa de Guantánamo. Dictada una demanda de desalojo masivo contra unas 5 000 familias campesinas de la zona, éstas se arman con la ayuda y asesoría del PC y, alzando la consigna de «¡Tierra o sangre!», se enfrentan una y otra vez a la empresa latifundista y a las tropas batistianas, impidiendo finalmente que se les arrebataran sus tierras.

La abolición de la Enmienda Platt. El nuevo Tratado de Reciprocidad. Tratando de mejorar su imagen ante Cuba y demás pueblos de América Latina, Estados Unidos accede a una de las demandas más insistentes de los cubanos durante toda la República: la abolición de la Enmienda Platt. En marzo de 1934, el gobierno de Roosevelt deja sin efecto la cláusula intervencionista. Es cierto que, como afirmó entonces un periodista estadounidense, mientras el capital norteamericano continuara dominando las industrias, tierras, bancos y otros recursos de la isla, y mientras ésta siguiera dependiendo del comercio con Estados Unidos, no cesaría la influencia decisiva de éste sobre la mayor de las Antillas. Pero de todas formas, resultó una victoria de las luchas del pueblo cubano que la ominosa Enmienda dejara de ser un apéndice de la Constitución cubana.

En agosto del mismo año se firma un nuevo Tratado de Reciprocidad entre Cuba y EE.UU. en sustitución del de 1903. La nación norteaña sale favorecida aún más con el nuevo acuerdo, a costa de Cuba. El renglón cubano un tanto beneficiado es el azúcar; pero ese beneficio no se materializa nunca, porque EE.UU. aplica la Ley Costigan-Jones, que establece cuotas muy reducidas para la adquisición de azúcar cubano por ese país.

La huelga general de marzo de 1935. Muerte de Guiteras. Tanto el Tratado de Reciprocidad y la ley de cuotas azucareras, como las medidas antipopulares y la represión, incrementan la agitación popular en los inicios de 1935. El movimiento de protesta abarca no sólo a los obreros de casi todas las ramas de la economía nacional, sino también a los maestros, médicos, alumnos y empleados de los servicios sanitarios municipales y estudiantes de la Universidad.

A finales de febrero, el Comité de Huelga Universitario llamó a todos los sectores del pueblo a la huelga general reclamando el restablecimiento de las libertades democráticas, el cese del militarismo, la libertad de

los presos políticos, la supresión de los Tribunales de Urgencia, atención urgente a las demandas de las escuelas públicas y de los centros de enseñanza secundaria, etc.

Tanto Joven Cuba y Guiteras como el PC y la CNOG, entre los cuales se ha ido produciendo un acercamiento, consideran que la huelga es prematura. Teniendo en cuenta la importancia que ella tiene para el destino de la Revolución, debe estar bien organizada, con una estrecha coordinación de todos los sectores y contar con destacamentos armados capaces de enfrentar a las fuerzas represivas. Sin estos requisitos, opinan aquellas organizaciones, la huelga está condenada al fracaso.

No obstante, las masas enardecidas se lanzan al paro sin tener en cuenta esas consideraciones, y ante los hechos consumados, las organizaciones revolucionarias deciden darle todo su apoyo. Desde el 6 de marzo se van paralizando los diferentes sectores laborales; el 9 y el 10 la huelga alcanza su mayor intensidad.

Mendieta y Batista declaran al país en estado de guerra, lanzan a las fuerzas armadas contra los huelguistas, derogan los estatutos constitucionales, ocupan la Universidad y autorizan a sus secuaces a disparar contra quienes promuevan la huelga. La violencia feroz sin la posibilidad de una respuesta armada, hace perder fuerza al movimiento, que en definitiva es derrotado, como habían previsto Guiteras y el PC. Con la derrota, es liquidada prácticamente la revolución popular del 33. El último esfuerzo por salvarla culmina trágicamente.

Guiteras decide ir a México a fin de conseguir armas y hombres para iniciar una nueva insurrección revolucionaria en Cuba. Pero la delación de un traidor pone en guardia a Batista, y Guiteras es sorprendido cuando se disponía a salir del país por la playita de El Morrillo, en Matanzas, cayendo en desigual combate con las tropas del Ejército el 8 de mayo de 1935. Junto a él muere también luchando el comunista venezolano Carlos Aponte, ex-coronel de la guerrilla sandinista en Nicaragua. La irreparable pérdida de Antonio Guiteras cierra una de las páginas más heroicas de la historia de Cuba.

Significado de la Revolución del 33. Pese a ser derrotada, la Revolución del 33 constituye una de las etapas más importantes y aleccionadoras en la larga lucha del pueblo cubano contra sus opresores extranjeros y nativos. En los seis años transcurridos de 1929 a 1935, el panorama político del país cambió radicalmente. La conciencia antimperialista y anticapitalista del pueblo alcanzó un alto grado de desarrollo; por primera vez después de instaurada la República, el pueblo desafiaba masivamente el poder de la oligarquía y las amenazas de intervención militar de Estados Unidos. Se rompió el dominio absoluto de los viejos partidos oligárquicos, dando paso a nuevas organizaciones y partidos de proyecciones nacionalistas, antimperialistas y revolucionarias. El joven y pequeño partido marxista-leninista ganó extraordinaria influencia entre los trabajadores manuales e intelectuales, adquirió inapreciables experiencias y sentó las bases para convertirse más tarde en un partido de masas.

La Revolución del 33 confirmó al proletariado como la clase más firme y consecuente en la lucha por profundas transformaciones económicas, políticas y sociales, y mostró la necesidad imprescindible de la alianza de la clase obrera con los campesinos trabajadores y con el ala izquierda del estudiantado, la intelectualidad y los profesionales, capas y sectores a los que correspondió un papel decisivo en el proceso revolucionario.

Al mismo tiempo, esa Revolución evidenció la debilidad y el carácter vacilante y sumiso de la burguesía doméstica, y corroboró una vez más el papel antipopular, reaccionario, pro-imperialista y de traición nacional de la oligarquía nativa, de lo fundamental de las dirigencias políticas burguesas y del ala derecha de la pequeña burguesía.

Por último, entre otras valiosas enseñanzas, la Revolución del 33 probó que el triunfo de un movimiento revolucionario depende en gran medida de la capacidad que tenga para utilizar todas las formas de lucha, crear su propio aparato militar y combinar la acción armada con una amplia y potente movilización de las masas.

De modo que las experiencias de la Revolución del 33, sus éxitos y reveses, sus aciertos y errores, sus lineamientos estratégicos y tácticas de lucha, tuvieron un valor inapreciable para los grandes combates posteriores, patentizando la continuidad histórica del proceso revolucionario cubano.

XIII

Del militarismo reaccionario al régimen constitucional

El aplastamiento de la huelga general de marzo de 1935 significó un duro golpe para el movimiento revolucionario. La legislación represiva de emergencia promulgada por el Gobierno de Concentración Nacional, que de inicio no había logrado frenar la efervescencia revolucionaria, fue aplicada con el máximo rigor y ampliada con nuevas leyes, decretos-leyes y resoluciones de excepción. El régimen militarista suspendió su propia Ley Constitucional, asumió todos los poderes, declaró el estado de guerra, estableció la pena de muerte y dispuso que se juzgaran en consejo sumarísimo los «delitos contra el orden público». Al coronel José Eleuterio Pedraza, nombrado jefe militar supremo de la provincia de La Habana, así como a la policía nacional y a los cuerpos de la policía municipal, se les otorgaron poderes extraordinarios que los situaban por encima de jueces y tribunales.

En este ambiente de extremo terror, se promulgaron también leyes que disponían el cese de las actividades docentes y la clausura de las escuelas normales, institutos de segunda enseñanza, escuelas profesionales de comercio y otros planteles secundarios. Fue ocupada militarmente la Universidad y se suprimió la autonomía universitaria. Se dictaron leyes que establecían la censura de la prensa y la correspondencia, que prohibían la circulación de propaganda impresa.

Las cárceles se llenaron de obreros, estudiantes y profesionales; la persecución implacable y el asesinato abierto o encubierto («suicidio», «ley de fuga», muerte por tortura, envenenamiento en las prisiones) se autorizaron como método oficial para eliminar a los prisioneros del régimen, independientemente de su filiación política o ubicación social.

Muchos locales sindicales fueron destruidos, robados sus fondos y pertenencias por la policía y el ejército; otros, ocupados por miembros de la «reserva». Se estableció la injerencia militar en las organizaciones obreras.

Los ferrocarriles fueron militarizados; en las empresas, fábricas y oficinas públicas se situaron supervisores militares que sembraban el terror y con cuya aprobación se producían rebajas de personal so pretexto de «necesidades de economía». Miles de obreros, maestros y empleados públicos que se habían distinguido en las luchas pasadas fueron despedidos del trabajo.

Las represalias se concentraron particularmente en el sector de los obreros azucareros, cuyas organizaciones fueron destruidas y sus dirigentes y militantes despedidos del trabajo y, en muchos casos, sacados de sus hogares y encarcelados o asesinados.

Nuevas tácticas de lucha. Ante estos hechos, la mayoría de los dirigentes opositores salen del país. Grau San Martín, Prío Socarrás y otros líderes del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) se instalan en Miami. La pasividad de Grau se expresa en una frase: hay que saber esperar. Los dirigentes del ABC van hacia México y EE.UU.

En diversos sectores de la pequeña burguesía, a la vez que cundía el derrotismo, se manifestaban tendencias hacia la acción individual: la colocación de bombas y petardos, junto al atentado personal y mucha propaganda que anunciaba la proximidad de una insurrección, la llegada de expediciones armadas, etc. Estas corrientes menospreciaban la necesidad de un movimiento unido y organizado de las masas como paso imprescindible para cambiar la situación.

Desde fines de 1934, el Partido Comunista (PC) y la CNOG han venido superando sus concepciones sectarias en relación con el resto de las organizaciones de izquierda, cambio que se manifiesta más abiertamente después de la derrota de la huelga de marzo y llega a su máxima expresión tras el V Congreso de la Internacional Comunista en julio-agosto de 1935 y el VI Pleno del PCC, dos meses más tarde. Se desechan las consignas de «clase contra clase» y «por un gobierno soviético de obreros y campesinos», y se plantea la formación de un frente único de todos los partidos y organizaciones de oposición.

El sentimiento de unidad se afirma también en otras pequeñas organizaciones como Joven Cuba, Partido Agrario Nacional, Partido Aprista Cubano, Izquierda Revolucionaria, Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista, Organización Auténtica (fracción que se desprende del Partido Revolucionario Cubano bajo el liderazgo de Carlos Prío Socarrás y Carlos Hevia) y Unión Revolucionaria (partido legal que responde al clandestino PC). Varias de esas organizaciones llegan a integrar un frente unitario, el Bloque Revolucionario Popular; pero éste no se consolida por la acción escisionista del Dr. Grau San Martín, que dirige el mayor partido de la oposición (PRC) y se niega a participar en todas las gestiones unitarias.

Mientras tanto, después de la primera embestida, el movimiento popular empieza a recuperarse en la base con el concurso de todas las fuerzas de izquierda. Se van creando comités pro amnistía de los presos políticos y sociales, comités contra la carestía de la vida, comités de frente único y otros. Los estudiantes crean el Comité 30 Septiembre para movilizarse alrededor de la memoria de Rafael Trejo. Las acciones por demandas comunes incluyen el boicot a las elecciones convocadas para enero de 1936, la protesta contra el terror imperante, la legalización de todos los partidos políticos, el regreso de los exiliados, el restablecimiento de los derechos democráticos, etc.

Los obreros modifican sus tácticas de lucha: forman nuevos sindicatos cuyos líderes no son conocidos como revolucionarios; trasladan sus actividades fundamentalmente para los centros de trabajo, donde organizan comités de fábrica y comités de lucha por la reposición de los desplazados, y en La Habana surge un Comité Conjunto de Colectividades Obreras, que coordina las actividades del grueso de las organizaciones proletarias de todas las tendencias políticas. Se acrecientan las movilizaciones para celebrar el día 11 de mayo y las jornadas del 10 de agosto contra el fascismo y la guerra, ahora en protesta contra la invasión de Etiopía por Italia y contra otros desmanes fascistas.

En enero de 1936, al asumir la Presidencia de la República el Dr. Miguel Mariano Gómez, se producen algunas contradicciones entre el poder civil y el militar, pese a que el nuevo mandatario es hechura del propio Batista. Las fuerzas populares aprovechan esas disensiones para luchar contra el militarismo, apoyándose, dentro de lo posible, en los órganos civiles.

Demagogia y cambios democráticos. Ante el auge de la lucha de las masas, que a fines de 1935 han recuperado su poder movilizativo, Batista decide combinar el terror con un conjunto de medidas de carácter demagógico encaminadas a dar la sensación de que se propone resolver importantes problemas relacionados con la educación, la salud del pueblo y el desarrollo económico del país. Con ese fin, en febrero de 1936 se establecen varias instituciones importantes: un vasto sistema de escuelas «cívico-militares» destinadas a zonas campesinas apartadas, con sargentos habilitados como maestros; una Corporación Nacional de Asistencia Pública y un Consejo Nacional de Tuberculosis, todas las cuales se integran en un Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficiencia. En enero de 1937 se aprueba la Ley Docente, que constituye un gran triunfo de los estudiantes porque recoge sus principales demandas. En junio del mismo año se anuncia la elaboración del llamado Plan Trienal, ambicioso programa de desarrollo económico y social ofrecido como una panacea para resolver los males de Cuba. Y en septiembre se promulga la Ley de Coordinación Azucarera, que ofrece una serie de beneficios a los obreros y colonos azucareros.

El Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba llaman a las masas a movilizarse para exigir del gobierno el cumplimiento de las promesas que reflejaban necesidades reales de la población, con el fin de obligar a Batista a aplicar las medidas positivas que promete o a demostrar que sigue engañando al pueblo. Esa demanda está presente en las grandes manifestaciones del 1.º de mayo de 1937, que se celebran legalmente en todo el país y que anuncian un apreciable cambio en la situación política.

El ascenso del movimiento popular se manifiesta en otros hechos relevantes ocurridos en 1937, entre ellos: la creación de varias federaciones obreras regionales, sobre todo el importante Comité de Unificación Obrera de la Provincia de La Habana; la aprobación de una amplia amnistía en el mes de diciembre que abre las puertas de las cárceles a cerca de 4 000 presos políticos y permite el regreso de los exiliados; la autodisolución del Ala Izquierda Estudiantil y del Comité de Superación Universitaria para que reaparezca la Federación Estudiantil Universitaria, y la realización de un importante congreso provincial campesino en Camagüey.

A partir de entonces se van logrando importantes conquistas democráticas que durante 1938 y 1939 revierten la situación política del país. Entre las más importantes se hallan: la libertad de organización sindical y la legalidad de todos los grupos y partidos de oposición, incluido el PCC, con facilidades para su labor de propaganda y organización (1938); la fundación de la Confederación de Trabajadores de Cuba, bajo la dirección del destacado dirigente comunista Lázaro Peña (1939), y la realización de la Asamblea Constituyente libre y soberana que reclamaba el pueblo (1939-1940).

A la realización de estos cambios contribuyen algunos factores decisivos de orden mundial y nacional. En primer lugar, el surgimiento y avance del nazi-fascismo constituye una grave amenaza para el dominio económico, político y militar de Estados Unidos, potencia que necesita el apoyo sólido del continente para conjurar ese peligro. Teniendo en cuenta que la política yanqui del *big stick* (gran garrote), ejercida durante décadas por los gobiernos norteamericanos, había concitado la repulsa de los pueblos de América Latina. Roosevelt comienza a utilizar, sin que ello modifique la esencia del imperialismo norteamericano, nuevas y más sutiles formas de dominio en el continente, que tienen su expresión en la política del buen vecino. Esta política conduce, entre otras cosas, a relegar las formas militares de intervención y a promover la liberalización de los regímenes dictatoriales de América Latina mediante la celebración de elecciones y la realización de algunos cambios institucionales reclamados también con fuerza, en Cuba y otros países, por ciertos sectores de la burguesía nacional que aspiran a un gobierno civil de libre juego político. Batista, siempre atento a los deseos de Washington y con su perspicacia característica, se hizo protagonista de esos cambios.

Otro factor de mucha importancia fue la inmensa labor desplegada por el pueblo cubano en solidaridad con la República Española, que desde julio de 1936 luchaba heroicamente contra la sublevación y la agresión fascista. La movilización abarcó a cubanos de pensamiento democrático de las más diversas corrientes políticas, posiciones sociales y credos religiosos. La ayuda material y moral brindada al pueblo español fue impresionante, siendo su mayor expresión la participación de mil cubanos como combatientes en los frentes de batalla, un centenar de los cuales entregaron heroicamente sus vidas en las trincheras republicanas.

Símbolo de esa larga galería de mártires es el joven periodista y escritor Pablo de la Torriente Brau, forjado en la lucha contra las tiranías de Machado y Batista, ejemplo cimero de intelectual y combatiente revolucionario.

Pero esa solidaridad no ayudó solamente a la causa del pueblo español. Ella permitió el desarrollo de un amplio y poderoso movimiento que fusionó la lucha por la República Española con las grandes consignas de combate contra la dictadura de Batista. Y esas potentes movilizaciones, que el gobierno no podía impedir, desempeñaron un papel de primer orden en el logro de cambios democráticos en Cuba.

En igual sentido influyeron las acciones populares libradas en Cuba en solidaridad con el gobierno mexicano, encabezado por el general Lázaro Cárdenas, que nacionalizó el petróleo y los ferrocarriles del país hermano, impulsó la reforma agraria, protegió a los productos mexicanos contra la competencia extranjera y tomó otras medidas que lo enfrentaron a los monopolios y al gobierno de Estados Unidos. Las colectas masivas, las reclamaciones al gobierno cubano para que ayudara a México a vencer el bloqueo yanqui y las grandes movilizaciones populares de solidaridad, ayudaron a debilitar las posiciones del sector oligárquico del gobierno cubano y a producir cambios democráticos en su política.

En lo interno, el factor decisivo fue el impetuoso crecimiento del movimiento popular, que se recuperó rápidamente tras la derrota de la huelga de marzo de 1935 e impuso los cambios. Una prueba de ese papel determinante desempeñado por la acción popular, es el hecho de que en otros países latinoamericanos se mantuvieron los regímenes despóticos sin cambios notables, pese que sobre ellos se ejercieron también las presiones de Estados Unidos y la influencia de otros factores internacionales.

Fundación de la Confederación de Trabajadores de Cuba.- El congreso de fundación de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), fue precedido por la realización en México (septiembre de 1938), de un congreso obrero continental en el que se creó la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), presidida por Vicente Lombardo Toledano. A este evento asistió una delegación obrera de Cuba, integrada por representantes de casi todas las corrientes políticas e ideológicas presentes en el movimiento sindical cubano, la cual se comprometió a crear, en breve plazo, una amplia central sindical en la isla.

Con ese fin, en los últimos días de enero de 1939 se realizó un gran congreso obrero en La Habana, al que asistieron 1500 delegados en representación de 789 organizaciones de todo el país. La composición de los delegados era muy amplia; la única tendencia ausente del mismo fue la representada por la Comisión Obrera Nacional del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico). Esta se hallaba dirigida por Eusebio Mujal, de ideología rabiosamente anticomunista y cuya aspiración había sido siempre la de dominar el movimiento obrero cubano sin importarle los medios para conseguirlo.

El significado fundamental de este Congreso radica en que de él salió una nueva central sindical, la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), con una dirección ampliamente unitaria. Su Secretario General, Lázaro Peña, y varios miembros de su dirección eran comunistas que habían ganado un sólido Prestigio en las luchas contra las dictaduras de Machado y Batista, en la defensa de los intereses de los trabajadores y el pueblo. La CTC inició así una etapa de importantes conquistas económicas, sociales y políticas para el proletariado cubano.

La Constitución de 1940.- En el plano de los cambios políticos de esta etapa, se destaca por su trascendencia la Asamblea Constituyente, que sesionó en La Habana entre febrero y junio de 1940. En noviembre de 1939 se habían realizado los comicios en que participaron once partidos políticos y se eligió a 76 delegados. El PRC (A) fue el que mayor votación obtuvo y el mayor número de delegados (18). El Partido Unión Revolucionaria Comunista (fusión de los partidos Comunista y Unión Revolucionaria), que se enfrentaba por primera vez a las lides electorales, alcanzó el quinto lugar, con seis delegados.

El carácter heterogéneo de la Asamblea, en la que estaban representadas todas las clases, capas y sectores sociales, provocó encontrados debates. Pero las firmes posiciones de la fracción comunista, con el apoyo de numerosos delegados de otras corrientes políticas; la difusión por radio a todo el país de los debates, que

permitió al pueblo seguir paso a paso el curso de la Convención; y la presión de las masas movilizadas en torno a la Asamblea, se conjugaron para imprimirle a la nueva Constitución allí elaborada un contenido democrático y progresista para su época, expresado en artículos que consagraron el principio de la soberanía nacional, así como numerosas conquistas sociales, libertades individuales y derechos políticos.

La Carta no se limitaba a reconocer la igualdad de todos los cubanos ante la ley, sino que declaraba «¡Legal y punible toda discriminación por motivo de sexo, raza, color o clase, y cualquier otra lesiva a la dignidad humana».

De mucha importancia fue también el artículo 90, que proscribía el latifundio y consignaba que «a los efectos de su desaparición, la Ley señalará el máximo de extensión de la propiedad que cada persona o entidad pueda poseer para cada tipo de explotación a que la tierra se dedique y tomando en cuenta las respectivas peculiaridades». Además, en una de sus transitorias la Constitución suspendía durante dos años los desalojos campesinos, disponía que en ese plazo el Congreso aprobara una Ley de Arrendamiento y Aparcería, y que las tierras ociosas del Estado se repartieran bajo ciertas condiciones entre los campesinos trabajadores.

En materia social quedaron plasmadas importantes demandas básicas del movimiento obrero. La Ley Fundamental prescribía la fijación de un salario mínimo para todos los obreros, incluso para el trabajo a destajo o por ajuste; reconocía el principio de «a trabajo igual, salario igual»; prohibía el pago de sueldos o salarios en fichas o vales y los descuentos no autorizados por la Ley; establecía los seguros sociales contra invalidez, vejez y desempleo y por accidentes de trabajo; fijaba la jornada diaria máxima de ocho horas en general y de seis horas para los jóvenes de 14 a 18 años, la semana laboral 44 horas equivalentes a 48 de salario, el derecho al descanso retribuido proporcional, la protección a la maternidad obrera y el descanso forzoso para la embarazada durante las seis semanas anteriores y las seis posteriores al parto.

La Constitución reconocía el derecho de los trabajadores a la sindicalización y a la huelga, el sistema de contratos colectivos de trabajo, la participación preponderante en el trabajo para los cubanos por nacimiento y los naturalizados con familia en Cuba, así como la igualdad de oportunidades para ocupar plazas o empleos sin discriminación de ninguna clase; prohibía el despido sin previo expediente; señalaba la obligatoriedad del cumplimiento de las leyes sociales por parte de los patronos y el procedimiento de comisiones de conciliación para dirimir los conflictos entre patronos y obreros, etc.

No obstante ser una Constitución burguesa que reconocía la legitimidad de la propiedad privada - aunque «en su más amplio concepto de función social» -, se considero entonces una de las más avanzadas del Continente.

Elecciones generales. Batista Presidente.- Una vez aprobada la Constitución, se efectuarían comicios generales convocados para el 14 de julio de 1940. En ellos se enfrentaron dos bloques electorales: la Coalición Socialista Democrática (CSD), que llevaba como candidato presidencial a Fulgencio Batista, y el llamado Pacto de los Cuatro, cuyo candidato era el Dr. Ramón Grau San Martín.

Pese a los esfuerzos desplegados desde 1935, no había podido constituirse una agrupación de todas las fuerzas de izquierda, bloque que hubiera permitido una acción común en la Asamblea Constituyente. El principal obstáculo que impidió esa alianza fue la posición antiunitaria, sectaria y prepotente que mantuvo Grau San Martín, frente a los múltiples intentos de unidad de las restantes fuerzas de izquierda. Siendo el PRC

19 (A), dirigido por Grau, el mayor partido de oposición, no podía concebirse sin él un frente unitario. A esta oposición de Grau se sumaba su actitud negativa en cuanto a la solidaridad del pueblo cubano con la España republicana y sus relaciones con instituciones y elementos ligados a la organización profascista Falange Española.

Pero lo más significativo es que, habiendo impedido la unidad con las demás organizaciones de izquierda, en el proceso de la Asamblea Constituyente Grau terminó uniéndose a los partidos más reaccionarios de la burguesía, como el ABC, Acción Republicana y Demócrata Republicano, dirigido este último por el viejo caudillo oligárquico y ex-presidente de la República Mario García-Menocal.

Por otra parte, Batista había ido adoptando posiciones cada vez más alejadas de los sectores ultrarreaccionarios y profascistas y, por las razones internas y exteriores ya analizadas, desempeñaba un papel

protagónico en las transformaciones democráticas que tenían lugar en el país. Además, para las elecciones generales de 1940, la Coalición Socialista Democrática, liderada por él, presentó un Programa en el que se plasmaban numerosas demandas de carácter democrático y progresista, que incluían la aprobación de las leyes complementarias de la Constitución recién aprobada. Frente a unos postulados tan atractivos, Grau, que no presentó ningún proyecto de gobierno, acusó a Batista de haberle robado el Programa al PRC (A).

Ante esta situación, el Partido Unión Revolucionaria Comunista decidió integrar la CSI) y apoyó la candidatura presidencial de Batista. Esta decisión, intensamente debatida por las organizaciones del Partido en todo el país y finalmente aprobada, condujo, por una parte, a una etapa de notable desarrollo del movimiento obrero y de respeto a los derechos y libertades democráticas. Pero, por otra parte, concitó el rechazo de numerosos revolucionarios y de algunos sectores de la pequeña burguesía, que criticaron el apoyo del Partido al principal responsable de la derrota de la Revolución de 1933 y de la sangrienta dictadura que sufrió Cuba después de la huelga de marzo de 1935. Este resentimiento se mantendría de una u otra forma en las décadas posteriores.

En los comicios generales de 1940 triunfó la CSI), siendo elegido Presidente el Coronel Fulgencio Batista. En el proceso eleccionario hubo, como era costumbre en la república neocolonial, todo tipo de fraudes; y en algunos lugares del país el Ejército intervino en los colegios electorales. Pero en sus resultados fueron decisivos otros factores. El más importante de ellos fue el procedimiento para elegir al Presidente, que no consistía en el voto directo sino en el número de sufragios alcanzados por los Senadores o Representantes de cada partido. Teniendo en cuenta el dominio que ejercían los caciques políticos en provincias y municipios, la mayoría congresional de los partidos burgueses estaba garantizada, y con ella, la elección presidencial. Además, uno de los partidos que había apoyado a Grau en 1939, el Demócrata Republicano, integró la CSI) en 1940, secundando a Batista.

Y no puede despreciarse la influencia que ejercieron en importantes sectores del pueblo, sobre todo en el campesinado, las medidas relacionadas con la economía, las libertades políticas, la educación, las conquistas sociales y la salud pública, que Batista anunció demagógicamente, pero que al ponerse en práctica significaron cierto cambio positivo con respecto a la situación anterior.

Cuba y la Segunda Guerra Mundial.- El nuevo gobierno se instaló en el poder el 10 de octubre de 1940. Se iniciaba de esa manera una etapa de normalidad constitucional, una de cuyas características principales fue el predominio de las instituciones civiles en lugar del militarismo reaccionario que caracterizó la etapa anterior. Aquellas instituciones educacionales, sociales y de salud que se habían creado y funcionaban bajo dirección castrense, pasaron a regirse por las correspondientes Secretarías del gobierno civil.

Un año antes se había iniciado la segunda guerra mundial, y el gobierno constitucional de Batista (1940-1944) se desarrolló en un ambiente de colaboración de las fuerzas democráticas y antifascistas del mundo contra la amenaza del nazi-fascismo, lo que se reflejó también en el interior de Cuba.

Aunque el Ejército cubano no participó en los campos de batalla, el país dio a la lucha parte de su producción industrial, sobre todo azúcar; diversa ayuda material, de acuerdo con los limitados recursos del país; la solidaridad política y moral del pueblo, y la participación voluntaria de cierto número de cubanos en los ejércitos aliados. Dos jóvenes, Enrique Vilar y Aldo Vivó, cayeron combatiendo en las filas del Ejército Rojo. Además, Cuba sufrió también directamente algunas consecuencias: los submarinos nazis que merodeaban por las aguas del Océano Atlántico y el Mar Caribe, hundieron a varios barcos mercantes de Cuba, causando decenas de muertos. Un espía nazi implicado en esos ataques, Heinz August Luning, fue apresado en La Habana y fusilado en 1942. La modesta marina de guerra cubana hundió a uno de los submarinos alemanes.

El pueblo cubano estrechó filas y realizó grandes sacrificios para contribuir a la guerra antifascista. Para dirigir esas campañas se creó un Comité Nacional Antifascista, ampliamente representativo y con

ramificaciones en todo el país. Se luchó por la integración de un gobierno de unidad nacional, que no pudo lograrse cabalmente por la actitud del PRC (A), el único que se negó a participar en el Gabinete de Guerra. El movimiento obrero acordó renunciar transitoriamente a las huelgas y demás acciones que obstaculizaran la producción y los servicios. Más de 250,000 jóvenes se inscribieron en el Servicio Militar General y infles de ciudadanos se ofrecieron voluntariamente para marchar a los campos de batalla. En el marco de la lucha contra el fascismo se establecieron por primera vez relaciones diplomáticas entre Cuba y la URSS.

Auge del movimiento de masas.- En el período comprendido entre 1940 y 1946 se desarrolla un amplio, sólido y combativo movimiento de masas. La CTC, que al fundarse en 1939 estaba integrada por 790 organizaciones con poco más de 220,000 miembros, alcanza seis años después las 1200 organizaciones con más de medio millón de trabajadores. La Federación Nacional de Trabajadores Azucareros pasa de 78 sindicatos con 5393 cotizante*s a más de 250 sindicatos con cerca de 200,000 cotizantes. Se organizan más de 20 nuevas federaciones nacionales, locales y regionales; se fusionan en sindicatos únicos decenas de sindicatos paralelos y se elimina prácticamente la herencia fraccionadora del gremialismo. Comienzan a publicarse decenas de revistas y periódicos sindicales, con una tirada que sobrepasa los 150,000 ejemplares. Estos años alcanzan su mayor ímpetu los desfiles del Primero de Mayo, en los que participan anualmente centenares de miles de trabajadores, y se logran importantes conquistas económicas y sociales para el proletariado. La CTC y los sindicatos ganan aumentos salariales por cerca de 500 millones de pesos entre 1940 y 1944, lo que significa un incremento del 108 % frente a un aumento del 84 % en el costo de la vida. Se eleva sustancialmente el salario mínimo incluyendo a los obreros agrícolas, los más preteridos; se obtiene que se les pague anualmente a todos los trabajadores el 9,09% del salario devengado, o lo que es igual, un mes de vacaciones retribuidas cada once meses de labor; se fija en varios sectores laborales la semana de 44 horas de trabajo con pago de 48; se restablecen las listas rotativas en el sector marítimo portuario y el pago de un subsidio a los trabajadores de ese sector que quedaron inactivos a causa de la guerra.

Son repuestos numerosos obreros desplazados, incluso los que quedaron cesantes cuando la huelga de marzo de 1935, y se priva a los patronos y empresas de la potestad que antes tenían de despedir trabajadores sin la formación de expedientes, conquista que resultó fuertemente atacada por la oligarquía y los monopolios extranjeros. Se aprueban leyes de retiro o jubilación para numerosos sectores laborales y se crea la Caja de Retiro y Asistencia Social de los Obreros y Empleados de la Industria Azucarera, uno de los organismos de seguridad social más importantes de la República.

Estas y otras muchas conquistas elevan notablemente la influencia y autoridad de la CTC y de los comunistas cubanos. El Partido Unión Revolucionaria Comunista (que en 1944 cambia su nombre por el de Partido Socialista Popular) pasa de 97,944 votos en las elecciones de 1939 a 200,000 en 1946. Llega a tener 10 representantes a la Cámara, 3 senadores, 147 concejales, dos alcaldes y un Ministro sin Cartera en el Gabinete de Guerra. La labor de los comunistas en el parlamento y en otros cargos arrojó un saldo sumamente positivo para el país.

En esta etapa se desarrolla un fuerte movimiento de la juventud y de las mujeres y se crea la Asociación Nacional Campesina, que libra grandes luchas por las reivindicaciones del campesinado trabajador, logrando algunas demandas, pero sin que se resuelvan los grandes problemas del sector. Se crea también una llamada Federación Campesina de Cuba, de carácter reformista, y se establece la colegiación obligatoria de varios sectores del campesinado cubano y de algunas ramas industriales, instituciones que son generalmente don-iinadas por los colegiados más ricos.

Descrédito del Gobierno.- Pese a los avances logrados, a lo largo de este período se manifiestan vicios, lacras y otros males inherentes a la república neocolonial: subordinación a los intereses del imperialismo norteamericano (si bien atenuada por la lucha común contra el fascismo), subdesarrollo, corrupción administrativa, carestía de la vida, discriminación del negro y de la mujer, analfabetismo, etc.

Uno de los problemas más acuciantes del período es el alza excesiva de los precios de los artículos de primera

necesidad. La guerra provoca grave escasez de materias primas y de productos elaborados con el consiguiente aumento de los precios. Pero con ese pretexto, se desencadena una carrera especulativa por parte de los grandes almacenistas, comerciantes e intermediarios en general, que elevan los precios a niveles prohibitivos. Se busca la solución del problema con el aumento de salarios y la regulación de los precios, pero los funcionarios y jueces venales se confabulan con los agiotistas y la «bolsa negra» campea por sus respetos. El descontento popular crece.

La corrupción política y administrativa, sí bien no alcanza los niveles de otros períodos históricos, tiene manifestaciones escandalosas. El país se gobierna sin ley de gastos aprobada por el Congreso desde 1938, por lo que se abusa de los créditos y de los presupuestos extraordinarios, lo que facilita el uso indiscriminado, la dilapidación y malversación de los fondos del Estado. La salud pública es un desastre: los créditos para acueductos, alcantarillado, material quirúrgico y sanitario, hospitales, etc. no llegan casi nunca a su destino, los casos de tuberculosis, sífilis, paludismo, parasitismo intestinal y otras enfermedades se multiplican. Los suel-

'dos de los empleados públicos son miserables y las cesantías se producen con cada cambio de ministros o funcionarios. La mayoría de las leyes complementarias de la Constitución no se aprueban, con lo que el texto de ésta se ha convertido prácticamente en letra muerta.

El estudiantado, y la nación en general, ven agudizarse en esta etapa un fenómeno surgido en años anteriores: el «bonche» universitario (del inglés bunch, que significa banda, racimo, puñado). Eran pandillas de jóvenes matriculados oficialmente en la Universidad o en los Institutos de Segunda Enseñanza, que utilizando la amenaza gangsteril obtenían notas sin estudiar, plazas en las que cobraban sin trabajar, recompensas económicas y otros privilegios.

El «bonchismo» tuvo su origen en el terrorismo indiscriminado y la prerrogativa de ejecutar sin juicio a los criminales machadistas después de agosto de 1933 tomándose cada cual la justicia por su mano y haciendo ajustes de cuenta personales. Se desarrolla particularmente después de 1938 y deja un saldo impresionante de atentados y asesinatos entre estudiantes, profesores y otros militantes de izquierda. Entre sus muchas víctimas sobresalen el incorruptible y enérgico profesor revolucionario Ramiro Valdés Daussá y el destacado obrero de militancia comunista Manuel Porto Pena. Después de 1944 el «bonchismo» se prolongaría en las siniestras pandillas gangsteriles que aterrorizaron al país.

La imagen del gobierno se deteriora sensiblemente, mientras los líderes del PRC (A) aprovechan esos aspectos negativos para desatar una crítica implacable contra la administración y prometer al pueblo la solución de todos los problemas del país si el Dr. Grau es elegido Presidente de la República en las elecciones que se avecinan.

Elecciones de 1944. Triunfo de Gran San Martín.- Las nuevas elecciones se realizan el 11 de junio de 1944. A ellas concurren dos grandes bloques electorales: la Coalición Socialista Democrática (CSD), gobiernista, que lleva como candidato presidencial al Dr. Carlos Saladrigas, líder del Partido Demócrata, y la Alianza Auténtico Republicana, opositora, que postuló al Dr. Ramón Grau San Martín.

La CSI) carga sobre sus espaldas el descrédito del gobierno; su candidato, el Dr. Saladrigas, tiene fuerte oposición en algunos sectores del propio gobierno, aparte de ser un político conservador y una figura impopular; además, carece de un programa coherente que ofrecer a las masas.

El Dr. Gran San Martín, por el contrario, cuenta con el apoyo unánime de la alianza opositora, e incluso de los sectores descontentos del propio gobierno. Pese a su anticomunismo y su demagogia, la popularidad que había alcanzado gracias a la obra de su primer gobierno (1933-1934) crece sensiblemente ante los desaciertos y vicios del equipo gobernante, y presenta un programa ambicioso y atrayente que da esperanzas de mejoría a los trabajadores sin asustar a las clases dominantes. Además, hay un elemento decisivo. En estos comicios, a diferencia de 1940, el Presidente y el Vice se eligen por sufragio directo, y los electores no están obligados a votar por todos los cargos en la misma columna: pueden hacerlo por los Representantes de un partido determinado, por los Senadores de otro y por el candidato presidencial de un tercer partido.

Este procedimiento permite a los liberales y a otros gobiernistas enemigos de Saladrigas votar por los congresistas de los partidos de gobierno, al tiempo que dan su voto a Grau para Presidente. Así, Gran San Martín obtiene una amplia victoria conquistando la Presidencia de la República, mientras la Coalición de gobierno gana la abrumadora mayoría en el Congreso, así como también supera a Grau en el número de alcaldes y concejales en todo el país.

XIV

Los gobiernos «auténticos». Fracaso del nacional-reformismo.

El 10 de octubre de 1944, con la toma de posesión del Dr. Ramón Grau San Martín, se inicia la etapa de gobierno del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), que comprende dos periodos presidenciales: el del Dr. Grau (1944-1948) y el del Dr. Carlos Prío Socarrás (1948-1952). Salvo los dos primeros años, 1944-1946, cuyo balance puede considerarse positivo para el país pese a los graves males que despuntaron entonces, el resto de esa etapa constituye la mayor frustración popular que recuerda Cuba después de instaurada la República. Son los años en que se produce el agotamiento de todas las posibilidades del nacional-reformismo y su colapso definitivo, a pesar de las muy favorables condiciones económicas que propiciaba la posguerra.

Gestión inicial de beneficio popular. En sus dos primeros años de gobierno, la administración auténtica adoptó ciertas medidas favorables al desarrollo independiente del país y al mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, sobre todo de los trabajadores. Incluso en los meses iniciales manejó de tal modo los fondos públicos, que habiendo recibido el tesoro con un déficit de 3,5 millones de pesos en octubre, cerró diciembre con un superávit de seis millones.

Planteándose como objetivo la industrialización, el gobierno aprobó varios decretos muy bien acogidos, algunos de los cuales facilitaban la entrada al país de medios de producción y materias primas destinadas a las industrias surgidas durante la guerra. Con la ayuda de esas medidas se lograron apreciables aumentos en la producción de calzado, textiles, alcohol, cerveza, productos de caucho, fármacos, juguetes para el consumo doméstico, caramelos y conservas de frutas. Desde luego que este ascenso fue facilitado por la coyuntura de la posguerra, que provocó el aumento de la demanda interna y disminuyó la presión ejercida tradicionalmente por la competencia de los productos norteamericanos.

Aludiendo a la necesidad de ampliar la red de carreteras, caminos y otras obras, así como la de construir escuelas montunas para eliminar el analfabetismo, se elaboró un ambicioso plan de obras públicas, a cuyo fin se destinaron cerca de 330 millones de pesos. La ejecución de este plan cumpliría algunos de los objetivos propuestos, si bien se haría a costa de escandalosos robos y desvíos de recursos.

Cumpliendo algunas de las promesas pre-electorales, Grau eliminó algunos impuestos y rebajó la cuantía de otros; prohibió por decreto el aumento de los alquileres de las viviendas y el desahucio de los inquilinos; estableció sanciones para los comerciantes especuladores y fijó un sueldo mínimo para los empleados públicos. Anunció la realización de una reforma agraria, si bien ésta se limitó, en los 4 años de su mandato, a la suspensión transitoria de los desalojos campesinos, la parcelación de una hacienda de 5 400 hectáreas de tierra («Ventas de Casanova», en Oriente), el inicio de un Censo Agrícola Nacional, la celebración de ferias y exposiciones ganaderas y la creación de seis frigoríficos, dos cooperativas pesqueras y dos mercados libres en La Habana.

Más efectiva fue la política seguida por Grau en relación con los trabajadores. Aunque al inicio hizo agrias declaraciones contra la dirección de la CTC, rápidamente cambió su posición y propició la unidad obrera. En

diciembre, dos meses después de su ascenso al poder, se realizó el IV Congreso de la central sindical, en el que fue elegida una directiva unitaria encabezada por el líder comunista Lázaro Peña. Por primera vez los dirigentes de la Comisión Obrera Nacional del PRC dejaban a un lado, aparentemente, sus posiciones divisionistas y anticomunistas e integraban una dirección unitaria. Después quedaría demostrado que sólo se trataba de una estratagema a la que se veían obligados por la extraordinaria fuerza, autoridad y prestigio de la CTC y de los comunistas y con el propósito de minar la unidad desde dentro y apoderarse de la dirección del movimiento sindical. Además, Grau necesitaba el apoyo de los senadores y representantes comunistas para alcanzar la mayoría en el Congreso de la República, y la única manera de lograr ese apoyo —como lo lograron a comienzos de 1945—, era mediante la aplicación de una política de beneficio obrero y popular.

Al mismo tiempo que sustentaban estas posiciones unitarias, Grau elevó sustancialmente los salarios a varios sectores laborales; quitó a patronos y empresas la facultad de despedir arbitrariamente a los trabajadores; reguló el trabajo a domicilio en beneficio de los obreros, se enfrentó firmemente a los grandes hacendados y dueños de ingenios que rechazaban la legislación favorable a los obreros y llegó a intervenir algunas empresas que mantenían conflictos con sus trabajadores por ese motivo.

Pero quizás el paso más trascendente dado en el breve lapso de 1944-1946, fue el de imponer a la Administración norteamericana lo que se llamó «diferencial azucarero». En la zafra de 1945, el gobierno cubano retuvo 250,000 toneladas de azúcar y las vendió en América Latina a un precio de casi siete centavos por libra, mucho mayor del que pagaba Estados Unidos (3,67 cts.). La diferencia entre ambos precios (el «diferencial»), que ascendía a unos 40 millones de pesos, fue utilizada para subsidiar productos alimenticios que Cuba importaba, construir escuelas rurales y emprender otras obras de utilidad general.

Partiendo de esta experiencia, los obreros plantearon y Grau aceptó una fórmula que garantizaría un nuevo «diferencial» todos los años, logrando que EE.UU. aumentara el precio que pagaba por el azúcar cubano en la proporción en que aumentara el costo de los productos alimenticios y otros artículos de consumo que Cuba adquiriría en aquel país.

Para conseguir esto, y enfrentándose a la tenaz oposición de los magnates azucareros, Grau incluyó al prestigioso líder obrero Jesús Menéndez —comunista y negro— en la delegación cubana que iba a negociar en Washington la venta de la zafra azucarera de 1945-1946. Junto con Jesús Menéndez se designó también al destacado economista y asesor de la Federación Nacional de Trabajadores Azucareros, Jacinto Torras. Es cierto que Grau, contra lo prometido, mantuvo en 1944 al frente del Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar a los mismos hacendados oligarcas que lo dirigían antes y nombró a dos magnates yanquis en la comisión que negociaría la zafra de 1945. Pero el nombramiento de Jesús Menéndez y Jacinto Torras en 1946 constituía un paso de indudable importancia.

Después de obstinadas negativas de la parte norteamericana, y ante la firmeza de Cuba, se acordó incluir en el contrato de compra-venta de la zafra una Cláusula de Garantía, según la cual había que calcular cada tres meses la variación en los precios de los artículos que Cuba importaba de EE.UU. para aumentar proporcionalmente el precio del azúcar cubano.

El producto de este «diferencial» (36 millones de pesos en 1946) se distribuyó entre los diversos factores de la producción azucarera: obreros, colonos y hacendados. Particularmente para los obreros, este «diferencial» representó un ingreso adicional de 29 millones de pesos en el citado año.

Por último, en esta fase inicial, Gran recuperó para la nación cubana las numerosas bases militares construidas por EE.UU. en la isla durante la II Guerra Mundial.

Pero a partir de 1946 el grausismo comenzaría un giro reaccionario y antipopular: renuncia al «diferencial azucarero», destrucción de la unidad sindical, anulación de gran parte de las conquistas alcanzadas por el proletariado en décadas de cruentas luchas y en los dos primeros años de gobierno «auténtico», incremento de la corrupción política y administrativa, despliegue de una campaña en pro de la reelección presidencial —rechazada por el pueblo debido a sus funestos antecedentes en la historia de Cuba—, creciente ascendencia de los viejos políticos burgueses en el gobierno, proliferación del gangsterismo, auge desmesurado de la carestía

de la vida, agravamiento incontenible de los peores vicios y males de la república neocolonial.

La corrupción política y administrativa. En su primer mensaje al Congreso, el Presidente Grau planteó la necesidad de crear en la hacienda pública dos condiciones esenciales: eficacia y honestidad. Pero desde el inicio de su mandato se mantuvieron los vicios heredados, los cuales fueron extendiéndose de manera tan escandalosa que los gobiernos auténticos se convirtieron en los más corrompidos de la historia republicana.

El país siguió prorrogando los presupuestos aprobados mucho tiempo antes, adicionándole cada año una abultada lista de gastos extraordinarios. Un grupo apreciable de funcionarios se enriqueció ilimitadamente mediante el robo de los fondos públicos, convirtiéndose muchos de ellos en multimillonarios. Entre las principales fuentes de enriquecimiento estaban la Renta de Lotería, el Inciso K de la Ley No. 7 de 1943, las obras públicas, las Cajas de Retiros Obreros, los empréstitos concertados y los fondos destinados a todos los ministerios y organismos, así como la —visible connivencia con comerciantes especuladores, contrabandistas, zares del juego ilícito y la prostitución, empresas y patronos violadores de las leyes. Para tener las manos libres en el manejo de los dineros del Estado, Grau vetó la ley que creaba el Tribunal de Cuentas.

Casi todos los funcionarios, políticos y militares de alto rango del gobierno, estaban mezclados en grandes negocios fraudulentos, de los cuales mencionaremos sólo algunos a modo de ilustración. El Ministro de Comercio, Alberto Inocente Alvarez, se hizo tristemente famoso por su enriquecimiento a través de los trueques de azúcar cubano por arroz ecuatoriano, desprestigiando así un procedimiento tan positivo para el país como el intercambio de productos con otros países de América Latina. El Ministro de Educación, José Manuel Alemán, dilapidó en breve tiempo más de 200 millones de pesos, atesorando una fortuna personal que se ha calculado en unos 100 millones. Mientras tanto, se le negaron a Manuel Fernández Supervielle, probo y digno alcalde de La Habana, los recursos indispensables para resolver el problema del agua en la capital, razón por la cual el prestigioso funcionario se suicidó. En el hecho incidieron también los trajines politiqueros de José M. Alemán, quien creó, además, un bloque politiquero, el BAGA, que obtuvo los fondos para su campaña del presupuesto del Ministerio de Educación. En este bloque estaban involucrados, entre otros personajes, un sobrino y una cuñada de Grau San Martín. Se conoció que cada acta de Representante a la Cámara costaba \$300 000 al erario público. En medio de una situación económica altamente favorable para el país, Grau dejó un déficit de 68 millones de pesos al finalizar su mandato. El escándalo llegó a tal extremo, que en 1950 se siguió la Causa Judicial No. 82 contra el Dr. Grau San Martín y otros personeros de su gobierno por malversación de 174 millones de pesos al Estado cubano; pero los 6 232 folios de esa Causa fueron robados una noche por seis enmascarados, quienes hicieron desaparecer las pruebas del delito.

Una muestra del desorden reinante es lo ocurrido con el brillante que se hallaba en el Salón de los Pasos Perdidos del Capitolio Nacional marcando el kilómetro 0 de la Carretera Central. El 25 de marzo de 1946, la piedra preciosa fue sustraída de su lugar sin que se lograra averiguar quién lo hizo, cómo ni por qué; y 15 meses después, el 2 de junio de 1947, apareció sobre la mesa de trabajo del Presidente Grau tan misteriosamente como se había perdido.

Durante el segundo período de gobierno del PRC (A) continuó el crecimiento desenfrenado de la corrupción. Sólo en 1949, la familia del Presidente Prío Socarrás adquirió 34 fincas en tres municipios de la provincia de Pinar del Río. Prío, que era un abogado humilde antes de 1944, se había convertido en multimillonario cuando abandonó la Presidencia de la República. Parecida transformación sufrió Eusebio Mujal, que había sido impuesto oficialmente como Secretario General de la CTC.

La dilapidación de los fondos del Estado llegó a tal punto que, a pesar de las altas recaudaciones, Prío Socarrás se decidió a gestionar con la banca norteamericana un empréstito por 200 millones de pesos. El rechazo al endeudamiento del país y la certeza de que dicho empréstito no se utilizaría en beneficio de la nación, concitaron una masiva y enérgica oposición popular; pero los congresistas vieron en esta gruesa suma la posibilidad de pingües ganancias, y el empréstito se concertó.

Proliferación del gangsterismo. El Dr. Grau asume el poder en 1944 con el apoyo de varios «grupos de acción» que antes habían luchado contra Batista y se decide a satisfacer sus aspiraciones políticas y económicas. Concede a los principales jefes de esos grupos importantes cargos en la policía, los órganos de la inteligencia militar y en otros organismos estatales.

Pero esta indulgencia no satisface el apetito de las pandillas, y el reparto de sinecuras provoca una guerra entre ellas. Al mismo tiempo, van surgiendo facciones políticas rivales dentro del mismo equipo gobernante, cada una de las cuales busca el respaldo de determinados grupos de acción. Entre sus modos de actuar se halla la eliminación física de los contrarios. Por último, el gobierno, además de utilizar a la policía, al ejército y a otros órganos represivos, se vale frecuentemente de esos elementos gangsteriles para asaltar sindicatos obreros, imponer directivas contra la voluntad de los trabajadores, cobrar la cotización de éstos a punta de pistola y asesinar dirigentes proletarios.

Comenzando durante el gobierno de Grau y continuando bajo el de Prío, proliferan numerosas organizaciones gangsteriles que casi siempre adoptan nombres por cuyo contenido radical o por las figuras que simbolizan, pueden atraer a las masas: Unión Insurreccional Revolucionaria, Tribunal Ejecutor Revolucionario, Acción Revolucionaria Guiteras, Movimiento Socialista Revolucionario, etc. En un informe al Tribunal de Cuentas, publicado en marzo de 1952, Fidel Castro denuncia que él conoce más de 2 100 puestos y «botellas» distribuidos entre pandillas y pistoleros individuales, y detalla cada caso nombre por nombre, con la cantidad de prebendas que tiene cada uno.

En los años de gobierno «auténtico» estas pandillas realizan centenares de atentados personales y asesinatos, y protagonizan encuentros armados entre grupos rivales. Uno de los casos que más conmovieron a la nación, fue el combate librado entre dos de estos grupos en el reparto Orfila, municipio de Marianao (La Habana), que tuvo un saldo de seis muertos y numerosos heridos, entre ellos mujeres y niños.

A principios de 1947 los pandilleros llegaron a tirotear el salón del Senado de la República tratando de intimidar a los senadores para que no aprobaran una moción de desconfianza contra el Gabinete de Grau.

Este desenfreno provocó tal reacción en la ciudadanía, que el Presidente Prío se sintió obligado a dictar una llamada «Ley contra el gangsterismo»; pero ella no resolvió ningún problema, pues ese mal afectaba la médula misma del régimen «auténtico».

La ofensiva contra el movimiento obrero. La vieja aspiración de controlar la dirección del movimiento sindical y expulsar a los comunistas de su seno, que no pudieron satisfacer nunca los grupos oportunistas, principalmente la Comisión Obrera Nacional del PRC, se hizo posible debido a la política de «guerra fría» iniciada por Estados Unidos y demás potencias capitalistas y a la llegada al poder del Partido Auténtico en Cuba.

La derrota del nazi-fascismo en la segunda guerra mundial había ocasionado una profunda transformación en la faz del planeta: surgió la comunidad socialista, sufrió un golpe demoledor el sistema colonial y en muchos países se instauraron gobiernos independientes, progresistas y antimperialistas.

Las fuerzas del imperialismo y la reacción mundial, capitaneadas por el gobierno de Estados Unidos, se negaban a aceptar esas extraordinarias conquistas de la humanidad y elaboraron una política guerrerista, sumamente agresiva, contra la URSS, los recién surgidos países socialistas y los pueblos liberados. Al mismo tiempo, desataron en el interior de sus propias naciones una persecución despiadada contra los comunistas, contra todas las instituciones y personalidades progresistas —la «caza de brujas», el macarthismo—, y decidieron aplastar por todos los medios el movimiento popular en los países dependientes, sobre todo en América Latina.

Para lograr sus propósitos, Estados Unidos promovió el ascenso de gobiernos autoritarios en el hemisferio, lo que dio lugar a que se implantaran sangrientas dictaduras militares en varios países a partir de 1947.

La existencia de un poderoso movimiento sindical constituía un obstáculo a los planes guerreristas y hegemónicos de EE.UU., por lo que era necesario neutralizarlo. Así lo reconoció claramente más tarde

Serafino Romualdi, alto funcionario de la Federación Americana del Trabajo (AFL): «No basta que los gobiernos latinoamericanos adopten uniformemente la política económica y militar aconsejada por el gobierno norteamericano. Si no se logra que el movimiento obrero de los países latinoamericanos marche por ese camino, los Planes Clayton y Truman serán ineficaces».

Con estos objetivos coincidían plenamente las clases oligárquicas y los responsables sindicales de la dirección del PRC (A). Pese a que en los inicios de su mandato se vio obligado a respetar la autoridad, el prestigio y el extraordinario apoyo de las masas a los líderes comunistas y de otras militancias que dirigían la CTC y casi todos los sindicatos, Grau confiaba en revertir esa situación durante su gestión presidencial. Con ese fin desarrolló inicialmente la política beneficiosa para los trabajadores y aparentemente unitaria que se expuso anteriormente, al tiempo que iba ubicando en el Ministerio del Trabajo y en otras posiciones importantes a elementos conocidos por sus ambiciones personales y su anticomunismo.

La virulencia anticomunista de Grau se desató a principios de 1947, cuando el Partido Socialista Popular, que colaboraba con él desde 1945, le dirigió una carta pública en la que denunciaba cuatro aspectos muy negativos de su gobierno: la inmoralidad administrativa, la bolsa negra, los intentos reeleccionistas y las estrechas relaciones que mantenía con el régimen fascista de Francisco Franco. Grau aceptó aparentemente esa crítica, pero en seguida reanudó sus ataques contra los comunistas e insistió en expulsarlos de la CTC y de los sindicatos.

Sin embargo, las masas no secundaron esta política de Grau. En las elecciones sindicales realizadas en todo el país en 1946, las candidaturas unitarias ganaron la abrumadora mayoría de los sindicatos, y lo mismo ocurrió en la elección de delegados al V Congreso de la CTC, que debía celebrarse en abril de 1947. Esta victoria se obtuvo a pesar del soborno, las presiones y las arbitrariedades a que apelaron los funcionarios gobernantes. Al Congreso, que finalmente se realizó en mayo, asistieron unos 900 sindicatos, y se negaron a asistir cerca de 200 controlados por la Comisión Obrera Nacional del PRC (A). Entre los delegados asistentes había unos 300 de militancia «auténtica», que rechazaban la labor escisionista de la dirección de su partido.

Imposibilitados de lograr sus propósitos por las vías democráticas ni por las presiones, amenazas o recursos leguleyescos, el gobierno suprimió la democracia sindical y se lanzó abiertamente por el camino de la imposición y el terror. Destituyó arbitrariamente directivas obreras y, con la ayuda de los cuerpos represivos y de las pandillas gangsteriles, asaltó locales obreros, impuso dirigentes por decreto y asesinó a experimentados y queridos líderes proletarios, no sólo comunistas sino también de otras militancias políticas.

Dirigentes tradicionales de inmenso arraigo popular como Jesús Menéndez, de los azucareros; Aracelio Iglesias, de los marítimos y portuarios; Miguel Fernández Roig, de los tabaqueros; y decenas más de diferentes sectores, fueron abatidos en los períodos de gobierno auténtico. La matanza se extendió también a luchadores campesinos como Niceto Pérez y Sabino Pupo. La razzia criminal alcanzó incluso a los mismos que la iniciaron. Muy significativo fue el caso del viejo y desprestigiado dirigente obrero Juan Arévalo, hombre de confianza de la *American Federation of Labor*, ultimado en 1948 cuando se había pasado al servicio de la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS), organización promovida por los seguidores del Presidente argentino Juan Domingo Perón.

Se crearon entonces dos sistemas de organizaciones paralelas: de un lado, el aparato sindical oficial, encabezado por el connotado traidor del movimiento obrero Eusebio Mujal, y del otro, las organizaciones no oficiales, unitarias —perseguidas con saña—, cuya figura principal siguió siendo Lázaro Peña.

Muchas conquistas de la clase obrera fueron entregadas a las empresas y patronos por la dirección oficial del movimiento sindical; otras se mantuvieron a costa de grandes luchas y de la sangre derramada por las masas trabajadoras y sus dirigentes unitarios. Los papeles contrapuestos de los dos tipos de organizaciones creadas se pusieron en evidencia ante los grandes problemas sociales que surgieron en ese período. Terminada la guerra, el dumping de los productos norteamericanos produjo el cierre total o parcial de fábricas, desempleo en gran escala, rebajas de salarios. La modernización de los ingenios y de otras industrias, así como la renuncia de Grau al diferencial azucarero y la rebaja de la cuota de azúcar cubano en el mercado de EE.UU.,

afectaron igualmente a los trabajadores en sus empleos y salarios. Y las batallas libradas por las organizaciones verdaderamente obreras, victoriosas en muchas ocasiones, constituyeron la única garantía de las masas trabajadoras ante la claudicación de los gobiernos auténticos y la traición de sus dirigentes oficiales.

El Plan Uuslow. Atento siempre a los criterios de Estados Unidos, el Presidente Prío solicitó que se enviara a Cuba un grupo de expertos norteamericanos, a fin de que estudiaran los problemas de la economía cubana y aconsejaran las medidas adecuadas para resolverlos. Atendiendo a esa solicitud, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) envió a la isla una misión de 17 miembros, encabezados por Francis Adams Truslow.

Entre agosto y octubre de 1950, la Misión Truslow, como se le ha llamado, analizó la situación económica de Cuba, y en julio de 1951 dio a conocer un voluminoso informe con el resultado de su investigación. Este documento ofrecía un cuadro más o menos real del atraso económico y técnico que sufría Cuba, sin ahondar en las causas fundamentales de ese fenómeno; planteaba grandes deficiencias de la administración pública, como el mal uso de los fondos públicos, las negativas prácticas presupuestarias y tributarias, etc., y proponía una serie de medidas de tipo económico, financiero y social.

Algunas de estas medidas (depender menos del azúcar, ampliar las industrias derivadas de este producto, estimular el turismo, mejorar las vías de comunicación, hacer reformas presupuestarias y tributarias) podían contribuir a sanear la administración y mejorar la eficiencia económica. Sin embargo, no se planteaban medidas fundamentales como la realización de una reforma agraria, la diversificación de la producción y el desarrollo de la industria nacional, la creación de una marina mercante nacional, la búsqueda de nuevos y ventajosos mercados internacionales, etc.

En lugar de esas medidas, el Plan Truslow se mostraba opuesto a proyectos como el de desarrollar la producción de acero y fomentar cualquier industria que no ofreciera incentivos a los capitales yanquis. Por otra parte, los beneficios posibles de ciertas medidas propuestas por el Plan hubieran sido prácticamente anulados por el hecho de que las ganancias de los inversionistas norteamericanos no iban a quedarse dentro de Cuba, en bien del ulterior desarrollo económico del país, sino que la casi totalidad de ellas emigrarían hacia Estados Unidos en beneficio casi exclusivo de los inversionistas de ese país.

Estas enormes ventajas para las empresas yanquis, junto con el mayor estrechamiento de la dependencia de Cuba con respecto a EE.UU., se evidencian al analizar las medidas «recomendadas» por el Plan Truslow para que fueran tomadas por el gobierno cubano: reducir impuestos y eximir del pago de derechos de aduana a los nuevos inversionistas; dar capital a la industria privada a través del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento; revisar la Ley de Minas en beneficio de las empresas extranjeras; rebajar los salarios en general, y los de los trabajadores azucareros en particular; simplificar y facilitar el despido de los trabajadores según el criterio de las empresas y patronos. Especial énfasis hacían en la necesidad de crear una fuerte organización de los patronos, la que, actuando junto con las dirigencias obreras (se refiere a las dirigencias impuestas oficialmente), contribuyera a aplicar la política económico-social recomendada por el Plan.

Dictando la política laboral que debían seguir las empresas y el gobierno, el Plan reclamaba de éste medidas que permitieran a los patronos «despedir a un empleado, sin necesidad de explicaciones, mediante el pago de una indemnización calculada sobre el tiempo de servicio», rebajar salarios; impedir toda participación de los sindicatos en la organización de la producción, y abolir las conquistas logradas en cuanto a la antigüedad de los obreros en el trabajo.

Pese al apoyo de los dirigentes oficiales de la CTC, la lucha masiva de los trabajadores impidió que Prío aplicara el Plan Truslow bajo su mandato.

Otros graves males. Coincidiendo con la ofensiva antiobrera desatada por el gobierno de Grau, empiezan a incrementarse las inversiones norteamericanas en la economía cubana, que habían llegado a su nivel más bajo (unos 568 millones de dólares) en 1946. Ese incremento se produce principalmente en el sector no azucarero

de la economía (electricidad, teléfonos, minería, industrias del caucho, productos farmacéuticos, pinturas, jabonería y perfumería, textiles, etc.), muchas veces en sociedad con capitales cubanos.

Los gobiernos auténticos, a pesar de sus poses nacionalistas y sus declaraciones contra las tiranías de América Latina, seguían en lo esencial los designios de Washington. En 1950, cuando se declara la guerra de agresión contra la República Popular Democrática de Corea, el Presidente Prío se compromete a enviar un contingente de 25 000 cubanos a pelear junto a EE.UU. contra el pueblo coreano. Pero la protesta popular fue tan vigorosa que el mandatario auténtico no pudo cumplir su promesa. Hasta la propia madre de Prío, Doña Regla Socarrás, de abolengo mambí, se pronunció contra los intentos de mandar cubanos a esa guerra.

Bajo los gobiernos auténticos el costo de la vida llegó a niveles inalcanzables para el pueblo, lo que motivó grandes luchas que fueron brutalmente reprimidas, con el saldo de muertos y heridos en choques con la fuerza pública. Ese es el caso del obrero Carlos Rodríguez, que murió en septiembre de 1951 a causa de una golpiza policiaca por haber participado en una manifestación contra el aumento del pasaje en los ómnibus.

Con el propósito de acallar las crecientes protestas populares, se cometieron graves abusos contra las libertades y derechos ciudadanos: la prohibición o disolución violenta de mítines y manifestaciones; clausura temporal o definitiva de periódicos, radioemisoras y programas radiales; asalto a locales de partidos políticos y otras organizaciones opositoras; creación de nuevos órganos de hostigamiento del pueblo, como el Grupo de Represión de Actividades Subversivas (GRASS); continuo acoso contra el Partido Socialista Popular y repetidos intentos de ilegalizarlo; persecución e incluso asesinato no sólo de opositores sino también de otras personalidades cuya actuación chocaba con los intereses de determinadas facciones políticas o pandillas gangsteriles. Citemos, a modo de ejemplo, los casos de Carlos Martínez Junco, estudiante de la enseñanza media, asesinado en octubre de 1947 durante una manifestación contra los funcionarios corruptos del Ministerio de Educación; Manolo Castro (1948), ex-Presidente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), y ex-Director de Deportes en el primer período auténtico; Justo Fuentes Clavel (1949), Vicepresidente de la FEU, y Alejo Cossío del Pino (1952), ex-Ministro de Gobernación bajo el gobierno de Gran San Martín.

Leyes complementarias de la Constitución. Esforzándose por dar la impresión de un cambio favorable en la administración del país, Prío Socarrás anunció una política de «nuevos rumbos» que contemplaba la aprobación de una serie de leyes complementarias de la Constitución de 1940. En ese contexto, Prío dictó una pomposa ley de reforma agraria que no atacó ninguno de los problemas principales del campo cubano: se limitó a regular las rentas que debían pagar los campesinos —regulación que nunca se aplicó—; a crear un Negociado de Consultoría Rural —que en la práctica no funcionó— para asesorar a los campesinos en su lucha contra los geófagos, y a repartir algunos cientos de caballerías de tierra sin afectar para nada los latifundios ni ofrecer recursos de ningún tipo a los agricultores.

Una de las medidas de mayor alcance fue la creación del Banco Nacional de Cuba, que inició su funcionamiento en 1950. También en ese año se creó el Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba, que favoreció fundamentalmente a los grandes propietarios rurales. Otra de las leyes más demandadas por el pueblo fue la que creaba el Tribunal de Cuentas; pero éste, aprobado en 1950, no se establecería oficialmente hasta 1952, por lo cual no desempeñó ningún papel con respecto a la administración de Prío.

El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Desde los inicios del gobierno auténtico se manifestaron en la dirección del PRC (A) varias tendencias, dos de las cuales predominaban sobre las demás: una, que defendía los postulados nacionalistas y democráticos originales del Programa del Partido, y otra encaminada a utilizar en beneficio propio los privilegios del poder, utilizando para ello todos los medios por tortuosos que fueran. Tal diversidad de tendencias reflejaba la heterogeneidad ideológica, política y social del Partido Auténtico. Las contradicciones se acentuaron a partir de 1946, cuando, además de agravarse los vicios iniciales, el gobierno de Grau tomó un rumbo francamente antipopular y reaccionario. El 27 de noviembre de ese año, el

prestigioso dirigente auténtico Manuel Bisbé acusaba a Grau de gobernar solamente con quienes lo lisonjearan, de situar en los puestos más importantes a viejos políticos y permitir la corrupción de algunos ministros. En diciembre, cinco senadores y nueve representantes auténticos crean una fracción y acuerdan actuar unidos en el seno del PRC (A) bajo el liderazgo de Eduardo Chibás, luchador contra Machado desde 1927, veterano de ese partido y defensor de los principios que dieron origen a la organización. Tanto Chibás como los demás disidentes criticaban la corrupción política y administrativa, la carestía de la vida, el imperio del pistolero, la política de división del movimiento sindical, las campañas reeleccionistas y otros males. El 12 de marzo de 1947 firman un documento que reclama de Grau «rectificaciones fundamentales» en lo político, económico y social.

Pero no hay rectificación alguna, y el 15 de mayo de 1947 se produce la escisión, aprobándose las bases de una nueva organización política que toma el nombre de Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Pocos meses después, cuando tiene lugar la reorganización de los partidos políticos, el PPC (O) alcanza el quinto lugar, con cerca de 165,000 afiliados. Entre los puntos principales del Programa Ortodoxo se destacaban: independencia económica, industrialización, diversificación agrícola, nacionalización de los principales servicios públicos, creación de un sistema bancario, control de la producción y la exportación por parte del Estado, cese de la discriminación racial, elevación del nivel de vida de los trabajadores, eliminación del gangsterismo, moralidad administrativa y equilibrio de las clases sociales.

Conociendo el desprestigio de los demás partidos políticos burgueses y la imposibilidad de que los comunistas u otras fuerzas de izquierda accedieran al poder en las condiciones de la «guerra fría y el «macarthismo», Chibás confiaba en desarrollar un movimiento independiente que en poco tiempo alcanzara el apoyo de las grandes mayorías nacionales sin necesidad de alianzas con otros partidos. De ahí su rechazo absoluto a los pactos electorales como un principio fundamental de su táctica política.

Sin embargo, el PPC (O) abrió sus puertas a todos los que quisieran entrar en sus filas, independientemente de corrientes ideológicas, procedencias políticas o posiciones de clase, siempre que aceptaran el liderazgo de Chibás y las bases del partido. Con esa apertura, la composición del nuevo partido fue muy heterogéneo, en él podía encontrarse a antiguos militantes comunistas que se habían separado de su partido pero que seguían manteniendo ideas avanzadas, a líderes de ideología nacional-revolucionaria o nacional-reformista, a librepensadores y a jóvenes que comprendían la necesidad del socialismo; pero también había grandes terratenientes y burgueses reaccionarios, y representantes del ala más conservadora de la Iglesia Católica.

De todas formas, pese a las inevitables contradicciones existentes, en la dirección del PPC (O) primaba la orientación de Chibás, quien, con su personalidad carismática, era el alma de la organización. Su combate contra la corrupción política y administrativa, por la nacionalización de los trusts eléctrico y telefónico, y por otras demandas populares, le ganó el apoyo entusiasta de centenares de miles de cubanos.

El líder ortodoxo tenía contradicciones básicas con el marxismo, y las fórmulas que ofrecía para enfrentar los males del país no eran soluciones de fondo. Fueron a veces muy encendidas las polémicas que se suscitaron entre Chibás y los comunistas; pero ellos coincidían generalmente en la denuncia de los males de Cuba y sufrían parecidos ataques y represiones, ante lo cual se manifestaba con frecuencia una mutua solidaridad. Chibás condenó siempre la división del movimiento obrero, los asesinatos de sus líderes, la violación de la democracia sindical y los intentos de ilegalizar al Partido Socialista Popular. En realidad, dentro de los partidos políticos cubanos la única oposición seria y efectiva contra la nefasta administración auténtica era la que hacían los comunistas y los ortodoxos.

Particular importancia tuvo, dentro del movimiento ortodoxo, su organización juvenil. Se distinguía no sólo por su masividad y empuje, sino también por sus ideas avanzadas —mucho más que las del Programa del Partido—, en lo económico, político y social. En 1948, en un folleto que exponía su «pensamiento ideológico y político», los jóvenes ortodoxos hacen un agudo análisis de la historia de Cuba —con ciertas incomprendiones, pero en lo fundamental certera—, alejado totalmente de los enfoques falsos hechos por los historiadores burgueses; plantean, también con acierto, los principales problemas del país, y llegan a la

conclusión de que el socialismo es la única vía para resolverlos. A la vez, comprenden que antes de implantar el socialismo es imprescindible una etapa de liberación nacional. Muchos de estos jóvenes desempeñarían un papel decisivo en las luchas posteriores del pueblo cubano.

Chibás puso en el centro de sus campañas políticas la lucha contra la inmoralidad administrativa, considerando que este era uno de los males determinantes de la angustiada situación del país. Su emblema era una escoba para barrer a los malversadores. Fue así como, en poco tiempo, el PPC (0) se convirtió en un gran partido de masas: no era el de mayor número de afiliados, pero sí el que ejercía una atracción mayor en el pueblo. Tres años después de fundado, en las elecciones de 1950, Chibás gana una senaduría que se discute por la provincia de La Habana, sobrepasando los 200 000 sufragios, la máxima votación alcanzada por un candidato a senador en todos los tiempos.

Pero la carrera política de Chibás y su propia vida se troncharán poco después. Empeñado en su denuncia contra las malversaciones, robos y demás inmoralidades del gobierno auténtico, acusó públicamente a uno de sus personeros, Aureliano Sánchez Arango, y prometió dar pruebas concretas de sus acusaciones en un escuchado programa que mantenía todos los domingos por una conocida cadena radial. Sin embargo, no consiguió las pruebas que esperaba, y al llegar el día anunciado sin que pudiera cumplir su palabra, pronunció un breve y emotivo discurso, al término del cual se hizo un disparo que le causó la muerte.

Pocas batallas podría librar a partir de entonces el PPC (0): sus días estaban contados como gran partido de masas después de la muerte de su fundador.

El golpe militar del 10 de marzo de 1952. De acuerdo con las leyes del país, se inició un nuevo proceso electoral que debía culminar en elecciones generales el 10 de junio de 1952. A medida que pasaban los meses se hacían más evidentes el desprestigio y la incapacidad del gobierno de Carlos Prío Socarrás. El PRC (A) postula como candidato presidencial al ingeniero Carlos Hevia: el Partido Acción Unitaria lleva a Fulgencio Batista, y el PPC (0) a Roberto Agramonte.

Hevia cuenta con los resortes del poder y con las maquinarias políticas de seis partidos, pero no tiene ningún arraigo personal en las masas, además de personificar a un régimen odiado por el pueblo. Batista es repudiado por su historia, por ser representante del militarismo y de los intereses oligárquicos y proimperialistas y porque, debido a ello, no representa ninguna esperanza de rectificación. Agramonte, catedrático conservador, constituye, a pesar de ello, la única esperanza de cambio, pues asume la herencia de Eduardo Chibás, cuenta con la fuerza del PPC (0) —no desacreditado todavía—, y aunque se negó a todo tipo de acuerdo con el Partido Socialista Popular, los comunistas decidieron darle sus votos, única manera de derrotar al funesto gobierno auténtico. Todas las encuestas señalaban como ganador a Roberto Agramonte.

Un factor importante en este proceso electoral —como en todos los hechos trascendentes de la historia de Cuba—, era la posición del gobierno norteamericano. En esta época ya EE.UU. había perdido su confianza en los gobiernos auténticos, particularmente en Prío Socarrás, porque no obstante todo su servilismo, fracasaron en la aplicación de la política exigida por el imperialismo norteamericano. Ni Grau ni Prío habían podido destruir al partido de los comunistas cubanos, el cual, pese a los duros golpes recibidos, mantenía su prestigio y autoridad y se recuperaba de dichos golpes. Los líderes comunistas habían sido arrojados violentamente de la dirección del movi-

miento sindical y muchos de ellos asesinados, pero el Partido mantenía tal influencia en las masas obreras que los monopolios y la oligarquía no habían podido imponer totalmente sus planes.

Prío no había sido capaz de enviar un contingente de cubanos a pelear junto a las tropas yanquis en Corea, ni había firmado un Tratado de Residencia y Navegación que exigía EE. UU., ni había podido impedir que el Congreso de la República se pronunciara a favor de la libertad del líder puertorriqueño Pedro Albizu Campos, Si por un lado el Presidente Prío trataba de aplicar severamente la política anticomunista, antiobrera y antipopular exigida por los intereses norteamericanos, por el otro quería mantener su fachada «nacionalista», presentándose como enemigo de las tiranías latinoamericanas y simpatizante de la causa del

pueblo puertorriqueño.

Además, en su afán de enriquecimiento personal, Prío había chocado con algunos intereses poderosos de Norteamérica. En 1950, cuando una influyente empresa estadounidense trató de obtener el contrato para explotar las ricas minas de níquel en Oriente, el gobierno priísta desestimó esa petición. En su lugar otorgó la concesión a una humilde firma holandesa, a cambio de que ésta le diera participación en las utilidades a un grupo de personajes muy cercanos al Presidente auténtico, participación que le había negado la empresa yanqui.

Estas son algunas de las razones por las cuales Prío y sus acólitos no contaban con el apoyo que antes les daba EE.UU.

Mucho menos podían simpatizar el gobierno yanqui y la oligarquía criolla con el candidato ortodoxo, por temor a la influencia del ala radical de ese partido y a la posibilidad de que las masas imprimieran un sello popular, patriótico y antimperialista a la gestión del mismo cuando triunfara.

Por consiguiente, sólo uno de los candidatos, el general Batista, contaba con el beneplácito norteamericano. Sólo él reunía las condiciones necesarias para impedir el triunfo popular en las elecciones y garantizar la continuidad del orden oligárquico y proimperialista en el país. Y Batista, desesperado por regresar al poder, se prestó a ese papel como servidor de Washington, de la oligarquía cubana y del sector más reaccionario de los militares.

Ahora bien, como no tenía ni las más remotas posibilidades de ser electo en los comicios que se avecinaban, el «hombre fuerte» tomó en sus manos el poder por la vía del golpe de Estado en la madrugada del 10 de marzo de 1952. El gobierno auténtico se desmoronó en pocas horas y Prío Socarrás huyó sin intentar la más mínima resistencia. Una etapa de terror más abierta y brutal se abriría para el pueblo cubano, pero en esa etapa la lucha popular alcanzaría también las formas más altas, hasta conducir a la victoria definitiva.

XV

La lucha contra la tiranía de Batista. Del «Moucada» al «Granma»

Reacción frente al golpe de Estado. El golpe de Estado conmovió profundamente a la ciudadanía, por lo que significaba de ruptura del orden constitucional y por los nefastos antecedentes de su ejecutor. Los sectores más avisados comprendieron de inmediato que el cuartelazo no se daba, como pretendió hacer creer Batista, para prevenir un supuesto autogolpe del Presidente Prío, dirigido a perpetuarse en el poder, sino para impedir el triunfo del Partido Ortodoxo y el empuje del vigoroso movimiento popular.

A pocas horas de los hechos, el joven abogado Fidel Castro lanzaba un encendido manifiesto titulado «Revolución no, zarpazo», en el que denunciaba el carácter y los objetivos de los golpistas, pronosticaba la era de terror que se implantaría en Cuba, llamaba a los cubanos al combate contra la dictadura, y advertía: «hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras. Hay opresión en la patria, pero habrá algún día otra vez libertad». Ya con anterioridad, conocedor de los preparativos del golpe de Estado, Fidel, lo había denunciado ante la dirección del Partido Ortodoxo y había solicitado que le permitieran denunciar el hecho por la onda radial de ese partido, lo que no se le concedió.

También el mismo día 10 de marzo, el Partido Socialista Popular (PSP) condenaba enérgicamente el cuartelazo, acusaba a los imperialistas yanquis de fomentarlo, llamaba a las masas populares de todos los partidos a unirse en la batalla por las libertades y derechos democráticos y esbozaba algunas demandas específicas de carácter inmediato. En igual sentido se pronunciaban otras organizaciones orientadas por los comunistas, como los sindicatos unitarios, las asociaciones campesinas, la Federación Democrática de Mujeres Cubanas y la Juventud Socialista. En días anteriores al 10 de marzo, el PSP había denunciado y condenado públicamente el golpe que venía gestándose.

La Federación Estudiantil Universitaria (FEU) nombró una Comisión que fue a Palacio en las primeras horas de la mañana del propio 10 de marzo y le brindó a Prío el apoyo de los estudiantes para la defensa armada de la legalidad constitucional. Pero los jóvenes no encontraron la acogida que esperaban y se retiraron. El día 14, la FEU aprobó una Declaración de Principios en la que rechazaba resueltamente el golpe militar y llamaba a todos los partidos, organizaciones y grupos genuinamente democráticos a juntarse alrededor de una serie de objetivos comunes. «La patria está en peligro —señalaba la FEU—, y hay que honrar a la patria peleando por ella».

Se perfilaban así, desde los primeros momentos, las tres fuerzas que por su radicalismo, representatividad y firmeza, habrían de desempeñar los papeles protagónicos en las grandes batallas que se iniciaban: la que se aglutinaría muy pronto en torno a Fidel Castro; la que conformaban el PSP y las organizaciones dirigidas por él, y el movimiento estudiantil.

Los partidos políticos burgueses se vieron afectados por una honda crisis. Los republicanos, los liberales y una parte de los demócratas decidieron sumarse a Batista, mientras otros partidos más débiles se disolvían. Entre los jefes del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), Prío huyó hacia EE.UU. y, con un grupo de seguidores, empezó a conspirar. Gozaban de abundantes recursos financieros, pero sus acciones de carácter putchista y sensacionalista, sin base popular, mal organizadas y peor orientadas, no tuvieron gran significación. Grau, por su parte, se limitó a una inocua oposición

verbal y se prestó a las maniobras electoreras del régimen. Otros auténticos, como Miguel Suárez Fernández, se integraron al nuevo equipo gobernante.

El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) condenó el golpe militar y llamó a utilizar «todas las fuerzas activas y pasivas de resistencia adecuada que la Constitución autoriza». Anunció apelaciones de carácter jurídico al Tribunal Supremo de Justicia y al Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, y alegatos a la ONU y a la Organización de Estados Americanos (OEA). Pero pronto se inició una enconada lucha de facciones en su seno. Emilio Ochoa, ex-candidato a la Vicepresidencia de la República y muy influyente en las direcciones provinciales del partido, propugnaba la unidad de la oposición, mientras Roberto Agramonte, ex-candidato presidencial, continuaba su política aislacionista. Carlos Márquez Sterling, al igual que Grau San Martín, optó por plegarse a la legalidad culpable que ofrecía Batista. La preocupación principal de estos políticos era la de repartirse actas de representantes y de senadores, botellas y privilegios, así como cargos en los gobiernos provinciales y municipales.

El aparato sindical oficial, encabezado por Eusebio Mujal, tras pocas horas de vacilación, se pasó totalmente al lado de Batista. El movimiento obrero unitario, con Lázaro Peña y otros líderes de las más diversas militancias, patentizaron su inmediata repulsa y realizaron algunas acciones de protesta en diferentes lugares del país. Pero la división existente y la represión impidieron una respuesta masiva y general.

El profesorado universitario, los colegios profesionales y la ciudadanía en general rechazaron el golpe.

La dictadura reaccionaria. Sus primeros pasos. El gobierno de facto comenzó aboliendo la Constitución de 1940. Impuso, sin consulta popular, unos llamados Estatutos Constitucionales que convalidaban todos los actos ejecutados despóticamente por Batista, incluyendo la nueva estructura de poder y su funcionamiento. Quedaron suspendidas las garantías constitucionales y con ellas, el derecho de huelga y otras conquistas democráticas.

La dictadura disolvió el Congreso de la República y en su lugar estableció el llamado Consejo Consultivo, un organismo reaccionario integrado fundamentalmente por banqueros, hacendados, grandes comerciantes y almacenistas, propietarios ricos y politiqueros, así como oportunistas y gangsters del movimiento sindical. Disolvió los partidos políticos, suspendió indefinidamente las elecciones generales y elaboró un código que aseguraba la confirmación electoral del golpe de Estado; destituyó y nombró arbitrariamente alcaldes y concejales, concentrando las funciones de éstos en manos del Ministro de Gobernación; suprimió las transmisiones radiales de carácter político, prohibió reuniones, asambleas, mítines y manifestaciones públicas

de cualquier carácter, desbaratando a golpes y tiros los actos pacíficos convocados por los trabajadores y las organizaciones populares; inició una nueva época de detenciones, secuestros y encarcelamiento de hombres y mujeres del pueblo; dio protección ministerial y policíaca a los gansters impuestos como dirigentes sindicales; provocó la ruptura de relaciones entre Cuba y la Unión Soviética, a la vez que estableció nexos aún más estrechos con los gobiernos tiránicos de América Latina; redobló maniobras y esfuerzos para enviar cubanos a pelear a las órdenes de Estado Unidos en Corea y aumentó el presupuesto de guerra de la nación.

En cuanto al movimiento obrero, Batista continuó y llevó hasta sus últimos extremos la política reaccionaria de sus predecesores. Aunque suspendió las actividades de todos los partidos políticos, contra el Partido Socialista Popular adoptó medidas especiales. Inmediatamente después del golpe fueron ocupadas las oficinas del Comité Nacional del PSP y más tarde, sus locales en varias provincias. En las semanas siguientes fueron asaltados los talleres del periódico *Hoy*, al igual que numerosos sindicatos y organizaciones de masas dirigidas por los comunistas, como la Federación Democrática de Mujeres Cubanas. Después corrían la misma suerte las revistas *Mella* y *La última Hora*.

A través de la isla se produjeron una y otra vez detenciones tanto de militantes comunistas y líderes obreros unitarios como de los más altos dirigentes del partido. El 15 de agosto, el Consejo Consultivo aprobó la creación de un organismo especial para investigar todos los planes inmediatos y mediatos del comunismo, el Comité Investigador de las Actividades Comunistas (CIAC).

Desde luego que este organismo represivo no se dirigió sólo contra los comunistas: tenía también la tarea de combatir toda lucha popular y toda expresión de repudio al gobierno de facto. Ya se habían perpetrado los primeros actos de violencia, entre ellos el asesinato del adolescente Sergio Reina. Además, a raíz del golpe se había producido una salvaje agresión al programa de televisión «La Universidad del Aire» y el secuestro y atropello físico del periodista Mario Kuchilán. El periódico *La Palabra* había sufrido continuas clausuras, al igual que el programa televisado «Ante la prensa» y los noticieros cinematográficos. Ni el periodista Kuchilán ni los citados programas radiales y noticieros estaban vinculados con el Partido Socialista Popular.

Ahora, después de creado el nuevo órgano represivo, esa política se acentuaba. El 15 de enero de 1953, al agredir a una potente manifestación estudiantil en La Habana que protestaba del ultraje hecho al busto de Julio Antonio Mella situado frente a la Universidad de La Habana, las fuerzas represivas abrieron fuego contra los manifestantes y provocaron 12 heridos, entre los que se encontraba el estudiante de arquitectura Rubén Batista, que murió días después. Ese mismo mes la policía asaltó los talleres del escultor José Manuel Fidalgo y destruyó muchos de sus trabajos, entre ellos unas estatuillas de Martí con la leyenda «Para Cuba que sufre». Eran detenidos, asimismo, los estudiantes que distribuían el periódico *Alma Máter*, y en mayo, el gobierno maniobraba para suprimir la autonomía universitaria.

Con el argumento de combatir al comunismo, Batista perpetuó el control absoluto de la CTC y los sindicatos a través de la camarilla mujalista. Al mismo tiempo, exculpó al asesino de Jesús Menéndez, capitán Casillas, y lo ascendió después al grado de comandante. Así mismo fueron puestos en libertad los asesinos de Aracelio Iglesias.

Otra de las medidas antiobreras de la dictadura militar fue la prohibición del desfile del 1º de mayo de 1952. Con este objetivo se había prorrogado la suspensión de las garantías constitucionales, y sólo se dio permiso para el acto de ese día a la CTC oficial, en el Palacio de los Trabajadores.

En lo económico, la línea del gobierno estuvo dirigida a favorecer a los grandes magnates explotadores a costa del nivel de vida de los trabajadores. En los meses que siguieron al 10 de marzo, continuó el ritmo ascendente del costo de la vida, que se elevó en no menos de un 15%. Aumentaron de precio la carne, los frijoles, el transporte interurbano y las tasas postales. Los salarios, sueldos y pensiones, salvo los del ejército y el magisterio, permanecían estáticos o se reducían: sólo entre septiembre de 1952 y marzo de 1953 los trabajadores perdieron 53 026 400 pesos por concepto de rebajas salariales.

También los campesinos fueron víctimas del engaño y la demagogia del gobierno golpista. Cuatro meses después del cuartelazo, el 17 de julio, Batista promulgó la Ley -Decreto No. 427, que obligaba a los

campesinos a pagarles renta a los geógrafos. Esta Ley-Decreto significaba la legalización del robo de tierras por los latifundistas yanquis y criollos. Dicha medida provocó la protesta viril de los campesinos de Realengo 18, Caujerí, Hato Estero, Rancho Mundito y otras zonas del país, con el apoyo activo del movimiento obrero en la base.

Desde sus inicios, el gobierno de Batista se mostró como un dócil servidor de los intereses de Estados Unidos. Siguió la política de restringir la producción de azúcar, tabaco y otros renglones, y mantener la industria nacional a merced de la competencia extranjera. Firmó con Estados Unidos numerosos acuerdos que significaban jugosas ventajas para las compañías extranjeras, una mayor exportación de ganancias de dichas empresas hacia EE.UU. y escandalosas concesiones que incluyeron préstamos y créditos a éstas con cargo al presupuesto nacional de Cuba, como ocurrió con los monopolios eléctrico y telefónico. El gobierno entregó prácticamente los minerales fósiles de Cuba a compañías petroleras norteamericanas y puso en manos de la *Moa Bay Co.* y la *Freeport Sulphur Co.* la producción de concentrado de níquel y cobalto, considerada la tercera rama del país. Las inversiones yanquis, que ascendían a 713 millones de dólares en 1951, sobrepasaron los mil millones en 1958.

Batista se negó desde el principio a establecer vínculos comerciales con la URSS y demás países socialistas, redujo el intercambio con Japón y los países capitalistas de Europa y reafirmó la dependencia de nuestra economía con respecto al mercado norteamericano,

Las tácticas de lucha. El Partido Socialista Popular. Las fuerzas revolucionarias coincidieron en el rechazo tajante al gobierno de facto, así como en el objetivo estratégico de derrocarlo y establecer un gobierno de ancha base democrática. Pero pronto se demostró una marcada diferencia en cuanto a las tácticas de lucha.

El primer partido político que definió claramente sus lineamientos tácticos fue el PSP. Como línea estratégica, se planteó la lucha por la instauración de un gobierno transitorio de amplia coalición que restableciera la Constitución de 1940 y todas las libertades y derechos democráticos y realizara elecciones inmediatas en las que el pueblo pudiera elegir un gobierno de liberación nacional capaz de aplicar el programa de transformaciones que el país exigía.

Para el logro de ese objetivo, el Partido llamaba a forjar la unidad de acción de la clase obrera, el campesinado trabajador y todos los sectores populares (jóvenes, estudiantes, mujeres); y a constituir un frente único de partidos, sociedades y organizaciones capaz de desencadenar la acción de las masas a un grado tal que obligara a la tiranía a dar marcha atrás, restablecer los derechos constitucionales y realizar elecciones libres.

El PSP, la Juventud Socialista y las organizaciones dirigidas por ellos (obreras, campesinas, de mujeres, etc.), pusieron particular empeño en realizar acciones conjuntas con el Partido del Pueblo Cubano, la Juventud Ortodoxa, la FEU y otras asociaciones estudiantiles. Este propósito no se logró con la dirección del PPC (0), pero sí con muchos de sus militantes y cuadros, y sobre todo con las fuerzas jóvenes antes mencionadas, llegando a crearse estrechos vínculos con ellas. Así, los masivos y combativos actos por la jura de la Constitución, el Congreso Martiano de la Juventud, la negativa a acatar los Estatutos batistianos y todas las acciones desarrolladas por la juventud en la lucha contra la tiranía, contaron con la participación activa de los comunistas y de las organizaciones dirigidas por el PSP. Se logró una efectiva y permanente solidaridad entre estos sectores revolucionarios.

No ocurrió lo mismo con la dirección de los partidos burgueses de oposición, que buscaban solapadamente el apoyo de los comunistas, pero que, para no encarar la enemistad de Estados Unidos, se negaban a todo tipo de pactos o alianzas formales con el PSP.

Pese a los lazos establecidos por el Partido con las fuerzas revolucionarias y con otros luchadores opositoristas de diferentes partidos en barrios y municipios del país, su esfera de relaciones era limitada. La situación de aislamiento en que lo mantenían los demás partidos políticos; las persecuciones que sufrían y los prejuicios contra ellos; las intensas campañas de propaganda nacionales e internacionales que trataban de

desacreditarlos, y el desacuerdo de algunos sectores con determinadas actuaciones del Partido, hacían imposible que éste pudiera aglutinar alrededor de él, bajo su dirección, a la gran masa de nuestro pueblo. Por esas mismas razones, y sin contar con los medios y las fuerzas indispensables, era imposible que el PSP encabezara una insurrección armada contra la tiranía. En las condiciones de Cuba en aquel instante, como ha expresado Fidel Castro, ese intento hubiera sido un holocausto inútil. Ante esa realidad, el único camino que veía el Partido era la formación de un amplio frente opositor que, a la vez que emplazara a la tiranía y la obligara a ceder, sacara al propio Partido del aislamiento.

Por otro lado, el PSP se manifestaba contrario a los preparativos de «contragolpes» e intentos putchistas organizados por algunos políticos de la oposición burguesa, argumentando que estas acciones se preparaban a espaldas de las masas, por gentes que no tenían moral ni prestigio, y con fines puramente politiqueros.

Más tarde el PSP se mostraría también en desacuerdo, aunque por razones diferentes, con la táctica insurreccional que adoptaron Fidel Castro y el movimiento encabezado por él. Reconociendo la honradez, el valor y la nobleza de objetivos de estos jóvenes, e incluso solidarizándose con ellos en el enfrentamiento a la tiranía, el PSP consideraba equivocada la táctica que empleaban, pues entendía que sólo debía apelarse a la insurrección cuando se agotaran las posibilidades de la lucha de masas y como resultado del desarrollo de ésta hasta su grado más alto. El Partido no percibió que, en la concepción de Fidel, estas acciones se entrelazaban con la lucha de masas, y las consideró erróneamente como putchistas. El PSP mantendría formalmente esta falsa apreciación hasta finales de 1957.

El Partido no impugnaba, sin embargo, la insurrección armada como método. Por eso rechazó enérgicamente las posiciones de los ideólogos y políticos reaccionarios, batistianos y pro-imperialistas, que trataban de desacreditar esa forma de lucha, y defendió el derecho del pueblo a apelar a ella. Pero veía la insurrección como el último paso de un proceso ascendente de la lucha de masas, mientras para Fidel, si bien había que combinar diversas formas de lucha, la principal y decisiva era la insurrección armada, que debía desplegarse desde los inicios para lograr el derrocamiento de la tiranía de Batista y la instauración de un gobierno que hiciera realidad la liberación nacional de Cuba y la emancipación social de todos los oprimidos y explotados.

El movimiento estudiantil. La FEU y el estudiantado de los institutos de segunda enseñanza despliegan una continua actividad de masas encaminada a denunciar los actos antidemocráticos y los criminales métodos de represión de la tiranía, esforzándose por enrolar en sus movilizaciones a todo el pueblo, a todos los partidos, organizaciones y grupos opositores. Tratan de crearle un clima insostenible a la dictadura. Hay continuos llamamientos de la FEU a la formación de un gran frente contra ella, sin exclusiones de ningún tipo, y se aplica en la práctica esa línea unitaria. Su objetivo inmediato es sustituir a la tiranía por un gobierno provisional designado por los estudiantes.

Una gran acogida tiene la decisión de convocar al pueblo a la jura de la Constitución de 1940, acto que se inicia en la Universidad de La Habana y que se continúa a través de toda la isla. Aprovechan los juegos de béisbol, los carnavales y otras actividades públicas para realizar vibrantes demostraciones contra la tiranía. Las veladas, concentraciones, desfiles y manifestaciones públicas se suceden con los más diversos motivos: para conmemorar fechas patrióticas, recordar a los mártires de las luchas revolucionarias y enterrar a los que siguen cayendo, protestar contra los crímenes y atropellos de la fuerza pública, pedir la libertad de los detenidos y presos políticos. Se coloca un busto de Mella en la plazoleta de la calle San Lázaro y otro de Guiteras en la Escuela de Farmacia de la Universidad. Y todos estos actos constituyen viriles denuncias contra Batista y su régimen, las que generalmente son reprimidas por la policía con un saldo de muertos, heridos y presos.

Una oportunidad de excepcional importancia para las luchas estudiantiles y populares se presenta en enero de 1953, cuando se conmemora el centenario del nacimiento de José Martí. La prédica martiana contra la tiranía y el despotismo, así como todo su ideario radical, constituyen la más alta bandera que enarbolarán la juventud y todo el pueblo. Al acercarse la fecha, la FEU pone a la firma del pueblo un «Libro de Oro del Centenario

Martiano» y distribuye un folleto con pensamientos del Apóstol que constituyen poderosas armas político-ideológicas en la lucha contra la dictadura.

Mucha resonancia tuvo el Congreso Martiano por los Derechos de la Juventud, clausurado el 27 de enero, el que no sólo analizó y reclamó vitales demandas específicas de los jóvenes, sino también se pronunció enérgicamente contra el gobierno de facto y por el restablecimiento del orden constitucional. La trascendencia del evento se expresó en su gran amplitud, pues participaron en él cientos de delegados que representaban a los distintos sectores juveniles, de las más diversas corrientes ideológicas y militancias políticas.

Miembros de la FEU y demás asociaciones estudiantiles, de los partidos políticos opositoristas, de organizaciones obreras, campesinas y femeninas, de instituciones masónicas, religiosas y sociedades de recreo, etc., suscribieron un «Juramento Martiano de la Juventud», que los comprometía a entregarse totalmente a la conquista de los más hermosos sueños de José Martí y que terminaba con estas palabras: «¡Te juramos, Maestro, cumplir el legado histórico que nos dejaste y darlo todo —nuestra vida, si preciso fuera— por hacer de Cuba la patria independiente, libre, pacífica, progresista y feliz que tú quisiste!». Cientos de miles de jóvenes se adhirieron a este documento en todo el país.

En la noche del 27 de enero, partiendo de la escalinata universitaria, tomó las calles el histórico «Desfile de las Antorchas» en homenaje a Martí, con la participación de miles de jóvenes y pueblo en general. Entre los manifestantes se hallaban muchos de los revolucionarios que se aglutinaban en torno a Fidel Castro preparando la insurrección revolucionaria. Y al día siguiente, en horas de la tarde, un gigantesco desfile popular, organizado también por los estudiantes, cerró los actos conmemorativos del Centenario del Apóstol. Tanto en el desfile de las antorchas como en el del día 28, la multitud levantaba sin cesar consignas de lucha: «¡Fuera Batista!», «¡Abajo la dictadura!», «¡Viva Martí!», «¡Centenario con libertad!», «¡Unidad!».

Al conmemorarse el primer año del golpe de Estado, la FEU declaró el 10 de marzo «Día de luto nacional» y comenzó a transmitir música fúnebre por medio de grandes magnavoces colocados en la Universidad. Al mismo tiempo, el estudiantado expresó su activa solidaridad con todas las víctimas de la tiranía, como la que brindó a los integrantes del Movimiento Nacional Revolucionario, organización insurreccional dirigida por el profesor Rafael García Bárcena. Cuando es descubierto el plan de estos revolucionarios de asaltar el campamento militar de Columbia y los implicados resultan presos, los estudiantes se movilizan en su apoyo, por lo que son enviados a prisión muchos de ellos. La FEU convoca a una huelga estudiantil y acuerda apoderarse de 13 escuelas universitarias; se realizan manifestaciones, son apedreadas varias persecutoras, se riegan tachuelas en calles céntricas; los estudiantes de bachillerato toman el edificio del Instituto No. 1 de La Habana. El movimiento estudiantil se solidariza también con las luchas de los obreros campesinos, pequeños colonos y otros sectores populares.

En junio de 1953, la FEU enjuicia el Pacto de Montreal —acuerdo politiquero de oposición a Batista, ajeno a las masas, que no responde a las necesidades de Cuba—, y fija su posición: proclama la unidad de todos los factores de la oposición; apoya a los cubanos que se oponen a Batista con cualquier tipo de lucha; combate a todo el que le haga el juego electorero a Batista y hace suya la tesis insurreccional revolucionaria.

Esta posición vertical se mantendría a través de todo el proceso de luchas contra la tiranía de Batista.

El movimiento sindical unitario. La tiranía batistiana continuó la política de imponer y mantener por la fuerza direcciones oficiales en la CTC y en la mayor parte de las federaciones sindicales, de obligar a los obreros a afiliarse y pagar cuotas a las organizaciones mujalistas, así como de amenazar permanentemente con el despido a los trabajadores que mostraran su inconformidad con esa política. Y esto constituía un serio obstáculo a las luchas obreras.

No obstante, desde el mismo día del cuartelazo se produjeron manifestaciones proletarias de repudio a la tiranía, que fueron creciendo a partir de entonces.

La dirección del PSP realizó con éxito una labor de unidad de acción de los obreros de todos los sectores y militancias en defensa de sus intereses de clase y contra los proyectos económicos y sociales del gobierno.

Uno de los objetivos de Batista era el de aplicar las principales recomendaciones de la Misión Truslow en el sentido de crear condiciones favorables a los inversionistas extranjeros y a la oligarquía nativa. De ahí que tomara una serie de medidas que abara-

taban los costos de la producción y aumentaban la productividad del trabajo, como la mecanización de la producción de tabacos y fósforos, de las labores portuarias y del transporte de azúcar; la modernización de los ingenios y el desarrollo del transporte marítimo por medio de ferries y seatrains. Además, se facilitaban los trámites para despedir a los trabajadores, se retenía el dinero del diferencial azucarero, se dictaban rebajas de salarios, se restringían las zafras azucareras y se cerraban fábricas. Para facilitar la expansión del monopolio ganadero norteamericano «*King Ranch*», se ordenó el desalojo de cientos de familias campesinas.

Contra ese plan de la tiranía se produjeron las más diversas movilizaciones obreras: concentraciones, desfiles, mítines, huelgas, paros, «ciudades muertas», ocupación masiva de centros de trabajo y organismos, pasos de jicoteas (extrema lentitud en el trabajo), etc. A modo de ilustración, citaremos algunas de estas acciones. En septiembre de 1952, más de 1 000 textiles de Cárdenas realizan un movimiento y toman el Ministerio del Trabajo en protesta por la rebaja del 40% en los subsidios de los obreros excedentes; la población de la localidad los apoya y ellos ganan su demanda. En octubre del mismo año, más de 1 5000 escogedores de tabaco de Las Villas van a la huelga contra la rebaja de las tarifas salariales, se crea un fuerte frente único; Placetas, Cabaiguán, Zaza del medio y Taguasco se declaran «ciudades muertas». En diciembre, 450 obreros de la fábrica de chocolates y caramelos «La Estrella» paran sus labores y ocupan la fábrica, mientras los de «Ambrosía Industrial» realizan una huelga de brazos caídos. Los obreros de ómnibus de La Habana llevan a cabo un paso de jicotea. Los obreros de la fábrica de fósforos «Lux» toman este centro, que ha sido cerrado, e inician una huelga de hambre; la misma acción realizan los henequeneros de Matanzas. El 12 de octubre de 1952, los mujalistas convocan un desfile de apoyo a Batista frente al Palacio Presidencial; pero las masas obreras transforman el acto en una manifestación de repudio a Batista, a los gritos de «¡Libertad!», «¡Democracia!», «¡Constitución!».

Importantes fueron las manifestaciones de los obreros azucareros en los ingenios de Camagüey, Las Villas, Matanzas y otros lugares del país. Frecuentemente tuvieron la solidaridad de los portuarios, gastronómicos y ferroviarios, así como de los campesinos. El 20 de mayo de 1952, durante un acto en el central «Francisco» (hoy «Amancio Rodríguez»), el ejército asesina al adolescente Sergio Reina, la primera víctima a de la tiranía batistiana. También se distinguieron las luchas de los campesinos de Realengo 18, Yaguajay, Alquizar, Virama, Rancho Mundito y otras zonas por la reforma agraria y contra los desalojos. En Oriente se crea un Comité Pro Reforma Agraria; —lo integran cosecheros de tabaco y frutos menores, obreros portuarios, azucareros, constructores. La FEU se solidariza con ellos. La creación de comités como este se extiende a otras provincias.

El movimiento sindical unitario participa, junto a otros sectores de la población, en manifestaciones por la rebaja de alquileres, contra el envío de cubanos a la guerra de Corea, contra la carestía de la vida, por el pago de los jornales que se deben a los empleados de Obras Públicas, por el restablecimiento de la Constitución de 1940 y los derechos democráticos. Pese a estar prohibidos los desfiles del 11 de mayo, en esa fecha se realizan actos en el Stadium universitario y en todas las poblaciones del país, en los cuales se levantan las demandas obreras y populares, con el saldo de muchos obreros golpeados y presos.

Acciones como las mencionadas, que ascienden en número e importancia durante el período de la dictadura, mantendrían en jaque continuo a las fuerzas represivas y harían fracasar muchas veces la ofensiva antiobrera.

La táctica de Fidel Castro. Al producirse el golpe militar, Fidel comprendió de inmediato que Batista y sus acólitos apelarían a todos los recursos, por tortuosos y criminales que fueran, para mantenerse en el poder; que los políticos burgueses no harían una oposición consecuente a la dictadura; que estaban cerrados para el

pueblo todos los caminos legales y pacíficos, y que, por tanto, la única esperanza de abatir a la dictadura y establecer un régimen realmente democrático radicaba en la utilización de la violencia revolucionaria.

En los primeros meses, algunos grupos y personalidades políticas de los partidos burgueses comenzaron a conspirar, introdujeron lotes de armas, crearon organizaciones, reclutaron gente, e incluso realizaron algunos atentados personales y otros actos terroristas. Muchos ciudadanos honestos, desesperados por combatir a Batista, se enrolaban en esas organizaciones. Pero sus dirigentes, a pesar de que disponían de dinero y demás recursos, no estaban dispuestos a luchar de veras, y pasaba el tiempo sin que se materializara una lucha insurreccional seria.

Mientras tanto, Fidel, junto a varios compañeros de luchas anteriores y con un grupo de jóvenes que se le fueron uniendo después del golpe, se mantuvo algunos meses a la expectativa, dispuesto a colaborar con cualquier organización decidida a luchar por el derrocamiento de Batista. En mayo de 1952, estos jóvenes construyeron dos plantas de radio para ser utilizadas clandestinamente en la ciudad de La Habana. Pero al comprobar que los grupos insurreccionales burgueses sólo estaban jugando a la revolución, y como no acababa de cuajar un foco de rebeldía surgido en la Universidad de La Habana en torno al profesor Rafael García Bárcena, se decidieron a organizar un movimiento propio, verdaderamente revolucionario. Fidel estaba convencido de que existían las condiciones objetivas para una revolución: faltaba crear las necesarias condiciones subjetivas.

La experiencia de la Revolución de 1933 mostraba que la dirección de ese movimiento no podía estar en manos de los políticos burgueses, sino de un grupo de luchadores identificados en sus ideales, decididos a arrostrar todos los peligros y dificultades; que era imprescindible aglutinar alrededor de ese núcleo a todas las fuerzas interesadas en el derrocamiento de la tiranía, pero bajo una dirección única; y que la movilización de las masas —factor decisivo de una revolución genuina—, sólo podía conducir a la victoria si contaba con un destacamento armado capaz de vencer la acometida de las fuerzas reaccionarias.

Por eso la táctica de Fidel consistía en utilizar las más diversas formas de lucha, pero teniendo como fundamental la insurrección popular armada. Sus pasos se dirigieron a constituir un grupo inicial, prepararlo militarmente, obtener el armamento indispensable y tomar un cuartel importante, con vista a sublevar toda la región, llamar a la huelga general y dar tiempo a una movilización que elevara la lucha a un plano nacional. En caso de que estas acciones no produjeran la caída del régimen, se desarrollaría una guerra irregular en montañas y campos, similar a la que desplegaron los mambises cubanos del siglo XIX. Fidel resumía entonces su objetivo con esta frase: «Hace falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande».

El asalto al cuartel «Moncada». De acuerdo con esas ideas, se decidió asaltar el cuartel «Moncada», sede del regimiento «Antonio Maceo» en la ciudad de Santiago de Cuba, capital de la provincia oriental. Por su importancia, el «Moncada» era la segunda fortaleza militar del país, ocupada por unos mil hombres. Su lejanía de La Habana dificultaba el envío de ayuda al Ejército Oriental. Además, Santiago se hallaba situada en la costa sur, junto al mar, y rodeada de montañas, condiciones que facilitaban a los rebeldes la defensa de la ciudad cuando fuera tomada, y el rápido inicio de la lucha guerrillera si había que abandonarla.

A eso se unía un elemento histórico: en Oriente se habían iniciado las tres guerras independentistas en el siglo pasado, allí se produjeron insurrecciones populares en varios momentos del período republicano —incluso durante la Revolución de 1933—, sus montañas eran conocidas por la resistencia armada de los campesinos frente a los latifundistas, y su pueblo se caracterizó siempre por un espíritu de rebeldía, debido a lo cual ese territorio era llamado «el Oriente indómito».

Una vez dueños del «Moncada», los revolucionarios tomarían las estaciones de la Policía Nacional, la Policía Marítima y la Marina de Guerra, así como una radioemisora, a fin de darle a conocer al pueblo sus objetivos y llamarlo a incorporarse a la lucha. En la concepción de Fidel, la insurrección armada era inseparable de la movilización de las masas populares.

Para apoyar la acción del «Moncada» se decidió tomar simultáneamente el cuartel «Carlos Manuel de Céspedes», de Bayamo, ciudad situada en el centro de la provincia de Oriente y que constituía un importante nudo de comunicaciones terrestres. Esta acción comprendía la voladura de los puentes sobre el río Cauto, a fin de impedir o dificultar la llegada de refuerzos por tierra para las tropas de Santiago.

El plan se elaboró en absoluto secreto. Además de Fidel, solamente lo conocían dos compañeros de la dirección del movimiento y su responsable en Santiago de Cuba, Los demás sabían que se iba a realizar un combate decisivo, pero ignoraban cual era exactamente éste. La misma preocupación se tuvo al estructurar el movimiento: se hizo en forma celular y se observaban estrictamente las normas de seguridad que exigía su carácter clandestino, Tenía dos Comités de Dirección: uno militar, al mando de Fidel, y otro civil, dirigido por Abel Santamaría.

Además, se trataba de una organización selectiva. Por orientaciones de Fidel, sus miembros se reclutaron entre las clases y sectores humildes de la población: obreros, campesinos, empleados, profesionales modestos. Eran hombres y mujeres preferentemente jóvenes, ajenos a toda ambición, no infectados por el anticomunismo ni por las lacras y vicios de la política tradicional. A principios de 1953, el movimiento contaba aproximadamente con 1 200 miembros.

Las armas, los uniformes y los recursos necesarios para la lucha se obtuvieron sin recurrir a la ayuda de personas acaudaladas ni de políticos corrompidos. Su adquisición fue posible fundamentalmente por la voluntad y el sacrificio personal de los propios combatientes. Un joven vendió su empleo y aportó \$300.00 «para la causa»; otro liquidó los aparatos de su estudio fotográfico, con los que se ganaba la vida; otro más empeñó su sueldo de varios meses y fue preciso prohibirle que se deshiciera también de los muebles de su casa; éste vendió su laboratorio de productos farmacéuticos; aquél entregó sus ahorros de más de cinco años, y así se sucedieron los casos de abnegación y generosidad.

Con esos recursos se adquirieron 165 armas, principalmente fusiles calibre 22 y escopetas de caza. Se iniciaron los entrenamientos y prácticas de tiro que tuvieron lugar en la Universidad de La Habana, el Club de Cazadores del Cerro y distintos sitios en las provincias de La Habana y Pinar del Río. Se alquiló una pequeña finca de recreo (la granjita «Siboney»), situada en las afueras de Santiago de Cuba, con el supuesto fin de dedicarla a la cría de pollos. En ella se situaron las armas, los uniformes y los automóviles que se utilizarían en el ataque, y allí se concentrarían los combatientes en el momento oportuno .

Se escogió para la acción el 26 de julio por ser domingo de carnaval, fiesta a la que tradicionalmente asistían personas de diferentes puntos de la isla, por lo cual la presencia de jóvenes de otras provincias no causaría extrañeza.

La acción. En la madrugada de ese día, 135 combatientes, vestidos con uniformes del Ejército y dirigidos por Fidel, precisaban el plan de ataque. Se organizaron en tres grupos, el primero de los cuales, con Fidel al frente, atacaría la fortaleza. Los otros dos grupos, mandados respectivamente por Abel Santamaría —segundo jefe del movimiento— y Raúl Castro, tratarían de tomar dos importantes edificios contiguos al cuartel: el Hospital Civil, donde se atendería a los heridos, y el Palacio de Justicia, donde radicaba la Audiencia, desde cuya azotea apoyarían la acción principal.

Cuando todos estuvieron listos, se le dio lectura al «Manifiesto del Moncada», redactado por el joven poeta Raúl Gómez García bajo la orientación de Fidel. En él se caracteriza el ataque al Moncada como la continuación de la lucha histórica por la plena independencia y la libertad de la patria, se plasman los principios revolucionarios y los objetivos del movimiento, y se hace un llamado a la dignidad y la vergüenza del pueblo cubano. Gómez García leyó sus versos «Ya estamos en combate» y Fidel les dirigió esta brevísima exhortación:

«Compañeros: Podrán vencer dentro de unas horas o ser vencidos; pero de todas maneras, ¡óiganlo bien, compañeros!, de todas maneras el movimiento triunfará. Si vencemos mañana, se hará más pronto lo que aspiró Martí. Si ocurriera lo contrario, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba, a tomar la bandera y

seguir adelante. El pueblo nos respaldará en Oriente y en toda la isla. ¡Jóvenes del Centenario del Apóstol! Como en el 68 y en el 95, aquí en Oriente damos el primer grito de ¡LIBERTAD O MUERTE!

«Ya conocen ustedes los objetivos del plan. Sin duda alguna es peligroso y todo el que salga conmigo de aquí esta noche debe hacerlo por su absoluta voluntad. Aún están a tiempo para decidirse. De todos modos, algunos tendrán que quedarse por falta de armas. Los que estén determinados a ir, den un paso al frente. La consigna es no matar sino por última necesidad».

De los 135 revolucionarios, 131 dieron el paso al frente. Los cuatro arrepentidos recibieron la orden de regresar a sus puntos de origen, y poco después de las 4:00 de la madrugada, todos comenzaron a salir en los autos hacia Santiago. Los grupos dirigidos por Abel y Raúl cumplieron su objetivo: la toma del Hospital Civil y la Audiencia. El grupo principal, dirigido por Fidel, llegó según lo previsto hasta una de las postas, la No. 3, la desarmó y traspuso la garita. Pero una patrulla de recorrido que llegó inesperadamente, y un sargento que apareció de improviso por una calle lateral, provocaron un tiroteo prematuro que alertó a la tropa y permitió que se movilizara rápidamente el campamento. La sorpresa, factor decisivo del éxito, no se había logrado. La lucha se entabló fuera del cuartel y se prolongó en un combate de posiciones.

Los asaltantes se hallaban en total desventaja frente a un enemigo superior en armas y en hombres, atrincherado dentro de aquella fortaleza. Otro elemento adverso, también accidental, fue que los atacantes no pudieron contar con varios automóviles donde iban las mejores armas, pues sus ocupantes se extraviaron antes de llegar al «Moncada» en una ciudad que no conocían. Comprendiendo que continuar la lucha en esas condiciones era un suicidio colectivo, Fidel ordenó la retirada.

Al mismo tiempo que esto ocurría en Santiago, 28 revolucionarios asaltaban al cuartel de Bayamo, operación que también fracasó.

La orgía de sangre. Inmediatamente después de estos hechos, la dictadura desató la más brutal represión y escribió una de las páginas más sangrientas de la historia de Cuba. Batista decretó el estado de sitio en Santiago de Cuba y la suspensión de las garantías constitucionales en todo el territorio nacional; clausuró el periódico «Noticias de Hoy», órgano del Partido Socialista Popular, y aplicó la censura a la prensa y la radio de todo el país. Creaba así las condiciones para lanzar a los cuerpos represivos, con todo su salvajismo y sin riesgosa publicidad, contra la rebeldía popular. En relación con los asaltantes del «Moncada», ordenó que se asesinara a diez revolucionarios por cada soldado muerto en combate.

Excepto unos pocos combatientes que pudieron escapar ayudados por el pueblo, casi todos los demás fueron capturados y gran parte de ellos asesinados en los días sucesivos. Sólo seis asaltantes de los dos cuarteles habían perecido en la lucha; pero las fuerzas represivas del régimen asesinaron a 55, y a dos personas ajenas a los acontecimientos. Además, a diferencia del trato humano dado por los revolucionarios a los militares que cayeron en su poder, los asaltantes prisioneros fueron torturados salvajemente antes de ser ultimados, y después se les presentó como caídos en combate.

Más tarde, ante el tribunal que lo juzgaba, Fidel denunciaría en todo su dramatismo el horrendo crimen: «No se mató durante un minuto, una hora o un día entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azotea y los disparos no cesaron un instante como instrumento de exterminio manejados por artesanos perfectos del crimen. El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros».

En la mañana del 26 de julio, después de la retirada, Fidel regresó con un grupo de los asaltantes a la granjita Siboney, y seguido por 18 hombres subió a las montañas con el propósito de continuar la lucha. Durante una semana se mantuvieron en la parte más alta de una cordillera, sin agua ni alimentos, mientras el Ejército ocupaba la base. Distribuidos en pequeños grupos, algunos pudieron escapar filtrándose en las líneas del Ejército; otros fueron presentados por el Arzobispo de Santiago de Cuba. Fidel, junto a dos compañeros, totalmente extenuados, resultaron sorprendidos mientras dormían por una fuerza al mando del segundo teniente Pedro Manuel Sarría. Era el 11 de agosto de 1953.

Aunque ya la matanza de prisioneros había cesado ante la enérgica reacción del pueblo, algunos soldados pretendieron asesinar a los tres jóvenes en pleno campo. Pero el teniente Sarría, un militar íntegro, lo impidió al tiempo que decía a sus tropas: «Las ideas no se matan». Un poco más tarde, al encontrarse en el camino con el Jefe de Operaciones del cuartel «Moncada», comandante Andrés Pérez Chaumont, verdugo de muchos revolucionarios, este oficial exigió que se le entregaran los prisioneros, a lo que Sarría se negó rotundamente, salvando de nuevo la vida de Fidel y sus compañeros. Los llevó al vivac de Santiago de Cuba, donde corrían menos peligro, y no al cuartel «Moncada», como había indicado el coronel Alberto del Río Chaviano, Jefe del Regimiento No. 1 que radicaba en dicha fortaleza.

El juicio. En la Sala de la Audiencia de Santiago de Cuba, constituida en Tribunal de Urgencia, se siguió la Causa No. 37 de 1953 contra los revolucionarios presos, y el juicio comenzó el 21 de septiembre. Fueron acusadas también unas 60 personas no relacionadas con los hechos, entre ellas varios dirigentes de los partidos Ortodoxo, Auténtico y Socialista Popular. A todos éstos se les puso después en libertad.

La actitud de los moncadistas fue ejemplar. Pese a que se les condujo esposados, con una fuerte escolta, y a que un grupo de soldados en la sala les apuntaba con sus armas largas, sin que pudieran hablar ni siquiera con sus abogados defensores, los jóvenes reiteraron a lo largo del juicio su filiación revolucionaria y sus denuncias contra los crímenes de la tiranía. Finalmente resultaron condenados 32 participantes y absueltos 18, a los que no se les pudo probar su participación en los sucesos de Santiago y Bayamo. Las penas impuestas fluctuaron entre los 15 y 3 años de presidio, y las dos mujeres, Haydée Santamaría y Melba Hernández, fueron sancionadas a siete meses de arresto.

Un tratamiento particular se le dispensó a Fidel Castro. Desde su ingreso al vivac municipal el 11 de agosto, se le había encerrado en una celda solitaria, absolutamente incomunicado, violando las normas jurídicas e incumpliendo las instrucciones del Tribunal. Después, los militares intentaron infructuosamente asesinarlo por diversos medios.

En la primera sesión del juicio, el joven líder se vio obligado a asumir su propia defensa porque al letrado que lo defendía no se le permitió siquiera sostener las entrevistas indispensables para ejercer adecuadamente sus funciones. Pero las acusaciones de Fidel resultaban tan contundentes que al concluir la segunda sesión fue separado del resto de sus compañeros y juzgado aparte.

Al joven acusado se le negaron hasta los derechos más elementales para preparar su defensa. No se le permitió ver el sumario de la Causa que se le seguía, ni utilizar obras necesarias para su alegato, entre ellas las de José Martí. El juicio comenzó el 16 de octubre, a puertas cerradas, en una pequeña sala de la Escuela de Enfermeras del hospital «Saturnino Lora». Sólo se permitió la presencia de unas 20 personas. Su alegato de autodefensa, que lo convirtió de acusado en acusador, es uno de los documentos más conmovedores y trascendentales de la historia de Cuba.

Durante más de dos horas, vistiendo la toga vieja y desteñida que le dieron para su defensa, haciendo temblar a unos y asombrando a otros, Fidel Castro mostró con testimonios y argumentos irrefutables no sólo el carácter ilegal, inmoral, reaccionario y artero del cuartelazo del 10 de marzo, sino también la validez jurídica y moral de la violencia revolucionaria para enfrentarlo. Hizo la denuncia más vigorosa, precisa, valiente e irrefutable de los monstruosos crímenes y arbitrariedades de la tiranía. Patentizó que el asalto al «Moncada» y la insurrección popular que con él se iniciaba, daban continuidad a las luchas históricas de la nación cubana por su plena independencia y libertad, y se inspiraban en las nobles y radicales ideas de José Martí, a quien calificó como el autor intelectual del ataque al «Moncada». Fidel dio un concepto revolucionario de «pueblo», le asignó a éste el papel decisivo como sujeto de la historia y expresó su absoluta confianza en él, sobre todo en sus clases y sectores más humildes. El espíritu optimista y combativo del joven líder llevó a las masas la firme convicción de que el fracaso militar sufrido por los moncadistas no impediría el triunfo de la Revolución.

Pero quizás la mayor significación de este alegato radica en que, después de señalar el agravamiento de los grandes males que padecía desde sus inicios la república burgués-latifundista, trazó un programa de hondos

transformaciones nacionales en todos los terrenos (político, económico, social y cultural), alrededor del cual se aglutinaría la abrumadora mayoría del pueblo cubano. Era un programa democrático-popular avanzado, elaborado con criterio marxista, que reflejaba la máxima aspiración que podía plantearse dentro de las condiciones objetivas de aquel momento. Su carácter antimperialista estaba dado en el hecho de que las medidas planteadas en él sólo podían cumplirse rescatando para el pueblo las riquezas del país y rompiendo definitivamente las cadenas de la dependencia neocolonial. Era el programa correspondiente a la primera etapa de la Revolución Cubana.

Con este alegato de Fidel y el fallo de los jueces, que lo condenaron a 15 años de prisión, terminó el juicio, calificado por uno de los propios magistrados como el más trascendental de la historia republicana. La inmensa conmoción popular que produjeron estos hechos, la simpatía y solidaridad inmensa con los moncadistas, la entereza y la argumentación de los acusados y el magistral alegato de Fidel, convirtieron el revés militar del «Moncada» y el «Céspedes» en una importante victoria política.

Como ha sostenido Raúl Castro, uno de los principales héroes del ataque al «Moncada», el significado fundamental de las acciones del 26 de julio radica en que iniciaron un período de lucha armada que no terminó hasta la derrota de la tiranía; crearon una nueva dirección y una nueva organización revolucionaria que repudiaba el quietismo, el plattismo y el reformismo de los viejos partidos burgueses; destacaron a Fidel Castro como el dirigente y artífice de la guerra popular y de la acción política radical del pueblo de Cuba, y sirvieron de antecedente y experiencia para organizar la expedición del yate Granma y la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.

La escuela del presidio político. Por disposición del Tribunal, los 30 moncadistas hombres condenados debían cumplir sus sanciones en la fortaleza de La Cabaña, situada en la ciudad de La Habana; pero el Ministro de Gobernación dispuso que fueran llevados al llamado Presidio Modelo, en Isla de Pinos (actualmente Isla de la Juventud), alejado de la capital. Las dos mujeres fueron internadas en el Reclusorio Nacional de Mujeres de Guanajay, a unos 45 kilómetros de La Habana. Gran parte de los que escaparon a la cacería de la dictadura o que resultaron absueltos por no haberse probado su participación en los hechos, continuaron incorporados, de una u otra forma, a la lucha contra Batista.

Los jóvenes presos fueron sometidos a un régimen penitenciario de aislamiento, sin contacto con el resto del penal. Particularmente duro fue el tratamiento dado a Fidel Castro, quien en determinados momentos fue aislado totalmente —sin saber de sus compañeros, sin correspondencia, sin periódicos, sin radio y sin sol—, lo que concitó una protesta nacional.

A pesar de ello el período de presidio constituyó una formidable escuela para los moncadistas. Dedicaron ese tiempo a ampliar su cultura general y su caudal político-ideológico, a reorganizar el movimiento, impartir orientaciones a los revolucionarios que se hallaban en libertad y prepararse para la continuación de la lucha cuando fueran liberados. Las cartas escritas por Fidel desde la prisión constituyen un tesoro de educación política y revolucionaria.

Como un importante instrumento para la elevación de su nivel teórico, los moncadistas fundaron la Academia «Abel Santamaría», en la que se impartían clases de Historia, Geografía, Matemática, Economía Política, Filosofía, Inglés, Gramática, Oratoria y otras materias. Con mucho trabajo fueron formando una biblioteca que llegó a tener 600 libros, representativos de la cultura cubana y universal, entre ellos las obras de José Martí, así como algunas de Marx, Engels y Lenin.

Fue en la prisión donde Fidel recompuso por escrito, muy secretamente, su alegato ante el Tribunal, *La historia me absolverá*, y se las ingenió para enviarlo a sus compañeros en La Habana, quienes lo imprimieron y divulgaron por primera vez en 1954.

Represión y maniobras electoreras. Lucha popular. Mientras eso ocurría en el Presidio Modelo, la situación del país se hacía más grave. Continuamente los órganos represivos de la tiranía propinaban golpizas,

disolvían con violencia huelgas, manifestaciones y otros actos públicos, asaltaban y clausuraban periódicos y programas radiales, realizaban detenciones, torturas y crímenes. Se dispuso que los comunistas y sus simpatizantes fueran expulsados de su trabajo en oficinas y servicios públicos. Los dirigentes y militantes de las organizaciones revolucionarias y de masas, e incluso muchos políticos de la oposición burguesa, sufrían a diario atropellos de los cuerpos represivos. Estos no respetaban siquiera a la alta jerarquía católica: poco después del asalto al Moncada, allanaron el Arzobispado de La Habana e hirieron de un golpe en la cabeza al cardenal Arteaga.

Entre los asesinatos de mayor resonancia en estos meses se hallan los de Mario Aróstegui Recio, obrero ferroviario de Camagüey y militante de la Juventud Ortodoxa, y el de Mario Fortuny, exfuncionario de los gobiernos de Grau San Martín y Prío Socarrás y destacado dirigente de la Triple A, organización insurreccionalista fundada por el político del PRC Aureliano Sánchez Arango. Esta organización quedó desarticulada por la detención o el asesinato de algunos de sus miembros, la captura de armas y otros pertrechos de guerra que guardaban y la persecución desatada contra ellos. Sus principales dirigentes salieron del país.

Pero Batista no utilizaba la represión sólo para mantenerse en el poder, sino también para imponer al pueblo la política que demandaban la oligarquía nativa y las clases dominantes de EE.UU. Pensaba que por medio de la fuerza podía, entre otras cosas, restringir la producción de azúcar, tabaco, arroz y otros renglones; propiciar la entrada de productos norteamericanos a precios de *dumping* y crear condiciones favorables para las inversiones extranjeras: salarios bajos, derecho de las empresas al despido, aparato sindical manejable, intensificación abusiva del trabajo, renuncia al diferencial azucarero y a otras conquistas, exención de impuestos y concesión de créditos con cargo al erario público, etc.

Dentro de este marco se inscribía la construcción de un canal que uniera las aguas marítimas del norte de Cuba con las del sur, cortando la isla en dos. Este proyecto, aprobado en agosto de 1954, se llamó Canal Vía-Cuba, pero el pueblo lo bautizó como Canal Rompe-Cuba. A ambos lados de la vía se decidió crear una zona comercial y turística regida por leyes especiales, lo que iba a constituir un tremendo negocio para la empresa concesionaria. Dicha empresa, la Compañía del Canal del Atlántico al Mar Caribe de Cuba S.A., formada por capitalistas extranjeros y miembros de la camarilla batistiana, estaba autorizada para expropiar forzosamente y desalojar a los propietarios y arrendatarios de las zonas adyacentes al canal. La concesión se hacía por 99 años y en la obra se invertirían 500 millones de dólares.

La aplastante mayoría de la nación repudió este proyecto, no sólo por las funestas consecuencias ya señaladas, sino también por la amenaza de una más directa intervención yanqui que el mismo implicaba, a la luz de la experiencia del Canal de Panamá. Ante la magnitud del repudio, tras dos años de esfuerzos gigantescos, la dictadura se vio obligada a desistir de su propósito.

A la vez que trataba a la oposición intransigente con mano de hierro, Batista daba pasos para «legalizar» su status sin arriesgar el poder. Convocó a comicios parciales para noviembre de 1953, pero las reglas establecidas eran tan leoninas que el único partido de oposición que se inscribió fue el PRC (A) de Grau San Martín. Este rechazo de los propios burgueses, y sobre todo la situación anormal que se creó después de asalto al Moncada, obligó al gobierno a suspender las elecciones y convocarlas de nuevo para el 11 de noviembre de 1954. En esta ocasión, con vista a lograr la participación de numerosos partidos políticos, los comicios serían generales —incluirían todos los cargos ejecutivos y legislativos, tanto nacionales como provinciales y municipales—, y los requisitos para la inscripción de los partidos serían más flexibles.

A pesar de ello, la participación de la oposición burguesa se limitó al PRC (A) y a una fracción del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) capitaneada por el conocido latifundista y político Federico Fernández Casas. También se inscribieron cuatro partidos que apoyaban al gobierno, formando la Coalición Progresista Nacional: Acción Progresista, Liberal, Unión Radical y una fracción del Partido Demócrata. Se enfrentaban así dos candidatos presidenciales: Batista y Grau.

Las organizaciones revolucionarias y el pueblo todo comprendieron que las elecciones serían una farsa, y así lo denunciaron, desplegando una gran movilización contra ellas. A última hora Grau se retiró de la contienda y quedó el dictador como único candidato. La farsa se consumó y Batista ocupó de nuevo la primera magistratura de la nación, ahora con un aval legalista que no engañaba a nadie.

Poco después de las elecciones, en un gesto de evidente apoyo a la tiranía batistiana, hizo una visita amistosa a Cuba el Vicepresidente de Estados Unidos, Richard Nixon. Además del respaldo político, el país del norte contribuía en medida importante al fortalecimiento militar de Batista. Año y medio antes, poco después de los crímenes cometidos por la dictadura contra los asaltantes del «Moncada» y del «Carlos Manuel de Céspedes», el Presidente norteamericano, Dwight D. Eisenhower, había declarado que Cuba era uno de los ocho países de América Latina que habían recibido una considerable ayuda militar y que se les entregaría en los meses siguientes la cantidad de 140 millones de pesos.

Contrastando con este apoyo, y como respuesta al terror de la tiranía, a sus medidas antiobreras y antipopulares, a la farsa electoral, a la complicidad de varios sectores de la oposición burguesa y al apoyo de Washington a Batista, se multiplicaron las acciones combativas de las masas, sobre todo por parte de estudiantes, obreros, mujeres e intelectuales progresistas. La dirección de los estudiantes se radicaliza, al asumir la presidencia de la FEU el combativo líder José Antonio Echeverría en 1954. En el movimiento femenino se destaca por su combatividad el Frente Cívico de Mujeres Marianas. En Santiago de Cuba, los jóvenes revolucionarios Frank País y Pepito Tey crean la Acción Revolucionaria Oriental (ARO), que abarca un centenar de Jóvenes y cuya febril actividad mantiene en jaque a la dictadura. Poco después su radio de acción traspasa los límites de la provincia de Oriente y adopta el nombre de Acción Nacional Revolucionaria. En La Habana, otro grupo de jóvenes del Movimiento Nacionalista Revolucionario, fundado un año antes por el profesor universitario Rafael García Bárcena, prepara un plan de sabotajes y algunos de ellos sufren detención y cárcel.

El movimiento obrero revolucionario, el Partido Socialista Popular y la Juventud Socialista desempeñan un papel protagónico en las continuas movilizaciones populares de este período, encabezando en muchos sectores la acción de las masas. Marchan en ascenso las protestas, produciéndose importantes huelgas y paros, sobre todo en los sectores azucarero, ferroviario, tabacalero y del transporte.

En esa etapa (1953-1955) se producen en el contexto regional dos hechos que contribuyen al auge de las movilizaciones populares contra la tiranía de Batista y dan ocasión, a la vez, para que se expresen nuevamente los ideales latinoamericanistas del pueblo cubano. El primero de ellos fue la conspiración y posterior asedio armado de la oligarquía guatemalteca y la administración norteamericana contra el gobierno democrático de Jacobo Arbenz; y el segundo, la invasión de la zona norte de Costa Rica por las tropas del dictador nicaragüense Anastasio Somoza. En ambos casos, hijos de Cuba marcharon a esos países en acción solidaria. Además, la defensa de la democracia guatemalteca y de la soberanía costarricense, originan un poderoso movimiento popular en Cuba, que Batista no puede impedir, y se incrementa la lucha contra las tiranías que se implantan y contra las intervenciones yanquis que se producen tanto en los países hermanos como en Cuba.

La amnistía: resonante victoria popular. Fundación del Movimiento 26 de Julio. Uno de los puntos que promovió la mayor coincidencia de criterios y acciones en la lucha contra la tiranía, fue la demanda de amnistía para todos los presos políticos, particularmente para los moncadistas. Desde el mismo momento en que fueron sancionados, en 1953, comenzó la lucha por su libertad. Además, se desplegó la protesta contra los maltratos que sufrían en prisión, particularmente contra la incomunicación a que fue sometido Fidel Castro.

Como centro de esas actividades se creó un amplio Comité de Familiares de los Presos Políticos que asumió la campaña nacional en ese sentido y la mantuvo en un nivel siempre ascendente. Por su parte, dieron un aporte decisivo a esa reclamación la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), el Partido Socialista Popular

(PSP), la Juventud Socialista y el Frente Cívico de Mujeres Marianas, a los que se sumaron otras numerosas organizaciones políticas, sociales y de masas y gran parte de la prensa escrita y radial. La demanda se planteaba en todo momento y por todos los medios posibles, llegando a convertirse en un clamor nacional. Se recogieron decenas de miles de firmas en su apoyo. Incluso varias instituciones cívicas de carácter conservador suscribieron una «apelación pública» pidiendo la amnistía.

En junio de 1954, el régimen batistiano, con vista a mejorar su imagen ante las elecciones de noviembre, dicta una ley de amnistía; pero ésta no comprende a quienes cometieron actos violentos que provocaron víctimas entre la fuerza pública; es decir, excluye a los moncadistas. Ahora bien, celebradas las elecciones, Batista se siente fortalecido y, ante la abrumadora demanda popular, firma la ley de amnistía que le fue elevada por el Congreso, la cual, aunque restringida, incluye a los moncadistas. El 15 de mayo de 1955 salen en libertad Fidel Castro y demás presos por el asalto de los cuarteles de Santiago y Bayamo. Las fuerzas revolucionarias y el pueblo todo logran con ello la victoria más significativa desde el 10 de marzo de 1952.

El combativo saludo popular en Nueva Gerona, en Batabanó, en las estaciones ferroviarias desde este puerto hasta la capital y la impresionante recepción en la Terminal de Trenes, así como los cálidos mensajes de simpatía y aliento enviados por las organizaciones y sectores opositores más consecuentes (FEU, PSP, Mujeres Marianas, dirigentes del PPC y de la Juventud Ortodoxa, Madres de Mártires, etc.), reflejaban ya el claro respaldo de las masas a Fidel Castro y sus acciones y proyecciones revolucionarias. El mismo día 15, un comando de Acción Revolucionaria Oriental dirigido por Frank País saluda la libertad de los combatientes con un asalto al Club de Cazadores de Santiago de Cuba, mediante el cual capturan numerosas armas.

En una entrevista concedida a la prensa en el hotel Isla de Pinos, así como en su primer manifiesto al pueblo de Cuba, dado a conocer allí mismo, Fidel expresa su decisión de permanecer en Cuba para combatir al gobierno de Batista; rechaza las maniobras electoralistas de éste y de aquellos políticos que desde la oposición le hacen el juego; plantea que la única salida pacífica a la situación política cubana consistiría en la celebración de elecciones generales inmediatas sin Batista, e insiste en la disposición de él y sus compañeros de ofrecer hasta la vida en aras de la libertad de su patria.

En el mismo vapor en que salen de Isla de Pinos, y junto al nutrido grupo de compañeros que han ido a recibirlos, Fidel esboza las ideas que han elaborado en presidio para reorganizar el movimiento y continuar la lucha contra la tiranía. Allí acuerdan que la organización se llame Movimiento 26 de julio (M-26-7), atendiendo a la fecha de las heroicas acciones iniciales: los asaltos al cuartel «Moncada» y al «Carlos Manuel de Céspedes».

A partir de entonces, Fidel desplegaría una febril actividad dirigida a desenmascarar las mentiras de los voceros batistianos, denunciar los crímenes y atropellos del régimen y demostrar que Batista no cedería el poder pacíficamente. Visita algunas publicaciones y radioemisoras, agradeciéndoles las campañas libradas demandando la amnistía de los moncadistas; escribe algunos artículos para la revista Bohemia y para determinados periódicos, principalmente *La Calle*; hace declaraciones a la prensa y trata de intervenir en actos públicos y programas radiales.

En la noche del 12 de junio, reunido un grupo de revolucionarios bajo la dirección de Fidel en una casa capitalina, se integra la primera dirección nacional del Movimiento 26 de julio, compuesta por 11 miembros y 5 frentes de trabajo: de acción, de la juventud, de finanzas, de propaganda y obrero.

La intensa actividad de Fidel y las grandes simpatías que despierta en las masas, evidencian la orfandad política de la tiranía, la cual, sostenida únicamente por el terror e incapaz de resistir una lucha legal, comienza a cerrar todas las vías que el joven líder puede utilizar. Niega el permiso para un acto estudiantil el 20 de mayo e impide el acceso de Fidel a la Universidad; clausura noticieros y espacios políticos radiales; agrede a periodistas; asalta y clausura el periódico *La Calle* y refuerza el terror.

En la noche del 9 de junio fue asesinado el luchador auténtico Jorge Agostini, excombatiente de la guerra civil española, excomandante de la Marina de Guerra y exjefe de los Servicios Secretos de Palacio durante los gobiernos de Grau San Martín y Prío Socarrás. Este crimen provocó la protesta airada de numerosas

instituciones nacionales, la FEU, el PSP y otros partidos políticos, y fue denunciado vigorosamente por Fidel Castro en un artículo titulado: «Frente al terror y frente al crimen».

Las fuerzas represivas allanan domicilios de revolucionarios y detienen, golpean y torturan a varios de ellos, entre los que se hallan moncadistas. Son condenados algunos militares por conspiración para la rebelión dentro de las fuerzas armadas. Se crea el Buró de Represión de las Actividades Comunistas (BRAC). Se ordena el arresto de Raúl Castro, acusado falsamente de realizar un atentado terrorista, y se planea su asesinato, por lo que el joven revolucionario se ve obligado a asilarse en la Embajada de México y partir poco más tarde para ese país.

Vigilado continuamente, limitado en sus actividades, impedido de expresar libremente sus ideas y amenazados a cada paso él y sus compañeros por el terror imperante, Fidel abandona el país el 7 de julio de 1955 y se dirige también a México. Antes de salir de Cuba declara: «Cerradas al pueblo todas las puertas para la lucha cívica, no queda más solución que la del 68 y el 95». Y agrega: «Como martiano, pienso que ha llegado la hora de tomar derechos y no pedirlos (...) Residiré en un lugar del Caribe. De viajes como éste no se regresa, o se regresa con la tiranía descabezada a los pies».

El exilio organizador. Fidel se establece en la capital azteca, donde comienza a agrupar a los exiliados revolucionarios cubanos, establece contactos con amigos mexicanos y participa en varias actividades públicas. Inicia correspondencia con los compañeros que quedaron en Cuba, en la que imparte orientaciones para la organización del Movimiento en toda la isla y para mantener comunicación regular con ellos, analiza la situación cubana y traza la táctica de lucha que deben seguir.

Es preciso llegar al pueblo por todas las vías posibles, ya que él constituye la base en que se sustenta la acción revolucionaria. Y un mes después de su llegada a México, Fidel redacta el «Manifiesto No. 1 del 26 de Julio al pueblo de Cuba», que ve la luz el 8 de agosto. Es el primer documento oficial del Movimiento firmado por su líder máximo, y en él se explica el carácter de la organización, sus fines, su estructura y los principales métodos y formas de lucha. Se analiza la situación general del país (económica, política, social), y se expone en 15 puntos fundamentales el programa que la Revolución pondría en práctica al llegar al poder.

El manifiesto rechaza la componenda que teje la oposición burguesa. Y aunque admite tácticamente como salida la celebración de elecciones generales inmediatas *sin Batista*, plantea que, fuera de esa solución, la única alternativa posible es la insurrección armada. Un punto de suma importancia es que Fidel concibe esta lucha no sólo contra la dictadura, sino contra el régimen imperante en el país durante más de 50 años de dominio neocolonial. El M-26-7 patentiza su absoluta confianza en el pueblo de Cuba.

Desde México, Fidel mantiene aún vínculos con el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) y se esfuerza por que el mismo abandone el pacifismo, la palabrería inútil, la vacilación y la parálisis, y adopte la actitud resuelta que la situación de Cuba exige. En ese sentido, aprovecha el Congreso de Militantes Ortodoxos que reúne en La Habana el 16 de agosto a numerosos representantes de ese partido procedentes de todo el territorio nacional, y les envía un combativo mensaje, acogido con entusiasmo por la mayoría de los asistentes. Allí hay muchos jóvenes vinculados al 26 de Julio, quienes logran que dicho mensaje sea aprobado como documento oficial del Congreso. Fidel se mantiene también en contacto con otros compañeros radicados en la isla, a través de los cuales se informa continuamente sobre la situación del país y orienta la actividad del movimiento.

En el mes de septiembre se produce en México un encuentro histórico: el de Fidel Castro y Ernesto Guevara (Che). El joven médico argentino se había radicado en tierra azteca cuando tuvo que salir de Guatemala debido a las persecuciones desatadas por el régimen de Carlos Castillo Armas, impuesto por Estados Unidos. En este país había conocido al joven revolucionario cubano Antonio López (Ñico), asaltante del «Moncada», quien lo entusiasmó al hablarle de Fidel Castro y contarle impresionantes episodios de la lucha contra Batista. El encuentro de Fidel y el Che dio inicio a una entrañable amistad e identificó para siempre al gallardo combatiente internacionalista con la causa de la Revolución Cubana.

En los meses finales de 1955, Fidel realizó un fructífero recorrido por varias ciudades estadounidenses (Filadelfia, New York, Union City, Bridgeport, Miami, Tampa, Cayo Hueso). Junto a un valioso compañero, Juan Manuel Márquez, se propuso nuclear alrededor del Movimiento 26 de Julio a la numerosa emigración cubana de ese país, hasta ese momento dispersa, y sentar una base sólida para su apoyo a la lucha contra la tiranía.

El recorrido es totalmente exitoso. Fidel entusiasmó a las masas de emigrados en emocionantes concentraciones populares. En una de ellas —la de Palin Garden, Nueva York, el 30 de octubre—, hace una histórica promesa: «Puedo informarles con toda responsabilidad que en el año 1956 seremos libres o seremos mártires».

Al regresar a México el 10 de diciembre, Fidel deja detrás un movimiento unido y fuerte. Ya en tierra mexicana, da a conocer el «Manifiesto No.2 del 26 de julio al Pueblo de Cuba», fechado en Nassau el 10 de diciembre. Reitera los objetivos y tácticas del Movimiento, define el papel protagónico de las masas populares en el proceso revolucionario cubano, y llama al conjunto de emigrados a participar activamente en esa batalla decisiva.

Impetuoso ascenso de la lucha de masas. Al mismo tiempo que se reorganizaba el movimiento encabezado por Fidel Castro y se multiplicaban las acciones contra la tiranía y la componenda, se acentuaba el resquebrajamiento del aparato sindical oficial, se fortalecían notablemente los organismos de lucha de los obreros y éstos protagonizaban combates cada vez más importantes.

Desde que se inició la ofensiva gubernamental contra el movimiento obrero en 1947, se habían ido creando comités de lucha o comités de frente único para encauzar la acción de los trabajadores dentro de los sindicatos que tenían directivas impuestas por el gobierno o que estaban controlados de algún otro modo por los mujalistas. Esos comités, orientados por los comunistas y dirigidos por obreros unitarios de distintas militancias políticas, fueron extendiéndose después de instaurada la dictadura batistiana y encabezaron numerosas batallas en todo el país, pero con nombres diferentes y sin una estructura organizativa a nivel nacional.

A partir de 1953, y sobre todo en 1954, se inició un proceso de fortalecimiento de dichos organismos, los que se iban identificando con un nombre común a todos: Comités de Defensa de las Demandas y por la Democratización de la CTC (CDD). Ese proceso apuntaba a la creación de un organismo nacional que uniría a todos los comités de la isla.

No se trataba de sindicatos paralelos, sino de agrupaciones obreras que obligaran a las directivas sindicales amarillas (pro-patronales o pro-gubernamentales) a actuar en defensa de los intereses de la clase obrera.

Uno de los primeros conflictos en que se comprobó la eficiencia de los CDD, fue la gran huelga de los zapateros de Manzanillo en febrero de 1955 contra la rebaja de salarios y los despidos dispuestos por el gobierno. Reunidos la casi totalidad de los sindicatos y comités de defensa de las demandas en la región, acordaron crear un comité sindical municipal, bajo cuya dirección se desarrolló el movimiento huelguístico. Este se inició por los zapateros, pero luego se hizo general, paralizó todas las actividades laborales de Manzanillo y logró la solidaridad de los zapateros en otros lugares del país hasta derrotar los intentos patronal-gubernamentales. Al calor de la huelga, en varios municipios de Cuba los zapateros crearon comités de defensa de las demandas de carácter local, los que se fueron agrupando en comités provinciales y en un Comité Nacional.

Las acciones obreras fueron creciendo en los lugares donde se creaban los CDD, los que encabezaban con frecuencia las luchas obreras, y en ocasiones apoyaban a movimientos que surgían bajo la dirección de otros organismos. Ejemplos elocuentes de este ascenso combativo son tres importantes huelgas efectuadas en 1955: la del central «Estrella», en Camagüey; la de los bancarios de La Habana y la de los azucareros del país. En febrero, la empresa norteamericana propietaria del central «Estrella», la Vertientes Camagüey *Sugar Company*, despidió a 57 trabajadores. Ante la pasividad cómplice de la directiva mujalista del sindicato, se

unieron dos agrupaciones obreras opuestas a la medida: el comité de lucha, orientado por los comunistas, y un grupo dirigido por obreros del PRC (A). Convocaron a una asamblea sindical y se acordó paralizar las labores del central hasta que la empresa repusiera a los obreros desplazados. Alrededor de 500 trabajadores se escondieron en el monte y la guardia rural no encontró hombres para echar a andar el ingenio. Al cabo de 14 días, la compañía se vio obligada a negociar con el Comité, y los 57 desplazados fueron repuestos.

Entre julio y septiembre del mismo año se produjo un importante movimiento huelguístico de los trabajadores bancarios de La Habana, que rechazaban los intentos de la banca privada de prohibirles a la mayoría de ellos el derecho a sindicalizarse. Además, demandaban un aumento del 20% en sus salarios para hacer frente al continuo encarecimiento del costo de la vida.

La directiva del sindicato bancario, que estaba reconocida oficialmente, adoptó una actitud combativa. Los CDD apoyaron activamente la huelga, así como la FEU, otros sindicatos como el de los eléctricos y el de los telefónicos, el Partido Socialista Popular, gran parte de la prensa, organizaciones católicas, etc. Se produjeron paros de solidaridad en muchas fábricas y talleres.

Pero los dirigentes mujalistas de la CTC y de la Federación Bancaria condenaron el movimiento, destituyeron a la directiva rebelde del sindicato y crearon un organismo especial para intervenir organizaciones sindicales y deponer a aquellos dirigentes que no acataran las orientaciones del aparato mujalista. Además, esas organizaciones amarillas apoyaron las medidas tomadas por la empresa bancaria, que expulsó de sus puestos a un gran número de trabajadores, y respaldó igualmente a los cuerpos represivos que persiguieron a los huelguistas. Así, la traición, la amenaza y las represalias, unidas al terror, hicieron fracasar la huelga.

No obstante el fracaso, esta huelga tuvo una significación particular. En primer término, mostró el crecimiento de la unidad y combatividad de los trabajadores al abarcar a un sector que las clases dominantes consideraban básico para la estabilidad económica del país y cuyos trabajadores —en su mayoría «personal de confianza»— eran cuidadosamente seleccionados y se les concedía especiales ventajas en relación con otros sectores laborales. En segundo lugar, se puso de manifiesto la amplitud alcanzada por la solidaridad clasista del proletariado. Además, la huelga obligó al gobierno y a la camarilla mujalista a aplicar contra dirigentes y organizaciones reconocidas oficialmente por la CTC los mismos métodos de imposición y terror que utilizaban contra el movimiento obrero unitario bajo el pretexto de la lucha contra el comunismo.

Sin embargo, la acción más importante de esta etapa fue la huelga de los azucareros iniciada a fines de diciembre de 1955. Reclamaban los huelguistas el pago del diferencial azucarero, la restitución del 7,31% de los salarios, que se les había descontado en la zafra anterior, la reposición de los desplazados y otras demandas.

Durante varios años, a los obreros se les había escamoteado el pago del diferencial; pero ahora lo exigieron con tal fuerza que los dirigentes mujalistas de la CTC y de la Federación Nacional de Trabajadores Azucareros (FNTA) se vieron obligados a decretar una huelga de 48 horas por esa demanda. Previamente, esos dirigentes habían llegado a un acuerdo con Batista, de modo que tan pronto se inició la huelga, se promulgó un decreto que estipulaba el pago del 2,77% de los salarios por concepto de diferencial, en lugar del 7,5% que les correspondía.

La CTC y la FNTA dieron por terminado el movimiento y llamaron a los obreros al trabajo. Pero los CDD y las federaciones provinciales azucareras de Las Villas y Camagüey, rechazaron el decreto y decidieron continuar la huelga. Reunieron a los obreros industriales y agrícolas de los centrales en poblaciones cercanas a éstos; tomaron iglesias, ayuntamientos y otros edificios; pidieron la solidaridad de los demás sectores laborales (campesinos y pequeños colonos, comerciantes e industriales modestos, etc.). La población colaboraba con los huelguistas arrojando troncos, tachuelas, vidrios y otros obstáculos en calles, carreteras y vías férreas para interrumpir el tránsito, y concentrándose en parques y plazas. Se paralizó la vida económica de esas poblaciones, convirtiéndose las mismas en «ciudades muertas». Más de 15 dirigentes de la FEU se trasladaron a diferentes localidades del país a fin de participar ellos personalmente y movilizar también a los estudiantes de nivel secundario en favor de los obreros.

El gobierno trató de aplastar el movimiento mediante la represión, por lo que hubo cientos de detenidos, numerosos heridos y dos muertos. Pero las acciones obreras subían de tono, y a las demandas iniciales se sumaban consignas políticas como «¡Abajo Batista!» y «¡Abajo Mujal!». El 11 de enero de 1956, el gobierno emitió un nuevo decreto que ordenaba el pago de un diferencial ascendente al 4,2% de los jornales para los obreros industriales del azúcar y de un 3,63% para los agrícolas, sin mencionar ninguna de las otras demandas.

Los CDD no estuvieron de acuerdo con el decreto— que era sólo un triunfo parcial— y opinaron que debía continuarse la huelga porque había condiciones para una victoria completa. Pero los dirigentes azucareros de Las Villas y Camagüey, aunque también rechazaron la solución decretada, convencieron a los trabajadores para que regresaran al trabajo. Al normalizarse las labores, la CTC destituyó de sus cargos a los principales dirigentes sindicales de las dos provincias mencionadas debido al apoyo que prestaron a la huelga, al igual que había hecho meses antes con los dirigentes bancarios.

Este movimiento patentizó el alto nivel alcanzado por las luchas obreras y fue un claro ejemplo de cómo las acciones por demandas económicas y sociales podían transformarse en batallas políticas contra el gobierno.

En febrero de 1956, semanas después de finalizada la gran huelga azucarera, se reunieron clandestinamente en La Habana 100 delegados en representación de unos 500 organismos obreros de todo el país, y constituyeron el Comité Nacional por la Defensa de las Demandas Obreras y la Democratización de la CTC. Este organismo, integrado por 25 miembros de diversas tendencias, de todas las industrias y sectores del trabajo y de las regiones más importantes de la isla, actuaría como centro de dirección y coordinación del movimiento que se desarrollaba nacionalmente y desempeñaría un destacado papel en las luchas de los trabajadores y de todo el pueblo en los años siguientes.

La componenda. Ante el auge de la lucha popular, la oposición burguesa redobló sus esfuerzos por encontrar una salida negociada a la crisis política. Las gestiones particulares del Bloque de Prensa, del llamado Comité de Acción Democrática Independiente (CADI) y de otras instituciones, se centralizaron en la Sociedad de Amigos de la República (SAR). Nacida en 1948, esta asociación había tomado apreciable fuerza después del golpe batistiano. Estaba integrada por representantes de las llamadas «instituciones cívicas» (de carácter social, profesional, religioso, masónico, etc.) y por algunas personalidades que se autoproclamaban imparciales en las lides políticas.

Encabezaba la SAR el viejo abogado y diplomático Cosme de la Torriente, excoronel del Ejército Libertador, que gozaba de la confianza del gobierno norteamericano y de los principales círculos de la burguesía cubana. Poseía una vasta experiencia en las gestiones de conciliación política; ya desde 1933 se había distinguido en el proceso de mediación norteamericana ante la dictadura de Machado.

La SAR se limitaba a defender la marcha institucional del país por la vía de la «democracia representativa» y se oponía a la insurrección armada, el terrorismo y cualquier otra forma de violencia. Por esas razones, rechazó el golpe del 10 marzo de 1952. Trató de unir a los partidos de la oposición —siempre excluyendo a comunistas y Fidelistas—, en busca de un acuerdo con el dictador para la formación de un gobierno provisional que restableciera la Constitución de 1940 y convocara a elecciones generales a fin de que la nación regresara al orden institucional. Sin embargo, no fue consecuente con estas demandas. Era imprecisa en cuanto a la exigencia de garantías para que se respetara la voluntad popular y algunos de sus miembros cambiaban a menudo sus posiciones, llegando a aceptar incluso las propuestas gubernamentales de comicios parciales o de unas elecciones a constituyente presididas por Batista.

En el segundo semestre de 1955, ante el ímpetu y la radicalización del movimiento de masas y de la violencia revolucionaria, la SAR intensifica sus gestiones conciliadoras, tratando de impedir un estallido que ponga en peligro el sistema de dominación burguesa. Apoyan estas gestiones los auténticos de Grau San Martín y de Prío Socarrás, las dos facciones principales del Partido Ortodoxo, el Movimiento de la Nación, el Movimien-

lo de Liberación Radical, una facción del Partido Demócrata y otros grupos políticos de menor significación*.

El Movimiento 26 de Julio, el PSP, la FEU y demás organizaciones afines, sostenían que la dictadura no renunciaría al poder mediante conversaciones y condenaban cualquier acuerdo sin principios; pero al mismo tiempo, llamaban a las masas a participar en las actividades convocadas por la SAR y por los partidos opositoristas, no para apoyar los planteamientos que allí se hicieran, sino para demandar enérgicamente el enfrentamiento resuelto contra la tiranía.

Así ocurrió en varias ocasiones en actos celebrados en diferentes lugares del país. Elocuente ejemplo de esta exitosa táctica, fue el mitin del 19 de noviembre de 1955 en el Muelle de Luz, del puerto de La Habana. Convocado por la SAR con el fin de respaldar el «diálogo cívico», entre sus oradores estuvo el Presidente de la FEU, José Antonio Echeverría, quien se mostró partidario de una solución pacífica a la crisis cubana, pero denunció el empecinamiento continuista del gobierno y advirtió que una negativa a la demanda de elecciones generales inmediatas con plenas garantías democráticas conduciría a una insurrección popular como en 1868 y en 1933. La enorme multitud allí reunida —en gran parte estudiantes y partidarios del 26 de Julio y de los comunistas—, respondieron con gritos sostenidos de «¡Revolución, Revolución!», convirtiendo el acto en una poderosa manifestación contra la dictadura y la componenda.

Unas veces, Batista alienta el diálogo, pero otras, se muestra reacio a las conversaciones con la SAR. Niega reiteradamente a Cosme de la Torriente una entrevista que éste viene solicitando y expresa su disgusto por el contenido que las masas han logrado imprimir a los mítines opositoristas. Sin embargo, el 29 de diciembre, sobresaltado por la poderosa huelga azucarera y el ascenso de la rebeldía nacional, accede a recibir al Presidente de la SAR y parece dispuesto a hacer algunas concesiones. Pero el 10 de enero de 1956, al recibirlo por segunda vez, cree haberse librado ya de la tormenta azucarera y deja las negociaciones en manos de figuras de segundo orden. Se inicia el diálogo en la Casa Continental de la Cultura, pero ya no habrá más entrevistas entre Don Cosme y el dictador.

Dos meses después, el 10 de marzo, al conmemorar el cuarto aniversario del cuartelazo, Batista liquida las esperanzas de los conciliadores al rechazar terminantemente la realización de cualquier tipo de elecciones antes de 1958 y al reiterar que no abandonará el poder hasta entonces. El «diálogo cívico» había fracasado.

La fundación del Directorio Revolucionario, El ascenso de la efervescencia popular y de su nivel organizativo en 1955 tiene una importante expresión en el surgimiento del Directorio Revolucionario (DR). La FEU ha contemplado la necesidad de crear una organización que, dirigida por ella, reúna a los elementos más radicales del estudiantado para que éste se encuentre a la altura de la nueva etapa que comienza en la lucha contra la tiranía. Surge así, en los últimos meses de ese año, el Directorio Revolucionario, que retorna la experiencia del Directorio Estudiantil de 1930, adecuándola a la nueva situación.

En cierto sentido, la FEU es más amplia que el Directorio. Como organización de masas, abarca a todo el estudiantado universitario sin distinción de militancias ni posiciones políticas. En cambio, el DR sólo admite a aquellos estudiantes que tengan una expresa disposición revolucionaria. De otra parte, el DR es más abarcador que la FEU, pues acepta no sólo a estudiantes universitarios sino también a jóvenes de cualquier centro de enseñanza y de todos los sectores y clases sociales: trabajadores manuales e intelectuales, comerciantes e industriales, artesanos, etc.

El 24 de febrero de 1956, el Presidente de la FEU, José Antonio Echeverría, que es al mismo tiempo Secretario General del DR, pronuncia un discurso de particular relevancia en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, en el que proclama públicamente la constitución del Directorio. En sus palabras advierte la inutilidad de todo intento de solución pacífica a la crisis del país y señala que el único camino correcto es el de la insurrección armada. Sostiene que el pueblo es el protagonista de la lucha; que es imprescindible vertebrar los esfuerzos de todas las clases y sectores sociales, de todas las organizaciones, grupos y elementos revolucionarios, respetando las militancias, tácticas, posibilidades y métodos de cada uno de ellos.

El mismo 24 de febrero, el Directorio emite un «Manifiesto al pueblo de Cuba» en el que explica las razones de su creación y expone su programa, resumido en 25 puntos. Denuncia el carácter ultrarreaccionario, ilegítimo, criminal y despótico del gobierno batistiano; analiza la grave situación que vive Cuba en todos los órdenes; plantea la necesidad histórica de una revolución que transforme radicalmente la sociedad cubana, la libere del dominio del capital extranjero e implante un régimen basado en la libertad política, la independencia económica y la justicia social.

En lo adelante, el carácter radical del Directorio Revolucionario lo convertirá en la organización más representativa del estudiantado cubano como sector social en el campo de la lucha contra la tiranía. La heterogeneidad política de la FEU hará que ésta se subordine, de hecho, al Directorio.

La «conspiración de los puros». El fracaso de las gestiones conciliatorias de la SAR liquidó prácticamente las expectativas de una solución pacífica basada en elecciones generales libres y democráticas, y se reafirmó para muchos sectores del pueblo la inevitabilidad de la violencia revolucionaria.

Después del discurso de Batista el 10 de marzo de 1956, que mató las ilusiones pacifistas, se reanimó un plan conspirativo que venía gestándose con varios meses de anterioridad entre la oficialidad del ejército. Los conspiradores se proponían, principalmente, derrocar a Batista, restablecer la Constitución de 1940, formar un gobierno provisional de carácter civil presidido por una personalidad apolítica y realizar elecciones generales el 10 de octubre de ese año.

La conspiración implicó a decenas de oficiales de las diversas ramas, encabezados por el coronel Ramón Barquín, agregado militar de la Embajada de Cuba en Washington, y el comandante Enrique Borbonet. Entre los complotados se hallaba también el entonces primer teniente José Ramón Fernández, que tendría en lo adelante una destacada trayectoria revolucionaria. Los conspiradores no habían tenido responsabilidad en el golpe militar del 10 de marzo ni se involucraron en la política terrorista de la dictadura, por lo que ese complot se conoce popularmente como «la conspiración de los puros».

La acción debía realizarse el 4 de abril, pero se produjo una delación y el día anterior fueron detenidos los principales conspiradores. Sometidos a consejo de guerra sumarísimo, fueron condenados doce de ellos a penas que fluctuaban entre los cuatro y los seis años de prisión. El gobierno aprovechó la coyuntura para depurar el ejército, como resultado de lo cual unos cien oficiales fueron separados de sus filas, jubilados o trasladados de sus mandos.

La relevancia particular de esta conspiración consiste en que evidenció el resquebrajamiento que ya se producía en las altas esferas militares, desmintiendo la pregonada «unidad monolítica» de las fuerzas armadas en torno a Batista.

El ataque al cuartel «Goicuría». La situación en 1956. El 29 de abril de 1956 se produce un frustrado asalto al cuartel «Goicuría», en la ciudad de Matanzas. Dirigido por Reynold García, trabajador de filiación auténtica y larga trayectoria revolucionaria, exmiembro de la Triple A, el grupo de los atacantes estaba integrado en su mayoría por militares licenciados por Batista. Su propósito era tomar la fortaleza, apoderarse de las armas y entregárselas al pueblo para iniciar la insurrección.

Sin embargo, todo parece indicar que los mandos militares se hallaban informados del plan, ya que los revolucionarios fueron esperados y acibillados a balazos sin que tuvieran oportunidad de utilizar sus armas. Diez asaltantes murieron en la acción, entre ellos su jefe; otros fueron atrapados y asesinados; algunos pudieron asilarse en embajadas extranjeras y salir del país, y a los restantes se les juzgó y sancionó por los tribunales.

Proliferan en esos primeros meses del año los grupos insurreccionales. Muchas casas en que se guardan armas son descubiertas por la policía, con el saldo de numerosas detenciones y asesinatos. En mayo, el expresidente Prío es expulsado del país: se le acusa de estar involucrado en planes subversivos. El gobierno suspende las precarias garantías constitucionales; allana centros docentes de La Habana, Santiago de Cuba y

otras ciudades; clausura programas radiales e impone censura a la prensa; disuelve actos públicos y ordena a los cuerpos represivos el recrudecimiento del terror «para mantener el orden».

La creación del Directorio Revolucionario —que pone el énfasis en la lucha urbana— se traduce en una intensificación de las acciones estudiantiles (manifestaciones, mítines, paros), que suceden a diario en todo el país y que generalmente desembocan en choques, a veces sangrientos, con la policía. En la óptica del DR, estas acciones de masas prepararían al estudiantado para la lucha armada. Muchos líderes de la FEU y de otras organizaciones juveniles, así como dirigentes políticos de la oposición, sobre todo comunistas y ortodoxos, son detenidos con frecuencia, y crece la cifra de los asesinatos. El 15 de mayo es detenido, torturado y asesinado Rubén Aldama, joven negro y humilde, uno de los organizadores del aparato secreto del DR. Fue el primer mártir de esta organización.

No obstante esta ola de crímenes y atropellos, las clases dominantes de Estados Unidos reiteran su apoyo a la tiranía. A fines de marzo las autoridades de la Florida invitan al dictador a que visite ese estado, teniendo en cuenta «sus fieles servicios en favor de la democracia». Le dedican una jornada que nombran «El día de Batista» y le rinden otros honores.

Ante el sesgo que han tomado los acontecimientos, el Partido Socialista Popular adopta la llamada «línea de agosto», que desecha prácticamente la consigna de «elecciones generales inmediatas con plenas garantías para todos los partidos y grupos opositoristas», y eleva al primer plano la huelga general revolucionaria seguida de un levantamiento popular, táctica que había resultado exitosa contra la tiranía machadista en agosto de 1933.

Las fuerzas políticas se han polarizado.

Los preparativos en México. Mientras el clima político de la isla se caldea, el grupo de exiliados revolucionarios cubanos en México, bajo la dirección de Fidel, crece con el decursar de 1956 y despliega una febril actividad a fin de cumplir la promesa de volver a Cuba en ese año para ser «libres o mártires». Adquieren más de diez casas que les sirven de alojamiento y también de escuela para enriquecer sus conocimientos políticos y de cultura general.

Los modestos aportes de miles de hombres y mujeres del pueblo, que van recibiendo desde Cuba, les permiten impulsar los preparativos a partir de febrero: instalan el primer campamento, compran las primeras armas y comienza la preparación militar. Arriendan el rancho Santa Rosa, a cuarenta kilómetros de la ciudad de México, que constituye un buen campo de entrenamiento y un lugar adecuado para resguardar las armas. Además, el rancho se halla entre llanos y montañas, topografía similar a la de los campos donde van a pelear en Cuba. El jefe del campamento será Ernesto Che Guevara.

A las recaudaciones procedentes de Cuba se van sumando las de los clubes patrióticos del exilio y se cuenta con la ayuda fraternal de varios amigos mexicanos. A iniciativa de una prominente personalidad auténtica de conducta honesta, Carlos Maristany, se entrevistan Fidel Castro y el expresidente Prío Socarrás, quien contribuye a los preparativos de la expedición con una suma inicial de 20 000 dólares. Se amplía considerablemente el número de armas —compradas en varias ciudades de México y Estados Unidos—, se adquieren uniformes, botas y utensilios de campaña. También se gestiona la compra en Delaware, EE.UU., de una lancha PT (Patrol Torpedo Boat), apropiada para trasladar a Cuba el contingente expedicionario; pero no se obtiene el permiso de salida de la embarcación y se pierden los 8 000 dólares invertidos. Tres meses más tarde, en septiembre, Fidel descubrirá en un pequeño pueblo de las márgenes del río Tuxpan, un viejo yate de recreo que está en venta: el «Granma». Lo adquiere y manda a reparar. Pronto surcará los mares hacia Cuba.

El grupo de exiliados se ha organizado militarmente desde el comienzo dentro de un orden y una disciplina estricta. Cumplen un riguroso régimen de entrenamiento que incluye largas marchas por la ciudad y montañas cercanas, prácticas de tiro y defensa personal. En la preparación militar, principalmente en los estudios de táctica guerrillera, es muy valioso el asesoramiento del coronel Alberto Bayo, excombatiente republicano en la guerra del pueblo español contra el fascismo.

Pero la misión no resulta fácil, hay que ir venciendo dificultades y contratiempos, muchos de ellos graves. A la escasez de recursos y el fracaso de algunas gestiones, se suman una fuerte ofensiva policíaca a partir de junio, así como una traición y dos deserciones. Se despliega una campaña hostil patrocinada por la embajada cubana en México, en tanto que algunas autoridades de este país actúan, mediante soborno, en connivencia con agentes del Servicio de Inteligencia Militar de la tiranía y diplomáticos cubanos.

Como resultado de esa confabulación, la policía detiene a numerosos exiliados entre junio y noviembre, incluyendo al propio Fidel, así como a Ramiro Valdés, Juan Almeida, Che Guevara, Ciro Redondo, Julito Díaz, Universo Sánchez, Calixto García, María Antonia González, Alfonso Guillén Zelaya y otros mexicanos, el hijo del coronel Bayo y muchos más. Algunos de ellos son torturados por agentes del Servicio Secreto. La policía allana varias casas y el rancho Santa Rosa y ocupa las armas que encuentra. Se planea incluso el asesinato de Fidel.

En Cuba se produce una movilización popular por la libertad de Fidel y sus compañeros. Se realizan actos frente a la embajada de México en La Habana, en otros lugares de la capital y en varias ciudades. Sectores populares de México se solidarizan con los detenidos: interviene en favor de éstos el general Lázaro Cárdenas, expresidente de México y personalidad de gran prestigio e influencia, y van saliendo en libertad. Fidel ha estado preso 34 días.

Estos contratiempos significan la pérdida de un tiempo precioso, de valiosos recursos, de inmensos sacrificios. Pero una vez más se pone a prueba la voluntad, la fe inquebrantable y la capacidad sin límites de Fidel. Los revolucionarios buscan nuevas casas y campamentos (en Veracruz, Boca del Río, Jalapa, Abasolo), consiguen más armas y recursos, y extreman las precauciones.

Durante todo el año 1956, hasta noviembre, a la vez que dirige los preparativos en tierra azteca, Fidel atiende la labor de los exiliados cubanos en otros países, visita a Costa Rica y está al tanto de la situación dentro de la Isla. Aparte de la correspondencia que sostiene con dirigentes del M-26-7 y de los emisarios que van y vienen entre Cuba y México, es impresionante la labor política e ideológica que despliega por medio de entrevistas y artículos, escritos principalmente para la prensa cubana. La mayor parte de éstos son publicados, no siempre íntegros, por la popular revista Bohemia.

En esos trabajos el líder cubano fija con meridiana claridad la posición del 26 de Julio contra la componenda; denuncia los rejuegos politiqueros de los partidos burgueses en interés de cargos y prebendas; explica los objetivos, las tácticas y el programa del Movimiento; da respuesta a las campañas de calumnias que lanzan contra él y sus compañeros las autoridades batistianas, sus funcionarios y voceros; desentraña los orígenes y tortuosidades de un complot que Rafael Leónidas Trujillo, el dictador dominicano, fragua contra Cuba, y reitera su decisión irrevocable de iniciar la insurrección popular armada en ese mismo año.

Gran importancia político-ideológica tiene su respuesta a las acusaciones que dirigentes del Partido Ortodoxo le hacen al Movimiento 26 de Julio, ya que en dicha réplica analiza certeramente el contenido de clase de ese partido, condena su pasividad ante los desmanes de la dictadura y marca un medular deslinde entre las dos organizaciones, sellando su separación definitiva del PPC (0).

Sin embargo, a la vez que dirige su lenguaje cáustico contra quienes sustentan a la tiranía y contra los que son, de hecho, sus cómplices, Fidel aboga por la más amplia unidad de todos los que aspiran de veras al derrocamiento del régimen batistiano, aunque no coincidan totalmente sus tácticas de lucha.

Dentro de ese marco unitario tuvieron lugar en México las ya mencionadas conversaciones entre Fidel Castro y Prío Socarrás, como las que sostendría más tarde con representantes de organizaciones revolucionarias afines al Movimiento 26 de Julio: el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular.

Encuentros con Frank País. A fin de analizar la marcha de las labores revolucionarias y la preparación de condiciones que garanticen la llegada exitosa de la expedición a la isla y el inicio de la insurrección armada, Fidel recibe dos veces en la capital azteca a Frank País, dirigente del Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba. Allí se encuentran por primera vez el máximo líder de la revolución y el joven maestro que, sin

cumplir aún los 22 años, se ha convertido en uno de los cuadros más inteligentes, audaces, valientes y abnegados del 26 de Julio en Cuba. Bastan esos breves encuentros para que Fidel adquiriera confianza absoluta en las cualidades morales e ideológicas, así como en la capacidad organizativa y movilizativa de este joven revolucionario, y para que nazca entre ellos la más hermosa y conmovedora amistad.

La Carta de México. También dos veces se entrevistó con Fidel en México, a nombre del Directorio Revolucionario, el líder estudiantil José Antonio Echeverría, a fin de coordinar las acciones contra la dictadura. El Directorio tenía como táctica fundamental la lucha en las ciudades, particularmente en La Habana. Apelaba sistemáticamente a los atentados personales y consideraba decisiva la eliminación física de Batista. Fidel, en cambio, veía como elemento decisivo la lucha armada en las montañas, apoyada por la lucha de las masas en todo el país.

Al reunirse en México, ambos líderes pusieron el acento no en las diferencias, sino en la colaboración, en la unidad de los esfuerzos para golpear a la tiranía en todas direcciones, según los planes específicos de cada organización.

Los acuerdos de la reunión quedaron plasmados en la llamada «Carta de México», suscrita por los dos dirigentes. En ese documento, los firmantes rechazan la convocatoria a elecciones parciales en Cuba y entienden que la SAR y los partidos políticos que la apoyan no deben seguir implorando soluciones amigables que sólo han merecido la negativa, el rechazo y el desprecio del gobierno. Consideran propicias las condiciones sociales y políticas, así como suficientemente avanzados los preparativos bélicos para desencadenar en 1956 la lucha insurreccional, secundada por una huelga general en todo el país.

El documento dedica gran espacio a tratar sobre la conspiración fraguada en Cuba por el sátrapa dominicano Rafael Leónidas Trujillo con la participación de una pandilla de pistoleros cubanos y la complicidad de un grupo de oficiales batistianos, cuyos nombres, cita. Denuncia la cobardía de Batista y su traición a la patria, y lo emplaza a que entregue armas a la FEU y al 26 de Julio para ajustarle cuentas a Trujillo.

Los máximos líderes del «26» y el Directorio abogan por la conjunción de todas las fuerzas revolucionarias, morales y cívicas del país, y garantizan que la revolución llegará al poder sin compromisos que le impidan realizar un programa de justicia social, libertad y democracia.

En las conversaciones sostenidas se acordó que, para apoyar el desembarco del contingente dirigido por Fidel, el Directorio crearía previamente un estado de agitación popular en la isla y desarrollaría una insurrección armada en las ciudades, o por lo menos en la capital, todo ello en coordinación con el 26 de Julio.

Contactos del Partido Socialista Popular con Fidel. También el Partido Socialista Popular (PSP), abanderado de la unión revolucionaria, daba pasos para estrechar sus relaciones con el 26 de Julio, dentro y fuera de Cuba, en busca de la unidad de acción. Osvaldo Sánchez y otros cuadros del Partido habían conversado con varios moncadistas en Ciudad México; pero el paso más importante en el desarrollo de esas relaciones antes de iniciarse la insurrección, fue la entrevista que, en noviembre de 1956, sostuvieron en esa ciudad Fidel Castro y Flavio Bravo. Este iba enviado por la Mesa Ejecutiva Nacional del PSP.

El fraternal intercambio corroboró la identidad de los objetivos estratégicos de ambas organizaciones; pero confirmó también la incompreensión del Partido en cuanto al carácter de la insurrección que se preparaba. No veía su profunda vinculación con el pueblo, ni el papel que la guerra desempeñaría en la movilización de las masas. De ahí la insistencia del Partido en coordinar el desembarco con acciones masivas dentro de la isla.

El PSP consideraba, y así lo expresó Flavio Bravo, que la situación interna de Cuba era desfavorable a una acción militar antes del 31 de diciembre. La economía había tenido un alza transitoria, motivada por la zafra de 1956, pero las perspectivas eran de franca declinación. Atendiendo a esta perspectiva, si se hacía coincidir el desembarco de los expedicionarios con una poderosa huelga azucarera, se garantizaría plenamente el éxito de la operación. Pero la huelga sólo podía ser efectiva después de comenzada la zafra, en enero, y por ello el

Partido recomendaba —como ya lo había planteado antes Frank País— retrasar por 30 o 40 días la salida de la expedición.

Fidel contestó que él comprendía los argumentos del Partido, que éstos eran sólidos; pero que no le quedaba otra alternativa que iniciar la lucha en Cuba en la fecha anunciada, tal y como lo había prometido al pueblo. Explicó que en esos momentos él y sus compañeros se hallaban sometidos en México a una intensa persecución, que los estaban deteniendo y habían ocupado algunas casas con armas, y que, en caso de aplazar la operación, se exponían a perderlo todo, hombres y armas. Expresó la esperanza de que, cuando llegaran a costas cubanas, se producirían numerosos levantamientos en todo el país, y pidió al Partido su cooperación, pese a que faltaba muy poco tiempo para la salida.

Flavio le aseguró que, si las acciones militares respondían a la línea de masas, el Partido no se cruzaría de brazos.

* (de la pág. 171) El Movimiento de la Nación fue un partido político fundado en 1955 por un grupo de personalidades de distintos sectores, que encabezaban Jorge Mañach, dirigente ortodoxo, y José Pardo Liada, periodista que en un tiempo gozó de gran popularidad. El Movimiento de Liberación Radical fue creado también en 1955 por un grupo de intelectuales católicos.

XVI

Lucha contra la tiranía de Batista.

La insurrección revolucionaria.

El «Granma»: proa hacia la patria libre. Al entrar octubre y aproximarse la fecha de la partida, y teniendo en cuenta el serio atraso ocasionado por las detenciones, la captura de armas y la pérdida de los campos de entrenamiento, era preciso acelerar la preparación de los hombres. Se consigue un nuevo campamento —el rancho María de los Angeles, cerca de Abasolo, en Tamaulipas—, y nuevos grupos llegan para entrenarse. Entre las más recientes incorporaciones hay un trabajador humilde, alegre, audaz y disciplinado, no enviado por el Movimiento, uno más entre tantos hombres nobles y generosos, que se convertirá muy pronto en un guerrillero legendario: Camilo Cienfuegos.

El entrenamiento dura hasta el 21 de noviembre, fecha en que reciben la orden de abandonar rápidamente el lugar. Dos de los hombres han desaparecido, y si delatan los planes revolucionarios a las autoridades, la expedición puede considerarse perdida. Se trasladan a otros puntos, y en la noche del 24 llegan todos los expedicionarios al puerto de Tuxpan, junto al río del mismo nombre. Alrededor de la 1:30, el yate parte silencioso, llevando con su carga de 82 hombres la esperanza de libertad para el pueblo cubano. Es la madrugada del 25 de noviembre de 1956.

La insurrección del 30 de noviembre. En Cuba, mientras tanto, las fuerzas revolucionarias tratan de cumplir los compromisos contraídos para favorecer el desembarco. El Directorio no puede desencadenar la insurrección armada urbana, pero ejecuta varias acciones de gran resonancia. En la noche del 27 al 28 de octubre, un comando de esa organización realiza un atentado en el cabaret Montmartre, de La Habana, donde es ajusticiado el coronel Antonio Blanco Rico, Jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM).

En represalia, fuerzas policíacas penetran violenta e ilegalmente horas después en la Embajada de Haití y asesinan a diez jóvenes del Directorio Revolucionario refugiados allí. Uno de ellos, antes de caer, dispara su

revólver contra el brigadier Rafael Salas Cañizares, Jefe de la Policía Nacional, y logra herirlo mortalmente. El aparato represivo de la tiranía pierde así, en estas últimas acciones, a dos de sus más repulsivos gendarmes.

El 27 de noviembre, al conmemorarse un nuevo aniversario del fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina ocurrido 85 años atrás, los cuerpos represivos tratan de disolver violentamente las manifestaciones estudiantiles que se realizan en La Habana, Santiago de Cuba y otras ciudades, resultando numerosos lesionados, entre ellos varios policías heridos a pedradas. Las universidades de La Habana y Santiago de Cuba cierran sus puertas bajo la consigna estudiantil de «No habrá clases con Batista». Sólo reiniciarán sus actividades docentes después de la derrota de la tiranía.

El Partido Socialista Popular se dispuso a prestar ayuda a los expedicionarios cuando desembarcaran. El Comité Provincial de Oriente comunicó al Comité Municipal de Manzanillo que les ofreciera todo el apoyo posible, incluso que se les facilitaran los guías que había preparado el Partido desde que pasó a la clandestinidad. Hubo contactos con el Movimiento 26 de Julio en Santiago y en otros lugares de la provincia; los Comités de Defensa de las Demandas lanzaron un llamamiento a la huelga general, y los militantes del Partido y de la Juventud Socialista participaron en paros, sabotajes y otras acciones junto a los miembros del 26 de Julio y los estudiantes.

Sin embargo, como era lógico, el centro de toda la actividad de apoyo a los expedicionarios fue el M-26-7. Con bastante anticipación, el Movimiento había empezado a preparar, en una vasta zona de la provincia oriental, las condiciones necesarias en armas, hombres, abastecimientos, comunicaciones, etc. Frank País encomendó esa tarea a Celia Sánchez, una compañera intrépida, abnegada y capaz, principal responsable del Movimiento en esa región. Esa ayuda no pudo prestarse en el momento del desembarco porque el «Granma» llegó, como se verá poco más tarde, por un lugar que no era el previsto; pero el aparato creado cumplió decisivas funciones.

También se preparaban los combatientes de Santiago de Cuba y de otras ciudades para apoyar a los expedicionarios con un levantamiento popular que coincidiera con el desembarco. Con conocimiento de la salida del «Granma» el 25 de noviembre, se calculó su llegada para el día 30. Y hacia esa fecha se dirigió el grueso de las acciones. El Movimiento acuartela sus fuerzas en todo el país. El día 29 van a la huelga los trabajadores del transporte en Santiago. En la madrugada del 30, los combatientes toman las calles santiagueras, estrenando el uniforme verde olivo y los brazaletes del 26 de Julio. Atacan la fragata «Siboney» e incendian la jefatura de la Policía Nacional. Toman la estación de la Policía Marítima, los planteles de enseñanza media, los hoteles, la catedral y otros edificios. La huelga es general en toda la ciudad. Más de sesenta presos se escapan de la cárcel de Boniato y muchos de ellos se incorporan a la lucha.

Durante varias horas, la ciudad está prácticamente en manos de los revolucionarios, quienes gozan del apoyo y la simpatía de la población. No obstante, en horas del mediodía, cuando las fuerzas de la tiranía han recibido refuerzos y se multiplica su superioridad en hombres y en armas, y sin que se haya producido el desembarco del Granma como se esperaba, los revolucionarios se ven obligados a replegarse, operación en la que también son protegidos y ayudados por el pueblo. Aún quedan, sin embargo, francotiradores que hostilizan a las fuerzas enemigas en distintos puntos de la ciudad, los que se mantienen hasta el 2 de diciembre. En las acciones del 30 de noviembre, los revolucionarios sufrieron decenas de heridos y diez muertos, entre éstos José Tey (Pepito), Tony Alomá y Otto Parellada, compañeros muy queridos por la población santiaguera. También sumaron cientos los detenidos en los días posteriores, tanto en Santiago como en otras localidades del país.

También el 30 de noviembre se produjeron importantes acciones en Guantánamo, Contramaestre, Holguín, Puerto Padre, Palma Soriano y otros lugares de Oriente, donde se realizaron paros obreros, asalto de polvorines, toma de puestos militares, quema de cañaverales y otros sabotajes. Uno de los grupos que se alzaron ese día, el de Sierra Canasta, se mantuvo sobre las armas hasta incorporarse más tarde al Ejército Rebelde. Se destacaron igualmente las acciones llevadas a efecto en varias ciudades de las demás provincias.

La sublevación popular del 30 de noviembre, aunque no pudo cumplir el objetivo propuesto de apoyar el desembarco del «Granma» debido al atraso que éste sufrió, tiene una gran significación: por primera vez el régimen sangriento de Batista se vio atacado desde varios lugares a la vez, y esos ataques marcaron el inicio de la guerra revolucionaria, cuyo glorioso antecedente inmediato había sido el asalto al cuartel «Moncada».

La promesa cumplida. El bautismo de fuego. Cuando se produce el levantamiento del 30 de noviembre, el Granma se encuentra todavía, contra todos los cálculos, lejos de las costas orientales de Cuba. Han determinado el atraso varios factores: el mal tiempo que debieron vencer desde que salieron de Tuxpan al Golfo, el exceso de carga en relación con la capacidad de la nave, la rotura de un motor durante dos días etc., todo lo cual condujo a que la velocidad de crucero de la nave fuera bastante inferior a la que se esperaba. Realmente, el Granma era inapropiado, pues se le diseñó para cargar unas pocas personas y en esta travesía transportaba 82 hombres con sus armas, mochilas y otros implementos necesarios.

La demora provocó escasez de víveres, de petróleo y de agua potable, lo que, unido a otras dificultades que fue preciso sortear, hicieron angustiosa la travesía. Hubo que burlar primero la vigilancia de la Marina y los guardacostas mexicanos, y después la intensa búsqueda del yate expedicionario por la Marina de Guerra y los aviones de la tiranía batistiana. Uno de los aviadores, comunista infiltrado en las fuerzas armadas de Batista, informó a la dirección de su partido haber detectado el Granma, hallazgo que no reportó, desde luego, a los mandos militares. Finalmente, hubo que afrontar la furia de un mar embravecido al acercarse a tierras cubanas, el hundimiento de un bote auxiliar por sobrecarga, y al no desembarcar en el lugar previsto, enfrentar una costa de tupidos manglares, con arbustos de agudas espinas y hojas filosas, a lo que se sumaba una plaga de mosquitos y jejenes implacables. Ya el alba comenzaba a clarear, con lo que aumentaba el peligro de ser descubiertos por el enemigo, cuando se inició el desembarco. Eran aproximadamente las seis de la mañana del 2 de diciembre de 1956. Los expedicionarios se hallaban en Las Coloradas, municipio de Niquero, costa sudoccidental de Oriente.

Al salir del manglar y pisar tierra firme, después de dos horas de penoso andar, el estado físico de la tropa era calamitoso; fatiga agobiadora y muchos lesionados; uniformes y botas seriamente dañados; parte de las armas y del parque mojados, y muchos pertrechos perdidos. Pero una vez más, la moral revolucionaria se imponía a la adversidad. La promesa de Fidel estaba cumplida: los heroicos luchadores regresaban a Cuba, dispuestos a ser libres o mártires.

La persecución contra los combatientes rebeldes no se hizo esperar. Una hora después del desembarco, ya el ejército batistiano tenía conocimiento de los hechos. Poco después la Marina de Guerra y la aviación bombardeaban la zona de Las Coloradas, mientras se suspendían las ficticias garantías constitucionales en cuatro provincias (excepto en La Habana y Matanzas), se declaraba «situación de operaciones» en una amplia región del sudoeste oriental y se enviaban cuantiosos recursos militares a esa zona. Se estableció un amplio cerco alrededor de ella, a fin de eliminar al contingente rebelde. El gobierno ordenó matar a Fidel Castro cuando se le capturara, y al mismo tiempo anunció públicamente que el líder guerrillero había muerto, con el propósito de confundir al pueblo y desalentar a los luchadores revolucionarios. Prometió engañosamente el perdón a los que desistieran de la lucha y se entregaran a las autoridades.

Los revolucionarios avanzan trabajosamente en dirección a las montañas, tratando de llegar a ellas lo más pronto posible. El día 5 acampan en un lugar conocido como Alegría de Pío, zona cañera cercana a la costa, donde son sorprendidos por fuerzas enemigas de tierra y aire, sufren las primeras dos bajas y se ven obligados a dispersarse en varios grupos que se internan en los bosques cercanos. Alegría de Pío fue el bautismo de fuego de la guerrilla, según proclamara más tarde el comandante Ernesto Che Guevara. Allí se produce la situación trágica y heroica, que dio origen a una frase histórica pronunciada por el hoy comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque. A la exigencia conminante de rendición lanzada por un oficial batistiano, Almeida respondió enérgicamente: «¡Aquí no se rinde nadie, carajo!».

En los días siguientes, el Ejército logró capturar a una buena parte del contingente rebelde: asesina fríamente a 20 expedicionarios —entre ellos a Juan Manuel Márquez y Níco López—; otros son enviados a presidio, y los que logran escapar, con la ayuda de la población campesina, siguen la marcha hacia la Sierra Maestra.

Días más tarde, el 18 de diciembre, en un lugar llamado Cinco Palmas, comienzan a reencontrarse los grupos dispersos. El primero en llegar es el de Fidel y después el de su hermano Raúl: suman entre ambos ocho combatientes. Al recibir a sus compañeros y comprobar que vienen con sus uniformes, fusiles y balas, el líder de la Revolución exclamó: «¡Ahora sí que ganamos la guerra!».

Solidaridad popular y terror batistiano. Las Pascuas Sangrientas. Tanto en los días que precedieron al desembarco como en los posteriores, en distintos sitios de la isla se suceden acciones de solidaridad y apoyo de las fuerzas revolucionarias a los combatientes del Granma: descarrilamiento de trenes, interrupción del servicio telefónico y de la electricidad, distribución de propaganda, atentados a periódicos batistianos y a miembros de los cuerpos represivos, estallido de bombas y otros actos de terror y sabotaje. En varias ciudades (entre ellas Pinar del Río, La Habana, Matanzas, Santa Clara y Guantánamo) son descubiertos por la policía arsenales de armas de diverso tipo, cocteles *Molotov* (botellas incendiarias), parque y bombas, así como uniformes, brazaletes y propaganda del M-26-7. Son detenidas miles de personas en todo el país.

El Partido Socialista Popular orienta la realización de paros obreros y estudiantiles que obliguen al gobierno a distraer fuerzas, a la vez que inicia una campaña dirigida a juntar empeños en la defensa de los expedicionarios, acosados por el Ejército. El 3 de diciembre, al día siguiente del desembarco, llama a todos los partidos y grupos de oposición, a los sindicatos obreros y asociaciones campesinas, a la FEU y demás organizaciones estudiantiles, a formar un poderoso frente único contra la tiranía, a protestar contra los crímenes que ésta comete y defender a los combatientes del 26 de Julio. Lanza nuevos reclamos en esa misma semana, y el 12 de diciembre reitera: «Independientemente de nuestro juicio sobre los métodos y tácticas, hoy existe un hecho: los partidarios del 26 de Julio se han lanzado a una acción cuyo objetivo —derrocar al gobierno de Batista—, es justo, y el gobierno los persigue y trata de aniquilar con la ferocidad característica de los regímenes despóticos. Hay que detener la mano sangrienta de la tiranía. Hay que impedir que extermine a los alzados. Hay que echar atrás a la bestia que ha suprimido toda sombra de libertad y siembra el terror por todo el territorio nacional, que llena las cárceles de opositores y mata sin cesar».

La urgencia de este llamamiento respondía a una situación real: el ejército batistiano remataba heridos y asesinaba prisioneros. Además, a la caza de expedicionarios se sumaba la represión contra conocidos militantes opositores que podían prestarles apoyo. Así ocurrió, por ejemplo, en la zona norte de Oriente, donde se hallaban enclavados varios colosos azucareros y el imperio de la *Nícaro Níquel Company*, y donde había una larga tradición de luchas proletarias.

En dicha zona, un grupo de acción había atacado un polvorín e interrumpido el acceso por carretera a Santiago el 30 de noviembre de 1956. Y allí las tropas de la tiranía, al mando del coronel Fermín Cowley, decidieron dar una sangrienta batida. Entre el 23 y el 26 de diciembre, el ejército sacó de sus domicilios y asesinó a 23 hombres, los que aparecieron tiroteados y ahorcados. Teniendo en cuenta que estos asesinatos se cometieron en los días de Navidad, este acontecimiento ha pasado a la historia con el nombre de *Pascuas Sangrientas*.

Varias de las víctimas eran prestigiosos líderes de los trabajadores azucareros; otros, obreros tabacaleros, mineros, de ómnibus, etc. En su mayoría se trataba de dirigentes del Movimiento 26 de Julio y del Partido Socialista Popular, pero había también algunos ortodoxos, auténticos y sin filiación. El hecho de que las víctimas tuvieran diferentes militancias políticas era un símbolo de la unidad revolucionaria que se forjaba en la lucha contra la tiranía.

En la provincia oriental, y en todo el país, se levantó una gigantesca ola de condenación que llegó —sin respuesta— hasta la Organización de las Naciones Unidas. La protesta alcanzó tal amplitud que comprendió a

todos los partidos de oposición, así como al Club Rotario y al Club de Leones. Once meses después, en noviembre de 1957, un comando del Movimiento 26 de Julio ejecutó al coronel Cowley, responsable directo de esta matanza y de otros crímenes.

Los hechos sangrientos se multiplicaron a partir de entonces en todas las provincias y costaron la vida a miles de dirigentes y militantes revolucionarios.

La guerrilla se consolida. El año 1957. En el avance hacia lo más intrincado de la Sierra Maestra, se va ampliando el pequeño grupo guerrillero. Se reencuentra con otros grupos de expedicionarios y se les suman algunos campesinos así como varios manzanilleros. Al mismo tiempo, se va creando una red de colaboradores y les van sirviendo de entrenamiento las largas caminatas, que se hacen más difíciles con el hambre y la niebla, las lluvias, los accidentes sumamente abruptos del terreno, el cruce de ríos y algunas epidemias que afectan a la pequeña tropa.

El 17 de enero de 1957 la guerrilla libra su primer combate victorioso. El destacamento, que cuenta sólo con 32 hombres, 22 armas y muy pocas balas, ataca el pequeño cuartel que existía en la desembocadura del río La Plata, que contaba con una guarnición reducida pero bien armada. El ataque duró poco más de media hora y la guarnición tuvo dos muertos, cinco heridos y tres prisioneros. La guerrilla, que no sufrió ni un rasguño, se apoderó de ocho fusiles, una ametralladora y unos mil tiros, además de cananas, botas, cascos, cuchillos, ropas, otros pertrechos y alguna comida.

La victoria fue modesta, pero significó mucho para el futuro de la guerrilla revolucionaria. Después del desastre de Alegría de Pío, la toma del cuartel de La Plata reconfortó a los combatientes, fortaleció su moral, les demostró en la práctica que era correcta su concepción de que podían derrotar al ejército y pertrecharse con las armas enemigas. Por primera vez el grupo guerrillero tuvo más armas que hombres. El hecho alcanzó gran resonancia nacional e incluso mundial; probó que el movimiento armado existía y ganaba combates, pese a todos los reveses sufridos; que era falsa la versión gubernamental sobre la liquidación de la guerrilla.

Ese combate mostró ante los mismos soldados de Batista una moral desconocida para ellos: el trato humano y justo que los revolucionarios darían siempre a los prisioneros enemigos. Los heridos recibieron atención médica, e incluso se les entregó una parte de las pocas medicinas del campamento guerrillero; los prisioneros fueron puestos en libertad. Uno de éstos se uniría más tarde al Ejército Rebelde. Pero también se evidenció la energía y firmeza de la revolución ante los esbirros y delatores convictos de crímenes, al ser ajusticiado uno de ellos en La Plata.

De esa forma, este primer triunfo rebelde marcó pautas que seguirían los combatientes revolucionarios a través de toda la guerra.

A partir de entonces, la guerrilla fue adquiriendo experiencia en la lucha y alcanzando nuevas victorias, a veces costosas, frente a un ejército infinitamente superior en número de hombres, en armamentos y otros recursos, que maniobraba para aniquilar a la tropa rebelde, seguía de cerca sus pasos, la bombardeaba y ametrallaba constantemente, le infiltraba agentes y trataba de eliminarles su base de aprovisionamiento obligando a los campesinos a abandonar sus tierras, hogares y animales. Más de una vez los ataques de la aviación o factores accidentales provocan la dispersión de la columna guerrillera.

Un mes después de La Plata, en lo intrincado de la Sierra Maestra se produce una importante entrevista del distinguido periodista norteamericano del *New York Times* Herbert L. Matthews a Fidel Castro, que al ser publicada después dio a Cuba y al mundo la certeza de que Fidel no había muerto y de que la revolución en Cuba era una realidad.

El mismo día de esa entrevista —17 de febrero de 1957—, se reúne en el mismo campamento, por primera vez desde el desembarco, la dirección nacional del M-26-7. Se acuerda, entre otras cosas, preparar un grupo de combatientes del llano para reforzar la guerrilla y priorizar el apoyo a la lucha insurreccional en la montaña. En el primer manifiesto al pueblo de Cuba desde la Sierra Maestra, Fidel ofrece una información sobre la actividad y la situación de la guerrilla y orienta una serie de tareas importantes: intensificar la quema

de cañas y sabotajes a las comunicaciones y demás servicios públicos; ejecutar en forma sumaria a los torturadores, asesinos y otros agentes de la tiranía; organizar la resistencia cívica en las ciudades; incrementar la recaudación de fondos para el Movimiento, e ir preparando la huelga general revolucionaria como punto culminante de la insurrección.

Cumpliendo lo acordado, van llegando los refuerzos que vienen del llano (de las ciudades), los combatientes se van familiarizando con el medio geográfico y establecen lazos cada vez más estrechos con la población del campo. Los campesinos y obreros agrícolas, sumamente explotados, ven en las tropas rebeldes sus aliados y defensores y se incorporan a la guerrilla en número creciente. Esta, a su vez, adopta una sencilla estructura inicial: la columna se divide en pelotones y escuadras. Lleva a cabo una guerra de movimientos —la táctica de «muerte y huye»—, sin tener una base territorial permanente. Esta táctica guerrillera le permite burlar a las poderosas fuerzas enemigas que se han lanzado contra el destacamento rebelde después de sus primeros combates victoriosos.

Gran importancia estratégica, moral y material, tuvo la toma del cuartel del Uvero, punto situado junto al mar, en la costa sur de Oriente, cuya guarnición había sido reforzada para hacer frente a cualquier intento guerrillero. Fue un combate muy enconado que duró cerca de tres horas, en el cual la guerrilla tuvo seis muertos y nueve heridos, mientras las bajas del ejército fueron 14 muertos, 19 heridos y 14 prisioneros. Les fueron ocupadas gran cantidad de armas, parque, medicinas y equipos de diverso tipo. La acción, librada el 28 de mayo de 1957, ratificó la justeza de la lucha armada como vía fundamental y fortaleció la fe de los combatientes en la victoria, a la vez que asestó un severo golpe a la moral del ejército batistiano. Che Guevara calificó el hecho como «la victoria que marcó la mayoría de edad de nuestra guerrilla», y agregó: «Esta acción selló la suerte de los pequeños cuarteles situados lejos de las agrupaciones mayores del enemigo, y fueron desmantelados al poco tiempo».

En el mes de julio, el bisono Ejército Rebelde alcanzaba un grado apreciable de desarrollo: se consolidaban sus posiciones en la Sierra, y empezaba a quedar atrás la fase nómada de la guerrilla. De la columna original, dirigida por Fidel Castro, se desprende una nueva, la columna No. 4, que comenzó a operar en la zona de El Hombrito, al este del Pico Turquino, bajo el mando del ya comandante Ernesto Che Guevara. Ambas columnas actúan unas veces independientemente, otras en forma combinada, y libran combates victoriosos. En una ocasión, el 20 de noviembre, la guerrilla se bate en un lapso de siete horas haciéndole 100 bajas al enemigo.

En agosto, el frente guerrillero ha logrado alcanzar cierta estabilidad territorial, lo que permite al Che crear una base fija en El Hombrito, donde se organizan talleres, una armería, un horno para hacer pan y un hospital; se inicia la cría de aves y cerdos; se construyen refugios antiaéreos y una pequeña presa. Poco después se instalaría un mimeógrafo, en el que comenzó a imprimirse *El Cubano Libre*, primer periódico de la guerrilla, de igual título al que había publicado el Ejército Libertador en el siglo pasado.

El desarrollo exitoso de la lucha guerrillera y el creciente prestigio de Fidel Castro hicieron que algunos representantes de la oposición burguesa establecieran contacto con el líder rebelde. A mediados de julio de 1957 subieron a la Sierra Maestra para entrevistarse con él, dos personalidades muy conocidas: Raúl Chibás, hermano del ya fallecido fundador de la ortodoxia, y Felipe Pazos, economista de renombre y expresidente del Banco Nacional de Cuba en época de Prío Socarrás. Tenían el propósito de crear un frente cívico-revolucionario de todas las fuerzas opuestas a la dictadura, sobre bases aceptables para todos sus integrantes: renuncia de Batista; formación de un gobierno provisional con un Presidente nombrado por el conjunto de las instituciones cívicas; celebración de elecciones generales para todos los cargos del Estado, las provincias y los municipios bajo las normas de la Constitución de 1940. Además, el gobierno provisional desarrollaría un programa mínimo de medidas económicas, políticas, sociales y culturales indispensables, no tan radicales como las que preconizaba Fidel, pero de gran importancia como paso inicial hacia las transformaciones que necesitaba el país. Como resultado de esas conversaciones, se emitió un documento conocido como «Manifiesto de la Sierra Maestra», que recoge los acuerdos tomados. Esta reunión constituyó

un reconocimiento del papel que desempeñaba el Ejército Rebelde y de las concepciones estratégicas y tácticas de Fidel Castro.

Ante el fracaso de la ofensiva general lanzada contra la guerrilla, el ejército de la tiranía intensifica la represión contra la población campesina, tratando de destruir la base de sustentación de las fuerzas rebeldes. Decenas de campesinos fueron asesinados de una sola vez como represalia por la derrota de las tropas batistianas. Pero esos crímenes fueron inútiles: una «ofensiva de invierno» que iniciaron dichas tropas a fin de año, fracasó apenas comenzada.

Otras manifestaciones de la lucha popular. Durante todo el año 1957, junto a la consolidación y desarrollo del movimiento guerrillero en la Sierra Maestra, se incrementó notablemente la lucha clandestina en ciudades y campos, que se expresó en las más diversas formas: huelgas, paros, manifestaciones y otras movilizaciones de masas; acciones armadas, sabotajes, atentados personales y actos terroristas; resistencia cívica; labor de propaganda; recaudación de fondos y acopio de alimentos, medicina y ropa, así como reclutamiento de combatientes para la guerrilla y otras actividades. El M-26-7, el PSP y el DR multiplicaban sus acciones, las cuales se realizaban muchas veces coordinadamente. También se producían luchas contra la tiranía por parte de otros sectores opositores inconformes con la pasividad o el engaño de muchos dirigentes políticos.

Un lugar de honor en la batalla diaria contra la tiranía lo ocuparon las mujeres cubanas, tanto en las montañas como en las ciudades. Eran muy frecuentes las manifestaciones en que portaban telas y coreaban consignas de combate, enfrentándose a los golpes, tiros, detenciones, torturas y asesinatos. El 4 de enero de 1957, en una de esas manifestaciones diarias, más de 200 mujeres vestidas de negro desfilaron portando cartelones en los que se exigía: «¡Cesen los asesinatos de nuestros hijos!».

El asalto al Palacio Presidencial y la expedición del «Corinthya». El 13 de marzo, siguiendo la táctica de «golpear arriba», el Directorio Revolucionario, secundado por algunos militantes del PRC (A) y combatientes de otras filiaciones, atacó por asalto el Palacio Presidencial en la capital de la República, con el propósito de ajusticiar a Batista. De lograrse este objetivo se haría un llamado al pueblo para que se lanzara a la calle, ocupara los principales bastiones militares de la capital y desencadenara otras acciones, todo lo cual debía conducir al derrocamiento de la tiranía.

Aunque los revolucionarios llegaron hasta la tercera planta del Palacio, no pudieron ejecutar al tirano, ya que éste logró escapar presumiblemente por una escalera interior desde su despacho.

Al mismo tiempo que se atacaba el Palacio Presidencial, un grupo dirigido por José Antonio Echeverría, líder del Directorio, asaltaba la popular emisora Radio Reloj, desde donde el prestigioso combatiente dio lectura a una parte de la proclama revolucionaria en la que se anunciaba la ejecución del tirano Batista. De allí se dirigió a la sede de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) para hacerse fuerte en ese lugar; pero antes de llegar, el auto en que viajaba fue interceptado por carros de la policía y, luego de un intercambio de disparos, el líder estudiantil fue abatido. Se frustraba así la vida de uno de los jóvenes más abnegados y combativos de aquella generación.

Más de treinta asaltantes perdieron la vida en las acciones de ese 13 marzo, y cuatro más fueron sorprendidos y asesinados por la policía semanas después, el 20 de abril. Entre éstos últimos se hallaba Fructuoso Rodríguez, Presidente de la FEU desde la muerte de José Antonio Echeverría.

En honor al asalto a Palacio, la organización armada de los estudiantes adicionó a su nombre la fecha de ese heroico acontecimiento. En lo adelante se llamaría Directorio Revolucionario 13 de Marzo (DR-13-M).

Constatando las posibilidades de la lucha armada en las montañas, también la Organización Auténtica — grupo insurreccionalista que responde al expresidente Prío Socarrás—, envía desde Miami una expedición a Cuba que desembarca el 24 de mayo en la bahía de Cabonico, al norte de Oriente. La integran una treintena de hombres bajo el mando de Calixto Sánchez White, exdirigente de la CTC oficial.

Los expedicionarios tratan de internarse en la Sierra Cristal, en las proximidades del desembarco, pero no lo logran. Acosados por el ejército de la tiranía, sin guías, extenuados y hambrientos, 15 de ellos son capturados y asesinados el 28 de mayo, el mismo día en que el Ejército Rebelde ataca el cuartel del Uvero. Este intento insurreccional es conocido como «la expedición del Corynthia», aludiendo al nombre del yate que los trajo.

Muerte de Frank País. Huelga general. El 30 de julio de 1957, el movimiento revolucionario sufre una de sus más dolorosas y costosas pérdidas: la muerte de Frank País, junto a su compañero Raúl Pujol, en un choque armado con la policía en las calles de Santiago de Cuba. Además de jefe nacional de acción del M-26-7, Frank había asumido la dirección de esta organización en el llano*, cuando resultó preso su jefe, Faustino Pérez. Según expresión de Fidel, «Frank era el más valioso, el más útil, el más extraordinario de nuestros combatientes».

El día 31, el pueblo santiaguero se volcó en el sepelio del joven revolucionario, y entre la multitud surgió la consigna de «huelga» que en breve se extendió por toda la ciudad. Los obreros abandonaron sus fábricas y demás centros de trabajo, los comercios cerraron sus puertas y las calles fueron invadidas por manifestantes populares. Pese a la represión desatada, las acciones huelguísticas se extendieron a las demás provincias, acompañadas de sabotajes a establecimientos y servicios públicos, toma de radioemisoras, e incluso declaración de «ciudades muertas» en algunos lugares. Pese a lo inesperado y espontáneo del movimiento en sus inicios, lo que impide convertirlo en un levantamiento popular capaz de derrocar a la tiranía, las acciones se prolongan en algunos sitios durante una semana. Aunque hubo acciones coordinadas entre el M-26-7, el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario, e incluso hubo contactos con la Organización Auténtica y la Juventud Obrera Católica, el tiempo no fue suficiente para que esa coordinación alcanzara el nivel indispensable a una acción de tal envergadura.

La trascendencia de esta huelga radica en que muestra el nivel alcanzado por la conciencia política del pueblo, que en este caso no actúa movido por demandas económicas ni de beneficio material, sino con objetivos definidamente revolucionarios. Además, reafirma el papel decisivo de la huelga general como complemento de la insurrección armada en la lucha contra la dictadura.

La sublevación de Cienfuegos. El ascenso de la lucha contra el régimen batistiano y la creciente integración a la misma de los elementos más valiosos de las propias fuerzas armadas, tiene una de sus más cabales expresiones en la sublevación de Cienfuegos, el 5 de septiembre de 1957.

Esta acción fue el resultado de un proceso conspirativo que se desarrolló principalmente en La Habana y Cienfuegos, y que involucró a oficiales, clases y soldados de la Marina de Guerra, la Fuerza Aérea y el Ejército, con la participación de dirigentes y grupos de acción del Movimiento 26 de Julio, así como otros encartados, entre ellos un representante del Partido Socialista Popular.

El plan consistía en la sublevación de las tropas navales y aéreas, la toma de instalaciones militares y oficinas públicas y la convocatoria a una huelga general, todo lo cual debería conducir al derrocamiento de la tiranía y la instauración de una junta de gobierno que entregara el poder al Ejército Rebelde. En Cienfuegos se preveía, además, el alzamiento de los marinos de Cayo Loco, la toma de la ciudad y la posible retirada a la Sierra del Escambray para abrir allí un frente guerrillero.

Ya se había fijado la fecha de la sublevación —el 5 de septiembre—, pero a última hora se decidió en La Habana posponerla. Pero el aplazamiento no fue conocido en Cienfuegos, por lo que se produjo el levantamiento según el plan. Los sublevados tomaron la base de Cayo Loco, distribuyeron las armas al pueblo e iniciaron exitosamente la lucha en la ciudad. Se mantuvieron en combate hasta el día siguiente; pero al no cumplirse el plan en otros lugares, la dictadura pudo disponer de poderosos refuerzos enviados desde La Habana y otras ciudades, y aplastó la sublevación.

La heroica acción costó la vida a cerca de cincuenta revolucionarios, marinos en su mayor parte, muchos de los cuales fueron asesinados después de los hechos.

El Movimiento de Resistencia Cívica. Crece el terror. Cumpliendo los acuerdos de la dirección nacional del 26 de Julio en su reunión de febrero de 1957, a mediados de ese año comenzó a organizarse el Movimiento de Resistencia Cívica en todo el país. Aunque en sus filas había militantes del M-26-7 y de otras organizaciones revolucionarias, la Resistencia Cívica se planteó como propósito fundamental el de aglutinar a muchos opositores que no estaban dispuestos a tomar las armas, ni a realizar sabotajes, pero que sí podían contribuir económicamente a la causa, abstraerse de asistir a diversiones y otras actividades públicas, aportar medicinas u otros recursos, cumplir orientaciones de desobediencia civil o expresar en otras diversas formas su repudio a la tiranía.

Así, el Movimiento de Resistencia Cívica, orientado por el 26 de Julio, tuvo una activa participación en las movilizaciones populares antibatistianas y muchos de sus miembros se convirtieron en cuadros destacados del M-26-7.

Junto a estas actividades, se multiplicaron los atentados personales y actos de terrorismo en general. Durante el año de 1957, el número de petardos y bombas que estallaban en ciudades y pueblos crecía continuamente, contándose diariamente por decenas. Hubo un día, el 30 de junio, en el que La Habana se estremeció con más de un centenar de explosiones, por lo que se recuerda esa fecha como «la noche de las cien bombas». En respuesta, los cuerpos represivos recrudecieron también el terror, elevándose notablemente el número de jóvenes torturados y asesinados. A esto hay que sumar las víctimas ocasionadas por la explosión de bombas entre los mismos que las portaban, por inexperiencia, ansiedad o descuido.

También se hizo frecuente el ajusticiamiento de esbirros de la tiranía culpables de torturas y crímenes. El caso de mayor impacto público fue el del coronel Fermín Cowley, Jefe del Regimiento No.7, ejecutado el 23 de noviembre por un grupo del M-26-7 en Holguín. Como se explicó antes, Cowley fue el responsable directo de las «Pascuas sangrientas», del asesinato de los expedicionarios del «Corynthia» y de otros crímenes. Como represalia por la muerte de Cowley, el Ejército asesinó a once ciudadanos holguineros.

El ascenso de la lucha revolucionaria y del repudio popular ensoberbeció a la tiranía en lugar de hacerla reflexionar. El número de crímenes y atropellos se elevó desmesuradamente. Se ha hecho referencia a muchos de ellos, pero es necesario agregar algunos casos más, debido a la connotación particular que tuvieron.

El 21 de octubre, Bayamo sufrió su «Noche de San Bartolomé». El ejército batistiano desató una ola de violencia en esa ciudad, que arrojó 25 asesinatos, numerosos heridos, asaltos a domicilios, atropellos y encarcelamientos. El 18 de diciembre amanecieron siete hombres ahorcados en Sancti Spíritus y cuatro en Jovellanos. Fue preso, salvajemente torturado y asesinado, el prestigioso líder comunista de los obreros del transporte José María Pérez, así como los dirigentes obreros de la misma militancia Humberto Álvarez (azucarero) y José M. Ramírez Casamayor (ferroviario). Una mañana apareció ultimado en la capital el conocido político ortodoxo y abogado Pelayo Cuervo Navarro.

La misma suerte corrieron el adolescente William Soler, de 15 años, junto a dos compañeros, y los jóvenes José R. Rodríguez López (18 años) y Rolando Poland Azoy (20 años). En las calles de Santiago de Cuba fueron acribillados a balazos Josué País (hermano de Frank País), Floro Vistel y Salvador Pascual. Los maestros René Fraga Moreno y Rubén Bravo, murieron a manos de los cuerpos represivos en Matanzas y Holguín respectivamente.

El Pacto de Miami. Ante la consolidación del contingente guerrillero en la Sierra Maestra y el auge de la lucha insurreccional en todo el país, resurgieron los intentos conciliadores de la oposición burguesa (partidos políticos e instituciones sociales) con el propósito de contener el movimiento revolucionario y acabar con el liderazgo de Fidel Castro. Revivió la Sociedad de Amigos de la República y lanzaron nuevas iniciativas

pacifistas el Bloque Cubano de Prensa, el Club Rotario y el de Leones, el Colegio de Abogados, los Consejos Universitarios de La Habana y Santiago de Cuba y muchas de las llamadas «instituciones cívicas». Se creó una titulada Comisión Interparlamentaria, para encauzar un diálogo entre los partidos de gobierno y los de oposición representados en el Congreso. Pero Batista, después de crear ciertas ilusiones en los conciliadores y entretenerlos durante algunos meses, rechazó finalmente sus principales peticiones.

Sin embargo aún no se habían agotado los esfuerzos por encontrar una solución que eliminara del poder a Batista sin afectar los intereses de las clases oligárquicas ni de los monopolios norteamericanos en Cuba. Tras un proceso de contactos y conversaciones que culminó en octubre de 1957, se reunieron en la ciudad de Miami representantes de numerosos partidos y organizaciones cubanas de la oposición: Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), Organización Auténtica, Federación Estudiantil Universitaria, Directorio Obrero Revolucionario, Partido Demócrata (fracción de José R. Andreu y Lincoln Rodón), Directorio Revolucionario 13 de Marzo y, supuestamente, el Movimiento 26 de Julio.

El acuerdo a que llegaron estas organizaciones, conocido como Pacto de Miami, dio vida a una llamada Junta de Liberación Cubana, cuyos integrantes suscriben el 1.º de noviembre un documento en el que explican las bases de la unidad lograda y los objetivos que persiguen, así como los pasos a dar para alcanzarlos. Se oponen a la salida electoral y se proponen constituir un gobierno provisional, presidido por el economista auténtico Felipe Pazos, que convoque a elecciones generales en un plazo de 18 meses y aplique un limitado programa de reformas. Para estos fines, apelan a la ayuda de la OEA y la ONU.

El Pacto alteraba los principios fundamentales del Manifiesto de la Sierra Maestra — suscrito por Fidel Castro, Raúl Chibás y Felipe Pazos en febrero de 1957— y al aplicarse con absoluto desconocimiento de Fidel, trataba de maniatar al M-26-7 poniéndolo ante un hecho consumado.

El Pacto de Miami, que contó con la simpatía y el estímulo de las esferas oficiales de Estados Unidos, concitó la más severa crítica y el repudio de la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio y del Partido Socialista Popular. En un documento fechado el 14 de diciembre de 1957, el líder rebelde desautoriza a la supuesta representación del M-26-7 en la Junta de Liberación Cubana, por arrogarse atribuciones que la organización no le había dado y haber sostenido conversaciones y llegado a acuerdos a espaldas de ella.

Sostiene Fidel que lo importante no es la unidad a todo trance, sino las bases de esa unidad, la forma en que se viabilice y las intenciones patrióticas que la animen. Critica fuertemente la tibieza y la cobardía del documento al omitir el rechazo a todo tipo de intervención extranjera en los asuntos internos de Cuba; al no oponerse tajantemente a la posibilidad de una junta militar para sustituir a Batista. Denuncia el menosprecio con que los firmantes tratan, de hecho, al movimiento guerrillero, y desenmascara el propósito encubierto de arrebatarse al Ejército Rebelde el derecho a constituirse en las fuerzas armadas de la república, así como la pretensión de trasladar la dirección del movimiento revolucionario para el exilio. En lugar de Felipe Pazos, Fidel apoya como Presidente de un gobierno provisional al magistrado sin afiliación política Manuel Urrutia Lleó, que había mantenido una actitud digna en el juicio contra los expedicionarios del «Granma» y que, por sus posiciones no radicales, debía «tranquilizar» al gobierno de Estados Unidos y a la burguesía cubana.

El máximo líder de la Revolución no cierra el camino a las conversaciones de unidad, pero reitera que éstas deben basarse en el respeto a los principios enarbolados por los combatientes rebeldes, como legítimos representantes del pueblo revolucionario de Cuba. Si se rechazan esas condiciones, advierte Fidel, «seguiremos solos la lucha como hasta hoy, sin más armas que las que arrebatamos al enemigo en cada combate, sin más ayuda que la del pueblo sufrido, sin más sostén que nuestros ideales». Y concluye sosteniendo que «para caer con dignidad no hace falta compañía».

Este rechazo selló la suerte del Pacto de Miami, que se desintegró sin gloria, demostrando que Fidel Castro y el Ejército Rebelde constituían la vanguardia real del movimiento revolucionario cubano, y que sin contar con esta vanguardia no se podía siquiera soñar con la solución al problema de Cuba.

Nueva etapa en la lucha popular y en la guerra revolucionaria. Al comenzar el año 1958 sigue en ascenso la lucha clandestina en ciudades y pueblos, mientras el Ejército Rebelde continúa ampliando su radio de acción, librando combates victoriosos, y ya baja al llano para atacar posiciones enemigas y para realizar importantes actos de sabotaje contra propiedades de connotados batistianos. Todo lo cual conduciría a una etapa más alta de la insurrección popular.

En todo el país, principalmente desde Matanzas hasta Oriente, los revolucionarios queman decenas de millones de arrobas de caña; ajustician a esbirros de la tiranía; hacen estallar continuamente artefactos explosivos; incrementan las labores de propaganda y las movilizaciones populares contra el régimen, y ven cercana la perspectiva de una huelga general revolucionaria.

En febrero, un grupo del M26-7 en La Habana secuestra al famoso campeón de automovilismo Juan Manuel Fangio, que iba a participar en un evento automovilístico internacional auspiciado por el gobierno. El célebre corredor argentino constituía la máxima atracción de ese torneo, por lo que se aspiraba a que su secuestro llamara la atención del mundo sobre la situación de Cuba. La acción logró totalmente su propósito.

Pero también se incrementa la escalada represiva del régimen. Honda repercusión producen miles de víctimas por torturas y asesinatos, entre las cuales se destacan los jóvenes dirigentes del 26 de Julio Orlando Nodarse, en Pinar del Río, y Gerardo Abreu (Fontán), en La Habana; el prestigioso líder obrero de Manzanillo Paquito Rosales, que había sido el primer alcalde comunista elegido en Cuba; la joven Aleida Fernández Chardiet y la maestra católica Estherlina Milanés Dantín, que salvó la vida después de ser bestialmente torturada.

El hecho de que, bajo fuerte presión, Batista decida restablecer momentáneamente las garantías constitucionales, hace posible que el pueblo sea informado de los principales crímenes y atropellos de la dictadura, del auge de la lucha de masas en todo el país y de los éxitos del Ejército Rebelde. Esto imprime nuevos bríos a la lucha.

De gran importancia en el desarrollo de la guerra revolucionaria es el combate librado el 17 de febrero en Pino del Agua, un pequeño caserío situado al sur de Bayamo, alrededor de un aserrío, en el firme de la Sierra Maestra. Estaba defendido por una compañía muy bien armada y atrincherada. El objetivo no era tomar el poblado, sino establecer un cerco que obligara al ejército a mandar fuerzas en ayuda de la guarnición cercada, lo que aprovecharía la guerrilla, interceptando todos los caminos, para emboscar y batir a las tropas de refuerzo.

El éxito fue parcial. Los hechos no se produjeron exactamente como se había pensado, ya que por uno de los principales lugares de acceso al poblado el enemigo avanzó protegido por una muralla de mujeres y niños campesinos forzados a hacerlo, impidiendo así que se les disparara. Terminada la acción, el ejército de la tiranía sacó de los bohíos a un grupo de campesinos que se habían refugiado en ellos huyendo del combate y los ametralló, matando a 13. La mayoría eran niños y mujeres. El ejército batistiano tuvo alrededor de veinticinco muertos, otros tantos heridos, cinco prisioneros y se le capturaron más de treinta fusiles, cinco ametralladoras y gran cantidad de parque. Las bajas rebeldes fueron un muerto y tres heridos.

A partir de este combate, el Ejército Rebelde combina la guerra de movimiento con la de posiciones, con tendencia al predominio de esta última.

Pocos días después, el 24 de febrero, comienza sus transmisiones una emisora de la columna guerrillera, Radio Rebelde, situada junto a la comandancia de la Columna No. 4, mandada por el Che, en un lugar conocido como La Mesa. Esta emisora se mantendría transmitiendo durante toda la guerra y desempeñaría en ella un papel de gran trascendencia.

También después de Pino del Agua, las condiciones permiten ampliar sustancialmente la zona de operaciones, creando nuevas columnas guerrilleras y abriendo otros frentes de guerra. En marzo de 1958 se crea la Columna No. 7, al mando del Comandante Crescencio Pérez, que junto al núcleo original, la Columna No. 1, mandada por Fidel, y la Columna No. 4, al mando del Che, forman lo que se ha llamado Primer Frente.

El Segundo Frente Oriental «Frank País». En los primeros días de ese mismo mes de marzo, se crean dos nuevas columnas, la No. 6 y la No. 3, mandadas por Raúl Castro Ruz y Juan Almeida, respectivamente. A estas columnas se les asigna la misión de abrir dos nuevos frentes de batalla al este de la provincia oriental.

Después de una larga y rigurosa marcha, la Columna No. 6 penetró en una zona montañosa situada al nordeste de la provincia de Oriente, de relieve muy abrupto y difícil acceso, que se denominó II Frente Oriental «Frank País». Llegó a abarcar un territorio de 12 000 km², con población aproximada de cuatrocientos mil habitantes. El área poseía una apreciable riqueza agrícola (caña, café, maderas, etc.) y abarcaba numerosas industrias importantes, entre ellas 15 centrales azucareros y dos plantas procesadoras de níquel: las de Nicaro y Moa.

Con el establecimiento de este nuevo Frente, se organizan convenientemente los campesinos de la región, se eliminan los grupos de bandoleros que realizaban sus fechorías a título de alzados, se reorganizan los núcleos guerrilleros ya existentes en la zona, se construye un aeródromo y una fábrica de bombas y se crean: un servicio de inteligencia, una red de abastecimiento a las tropas, una sección de obras públicas, un cuerpo de sanidad, unos cuarenta hospitales, 400 escuelas y, en general, las estructuras administrativas, jurídicas y militares necesarias para gobernar el territorio, defenderlo y cumplir las misiones ofensivas del Frente. En resumen, con estas estructuras y las que se forman en el Primer Frente, se crea el germen de lo que será después el Estado revolucionario.

El II Frente Oriental desempeña un papel decisivo en la guerra revolucionaria. En el transcurso de nueve meses (de abril a diciembre de 1958), sus tropas han sostenido cerca de doscientos cincuenta combates, destruyendo más de treinta cuarteles de la tiranía, causando unas doscientas bajas al enemigo y capturándole alrededor de mil doscientas armas. Las fuerzas del Frente, multiplicadas en ese lapso, se agrupan al final en seis columnas.

Otros frentes de combate. Paralelamente, el comandante Juan Almeida, al mando de la Columna No. 3, crea el Tercer Frente, que abarca una importante porción de la Sierra Maestra, al oeste de la ciudad de Santiago de Cuba. También se han de librar en esta zona importantes combates victoriosos. Sus tropas constituirán una constante y creciente amenaza para la capital de Oriente, y desempeñarán un papel preponderante en la ofensiva final en esa provincia.

También en estos primeros meses de 1958 se consolida la incorporación del DR13-M y del PSP a la lucha armada en las montañas. Ya desde principios de noviembre de 1957, el Directorio había dado los primeros pasos para abrir un frente guerrillero en la Sierra del Escambray, zona montañosa situada en la parte central de la isla, al sur de la ciudad de Santa Clara. Allí se estableció entonces un grupo de alzados que asumió el nombre de Segundo Frente Nacional del Escambray; pero sus principales jefes, lejos de acatar las orientaciones del Directorio, hicieron contacto con Prío Socarrás y siguieron una conducta deleznable de abusos con los campesinos, bandolerismo e incluso crímenes, por lo que serían expulsados de su organización. No realizaron ninguna acción significativa contra el ejército batistiano.

El 8 de febrero de 1958 arriba a Cuba por la bahía de Nuevitas, costa norte de Camagüey, la expedición del yate «Scapade», encabezada por Faure Chomón, Secretario General del Directorio. Bien armados, los nuevos combatientes se proponen revitalizar el frente del Escambray y reforzar con hombres y armas la actividad del Directorio en La Habana, propósito que se cumple satisfactoriamente. Pocos días después, el destacamento guerrillero baja del Escambray y ataca a las tropas de la tiranía en los pueblos de Cabaiguán y Placetas, y en lo adelante realiza otras acciones notables. La guerrilla se mantendrá operando en la zona hasta el final de la guerra.

Por otra parte, el Partido Socialista Popular había ido acercando sus concepciones tácticas a las del Ejército Rebelde en la segunda mitad de 1957. Varios de sus cuadros habían sido enviados a la Sierra Maestra para intercambiar puntos de vista con Fidel Castro, como ocurrió con Ursinio Rojas, máximo dirigente de los

Comités de Defensa de las Demandas en el sector azucarero. En diciembre de ese año, el PSP decidió apoyar la lucha armada y luego autorizó a sus militantes a incorporarse a la guerrilla. Al mismo tiempo, comenzó la preparación de un destacamento guerrillero en la zona de Yaguajay, al norte de Las Villas.

El término municipal de Yaguajay había sido escenario de heroicas luchas mambisas durante las guerras de independencia en el siglo XIX y de vigorosos combates campesinos durante la República. Los comunistas ejercían una poderosa influencia en ese territorio, al extremo de que había sido uno de los dos únicos municipios de Cuba que eligieron alcaldes comunistas. El de Yaguajay había sido destituido después del golpe de Estado de 1952. Y se escogió precisamente para poner al frente de ese núcleo guerrillero a un cuadro destacado del Partido y dirigente campesino de esa zona, el después comandante Félix Torres.

El destacamento, que llevó el nombre de «Máximo Gómez», tuvo una integración unitaria: sus miembros pertenecían principalmente al PSP y al M-26-7. Tenían red de suministros, hospital y editaban un periódico. Libraron numerosas acciones, entre las que se destacan la toma de Iguará y Zulueta y el ataque a la ciudad de Yaguajay. Se mantuvieron combatiendo independientemente hasta la llegada de la columna invasora de Camilo Cienfuegos, a la cual se subordinaron.

El PSP incorporó también una apreciable cantidad de sus miembros a los núcleos guerrilleros de otras provincias, además del importante aporte que hizo en cuadros y militantes al Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. Tanto a los que constituyeron el destacamento propio como a los que se incorporaron a otros grupos o frentes guerrilleros, se les ordenó que se subordinaran totalmente, en el orden militar, al mando del Estado Mayor del Ejército Rebelde y de su jefe máximo, Fidel Castro.

Planes electoralistas y componendas. Maniobras norteamericanas. Coincidiendo con el ascenso revolucionario de comienzos de 1958, reaparecen las maniobras electoralistas del gobierno y los intentos conciliadores de los partidos políticos e instituciones de la burguesía, alentados por la Embajada de Estados Unidos en Cuba. Batista convoca a elecciones generales, cediendo la postulación como candidato presidencial por la coalición gubernamental a uno de sus servidores más allegados: el Dr. Andrés Rivero Agüero. Vuelven a presentarse a la farsa los políticos opositores Ramón Grau San Martín, y el ex-ortodoxo Carlos Márquez Sterling, así como también algunos personajes que después se retiraron del proceso electoral, como José Pardo Llada, Luis Conte Agüero y Emilio Ochoa. Se renuevan asimismo las gestiones armonizadoras de la Sociedad de Amigos de la República y el conjunto de instituciones cubanas.

El primero de marzo se suma a las diligencias pacifistas la alta jerarquía de la Iglesia Católica, con un documento del Episcopado en el que aboga por un gobierno de unión nacional, sin excluir a representantes de la dictadura y presumiblemente presidido por Batista. A fin de poner en práctica la propuesta de los obispos católicos, se crea una llamada Comisión de Concordia Nacional, compuesta por conocidos representantes de la oligarquía nativa.

Desde la Sierra Maestra, Fidel Castro rechaza firmemente la componenda. En cartas dirigidas al periodista José Pardo Llada y al Director del noticiero de radio CMKC, de Santiago de Cuba, rechaza las gestiones del Episcopado y las de la Comisión de Conciliación, y plantea las condiciones que deben cumplirse para que él acepte una solución pacífica. Fidel desea exponer sus criterios ante una comisión de la prensa nacional y emplaza al tirano a que permita a los periodistas salir hacia la Sierra Maestra para que conozcan la verdad de lo que allí ocurre. No se concede dicho permiso. Y como en otras ocasiones, es Batista quien pone punto final a la componenda, al suspender nuevamente las garantías constitucionales e implantar la censura de prensa.

Esta actitud provoca que afloren las discrepancias existentes en el seno del gobierno norteamericano con respecto al apoyo a Batista. Ciertos sectores han comprendido desde meses atrás la gravedad de la situación y se han esforzado por buscar una salida aceptable para la oposición burguesa y que ataje un triunfo revolucionario, recordando lo ocurrido en agosto de 1933. Son esos sectores los que, al fracasar la última gestión conciliatoria, logran que Estados Unidos suspenda formalmente los envíos oficiales de armas a Cuba.

Con esa medida quieren dar la apariencia de que el gobierno norteamericano se ha distanciado de la tiranía batistiana.

Pero en realidad, la ayuda militar siguió llegándole a Batista por distintas vías. El ejército seguía siendo asesorado por militares yanquis. La base naval de EE.UU. en Guantánamo continuó siendo una fuente de suministros. El agregado militar de Batista en Washington sostuvo una entrevista con generales del Pentágono, en la que éstos se comprometieron a seguir enviando armas a la dictadura a través de dicha base, violando el embargo establecido. Además, las transacciones encubiertas permitieron la entrega de cohetes explosivos y otros armamentos desde territorio yanqui. También empezaron a llegarle al ejército batistiano, con el concurso estadounidense, armas y pertrechos desde República Dominicana, Nicaragua, Inglaterra, Israel y otros países.

En julio de 1958 llega a Cuba un destacamento de infantería de marina de EE.UU. con el pretexto de cuidar el acueducto que abastecía de agua a la base naval de Guantánamo, aunque la protesta popular y la presión internacional forzaron su retirada del país.

La huelga del 9 de abril. La idea de que una huelga general revolucionaria, combinada con la insurrección armada, daría al traste con la tiranía de Batista, cobró extraordinaria fuerza en los primeros meses de 1958, sobre todo en marzo, impulsada por la considerable ampliación y efectividad de la guerra en las montañas y las huelgas y otras movilizaciones de masas en las ciudades y pueblos, así como por algunas victorias populares en países hermanos como Venezuela.

Desde finales de 1957, como resultado de la creación del frente obrero del Movimiento 26 de Julio en provincias y municipios del país, se constituyó el Frente Obrero Nacional (FON), integrado exclusivamente por cuadros sindicales del 26 de Julio, bajo la dirección de David Salvador. A este organismo se le encomendó la tarea de organizar y llevar a cabo la huelga general en el sector obrero; el Movimiento de Resistencia Cívica lo haría en los sectores de profesionales, comerciantes e industriales, y el Frente Estudiantil Nacional (también del 26 de Julio) movilizaría a los estudiantes. Las acciones armadas de apoyo a la huelga estarían a cargo del Ejército Rebelde en los campos y de las milicias del 26 de Julio en las ciudades.

El 12 de marzo se emitió un manifiesto desde la Sierra Maestra, firmado por Fidel Castro y por el responsable del Movimiento en el llano, Faustino Pérez, en el que se daban las orientaciones necesarias para el desarrollo de la acción huelguística. Pero el 26 del mismo mes, conociendo que la huelga se preparaba en forma secreta, sin tener en cuenta a los CDD ni otras organizaciones obreras antibatistianas, Fidel dirigió un nuevo llamamiento que planteaba la necesidad de que el FON coordinara sus esfuerzos con todas las secciones obreras de las organizaciones opuestas al régimen para que ningún trabajador quedara desvinculado del patriótico empeño. Sin embargo, estos llamamientos no fueron atendidos.

A las 11 de la mañana del 9 de abril de 1958, dos radioemisoras nacionales difundieron sorpresivamente el llamado a la huelga, cuando todo el mundo se hallaba en sus puestos de trabajo. Hubo numerosas y heroicas acciones en La Habana y en otros lugares del país, donde se paralizó parcialmente el trabajo por algunas horas, se produjeron sabotajes y manifestaciones populares, así como enfrentamientos armados entre el ejército y las milicias del 26 de Julio. La ciudad donde la acción resultó más exitosa fue Sagua la Grande, al ser tomada por las fuerzas revolucionarias que la paralizaron por completo, combatieron contra las tropas del régimen obligándolas a replegarse y mantuvieron firmemente sus posiciones durante veinticuatro horas.

El Ejército Rebelde dio el máximo apoyo al intento de huelga general, dentro de las posibilidades con que contaba en aquel momento: parte de sus tropas del Primer Frente se lanzaron a la llanura del Cauto; el Segundo Frente ejecutó ataques a ciudades y pueblos importantes y el Tercer Frente realizó atrevidas acciones a las puertas de Santiago de Cuba.

No obstante, la huelga general no llegó a cuajar. El ejército, la policía y demás cuerpos represivos dejaron una ancha estela de golpizas, detenciones y asesinatos; más de cincuenta combatientes engrosaron la larga

lista de mártires de la revolución, muertos en combate o asesinados, entre ellos Marcelo Salado, dirigente nacional del M-26-7.

Al analizar las causas de esta amarga derrota, se señalaron errores de apreciación que condujeron a menospreciar las fuerzas del enemigo y sobrestimar las propias; falta de coordinación real y efectiva entre las fuerzas revolucionarias, motivada principalmente por prejuicios contra los comunistas en muchos dirigentes del FON, subestimación del papel de las masas obreras e inexperiencia en la preparación de este tipo de luchas de carácter masivo. Esta subestimación e inexperiencia llevaron a la utilización de métodos inadecuados para organizar y dirigir la huelga: se había hecho mucha propaganda general, abstracta, pero a la hora de convocar la huelga se apeló al secreto y a la sorpresa propios de una acción armada pero no de un movimiento masivo. El llamado concreto a la huelga sorprendió al pueblo, incluso a muchos cuadros y militantes del 26 de Julio, que se quedaron paralizados. Por otro lado, ni el Ejército Rebelde ni las milicias del 26 de Julio estaban lo suficientemente preparados para la huelga.

Esta derrota fue un golpe severo al movimiento revolucionario, pero a la vez, una inapreciable experiencia. Fidel analizó detalladamente las causas del fracaso, advirtió que los errores no se repetirían y con su habitual confianza en el pueblo, reafirmó: «A la huelga general no hemos renunciado como arma decisiva de la lucha contra la tiranía (...) Se perdió una batalla, pero no se perdió la guerra».

Casi un mes después, el 3 de mayo, la dirección nacional del M-26-7 sostuvo una trascendental reunión en Altos de Mompié, en la Sierra Maestra, donde se analizó crudamente el resultado de la huelga y se tomaron acuerdos decisivos para el futuro de la revolución. Allí prevaleció la concepción del papel de vanguardia del Ejército Rebelde y la supremacía de la lucha guerrillera, y salieron fortalecidos el prestigio y la autoridad de Fidel Castro, quien fue nombrado a partir de entonces Secretario General del M-26-7 en toda la nación — incluyendo a las organizaciones del exilio— y Comandante en Jefe de todas las fuerzas, incluyendo las Milicias Urbanas, que hasta ese momento se subordinaban a la dirección del llano. Entre otros cambios, se designó un nuevo jefe del frente obrero a nivel nacional y se reorientó la actividad del movimiento obrero en el sentido unitario que había sido insistencia constante de Fidel. Como resultado de esa orientación, se crea meses después el Frente Obrero Nacional Unido (FONU), en el que están representadas todas las organizaciones proletarias que se enfrentan a la dictadura.

Plan FF: la gran ofensiva de la tiranía. Su derrota. Tras el fracaso de la huelga del 9 de abril, la dictadura estimó que había llegado el momento propicio para lanzar una arrasadora ofensiva contra la Sierra Maestra, que venía preparando desde meses atrás con la ayuda de asesores norteamericanos. La denominaron *Plan FF* (Fase Final o Fin de Fidel), y pusieron en ella sus esperanzas de aplastar definitivamente la insurrección. Era una batida a fondo contra todas las fuerzas rebeldes, pero principalmente contra el Primer Frente, mandado directamente por Fidel, hacia donde se dirigieron los golpes principales.

El ejército de Batista movió contra la montaña a unos diez mil hombres, dispuestos en 14 batallones de infantería y seis compañías, y apoyados por una compañía de tanques, la aviación y la marina de guerra. Al comienzo de la ofensiva, el 24 de mayo de 1958, el Ejército Rebelde contaba con unos trescientos hombres armados, y sus recursos eran muy limitados.

Pero Fidel esperaba que se produjera en cualquier momento esta ofensiva, comprendía su trascendencia y tomó previsoramente una serie de medidas imprescindibles. Se organizó el territorio para la defensa en todos los sentidos, se acopiaron los recursos necesarios para una larga resistencia. Con absoluto conocimiento del terreno y demás factores en juego, se diseñó el plan para resistir escalonadamente el avance enemigo, hostigarlo continuamente hasta desgastarlo y preparar condiciones para pasar oportunamente a la contraofensiva. La población campesina se aprestó a garantizar el sostenimiento económico de las tropas rebeldes y brindarles el apoyo necesario en todos los aspectos.

Y no debe olvidarse un elemento decisivo: la diferencia esencial entre los contendientes. Ciertamente, el ejército de la tiranía era poderoso: en el momento de la ofensiva sobrepasaba nacionalmente los cuarenta mil

hombres, sin contar los efectivos de la Marina de Guerra, la Policía Nacional y otros cuerpos; estaba entrenado y asesorado por los mejores especialistas militares norteamericanos, y el gobierno de EE.UU. lo había abastecido con todos los recursos necesarios, incluyendo armamento y técnicas sumamente avanzadas para su época. Sin embargo, el hecho de ser un instrumento brutalmente represivo de las clases oligárquicas, poseer una oficialidad en gran parte corrompida y encontrarse calado por los peores vicios, lo enfrentaba a lo más sano y consciente del pueblo, lo aislaba y desmoralizaba.

En cambio, el Ejército Rebelde estaba integrado esencialmente por hombres y mujeres humildes, discriminados y explotados, que no tenían nada que perder más que sus cadenas, y sí tenían un mundo que ganar. Ellos sabían que de su decisión, empuje y heroísmo dependía la victoria, y que estaban guiados por un grupo de hombres como su Comandante en Jefe, que habían demostrado una y otra vez excepcional capacidad, audacia, firmeza e ilimitada lealtad a la causa del pueblo. Fidel les había enseñado la razón que tuvo José Martí para decir que una idea justa, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército.

Por eso, pese a la abrumadora desventaja en el número de hombres, armas y demás recursos materiales, las tropas rebeldes estaban dispuestas a pasar hambre y frío, sufrir todas las calamidades, para derrotar al régimen de oprobio y sangre que padecían y construir una sociedad más justa. Su moral era, pues, inquebrantable.

La ofensiva enemiga se desarrolla como lo había previsto Fidel. El ejército de la tiranía va tomando posiciones del Primer Frente en tres direcciones; pero lo hace a un elevado costo, a causa de la encarnizada resistencia de las tropas rebeldes. Caen en su poder Las Mercedes, Santo Domingo, Vegas de Jibacoa, San Lorenzo, Minas de Frío y otras posiciones. En cambio, se estrella contra la resistencia rebelde en muchos puntos. Entre el 11 y el 20 de julio tiene lugar la batalla de El Jigüe, una de las acciones más importantes de toda la guerra, en la que es cercado y derrotado un batallón del ejército batistiano.

Importantes fuerzas gubernamentales se lanzan también contra el II Frente Oriental, pero no pueden penetrar sus defensas. Ante el fracaso, la aviación de la tiranía inicia una ola de salvajes bombardeos sobre todo ese territorio, particularmente sobre los poblados allí existentes. La población civil sufre los efectos de las bombas incendiarias y de demolición, de los cohetes y proyectiles de gran calibre. Esos aviones se abastecen frecuentemente en la base naval de Estados Unidos en Guantánamo.

Ante estos hechos, el comandante Raúl Castro ordena que sean detenidos los ciudadanos norteamericanos que residan en ese territorio, orden que se cumple y amplía al ser capturados numerosos marines de la base naval de Guantánamo que pasan por la zona. El total de retenidos llega a 49. El objetivo de esta decisión era el de obligar a Batista a suspender los bombardeos sobre la zona y llamar la atención al mundo en relación con esos bestiales ataques. Poco después, Fidel Castro ordenó que fueran puestos en libertad los detenidos para evitar complicaciones con el gobierno yanqui; pero ya los objetivos propuestos se habían cumplido: los bombardeos fueron suspendidos, el ejército desistió de su ofensiva por tierra, el cónsul de Estados Unidos en Santiago de Cuba se vio precisado a negociar con el mando rebelde y el hecho tuvo una honda repercusión mundial.

En el curso del mes de julio, el Ejército Rebelde va reconquistando las posiciones perdidas, y el 6 de agosto toma Las Mercedes, poblado donde se hallaba la última fuerza del enemigo en la Sierra Maestra, y donde éste había comenzado en mayo su gran ofensiva. Las tropas de Batista habían sufrido la más aplastante derrota.

En el transcurso de dos meses de operaciones se libraron más de cien combates, contando seis batallas de gran envergadura, acciones que costaron al ejército de la tiranía alrededor de mil bajas, entre ellas más de trescientos muertos y cuatrocientos cuarenta y tres prisioneros. Las fuerzas rebeldes sufrieron unos veintisiete muertos y cincuenta heridos, lamentándose la pérdida de capaces y heroicos oficiales y soldados como René Ramos Latour, Ramón Paz, Angel Verdecia y Pedro Sotelo Alba. El Ejército Rebelde capturó más de quinientas armas: tanques de guerra, bazookas, ametralladoras y fusiles de distinto tipo y calibre, cientos de

obuses, microondas, más de cien mil balas, etc. Al final, las tropas rebeldes se habían casi triplicado: llegaban a más de ochocientos hombres.

Después del irreparable revés, la dictadura sólo podía contar, en Oriente, con las tropas reagrupadas en los centros urbanos. El Ejército Rebelde tuvo desde entonces, hasta el triunfo de la Revolución, la iniciativa estratégica.

El Pacto de Caracas. A partir de la antes mencionada reunión de Altos de Mompié, se dieron pasos muy positivos hacia la unidad de las fuerzas revolucionarias, y también hubo acuerdos unitarios con algunos partidos, organizaciones y grupos de tendencia reformista, e incluso conservadora. El más amplio y connotado esfuerzo en este sentido lo constituyó el llamado Pacto de Caracas, firmado en Venezuela el 20 de julio de 1958 por representantes del Movimiento 26 de Julio, Directorio Revolucionario, FEU, Movimiento de Resistencia Cívica, Organización Auténtica, grupo Montecristi, Unidad Obrera, Instituciones Cívicas y las fracciones opositoras de los partidos Auténtico y Demócrata. Firmaban, además, un ex-oficial del ejército y el que se calificaba como Coordinador Secretario General del cónclave, el abogado José Miró Cardona. El pacto fue suscrito también por el Partido Socialista Popular, que no estuvo presente en la reunión, pero fue el primero en enviar un delegado a la Sierra Maestra en la persona del prestigioso intelectual y dirigente comunista Carlos Rafael Rodríguez.

La declaración suscrita, elaborada en la Sierra Maestra con la decisiva intervención de Fidel, ofrece una información sobre la situación del país y el estado de la lucha contra la tiranía, y plantea la necesidad de unir los esfuerzos de toda la oposición en un frente cívico revolucionario cuyos tres pilares serían:

- 1) Estrategia común de lucha para derrocar a la tiranía mediante la insurrección armada, logrando la realización de un poderoso movimiento de masas que desemboque en una huelga general y en una acción armada en toda la nación;
- 2) Constitución de un gobierno provisional que conduzca al país a la normalidad y lo encauce por un proceso constitucional y democrático;
- 3) Programa mínimo de gobierno que asegure el castigo de los culpables de la grave situación de Cuba y garantice los derechos de los trabajadores, el orden, la paz, la libertad, el cumplimiento de los compromisos internacionales y el progreso económico, social e intelectual del pueblo cubano.

Las organizaciones firmantes piden al gobierno de Estados Unidos que cese la ayuda bélica y de todo tipo a Batista y reafirman su decisión de defender la soberanía nacional y la tradición civilista y democrática de Cuba. Constatan que la guerra no se libra contra los institutos armados de la república, sino contra Batista y llama a los hombres dignos que hay en las fuerzas armadas a que le nieguen su apoyo a la tiranía.

El documento finaliza con este llamado: «Exhortamos a todas las fuerzas revolucionarias, cívicas y políticas del país, a que suscriban esta declaración de unidad, y posteriormente, tan pronto las circunstancias lo permitan, celebraremos una reunión de delegados de todos los sectores, sin exclusión alguna, para discutir y aprobar las bases de la unidad».

El Pacto de Caracas tuvo un significado puramente político, ya que la verdadera unidad se venía forjando en la lucha diaria en la Sierra y en el llano entre las organizaciones propiamente revolucionarias y muchos militantes de grupos y partidos que adoptaron por su cuenta posiciones combativas y honestas. Algunas organizaciones sólo suscribieron la declaración de manera formal, pues los intereses que personificaban no les permitían llevar a la práctica siquiera el limitado programa que habían firmado. Ese es el caso, por ejemplo, del grupo Montecristi, vinculado a la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos.

Expresiones concluyentes de la unidad que se iba forjando en la lucha son asimismo: la coincidencia de todas las organizaciones verdaderamente revolucionarias en la estrategia y la táctica seguidas por Fidel Castro y su incorporación total a la lucha armada; la rápida unificación de los destacamentos guerrilleros del Directorio y del PSP bajo el mando supremo de Fidel y del Ejército Rebelde; la realización de amplios congresos de los campesinos y de los obreros en el Segundo Frente Oriental y de una plenaria nacional

azucarera igualmente amplia en el pueblo de General Carrillo, provincia de Las Villas; la constitución de la dirección unitaria del Frente Obrero Nacional Unido, y otros hechos significativos.

Congreso campesino en armas y Ley No. 3 del Ejército Rebelde. El movimiento revolucionario cubano había prestado siempre atención al problema campesino, sobre todo a partir de los años 30. Desde 1953, *La historia me absolverá* incluyó la reforma agraria como una de las primeras leyes que aprobaría la Revolución en el poder. Y al consolidarse el Ejército Rebelde en el Segundo Frente Oriental «Frank País», se creó un Buró Agrario encargado de atender los problemas económicos, sociales, políticos y culturales de los campesinos.

El 21 de septiembre de 1958, se realizó en Soledad de Mayarí Arriba, territorio del Segundo Frente, un congreso campesino presidido por el comandante Raúl Castro, que contó con la participación de 128 delegados de los pequeños productores de caña, café, frutos menores, etc. y numerosos invitados en representación del Ejército Rebelde, el movimiento obrero y otros sectores.

El evento tomó acuerdos importantes relacionados con la lucha contra el latifundismo y con todos los problemas que afectaban al campesinado cubano, en particular a la población del Segundo Frente; aprobó el Reglamento del Comité Regional Agrario y eligió una dirección encabezada por dos líderes campesinos de mucho prestigio: Teodoro Pereira (Presidente) y José Ramírez Cruz (Secretario General). Lugar destacado ocupó el apoyo concreto del campesinado a la lucha armada.

El congreso demostró que los campesinos trabajadores, junto a los obreros, muchos de ellos agrícolas, constituían la fuerza principal del Ejército Rebelde y del poder revolucionario en la zona.

Pocos días más tarde, el 10 de octubre, se promulga una reforma agraria revolucionaria, la Ley No. 3 del Ejército Rebelde, firmada por el Comandante en Jefe, Fidel Castro. Esta Ley reconocía como propietarios, por primera vez en la historia de Cuba, a los campesinos que cultivaban tierras del Estado, así como a todos los arrendatarios, subarrendatarios, aparceros, colonos, subcolonos y precaristas* que ocupaban lotes no superiores a cinco caballerías (67 hectáreas). La misma ley estableció el compromiso de eliminar el latifundismo cuando triunfara la Revolución.

Congreso obrero en armas. Los días 8 y 9 de diciembre de 1958 se realiza un congreso obrero en Soledad de Mayarí Arriba, el mismo lugar donde se había celebrado, tres meses antes, el congreso campesino. Convocado por el Frente Obrero Nacional Unido (FONU), el evento tuvo un carácter ampliamente unitario. Asistieron 110 delegados, que provenían en su mayor parte del Segundo Frente Oriental «Frank País», pero también de otras zonas cercanas no liberadas todavía, y que representaban prácticamente a todos los sectores de la producción y los servicios. Asistió un número apreciable de dirigentes obreros azucareros, que habían convocado también una plenaria del sector.

El congreso desautorizó a la CTC y a la Federación Nacional de Trabajadores Azucareros, ambas mujalistas, y acordó crear comisiones sindicales que realizaran elecciones libres en todos los centros laborales de las zonas liberadas y discutieran los convenios de trabajo con los patronos. También decidió no seguir abonando la cuota sindical obligatoria implantada oficialmente, ni los impuestos, descuentos y otras exacciones que contribuyeran al mantenimiento financiero de la tiranía.

Otros acuerdos estuvieron dirigidos a garantizar la producción de azúcar, café y demás renglones económicos de la zona, luchar por el pago del diferencial azucarero y donar al Ejército Rebelde el 20% de lo que se cobrara por este concepto.

Los acuerdos tomados comenzaron a cumplirse de inmediato. En las asambleas que empezaron a realizarse, los obreros expulsaban a los dirigentes mujalistas, elegían libre y democráticamente a sus nuevos líderes y acordaban su pleno respaldo al Ejército Rebelde.

Este congreso regional constituyó un paso de mucha importancia para la reorganización de la vida económica y social de las zonas liberadas y para la elevación del papel dirigente de los trabajadores.

Nuevo auge de la lucha clandestina. Recrudescimiento del terror. Después de cierto decaimiento provocado por el fracaso de la huelga de abril, se incrementaron de nuevo, a partir de agosto, el ritmo y la significación de las acciones clandestinas. En septiembre, un incendio destruye casi totalmente el aeropuerto de Rancho Boyeros; en noviembre es atacada la 14a Estación de la Policía, en Marianao, con saldo de varios policías muertos y heridos.

Particular trascendencia tiene la labor dirigida a entorpecer o impedir las elecciones generales convocadas por Batista para el 3 de noviembre. A las acciones de las tropas rebeldes, que interrumpen el tránsito en carreteras, caminos y vías férreas, detienen a aspirantes a cargos públicos e impiden el funcionamiento de muchos colegios electorales, se suma una activa propaganda en toda la isla y un extenso plan de sabotajes.

La aplastante mayoría de la población se abstiene de acudir a las urnas —pese a las amenazas del régimen de expulsar del trabajo a los que no voten, enjuiciarlos y tomar con ellos otras represalias—; los colegios se ven vacíos durante toda la jornada, y el gobierno tiene que apelar al relleno de las urnas con votos falsos y a realizar otros fraudes notorios. Andrés Rivero Agüero, Ministro de Educación y servidor incondicional de Batista, se da como elegido en unos comicios que nadie reconoce como legítimos.

En la intensa labor propagandística que lleva al pueblo la verdad de la situación en las montañas y llanos, y que denuncia cada uno de los crímenes, atropellos y malos manejos del gobierno, ocupa un lugar de vanguardia la prensa clandestina. Ella comenzó a circular desde los primeros tiempos de implantada la dictadura castrense, pero fue multiplicándose con el desarrollo del proceso revolucionario, se enriqueció con la radio y los periódicos guerrilleros y contrarrestó eficientemente los efectos de la censura de prensa y de la clausura de muchos órganos de opinión.

Desde que fue asaltado y clausurado el periódico *Hoy*, al día siguiente del asalto al cuartel «Moncada», el Partido Socialista Popular comenzó la publicación de *Carta Semanal*, que salió puntualmente durante la etapa de la tiranía, pese a que fueron descubiertos sus talleres y torturados algunos cuadros que la editaban. El PSP continuó publicando igualmente la revista *Fundamentos* y otros órganos como *El Campesino*, *Mensajes*, *Vida Económica*, *Arte y Literatura*, etc., al mismo tiempo que la Juventud Socialista mantuvo la publicación del magazine *Mella*.

El Movimiento 26 de Julio publicó *Revolución* y el boletín *Ultimas Noticias*, que se transformó después en *Sierra Maestra*. Con este nombre salió también uno en New York, como órgano del exilio cubano, y otros en varias provincias. *Vanguardia Obrera* desempeñó un importante papel en la orientación del proletariado. Finalizando 1958, las milicias del 26 en Las Villas editaron *Milicianos*. La Resistencia Cívica tuvo también su órgano: *Resistencia*; el del Directorio fue *13 de Marzo* y el de la FEU, *Alma Mater*. Con *El Cubano Libre*, creado por el Che en el Primer Frente, *Surco*, del Segundo Frente Oriental, y *Patria*, del Ejército Rebelde en Las Villas, se cubre una necesidad imperiosa en sus respectivos frentes de combate.

Además, en todo el país circulaban centenares de publicaciones locales, las que, unidas a los volantes y manifiestos, así como a la prensa clandestina nacional, constituyeron un factor decisivo en la lucha contra la tiranía. Aparte de otros muchos órganos de las fuerzas revolucionarias citadas, se podría agregar algunos periódicos de diversas organizaciones insurreccionalistas.

A todas estas publicaciones se suma la extraordinaria labor de *Radio Rebelde*, que a partir del 24 de febrero de 1958 constituyó un permanente órgano informativo, orientador y organizador del movimiento revolucionario dentro y fuera de Cuba, un diario mensaje de aliento y de combate. A ella se agregaron más tarde otras emisoras clandestinas, como fue el caso de *Trocha Libre*, que transmitía desde Camagüey en diciembre de 1958.

Al ascenso de la lucha clandestina correspondió una nueva ola de crímenes de la tiranía. No pasaba un día sin que se conocieran nuevos asesinatos; no hay un sólo municipio o barrio de Cuba, ni un sólo sector de la población, que haya salido indemne de esa orgía de sangre. Llama la atención el notable número de mujeres víctimas de la muerte y de los peores atropellos.

El 1ro. de agosto, ante un movimiento de protesta por los maltratos que sufrían, fueron ametrallados los presos del Castillo del Príncipe, en la capital de la república. En el segundo semestre de 1958, más de cien combatientes de diversas militancias fueron torturados y asesinados por esbirros al mando del comandante Jacinto Menocal, el chacal de San Cristóbal. Decenas de jóvenes —muchos de ellos sin relación alguna con la lucha— aparecían frecuentemente asesinados en ciudades y campos, en represalia indiscriminada por acciones revolucionarias.

A manera de ilustración, citaremos algunos de los miles de cubanos que engrosaron en esos meses la larga lista de mártires de la Revolución: Eduardo García Lavandero, aguerrido combatiente del Directorio Revolucionario; las hermanas Cristina y Lourdes Giralt, miembros del 26 de Julio; Lidia Doce y Clodomira Acosta, mensajeras del 26 de Julio; los cuadros del PSP Saturnino Aneiro y Carlos Rodríguez Careaga, dirigente este último del Frente Obrero Nacional Unido; Eliseo Camaño, dirigente obrero del Movimiento 26 de Julio; el maestro Fulgencio Oroz, militante de la Juventud Socialista; los miembros del 26 de Julio Rafael Ferro (Ferrito) y Ceferino Fernández Viñas, en Pinar del Río; el principal cuadro de acción del M-26-7 en La Habana, Angel Ameijeiras (Machaco).

Ampliación de las zonas de guerra. La invasión a Occidente. Con anterioridad al inicio de la ofensiva de verano de la tiranía, ya Fidel Castro había previsto la derrota de la misma y el desencadenamiento de una indetenible contraofensiva rebelde. Como una necesidad del desarrollo de la insurrección y como un factor determinante del éxito de esa contraofensiva, había que ampliar en la mayor medida posible las zonas de guerra. Con ello la dictadura se vería obligada a dispersar sus fuerzas, impidiendo que las concentrara sobre la provincia de Oriente, y además se le imprimiría un nuevo impulso a la lucha clandestina en las ciudades.

Se preparan las condiciones para consolidar y ampliar la guerra en Las Villas y Pinar del Río, se refuerzan y reorganizan los frentes que ya existen y se abren otros nuevos (el VI Frente al noroeste de Oriente; uno nuevo en la provincia de Camagüey). Además de los destacamentos o grupos que operan en Las Villas, ya en el verano de 1958 han iniciado sus acciones dos destacamentos guerrilleros en Pinar del Río, uno del M-26-7 y otro del DR-13-M, y también surgen grupos guerrilleros en La Habana y Matanzas.

Merece mención especial la integración, en el Primer Frente, de un pelotón de mujeres que lleva el nombre de «Mariana Grajales», la madre de los Maceo. Las «marianas», como se les llamó, tuvieron su heroico bautismo de fuego el 27 de septiembre de 1958, en el combate de Cerro Pelado.

En estos meses nacen también, en territorio del Segundo Frente, con la modestia propia de las difíciles condiciones de la lucha, la Fuerza Aérea y la Marina rebeldes.

Siguiendo la estrategia y los objetivos trazados por el Comandante en Jefe, y con el decisivo aporte de las armas, municiones y equipos capturados al ejército batistiano durante su fracasada ofensiva de verano, el Ejército Rebelde logró la preparación mínima indispensable para enviar dos columnas invasoras hacia las regiones del occidente y el centro de la isla.

Ambas salieron de la Sierra Maestra con muy pocos días de diferencia. La Columna No. 2 «Antonio Maceo», con unos 80 hombres, salió de El Salto el 21 de agosto de 1958, al mando del comandante Camilo Cienfuegos. Por Orden Militar del Comandante en Jefe, a Camilo se le otorgaron facultades para organizar unidades de combate rebeldes a lo largo del territorio nacional hasta tanto los comandantes de las provincias arribaran con sus columnas a sus respectivas jurisdicciones; aplicar el Código Penal y las leyes agrarias del Ejército Rebelde en el territorio invadido y percibir las contribuciones establecidas por las disposiciones militares; combinar operaciones con cualquier otra fuerza revolucionaria que se encontrara ya operando en determinados sectores, y establecer un frente permanente en la provincia de Pinar del Río, que sería base de operaciones definitiva de la columna invasora. Además, aunque su objetivo fundamental era el de llevar la guerra hasta el extremo occidental, y a ese fin debería subordinarse toda otra cuestión táctica, la Columna No. 2 debía batir al enemigo cada vez que se presentara la ocasión durante el trayecto.

La Columna No. 8 «Ciro Redondo», con unos ciento cincuenta hombres, salió de El Jíbaro el 31 de agosto del mismo año, al mando del Comandante Ernesto Che Guevara. Este fue nombrado jefe de todas las unidades rebeldes del Movimiento 26 de Julio que operaban en la provincia de Las Villas, tanto en las zonas rurales como urbanas, y se le otorgaron similares facultades que al Comandante Camilo Cienfuegos en cuanto a la recaudación de contribuciones, aplicación de las leyes revolucionarias, coordinación de operaciones con otras fuerzas guerrilleras y organización de unidades locales de combate. También se le encomendó la tarea de invitar a todas las demás fuerzas de la provincia de Las Villas a integrar un solo cuerpo de ejército para unificar el esfuerzo militar de la Revolución. Además, esta Columna tendría el objetivo estratégico de batir incesantemente al enemigo en el territorio central de Cuba e interceptar, hasta su total paralización, los movimientos de tropas enemigas por tierra dirigidos hacia Oriente.

La marcha de las columnas invasoras constituyó una extraordinaria proeza, que puso a prueba la voluntad, la resistencia física y la moral de los combatientes rebeldes. Tenían que avanzar por terrenos primero escarpados, luego cenagosos, obstaculizados por lluvias torrenciales, ríos crecidos e incluso por un huracán que los azotó poco después de la partida. La mayor parte del trayecto lo hicieron a pie, sólo en algunos tramos pudieron utilizar vehículos o caballos. Por esa razón, gran parte de los combatientes vieron pronto sus zapatos depedazados o quedaron descalzos, y en muchos casos se les imposibilitaba caminar debido a la hinchazón y enfermedades de los pies. Los afectaron a menudo las plagas, el hambre y la sed; pasaban a veces días enteros sin comida y en ocasiones tuvieron que tomar el agua de los ríos revueltos o de los pantanos.

Hubo tramos en que se extraviaron por falta de guías. Y encima de esto, la persecución —por momentos crítica— del ejército y la aviación enemiga, sobre todo en los llanos de Camagüey; las emboscadas, los cercos y algunos combates, pese a que los invasores trataban de evitar los enfrentamientos en aras de cumplir los objetivos que se les ordenaron. Aunque en muchos lugares tuvieron la ayuda de la población campesina y algún apoyo de las organizaciones revolucionarias, hubo también frecuentes casos de *chivatazos* (delaciones) y otros en que faltó el apoyo necesario de los combatientes de la ciudad.

El cansancio y la fatiga hicieron mella en el ánimo de muchos columnistas, y fue preciso apelar a lo más sensible de sus conciencias. No obstante el desánimo momentáneo, fueron muy aislados los casos de desertión, y después de 46 ó 47 días de marcha, ambas columnas llegaron a la provincia de Las Villas, donde los esperaban condiciones mucho más favorables, creadas por la acción de varios grupos insurreccionales. En el trayecto de la Sierra Maestra a las montañas villareñas, ambas columnas habían sufrido la pérdida de tres combatientes, cuatro habían resultado heridos y uno capturado por el enemigo. El ejército batistiano había tenido en esos enfrentamientos no menos de cuatro muertos, así como varios heridos y siete prisioneros.

Campaña de Las Villas. Batalla de Santa Clara. Objetivo fundamental de ambas columnas al llegar al territorio villareño fue el de unir bajo el mando del Ejército Rebelde a todos los grupos guerrilleros que operaban al norte y sur de ese territorio. El 8 de octubre, al día siguiente de entrar en Las Villas, el Comandante Camilo Cienfuegos llega con su columna al campamento de Félix Torres, en los Montes de La Victoria, en Yaguajay, desde donde operaba el destacamento «Máximo Gómez», del Partido Socialista Popular. Estos hombres se ponen de inmediato a las órdenes de Camilo, y participan con él en los combates que se libran en lo adelante.

La Columna No. 8, al mando del Che, llega a los montes del Escambray, donde encuentra dos actitudes: la reacción altanera y hostil del II Frente Nacional del Escambray y la acogida fraternal y unitaria de las tropas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Esta actitud de colaboración y apoyo del Directorio, se materializa en los contactos iniciales, en los combates donde participan juntos y formalmente en el llamado Pacto del Pedrero, firmado por el Movimiento 26 de Julio y el Directorio el 1ro. de diciembre de 1958. Sobre la base de ese pacto se creará días después una Comisión para el gobierno civil en el Escambray, integrada por representantes de las dos organizaciones. El documento suscrito en el Pedrero sella la unidad en

la lucha contra la tiranía en la provincia de Las Villas y reclama la adhesión de todos los demás grupos armados y organizaciones que luchan contra la tiranía. El Partido Socialista Popular suscribe inmediatamente el Pacto.

Las tropas de las Columnas 2 y 8, junto a las del Directorio Revolucionario —independientemente unas veces y conjuntamente otras—, libran importantes combates victoriosos, atacan convoyes militares enemigos, vuelan puentes, atacan los refuerzos del ejército batistiano, sabotean las elecciones del 3 de noviembre y prácticamente dividen la isla en dos partes, sin que las tropas enemigas puedan pasar por tierra a las provincias orientales. La situación revolucionaria es tan favorable en esta provincia, que la Columna No. 2, cuya misión era la de seguir hacia el occidente, recibe la orden de continuar las operaciones en Las Villas.

El 29 de noviembre, poderosas fuerzas de la tiranía parten de Santa Clara con el propósito de batir a las tropas rebeldes en la zona de Cabaiguán y Fomento. Por su superioridad en armas y en hombres, el enemigo logra reconquistar algunas posiciones. Las columnas guerrilleras le hacen una inteligente guerra de desgaste, hasta que el 2 de noviembre detienen el avance, obligándolo a retirarse después de causarle sensibles pérdidas humanas y materiales. Comenzará después la contraofensiva rebelde.

Los combates más importantes de esta contraofensiva se producen a partir del 15 de diciembre. En medio de intensos bombardeos de la aviación batistiana, caen en poder de las fuerzas rebeldes una ciudad tras otra: Fomento, Guayos, Cabaiguán, Placetas, Sancti Spiritus, Trinidad, Remedios, Manicaragua, Caibarién, Santo Domingo y Yaguajay, hasta llegar a la batalla de Santa Clara, último y poderoso bastión de la tiranía en la provincia villareña. Ya se han ido liberando los centrales azucareros y casi todo el territorio rural de la provincia.

Con razón, el gobierno considera vital la defensa de Santa Clara, ciudad de 90 000 habitantes, situada en el corazón de la isla. Era un importante nudo de comunicaciones, con sólidas fortalezas militares, defendida por más de tres mil hombres —que aumentaron a cerca de cinco mil con los refuerzos llegados de otros poblados de la provincia y de la capital—, y que contaba con el apoyo permanente de la aviación. Entre los refuerzos enviados de La Habana se hallaba un tren blindado de 22 vagones que se consideraba inexpugnable, construido especialmente para enfrentar a las tropas rebeldes. Su dotación era de 408 soldados y oficiales, y se hallaba perfectamente equipado con ametralladoras y cañones antiaéreos, otras armas y equipos, así como fabulosas cantidades de municiones.

Las fuerzas de la Columna No. 8 y del Directorio Revolucionario, todas bajo el mando del Che Guevara, contaban con unos trescientos hombres bien armados, experimentados y con alta moral, a los que se sumaban unos mil reclutas acabados de entrenar en el Escambray.

El 29 de diciembre comenzó la batalla, que se desarrolló siempre bajo el hostigamiento de la aviación de la tiranía. Una a una, se fueron tomando las posiciones enemigas: los cerros que rodeaban la ciudad, la central eléctrica, las instalaciones militares y los edificios públicos donde se habían atrincherado las tropas batistianas (cárcel, audiencia, palacio del gobierno provincial, hotel, etc.). Las fuerzas rebeldes cortaron la comunicación entre los defensores de la ciudad y el tren blindado, y cuando éste emprendió la marcha, lo descarrilaron y asaltaron. Todos los efectivos fueron hechos prisioneros, y se les capturó el enorme arsenal que llevaban.

Al mediodía del 1ro. de enero de 1959, se rinde el último bastión enemigo: el cuartel del Regimiento «Leoncio Vidal», el más importante de la región central de Cuba. Con ello, Las Villas se convertía también en territorio liberado.

La ofensiva final del Ejército Rebelde. El triunfo de la Revolución. La ampliación y consolidación de las áreas liberadas; la estabilidad definitiva del aparato administrativo, militar y político en el Primero, Segundo y Tercer Frentes; el incremento del número de hombres, armas y equipos del Ejército Rebelde; el clamoroso éxito de las columnas invasoras y el desarrollo de la ofensiva rebelde en el Segundo Frente, lanzada a principios de julio y que se torna arrolladora a fines de octubre, así como el peligro creciente de un

golpe militar o una intervención norteamericana, son hechos que permiten y exigen el desencadenamiento de la ofensiva contra la tiranía.

El 13 de noviembre se imparten las correspondientes instrucciones de Fidel a las fuerzas rebeldes de Las Villas, Camagüey y Oriente, y se inicia la ofensiva con la toma de las Minas de Bueycito cinco días después. El día 20 comienza el asalto al pueblo de Guisa, importante y bien defendida plaza situada a pocos kilómetros de Bayamo, acción en la que participan columnas del Primer y Tercer Frentes. Fueron diez días de encarnizados combates, no sólo contra la guarnición allí existente, sino también contra nueve refuerzos que llegaban uno tras otro. El ejército batistiano pudo movilizar más de dos mil hombres, contra unos trescientos combatientes rebeldes. Como decía el parte de guerra del Comandante en Jefe, «fue una lucha de hombres contra aviones, tanques y artillería».

Guisa fue una de las más notables batallas de toda la guerra, y en ella se le hicieron a las fuerzas de la tiranía más de doscientas bajas y se capturó una considerable cantidad de armas y parque. Pese a la duración e intensidad de la batalla, las pérdidas rebeldes se limitaron a ocho combatientes, entre ellos el bravo capitán Braulio Coroneaux.

Al tiempo que se libra la batalla de Guisa, las fuerzas del Segundo Frente cercan, hostigan y atacan a numerosas posiciones enemigas (Mayarí, San Luis, Alto Songo, La Maya, Sagua de Tánamo, Guantánamo y otras); entra en acción eficientemente la joven Fuerza Aérea Rebelde, y el 9 de diciembre está expedito el camino hacia Santiago de Cuba.

Fidel asume el mando directo de la ofensiva contra la capital de Oriente, y las tropas impulsan la arremetida al oeste y al noroeste de Santiago golpeando duramente a Jiguaní, Puerto Padre, Chaparra, Manatí y otras posiciones enemigas. El Frente de Camagüey, aparte de librar numerosas acciones de diverso tipo, entre ellas la de ir tomando cuarteles y guarniciones del gobierno, cumple su misión de impedir el paso de refuerzos del ejército batistiano hacia Oriente. Se desarrolla victoriosamente la campaña rebelde en Las Villas y se intensifican las acciones en las provincias occidentales.

En medio de los combates victoriosos en tierra oriental, se produce el 18 de diciembre el encuentro de Fidel, Raúl Castro y Juan Almeida, jefes de los tres frentes que avanzan sobre Santiago de Cuba. En los días posteriores, las fuerzas de los cuatro frentes orientales van tomando las posiciones enemigas en la provincia y el 30 de diciembre quedan solamente en sus manos las plazas —muy importantes pero avasalladoramente asediadas— de Santiago, Guantánamo, Manzanillo, Holguín y Victoria de las Tunas.

En estas condiciones, se empeora el estado de descomposición en las fuerzas armadas de la tiranía y aumenta el número de los que desertan de sus filas o se pasan a las tropas rebeldes. Por otro lado, comprendiendo que se acerca el colapso de la dictadura, y tratando de salvar al régimen oligárquico, numerosos representantes de la burguesía y del gobierno de Estados Unidos, e incluso algunos colaboradores cercanos del dictador en el propio ejército, intensifican sus maniobras para buscar una solución sin Batista. Se descubren algunas conspiraciones en el ejército, con el resultado de varios militares presos o jubilados, mientras Estados Unidos trata de convencer al dictador de que debe renunciar.

Muchos planes conspirativos se habían maquinado alrededor de las figuras del coronel Ramón Barquín y el conservador ortodoxo Raúl Chibás. A mediados de diciembre, el Departamento de Estado norteamericano y la CIA manifiestan la necesidad de sustituir rápidamente a Batista por una Junta Militar con figuras como el coronel Barquín. La Embajada de Estados Unidos en La Habana es del criterio que la Junta esté encabezada por el general Martín Díaz Tamayo, estrecho colaborador de Batista, que en los últimos meses tuvo discrepancias con él a causa de ambiciones personales y comenzó a conspirar. El 14 de diciembre, el embajador estadounidense, Earl T. Smith, anuncia que su gobierno retira su apoyo a Batista, y dos días después le reitera a éste, ahora de manera más directa e imperativa, que debe abandonar el poder y entregarlo a una Junta Militar. Desde hace más de un mes vienen moviéndose también tras esta solución, el brigadier Alberto del Río Chaviano y otros connotados jefes militares batistianos. Se repite en 1958, en cuanto a la intervención norteamericana, la historia de 1933.

Dentro de estas conspiraciones y maniobras desplegadas en connivencia con la embajada norteamericana, el general Eulogio Cantillo, jefe de operaciones del ejército de la tiranía en Oriente, se muestra dispuesto a negociar con Fidel Castro un acuerdo que solucione la crisis nacional. Sostienen una entrevista el 28 de diciembre, durante la cual Cantillo se compromete a producir un levantamiento militar en Oriente el día 31 y entregar al Ejército Rebelde las posiciones que aún conserva el gobierno.

Aunque la situación del país era totalmente favorable a las fuerzas rebeldes e inminente el desplome de la tiranía, Fidel aceptó la propuesta a fin de evitar mayores derramamientos de sangre. Pero exigió tres condiciones que Cantillo se comprometió a cumplir: que el levantamiento se produjese en Santiago y no en La Habana, para impedir la instauración de una junta militar; que se evitara la fuga de Batista y sus principales cómplices, y que no se diera cuenta del plan a la Embajada de Estados Unidos.

Cantillo regresa a La Habana, se pone de acuerdo con Batista y pide a Fidel un aplazamiento de la acción acordada. El líder rebelde comprende la traición del jefe enemigo y ordena la reanudación de la ofensiva contra Santiago, seguro de que la toma de la ciudad y demás plazas del ejército en Oriente es cuestión de horas. Así, el 29 cae Gibara, el 30 son tomados numerosos pueblos de la zona costera de Guacanayabo, el día 1.º son liberados Holguín y Victoria de las Tunas, y en la noche del mismo día 1.º se rinde la capital de Oriente. Con esta última victoria se cumple cabalmente la promesa de Fidel: «¡La historia del 95 no se repetirá! ¡Esta vez los mambises entrarán en Santiago de Cuba!».

En la madrugada del 1.º de enero de 1959, ante el virtual dominio del Ejército Rebelde sobre las tres provincias orientales, la desmoralización absoluta del ejército batistiano y su situación insostenible en todo el país, Batista entrega la jefatura de las fuerzas armadas al general Eulogio Cantillo, renuncia a la Presidencia de la República y abandona el país junto a sus colaboradores más allegados. En una engañosa maniobra, Cantillo designa Presidente Provisional de la nación al magistrado más antiguo del Tribunal Supremo de Justicia, Dr. Carlos M. Piedra, según el plan fraguado con la activa participación de la embajada norteamericana para frustrar el triunfo de la Revolución.

Al enterarse de la fuga del dictador, y advirtiendo que se trata de escamotear al pueblo su victoria, Fidel Castro, en varias alocuciones desde Palma Soriano, denuncia la traición y el golpe militar, ordena a los comandantes del Ejército Rebelde que prosigan sus operaciones en todos los frentes de batalla y logren la rendición de las posiciones enemigas, y llama al pueblo a la huelga general para derrotar los planes de la oligarquía y el imperialismo. Decide que los comandantes Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara avancen sobre La Habana: el primero debe tomar el campamento de Columbia —primera fortaleza militar del país, desde donde se había producido el golpe de Estado el 10 de marzo de 1952—, y el Che debe asumir la jefatura de La Cabaña, segunda fortaleza militar de la capital habanera.

En un nuevo y desesperado esfuerzo por controlar la situación, el general Cantillo dispone la libertad de cientos de presos políticos del presidio de Isla de Pinos y siguiendo siempre las indicaciones del embajador norteamericano, Earl T. Smith, lleva para La Habana al coronel Ramón Barquín, que también cumplía sanción por conspirar contra Batista, y lo sitúa en la Jefatura del Ejército. Barquín trata de que Fidel acepte el cargo de Primer Ministro del Gobierno Provisional, a la vez que se niega a entregar los mandos militares al Ejército Rebelde.

Pero el imperialismo y la oligarquía no pueden frustrar la victoria. Bajo la consigna de «¡Revolución sí, golpe de Estado no!», el líder de la Revolución ordena que marchen sobre Columbia las fuerzas rebeldes. La huelga general paraliza totalmente el país; en ciudades y pueblos las masas se arman y, junto a las fuerzas guerrilleras, toman los cuarteles, apresan y retienen a los esbirros de la tiranía para someterlos a juicio, y asumen el control de ciudades y pueblos.

El 4 de enero termina victoriosamente la huelga: fracasa el golpe de Estado mediatizado y se va estableciendo en todo el país el poder revolucionario. Se cumple la afirmación hecha por Fidel al entrar en Santiago: «Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad al poder».

XVII

La Revolución victoriosa.

Consolidación y desarrollo.

El Gobierno Provisional Revolucionario. Medidas iniciales. La victoria de la Revolución fue saludada con un desbordante entusiasmo popular. Las columnas rebeldes que avanzaban desde la provincia de Las Villas, encabezadas por los comandantes Ernesto Che Guevara y Camilo Cienfuegos, eran aclamadas a su paso por ciudades y campos, y su llegada a La Habana concentró a centenares de miles de capitalinos para darles la bienvenida. El 8 de enero hizo su entrada en la capital, con el pueblo habanero lanzado jubilosamente a las calles, la Caravana de la Libertad, al frente de la cual marchaba el Comandante en Jefe, Fidel Castro. En el campamento militar de Columbia, al dirigirse a la inmensa muchedumbre allí reunida, Fidel reafirmó los propósitos de la Revolución, advirtió sobre las dificultades y obstáculos que encontraría y explicó al pueblo la necesidad de mantenerse estrechamente unido.

La población saludó la entrada en La Habana del Gobierno Provisional Revolucionario, proclamado en Santiago de Cuba, que asumió sus funciones el 5 de enero. El Presidente provisional era, como se había acordado previamente, el magistrado Dr. Manuel Urrutia Lleó, quien confeccionó en Santiago de Cuba su gabinete y designó Primer Ministro al opulento abogado José Miró Cardona. Aunque ambos habían mantenido una actitud de enfrentamiento a la tiranía de Batista, eran de tendencia conservadora, y junto al Dr. Roberto Agramonte, Ministro de Estado, y al Ing. Manuel Ray, Ministro de Obras Públicas, se mostraron reacios a emprender las profundas transformaciones que requería el país.

Muy pronto habría de manifestarse la contradicción entre las principales figuras del gobierno provisional y el verdadero poder revolucionario, representado por el Ejército Rebelde. Si bien desde los primeros días de enero se adoptaron algunas medidas impostergables, como la creación de los tribunales revolucionarios para juzgar a los criminales de guerra, esto se hacía con la resistencia del Presidente y los ministros citados.

En sus continuas intervenciones públicas, Fidel explicó los puntos fundamentales de la ley de reforma agraria que se preparaba, dejó sentado el derecho de Cuba a gobernarse sin tutela extranjera y señaló cuáles eran las medidas que debían adoptarse. Pero, finalizando el mes de enero, el pueblo comenzaba a mostrar su preocupación por la lentitud del gobierno.

A mediados de febrero se produce la primera crisis ministerial: renuncia el Gabinete en pleno y Fidel asume el cargo de Primer Ministro, pues hasta ese momento se había mantenido como jefe del Ejército Rebelde. Con este cambio, la Revolución recibe un poderoso impulso, que se refuerza en junio con la salida de algunos ministros y se completa a mediados de julio con la solución popular de una seria crisis política. Ocurre que, ante la oposición que hacía el Presidente Urrutia a la promulgación de las leyes revolucionarias, Fidel desarrolla una táctica política de masas y renuncia al Premierato. En una comparecencia ante la televisión para explicar las causas de su renuncia, denunció la postura obstruccionista y entreguista del Presidente. La abrumadora mayoría del pueblo exigió e impuso la renuncia de Urrutia, y en su lugar se nombró a un distinguido abogado, el Dr. Osvaldo Dorticós Torrado.

En esta primera etapa de la Revolución, desde el 1.º de enero de 1959 hasta finales de 1960 aproximadamente, se promulga la Ley Fundamental de la República y se toman numerosas medidas indispensables para hacer realidad el viejo sueño de independencia económica, soberanía política, democracia real y justicia social que movió a los mambises del siglo pasado y a los luchadores populares de la república neocolonial.

Queda disuelto el Congreso de la República y todo el aparato de dominación política y de sustento administrativo de la tiranía, cuyos integrantes (senadores, representantes, gobernadores, alcaldes, concejales) habían llegado a esos cargos por medios fraudulentos. Los partidos políticos tradicionales, absolutamente desprestigiados por su complicidad con la tiranía, se desintegran automáticamente. Los politiqueros que habían colaborado con Batista son inhabilitados para ejercer cargos públicos durante un período determinado (hasta de 30 años). Estas medidas se habían promulgado ya desde la Sierra Maestra antes del triunfo de la Revolución, y ahora se aplican con el apoyo masivo y entusiasta del pueblo.

El Gobierno Revolucionario decide castigar ejemplarmente a los responsables de los crímenes cometidos por la tiranía. Los torturadores y asesinos de patriotas y revolucionarios habían escapado impunemente a lo largo de la historia de Cuba, y el pueblo confiaba en que ahora no ocurriría lo mismo: en todo el país se reclamaba «¡Paredón para los asesinos!». Se crean tribunales revolucionarios, se realizan juicios públicos con garantías de respeto absoluto a la justicia y se aplican las sanciones correspondientes a los delitos cometidos, entre ellas la de fusilamiento.

Otra reclamación insistente del pueblo era la de eliminar la corrupción política y administrativa, y castigar a quienes se habían enriquecido a costa del sudor y la miseria de los trabajadores. Según cálculos hechos en los primeros días de enero de 1959, el régimen batistiano había dilapidado más de dos mil millones de pesos, y dejaba una deuda pública de mil trescientos cincuenta millones.

El Gobierno comienza confiscando todos los bienes mal adquiridos, cosa que tampoco había ocurrido antes en el país. Se modifica el Código de Defensa Social para endurecer las sanciones contra los malversadores, y se crea el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados, el que confisca las propiedades del trust fosforero, del consorcio petrolero RECA, la Compañía Cubana de Aviación y el aeropuerto de Rancho Boyeros. Son intervenidos 14 centrales azucareros para investigar el origen dudoso de sus capitales, las empresas de Ómnibus Aliados y Ómnibus Metropolitanos, así como la *Cuban Telephone Company*, monopolio norteamericano implicado en turbios negocios con Batista. Continúa así la recuperación de todos los bienes malversados, a los que se suman las propiedades de las personas que abandonaban definitivamente el país. En abril de 1960, el valor de las propiedades recobradas por el pueblo ascendía a 400 millones de pesos (el peso cubano equivale al dólar). La Revolución erradicó definitivamente las «botellas» y la malversación de los fondos públicos.

Desde los días iniciales se disuelve el viejo ejército, instrumento de dominación y terror contra el pueblo, y asume las funciones de las fuerzas armadas el Ejército Rebelde, es decir, «el pueblo uniformado», como lo llamara Camilo Cienfuegos. En otra expresión de soberanía nacional, es despedida la misión militar norteamericana que había asesorado al ejército batistiano. Se suprimen los odiados Tribunales de Urgencia y la Sala Segunda de lo Criminal del Tribunal Supremo. Desaparecen igualmente la Policía Nacional, la Policía Secreta y demás cuerpos represivos de la oligarquía (BRAC, SIM, etc.), los que son sustituidos por la Policía Nacional Revolucionaria y otros órganos capaces de garantizar el orden y la seguridad del país y la defensa de la Revolución contra sus enemigos.

La dirección corrompida y entreguista de la CTC y sus sindicatos, impuesta y sostenida por la violencia antidemocrática, resulta barrida por las masas trabajadoras. Los obreros expulsados de sus centros de trabajo por la tiranía, vuelven a sus puestos y cesan de una vez y para siempre los desalojos campesinos.

Eliminando tradicionales abusos contra la población, y con el fin de mejorar su nivel de vida, se rebajan sensiblemente las tarifas de teléfono y electricidad y el precio de las medicinas. Se reducen en un 50% los alquileres de las viviendas y se dicta una Ley de Reforma Urbana en beneficio de la población. Se declaran de uso público todas las playas del país, con lo que quedan atrás siglos de exclusivismo y de odiosa discriminación racial y social. Se inicia una vasta y esclarecedora campaña por la verdadera igualdad de todos los cubanos, no sólo ante la ley, sino también ante el trabajo, la educación y todas las manifestaciones de la vida social. Esta no fue una batalla fácil, pues hubo que enfrentar los arraigados prejuicios raciales que lastraban la mente de una gran parte de la población cubana.

La Revolución crea nuevas fuentes de trabajo y se toman numerosas medidas que tienden a erradicar el azote del desempleo. A finales de 1959, los seguros sociales se hacen extensivos a todos los trabajadores y se fija una pensión mínima de cuarenta pesos al mes. Esta cuantía era varias veces superior a la mayoría de las pensiones existentes, que en muchos casos no pasaban de los seis pesos mensuales. En el curso del proceso revolucionario, se logra garantizar empleo y seguridad social a toda la población; la pensión mínima ascenderá a sesenta pesos al mes.

Entre los sectores priorizados por la Revolución estuvieron siempre la salud del pueblo y la educación. Apenas instaurado el nuevo poder, comienza la construcción de hospitales, policlínicas y dispensarios, principalmente en lo más apartado de los campos. Se aumentan considerablemente las partidas del Presupuesto dedicadas a la salud y se acelera la formación de médicos, estomatólogos, enfermeros y otros profesionales del ramo. Los servicios médicos empiezan a prestarse gratuitamente en los consultorios, así como en los casos de ingreso y atención en los hospitales y demás instituciones médicas. Se respetan las consultas privadas, pero los nuevos médicos renuncian masivamente a ellas. Los trasplantes de órganos, los largos tratamientos contra el cáncer, la leucemia, los trastornos mentales y demás enfermedades; las operaciones quirúrgicas más costosas en el mundo, comienzan a realizarse gratuitamente para todos los ciudadanos que las necesiten. Se sientan las bases para el extraordinario desarrollo que alcanzaría más tarde la salud en Cuba.

Igualmente ocurrió con la educación. Ante el pavoroso cuadro de un millón de analfabetos y 600 000 niños sin aula, en contraste con 10 000 maestros sin empleo, la Revolución dispone la creación de diez mil nuevas aulas para cubrir principalmente el vacío que existe en las zonas rurales, e inicia la formación de «maestros voluntarios» que tras breves cursos de preparación irían a suplir las urgentes necesidades educacionales. Un símbolo de la nueva Cuba es el hecho de que el campamento de Columbia —la primera fortaleza militar del país— se entrega al Ministerio de Educación (MINED), y se convierte en una inmensa escuela con el nombre de Ciudad Libertad. Lo mismo se hace con el histórico Cuartel «Moncada», de Santiago de Cuba, que pasa a nombrarse Ciudad Escolar 26 de Julio. En total, sesenta y nueve cuarteles son entregados al MINED y se convierten en centros escolares. Al mismo tiempo, se dicta una Ley de Reforma de la Enseñanza dirigida a perfeccionar la educación del pueblo. Se rebaja hasta un 35% el costo de los libros de texto, y se preparan las condiciones para iniciar la histórica campaña de alfabetización.

La Revolución adopta medidas para extirpar numerosos males crónicos que afectaban a la sociedad cubana. Se suprime el negocio del juego (casinos, bancas, espectáculos pseudodeportivos), que enriquecía a empresarios inescrupulosos a costa del despojo que sufría una parte de la población sumida en estos vicios. Se suprime la Lotería Nacional, una de las instituciones oficiales más representativas de la corrupción imperante, y en su lugar se crea el Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas, que utiliza las ganancias obtenidas con la venta de boletos para la construcción de casas de vivienda en todo el país. Más tarde se eliminaría también esta forma de recaudación basada en los juegos de azar.

El tráfico de drogas y el contrabando organizado son eliminados totalmente. Se empiezan a dar los pasos necesarios para eliminar la prostitución atacando sus raíces: se dictan medidas humanas y justas que incluyen empleos decorosos y la necesaria reeducación para decenas de miles de esas mujeres víctimas del capitalismo. Poco a poco desaparece la mendicidad y el espectáculo de niños abandonados y descalzos pidiendo limosna por las calles. Sólo quedaron algunos casos aislados —y hasta cierto punto pintorescos— de mendigos tradicionales, como el llamado «Caballero de París», de largas barbas, traje y sombrero, que deambulaba por las calles y se negó siempre a acogerse al amparo que le brindaban las instituciones sociales.

La primera Ley de Reforma Agraria. De todas las medidas adoptadas por la Revolución en esta etapa, la más trascendental fue, sin dudas, la Ley de Reforma Agraria, firmada en La Plata, Sierra Maestra, el 17 de mayo de 1959, que benefició a más de cien mil familias campesinas. Ella asestó un golpe mortal al dominio imperialista sobre Cuba y al viejo cáncer del latifundismo. Anuló el derecho de las compañías y de los

ciudadanos extranjeros a poseer tierras en Cuba, excepto en el caso de que estos ciudadanos fueran pequeños agricultores, y fijó en 30 caballerías (402 hectáreas) el máximo de extensión de tierra que podía tener una persona natural o jurídica. Ese límite se podía ampliar, no obstante, a 100 caballerías, en ciertas áreas sembradas de caña o arroz, o dedicadas a otras actividades agropecuarias, siempre que estuvieran produciendo al máximo de rendimiento.

Las fincas menores de 30 caballerías sólo podían expropiarse cuando no estaban explotadas por sus dueños sino por arrendatarios, aparceros, colonos o precaristas, ya que, en virtud de la propia ley, éstos pasaban a ser propietarios de las tierras que trabajaban.

Si la tierra que cultivaba un campesino no pasaba de dos caballerías, la propiedad le sería entregada gratuitamente. Si cultivaba entre dos y cinco caballerías, se admitía que, además de las dos que recibía gratuitas, adquiriera las restantes mediante compra a plazos.

Los propietarios de tierras expropiadas recibirían una indemnización mediante «Bonos de la Reforma Agraria», redimibles en un plazo de 20 años. A las viudas y ancianos cuyos únicos ingresos eran las rentas que percibían por sus tierras, se les comenzó a pagar mensualmente, en efectivo, una cantidad de dinero no menor a la renta que hasta ese momento venían recibiendo. Esa mensualidad se hizo después vitalicia. A aquellos propietarios que obstaculizaron la ejecución de la ley o que se marcharon definitivamente del país, no se les entregaron los bonos de indemnización.

Los latifundios que utilizaban fuerza de trabajo asalariada fueron nacionalizados, pero no se fraccionaron: se mantuvieron como grandes unidades de producción que dieron lugar a las granjas del pueblo (grandes empresas estatales) y cooperativas cañeras (que poco tiempo después se convirtieron también en granjas). En estas granjas del pueblo estaba el germen de la futura propiedad socialista en la agricultura.

La misma Ley dispuso la creación del Instituto Nacional de Reforma Agraria, al que se le confirieron las facultades necesarias para aplicar totalmente lo establecido. Este organismo fue presidido por Fidel Castro.

La Ley de Reforma Agraria no tenía en sí misma carácter socialista. El máximo de 30 caballerías que quedó en poder de los propietarios de tierras, era una cantidad apreciable que permitió la supervivencia de una fuerte burguesía agraria. Pero dicha ley era profundamente radical: liquidaba el control de la tierra cubana por poderosas compañías extranjeras y por sus aliados y servidores, los latifundistas cubanos. De ahí su carácter nacional-liberador, antimperialista y revolucionario. Y de ahí también que a partir de su promulgación, el imperialismo y la reacción interna decidieran enfrentarse directamente a la Revolución.

Esta Ley —basada en el principio de que la tierra debe pertenecer a quien la trabaja— respondía a una necesidad histórica: sin ella no podía haber diversificación de la producción, ni desarrollo económico, ni erradicación del desempleo, la miseria y el analfabetismo. Como expresara el entonces comandante Raúl Castro, «sin esa reforma agraria no había independencia económica, ni progreso industrial, ni bienestar social».

La original Ley de Reforma Urbana. Una de las necesidades más apremiantes de la sociedad cubana, recogida en el Programa del Moncada, era la solución del problema de la vivienda, anhelo universal hasta entonces insatisfecho. Un sueño casi imposible de todo inquilino era el de ser dueño de la casa o apartamento en que vivía.

Cuando triunfa la Revolución, una de sus más urgentes aspiraciones fue la de cumplir ese sueño, dentro de lo posible. Se tomaron algunas medidas previas como la rebaja de los alquileres, la Ley de Solares Yermos (que obligaba a los dueños a venderlos a la población para fabricar viviendas) y la creación del Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas, con un ambicioso plan de construcciones. Pero la más trascendente de esas medidas fue la Ley de Reforma Urbana, promulgada el 14 de octubre de 1960.

Esta original contribución de la Revolución Cubana, que no tiene antecedentes en otros países, hizo propietarios de sus viviendas a la inmensa mayoría de los cubanos. Abonando alquileres rebajados en un 50% para ir amortizando el costo del inmueble, todo inquilino ha podido hacerse propietario en un plazo

comprendido entre cinco y veinte años, según la fecha de construcción de la vivienda: desde las edificadas antes de 1940 hasta las construidas de 1958 en adelante. Gracias a esta Ley, más de un millón de familias cubanas se han hecho dueñas de las casas en que viven.

Una característica notable de esta Ley, común a todas las medidas revolucionarias, es la de que no abandonaba a su suerte a ninguno de los antiguos casatenientes. Cuando dejaban de percibir las rentas y no tenían otros ingresos, el Estado les garantizaba una pensión vitalicia que fluctuaba entre 150 y 600 pesos mensuales, según el monto de las rentas que percibían. Si el antiguo rentista tenía otros ingresos, éstos se tomaban en cuenta para fijar la cuantía de la pensión, de modo que ella no bajara del mínimo establecido ni excediera del límite máximo.

De modo que la ley benefició, en primer lugar, a los arrendatarios, porque les aseguró la propiedad de sus viviendas en un plazo razonable, y además, a los rentistas modestos, porque en lugar de las rentas fluctuantes e inseguras, tuvieron una digna pensión vitalicia, librándose de los impuestos y de los gastos que ocasiona el mantenimiento de un inmueble. Los que sí resultaron afectados fueron los grandes propietarios de casas, que vieron reducidos a un máximo de 600 pesos sus ingresos por concepto de rentas.

De ahí el entusiasmo con que fue acogida esta ley por los trabajadores, profesionales y propietarios modestos, lo que reafirmó su apoyo a la Revolución, y el disgusto que dicha medida produjo en los grandes casatenientes, que, en general, reafirmaron sus posiciones contrarrevolucionarias.

La guerra no declarada contra Cuba. El inexistente «baño de sangre». Por justas, humanas y necesarias que fueran las medidas adoptadas por la Revolución, el imperialismo y la oligarquía no estaban dispuestos a aceptarlas, ya que alteraban las bases del sistema de explotación y opresión que garantizaba su dominio sobre el país.

Desde los primeros días de enero de 1959, Estados Unidos abrió sus puertas y dio refugio y protección a criminales de guerra, malversadores y otros connotados personajes que le habían servido de instrumento durante la sangrienta tiranía de Batista. Inmediatamente, esos elementos comenzaron a organizarse y armarse con la complicidad del Buró Federal de Investigaciones, la Agencia Central de inteligencia (CIA) y en general de las autoridades norteamericanas. El 28 de enero, un grupo de esbirros y voceros de la tiranía fundaron la primera organización contrarrevolucionaria en el exilio: La Rosa Blanca.

También a principios de enero se inició desde Estados Unidos una gran campaña contra la decisión cubana de juzgar y sancionar ejemplarmente a torturadores, asesinos y chivatos (soplones de la tiranía). Presentaban las acciones de los tribunales revolucionarios como actos de barbarie y asesinatos, y acusaban al gobierno cubano de producir un «baño de sangre». Sus propósitos fundamentales eran los de salvar la vida de quienes habían sido sus servidores incondicionales hasta unos días antes, frenar la justicia popular y desacreditar a la Revolución. Esta campaña mostró hasta qué punto los elementos criminales, corruptos y anexionistas de la tiranía batistiana eran parte del interés imperial y una prolongación del Estado norteamericano. Esas campañas anticubanas no cesarían jamás.

A fines de enero, en una visita fraternal y amistosa a Venezuela, Fidel anuncia la próxima creación en Cuba de una agencia de noticias que defienda a los pueblos contra las campañas difamadoras de sus enemigos. Poco después se funda, con ese fin, la agencia «Prensa Latina».

En grandes concentraciones populares, la nación protestó indignada por la complicidad de EE.UU. con criminales y ladrones, y se inició la llamada «Operación Verdad» para contrarrestar la poderosa campaña imperialista.

De inicio, el gobierno estadounidense no se involucra públicamente en los planes contra Cuba. Una de sus tácticas es entonces la de utilizar a los que huían de la justicia revolucionaria y a la satrapía de Rafael Leónidas Trujillo en Santo Domingo, como antes había utilizado a esta última para enviar armas al tirano Batista. Así, con la participación de funcionarios yanquis y de contrarrevolucionarios cubanos, el dictador dominicano convierte a su país en una base de agresiones contra Cuba.

A mediados de enero, se anuncia desde la isla cercana el reclutamiento de mercenarios para desembarcar en Cuba «tan pronto surjan descontentos con la Revolución». Durante siete meses, proliferan desde allí las agresiones contra Cuba. Se producen ataques a las Embajadas cubanas en Haití y Santo Domingo, un atentado al Embajador de Cuba en este país, incursiones en aguas cubanas y vuelos de aviones trujillistas para abastecer de armas a supuestos grupos contrarrevolucionarios en las montañas del Escambray.

El Gobierno Revolucionario denuncia ante el mundo la conspiración. Desde finales de junio se ve obligado a romper relaciones diplomáticas con el gobierno dominicano. Los planes de Trujillo terminan, finalmente, en un rotundo fracaso en el mes de agosto, con la captura de aviones piratas en tierra cubana, la detención de sus tripulantes y la ocupación del armamento.

En las agresiones contra Cuba comienzan a ocupar un lugar prominente los planes de asesinato de Fidel Castro y otros líderes revolucionarios. En fecha tan temprana como el 2 de febrero de 1959, es capturado un ciudadano norteamericano que se introdujo ilegalmente en Cuba con el propósito de asesinar a Fidel. En lo adelante, esos intentos se producirían por centenares a lo largo de todo el proceso revolucionario, utilizando para tal fin los más diversos medios: fusiles de alta precisión y largo alcance, venenos fulminantes, bolígrafos explosivos, gérmenes que producen enfermedades mortales, etc.

Otra temprana forma de enfrentamiento a la Revolución fue la organización de núcleos de sabotadores, espías y conspiradores de diverso tipo dentro del país. El primero de estos grupos es descubierto y liquidado en la ciudad de Regla en abril de 1959; se comprueba que tiene conexiones con las agencias de espionaje de EE.UU. y que está financiado por elementos batistianos. En ese mismo mes, dos norteamericanos son sorprendidos en labores de espionaje, cuando tratan de fotografiar áreas interiores de la fortaleza de La Cabaña.

Estos grupos subversivos se fueron incrementando con el avance del proceso revolucionario. Los sectores afectados por las medidas de la Revolución (latifundistas, grandes casatenientes, miembros del trust de la medicina, explotadores de casinos y casas de juego) iban eliminando de las fachadas de sus residencias los cartelitos de «¡Gracias, Fidel!» y, en unión de exmilitares y otros batistianos, comenzaron a conspirar. Se les fueron sumando también ciertos elementos que desertaban del campo revolucionario porque no podían saciar sus ambiciones personales o porque estaban comprometidos con las clases reaccionarias y proimperialistas. Y también desempeñó un papel muy activo contra la Revolución en estos años la alta jerarquía católica, estrechamente vinculada a las clases oligárquicas.

Las agencias de espionaje yanquis encuentran en esos círculos un excelente caldo de cultivo para su labor contra la Revolución, y comienzan a organizarlos, entrenarlos y financiarlos. A mediados de 1959 han creado ya numerosos núcleos de conspiradores y focos de alzados en Pinar del Río y otras provincias.

También desde febrero de 1959 se inicia una de las formas más peligrosas de agresión: las violaciones del espacio aéreo y marítimo de Cuba por naves procedentes de Estados Unidos —incluyendo barcos y aviones militares—, conducidas por ciudadanos norteamericanos o por mercenarios de origen cubano. Los propósitos de esas incursiones eran múltiples: bombardear y ametrallar poblados, centrales azucareros, fábricas, plantas eléctricas y otros centros vitales de la nación; incendiar campos de caña, refinерías de petróleo y otros objetivos importantes; lanzar armas, explosivos y diversos pertrechos con destino a bandas de alzados, a redes de espionaje o sabotaje; recoger y llevar para Miami a enemigos de la Revolución; crear zozobra en la población, o simplemente, provocar una reacción violenta de Cuba.

Gran importancia se le da a la labor de desinformación y propaganda generalizada contra la Revolución Cubana, en la que EE.UU. desempeña el papel más activo. El 12 de mayo de 1959, los embajadores norteamericanos en Sudamérica se reúnen en Chile para coordinar una campaña regional contra Cuba.

La firma de la Ley de Reforma Agraria le demuestra a Estados Unidos que de nada le valen las presiones diplomáticas, las amenazas veladas ni las campañas político-ideológicas, por lo que los gobernantes norteamericanos deciden preparar una operación militar contra Cuba. A finales de mayo se produce en Washington una reunión secreta del Vicepresidente de EE.UU., Richard Nixon, con representantes de la

mafia y de varios monopolios norteamericanos, en la que Nixon se compromete a derrocar al gobierno cubano.

A partir de entonces, se multiplican los grupos subversivos, los sabotajes, las incursiones de naves piratas, los atentados y demás actividades contrarrevolucionarias. Arrecian las campañas difamatorias contra la Revolución y los llamados a los cubanos, particularmente a los profesionales, para que abandonen el país. En el mes de julio, el Senado autoriza al Presidente Eisenhower a tomar medidas de carácter económico contra países que confisquen propiedades norteamericanas. Y la escalada sigue en los meses posteriores.

En enero de 1960, Allen Dulles, Director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), propone al llamado Grupo Especial un proyecto anticubano, y se forma una «fuerza de tarea» para ejecutar acciones contra Cuba. En el mes de abril, el jefe de la CIA en Guatemala obtiene del presidente de ese país el permiso para utilizar el rancho de Retalhuleu como base aérea y campo de entrenamiento de exiliados cubanos. En mayo comienza sus transmisiones la primera emisora de la contrarrevolución de origen cubano, Radio Swan, organizada y pagada por Washington.

A partir de la Ley Agraria, comienzan a producirse también desertiones de personajes conocidos, e incluso de algunos oficiales del Ejército Rebelde ligados a grandes ganaderos, latifundistas y otros elementos reaccionarios. El caso más connotado fue el del comandante Húbert Matos, jefe del Ejército Rebelde en la provincia de Camagüey. Hombre de derecha que se vinculó a los intereses del alto clero católico y de los más ricos ganaderos y hacendados camagüeyanos, se rodeó de elementos afines, fue apartando a los cuadros fieles a la Revolución e inició un movimiento sedicioso en el mes de octubre del propio año 1959. Pero la sedición fue liquidada en pocas horas sin derramamiento de sangre, con la presencia del comandante Camilo Cienfuegos. Húbert Matos fue detenido, juzgado y condenado a veinte años de prisión.

La consecuencia más lamentable de estos hechos fue la desaparición de Camilo Cienfuegos, cuyo avión resultó arrastrado por los vientos y cayó en el mar durante su viaje de regreso a La Habana. Más de dos semanas de intensa y angustiosa búsqueda fueron inútiles, y el pueblo en las calles lloró la pérdida de uno de sus líderes más queridos. A partir de entonces, al llegar cada 28 de octubre, la población de la capital y demás ciudades costeras acude masivamente al mar a echar flores en recuerdo a Camilo.

En el segundo semestre de 1959 y durante todo el año 1960, las organizaciones contrarrevolucionarias, las bandas armadas y las redes de espionaje —organizadas, dirigidas y abastecidas por la CIA—, se van extendiendo a todas las provincias del país, al mismo tiempo que se incrementan sus acciones vandálicas. Las masas populares en las calles, en los centros de trabajo y estudio, reclaman armas para la defensa de la patria y castigo para los saboteadores y demás enemigos de la Revolución. El Gobierno decide restablecer los tribunales revolucionarios —que habían cesado al terminar los juicios contra los criminales de guerra—, adquirir armas en otros países y entregarlas al pueblo. Se crean las Milicias Nacionales Revolucionarias —integradas por obreros, campesinos, estudiantes, profesionales y otros sectores de la sociedad, hombres y mujeres—, para defender el poder revolucionario junto al Ejército Rebelde, la Policía Nacional Revolucionaria y demás cuerpos armados.

El 4 de marzo de 1960, explota en el puerto de La Habana el barco francés «La Coubre», que traía un cargamento de armas procedentes de Bélgica. El mecanismo detonante fue colocado por la CIA norteamericana en puertos europeos para que accionara durante la descarga de la mercancía, plan criminal que ocasionó la muerte a 70 trabajadores y heridas a más de doscientos. Al día siguiente del monstruoso crimen, en el sepelio de las víctimas, Fidel lanzó por primera vez la consigna que ha sido divisa permanente de la Revolución en la lucha contra sus enemigos: «¡Patrà o Muerte!».

Los manejos de EE.UU. en la OEA. Desde junio de 1959, Estados Unidos empieza a presionar a los gobiernos que integran la Organización de Estados Americanos (OEA) para preparar una acción colectiva contra Cuba. Con este fin, promueven la realización de una Reunión de Consulta de Cancilleres, que tiene

lugar en Santiago de Chile en agosto de ese año; pero la delegación cubana se convierte en acusadora, y el imperialismo no logra que el cónclave condene a Cuba.

En la VII Reunión de Consulta de Cancilleres, efectuada en San José de Costa Rica un año después (agosto de 1960), Estados Unidos logra que se condene a la Revolución Cubana por admitir la ayuda de la Unión Soviética, lo que, según la OEA, significa la intromisión de una potencia extracontinental en América. En los momentos en que se celebra la reunión, el gobierno yanqui da a conocer la aprobación de un crédito de 600 millones de pesos para distribuir entre los gobiernos allí reunidos.

Como respuesta a esta Declaración, el pueblo habanero colma la Plaza Cívica (hoy Plaza de la Revolución José Martí) en una Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba, y aprueba por aclamación la Declaración de La Habana. Este documento rechaza en todos sus términos la Declaración de San José, porque ella atenta contra la autodeterminación, la soberanía y la dignidad de los pueblos hermanos del continente. Denuncia la interminable cadena de intervenciones y agresiones del imperialismo yanqui contra esos pueblos. Defiende el derecho de Cuba a recibir ayuda de la URSS o de cualquier otro país, en todos los órdenes, incluso el apoyo militar en caso de que la isla sea agredida.

Esta primera Declaración de La Habana condena el latifundio, los salarios de hambre, el analfabetismo, la discriminación del negro y del indio, las leyes represivas, la explotación colonial y neocolonial y todos los graves males que afectan a los pueblos de América. Condena, en fin, la explotación del hombre por el hombre y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista.

Esta declaración, que sería ratificada después por la firma de más de un millón de cubanos, muestra a la Cuba revolucionaria como portaestandarte de los intereses, esperanzas y anhelos más profundos de los pueblos de América Latina.

Las agresiones económicas. Además de organizar y dirigir la subversión interna, desarrollar una poderosa ofensiva diplomática y entrenar mercenarios para atacar a Cuba, los gobernantes norteamericanos desatan una cadena de agresiones económicas con el fin de paralizar y destruir la Revolución. Más del 80% del comercio exterior de la isla se realizaba con Estados Unidos, país que adquiriría casi toda la producción azucarera cubana. Una de las primeras agresiones es la de suprimir las compras de azúcar, sin tener en cuenta que ese mercado se había mantenido durante casi un siglo, que en las difíciles condiciones de las guerras mundiales Cuba le había suministrado ese producto a precios sumamente bajos, y que el azúcar era el renglón fundamental de la economía cubana, del que dependía el sustento de millones de personas. La cuota arrebatada a Cuba es distribuida entre otros países productores de azúcar, comprando así, junto con el dulce producto, la complicidad de las oligarquías que los gobernaban.

No satisfecho con esa medida, Estados Unidos prohíbe a las empresas norteamericanas y a sus subsidiarias en todo el mundo que exporten piezas de repuesto a Cuba. Este es otro golpe severo a la economía isleña, ya que la aplastante mayoría de sus fábricas, talleres, minas, medios de transporte, etc. estaban equipados con maquinarias norteamericanas. Estados Unidos suprime también totalmente el abastecimiento de combustible, elemento fundamental para la economía del país. Y cuando la URSS comienza a enviar petróleo a la isla, los monopolios petroleros yanquis, dueños de las refinerías existentes en Cuba, se niegan a refinarlo. A todas esas medidas, suficientes para inmovilizar a cualquier país pequeño y pobre, los gobernantes yanquis suman un férreo bloqueo económico, que prohíbe incluso la venta de alimentos y medicinas a la isla.

Acompañan esa brutal ofensiva con una poderosa campaña para llevarse de Cuba a médicos, ingenieros, arquitectos, profesores, laboratoristas, técnicos y profesionales en general, así como al personal calificado de industrias y demás centros de producción y de servicios importantes. Por un lado, les ofrecen cargos y sueldos elevados, y por otro, tratan de hacerlos huir atemorizados, propalando los más increíbles rumores: que el gobierno cubano había decidido despojar a los padres del derecho sobre sus hijos (patria potestad); que éstos iban a ser enviados a la URSS con los propósitos más aviesos; que en Cuba se iba a estatizar todo, incluso los objetos más simples de propiedad individual; que se desataría la persecución religiosa más feroz,

etc., etc. Así, abrieron las puertas de los Estados Unidos no sólo a los latifundistas, grandes burgueses, politiqueros, esbirros, proxenetas y toda clase de explotadores del pueblo, sino que también le arrebataron a éste miles de hombres y mujeres que desempeñaban funciones muy necesarias al país, entre ellos más de tres mil médicos.

Las nacionalizaciones. Los gobernantes norteamericanos y sus servidores desalojados del poder, confiaban en que el pueblo cubano no podría soportar tan avasalladora ofensiva y que se rendiría inevitablemente. Su prepotencia les impedía comprender la fuerza ilimitada de una verdadera revolución y de la solidaridad internacional. Tampoco se percataban de que con sus inhumanas agresiones sólo lograrían acelerar el proceso revolucionario.

Así, el pueblo cubano respondió de manera contundente a cada una de las agresiones del imperialismo. Unos días antes de que Estados Unidos suprimiera la cuota azucarera, Fidel Castro advierte: «Nos quitarán la cuota libra por libra, y les quitaremos los centrales uno por uno». Y el 6 de agosto de 1960 son nacionalizados 36 centrales azucareros, las refinerías de petróleo y los monopolios de teléfono y electricidad, todos de propiedad norteamericana. Como resultado de esta medida, 800 millones de pesos pasan al poder del pueblo. El 17 de septiembre es nacionalizada la banca norteamericana. El 13 de octubre corren la misma suerte 383 grandes empresas económicas y el resto de los bancos, con excepción de los canadienses. Y el 24 de octubre, pasan a manos de la nación todas las empresas norteamericanas que aún quedaban en el país.

El 15 de octubre, Fidel anuncia al pueblo que el Programa del Moncada se ha cumplido. La Revolución entraba directamente en la etapa de las transformaciones de carácter socialista. Muestra de ello era la nacionalización de grandes empresas de capital cubano que obstaculizaban el desarrollo del proceso revolucionario.

En este enfrentamiento con los principales responsables de la pobreza y el subdesarrollo de Cuba, se sintió el calor de la solidaridad internacionalista. Desde el mismo día del triunfo de la Revolución, los pueblos latinoamericanos y de otros puntos del planeta hicieron causa común con el pueblo cubano. Y la comunidad socialista se dispuso a brindar su apoyo decidido. En febrero de 1960 se firmó el primer convenio comercial con la URSS, y el 8 de mayo se restablecieron las relaciones diplomáticas entre ambos países. La Unión Soviética ofreció comprarle a Cuba todo el azúcar que ésta le vendía a Estados Unidos y suministrarle el petróleo que necesitara. También se establecieron acuerdos comerciales con otros países socialistas.

Ante la imposibilidad de adquirir las piezas de repuesto en EE.UU., se inicia el largo y complejo proceso de adaptar o cambiar la tecnología de las industrias cubanas, el parque de transporte, etc. Con inmenso esfuerzo, la URSS trata de producir piezas y equipos que se correspondan con la tecnología existente en la isla.

Cuba se esfuerza en la preparación del personal y los cuadros indispensables para impulsar el desarrollo del país en todos los órdenes. Aparte de que era insuficiente en lo absoluto el número de científicos, técnicos y obreros especializados formados antes del triunfo de la Revolución, la situación se había agravado en 1959-1960, pues una parte de ellos habían sido pirateados por Estados Unidos.

La campaña de alfabetización. Frente a la incredulidad de numerosas personalidades y organismos del exterior, el Gobierno Revolucionario se trazó la ambiciosa meta de eliminar el analfabetismo en un solo año: de enero a diciembre de 1961. Cien mil jóvenes estudiantes, la gran mayoría de los cuales vivían en las ciudades, se ofrecieron voluntariamente para marchar a todos los rincones del país, alojarse en los hogares humildes de los campesinos y enseñar a leer y escribir a los analfabetos. Estaban organizados en brigadas que más tarde tomaron el nombre de «Conrado Benítez», en honor a uno de los alfabetizadores asesinados por las bandas contrarrevolucionarias.

A estos estudiantes se unieron más de ciento veinte mil alfabetizadores populares y unos doce mil setecientos jóvenes obreros, organizados en las Brigadas «Patria o Muerte», de la Central de Trabajadores de

Cuba (CTC). Contaron, además, con cerca de treinta y cinco mil maestros, que actuaban como asesores pedagógicos. En total, se movilizaron para esta singular campaña alrededor de trescientas mil personas.

La misión de los brigadistas requería una extraordinaria dosis de comprensión, sacrificio, voluntad y resistencia, tanto en los jóvenes maestros como en sus familiares. Gran parte de los adolescentes que tomaron parte en la campaña no se habían separado jamás de sus hogares y fueron ubicados en zonas rurales intrincadas, viviendo durante todo un año entre personas hasta entonces desconocidas —generalmente con costumbres y modos de vida distintos a los suyos—, compartiendo las condiciones de pobreza en que vivían muchos de aquellos seres siempre olvidados, y ayudándolos también, después de la faena docente, en otras labores cotidianas.

Pero el más grave de los problemas radicaba en que una buena parte de esos jóvenes tenían que llevar a cabo su honrosa misión en zonas donde operaban bandas contrarrevolucionarias, portando como únicas armas su cartilla de alfabetización y el conocimiento de que realizaban una tarea pacífica y noble. Pero ese carácter noble y pacífico no impedía que las bandas armadas, en su criminal empeño de destruir la obra de la Revolución, atacaran una y otra vez a los jóvenes maestros y a los milicianos que los cuidaban, asesinando despiadadamente a varios de ellos, como los maestros mártires Conrado Benítez, Manuel Ascunce Domenech y Delfín Sen. No obstante, todos los obstáculos fueron vencidos exitosamente, y al culminar la campaña, en diciembre de 1961, se habían alfabetizado más de setecientos mil adultos, quedando únicamente los incapacitados para el aprendizaje. Estos analfabetos constituían sólo el 3,9% de la población, uno de los índices más bajos del mundo y el más bajo de América. La increíble hazaña se había realizado: Cuba pasaba a ser territorio libre de analfabetismo.

Playa Girón. La estrategia de Estados Unidos en su afán de destruir la Revolución Cubana abarca todos los frentes posibles: político, económico, ideológico y militar. Prepara y desencadena la guerra contrarrevolucionaria en las zonas montañosas del país, llegando a contar con cerca de tres mil mercenarios sobre las armas. Cabecillas como Manuel A. de Varona se jactan de que EE.UU. les ha entregado las armas para atacar a Cuba.

Se lleva a cabo una vasta campaña de diversionismo ideológico y una persistente guerra psicológica, sobre la base de los prejuicios anticomunistas y del efecto que entre los sectores más atrasados de la población pueden ejercer las «bolas» (rumores falsos), los miedos y la inseguridad.

En el segundo semestre de 1960 y primeros meses de 1961, se incrementa la ola de terror contrarrevolucionario: se intenta destruir instalaciones industriales y agropecuarias, cosechas, medios y vías de comunicación, escuelas, etc.; son incendiadas grandes tiendas por departamentos («La Epoca», dos *ten-cents*, «El Encanto») con pérdidas de vidas de trabajadores; se multiplican los atentados contra dirigentes y militantes revolucionarios, sobre todo contra Fidel Castro; se producen desembarcos de grupos contrarrevolucionarios armados.

El 3 de enero de 1961, Estados Unidos rompe relaciones con el Gobierno cubano y días después anuncia la realización de maniobras militares cerca de la isla, que enrolan a más de cuarenta mil hombres y 150 unidades navales de guerra, incluyendo dos submarinos atómicos. Al mismo tiempo, la CIA prepara militarmente a miles de mercenarios en sus campos de entrenamiento de La Florida, Guatemala y Nicaragua.

La dirección de la Revolución ha denunciado, desde enero de 1959, la injerencia de EE.UU. y cada una de sus agresiones. Esas denuncias adquieren un tono más fuerte ante los evidentes preparativos de intervención militar. Se han planteado en la OEA, la ONU y otros foros internacionales, así como en las visitas de Fidel a Venezuela, Argentina, Uruguay, Estados Unidos y otros países. Pero, sobre todo, la Revolución prepara política y militarmente a la nación para hacer frente a cualquier contingencia. Se crean las escuelas militares, que ofrecen cursos de emergencia; se integran los batallones de milicianos, cuya tarea inmediata ha de ser la desarticulación del bandidismo, principalmente en la Sierra del Escambray, y se dan los pasos pertinentes para obtener las armas indispensables en el plazo más breve posible.

El 31 de diciembre de 1960, ante la amenaza de una intervención militar directa de EE.UU., se da la orden de movilización general en todo el país. El 4 de enero de 1961 se establece la pena de muerte para los delitos contrarrevolucionarios. Dos días antes, miles de milicianos armados habían desfilado por la Plaza de la Revolución para conmemorar el segundo aniversario de la victoria y reafirmar la decisión de defender a toda costa el poder del pueblo.

A principios de abril, el gobierno estadounidense se halla listo para invadir la isla con una fuerza mercenaria. En la mañana del día 15, ocho bombarderos norteamericanos *B-26*, provenientes de su base en Puerto Cabezas, Nicaragua, realizan un ataque sorpresivo contra los aeródromos de Ciudad Libertad, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba. Valiéndose, como es su costumbre, de procedimientos arteros, disfrazan los aviones con insignias de la Fuerza Aérea Revolucionaria de Cuba, para dar la impresión de que se producía una rebelión interna en la isla.

El objetivo principal del ataque a los aeropuertos, era el de destruir en tierra la modesta fuerza aérea cubana, para impedir que fuera utilizada cuando se produjera la invasión. Pero no lograron su propósito. La artillería cubana, aunque todavía falta de experiencia, repelió el ataque y derribó uno de los aparatos enemigos, resultando muertos sus dos tripulantes. Las bajas de la parte cubana fueron 53 heridos y 7 muertos. Uno de éstos, un joven combatiente, expresó la decisión de lucha del pueblo revolucionario al escribir con su propia sangre, en la pared junto a la que cayó, el nombre de «Fidel».

Al día siguiente, 16 de abril, al despedir el duelo de las víctimas del bombardeo, y ante una inmensa concentración de milicianos armados, Fidel proclamó el carácter socialista de la Revolución y declaró el estado de alerta, comprendiendo que la acción del día 15 era el preludio de la invasión. Así, los hombres que enfrentarían al enemigo horas después, combatirían ya conscientemente por el socialismo.

En la madrugada del día 17 se produjo la invasión mercenaria, nominada por sus organizadores «Operación Pluto». Integraban el contingente invasor —Brigada 2506—, un total de 1 500 hombres, que habían salido de Puerto Cabezas a bordo de cinco buques de guerra de Estados Unidos y escoltados por otras unidades navales, también norteamericanas. Desembarcan por dos puntos de Bahía de Cochinos (Playa Girón y Playa Larga), territorio de la costa sur de Las Villas, con el propósito de establecer una cabeza de playa y constituir un gobierno provisional contrarrevolucionario que solicitaría y obtendría de inmediato la intervención de EE.UU.

El lugar fue bien escogido. Era una faja de terreno separada de tierra firme por una ciénaga de diez kilómetros de largo, la Ciénaga de Zapata. Sólo tres terraplenes —construidos por la Revolución— comunicaban esa zona con las localidades aledañas, y los invasores consideraron que resultaba fácil impedir la entrada de las fuerzas cubanas por esos tres accesos. Además, la Brigada estaba bien organizada, perfectamente armada y pertrechada y gozaba de todo el apoyo necesario.

Pero el gobierno yanqui y los mercenarios no tuvieron en cuenta dos factores: la unidad indisoluble entre el pueblo y su Revolución, y la capacidad estratégica y táctica de Fidel y de la dirección revolucionaria. El pueblo sabía que los invasores representaban un pasado funesto, el imperio de la oligarquía explotadora y de los monopolios imperialistas, que la Revolución había desterrado. Escoltaban a los mercenarios las mismas fuerzas que habían frustrado a finales del siglo XIX la independencia nacional e impuesto a Cuba un régimen de opresión y esquilma del pueblo.

Una simple ojeada a la composición de la brigada mercenaria mostraba sus objetivos de restauración oligárquica. En ella se encontraban: 194 exmilitares y esbirros de la tiranía de Batista, 100 latifundistas, 24 grandes propietarios, 67 casatenientes, 112 grandes comerciantes, 35 magnates industriales, 179 personas de posición acomodada, 112 elementos del lumpen y de otros estratos sociales. Muchos de ellos eran hijos y familiares de elementos acaudalados que habían perdido sus propiedades y privilegios. El pueblo combatiente de Cuba tenía, pues, la fuerza que da la defensa de una causa justa: la emancipación nacional y social recién conquistada.

Por otra parte, la sabiduría y la experiencia del mando revolucionario, demostrada desde los años de la insurrección armada, garantizó la unidad y la preparación del pueblo para ese enfrentamiento. Rápidamente se movilizaron los batallones de milicias de Cienfuegos, Matanzas y La Habana; la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas, un batallón de la Policía Nacional Revolucionaria y las baterías artilleras del Ejército Rebelde, todos bajo el mando del Comandante en Jefe Fidel Castro.

Al mismo tiempo, se pusieron en ejecución los planes para la defensa de todo el territorio nacional, y se efectuó la detención inmediata de unos tres mil elementos desafectos a la Revolución, con los que la CIA contaba para prestar un apoyo decisivo a la invasión mercenaria. Ya un mes antes, los batallones de milicias habían asestado un golpe demoledor a las bandas armadas en el Escambray, desarticulando también en ese punto los planes de la inteligencia norteamericana.

Las fuerzas revolucionarias enfrentaron con heroísmo a la brigada mercenaria, a sus unidades navales, tanques y aviones, empuñando las armas que tan oportunamente acababan de llegar de la Unión Soviética y Checoslovaquia. Y en menos de 72 horas, el enemigo fue derrotado, con un saldo de 89 muertos, 250 heridos y 1 197 prisioneros. Era el 19 de abril de 1961. Las bajas cubanas fueron cientos de heridos y 157 muertos, que Cuba recuerda como «Héroes eternos de la Patria». Cinco días después, el presidente norteamericano, John F. Kennedy, admitió públicamente la plena responsabilidad del gobierno de EE.UU por la invasión a Cuba.

Entre marzo y abril de 1962, se celebró el juicio contra los mercenarios de Girón, los que fueron sentenciados a la pérdida de la ciudadanía cubana e indemnización de 62 millones de pesos por los daños materiales causados a Cuba. De no abonarse esa cantidad, los sancionados tendrían que cumplir 30 años de prisión con trabajo físico obligatorio para todos ellos.

El gobierno cubano hizo saber que estaba dispuesto a renunciar a esa indemnización y entregar los prisioneros a EE.UU., si el gobierno de este país lograba que fueran puestos en libertad un número igual de patriotas norteamericanos, españoles, nicaragüenses, guatemaltecos y puertorriqueños que estaban encarcelados por luchar contra el fascismo, el racismo, el colonialismo, la tiranía y el imperialismo en sus respectivos países. No hubo respuesta a esa alternativa y, finalmente, los gobiernos de Cuba y EE.UU. llegaron al acuerdo de canjear los prisioneros por una cantidad de alimentos y medicinas para niños, cuyo valor equivalía al total de la indemnización reclamada. Por primera vez en su historia, EE.UU. pagaba una indemnización de guerra.

La victoria de Playa Girón consolidó la confianza del pueblo cubano en sus propias fuerzas, corroboró el valor de la solidaridad internacionalista y acrecentó el prestigio de la Revolución Cubana ante toda la humanidad progresista. Fue no sólo una victoria de Cuba, sino de todos los pueblos de América en su lucha contra el dominio del imperialismo y las oligarquías. Eso lo comprendieron las fuerzas progresistas del continente, que alzaron su potente voz solidaria con la isla agredida. Particular relevancia tuvo el gesto del general Lázaro Cárdenas, el eminente patriota y revolucionario mexicano, que se ofreció para pelear junto al pueblo cubano contra los invasores. También para él estuvo clara aquella afirmación de Fidel Castro de que «a partir de Girón, todos los pueblos de América fueron un poco más libres».

La unidad del pueblo. Factor decisivo del avance victorioso de la Revolución, fue la unión del pueblo en sus organizaciones políticas y de masas, y de todas ellas en torno a la dirección revolucionaria. La unidad de acción que se forjó en el proceso de la lucha contra la tiranía batistiana, se fue convirtiendo en unidad de organización a partir de 1959.

Aunque en los primeros meses hubo incomprendiones, posiciones diferentes ante determinados problemas e incluso errores, explicables en todo gran movimiento social como el que se producía en Cuba, primó la coincidencia en los objetivos de la Revolución, en el interés de defenderla y hacerla avanzar. La dirección de las fuerzas revolucionarias comprendía que la unidad era imprescindible, y en ese espíritu educaba al pueblo.

En este aspecto, como en tantos otros, fue determinante el papel desempeñado por Fidel Castro, artífice de la unidad popular y revolucionaria.

La Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), tras un período inicial de posiciones encontradas y luchas internas, fue depurándose de los mujalistas solapados y de sus métodos, que habían sobrevivido al 1ro de enero, a la vez que eliminaba los prejuicios anticomunistas y restablecía la democracia sindical. Los sindicatos nacionales y la propia CTC celebraron sus primeros congresos de la nueva etapa en un clima de recelos y contradicciones, pero fueron normalizándose a lo largo de 1960-1961, con la intervención directa y acatada de Fidel Castro. Tras un proceso reorganizativo, la CTC pasó a llamarse Central de Trabajadores de Cuba, y fortaleció su autoridad ante el proletariado y la nación.

Las organizaciones campesinas se integraron en la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), fundada el 17 de mayo de 1961. Se disolvieron las organizaciones sectoriales colegiadas (de colonos, de cosecheros de tabaco, de caficultores, etc.), dominadas tradicionalmente por campesinos ricos, y sus funciones pasaron a la ANAP.

Como parte de ese proceso unitario se crean la Asociación de Jóvenes Rebeldes (enero de 1960), que después agruparía a las demás organizaciones juveniles, y la Unión de Pioneros Rebeldes (abril de 1961). El 4 de abril de 1962 se realiza el primer congreso de la AJR, del que surge la Unión de Jóvenes Comunistas, alma de la organización y las luchas de la juventud cubana a partir de entonces. De las organizaciones estudiantiles, la más activa es la Federación Estudiantil Universitaria, que desempeña un papel protagónico en las transformaciones que sufre la Universidad y participa activamente en todo el proceso revolucionario. Por otro lado, las organizaciones femeninas existentes se han agrupado en la Federación de Mujeres Cubanas, constituida el 23 de agosto de 1960.

Un valioso aporte de la Revolución Cubana a la experiencia de las revoluciones nacional-liberadoras y socialistas triunfantes, fue la creación de un organismo peculiar: los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). Concebidos en septiembre de 1960 como comités de vigilancia ante las actividades terroristas del enemigo, sus funciones se fueron ampliando y se convirtieron en un poderoso auxiliar de la Revolución en todos los frentes.

Los CDR constituyen la organización de masas más amplia y nutrida del país. Se crearon en cada cuadra de todas las ciudades y en cada zona campesina, englobando a todos los ciudadanos de catorce años o más, independientemente de sus ocupaciones, ideología, sexo, raza, etc., siempre que no sean enemigos de la Revolución.

Aunque la misión fundamental de los CDR era la vigilancia contra la posible actividad del enemigo en el pequeño radio de acción de cada comité, pronto comenzaron a asumir otras tareas: velar por la limpieza e higiene de su cuadra o zona; colaborar con el Ministerio de Salud Pública en las campañas de vacunación masiva, captación de donantes de sangre, control de epidemias, etc.; preocuparse por la asistencia y el aprovechamiento de los estudiantes del área en sus centros docentes, organizar la recuperación de materias primas útiles a la industria; ayudar al levantamiento de los censos de población y viviendas y a otras investigaciones demográficas; contribuir, en el aspecto organizativo, al buen desenvolvimiento de los procesos electorales, garantizar la discusión libre y democrática, por toda la población del área, de las medidas fundamentales proyectadas por el gobierno de la nación; auxiliar a la Policía Nacional Revolucionaria en el control de la delincuencia, y otras actividades.

Así, toda la población de Cuba quedó agrupada en miles de comités, cada uno de los cuales atiende a una zona pequeña, generalmente de menos de cien personas, convoca reuniones periódicas con ellas, discute colectivamente sus problemas y tiene una dirección elegida democráticamente todos los años. Estas peculiaridades hacen posible que los CDR cumplan exitosamente tareas tan disímiles y los convierte en una de las organizaciones más provechosas para el país y más odiadas por el enemigo.

El Partido. Al producirse el triunfo de la Revolución en 1959, se mantiene la independencia de las tres organizaciones que llevaron el peso principal en la lucha contra la tiranía de Batista: el Movimiento Revolucionario 26 de Julio, que fue la organización principal, dirigida por Fidel Castro; el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario 13 de marzo. La única de ellas que estaba definida históricamente como marxista-leninista era el PSP; pero las tres coincidían esencialmente en los objetivos nacional-liberadores y socialistas del proceso que se iniciaba. Sólo se exceptúa de esa coincidencia un ala derecha del movimiento antibatistiano, integrada por elementos que, en sentido general, aspiraban a perpetuar el sistema capitalista y la subordinación económica y política a Estados Unidos.

Estas posiciones conservadoras, sumadas a los prejuicios anticomunistas existentes y al insuficiente desarrollo político-ideológico de un sector considerable de la población, así como las incomprendiones y dudas que aún afectaban a muchos revolucionarios, hacían imposible la fusión orgánica inmediata de todos ellos en un solo partido. Esta unidad sería el resultado de un proceso no exento de dificultades, al que contribuyeron poderosamente los pasos unitarios en tomo a las organizaciones de masas, a los que ya hemos hecho referencia.

Sin embargo, la falta de ese partido único no impidió la colaboración estrecha de las tres organizaciones. Prácticamente, las decisiones fundamentales de la Revolución eran el resultado de consultas y decisiones comunes. Al mismo tiempo, Fidel y otros altos dirigentes desplegaban una intensa actividad de educación política e ideológica a través de la tribuna, la prensa, el planteamiento público de los principales problemas nacionales y otros métodos de vinculación muy estrecha con el pueblo. Así, las fuerzas se fueron polarizando: las grandes mayorías nacionales fortalecían su unidad en torno a la obra de la Revolución y los representantes de la ideología burguesa y proimperialista se pasaban al campo enemigo.

Una importante contribución a este proceso unificador, y particularmente a la tarea de explicar y divulgar los fundamentos de la ideología marxista-leninista, ofreció el sistema de Escuelas de Instrucción Revolucionaria (EIR), creado por iniciativa de Fidel Castro y Blas Roca, a nombre de la dirección revolucionaria. La Dirección Nacional de las EIR se adscribió inicialmente al Movimiento 26 de Julio, después fue asimilada por el Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC), y finalmente por el Partido Comunista, organizaciones a las que nos referiremos más adelante.

La fundación de este movimiento de instrucción revolucionaria tuvo lugar el 2 de diciembre de 1960, en honor al cuarto aniversario del desembarco del yate «Granma», y fue designado para dirigirlo uno de los más destacados y prestigiosos líderes de la Juventud Socialista, Lionel Soto. Las EIR constituían el primer organismo de carácter político en que se materializaba la unidad de propósitos y de ideales de las organizaciones revolucionarias existentes, en forma de una entidad de instrucción político-ideológica.

Los distintos tipos de escuelas de este sistema acogieron en número creciente a grupos de militantes y de revolucionarios activos de todo el país, formados principalmente por trabajadores industriales y agrícolas, maestros, cuadros y miembros destacados de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y de las organizaciones de masas (sindicales, campesinas, femeninas, juveniles, etc.). Los alumnos de estas escuelas, que sobrepasaron los ciento cincuenta y cinco mil en un primer período hasta 1966, eran en su mayoría jóvenes menores de 30 años. Posteriormente, este movimiento se asentó en un sistema escolar estable del Partido, abierto a la selección de sus militantes en todas las instituciones del país. «Nuestras Escuelas de Instrucción Revolucionaria —ha dicho Fidel Castro— han llenado una gran laguna ideológica, han contribuido a formar a decenas, a cientos de miles de ciudadanos ... »

La declaración del carácter socialista de la Revolución en abril de 1961, permitió, dar un paso decisivo en la unificación de las organizaciones revolucionarias: el MR-26-7, el PSP y el DR-13-M acordaron disolverse en junio de ese año, para crear un partido único. Inicialmente, esta unión se materializó en las llamadas Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), que dieron lugar un año después al Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) y, finalmente, al Partido Comunista de Cuba. Este último nombre se adoptó en una importante reunión que tuvo lugar en La Habana los días 30 de septiembre y 1ro. de octubre de

1965, en la que se acordó también constituir el Comité Central del PCC, sus órganos de dirección y comisiones auxiliares, así como fusionar los periódicos fundados por el MR-26-7 y el PSP (*Revolución y Hoy*) en uno solo, que sería órgano oficial del PCC: el periódico *Granma*.

Culminaba de esa manera el largo proceso hacia la unidad orgánica de las fuerzas revolucionarias. En aquel Comité Central estaban representados todos los episodios heroicos de la historia de Cuba en los cuarenta años anteriores; todas las proezas, militares y civiles; los trabajadores manuales e intelectuales de todas las razas, sexos y edades; todos los sectores revolucionarios. Era el partido que dirigiría en lo adelante la inmensa tarea de construir la nueva sociedad y la lucha del pueblo cubano en defensa de su patria, de su revolución y del socialismo.

La Crisis de Octubre. La derrota de la brigada mercenaria en Playa Girón hizo pensar al gobierno estadounidense que la única vía para aplastar a la Revolución Cubana era la intervención militar directa. Y se dio a la tarea de prepararla.

Esa decisión no pasó inadvertida para el gobierno cubano. El 23 de abril, cuatro días después de la victoria de Girón, Fidel advirtió que el peligro de agresión directa de EE.UU. volvía a cobrar fuerza después del fracaso del ataque indirecto; el día 27, el Presidente Dorticós reunió al cuerpo diplomático acreditado en Cuba para denunciar ese peligro y ratificar la decisión cubana de resistir hasta el final.

El incremento de las acciones agresivas no se hizo esperar. El 25 de abril EE.UU. establece el embargo a todo tipo de mercancías destinadas a Cuba, incluso las que ya estaban compradas en puertos norteamericanos. Aumentan los grupos dedicados al sabotaje, el espionaje y el diversionismo, así como el apoyo yanqui a las bandas armadas. Nuevos atentados se planean contra la vida de Fidel y de otros dirigentes y militantes revolucionarios: se frustra uno contra Carlos Rafael Rodríguez, pero logran asesinar a varios miembros del Ejército Rebelde y las Milicias en diversos puntos del país. Se recrudece la campaña periodística para hacerle creer al pueblo norteamericano que las leyes internacionales dan todo el derecho a EE.UU. para desembarcar tropas en Cuba.

Como parte de sus planes agresivos, los norteamericanos proyectan una autoagresión en la base naval de Guantánamo que les permita culpar a Cuba y tener un pretexto para invadirla. Con ese fin, se producen constantes provocaciones desde dicha base: los «marines» disparan sus armas sobre territorio cubano, a veces durante varias horas seguidas, y llegan a asesinar a un pescador.

Crece el número de violaciones del espacio aéreo y marítimo de Cuba. En solo un día, el 9 de julio de 1962, aviones sobrevuelan a Cuba doce veces, y en otra ocasión disparan cohetes sobre territorio oriental. Barcos piratas atacan a lanchas de la Marina de Guerra Revolucionaria: provocan tres muertos cubanos en una ocasión y la desaparición de diecisiete en otra.

Por otra parte, aumentan las presiones de EE.UU. sobre los demás gobiernos americanos para que apoyen incondicionalmente sus proyectos. Junto a la presión, utilizan el soborno: ofrecen un plan de ayuda a los países de América Latina, la llamada «Alianza para el Progreso», como una panacea para resolver los graves problemas de la región. A finales de 1961, Venezuela y Colombia rompen sus relaciones diplomáticas con Cuba, y en enero de 1962, la VIII Reunión de Consulta de Cancilleres de la OEA, celebrada en Punta del Este, Uruguay, suspende a Cuba como miembro de esa organización, por «incompatibilidad con el sistema interamericano».

Entre finales de 1961 y principios de 1962, EE.UU. elabora la llamada «Operación Mangosta» y aprueba 33 tareas a realizar escalonadamente contra Cuba. Este plan debía culminar en octubre de 1962 con una rebelión interna provocada en la isla, pretexto para la intervención militar yanqui. Cientos de oficiales de la CIA participan en el plan. A finales de septiembre, el Congreso de Estados Unidos aprueba una «resolución conjunta» que autoriza al Presidente de ese país al uso de la fuerza contra Cuba —incluyendo la invasión—, para poner fin a «la labor agresiva y subversiva» de la Revolución Cubana en el hemisferio occidental.

A finales de septiembre y principios de octubre, se concentran fuerzas militares en zonas cercanas a Cuba, el Presidente Kennedy llama a servicio activo a 150 000 reservistas, se reagrupan en la Florida y Texas varias divisiones integradas por 150 000 efectivos, y se realiza en Washington una conferencia hemisférica convocada por el Secretario de Estado de EE.UU para imponer a los países latinoamericanos su plan contra Cuba.

Desde el inicio de esta ofensiva, el gobierno cubano la denuncia ante el mundo, dando respuesta a cada uno de los actos agresivos de EE.UU. Al mismo tiempo que Cuba es expulsada de la OEA, se celebra en La Habana una Conferencia de los Pueblos, con la participación de relevantes personalidades políticas e intelectuales del hemisferio, la que denuncia al gobierno yanqui como el perturbador de la paz en el continente y proclama que la suerte de Cuba es la de 200 millones de oprimidos de América Latina.

Respondiendo también al acuerdo de la OEA, se reúnen en La Habana más de un millón de personas en una Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba y aprueban la Segunda Declaración de La Habana. Es un documento de extraordinario valor político e ideológico, que hace un análisis de la grave situación de América Latina, de sus causas fundamentales y de la única vía que conduce a su solución. Afirma que allí donde están cerrados al pueblo todos los caminos pacíficos, se impone la insurrección armada, y que «el deber de todo revolucionario es hacer la revolución».

Desde 1961, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba perfeccionan sustancialmente su estructura y composición, y el gobierno cubano apremia al de la Unión Soviética para que acelere los envíos de armamentos y medios de combate necesarios para garantizar la defensa del país. El 29 de mayo de 1962, la URSS propone a Cuba emplazar cohetes de alcance medio e intermedio en la isla, proposición que es aceptada por lo que esta medida significa para el fortalecimiento estratégico del campo socialista en su conjunto y para la propia defensa de Cuba. Se decide que la firma de este acuerdo militar y su publicación se hagan en el mes de noviembre, cuando Nikita S. Jruschov, Primer Ministro de la URSS, visitaría a Cuba. A partir de agosto, comienza la instalación de 42 cohetes nucleares de alcance medio, así como el envío de bombarderos medianos *IL28* y de un contingente militar integrado por 43 000 soldados soviéticos, Esta agrupación de tropas soviéticas está subordinada directamente al gobierno de su país; su misión es la de apoyar a las Fuerzas Armadas Revolucionarias en caso de una agresión exterior, respetando la soberanía y el orden legal de Cuba, sin que adquieran derechos de ocupación de territorio cubano ni otros ajenos a sus funciones de cooperación.

Pero antes de que se dé a la publicidad el acuerdo militar cubano-soviético, cuando ya las fuerzas norteamericanas están preparadas para su zarpazo contra Cuba, el Presidente Kennedy recibe las pruebas de la existencia de cohetes soviéticos en Cuba. La situación cambia sustancialmente, pues no se trata ya solamente de una operación contra Cuba, sino de un conflicto internacional que involucra a la Unión Soviética, la cual es también una potencia nuclear.

Estados Unidos moviliza rápidamente a sus fuerzas de tierra, mar y aire, no sólo en el hemisferio occidental sino también en Europa y el Lejano Oriente. Incrementa los vuelos de reconocimiento sobre la isla, activa los bombarderos *B-47* —dotados de bombas atómicas—, refuerza considerablemente la base naval de Guantánamo, y el 22 de octubre ordena el bloqueo naval de Cuba. Comienzan los vuelos rasantes de aviones yanquis sobre territorio cubano.

El Comandante en Jefe de las fuerzas cubanas, Fidel Castro, ordena poner en «alerta de combate» a las Fuerzas Armadas Revolucionarias en todo el país. Solicita una reunión urgente del Consejo de Seguridad de la ONU, denuncia ante el mundo la nueva y peligrosa aventura yanqui y defiende el derecho soberano de Cuba a repeler cualquier agresión enemiga y pedir ayuda a cualquier nación amiga. El gobierno soviético pone en completa disposición combativa a sus fuerzas armadas y emite una declaración en la que condena el bloqueo naval y demás medidas agresivas de EE.UU., y advierte a Kennedy sobre las posibles consecuencias de esas agresiones.

Cuba declara que no admitirá inspección de sus barcos por las tropas yanquis y que disparará contra los aviones enemigos que incursionen sobre su territorio. El 27 de octubre, las baterías de un grupo coheteril antiaéreo emplazado en Banes, Oriente, derriban un avión *U-2* que violaba el espacio aéreo cubano.

Una ola de solidaridad con Cuba se levanta en el mundo. Al mismo tiempo, el Secretario General de la ONU, U Thant, interviene para buscar una solución al conflicto. Hay intercambio entre los gobiernos de Cuba y la URSS, y Jruschov mantiene activa correspondencia con el Presidente Kennedy. Como resultado de esa correspondencia soviético-estadounidense, la URSS acepta retirar sus cohetes de Cuba a cambio del compromiso hecho por el mandatario norteamericano de no atacar a Cuba e impedir que sus aliados lo hicieran. La «crisis de los misiles» tocaba a su fin.

El mismo día en que se conoció en Cuba ese acuerdo, el 28 de octubre, Fidel Castro hace una declaración pública que expresa la posición del gobierno cubano, el cual no había sido consultado para tal acuerdo, y en la que plantea cinco condiciones como verdadera garantía contra las agresiones del imperialismo yanqui. Esos planteamientos, conocidos como «los cinco puntos» de Cuba, son los siguientes:

1ro. Cese del bloqueo económico y de todas las medidas de presión comercial que ejercen los Estados Unidos en todas partes del mundo contra nuestro país.

2do. Cese de todas las actividades subversivas, lanzamiento y desembarco de armas y explosivos por aire y mar, organización de invasiones mercenarias, infiltración de espías y saboteadores, acciones todas que se llevan a cabo desde el territorio de los Estados Unidos y de algunos países cómplices.

3ro. Cese de los ataques piratas que se llevan a cabo desde bases existentes en los Estados Unidos y en Puerto Rico.

4to. Cese de todas las violaciones de nuestro espacio aéreo y naval por aviones y navíos de guerra norteamericanos.

5to. Retirada de la base naval de Guantánamo y devolución del territorio ocupado por los Estados Unidos.

La Crisis de Octubre mostró una vez más al mundo la prepotencia de Estados Unidos, su desprecio a los derechos soberanos de los pueblos, y al mismo tiempo, el interés de Cuba y la URSS por la solución pacífica de los conflictos, por conservar la soberanía e integridad de la nación cubana y por evitar una catástrofe nuclear y confirmó la idea planteada por Fidel de que la defensa de la Revolución Cubana no puede confiarse a fuerzas externas, sino que depende de la disposición y el patriotismo de los cubanos. Por último, la Crisis corroboró la alta moral revolucionaria, la serenidad, la unidad y la valentía del pueblo cubano, que no se doblegó ante el enemigo, que estuvo dispuesto a combatir hasta las últimas consecuencias en defensa de su dignidad y soberanía; corroboró asimismo aquella afirmación de Fidel de que si Cuba no tiene proyectiles atómicos, posee, en cambio, «proyectiles morales de largo alcance que no se pueden desmantelar ni serán desmantelados jamás».

Sigue el hostigamiento contra Cuba. El compromiso hecho por el Presidente John F. Kennedy de renunciar a una intervención militar directa o indirecta en Cuba, no significó el cese del hostigamiento contra la Isla. Al contrario, continuaron el férreo bloqueo económico, la subversión y demás agresiones acostumbradas, las que adoptaron incluso formas nuevas, más bárbaras e irreflexivas en algunos casos.

Reforzando el bloqueo económico, en diciembre de 1962 el Presidente Kennedy decide imponer sanciones a los barcos de países capitalistas que toquen puertos cubanos, y poco después anuncia que no se embarcarán mercancías financiadas por el gobierno norteamericano en buques que sostengan comercio con Cuba. Estados Unidos confecciona una «lista negra» de esos países y amenaza con suprimir la ayuda económica y militar a los mismos.

El Departamento del Tesoro decide congelar todos los bienes cubanos en EE. UU incluyendo los depósitos bancarios, y prohíbe toda transferencia de dólares desde Cuba o hacia ella. Son embargados todos los bienes de la Compañía Cubana de Aviación, entre los cuales hay varias naves aéreas, y se toman otras numerosas medidas con el fin de rendir por hambre al pueblo cubano.

Se incrementa igualmente la labor subversiva en la isla. Hasta 1965 continúan sus desmanes las bandas contrarrevolucionarias, particularmente en la sierra del Escambray. Esta es una extensa zona montañosa de difícil acceso, a la que no habían llegado con suficiente fuerza las transformaciones revolucionarias ni el conocimiento de los cambios que ocurrían en el resto del país. Por otra parte, allí habían quedado en 1959 numerosos elementos del Segundo Frente Nacional del Escambray, que fueron los encargados de aplicar la Reforma Agraria, labor en la que cometieron abusos e injusticias que muchos campesinos atribuyeron a la Revolución. Y como el trabajo político-ideológico había sido allí sumamente pobre, las campañas de las bandas enemigas lograron crear confusión y desconfianza en una parte de la población rural, a lo que se sumó la utilización del terror contra aquellos que colaboraban con la Revolución. Los bandidos cometieron abominables crímenes, por los que pagarían después inexorablemente. Todos esos factores contribuyeron a que esas bandas perduraran allí más que en otras zonas del país.

En la lucha contra el bandidismo se volcó un ejército formado en su mayor parte por obreros y campesinos, muchos de ellos de la propia zona, procedentes de las Fuerzas Armadas, el Ministerio del Interior y las Milicias. Se organizaron los batallones de Lucha contra Bandidos (LCB), que batieron exitosamente a los alzados, al mismo tiempo que el Partido y las organizaciones de masas realizaban una intensa labor de esclarecimiento entre la población rural. Así, en enero de 1965 se anunció la eliminación total del bandidismo.

Aparte de dirigir y avituallar esas bandas, Estados Unidos continuó organizando e infiltrando redes de espías y saboteadores, con el propósito de destruir centros vitales del país y eliminar dirigentes y militantes revolucionarios. Continuamente la Seguridad cubana penetraba y eliminaba esas redes, capturando a sus miembros y sancionándolos severamente. En noviembre de 1962, fue apresado el principal jefe de la CIA en Cuba, un ex-oficial de la tiranía batistiana, quien reveló todos los planes elaborados por ellos contra la Revolución.

Naves mercenarias, e incluso aviones y buques militares yanquis, siguieron perpetrando ataques contra industrias, ciudades y barcos cubanos, e incluso soviéticos y españoles, tanto en el espacio marítimo de Cuba como en aguas internacionales. Algunos aviones y barcos enemigos fueron derribados o capturados. Precisamente en ese período se generalizan los ataques contra barcos pesqueros cubanos, con hundimiento y captura de las naves y la muerte o secuestro de sus tripulantes. A veces, los pescadores son detenidos, llevados a Cayo Hueso y sancionados injustamente por jueces norteamericanos.

Estos ataques y secuestros dieron lugar a importantes manifestaciones populares de repudio en calles céntricas de la capital y en los alrededores de la Sección de Intereses de EE.UU. en Cuba. En estas demostraciones participaron más de un millón de personas, las que permanecían en el lugar día y noche con atronadoras protestas, hasta lograr la devolución de los pescadores.

El gobierno cubano respondía también con severas medidas a esos crímenes y abusos. Una vez, en febrero de 1964, se le cortó el abastecimiento de agua a la base naval que ocupan los norteamericanos en Guantánamo y sólo se restableció cuando fueron devueltos los pescadores. Otras veces se sancionaba con fuertes multas, en reciprocidad, a ciudadanos estadounidenses capturados cuando violaban el espacio aéreo o marítimo cubano. Y hubo ocasiones en que fuerzas de la Marina de Guerra Revolucionaria recuperaron naves secuestradas y capturaron a los secuestradores.

En esta etapa de la Revolución, Estados Unidos inicia una de las prácticas más nocivas para la seguridad de los ciudadanos de cualquier país: el secuestro y desvío de aviones en pleno vuelo. Hasta 1975, un centenar de aviones cubanos fueron secuestrados, y generalmente no fueron devueltos. Varios intentos de desviar naves cubanas se frustraron por la valentía de los tripulantes y custodios, en ocasiones a costa de sus vidas. Otras veces, cuando los asaltantes lograban su propósito de desviar la nave hacia EE.UU., eran recibidos allí como héroes, lo que estimulaba dichas acciones. Más tarde, el gobierno estadounidense sufriría las graves consecuencias de esos actos, y se vería obligado a firmar un acuerdo con Cuba contra el secuestro de aviones.

El terrorismo contrarrevolucionario, promovido y sustentado por el gobierno de EE.UU., se ha manifestado también señaladamente desde los primeros años de poder revolucionario a través de secuestros y atentados contra diplomáticos, internacionalistas civiles y otros representantes de Cuba en el exterior. En agosto de 1976, fueron secuestrados y desaparecidos dos empleados de la Embajada cubana en Buenos Aires. Ya se habían producido sin éxito otros intentos, como el de junio de 1966, cuando quisieron secuestrar a un grupo de voleibolistas cubanos en Puerto Rico durante los X Juegos Panamericanos y del Caribe.

Por otra parte, cientos de atentados con fusiles, ametralladoras, bombas y otros artefactos, han tenido que sufrir embajadores, cónsules, locales de Embajadas, la Misión cubana en la ONU, la Sección de Intereses de Cuba en EE.UU., oficinas de la Compañía Cubana de Aviación y otras entidades relacionadas con Cuba. Esos actos criminales se han producido en Estados Unidos, Canadá, México, Chile, Jamaica, Argentina, Venezuela, Barbados, Panamá, Puerto Rico, Portugal, Inglaterra, España y otros países, con el resultado de numerosos muertos, heridos y daños materiales de consideración.

Otra manifestación del brutal hostigamiento contra Cuba se intensifica en esta etapa: las provocaciones de los «marines» yanquis desde la base naval de Guantánamo. Se suceden palabras y gestos ofensivos dirigidos a los combatientes de la brigada fronteriza, violaciones del territorio cubano y frecuentes disparos contra las postas cubanas, hiriendo a varios militares y causando la muerte a dos de ellos: Ramón López Peña, en julio de 1964, y Luis Ramírez López, en mayo de 1966. En diciembre de 1964, Che Guevara denuncia que en ese año se han producido 1 323 actos de provocación desde la base.

Los primeros años de este período se caracterizaron igualmente por la intensificación de las presiones de EE.UU. sobre los gobiernos latinoamericanos, con el fin de aislar a Cuba y lanzar una acción colectiva contra ella. En marzo de 1963, el Presidente Kennedy aseguró: «Construiremos un muro en torno a Cuba». Algunos de dichos gobiernos hicieron resistencia a esas presiones imperialistas, particularmente el de México, que no se plegó nunca a las mismas; pero, aunque las decisiones no fueron unánimes, la OEA se pronunció contra Cuba. Ya la había separado de su membresía desde 1962.

En la IX Reunión de Consulta de los Cancilleres Americanos, celebrada en Washington en julio de 1964, se adoptó una Resolución que emplazaba a los gobiernos del continente a romper relaciones diplomáticas con Cuba, hacía un llamado al levantamiento de los cubanos contra el gobierno revolucionario y contenía una amenaza de acción armada contra la isla. Dicha Resolución violaba el Tratado de Río de Janeiro, la Carta de las Naciones Unidas y la propia Carta de la OEA, y se basaba en acusaciones que nunca pudieron ser probadas, en el sentido de que Cuba seguía una política agresiva que ponía en peligro la paz del continente.

El pueblo cubano rechazó firmemente la acusación de diversos modos, y en una gigantesca concentración popular en la capital de Oriente el 26 de julio de 1964, aprobó la llamada «Declaración de Santiago de Cuba», que dio merecida respuesta al acuerdo de la OEA. La Declaración parte de que «la OEA carece por completo de moral y de derecho para juzgar y sancionar a Cuba». Denuncia a Estados Unidos y a los gobiernos tiránicos y oligárquicos, como los responsables de la subversión y del peligro de guerra en la región, y sustenta esa denuncia con una abrumadora cantidad de hechos concretos. Califica como «un acto cínico y sin precedentes, que los victimarios se constituyan en jueces para juzgar y sancionar al país víctima».

La Declaración de Santiago advierte que si no cesan las agresiones, el entrenamiento de mercenarios, la organización de redes de espías y saboteadores, así como el envío de armas y explosivos al territorio de la isla, «el pueblo de Cuba se considerará con igual derecho a ayudar con los recursos a su alcance a los movimientos revolucionarios en todos aquellos países que practiquen semejante intromisión en los asuntos internos de nuestra patria».

Al rechazar las amenazas de agresión armada contenidas en el acuerdo de la OEA, la Declaración de Santiago sostiene la disposición del pueblo cubano de defender, aún a costa de su propia vida, la independencia nacional, y finaliza con una conocida frase del general Antonio Maceo: «¡Quien intente apropiarse a Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha!».

Cumpliendo el acuerdo impuesto por EE.UU. a la OEA, varios gobiernos latinoamericanos rompen sus relaciones con Cuba.

Incesantes fueron también desde el triunfo de la Revolución los llamados del gobierno yanqui a los cubanos para que abandonaran el país y su aliento a las salidas clandestinas hacia Estados Unidos, al tiempo que impedía los viajes normales en una u otra dirección. Llegó incluso a invalidar pasaportes y someter a procesos vejaminosos a estudiantes y otros ciudadanos norteamericanos que viajaban a Cuba. Esta prohibición de los viajes legales provocó que muchos elementos desafectos a la Revolución, además de aquel porcentaje de cubanos que solía emigrar hacia EE.UU, en todos los tiempos, emprendieran la salida clandestina, casi siempre por mar, teniendo en cuenta el espacio relativamente corto que separa la isla de las costas de la Florida. Pero lo hacían generalmente en embarcaciones pequeñas e inseguras, muchas de las cuales zozobraban en el trayecto, provocando frecuentes víctimas fatales.

Ante esta realidad, en octubre de 1965 el gobierno cubano, cuya política ha sido la de no retener a nadie en contra de su voluntad en el país —salvo en casos que afectan la seguridad nacional—, habilitó un lugar conocido por Camarioca, cercano a la ciudad de Matanzas, para que pudieran salir de Cuba quienes lo desearan, siempre que vinieran a buscarlos desde la Florida en embarcaciones seguras. El gobierno de EE.UU., impotente para detener ese flujo, aceptó un acuerdo mediante el cual se establecía una línea aérea entre Varadero y Miami, para que abandonaran el país todos los interesados en hacerlo. Fue el primer acuerdo migratorio entre los dos países.

La guerra biológica. Entre las más criminales agresiones que ha llevado a cabo Estados Unidos, está la diseminación de sustancias tóxicas y gérmenes nocivos en suelo cubano, que provocaron el brote de enfermedades en la población, en plantas y animales. Sólo la actividad consciente del enemigo ha podido causar esas epidemias en un país cuyo alto grado de desarrollo en la salud pública y en la preservación de su flora y de su fauna, es reconocido por los más competentes organismos regionales e internacionales.

Ya desde enero de 1965, se descubre sobre Santiago de las Vegas, provincia de La Habana, un globo que al romperse diseminó una sustancia blanca de naturaleza desconocida. En septiembre de 1968, un especialista extranjero vinculado a la CIA introdujo un virus que destruía los cafetales. Y en 1971 se produjo una epidemia de fiebre porcina africana que diezmó el ganado de cerda en las provincias occidentales.

Esta guerra biológica tomó mayor fuerza a partir de 1979, año en que fue afectada por la roya de la caña la tercera parte de las plantaciones azucareras, y el moho azul infestó el 90% de los sembrados de tabaco. Cuba tenía dominadas esas enfermedades desde muchos años atrás.

En 1981 se extendió por todo el país una epidemia de *dengue hemorrágico* que afectó en pocos meses a más de trescientos cincuenta mil personas, y produjo la muerte a más de ciento cincuenta, en su mayoría niños. Han proliferado también otras enfermedades infecciosas, como la *conjuntivitis hemorrágica*, fenómenos que no se corresponden con la atención que se presta a la salud de la población cubana.

Aparte de las víctimas que esta actividad criminal ha provocado en la población y los inmensos daños a los cultivos básicos del país, Cuba ha tenido que realizar esfuerzos sobrehumanos, dedicar cuantiosos recursos y tomar medidas extremas para detener y eliminar esas epidemias y recuperarse de las sensibles pérdidas que han ocasionado a la economía nacional.

Todas esas formas de agresión se han producido sistemáticamente a lo largo de los 42 años de revolución en el poder.

Desarrollo económico (1963-1975). Entre 1963 y 1975, los medios de producción fueron pasando progresivamente a ser propiedad social. En octubre de 1963, ante la actitud contrarrevolucionaria de la burguesía rural, se dictó una nueva ley agraria que redujo a cinco caballerías (67 hectáreas) el límite máximo de tierra que podía poseer una persona. Las fincas que sobrepasaban ese límite fueron nacionalizadas, asestándose un golpe decisivo a la burguesía contrarrevolucionaria. Con ello, el 70% de toda la tierra de la

isla quedaba en manos de la nación. Se prometió a los agricultores que ésta sería la última ley de reforma agraria; cualquier avance ulterior hacia formas superiores de propiedad de la tierra sólo podría efectuarse mediante la voluntariedad de los productores.

Al finalizar el proceso de nacionalizaciones sólo quedaron como formas de propiedad privada las parcelas campesinas (un 30% de las tierras del país) y una pequeña parte del transporte, que siguió funcionando como propiedad personal de quienes lo explotaban directamente.

En la primera década del poder revolucionario, el desarrollo económico no ocupó el centro de la atención del gobierno. El implacable bloqueo económico de EE.UU. y las continuas agresiones de diversa naturaleza, obligaron al Estado a dedicar inmensos recursos a la defensa, a fin de garantizar la supervivencia de la Revolución. Durante varios años hubo que mantener a más de trescientos mil hombres sobre las armas y dedicar a ese frente grandes recursos materiales, en detrimento de las actividades productivas.

No obstante, comenzaron a realizarse esfuerzos por industrializar el país y modernizar la agricultura. Creció sensiblemente el parque de tractores y se fueron introduciendo las alzadoras de caña y las combinadas, a fin de humanizar el trabajo de la agricultura cañera y aliviar el déficit de fuerza de trabajo. Los trabajadores habían acordado aportar el 4% de sus salarios para la industrialización del país, lo que unido a los fondos estatales y a la colaboración de la URSS, permitió iniciar el montaje de cientos de plantas industriales, como la textilera «Alquitex» en Alquizar, la Planta Mecánica y la Industria Productora de Utensilios Domésticos (INPUD) en Santa Clara; la planta de construcción de viviendas «Amistad Cubano-Soviética», el Conglomerado Industrial «30 de Noviembre» en Santiago de Cuba, etc.

Al mismo tiempo, se inició la preparación de científicos, técnicos y obreros especializados, y se crearon importantes escuelas e instituciones de investigación con ese fin. Entre ellas se encuentran, por ejemplo, la Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría» y los Institutos de Suelos y Oceanología.

En el quinquenio 1965-1970, el país concentró gran parte de sus fuerzas en alcanzar una producción de 10 millones de toneladas de azúcar: la llamada «zafra de los 10 millones». El crecimiento acelerado de la población y del consumo, la necesidad de recursos para la industrialización del país y, por consiguiente, el imperativo de aumentar considerablemente las exportaciones, exigían un esfuerzo especial en el primer renglón económico de la nación.

La meta propuesta no pudo lograrse. Se perdió de vista que las inversiones industriales no estaban a la altura requerida, que la fuerza laboral era insuficiente y que el trabajo voluntario — en el que se hizo derroche de heroísmo— no podía cubrir ese déficit. A ello se sumaron deficiencias de organización y métodos inadecuados de dirección y gestión económica. No obstante, se produjeron 8 537 600 toneladas de azúcar, la zafra más grande en toda la historia de Cuba.

Aparte de las falsas apreciaciones y las deficiencias mencionadas, en este período se cometieron otros errores. Imbuidos del deseo de mejorar aceleradamente las condiciones de vida y de trabajo del pueblo, se dictaron numerosas medidas que no estaban de acuerdo con la realidad ni con las posibilidades del país. Comenzó a desarrollarse una política de gratuidades: los círculos infantiles, la entrada a los espectáculos deportivos, la vivienda para los núcleos de bajos ingresos, la comida en los comedores populares, la ropa de trabajo, los uniformes y las botas, eran todos gratuitos. Los impuestos se fueron eliminando y los subsidios se incrementaron.

Por otra parte, se menospreció el papel de los costos de producción y del control económico; se suprimió la carrera de Contador Público en la Universidad; se desvinculó el salario de la norma; se suprimió el sistema de cobros y pagos entre las empresas estatales, y desapareció prácticamente el presupuesto del Estado.

Al mismo tiempo, empezaron a confundirse las funciones del Partido y de la Administración, y se debilitó peligrosamente el papel de los sindicatos y demás organizaciones de masas.

Percatándose de esas fallas, en los primeros meses de 1970 la Dirección del país las analiza y empieza a corregirlas. Por otro lado, el fortalecimiento de la Revolución y la observación de ciertos síntomas de que en esos años (1970-75) no se produciría una agresión militar directa de Estados Unidos, permitieron sustraer

más de ciento cincuenta mil hombres de la defensa del país y prestar mucho mayor atención al desarrollo económico. Se produjo una creciente mecanización de la agricultura cañera, particularmente de la zafra, lo que redujo en buena medida la fuerza de trabajo necesaria para esas labores. En 1975, algunas ramas industriales y agropecuarias habían crecido notablemente: la refinación de petróleo, la captura de pescado y las construcciones, así como la producción de níquel, acero, lubricantes, electricidad, cemento, fertilizantes, huevos y otros alimentos, etc. Aumentó también en forma apreciable la superficie cultivada, la capacidad de agua embalsada, el número y la longitud de las vías de comunicación. La marina mercante cubana creció nueve veces.

Avances de carácter social y cultural. Notable fue también el desarrollo alcanzado en otros importantes campos de la vida social y cultural. A las medidas de carácter educacional tomadas en 1959-1960 se suman: la ley que nacionalizó toda la enseñanza y estableció su carácter gratuito; un plan de becas de carácter masivo, que se inició con un contingente de 40 000 hijos de obreros y campesinos después de la campaña de alfabetización; los programas de capacitación técnica y profesional de todos los trabajadores; la creación de la Facultad Obrero-Campesina «Julio Antonio Mella» y el gigantesco movimiento de educación de adultos en todos los centros de trabajo y servicios del país; la reforma universitaria, que comprendía, entre otros muchos avances organizativos y docentes, la creación de los Institutos Pedagógicos, del sistema de becas universitarias, de un mayor número de especialidades y la combinación del estudio con el trabajo productivo.

Esta relación estudio-trabajo, recomendada como principio por José Martí desde el siglo pasado, se llevó a todos los niveles de enseñanza a partir de la escuela primaria. En 1966 se realizó el primer experimento de trabajo agrícola por los estudiantes durante un lapso de 35 días, y en el curso escolar 1968-1969 se crearon y empezaron a funcionar las primeras secundarias básicas construidas en el campo y basadas en el principio estudio-trabajo.

En esta etapa, el índice de escolaridad de los niños aptos entre 6 y 12 años de edad alcanzó el 100% y se multiplicó varias veces la matrícula general en las escuelas cubanas, así como el número de graduados en todas las especialidades en comparación con 1958.

Las grandes transformaciones en el campo de la educación abrieron nuevos horizontes al desarrollo cultural. Se creó el Consejo Nacional de Cultura, la Escuela Nacional de Arte, la Escuela de Ballet, la Comisión Nacional de Monumentos y se desarrollaron ampliamente las escasas instituciones culturales que existían al triunfo de la Revolución. Se fundó la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), que acometió desde sus inicios una fecunda labor artístico-cultural, al igual que el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) y la Unión de Periodistas de Cuba.

En este período comenzó a formarse un movimiento de aficionados que ya en 1975 contaba con unos veinte mil grupos en todo el país. Cientos de miles de pioneros se ligaron desde temprano a estas actividades. También el libro tuvo un desarrollo colosal, así como la red de bibliotecas. La Casa de las Américas, uno de los centros más prestigiosos del continente, ha vinculado la cultura cubana con los sectores más progresistas de la intelectualidad latinoamericana. Se le dio una atención nunca antes soñada a la investigación científica.

Respondiendo a la alta prioridad que se le concedió a la salud del pueblo, en 1975 había crecido extraordinariamente la red de hospitales, policlínicas, clínicas estomatológicas, bancos de sangre, hogares maternos, laboratorios de higiene y epidemiología e instituciones de investigación biomédica. Se multiplicó varias veces el número de graduados y profesionales de la salud. Se había erradicado la poliomielitis, el paludismo y la difteria, y reducido a cifras muy pequeñas la gastroenteritis, la tuberculosis, el tétanos y otras enfermedades infecciosas. La mortalidad infantil se había reducido en más del 50% en comparación con 1958 y la expectativa de vida era de 15 años más.

Preocupación principal de la Revolución desde sus primeros momentos fue la atención a la infancia. En este sentido, han desempeñado un papel decisivo los círculos infantiles (guarderías) creados con el objetivo de favorecer a las madres trabajadoras y, a la vez, organizar y dirigir la educación y la enseñanza de los niños

menores de seis años de edad, en estrecha relación con la familia y la sociedad. En 1975, más de seiscientos cincuenta de estas instituciones beneficiaban a 50 000 madres trabajadoras, cifras que crecerían considerablemente con el decursar de la Revolución.

Asombroso ha sido también el desarrollo del movimiento deportivo desde 1959. Todos los clubes aristocráticos fueron puestos al servicio del pueblo, así como las instalaciones deportivas, cuyo número se acrecentó en toda la isla. El profesionalismo fue erradicado. Decenas de miles de maestros primarios recibieron cursos de capacitación para impartir clases de educación física. Se creó el Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación (INDER) para promover, organizar y dirigir las actividades deportivas en el país. Entre las principales instituciones deportivas creadas en este período se hallan la Escuela Superior de Educación Física «Comandante Manuel Fajardo», para formar cuadros de esa especialidad; las escuelas de iniciación deportiva, las escuelas provinciales de educación física y el Instituto de Medicina Deportiva. Se fundó la industria de implementos deportivos, inexistente en el pasado.

Gracias a este esfuerzo gigantesco, Cuba pasó a ocupar un puesto de vanguardia en los eventos deportivos internacionales (Juegos Centroamericanos, Panamericanos, etc.) en oposición al pobre papel que anteriormente desempeñaba.

Otra de las esferas que ya en este período inicial sufrió una fabulosa transformación, fue la Seguridad Social. Rápidamente, la Revolución adoptó medidas para erradicar el desempleo, a lo que contribuyó notablemente el auge de las actividades industriales y agrícolas, de las construcciones, la educación, la salud y demás servicios sociales. En lugar del desempleo, comenzó a presionar la escasez de fuerza laboral. Desapareció la discriminación del negro y de la mujer también en el trabajo. No sólo la Seguridad Social se hizo extensiva a todos los trabajadores, sino que se dictaron leyes que garantizaron la asistencia social a todos los ciudadanos carentes de ingresos por causas ajenas a su voluntad.

El interés de premiar a los trabajadores cuya labor era destacadamente meritoria, condujo a un error: se dictó una resolución que permitía la jubilación de dichos trabajadores con una pensión ascendente al 100% de sus haberes. Esta medida, que se rectificó más tarde por medio de otra ley, fue negativa porque rebasaba el marco de las posibilidades económicas del país, porque sus beneficios se extendieron más allá de los límites previstos y porque indujo a la jubilación a muchos trabajadores cuyas capacidades físicas y mentales les permitían continuar dando su valiosa contribución a la producción y los servicios. No obstante, tanto esa medida como toda la política social del Estado cubano, mostraron desde los primeros momentos el desvelo de la Revolución por el hombre, por aquellos que contribuyen con su trabajo al progreso de la sociedad.

Latinoamericanismo e internacionalismo. Característica esencial de la Revolución ha sido su internacionalismo y latinoamericanismo. Ella surge, se desarrolla y triunfa con el objetivo de satisfacer las seculares necesidades y aspiraciones de la sociedad cubana; pero ese objetivo no podía cumplirse sin establecer una estrecha vinculación con las naciones que ya habían hecho sus revoluciones socialistas, ni con los pueblos que tenían similares problemas e idénticas aspiraciones que la isla rebelde del Caribe.

Los lazos de Cuba con la comunidad socialista constituyen un nuevo tipo de relaciones entre los Estados y los pueblos, basadas en la colaboración y el trato fraternales, en el respeto a la soberanía y libre determinación de las naciones. Sin esas relaciones hubiera sido sumamente difícil que Cuba, como cualquier país pequeño y subdesarrollado, enfrentara con éxito el hostigamiento implacable de la potencia imperialista más fuerte y agresiva del mundo de hoy.

Por otra parte, la causa de la Revolución Cubana es la misma de los países coloniales y dependientes, de los pueblos que luchan por la emancipación nacional y el progreso social, particularmente en América Latina.

De ahí que el internacionalismo haya sido siempre principio fundamental de la política exterior de la Revolución Cubana, de su conducta permanente ante los demás pueblos del mundo.

Desde sus primeros años, la Revolución victoriosa ofreció refugio y ayuda a los luchadores revolucionarios perseguidos y brindó su solidaridad moral, política y muchas veces material a los pueblos en

lucha: República Democrática de Vietnam, Frente Nacional de Liberación y Gobierno en Armas de Vietnam del Sur, Laos, Cambodia, Palestina, Congo, Angola, Mozambique, Etiopía, Guinea-Bissau, Cabo Verde y otros.

En octubre de 1960, se creó el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP), centro de esas relaciones. Cuba fue promotora del Movimiento de Países No Alineados (NOAL), uno de sus fundadores en 1961 y de sus miembros más activos desde entonces. También auspició la celebración de la Conferencia Tricontinental (Habana, enero de 1966), durante la cual se fundaron la Organización de Solidaridad con los pueblos de Asia, Africa y América Latina (OSPAAAL) y la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Estas organizaciones han desempeñado un activo papel en la lucha de los países del Tercer Mundo contra el imperialismo, el colonialismo y otras formas de opresión y explotación de los pueblos.

De particular relevancia fue la solidaridad de Cuba con la heroica lucha del pueblo vietnamita. Desde 1960 se iniciaron las relaciones diplomáticas con la República Democrática de Vietnam, y en 1969 se estableció una embajada en las selvas de Vietnam del Sur, expresión oficial de los vínculos que existían ya con los combatientes del sur vietnamita. En la ONU y en todos los organismos y foros internacionales, Cuba asumió la denuncia del genocidio yanqui en la palestra mundial, y organizó periódicas jornadas de solidaridad, que incluían no sólo actos masivos y otras formas de apoyo moral y político, sino también una contribución material de todo el pueblo. El Contingente de Constructores «Ho Chi Minh», brigadas de médicos, enfermeras y trabajadores de otras esferas, compartieron duras tareas con el sufrido pueblo vietnamita, y le brindaron también su sangre. Las sociedades de amistad de Cuba con Vietnam, así como también con Laos y Cambodia, han desplegado una labor sumamente activa.

Muy fuerte ha sido también la solidaridad de la Revolución Cubana con las masas discriminadas y oprimidas de EE.UU. y con todos los sectores progresistas de esa nación. Los movimientos por los derechos civiles, contra el odio racial que sufren los negros, contra la discriminación de los latinos y demás minorías nacionales, contra el envío de soldados norteamericanos a Vietnam y a otras guerras de rapiña, contra la persecución y la cárcel a que se han visto sometidos los demócratas (como Angela Davis), etc. han tenido en Cuba un apoyo firme e ilimitado. Ello explica en gran medida la calurosa y fraternal acogida dada a Fidel Castro en New York por las masas negras de Harlem y por otros sectores populares, así como la creciente y conmovedora solidaridad de esos sectores con la Revolución Cubana, en contraposición a la actitud cada vez más hostil del gobierno norteamericano.

Pero si intensa ha sido la solidaridad internacionalista de la Revolución Cubana en sentido general, ella ha alcanzado sus más elevadas manifestaciones —por razones geográficas, históricas, culturales y otras— en su vocación latinoamericanista. Es una tradición que arranca desde el siglo pasado, desde las épocas de Simón Bolívar y José Martí, dos de los más ilustres precursores de la unidad latinoamericana; tradición que se continuó en las luchas patrióticas, anticolonialistas y revolucionarias durante la República, y que se plasma desde 1953 en el Programa del Moncada.

En abril de 1959, desde el Parque Central de New York, Fidel Castro exclamó: «Cuba se ha convertido en la esperanza americana; hay que salvar esa esperanza. Hablamos en defensa de los pueblos de América Latina (...)». En la palabra de Cuba ha estado siempre la voz de la América oprimida y esquilada; el llamado a la unidad de las naciones latinoamericanas y caribeñas como vía ineludible para la solución de sus problemas. La Primera y Segunda Declaraciones de La Habana, la Declaración de Santiago de Cuba, la crítica a la Alianza para el Progreso, la defensa de la soberanía y la autodeterminación de los pueblos, la denuncia de las invasiones yanquis (Santo Domingo, Granada, Panamá, etc.), el apoyo a la lucha del pueblo argentino por su soberanía sobre las islas Malvinas, el repudio a la deuda externa y al intercambio desigual, cada una de las grandes batallas que ha librado la Cuba revolucionaria, ha sido una batalla por el presente y el futuro de los pueblos de América.

Ningún gobierno ha hecho tanto como el cubano por la independencia de Puerto Rico. Su caso ha sido llevado por Cuba a todos los organismos internacionales; dos ilustres borinqueños, Juan Juarbe Juarbe y Doña

Laura Meneses de Albizu Campos, fueron reconocidos como ciudadanos cubanos y designados como miembros de la Misión Cubana en la ONU; los combatientes por la independencia de Puerto Rico han encontrado siempre en Cuba una segunda patria y un apoyo solidario.

El gobierno popular y democrático de Salvador Allende recibió de mil formas distintas la ayuda del pueblo cubano, y cuando fue derrocado con la complicidad de Estados Unidos e instaurada allí una dictadura fascista, los refugiados chilenos encontraron también en Cuba una segunda patria. Médicos, enfermeras, hospitales de campaña, equipos, medicinas, alimentos y más de ciento cincuenta mil donaciones de sangre, han sido enviados por Cuba para auxiliar a los damnificados de terremotos ocurridos en Perú, Nicaragua, Chile, Armenia, Irán, etc.

Una característica que debe destacarse, es que este humanismo internacionalista se ha manifestado independientemente de la ideología de los gobernantes a cuyos pueblos se ha prestado ayuda, y sin tener en cuenta si ellos tenían o no relaciones diplomáticas con Cuba.

La isla ha acogido fraternalmente a jóvenes, mujeres, pedagogos, escritores, artistas, médicos, científicos, estudiantes y otros sectores del continente, que en amplios eventos han discutido libremente sus problemas fundamentales y las posibles soluciones. De estos eventos han surgido organizaciones tan importantes como la Organización Latinoamericana de Estudiantes (OCLAE).

Ernesto Che Guevara: «¡Hasta la victoria siempre!». Una de las más notables expresiones del internacionalismo de la Revolución Cubana, se produjo ya desde la primera década: el proyecto nacional-liberador acometido por el comandante Ernesto Che Guevara.

Combatiente internacionalista contra la tiranía batistiana, uno de los principales jefes militares de Cuba revolucionaria, Presidente del Banco Nacional, Ministro de Industrias, educador de la juventud en el espíritu del hombre nuevo, promotor del trabajo voluntario, teórico y militante, reconocido legalmente como ciudadano cubano por nacimiento, el Che no tenía, sin embargo, otro anhelo mayor que el de liberar del yugo imperialista a los pueblos de América.

Desde muy temprano le había confiado a Fidel esa aspiración. El 25 de mayo de 1962, al hablar en un acto con motivo de la fiesta nacional argentina, se consideró parte de un ejército que luchaba en cada pedazo del mundo y llamó a prepararse para celebrar otros 25 de mayo, «no ya en esta tierra generosa (Cuba), sino en tierra propia y bajo símbolos nuevos, bajo el símbolo de la victoria, el símbolo de la construcción del socialismo, bajo el símbolo del futuro». Y en 1965, cuando entendió que la Revolución Cubana podía prescindir de su presencia, salió de Cuba argumentando que otras tierras del mundo requerían el concurso de sus modestos esfuerzos. Su última misión oficial como dirigente del Partido y del Estado, fue la de presidir en diciembre de 1964, la delegación cubana a Naciones Unidas y hablar en nombre de Cuba en la Asamblea General de ese organismo.

La ausencia del Che en la vida pública dio pretexto a que las agencias de prensa, periódicos, emisoras radiales y otros medios manejados por los enemigos de Cuba, iniciaran desde Estados Unidos una campaña contra la Revolución Cubana y sus principales dirigentes. Entre otras cosas, afirman que el Che ha sido fusilado en Cuba por discrepancias con Fidel y acusan a la alta dirección cubana de haber cometido el horrendo crimen. En varios países imprimen un afiche en que aparece Ernesto Guevara Lynch, padre del Che, exigiéndole a Fidel Castro que le devuelva el cadáver de su hijo. Guevara Lynch denuncia indignado la difamación, pero las agencias de noticias no publican el desmentido.

A petición del movimiento de liberación del Congo (Zaire), el Che llega clandestinamente a ese país con un grupo de combatientes cubanos con la misión de instruir militarmente a los guerrilleros. Se pone a las órdenes de los jefes congoleños y expresa el deseo de combatir con la guerrilla en las operaciones que ellos decidan. Rechaza cualquier privilegio para los cubanos, y exige que sus condiciones de vida sean iguales a las de los combatientes zaireños. Allí monta escuelas de instrucción militar y de cultura general; trabaja como instructor de la guerrilla y como maestro de Español, Matemática y Francés; ejerce como médico ante las

epidemias de la tropa y auxilia también a los campesinos; libra más de cincuenta acciones combativas junto a sus compañeros contra mercenarios sudafricanos, belgas y de otros países europeos, propinándoles importantes golpes, pero sufriendo también la pérdida en combate de algunos valiosos compañeros. Es atacado por la fiebre amarilla, que logra vencer.

En noviembre de 1965, los congolese deciden que los cubanos deben regresar, y desde La Habana ordenan el regreso. Han cumplido durante siete meses la misión que tenían, en la que Che Guevara supo aplicar su experiencia militar y política, así como sus conocimientos médicos con acendrada vocación humanista, internacionalista y solidaria. Al salir del Congo, los cubanos dejaron el agradecimiento y la simpatía de los guerrilleros y la población campesina. Además, habían adquirido nuevas experiencias de la lucha, un tanto diferentes de las que habían vivido en Cuba.

El 3 de octubre de 1965, en una importante reunión de dirigentes del Partido Comunista de Cuba, Fidel Castro da lectura a la conmovedora carta de despedida que le hubo de dirigir el Che. Había sido escrita en La Habana el 31 de marzo de ese año para ser leída en el momento oportuno. Y se creyó necesario darla a conocer en el marco de trascendencia y solemnidad del acto que se realizaba, para destruir las intrigas del enemigo y teniendo en cuenta que la carta no hacía revelaciones que pudieran conducir a la localización del Che.

La carta hace referencia a momentos significativos vívidos junto a Fidel, y libera a Cuba de toda responsabilidad en la nueva misión que se ha trazado: «Hago formal renuncia de mis cargos en la Dirección del Partido, de mi puesto de Ministro, de mi grado de Comandante, de mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba; sólo lazos de otra clase que no se pueden romper como los nombramientos (...) Otras tierras reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba, y llegó la hora de separarnos».

Habla el Che del orgullo que ha sentido por haber estado junto a Fidel y por pertenecer al pueblo cubano en días luminosos y tristes como los de la Crisis de Octubre. Reafirma su identificación con los principios y apreciaciones de Fidel y con la política exterior de la Revolución. Expresa su confianza en el futuro de los hijos que deja. Y afirma: «si llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo, y especialmente para ti».

Terminada su misión en el Congo, el Che vuelve a Cuba; está impaciente por iniciar su misión liberadora en Sudamérica. Pide a Fidel que le permita llevar a un grupo de compañeros muy experimentados que lucharon con él en Cuba y en Zaire; los escoge y son autorizados. Se entrenan y preparan. El Che sale clandestinamente de Cuba el 23 de octubre de 1966, sigue un itinerario desconcertante y llega a Bolivia once días después, el 3 de noviembre. Ya lo esperan varios compañeros que han ido preparando las condiciones para el proyecto revolucionario.

Pasado cierto tiempo, se organiza el grupo guerrillero, se crea una red urbana, exploran el terreno y van sentando las bases para la lucha armada en las montañas. El 23 de marzo de 1967 libran su primer combate, funesto para las tropas bolivianas. El Che bautiza el movimiento con el nombre de Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, y lleva un diario de campaña. El 31 de marzo cuenta el grupo con 29 bolivianos, 16 cubanos y tres peruanos.

Tan pronto el gobierno de Bolivia conoce la presencia de la guerrilla, pide ayuda a Estados Unidos y a los órganos de inteligencia de Argentina, Chile, Brasil, Perú y Paraguay. El ejército boliviano recibe inmediato asesoramiento militar, armamentos, equipos y víveres de Estados Unidos, gran parte de ellos provenientes del Comando Sur que ese país tiene en Panamá. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) norteamericana participa activamente en las operaciones contraguerrilleras; algunos de sus agentes son de origen cubano. Son realmente el ejército norteamericano y la CIA quienes dirigen todo el operativo.

Grandes manifestaciones de solidaridad escenifica el pueblo boliviano, sobre todo los estudiantes y los mineros. Estos últimos acuerdan donar un día de salario para la guerrilla. Pero el gobierno de Alfredo Ovando decreta el estado de sitio, suspende las garantías constitucionales y desata una salvaje represión. El

24 de junio, aprovechando las fiestas de San Juan, el ejército penetra en las minas y realiza una de las mayores matanzas de mineros de la historia de Bolivia. Detiene a los dirigentes que sobreviven y descabeza el movimiento.

Comienza una larga y tormentosa odisea para la guerrilla, que libra, inicialmente, varias acciones victoriosas. Pero pronto comienzan graves complicaciones: agentes de la CIA y de los cuerpos de inteligencia bolivianos logran penetrar al grupo; se producen desertiones, algunas de las cuales significan información de primera mano para el ejército; hay una pérdida gradual de hombres a partir de mayo-junio, en los momentos que más se necesitan; se pierde contacto con el grupo de retaguardia, con La Paz y con La Habana; se cometen algunas indisciplinas de cierta seriedad, y los campesinos, aunque van perdiendo el miedo, no se deciden a incorporarse a la guerrilla.

Por otra parte, a pesar de las deficiencias del ejército boliviano, su superioridad numérica es aplastante: hay miles de hombres que siguen paso a paso a los guerrilleros, que conocen sus planes y logran cercarlos, mientras los aviones bombardean constantemente sus campamentos. Las heroicidades se suceden, pero también las muertes irreparables en combate: Eliseo Reyes, Antonio Sánchez, Carlos Coello, Martínez Tamayo, Tamara Bunke, Vilo Acuña, Inti Peredo...

El 8 de octubre, en la Quebrada del Yuro, se bate con fiereza el pequeño grupo guerrillero. Herido en una pierna, al Che le inutilizan la carabina y se le agotan las balas de su pistola; momentos después choca con el ejército y cae prisionero. Al día siguiente, 9 de octubre de 1967, es asesinado fríamente por órdenes de las autoridades norteamericanas y del gobierno de Bolivia.

Solidaridad con Angola, Etiopía, Nicaragua y otros países. Ante la agresión de la Sudáfrica racista, secundada por Zaire y mercenarios de otros países, contra la República Popular de Angola (RPA) y a solicitud de ésta, que poco antes se había liberado del colonialismo portugués, Cuba envió un contingente internacionalista que llegó a contar en un momento dado con 53 000 combatientes. Más de trescientos treinta y siete mil cubanos pasaron por Angola en el transcurso de 15 años, y allí, junto a las fuerzas armadas populares angolanas, libraron encarnizadas batallas, como la de Cuito Cuanavale, hasta lograr, al costo de más de dos mil vidas, la derrota total de los invasores,

Esta victoria no sólo salvó la independencia de la RPA, sino que contribuyó decisivamente a la de Namibia y fue un importante factor para la liquidación del *apartheid* y la transformación de Sudáfrica en una república democrática, no racista.

No menos importante ha sido la ayuda brindada por más de cincuenta mil cubanos a la reconstrucción de Angola, integrados en contingentes de constructores, médicos, maestros y otros trabajadores civiles, entre ellos el Destacamento Pedagógico Internacionalista «Ernesto Che Guevara». Esos colaboradores han tenido que realizar su trabajo en medio del terror desatado por las bandas contrarrevolucionarias de la UNITA, cuyos ataques causaron decenas de víctimas cubanas. Otra forma de colaboración ha sido la concesión de becas a miles de jóvenes de ese país. En Cuba se han graduado por esa vía más de ocho mil estudiantes angolanos.

También la Sudáfrica no racista contó siempre con la solidaridad de Cuba. Ahora, más de doscientos médicos cubanos prestan sus servicios en varias provincias de ese país.

En 1978, cuando las tropas de Somalia invadieron a Etiopía, gobernada por jóvenes revolucionarios que querían librar al país de la opresión, miseria y atraso que padecía, Cuba respondió a la solicitud de ayuda hecha por ese gobierno, y envió 40 000 combatientes internacionalistas que, junto a los soldados etíopes, derrotaron al invasor y lo obligaron a retirarse del país.

Cuba brindó una permanente solidaridad moral y material a los patriotas nicaragüenses, que con su heroica lucha derrocaron a la tiranía de los Somoza, una de las más viejas y sangrientas de América. Constructores, médicos y otros trabajadores civiles han dado su aporte a la lucha contra la miseria, la ignorancia y el atraso en Nicaragua. Entre los más esforzados de esos internacionalistas se hallan más de seis

mil setecientos maestros, agrupados en el Contingente «General Augusto César Sandino», que fueron ubicados en apartadas zonas rurales, donde se necesitaba más su labor. Cuando varios de esos maestros fueron asesinados por las bandas contrarrevolucionarias, 100 000 nuevos jóvenes cubanos se ofrecieron para sustituirlos. Al asumir el poder el gobierno de Violeta Barrios, y a solicitud del mismo, quedó en Nicaragua una brigada de médicos cubanos que aún permanece allí.

El desastre nuclear de Chernobil, en Ucrania, que afectó a un amplio sector de la población, movió a Cuba a brindar atención médica y hospitalaria a una apreciable cantidad de afectados por las radiaciones, casi todos niños. Más de quince mil de ellos se han instalado en una de las mejores playas del país y han recibido adecuado tratamiento médico, lográndose importantes éxitos en su curación. Médicos cubanos se han preparado también para atender, en tierra ucraniana, a otras víctimas de aquella catástrofe.

En resumen, decenas de miles de cubanos han prestado su colaboración en unos sesenta países como maestros, profesores y asesores pedagógicos; médicos y otros profesionales de la salud; constructores, asesores deportivos, especialistas en diferentes ramas de la economía, la ciencia y la cultura. Además, Cuba llegó a tener en sus planteles 25 000 becarios extranjeros de Asia, Africa y América Latina.

El hecho sorprendente de que una nación pequeña, pobre y acosada implacablemente por el país más poderoso y agresivo del mundo de hoy, haya podido prestar esa considerable ayuda a tantos pueblos de la tierra, se explica principalmente por dos razones: el trato justo y solidario que recibió en sus relaciones con la comunidad socialista, particularmente con la URSS, lo que le facilitó vencer inmensos obstáculos; y la conciencia internacionalista del pueblo cubano, forjada en su lucha secular contra sus opresores nacionales y extranjeros, y elevada a su máxima expresión mediante el pensamiento y la obra de la Revolución Cubana y su máximo líder, Fidel Castro, ejemplos permanentes de humanismo revolucionario y solidaridad internacionalista.

XVIII

Avances hacia el socialismo. Crisis del sistema socialista mundial y escalada de EE.UU contra Cuba. Resistencia y lucha.

Perfeccionamiento de la democracia socialista. El primer congreso del Partido Comunista de Cuba. El año 1975 tiene una significación especial para la consolidación y el avance de la Revolución Cubana. Después de 1970 se inició un proceso de análisis de la labor realizada por el poder revolucionario en su primera década, valorándose también las experiencias de otros países socialistas. Este proceso alcanza su punto culminante en 1975, año en que se efectúa el primer congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC).

Este congreso repercute fuertemente en la vida interna del Partido, ya que es el resultado de un fructífero trabajo político desde la base, y en dicho evento se constituyen —por primera vez mediante elección— el Comité Central y demás órganos de dirección del Partido, se elaboran sus Estatutos y su Plataforma Programática (prácticamente su primer programa), y se definen numerosas cuestiones de orden ideológico y organizativo.

Pero siendo el PCC la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado, el congreso reviste enorme trascendencia para todo el país, por el peso decisivo que ejercen los problemas nacionales que en él se discuten y sobre los que recaen acuerdos y resoluciones: el proyecto de Constitución de la República, el perfeccionamiento de los órganos del Poder Popular, la nueva división político-administrativa, el sistema de dirección y planificación de la economía, así como la política del Partido y del Estado en todos los órdenes (político, ideológico, económico, social, cultural).

El congreso ratificó a Fidel Castro como Primer Secretario del Comité Central y a Raúl Castro como Segundo Secretario; eligió un Buró Político de trece miembros, un Secretariado de nueve y un Comité Central de ciento doce miembros efectivos y doce suplentes.

La Constitución de la República. El proyecto de Constitución de la República fue preparado por una comisión que presidió Blas Roca Calderío y sometido luego a una amplia y profunda discusión popular en la que participaron prácticamente todos los ciudadanos mayores de 14 años. Fue discutido en reuniones o asambleas de núcleos y comités del Partido, en los sindicatos, los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM), unidades militares y del Ministerio del Interior, y misiones de Cuba en el extranjero.

En esas discusiones se presentaron alrededor de diez mil propuestas de modificaciones o adiciones, y 5 500 000 personas votaron a favor del proyecto tal como estaba redactado.

La Comisión introdujo en él aquellas propuestas de mayor relevancia, y ese documento fue discutido y aprobado por el Congreso del Partido. Dos meses después, el 15 de febrero de 1976, se sometió a referéndum popular, en el que participó el 98% de la población apta para el voto, es decir, los ciudadanos de 16 años o más. Fue aprobado por el 97,6% de los votantes. La Carta entró en vigor el 24 de febrero del mismo año.

La Constitución consagra, en el plano jurídico, las profundas transformaciones ocurridas en Cuba en los primeros quince años de Revolución. Entre sus preceptos fundamentales están los siguientes:

- La República de Cuba es un Estado socialista de obreros y campesinos y demás trabajadores manuales e intelectuales. Todo el poder pertenece al pueblo trabajador, y se sustenta en la firme alianza de la clase obrera con los campesinos y demás capas trabajadoras de la ciudad y el campo. El Partido Comunista es la fuerza superior dirigente de la sociedad y del Estado. Este último debe prestar todo su apoyo a las organizaciones sociales y de masas, que representan los intereses específicos de los distintos sectores de la población.
- Cuba es un Estado soberano; se consideran ilegales y nulos los tratados, concesiones o pactos concertados en condiciones de desigualdad o que desconocen o disminuyen su soberanía sobre cualquier parte del territorio nacional. La República de Cuba es parte de la comunidad socialista mundial, hace suyos los principios del internacionalismo proletario y de la solidaridad combativa de los pueblos, y concede asilo a los perseguidos por sus luchas en favor de la liberación nacional, la democracia, la justicia social, la igualdad de todos los hombres, el progreso social y el socialismo.
- En Cuba rige el sistema socialista de economía, basado en la propiedad social de todo el pueblo sobre los medios de producción y en la supresión de la explotación del hombre por el hombre. Se garantiza la propiedad personal sobre los bienes que proceden del trabajo propio y sobre los medios que no se utilicen para explotar trabajo ajeno.
- El Estado protege a la familia, la maternidad y el matrimonio; garantiza la educación, la cultura y los derechos fundamentales de todos los ciudadanos, proscribiendo cualquier discriminación por motivo de raza, sexo, color u origen nacional. Todos están sujetos, a su vez, a iguales deberes.

La Constitución establece la forma en que se integran, funcionan y se desarrollan los órganos del Poder Popular en sus diversas instancias, basados todos ellos en la democracia socialista, la unidad de poder y el centralismo democrático. Asimismo determina la forma en que se integra, organiza y funciona el sistema judicial. Sienta los principios del sistema electoral cubano, establece el voto universal, igual y secreto de todos los cubanos de 16 años o más, al cual no se le imprime carácter obligatorio.

En este primer texto constitucional de 1976, se estatuyó el voto directo para los delegados a las asambleas municipales del Poder Popular e indirecto para los delegados a las asambleas provinciales y para los diputados. Pero éstos y otros preceptos fueron modificados en 1992.

El II y III Congresos del PCC (1980 y 1986 respectivamente) van recogiendo las experiencias de la política aplicada por el Partido y el Estado en todas las esferas de la vida del país. Y al discutirse en 1991 el Llamamiento al IV Congreso, proceso que se lleva a cabo por todo el pueblo con seriedad y espíritu crítico, las masas plantean, entre otras cuestiones, la necesidad de hacer algunos cambios en el texto de la Constitución vigente.

El Congreso hace suyos estos planteamientos, y al año siguiente, en julio de 1992, los discute y aprueba la Asamblea Nacional, que es el órgano autorizado para modificar la Ley Fundamental de la República, lo que puede hacer mediante una mayoría de las dos terceras partes de sus miembros.

Esas reformas fueron el resultado de varios factores, entre ellos: las experiencias adquiridas en quince años de aplicación del texto aprobado en 1976; los cambios ocurridos en el mundo tras el deplome de la comunidad socialista y la desintegración de la URSS, a lo cual nos referiremos más adelante, y la situación creada en Cuba como resultado de esos hechos y del incremento del asedio imperialista.

Muchos artículos de la Constitución se refundieron, sintetizaron, ampliaron o precisaron, y algunos fueron suprimidos. También se adicionaron capítulos y artículos nuevos. Nos referiremos concretamente a aquellos cambios que consideramos de mayor trascendencia.

Se incluyeron capítulos y artículos relacionados con la declaración del *estado de emergencia*, con la propiedad de las empresas mixtas y otras asociaciones económicas legalmente constituidas, con el tratamiento a los extranjeros residentes en Cuba, con los Consejos de Defensa y los Consejos Populares, asuntos que no se habían contemplado en 1976. Se concedieron mayores posibilidades a los campesinos para asociarse unos con otros. Se suprimieron artículos referentes a las relaciones de Cuba con la comunidad socialista, ya que ésta había dejado de existir.

Un nuevo artículo hace énfasis en la libertad de religiones y creencias, en la separación entre las instituciones religiosas y el Estado, y en las relaciones entre ambos. En el viejo texto había un artículo relacionado con esta cuestión, en el mismo espíritu de respeto a todos los credos; ahora son dos, y se otorga una mayor independencia a la Iglesia con respecto al Estado.

Se subraya el carácter no sólo marxista sino también martiano del Partido Comunista de Cuba, elemento que aparecía en el preámbulo de la Constitución de 1976 y en todos los documentos programáticos de la Revolución Cubana, pero no como un artículo expreso de la Carta Magna.

Gran parte de las modificaciones tienen que ver con los órganos del Poder Popular y con el sistema electoral. Se ofrecen definiciones claras y precisas de *provincia* y *municipio* y del papel que desempeña cada una de esas instancias. Se aumentan notablemente las atribuciones de las asambleas municipales, por ser los órganos en que inciden más directamente los problemas de la población. Se regula todo lo relativo a los *Consejos Populares* y se hace extensivo el voto directo para elegir a los delegados a la *asamblea provincial* y a los *diputados*, que antes era *indirecto*.

Los órganos del Poder Popular. Aplicando lo establecido en la Constitución de la República, en 1976 se implanta la nueva división político-administrativa del país y adopta formas superiores de organización el Poder Popular.

Ya la Revolución había hecho anteriormente algunos cambios no esenciales en la división político-administrativa, pero un estudio cuidadoso de esa estructura, teniendo en cuenta las características económicas, políticas, geográficas, demográficas, etc. de las distintas zonas del país, mostró la necesidad de un cambio profundo. Así, en lugar de las seis provincias, 58 regiones y 407 municipios existentes, se decidió suprimir las regiones y dividir el territorio nacional en 14 provincias y 169 municipios. A uno de éstos, Isla de Pinos (hoy denominada Isla de la Juventud), se le dio categoría de *municipio especial*, atendido directamente por el poder central.

Sobre la base de esta división territorial se estableció el nuevo sistema del Poder Popular. Durante los primeros años de Revolución victoriosa, se habían ido ensayando diferentes formas de gobierno en las

provincias, regiones y municipios. En 1974 se hizo un experimento en la provincia de Matanzas, que dio origen al sistema plasmado en la Constitución de 1976.

Según dicho sistema, la Asamblea Nacional es el órgano supremo del poder del Estado, el único que tiene potestad legislativa y constituyente. Es elegida por cinco años, y ella elige a su vez de entre sus miembros al Consejo de Estado, integrado por un Presidente —que también preside el Consejo de Ministros—, un Primer Vicepresidente, cinco Vicepresidentes, un Secretario y 23 miembros más. La Asamblea Nacional nombra al Consejo de Ministros, a propuesta del Presidente del Consejo de Estado.

Además de las asambleas provinciales y municipales, órganos superiores del poder del Estado a nivel local, se han creado los Consejos Populares, que representan a demarcaciones determinadas y están constituidos por los delegados de las circunscripciones que comprende cada demarcación. Se les otorga gran autoridad para trabajar por la eficiencia de las actividades de producción y de servicios, y por la satisfacción de las necesidades asistenciales, económicas, educacionales, culturales y sociales de la población. Los delegados de cada Consejo Popular eligen entre ellos a su Presidente.

Para la elección de los delegados a las asambleas del Poder Popular, el territorio de cada municipio se divide en *circunscripciones*, las que no son instancias de la división político-administrativa sino que se crean para elegir a los delegados y facilitar la posterior relación de éstos con sus electores. Una circunscripción no puede tener menos de doscientos cincuenta electores ni más de tres mil.

El primer paso para elegir a los delegados, consiste en celebrar una *asamblea de nominación de candidatos*. Para ello, cada circunscripción se divide en áreas más pequeñas, de modo que la asamblea nominadora no tenga cientos de participantes, sino un número reducido. Para que la asamblea se lleve a cabo debe contar con más de la mitad de los electores, y éstos pueden proponer libremente a los candidatos que deseen.

No es el Partido quien nombra ni elige; cualquier persona que pertenezca al área, siempre que no sea incapacitada mental ni esté inhabilitada judicialmente por delitos cometidos, tiene derecho a proponer y a ser propuesta, sea o no militante del Partido Comunista e independientemente de su manera de pensar (en cuanto a política, religión, filosofía, etc.), de su sexo o raza, y del sector social al que pertenece. La asamblea es soberana para aprobar o rechazar a los candidatos propuestos, por mayoría de votos. El máximo de candidatos que puede nominarse por una circunscripción es de *ocho*, y el mínimo, *dos*. En Cuba no puede haber candidato único. Se elige un delegado por cada circunscripción.

Los candidatos nominados integrarán la candidatura de la circunscripción. Se confeccionan biografías explícitas de todos ellos y se colocan en lugares públicos, junto con sus fotografías. El día de las elecciones, todos los candidatos aparecen relacionados en la boleta electoral, y los electores ejercen, voluntaria y libremente, el sufragio directo y secreto. Los escrutinios se realizan inmediatamente después de cerrada la votación, ante los electores presentes, y bajo la custodia de parejas de niños pioneros que han permanecido en los colegios electorales durante todo el día. Si ninguno de los candidatos obtiene más del 50% de los votos, se realiza posteriormente una segunda vuelta electoral, en la que sólo participan los dos que mayor votación obtuvieron. Nadie puede ser delegado o diputado si no alcanza, como mínimo, la mitad más uno de los votos.

Es muy significativo el hecho de que, no siendo obligatorio el voto, la cifra de votantes haya sido sumamente alta en todas las elecciones. La más baja se registró en los primeros comicios, los de 1976, cuando acudió a las urnas el 95,2% de los electores. La cifra más alta se obtuvo en febrero de 1993, con el 99,57%.

Todos los órganos representativos del poder del Estado son electivos y renovables cada cierto tiempo. Los elegidos tienen el deber de rendir cuentas periódicamente de su actuación ante sus electores, y éstos pueden revocarlos en cualquier momento mediante referéndum. Si más del 50% de los votantes se muestran conformes con la revocación, ésta se ejecuta, y es preciso elegir un sustituto.

Una característica de los delegados y diputados es que la condición de tales no entraña privilegios personales ni beneficios económicos, Como regla, deben desempeñar sus labores en el Poder Popular sin

afectar sus ocupaciones de obreros, profesionales, campesinos, estudiantes, cuadros de la economía o los servicios, etc., y sin recibir retribución adicional alguna.

Con el sistema electoral aquí esbozado no se agota, sin embargo, el estilo de democracia socialista seguido en Cuba. Además de la elección de sus dirigentes, de las asambleas de rendición de cuentas en que se debate la actuación de los gobernantes y donde el pueblo tiene la posibilidad de plantear sus problemas, y de otras formas de participación, una de las manifestaciones peculiares y más trascendentes de la democracia cubana, es la discusión directa por las masas de las leyes más importantes que se proyectan.

Esa discusión se lleva a cabo a través de las organizaciones políticas y de masas. El anteproyecto es estudiado por los integrantes del Partido y de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), que en conjunto sobrepasan la cifra de un millón de miembros; por la central sindical y sus organizaciones, con tres millones de trabajadores; la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), con más de doscientos mil campesinos; la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), con tres millones y medio de afiliadas; la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) y la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM), con cerca de medio millón de jóvenes, así como las instituciones sociales: Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), Unión de Periodistas de Cuba (UPC), Asociación de Economistas, etc. Pero la más abarcadora de todas ellas son los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), que permiten el debate entre siete millones y medio de personas, es decir, el 84% de la población mayor de 14 años de edad. En el conjunto de la población es difícil que un ciudadano no esté involucrado en los análisis más importantes, pues la mayoría de éstos pertenecen a más de una organización.

De esa forma se garantiza que no quede un rincón del país ni un solo sector de la sociedad sin estudiar cada documento básico que se proyecta, sin emitir opiniones y sugerencias, todas las cuales son recogidas y se hacen llegar a los órganos correspondientes.

Este proceso de análisis se ha hecho con los anteproyectos de Constitución de la República, Código de Familia, Código de Trabajo, Ley de Seguridad Social, Ley de la Vivienda, Ley contra la Vagancia y otras. También se han discutido los documentos fundamentales de carácter partidista, como el Programa del Partido y el Llamamiento al IV Congreso de los comunistas cubanos.

Logros, fallas y rectificaciones (1975-1989). Los años que siguieron a los importantes cambios institucionales de 1975-1976 se caracterizan por notables avances en la creación de condiciones para usar más eficientemente los recursos productivos del país, así como por logros significativos en el desarrollo económico y social, y en el propósito de satisfacer cada vez en mayor medida las necesidades de la población. Pero también fueron años de crecientes dificultades de carácter objetivo, tanto internas como externas, y de sensibles errores y deficiencias, sobre todo en la aplicación del sistema de dirección y planificación de la economía.

El Producto Social Global siguió un ritmo ascendente hasta 1986 y, aunque sufrió un ligero descenso, ya en 1988 constituyó el 167% del de 1975. Igualmente se incrementó el valor de las exportaciones e importaciones de bienes, de las inversiones, del consumo personal, de los ingresos de la población y de otros indicadores, con algunas dificultades en los años 1986 y 1987.

Las zafras azucareras se mantuvieron a un nivel superior a los siete millones de toneladas métricas de azúcar, muy por encima de las cifras anteriores al triunfo de la Revolución, y la de 1989 alcanzó 8 124 000 toneladas. Hubo significativos aumentos en la producción de energía eléctrica, acero, níquel, fertilizantes, cítricos, papel y cartón, viandas y hortalizas, cemento y otros materiales de construcción, así como en la pesca, las construcciones, el parque de maquinaria agrícola, nuevas industrias —entre ellas seis centrales azucareros—, obras hidráulicas, plantaciones forestales y otros renglones. Se construyeron nuevas centrales termoeléctricas que permitieron llegar con la electricidad al 90% de la población y se avanzó considerablemente en la construcción de la central electronuclear de Juraguá, en Cienfuegos. Alcanzó grandes proporciones el movimiento de innovadores y racionalizadores.

La agricultura cañera llegó a tener un parque de 90 000 tractores, y la mayor parte de la caña se cosechó mecánicamente. Se creó el sistema de *microbrigadas* para la construcción de viviendas: grupos de trabajadores que salían temporalmente de sus centros laborales para construir edificios cuyos apartamentos serían distribuidos entre el colectivo laboral. Si entre 1949-1958 se construían 800 viviendas por año, en 1980-1985 se hicieron 66 000 anuales. Además, el 85% de los cubanos se convirtieron en propietarios de sus viviendas. El sistema de microbrigadas comenzó a descuidarse en 1985 y las edificaciones mermaron; pero se revitalizó después.

En el período, crecieron notablemente las asignaciones para la seguridad y asistencia sociales, y se alcanzó un desarrollo notable en la esfera de la salud. La red de instituciones en este campo se multiplicó decenas de veces en comparación con 1958 y abarcó a toda la población del país. Entre los numerosos centros creados citaremos, como ejemplo, el hospital clínico-quirúrgico «Hermanos Ameijeiras», uno de los más modernos de la isla, y el hospital pediátrico «Juan Manuel Márquez», en Marianao.

Se instituyó el *médico de la familia*, que atiende a los habitantes de zonas limitadas (urbanas y rurales), acompañado de enfermeras, y lleva el control de la salud de cada una de las familias de la zona. Complementan a la red de hospitales y policlínicas del país. En 1990, los *médicos de la familia* atendían al 90% de la población.

Se erradicaron enfermedades endémicas tradicionales: tuberculosis, poliomiелitis, difteria, tétanos, sarampión, tifus y rubeola. La mortalidad infantil bajó, de más de sesenta niños por cada mil nacidos vivos en 1958, a 10,7 en 1990; la esperanza de vida subió de 65,8 años a 75,2 y el número de médicos llegó a uno por cada 284 habitantes.

Creció año tras año la cifra de profesores, investigadores, maestros, médicos y demás profesionales universitarios, lográndose las graduaciones más altas en la historia de Cuba hasta esa fecha. Se crearon varias instituciones relacionadas con las ciencias sociales, entre ellas el Centro de Estudios Martianos y el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba. En 1987, este último se fusionó con el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias y el Centro de Estudios de Historia Militar, para formar el actual Instituto de Historia de Cuba. Se produjo un continuo ascenso en el número de círculos infantiles, escuelas, alumnos matriculados y egresados, becarios, estudiantes seminternos, instituciones de cultura y demás índices educacionales y culturales.

Los deportes se desarrollaron vertiginosamente. Cuba multiplicó varias veces los títulos ganados en las competencias internacionales y se colocó entre los diez primeros países del mundo en ese campo.

En 1980, Cuba contó con el privilegio de que un hijo suyo, el teniente coronel Arnaldo Tamayo Méndez, se convirtiera en el primer cosmonauta latinoamericano, al participar en el vuelo conjunto Cuba-URSS con el soviético Yuri Romanenko.

Particular impulso se dio al desarrollo científico-técnico, de cuyos logros sólo citaremos algunos a manera de ilustración. Se crearon instituciones de suma importancia, como el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CENIC), el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología, el cardiocentro de cirugía infantil mayor del mundo (el «William Soler»), el Centro de Inmunoensayo y el Centro de Trasplantes y Regeneración del Sistema Nervioso.

Se introdujeron modernas técnicas, como un equipo capaz de destruir los cálculos renales, siendo el primer país del Tercer Mundo que lo instala; un equipo de resonancia magnética nuclear, el primero en América Latina; el sistema EVALIMAGE, creado por el CENIC para la visualización y análisis de imágenes tomográficas; la videoterminal alfanumérica y gráfica CID-7060, creada en la isla, y el bisturí láser cubano de dióxido de carbono.

En este período se iniciaron en Cuba los trasplantes de cerebro a cerebro, los de hígado, corazón y corazón-pulmón, y se continuaron exitosamente también los de riñón; Cuba aplicó por primera vez en el mundo (1985) la vacuna contra la meningitis meningocócica. Se producen también importantes aportes cubanos a la medicina mundial, como el interferón alfa leucocitario humano, el policosanol (PPG), el

descubrimiento de una sustancia derivada de la placenta humana, que cura el vitiligo; la producción de la primera cerámica semiconductor de alta temperatura; el tratamiento exitoso de la retinosis pigmentaria, y la obtención del factor de crecimiento epidérmico. Alcanza altos niveles de desarrollo la industria farmacéutica y biotecnológica.

Estos y otros avances no menos notables en las diversas esferas de la vida, se han logrado en lucha desigual contra enormes dificultades. En estos años subieron en flecha los precios de los productos y materias primas que Cuba importa, a la vez que bajaron en el mercado mundial los precios de los productos que Cuba vende. El azúcar llegó a tener un precio bastante inferior a su costo de producción. Aumentaron las tasas de interés y los servicios de la deuda externa, los fletes y las tarifas de arrendamiento de barcos. Sólo entre 1975 y 1979, los términos de intercambio se redujeron en un cincuenta y tres por ciento.

Fueron años en que se produjeron grandes pérdidas económicas debido al azote de varios huracanes y otros desastres naturales, y a los inmensos daños que hicieron enfermedades en las plantaciones de caña (la roya) y de tabaco (el moho azul). A lo que se suma, en el primer lustro de los años 80, acusadas deficiencias y errores en la dirección de la economía. No se puso el énfasis productivo en aquellos renglones más urgentes para el país; hubo gastos excesivos y pocos ingresos en los servicios productivos e inmovilidad en los recursos. La eficiencia económica se medía por los costos de las inversiones y no por sus resultados. Se inflaban las plantillas de trabajadores en los centros de producción y de servicios. Se produjo falta de secuencia y otros trastornos en la actividad constructiva. Se desestimó el papel de las microbrigadas. Hubo serios problemas en la planificación del desarrollo económico y social. Se menospreció el trabajo voluntario.

Frente a esta situación, a partir de 1985 la dirección del país inicia una política de «rectificación de errores y tendencias negativas», que se desarrolla en los años siguientes.

Todas las dificultades de esta etapa, un tanto aliviadas por las relaciones justas con la URSS y otros países socialistas y por la beneficiosa integración de Cuba en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), se ven seriamente agravadas, sin embargo, por el férreo bloqueo económico y las continuadas agresiones de Estados Unidos. Ante el gigantesco esfuerzo de la Revolución Cubana por llevar a los máximos niveles el desarrollo económico, político, social y cultural del país, se endurece cada vez más el acoso norteamericano.

El crimen de Barbados y otros actos vandálicos de Estados Unidos. En el período 1975-1989, el gobierno norteamericano continúa tratando de rendir por el hambre y el terror al pueblo de Cuba. Utiliza todas las formas de agresión conocidas desde 1959, pero realiza algunas acciones particularmente abominables.

Constatando que el secuestro y desvío de naves aéreas y marítimas no da los resultados que esperaba, la Agencia Central de Inteligencia de EE.UU. planea y ejecuta atentados contra aviones de pasajeros en pleno vuelo. En julio de 1976, agentes de la CIA colocaron una bomba en un avión cubano en Kingston, que no destruyó la nave en el aire sino en el propio aeropuerto debido a que se atrasó su salida. Mas no tuvieron esa suerte los pasajeros de otro vuelo de la empresa Cubana de Aviación que salió de Barbados hacia Cuba el 6 de octubre del mismo año.

Dos bombas de alta potencia fueron colocadas en los equipajes, las que estallaron e incendiaron la nave momentos después de su despegue, causando la muerte a las 73 personas que en ella viajaban. Perecieron en la catástrofe 57 cubanos, 11 guyaneses y cinco coreanos, todos trabajadores, estudiantes o deportistas. Entre los cubanos se hallaba el equipo nacional de esgrima, que regresaba de un torneo en Venezuela donde había ganado todos los primeros lugares. Seis de los guyaneses habían sido seleccionados para cursar estudios de Medicina en Cuba.

Los autores materiales e intelectuales del crimen fueron descubiertos, y algunos de ellos juzgados por los tribunales de Venezuela, en un proceso que presentó numerosas y graves irregularidades. La CIA encontró la forma de salvar a sus principales agentes: uno fue liberado y a otro se le facilitó la fuga de la prisión. Este último, oculto en el anonimato, continuó cumpliendo tareas terroristas en otros países del área. El agente que

dirigió el atentado estuvo dos años preso en EE.UU. por otras causas, y vive hoy tranquilamente al amparo de las autoridades norteamericanas.

El crimen provocó gigantescas manifestaciones populares contra el gobierno norteamericano y sus agentes terroristas, y condujo a que Cuba diera por terminado el acuerdo recién suscrito con EE.UU. sobre el secuestro de naves aéreas.

En estos años, se multiplicaron los atentados a sedes diplomáticas y a funcionarios de Cuba en el extranjero, y fueron ultimados miembros de la comunidad cubana en el exterior que eran partidarios de un entendimiento con Cuba.

Otra muestra de la fisonomía moral de los elementos contrarrevolucionarios al servicio de la CIA, fue el incendio del círculo infantil «Le Van Tam», de Marianao, el 8 de mayo de 1980. En esa guardería, la mayor de Cuba, quedaron atrapados 570 niños menores de seis años, ya que los terroristas prendieron fuego cerca de los ascensores en la planta baja del edificio, impidiendo totalmente la salida. Sólo el heroísmo de los trabajadores, del cuerpo de bomberos y de la población aledaña, incluyendo adolescentes de entre 12 y 14 años de edad, pudo impedir la hecatombe que pretendían los agentes del enemigo.

Otra modalidad puesta en práctica en esos años para desestabilizar el país y aislarlo de la comunidad latinoamericana e internacional, fue la de crear problemas en las sedes diplomáticas radicadas en la ciudad de La Habana. En algunos casos con la complicidad de funcionarios y diplomáticos extranjeros, elementos apátridas y antisociales iniciaron la toma de embajadas o residencias de diplomáticos extranjeros en solicitud del asilo político que EE.UU. y otros países les negaban por las vías normales.

Sufren asaltos, entre otras, la Nunciatura del Vaticano, las embajadas de Perú, Venezuela y Ecuador, y tiempos después las de Francia, España, República Federal de Alemania, Checoslovaquia, etc. El caso más espectacular y agudo de ese período fue el de la embajada peruana.

El 1ro. de abril de 1980, un grupo de individuos penetró violentamente en esa embajada, dando muerte a uno de los custodios cubanos, Pedro Ortiz Cabrera, suceso que desencadenó otros de carácter sumamente grave.

Por regla general, el gobierno peruano no concedía visas de entrada a su país a quienes las solicitaban por las vías normales, pero sí se mostraba dispuesto a hacerlo con quienes se introducían ilegalmente en su sede diplomática sin que fueran perseguidos ni corrieran peligro de ningún tipo, estimulando así sus actos ilegales.

Como respuesta a esa conducta irresponsable y ante el asesinato del joven militar cubano, el Gobierno Revolucionario retiró la custodia que prestaba a dicha embajada, y en una declaración oficial advirtió que ningún cubano que penetrara por la fuerza en una sede diplomática extranjera recibiría salvoconducto para salir del país. Al mismo tiempo, previno que si la inmunidad diplomática se tomaba como pretexto para legalizar el crimen, proteger a delincuentes comunes, violar las leyes cubanas y crear un clima de inseguridad para los representantes de Estados extranjeros, se tomarían todas las medidas que fueran necesarias.

Al cesar la custodia cubana, muchas personas que deseaban salir del país comenzaron a entrar en el local de la embajada del Perú, hasta sobrepasar los diez mil. Eran en su mayoría elementos desclasados, vagos y delincuentes comunes, pero también había desafectos a la Revolución. El gobierno cubano no adoptó ninguna medida contra los que penetraban pacíficamente; al contrario, se les permitió entrar y salir libremente en el edificio o regresar a sus domicilios en espera del permiso de salida —cosa que hicieron miles de ellos—, y si algún país les concedía visas, se les autorizaba la salida de Cuba. Además, le proporcionó alimentos, atención médica y medicinas a la muchedumbre concentrada en la sede diplomática.

Desde que se conoció el asesinato del custodio cubano, comenzaron a realizarse en toda la isla grandes demostraciones populares de apoyo al Gobierno Revolucionario, de repudio a los asaltantes y a la actuación del gobierno peruano.

El día 19, fecha conmemorativa de la victoria de Playa Girón, se realizó una gigantesca y combativa manifestación en la capital, convocada como «marcha del pueblo combatiente». Durante más de trece horas, una enorme masa que sobrepasó el millón de personas y que partió del malecón habanero, fue pasando frente

a la embajada del Perú, en la amplia y hermosa 5ta. Avenida, proclamando el apoyo del pueblo a la Revolución y su condena a los elementos antisociales y desafectos allí instalados. Esa demostración alcanzó tal magnitud, que las agencias cablegráficas internacionales, incluyendo las de Estados Unidos, se vieron obligadas a reconocer, entre críticas y reticencias, que la inmensa mayoría del pueblo cubano apoyaba a Fidel y a la Revolución. Marchas similares tuvieron lugar durante las semanas y meses siguientes, particularmente el 1ro. de mayo, Día Internacional de los Trabajadores, y el 17 del mismo mes, Día del Campesino. A esas grandes movilizaciones nacionales se sumó la solidaridad de las fuerzas progresistas y revolucionarias de América y del mundo.

Pero el asalto inicial a la embajada de Perú no constituía un hecho aislado, sino que formaba parte de una gran provocación organizada por Estados Unidos y sus servidores. En esos mismos días, unos setecientos elementos antisociales reunidos junto a la Oficina de Intereses de Estados Unidos en La Habana, atacan al pueblo; un antisocial lanza su automóvil contra una manifestación popular; se produce el incendio ya descrito del círculo infantil «Le Van Tam» en Marianao; ocurren graves incidentes en la embajada de Ecuador; los gobiernos sudamericanos comprometidos con Washington acusan a Cuba de violar las normas establecidas sobre el derecho de asilo, y Estados Unidos anuncia unas amenazadoras maniobras militares alrededor de la isla. Cuba responde con demostraciones populares permanentes de un extremo a otro del país, acompañadas de maniobras militares en todo el territorio nacional por tiempo indefinido, ya que sólo terminarían cuando cesaran las de Estados Unidos.

El 21 de abril, comenzaron a llegar al puerto cubano de Mariel embarcaciones procedentes de la Florida, con el propósito de llevarse a familias que deseaban irse para Estados Unidos. El gobierno cubano les dio todas las facilidades para ello, y se inició así un puente marítimo entre Mariel y la Florida, por el que salieron de Cuba alrededor de ciento veinticinco mil personas.

Pese a sus protestas y amenazas, Estados Unidos no puede impedir el arribo de lo que llamaron «marca salvaje»; pero repudia a los que llegan y encarcela a gran parte de ellos. Los «marielitos» han vivido en Cuba varios años de Revolución Socialista —por regla general es la única sociedad que conocen—, y pese a estar tarados por vicios y deformaciones, perciben el cambio al topar con la sociedad injusta a la que llegan. Son rechazados por los grupos contrarrevolucionarios de Miami, y comienzan una infortunada odisea.

El Gobierno Revolucionario mantuvo firmemente el principio de autorizar la salida del país a quienes lo solicitaron legalmente y no otorgar salvoconductos para salir a los que penetraran violentamente en las instalaciones diplomáticas.

El Informe del Comité de Santa Fe. A partir de 1980, el hostigamiento contra Cuba es incorporado oficialmente a la plataforma del Partido Republicano de EE.UU. El Consejo para la Seguridad Interamericana encargó a un grupo de especialistas, el llamado Comité de Santa Fe, que elaborara un documento sobre Cuba y la política a seguir hacia este país, política que sería aplicada por los republicanos cuando asumieran el gobierno en Estados Unidos.

En mayo de ese año, dicho Comité elaboró un Informe cuyos puntos principales, envueltos en pretendidas justificaciones, son los siguientes: EE.UU no puede aceptar la existencia de una Cuba socialista; la isla debe pagar un alto precio por su política antimperialista y revolucionaria; el primer paso contra Cuba debe ser francamente punitivo, debiéndose romper todo tipo de relación con ella (incluye la expulsión de los diplomáticos cubanos que integran la Sección de Intereses de Cuba en Washington). Según el Comité, hay que «reanudar» la exploración del área caribeña por EE.UU., cortar los dólares a los turistas norteamericanos, establecer una radio contrarrevolucionaria patrocinada abiertamente por el gobierno estadounidense, y alentar una rebelión interior en la isla. El documento afirma: «Si fracasa la propaganda, hay que lanzar una guerra de liberación contra Castro».

A tono con esas recomendaciones, el gobierno norteamericano se hace cargo directamente de las transmisiones radiales contra Cuba y las intensifica; inaugura la llamada «Radio Martí» (1986), lo que da

motivo a que el Gobierno Revolucionario interrumpa el acuerdo migratorio con EE.UU., alcanzado en 1984. Washington asume en 1989 el altísimo costo y la aún más alta responsabilidad de abrir un canal de televisión, con igual nombre y propósitos que la radioemisora, intento que resulta un rotundo fracaso pues la técnica cubana logra anular totalmente la señal televisiva.

En la segunda mitad de la década de los 80, Estados Unidos lleva su persecución contra Cuba a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU y nombra al frente de la delegación yanqui en ese organismo a un contrarrevolucionario y terrorista que había sido policía de la dictadura batistiana. Además, intensifica el espionaje aéreo sobre Cuba, utilizando sus aviones *SR-71*, «*Black Bird*», y ensaya un golpe aéreo masivo contra el Occidente de la isla. El Presidente Ronald Reagan se reúne con los contrarrevolucionarios de origen cubano en Miami, les ratifica su apoyo y profiere nuevas amenazas contra Cuba.

Guerra de todo el pueblo, desplome del campo socialista y período especial en tiempo de paz. Frente a la escalada agresiva de Estados Unidos, la dirección revolucionaria cubana toma las medidas necesarias para hacer frente a todas las posibles variantes del enemigo, incluyendo el bloqueo total y la invasión de las tropas norteamericanas por tierra, mar y aire.

La estrategia militar cubana se basa en la doctrina de la *guerra de todo el pueblo*. No es la guerra exclusiva de un ejército profesional; cada uno de los habitantes del país —hombre, mujer o niño— tiene un papel específico que desempeñar en los diversos frentes: militar, económico, político- ideológico, sanitario, cultural, etc. La decisión es combatir con todas las fuerzas hasta repeler la agresión o, en caso de ocupación del país por el enemigo, hacerle imposible la vida y derrotarlo.

La Revolución Cubana ha preparado a todo el pueblo para esa situación, que se ha concebido como un *período especial en tiempo de guerra*, y cuyo momento más extremo sería la *opción cero*.

Sin embargo, ciertos acontecimientos ocurridos en el mundo crearon para Cuba una situación sumamente crítica, aún sin que se produjera un conflicto militar directo con EE.UU. Fue el vertiginoso proceso que en unos tres años condujo al desplome del campo socialista y a la desintegración de la URSS. El impacto de estos acontecimientos, sobre todo en la esfera económica, fue tan dañino para Cuba, que resultó imprescindible declarar un *período especial en tiempo de paz*.

El férreo bloqueo económico que Estados Unidos decretó contra la isla y las presiones que ejerció sobre sus aliados, desde los primeros años, habían obligado a Cuba a concentrar el grueso de sus relaciones económicas y comerciales con la URSS y demás países socialistas. En 1990, más del 80% del comercio exterior cubano se realizaba con el campo socialista; pero al desaparecer éste y producirse en los países que lo integraban una gran inestabilidad, acompañada de cambios radicales en su política y concepciones, sus relaciones con Cuba se deterioraron sensiblemente.

Ya en febrero de 1990, Fidel Castro previno sobre la probabilidad de que se presentara una crisis económica de dimensiones imprevisibles, y llamó al pueblo a prepararse «para enfrentar la peor contingencia que se pueda crear como consecuencia de severas restricciones en los suministros, sobre todo de materias primas esenciales, alimentos y combustibles, de manera que seamos capaces de resistir en las más adversas condiciones y continuar en todo lo posible nuestros programas de desarrollo.»

La crisis prevista por Fidel no tardó en producirse. La isla perdió el 75% de sus importaciones y más del 95% del mercado externo para sus productos. De 13 millones de toneladas de petróleo que recibía, la cifra bajó a tres millones. Faltaron los fertilizantes, el pienso y los herbicidas; las piezas de repuesto para la industria, el transporte y la maquinaria agrícola, materias primas decisivas, medicinas, tejidos, e infinidad de otros productos y recursos. Al bloqueo de Estados Unidos, que ya le había costado al país el equivalente de 43 000 millones de dólares, se sumaba en la práctica un segundo bloqueo, sin que el país tuviera a quién apelar. Además, se abría aún más la tijera del intercambio desigual, crecían las tasas de interés y los servicios de la deuda externa, y se agudizaba la crisis de la economía mundial.

Como resultado de todos estos factores, la economía cubana sufrió un considerable descenso: en 1993 había decaído en más de un 34% en comparación con 1989. La producción azucarera de 1995 disminuyó a 3,3 millones de toneladas, la más baja en la historia de la Revolución. La falta de energía eléctrica paralizó buena parte de la vida del país y afectó seriamente a la población con frecuentes «apagones», y con la reducción de los programas de televisión, funciones de cine y teatro y otras actividades culturales y recreativas. Cerraron o redujeron su actividad muchas empresas, fábricas y otros centros de producción y de servicios, quedando sin empleo —aunque no desamparados— más de cien mil trabajadores. Se produjeron serios déficits en medicinas, instrumental y otros recursos médicos, material escolar, etc. Fue imprescindible reducir el número y la tirada de periódicos, revistas, libros y otras publicaciones.

Pese a este cuadro desolador, se logró mantener las principales conquistas de la Revolución. En Cuba no se aplicaron políticas «de choque». La inmensa mayoría de los trabajadores que quedaron sin empleo fueron reubicados en otros centros laborales, y el resto, unos once mil comenzaron a recibir el 60% de sus salarios y tuvieron la posibilidad de realizar otras actividades como trabajadores por cuenta propia. Crecieron los programas de seguridad y asistencia sociales; no se afectó en sus pensiones a ningún jubilado; no hubo atrasos en los pagos a ningún trabajador activo. No se cerró una sola escuela, ni un hospital o policlínica, ni un círculo infantil. Creció el número de profesionales universitarios. Continuó descendiendo la mortalidad infantil, salvo en 1994 en que sufrió un ligerísimo ascenso, pero ya en 1995 se redujo de nuevo, a 9,4 niños por cada mil nacidos vivos.

La estrategia ante el período especial. Al desaparecer el campo socialista, Cuba se ve obligada a integrarse a un sistema de relaciones económicas internacionales basadas en el intercambio desigual y demás normas que rigen el mundo del capitalismo, sumamente desfavorables para los países subdesarrollados. Tiene que reorganizar sustancialmente su economía, y lo hace sin renunciar a los principios esenciales que han guiado y guían a la Revolución, ni a las principales conquistas logradas, ni al empeño de continuar desarrollando el proyecto socialista en la medida que lo permitan las difíciles y complejas condiciones del mundo actual.

En primer lugar, reordena su economía y finanzas internas. Se propone utilizar al máximo y con la mayor eficiencia los recursos propios, aunque a veces esto signifique un retroceso en relación con los logros alcanzados en la técnica y tecnología: vuelven a utilizarse los bueyes y el arado y se recurre de nuevo a labores manuales que ya se habían mecanizado. Se hace imperativa la política, trazada desde varios años atrás, de sustituir importaciones y redoblar la producción de renglones exportables.

Se adoptan medidas para sanear las finanzas internas: abolición de gratuidades, creación de impuestos —inexistentes desde mucho tiempo atrás— política de precios —manteniendo una cuota mínima asequible a los bajos ingresos— y otras dirigidas a reducir el dinero circulante y el déficit presupuestario.

En el sector agropecuario, se crean las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), con toda la ayuda posible para sus integrantes; se entregan parcelas de tierra ociosa a familias que quieran cultivarlas, y se organiza el mercado agropecuario, en el que pueden vender libremente sus productos los campesinos individuales, los «parceleros», las cooperativas y las granjas de algunos organismos. A mediados de 1996, el 33% de la tierra cultivable del país pertenece al Estado, el 42% a las UBPC, el 10% a las cooperativas de producción agropecuaria y el 15% a los campesinos individuales.

Una decisión de mucha importancia ha sido la de autorizar y estimular el trabajo por cuenta propia, en el que se ocupan hoy 208 000 personas jubiladas, amas de casa, trabajadores que necesitan un ingreso adicional e individuos desvinculados laboralmente.

Pero en un país como Cuba, que depende en gran medida del comercio exterior, es vital la obtención de moneda convertible con que adquirir combustibles, alimentos, maquinaria, materias primas e infinidad de productos para satisfacer las necesidades de una población de once millones de habitantes. De ahí que se decidiera dar facilidades para la entrada de divisas al territorio nacional y despenalizar su tenencia por la

población. Pero, sobre todo, se ha considerado que el turismo y las inversiones extranjeras desempeñan, junto a las exportaciones, un papel decisivo en la batalla para superar el período especial.

Pese a todas las dificultades antes citadas, el turismo ha ido creciendo establemente y se han desarrollado a ritmo satisfactorio las asociaciones y otros vínculos con el capital extranjero. A mediados de 1996, hay constituidas en Cuba 212 asociaciones mixtas con empresarios de 50 países y un capital a invertir de 2 100 millones de dólares. Están representadas en el país 668 firmas extranjeras. El Banco Nacional de Cuba mantiene relaciones con unas quinientas entidades similares en el mundo.

Los principios en que se asientan esas relaciones están fijados por la nueva Ley para la Inversión Extranjera, de 1995, que crea condiciones muy favorables para los inversionistas. Esto, unido a la estabilidad social y política del país, a la buena calificación de la fuerza laboral y a otros factores, les garantiza el éxito de sus negocios. Por otra parte, Cuba se beneficia, ya que los inversionistas aportan capital, tecnología y mercados, que la parte cubana no puede obtener por sí sola. Además, las empresas mixtas dan ocupación a decenas de miles de trabajadores del país, y el Estado no pierde la propiedad sobre los bienes de dichas empresas.

Estas inversiones se diferencian por su esencia de las que se hacían en la Cuba neocolonial, cuando los monopolios foráneos eran los dueños absolutos de todos los medios de producción y de las ganancias, generalmente burlaban el pago de sus contribuciones al Estado y ejercían un control nocivo sobre la vida económica y política del país.

Se inicia la recuperación. La estrategia seguida para enfrentar los retos del *período especial*, ofreció sus primeros signos positivos —aunque muy débiles aún— en 1994, los que se hicieron más palpables en 1995 y se han consolidado y ampliado en el primer semestre de 1996. Primero, se detuvo el peligroso descenso de la economía, que después de haber caído más de un 34% en 1993 con respecto a 1989, comenzó un ligero ascenso del 0. 2% en 1994, subió al 2,5% en 1995, y creció en un 9,6% en el primer semestre de 1996. Al auge de este semestre contribuyó mucho la zafra azucarera, pues se produjo más de un millón de toneladas de azúcar por encima del año anterior. Ha sido también un factor importante el financiamiento externo que se ha logrado para la producción de azúcar, tabaco, arroz y otros renglones. Se espera que el año 1996 cierre con resultados económicos de un 5% de incremento aproximadamente, ya que la actividad económica es mucho menos intensa en el segundo semestre que en el primero.

Se han obtenido logros sustanciales en la producción de níquel, tabaco, fertilizantes, petróleo (extracción y refinamiento), acero, captura de pescado, cemento, viandas y hortalizas, así como en las construcciones y en el turismo. Muchas de las fábricas paralizadas han comenzado a producir, algunas de ellas a su máxima capacidad. En el primer semestre de 1996 se observa un crecimiento sostenido del empleo global: se incorporan al trabajo más de cincuenta y un mil personas. Se han reducido los apagones, como resultado de un ascenso en la producción de electricidad.

Crecieron equilibradamente las importaciones y las exportaciones y se ha diversificado apreciablemente el comercio exterior: Cuba comercia hoy con 97 países.

Se ha progresado en el saneamiento de las finanzas internas: disminuyeron sensiblemente la liquidez financiera y el déficit presupuestal, a pesar de que aumentaron el salario medio y los beneficios de la seguridad y asistencia sociales, y que los precios del mercado agropecuario bajaron en un 10%. El valor del peso cubano subió un 58% en comparación con 1995.

La mortalidad infantil ha llegado a la cifra más baja de todos los tiempos: 8,2 niños por cada mil nacidos vivos (al cierre de junio de 1996). La esperanza de vida al nacer es de 75 años, y hay un médico por cada 193 habitantes. Cuba ha graduado ya, desde 1959, más de medio millón de profesionales universitarios. En el país hay un profesor o maestro por cada trece alumnos.

La Ley Torricelli, la Helms-Burton y otras agresiones recientes. La caída, uno tras otro, de los regímenes socialistas de Europa, provocó una gran euforia en las esferas gubernamentales de Estados Unidos y en los grupos contrarrevolucionarios de Miami.

No sólo se solazaban por el golpe demoledor que recibía la causa del socialismo y de la liberación nacional en sentido general, sino porque esperaban que lo mismo ocurriría en Cuba. No creyendo en la autoctonía ni en la independencia de la Revolución Cubana, consideraban a la mayor de las Antillas como un satélite de la Unión Soviética y estaban convencidos de que correría la misma suerte que las democracias populares europeas.

En los centros de apátridas de origen cubano, se vaticinaba que el desmoronamiento era cuestión de días o de pocas semanas. Comenzaron los trajines políticos sobre la organización e integración del nuevo gobierno que sucedería al de Fidel Castro, y se crearon agencias para atender a las reclamaciones sobre propiedades confiscadas o nacionalizadas por la Revolución y para realizar otros trámites relacionados con el regreso de esos grupos a Cuba. Los elementos más agresivos planearon la realización de una matanza generalizada de revolucionarios en la isla.

Sin embargo, pasaban los meses y en Cuba no se veían síntomas de descomposición. La crisis económica se extendía, pero se tomaban medidas para enfrentarla, y la situación política era estable: las masas reiteraban continuamente su apoyo a la Revolución.

Preocupados y molestos, los gobernantes norteamericanos decidieron contribuir al esperado desplome del socialismo en Cuba adoptando nuevas medidas contra la isla, recrudeciendo el bloqueo económico e intensificando las diversas formas de agresión que venían practicando regularmente.

A mediados de 1992, el representante ultrarreaccionario Robert Torricelli presenta a la Cámara un proyecto de ley que lleva su nombre —el cual sería aprobado— y que reitera la decisión de EE.UU. de utilizar todos los medios posibles para aplastar a Cuba, incluso el de aniquilar al pueblo cubano por hambre.

Entre otras cosas, la Ley Torricelli otorga potestad al Presidente de EE.UU. para aplicar sanciones económicas a los países que mantengan relaciones comerciales con Cuba; prohíbe el comercio con la isla a subsidiarias de empresas norteamericanas radicadas en terceros países; dispone que no podrán entrar a puertos estadounidenses, por un lapso de seis meses, aquellos barcos que toquen puertos cubanos dejando o llevando carga o pasajeros, y hace nuevas restricciones a la remisión de dinero de EE.UU. hacia Cuba. Esta ley pretende convalidar las presiones hechas por Estados Unidos durante muchos años a otros países con el fin de aislar a Cuba, todas las cuales habían fracasado.

Pero la Ley Torricelli no tiene mejor suerte que otros instrumentos de presión de Estados Unidos contra los demás países. Pese a ella, Cuba va expandiendo su comercio exterior y obteniendo financiamiento para determinadas actividades económicas; empresas de varias nacionalidades comienzan a realizar inversiones en la isla y a establecer otros vínculos económicos; la crisis se detiene y se vislumbran signos de recuperación. Las elecciones que se realizan en Cuba en febrero de 1993, en pleno período especial, arrojan un apoyo abrumador a la Revolución: el 99,7% de los electores van a las urnas y sólo el 7,03 % de ellos votan en blanco o anulan la boleta.

Este nuevo fracaso de la política anticubana exaspera a los círculos más agresivos del gobierno norteamericano y a los grupos de apátridas de Miami. Ponen en primer plano la subversión interna en la isla, el estallido de conflictos sociales, actos terroristas y provocaciones, para lo que cuentan con la participación personal de funcionarios de la Oficina de Intereses de EE.UU. en La Habana y con una avalancha de agentes de la CIA que se infiltran en la isla, a lo que unen los llamamientos a la subversión por parte de emisoras contrarrevolucionarias desde la Florida. Más de mil horas de radio semanales se dirigen contra Cuba, a través de 17 frecuencias. En abril de 1994, un connotado vocero de los apátridas miamenses reclama «tres días de licencia para matar» en Cuba cuando caiga la Revolución.

El 15 de julio del mismo año, el remolcador «13 de Marzo», anclado en el puerto de La Habana y sin condiciones para navegar, es robado por individuos que querían salir del país y a los que EE.UU. no

autorizaba a entrar legalmente en su territorio. Advertidos de las malas condiciones del barco, no se detuvieron, y otras embarcaciones trataron de interceptarlo. El remolcador secuestrado chocó con otro y se hundió rápidamente. Por muchos esfuerzos que hicieron las demás tripulaciones y las lanchas patrulleras, sólo pudieron rescatar con vida a 31 personas; otras 32 murieron ahogadas.

A partir de esa fecha, por instigación de EE.UU. y los contrarrevolucionarios de Miami, se sucede una ola de secuestros de barcos, en ocasiones acompañados de asesinatos, y muchas personas construyen balsas para atravesar el Estrecho de la Florida, lo que cuesta pérdidas de vidas en la travesía. El 5 de agosto, Fidel Castro advierte que si EE.UU. insiste en estimular las salidas ilegales, Cuba no las obstaculizará, decisión que se pone en práctica una semana después.

El Presidente William Clinton se niega a adoptar medidas que desestimen las salidas ilegales, pero el 19 de agosto, ante el flujo de balseros que arriban a sus costas, anuncia que no se admitirá a ninguna persona que llegue ilegalmente a ese país. Por primera vez en 36 años, el gobierno estadounidense deja de instigar a los cubanos a que sigan esa peligrosa vía. Clinton dispone, además, que los balseros que sean capturados en aguas norteamericanas o internacionales, sean enviados a la base naval de Guantánamo o a otras instalaciones militares norteamericanas en distintos países, para decidir después su destino.

Semanas más tarde, el 9 de septiembre, se firma un acuerdo migratorio entre Cuba y Estados Unidos, que plasma el compromiso de este país de no admitir la emigración ilegal y regular el flujo de emigrantes legales. Este acuerdo, saludado por grandes núcleos de la comunidad cubana en EE.UU., es rechazado airadamente por los grupos más agresivos de la contrarrevolución.

Pero, a pesar del positivo cambio de actitud ante el problema migratorio, Clinton dicta una serie de nuevas medidas contra Cuba: no se admitirán remesas de bultos postales para la isla, salvo medicinas; el tráfico aéreo entre EE.UU. y Cuba se limitará a los vuelos destinados a conducir emigrantes legales, y se aumentarán las transmisiones radiales contrarrevolucionarias.

El 5 de agosto, se producen desórdenes contrarrevolucionarios en dos barrios capitalinos —Habana Vieja y Centro Habana—, cuyos actores principales son el lumpen y otros elementos antisociales. Pero el propio pueblo trabajador, que se movilizó al instante, se encarga de poner fin a los incidentes, sin emplear armas, contando con la presencia de Fidel Castro, que se puso de inmediato al frente de los movilizadros. Las gigantescas demostraciones populares que se sucedieron, frustraron tajantemente todo intento desestabilizador.

Otra importante derrota de dichos intentos, fue el resultado de las elecciones celebradas en julio de 1995. Los enemigos de la Revolución habían desplegado una desesperada campaña para que el pueblo se abstuviera de participar en esos comicios, lo que pensaron sería fácil ya que el voto no es obligatorio en Cuba. De modo que la justa electoral se convirtió, de hecho, en un verdadero plebiscito. Sin embargo, concurrieron a las urnas el 97,1% de los electores; sólo votó en blanco el 4,3% de los votantes y anulaban sus boletas el 7%. Es decir, más del 85% del electorado patentizó claramente su respaldo a la Revolución, lo que en las difíciles condiciones de la crisis económica más aguda de los últimos 36 años, constituía una extraordinaria victoria para el poder revolucionario.

Como respuesta a esta nueva frustración, los sectores ultraderechistas del gobierno estadounidense, vinculados al exilio contrarrevolucionario de origen cubano, emprendieron nuevos y más peligrosos pasos en la escalada anticubana. Nueve proyectos contra Cuba se barajaron durante 1995 en el Congreso norteamericano, los que se concretaron en la Ley Helms-Burton, dirigida a frenar la inversión extranjera y paralizar los financiamientos y suministros del exterior a la isla, es decir, a estructurar un bloqueo económico total y absoluto contra Cuba, además de legalizar todo tipo de apoyo de Estados Unidos a los grupos contrarrevolucionarios del interior de la isla y al gobierno que se establecería en ella cuando fuera derrocada la Revolución.

Esta ley va en la misma dirección que su antecesora, la Torricelli, pero constituye una violación mucho más flagrante y atrevida de los derechos humanos de todo un pueblo, de la soberanía de los demás países del

mundo —incluyendo a los propios aliados de Estados Unidos— y de normas y principios que rigen el derecho internacional y las relaciones económicas entre las naciones.

En primer lugar, legaliza y da carácter irreversible a todas las medidas adoptadas anteriormente contra Cuba por las distintas administraciones estadounidenses, y compele al gobierno norteamericano a lograr del Consejo de Seguridad de la ONU, que se internacionalice el bloqueo de la isla, haciéndolo obligatorio para todos los países. Exige al gobierno norteamericano que rinda anualmente ante el Congreso de EE.UU. un informe detallado sobre todo lo que se refiere a las relaciones económicas de Cuba con otros países.

La ley exige la más estricta aplicación de las sanciones a los norteamericanos que violen las órdenes, licencias, regulaciones o disposiciones sobre el bloqueo (prohibición de viajes a Cuba, de remisión de dinero o donaciones de cualquier tipo). Estas sanciones incluyen multas de 50 000 dólares y decomiso de cualquier propiedad utilizada para violar lo dispuesto.

A fin de fomentar la subversión, la ley autoriza todo tipo de apoyo a los grupos contrarrevolucionarios que existen dentro de Cuba, y da a EE.UU. el derecho a determinar qué tipo de gobierno, de sociedad y de relaciones deberá tener Cuba después del derrocamiento de la Revolución. Esto significa prácticamente la anexión de Cuba a Estados Unidos.

Condición esencial para que EE.UU. acepte ese tipo de gobierno cubano, sería la devolución íntegra de todas las propiedades nacionalizadas por la Revolución que pertenecían a personas o empresas norteamericanas. Esa devolución debe hacerse no sólo a los que eran ciudadanos norteamericanos en el momento de producirse la nacionalización, sino también a los que adquirieron posteriormente esa ciudadanía. De no ser devueltas físicamente las propiedades, se exige una compensación «plena y total» (equivalente al triple de su valor).

Arrogándose facultades extraterritoriales, esta ley otorga a los tribunales de EE.UU. el derecho a admitir cualquier reclamación hecha por ciudadanos de ese país supuestamente afectados por la pérdida de una propiedad en Cuba y a emitir fallo judicial. Si un ciudadano de un tercer país ha invertido en esa propiedad o trafica con ella, se le puede iniciar un pleito o imponérsele determinadas sanciones, como la suspensión de la visa de entrada a EE.UU. Esas sanciones se extenderán también a los familiares más allegados del sancionado, a su cónyuge e hijos menores.

El carácter arbitrario e inhumano de la ley Helms-Burton, que pretende aniquilar por hambre a todo un pueblo, desconoce la igualdad soberana de los Estados y vulnera principios sustanciales del derecho internacional; concitó la oposición no sólo de las fuerzas progresistas, democráticas y celosas de los derechos soberanos de las naciones en todo el mundo, sino también del Partido Demócrata de EE.UU., particularmente del Presidente Clinton, temerosos de la reacción negativa de sus propios aliados.

No obstante, una provocación montada por grupos terroristas de la Florida, vinculados al ala más reaccionaria del Partido Republicano y del propio gobierno, sirvió de pretexto a Clinton para cambiar radicalmente de criterio y asumir la posición de sus enemigos políticos. Se ha dicho que contribuyeron decisivamente a ese viraje, la fragilidad de sus principios éticos y los cálculos electorales a pocos meses de unos comicios en los que él aspira de nuevo a la Primera Magistratura.

La provocación del 24 de febrero de 1996. Desde el triunfo de la Revolución Cubana, se han producido miles de violaciones del espacio aéreo nacional por naves piratas procedentes del Norte. Ellas se han utilizado para bombardear poblados, fábricas, almacenes y otros objetivos económicos; incendiar cañaverales, refinerías, y depósitos de petróleo; lanzar explosivos y pertrechos de guerra a grupos de terroristas y de alzados; introducir espías y saboteadores, hacer la guerra biológica, o arrojar propaganda que incitaba al desorden y la subversión. En los meses anteriores a febrero de 1996, se produjeron más de 25 violaciones de este tipo.

Las autoridades cubanas informaban a las de EE.UU. y a los organismos de la aviación civil de ese país sobre estos hechos, que infringían también las leyes norteamericanas. Además de cometer esas violaciones,

los cabecillas terroristas, a través de la radio y la televisión de Miami, alardeaban de sus vuelos sobre el territorio de Cuba y sobre la propia capital habanera, así como de sus planes para seguir haciéndolo. No obstante, las autoridades norteamericanas, que a veces decían estar preocupadas por estos delitos, no hacían nada concreto para impedirlos. El Gobierno cubano reiteró terminantemente que no seguiría tolerando esas incursiones, pues «la paciencia tiene un límite».

En la mañana del 24 de febrero de 1996, tres aviones piratas de la organización terrorista «Hermanos al Rescate» procedentes de la base de Opalocka, en la Florida, penetraron en el espacio aéreo cubano, pero se retiraron hacia el norte ante la presencia de aparatos de la Fuerza Aérea Revolucionaria. Horas después, regresaban hacia Cuba, y eran advertidos de que se hallaban activadas zonas aéreas al norte de La Habana y que si penetraban en ellas podían ser derribados. Un responsable de esas incursiones respondió que ellos lo sabían, pero que penetrarían de todas maneras. Era un reto evidente a quienes defendían la soberanía del cielo cubano.

Dos de las naves penetraron en el espacio aéreo de Cuba, y fueron derribadas. El jefe de los terroristas — desde una tercera nave— se mantuvo resguardado en el espacio internacional, eludiendo la suerte de sus subordinados.

Este hecho motivó una nueva campaña contra Cuba por parte del gobierno de Estados Unidos. Inmediatamente después del derribo de los aviones, como si todo estuviese previsto, el Presidente Clinton anuncia nuevas medidas contra Cuba entre las que se encuentran: aprobar la Ley Helms-Burton, claudicando ante el Congreso de mayoría republicana; reclamar del Consejo de Seguridad de la ONU que condene y sancione a Cuba; suspender indefinidamente los viajes de cubanoamericanos a la isla, y recabar más fondos aún para incrementar las transmisiones de la mal llamada «Radio Martí».

A solicitud del Consejo de Seguridad, la Organización de la Aviación Civil Internacional (OACI) nombra una comisión para que investigue todo lo relativo al incidente del 24 de febrero y sus antecedentes. Estados Unidos manipula dicha comisión, le niega el acceso a pruebas valiosas, falsifica otras, y obtiene un informe confuso, contradictorio y parcial a tal extremo, que no es aprobado por el pleno de la OACI. En lugar de hacerlo suyo, este organismo adopta una resolución equilibrada que envía al Consejo de Seguridad acompañando al mencionado informe. Pese a las presiones, Estados Unidos no logra tampoco que el Consejo de Seguridad sancione a Cuba.

Esta batalla, iniciada por la superpotencia del norte para aislar a Cuba, ha tenido un resultado totalmente opuesto: el prestigio y la autoridad de ésta se han acrecentado, mientras el descontento y la oposición a la prepotencia norteamericana han alcanzado dimensiones no imaginables. Ni un solo gobierno en el mundo se ha manifestado a favor de la ley Helms-Burton. Han adoptado posiciones particularmente enérgicas contra esa ley los gobiernos de América Latina y el Caribe, Canadá, Rusia, Vietnam, y otros países; organizaciones internacionales como el Movimiento de Países No Alineados, y regionales, como la Organización de Estados Americanos (OEA), la Unión Europea y el Grupo de Río, así como personalidades de muy diversas tendencias políticas. Es particularmente significativa la firme oposición de México y Canadá, asociados con Estados Unidos en tratados de libre comercio. Por primera vez en su historia, la OEA toma un acuerdo en oposición a Estados Unidos, que se queda solo: todos los demás miembros rechazan la Helms-Burton.

A finales de agosto, durante la infructuosa visita a México de un enviado del Presidente Clinton para recabar apoyo a dicha ley, el canciller mexicano censuró todas las iniciativas unilaterales y multilaterales que procuran el aislamiento de Cuba, y en un documento entregado al emisario yanqui por un senador azteca, se afirma que «las pruebas de respeto que hoy Cuba da al mundo son sobradas», y se añade: «Con profunda indignación, los mexicanos hemos recibido esa horripilante y engendrosa ley Helms-Burton. Su carácter ignominioso jamás tendrá cabida en una nación colmada de legados tan dignos como el que nos dejó Benito Juárez, el Benemérito de la Patria, que ufana nuestros sentimientos para enseñarnos que el *respeto al derecho ajeno es la paz*».

La repulsa ha crecido notablemente en este mes de agosto, al ser aprobada en EE.UU. otra medida, también de carácter extraterritorial y atentatoria a los principios de la soberanía y del derecho internacional, la Ley D'Amato, que estipula sanciones de EE.UU. para cualquier país que realice determinado monto de inversiones en la industria petrolera de Irán o Libia. Se considera un sarcasmo que un gobierno que ha practicado las más condenables formas de terrorismo en todo el mundo, se erija en juez de otros gobiernos acusándolos de terroristas.

Por otro lado, si bien es cierto que el hostigamiento contra Cuba ha alcanzado en EE.UU. los niveles más altos, puede afirmarse que la solidaridad con la isla antillana adquiere dimensiones impresionantes en todo el planeta, incluso en el propio pueblo norteamericano. Las asociaciones de amistad con Cuba, movimientos políticos, sectores religiosos, personalidades de las más diversas militancias e ideologías, llevan a cabo una permanente labor de apoyo político y moral, a la vez que realizan importantes campañas de ayuda material que han contribuido a aliviar necesidades apremiantes de la población. En la isla se suceden las brigadas de numerosos países, que la visitan y aportan su esfuerzo al desarrollo del país y a la resistencia del pueblo. En los últimos años se ha incrementado el respaldo a Cuba en los organismos y foros internacionales: durante cuatro años consecutivos, la Asamblea General de la ONU ha rechazado por abrumadora mayoría el bloqueo contra la isla.

Particularmente significativo es el movimiento solidario en el seno del propio pueblo norteamericano. No sólo los comunistas y las organizaciones políticas de izquierda se destacan en ese movimiento; también lo hacen artistas, científicos, profesionales, estudiantes, instituciones religiosas. Incluso sectores del capital y políticos prominentes, abogan por el cese del bloqueo y las agresiones, por la solución negociada de los problemas entre Cuba y EE.UU. Se intensifican las brigadas solidarias («Venceremos», «Antonio Maceo», etc.) y los grupos de estudiantes que visitan la isla en gesto fraternal.

Una de las más expresivas muestras de esa solidaridad de importantes sectores del pueblo norteamericano, son las caravanas que recorren periódicamente diferentes estados a iniciativa de la organización ecuménica Pastores por la Paz y con la cooperación de religiosos canadienses, su valiente desafío a las rígidas medidas de bloqueo contra Cuba, su odisea hasta la frontera con México, y el heroísmo con que sostuvieron un victorioso «ayuno por la vida» durante 94 días, reclamando la devolución —para enviarlas a Cuba— de las 395 computadoras que les habían sido decomisadas por las autoridades yanquis. Estas hermosas muestras de solidaridad son, al mismo tiempo, combates que libra el pueblo progresista de EE.UU. en defensa de sus propios derechos, consagrados en la Constitución de su país y violados permanentemente por su gobierno.

Otra manifestación del reconocimiento y el respeto crecientes a las posiciones de principios sostenidas por Cuba, son las relaciones que se han ido desarrollando con la comunidad cubana en el exterior. Una gran parte de sus componentes, pese al distanciamiento del suelo cubano, al medio adverso y a la labor antinacional de los grupos de presión contrarrevolucionarios, han sabido conservar el idioma, la idiosincrasia, las costumbres y tradiciones, el amor a la patria, es decir, los sentimientos nacionales. En ese medio hostil, abogan por el cese del enfrentamiento de EE.UU. contra Cuba y por el desarrollo de relaciones normales y estables entre los cubanos de la isla y los que radican en el exterior. Y tanto esos cubanos como el Gobierno Revolucionario han dado serios pasos en esa dirección.

En noviembre de 1978 se produjeron los primeros contactos en La Habana con un grupo de representantes de esa comunidad. En abril de 1994 se lleva a cabo, también en La Habana, la primera conferencia «La nación y la emigración», que reunió a 221 invitados de 30 países. En ella se encontraron importantes puntos de coincidencia, que se robustecieron en la segunda de estas reuniones, en octubre de 1995, con la presencia de 332 invitados de 34 países. Hoy existe una comunicación estable con ese sector patriótico de cubanos, los cuales, sin compartir necesariamente la ideología socialista, coinciden con la Revolución en los objetivos de unidad nacional, independencia plena, soberanía, y relaciones pacíficas y mutuamente beneficiosas con todas las naciones, incluyendo a Estados Unidos.

XIX

La nación cubana en los umbrales del Siglo XXI.

El último quinquenio del Siglo XX ha sido testigo de importantes acontecimientos que reafirman la trascendencia histórica de la Revolución Cubana y el acierto del pueblo cubano al escoger el camino del socialismo. Las siguientes páginas de este libro se dedican a dicho período.

Recuperación sostenida. A partir de 1996 continuó la recuperación económica iniciada discretamente en 1994, de tal modo que entre 1995 y 1998 la economía logró un crecimiento promedio anual del 3,5%, pese a la guerra económica permanente de EE.UU. y a los desastrosos efectos de huracanes y de condiciones climatológicas adversas. En 1999, el crecimiento llegó al 6,2%, y en el año 2000, al 5,6%. Estos avances son muy significativos si se tiene en cuenta que, hasta 1998, el bloqueo yanqui ocasionó a Cuba pérdidas calculadas en unos setenta mil millones de dólares.

No obstante los grandes daños causados particularmente por la Ley Helms-Burton, dirigida en lo fundamental a impedir las inversiones extranjeras en Cuba, el país ha salido adelante. Al finalizar el primer semestre del año 2000 había en la isla 390 asociaciones de diferentes tipos con capital extranjero, y el 59% de ellas se habían constituido después de aprobada la mencionada Ley. De los recursos extranjeros comprometidos —alrededor de cuatro mil trescientos millones de dólares—, el 40% fueron obtenidos también después de firmada dicha Ley.

Gracias a la recuperación económica, el exceso de moneda circulante, que en 1994 alcanzó la cifra de 12 000 millones de dólares, se redujo a 9 781 millones en 1999, y el déficit presupuestario disminuyó también de casi la tercera parte del Producto Interno Bruto (PIB) en 1993, al 2,4% en 1999. El peso cubano tuvo una notable revalorización: si en los años iniciales del *período especial* se cotizaba de 125 a 150 pesos por un dólar, en el año 2000 se cotiza de veinte a veintiuno.

Al mismo tiempo, se ha producido una reanimación de importantes ramas de la economía. El sector más dinámico ha sido el turismo, que ha crecido a un ritmo promedio del 21% anual, pese a que el gobierno de EE.UU ha prohibido a sus ciudadanos viajar a Cuba, y la labor criminal del imperialismo norteamericano y sus agentes contrarrevolucionarios para impedir el arribo de turistas a la isla. En 1997 dichos agentes desataron una ola de atentados terroristas en varias instalaciones turísticas de La Habana, uno de los cuales ocasionó la muerte al joven italiano Fabio di Celmo, alojado en el hotel “Copacabana”. Las autoridades cubanas descubrieron a los autores y cómplices de tales crímenes y paralizaron esas acciones terroristas.

También se han logrado aumentos significativos en la producción de níquel, electricidad, petróleo, gas, textiles, fertilizantes, viandas y vegetales. A mediados del 2000, dichos aumentos se han extendido prácticamente a todos los sectores económicos, incluyendo los bienes de consumo y servicios. La producción de azúcar crudo, que llegó a bajar hasta 3,16 millones de toneladas, emprendió una lenta mejoría en 1999 y sobrepasó ligeramente los cuatro millones en el 2000.

Los incrementos productivos no han ampliado la cuota mínima que adquiere la población a precios subsidiados, pero han engrosado los mercados de productos agropecuarios e industriales —a precios liberados— y las tiendas que venden sus mercancías en moneda libremente convertible. Ello ha representado un considerable aumento de la oferta de productos a la población.

El comercio exterior se ha ido recuperando también, a ritmo lento pero firme. El intercambio comercial en 1999 cerró con 5 516 millones de dólares. Se comerció con 146 países, siendo España y Canadá los principales socios comerciales, seguidos de Venezuela, República Popular China y Federación Rusa.

Por otro lado, se han mantenido las conquistas fundamentales de la Revolución en la salud pública, la educación, la seguridad social, el deporte y otras esferas. La mortalidad infantil se ha mantenido desde 1996 por debajo de ocho niños fallecidos de cada mil nacidos vivos. En el 2000 fue de 7,2, la menor tasa en toda América Latina. Parecidos logros se siguen obteniendo en la disminución de la mortalidad materna, en el aumento de la esperanza de vida —sobre los 75 años—; en la alta proporción de médicos —uno por cada 168 habitantes—, lo que hace de Cuba el país de mayor número de médicos per cápita en el mundo; y en otros importantes rubros.

Se han erradicado numerosas enfermedades epidémicas y endémicas: poliomielitis, difteria, tétanos del recién nacido y del niño, sarampión, síndrome de la rubeola congénita, meningoencefalitis posparoiditis, tosferina, y otras. Factor importante en estos logros han sido las campañas sistemáticas de vacunación masiva, atención médica en general y mejoramiento de las condiciones sanitarias. Mucho ha ayudado la construcción de unos cuatrocientos acueductos en las zonas rurales en estos años. Se avanza en los ensayos de vacunas contra el SIDA y contra ciertos tipos de tumores cancerosos, todo lo cual muestra el potencial científico del país y las favorables condiciones que crea el socialismo para su desarrollo.

Igualmente significativos son los índices logrados en la educación. La enseñanza preescolar abarca el 98% de la población infantil de 0 a 5 años; todos los niños de 5 a 11 años (nivel primario) están escolarizados, y en la enseñanza media, que abarca los grados del 7mo. al 9no., la escolarización alcanza al 95% de los adolescentes y jóvenes comprendidos en las edades correspondientes. Entre 1990 y 1998, pese a las carencias y demás dificultades sufridas durante el *período especial*, se graduaron más de trescientos mil profesionales universitarios, con lo que suman más de setecientos mil los que ha formado la Revolución en 40 años.

Estos logros no son solamente de carácter cuantitativo. Una muestra de la calidad de la enseñanza puede encontrarse en los resultados de una investigación realizada en once países de América Latina por el Laboratorio Latinoamericano de Evaluación de la Calidad de la Enseñanza, bajo los auspicios de la UNESCO. Se efectuaron pruebas de Matemática y Lenguaje a niños de tercero y cuarto grado de los citados países, y Cuba alcanzó holgadamente el lugar de honor.

Sigue creciendo continuamente el número de másters en ciencias, investigadores, técnicos y personal científico en general. Se hacen importantes descubrimientos y otros aportes, reconocidos universalmente, en medicina, genética, farmacología; en la ciencia y la técnica. La enseñanza en el arte y las letras, así como las realizaciones de los artistas y literatos cubanos, siguen logrando cada vez más el reconocimiento internacional.

También continúan sucediéndose las hazañas deportivas. En los XXVI Juegos Olímpicos, celebrados en la ciudad norteamericana de Atlanta, los deportistas cubanos ganaron 25 medallas (9 de oro, 8 de plata y 8 de bronce), dando a Cuba el octavo lugar por países. Y en los XXVII Juegos Olímpicos de Sidney, en septiembre del 2000, superaron los resultados de Atlanta al obtener 29 medallas (11 de oro, 11 de plata y 7 de bronce). A pesar de haber ganado más medallas, Cuba ocupó el noveno lugar debido a que el nivel de preparación de los países de mayores recursos se elevó apreciablemente, a que aumentaron los cambios de bandera de muchos deportistas a favor de los países ricos, y a que alcanzó grandes dimensiones la comercialización del deporte. En los Juegos Centroamericanos y del Caribe la isla sigue ocupando el primer lugar, y en los Juegos Panamericanos el segundo. En béisbol, boxeo, levantamiento de pesas, judo, voleibol y otros deportes, Cuba ocupa posiciones privilegiadas.

El combate político-ideológico. Si fuerte y permanente es la lucha que Cuba se ve obligada a librar contra la guerra económica, biológica y de terror con que el gobierno de EE.UU. pretende asfixiar al pueblo y destruir la obra de la Revolución, no menos intensa es la batalla que ésta despliega en el campo de la ideología, contra las campañas insidiosas de sus enemigos desde el exterior, y en lo interno, contra las deformaciones que tienden a producirse en la sociedad debido a las crecientes e indispensables relaciones con el mundo capitalista.

Se ha dado nuevo impulso a la labor de las escuelas políticas en el Partido, en las organizaciones de masas y en muchos organismos; al perfeccionamiento de los programas de estudio y a la enseñanza de la historia en todos los niveles del sistema nacional de educación; a la promoción del pensamiento y la obra de José Martí, y a la formación de las nuevas generaciones en el conocimiento y la práctica de la moral martiana y marxista.

Desde finales de 1999 se han desarrollado con extraordinario éxito las mesas redondas y tribunas abiertas sobre temas de la actualidad nacional e internacional, cuyos debates se difunden a todo el país, e incluso fuera de él, por la televisión y la radio, y también a través de la prensa escrita y de materiales impresos especialmente sobre los temas tratados. Son actividades en las que participa, de una u otra forma, toda la población, particularmente niños y jóvenes, mostrando su ilimitado poder movilizativo, así como el inmenso caudal de cultura política, artística, literaria y general que han adquirido las masas gracias a la obra de la Revolución. A ello se suma la creación de la Universidad para Todos, que pone los estudios superiores al alcance de la nación, utilizando también para ello los medios de comunicación de que disponemos.

Se han fortalecido considerablemente las instituciones martianas creadas durante la república neocolonial y muy mal atendidas entonces (Casa Natal de José Martí, Fragua Martiana), a la vez que se ha dado mucho calor a las que creó la Revolución, como el Centro de Estudios Martianos, y se han fundado otras nuevas en los últimos años, como el Memorial “José Martí”, la Oficina del Programa Martiano, la Sociedad Cultural “José Martí” y el Movimiento Juvenil Martiano. Se ha extendido el número de *cátedras martianas* y se le presta creciente atención a los Seminarios Juveniles de Estudios Martianos. La bibliografía martiana se ha enriquecido notablemente, así como el número de publicaciones periódicas relacionadas con nuestro Héroe Nacional.

Las tradiciones patrióticas, antimperialistas e internacionalistas del pueblo cubano, y en general la historia de su cultura nacional, constituyen una base sólida para la defensa de sus posiciones ideológicas y políticas. En diciembre de 1996, la Asamblea Nacional (Parlamento) aprobó la Ley de Reafirmación de la Dignidad y Soberanía Cubanas, como respuesta a la anticubana Ley Helms-Burton. En marzo de 1997 se dio a conocer la Declaración de los Mambises del Siglo XX, que expresó la decisión de resistir y vencer frente al acoso imperialista. Y en 1999 fue proclamado, en el mismo sentido, el Juramento de Baraguá. Esos documentos recibieron el apoyo masivo y resuelto del pueblo, que los discutió en todo el país y los rubricó con millones de firmas.

A esas muestras de alta conciencia política del pueblo y solidez del Poder Revolucionario pueden agregarse otros hechos de relevancia, como fueron el V Congreso del Partido Comunista de Cuba y la realización de las honras fúnebres del Comandante Ernesto Che Guevara, ambos en 1997, así como las elecciones del Poder Popular en los años 1997, 1998 y 2000.

El magno evento partidista tuvo lugar en octubre de 1997, y en él se analizó la situación del país en todos los órdenes, se tomaron las decisiones necesarias para continuar avanzando por el camino de la recuperación económica y en la lucha ideológica, así como en los demás campos. Entre los importantes acuerdos se destacan la Resolución Económica, que ha venido discutiéndose y aplicándose desde entonces, y el documento político-ideológico titulado “El partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos”, debatido antes del Congreso por todo el pueblo en más de doscientas treinta mil asambleas presididas por la más absoluta libertad de opiniones.

El Congreso reiteró la plena confianza de los comunistas cubanos en el futuro de la Patria y de la humanidad, tal como lo expresó Fidel Castro en su Informe Central: “Las ideas revolucionarias vivirán mientras existan revolucionarios, patriotas, corazones nobles; mientras existan personas que lleven en sí las mejores virtudes humanas”.

En ese mismo mes de octubre se realizaron elecciones de delegados a las asambleas municipales del Poder Popular, las que constituyeron, como todas las anteriores, un rotundo éxito revolucionario. Asistieron a los colegios electorales más del 96% de los electores y fueron elegidos en todo el país 14 533 delegados. Las

boletas en blanco y las anuladas representaron poco más del siete por ciento del total de votos, o sea, fueron válidos casi el 93% de los votos emitidos.

Poco más tarde, en enero de 1998, tuvieron lugar los comicios para elegir a 601 diputados a la Asamblea Nacional (Parlamento) y 1 192 delegados a las Asambleas Provinciales, a fin de renovar ambos cuerpos. Acudió a las urnas el 98,35% de los electores inscriptos; los votos válidos ascendieron al 95%. Las boletas nulas y en blanco fueron el cinco por ciento.

En estas elecciones, el respaldo a la Revolución se manifestó también en la magnitud que alcanzó el *voto unido* (candidatura completa), que constituyó el 94,39% de los votos válidos. Por consiguiente, todos los candidatos resultaron electos con un respaldo superior al 94% de los votos emitidos. Fidel y Raúl Castro, los dos más altos dirigentes de la Revolución, obtuvieron más del 99% de los votos posibles.

Los últimos comicios del Siglo XX para elegir delegados a las Asambleas Municipales, se llevaron a cabo en abril del año 2000. Pese a que el sufragio no es obligatorio en Cuba, a estos comicios acudió el 98,06% del electorado. El 94,13% de los votos fueron válidos, ya que sólo hubo un 5,87% de boletas en blanco y anuladas. Fueron elegidos 14 686 delegados.

Homenaje póstumo al Guerrillero Heroico y a sus compañeros caídos en Bolivia. Vigorosa expresión de los sentimientos internacionalistas, la veneración por los mártires y el fervor patriótico del pueblo cubano, fueron los actos realizados en la isla con motivo del hallazgo, traslado a Cuba y ubicación definitiva de los restos de Ernesto Che Guevara y seis de sus compañeros caídos en Bolivia y enterrados allí con él: los cubanos Carlos Coello Coello, Orlando Pantoja Tamayo, Alberto Fernández Montes de Oca y René Martínez Tamayo; el boliviano Simeón Cuba Sanabria, y el peruano Juan Pablo Chang-Navarro Lébano.

En junio de 1997, después de una afanosa búsqueda en la que participó un equipo especializado de científicos y técnicos cubanos, con la valiosa colaboración de personal boliviano y argentino, se encontraron en suelo de Bolivia los restos del Che y sus compañeros ya mencionados. Trasladados a la ciudad de La Habana, se situaron provisionalmente en la Sala Granma, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, hasta que se concluyera el monumento que se construía para acogerlos definitivamente en la ciudad de Santa Clara. Las honras fúnebres tuvieron lugar del 11 al 17 de octubre, días declarados de duelo oficial.

Poco antes de su traslado a la capital villaclareña, los venerados restos se expusieron en el Memorial “José Martí”, en la base del monumento erigido al Apóstol de la independencia de Cuba, con el propósito de que el pueblo capitalino pudiera rendirles honores póstumos antes de que fueran llevados para Santa Clara. Fidel y Raúl Castro, junto a los demás miembros del Buró Político del PCC, realizaron la primera guardia de honor, y más de un millón de habaneros desfilaron en absoluto silencio, reflejando inmenso dolor y entrañable cariño, ante los féretros de los inolvidables combatientes.

Emocionado homenaje se les rindió igualmente por centenares de miles de compatriotas a lo largo del trayecto de 300 km entre La Habana y Santa Clara (saludos de caballería mambisa, ofrendas florales, filas interminables de hombres, mujeres y niños), así como en la Biblioteca “José Martí” de Santa Clara, donde se expusieron los restos hasta dárseles sepultura el día 17 en el memorial erigido en la Plaza de la Revolución “Ernesto Che Guevara”. Aquí tuvo lugar una velada solemne en la que un mar de pueblo colmó las avenidas y la Plaza. En ese acto usó de la palabra el Comandante en Jefe, Fidel Castro, quien valoró la estatura moral, humana y revolucionaria del Che y sus compañeros de la guerrilla boliviana, y señaló el simbolismo de que sus restos estén en Cuba, lo que ello significa para la patria y la Revolución.

“Veo al Che y a sus compañeros —aseguró el líder cubano— como un refuerzo, como un destacamento de combatientes invencibles, que esta vez incluye no sólo cubanos, sino también latinoamericanos que llegan a luchar junto a nosotros y a escribir nuevas páginas de historia y de gloria (...) No todas las épocas ni todas las circunstancias requieren de los mismos métodos y las mismas tácticas. Pero nada podrá detener el curso de la

historia; sus leyes objetivas tienen perenne validez. El Che se apoyó en esas leyes y tuvo una fe absoluta en el hombre”.

De la misma forma que a estos seis combatientes, se ha venido honrando a nuevos grupos de guerrilleros cuyos restos fueron encontrándose posteriormente, entre ellos los de la heroína argentino-alemana-cubana Haydée Tamara Bunke Bider, Tania la Guerrillera. Al finalizar el año 2000, el Memorial de Santa Clara guarda los restos de treinta de dichos combatientes: cubanos, argentinos, bolivianos y peruanos.

Demandas del pueblo de Cuba al Gobierno de Estados Unidos. La guerra desatada por el gobierno de Estados Unidos ha causado al pueblo de Cuba inmensos daños humanos y materiales durante más de cuarenta años. Esa guerra fue concebida por la gran potencia del Norte como política de Estado, y su responsabilidad por los daños de toda índole ocasionados a la nación cubana está plenamente demostrada a través de las múltiples informaciones reconocidas en aquel país en los últimos tiempos, y, de modo particularmente elocuente, por los numerosos documentos secretos desclasificados que se han dado a conocer allí.

Partiendo de esos hechos, y cumpliendo rigurosamente todos los procedimientos legales, se establecieron y tramitaron ante la Sala de lo Civil y de lo Administrativo del Tribunal Provincial Popular de Ciudad de La Habana, dos demandas contra el gobierno de EE.UU., hechas a nombre de ocho organizaciones sociales y de masas que agrupan a la casi totalidad de la población del país: Central de Trabajadores de Cuba (CTC), Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), Federación de Mujeres Cubanas (FMC), Federación Estudiantil Universitaria (FEU), Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM), Organización de Pioneros “José Martí” (OPJM), Comités de Defensa de la Revolución (CDR) y Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana (ACRC).

Una, la “Demanda del Pueblo de Cuba al Gobierno de Estados Unidos por Daños Humanos”, se presentó el 31 de mayo de 1999, y en ella se reclamaba una indemnización total de 181 100 millones de dólares estadounidenses como reparación por la invaluable pérdida de 3 478 vidas humanas y por los daños ocasionados a otras 2 099 cuya integridad física resultó gravemente quebrantada, hasta el punto de quedar físicamente incapacitadas.

La segunda, “Demanda del Pueblo Cubano al Gobierno de los Estados Unidos por los Daños Económicos Ocasionados a Cuba”, se presentó el 3 de enero del 2000, y en ella se requería una indemnización total de 121 000 millones de dólares por concepto de daños y perjuicios debido a las pérdidas económicas directas e indirectas causadas al país en acciones promovidas, organizadas o ejecutadas por el gobierno norteamericano.

Tanto los daños humanos como los económicos fueron causados, como expresan ambas demandas, por unos u otros hechos como los siguientes: acciones políticas, militares, económicas (bloqueo, leyes y otras medidas), biológicas, diplomáticas, psicológicas, propagandísticas, de terror y sabotaje, de espionaje, agresiones físicas, apoyo logístico a bandas contrarrevolucionarias armadas y a grupos mercenarios clandestinos, infiltraciones e incursiones en territorio cubano, aliento a la desertión y a la emigración (sobre todo ilegal), intentos de liquidar físicamente a los principales dirigentes revolucionarios, amenaza de exterminio nuclear y hasta agresión directa por un ejército mercenario.

Durante varios meses se celebraron, separadamente, las vistas de los juicios por ambas Demandas. Ante el tribunal y el pueblo allí congregado desfilaron testigos presenciales de los hechos, personas mutiladas, miembros de los cuerpos armados y de la Seguridad del Estado, familiares y compañeros de las víctimas de las agresiones yanquis y mercenarias, y todo ciudadano que pudiera aportar elementos probatorios. Ellos revivieron dramáticamente el recuerdo de crímenes horrendos y acciones bandidescas cometidos o promovidos por los gobiernos norteamericanos. Además, se acompañaron al proceso copias de documentos secretos desclasificados del gobierno de EE.UU. e informes de los organismos de Seguridad de Cuba.

Al finalizar los procesos seguidos por ambas demandas, el fallo unánime y definitivo de los tribunales competentes fue el de condenar al gobierno de EE.UU. al pago de la indemnización solicitada por los

demandantes en uno y otro caso: 181 100 millones de dólares estadounidenses por los daños humanos, y 121 000 millones por los daños económicos de que ha sido responsable dicho gobierno.

Logros en política exterior. En los últimos años del Siglo XX, se ha seguido incrementando también la hostilidad del gobierno de EE.UU. en la esfera diplomática. No obstante, la nación cubana ha logrado una ampliación creciente de sus vínculos con el resto del mundo. A mediados del año 2000 mantiene relaciones diplomáticas con 171 países, pertenece a 20 organismos electivos de los que componen el sistema de Naciones Unidas y es miembro activo de otras numerosas entidades regionales e internacionales.

Un número cada vez mayor de países, organizaciones y estadistas condenan la guerra económica de EE.UU. contra la isla. Pronunciamientos contra el bloqueo, la Ley Helms-Burton y otras medidas anticubanas han hecho la FAO y otros organismos de la ONU, el Movimiento de Países No Alineados, la Asociación de Estados del Caribe, el Grupo de Río, la Asociación Latinoamericana de Integración, la Unión Interparlamentaria, la Unión de Parlamentos de África, la Unión de Parlamentos Árabes, así como los Parlamentos Europeo, Latinoamericano, Centroamericano, Indígena y Andino.

En igual sentido han tomado acuerdos la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos (Estambul, 1996), la Cumbre de la Alimentación (Roma 1996), el CARIFORUM (Santo Domingo 1998), la Cumbre de los 77 (La Habana, 2000) y otros foros internacionales. Decenas de mandatarios de muchos países han emitido declaraciones que rechazan el asedio de EE.UU. contra Cuba, entre ellos el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica y Jefe de Estado del Vaticano, en su visita a Cuba en 1998.

Particular importancia ha tenido el resultado de las votaciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas contra el bloqueo norteamericano, las que reflejan un sostenido ascenso del apoyo a nuestro país, como se muestra en las siguientes cifras:

VOTACIÓN DE LOS PAÍSES SOBRE EL PROYECTO PRESENTADO POR CUBA

Año	A favor	En contra	Abstenciones
1996	137	3	25
1997	143	3	17
1998	157	2	12
1999	158	2	8
2000	167	3	4

En 1998 fue derrotada por primera vez en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra, la resolución anticubana que EE.UU. ha logrado imponer todos los años a partir de 1992 mediante presiones y amenazas de distinto tipo. Se pronunciaron 16 países a favor del proyecto anticubano, 19 en contra y 18 se abstuvieron. En 1999, el gobierno yanqui impuso su dictamen, por un voto de diferencia.

Cuba continuó teniendo una participación muy destacada en las Cumbres Iberoamericanas, desde la VI hasta la X, que tuvieron lugar, respectivamente, en Santiago de Chile y Valparaíso (1996); Isla Margarita, Venezuela (1997); Oporto, Portugal (1998); La Habana, Cuba (1999), y Ciudad Panamá (2000). Una significación especial tuvo la cita de La Habana, ya que el gobierno de EE.UU. y sus servidores más connotados se esforzaron desesperadamente por frustrarla. Sin embargo, esa Cumbre se caracterizó por su representatividad; por su exquisita preparación, desarrollo exitoso y fructíferos resultados; por la forma respetuosa, seria y profunda en que pudieron expresarse las más diversas opiniones, en un ambiente de absoluta libertad y franqueza.

La reunión abordó temas de gran importancia para los pueblos iberoamericanos y caribeños, condenó la Ley Helms-Burton y el bloqueo norteamericano. Al hacer fracasar el propósito de EE.UU. de malograr el encuentro, los países iberoamericanos se anotaron un resonante triunfo, en defensa de su soberanía.

Muy destacado igualmente ha sido el papel de Cuba en el Movimiento de Países No Alineados y en sus reuniones cimeras, en la Cumbre de América Latina – Unión Europea, celebrada en Brasil en marzo de 1999, así como en todos los demás organismos a que pertenece y foros en que ha participado.

La visita del Papa Juan Pablo II. Entre las decenas de visitas de mandatarios extranjeros a Cuba en el último quinquenio del Siglo XX, tiene una especial significación la del Sumo Pontífice de la Iglesia Católica y Jefe de Estado del Vaticano, el Papa Juan Pablo II (Karol Josef Wojtila), que se produjo entre el 21 y el 25 de enero de 1998.

Cuba era el único país de América Latina al que no había viajado el Papa, lo que se prestaba a conjeturas en Estados Unidos y otros países, partiendo, entre otras cosas, de las conocidas posiciones existentes dentro de la alta jerarquía católica de la isla contra el proceso revolucionario en los años que siguieron inmediatamente a la victoria de enero de 1959. Además, tanto los círculos más reaccionarios de EE.UU. como la contrarrevolución de origen cubano en el exterior, habían hecho todo lo posible por impedir esa visita.

Al llamado del Partido Comunista, de la Iglesia, del Gobierno y de las organizaciones de masas, cientos de miles de ciudadanos (creyentes y no creyentes, católicos y de otros credos, militantes y no militantes comunistas), recibieron con entusiasmo y vitorearon al Sumo Pontífice a lo largo de las dos decenas de kilómetros que recorrió desde el aeropuerto “José Martí” hasta la Nunciatura Apostólica. En el mismo aeropuerto, el Presidente cubano, Fidel Castro, pronunció un discurso de bienvenida, caracterizado por el respeto, la actitud amistosa y la satisfacción por la visita. El Papa respondió con un cariñoso saludo al pueblo de Cuba y a sus autoridades, y agradeció de todo corazón la calurosa acogida con que se le distinguía.

Durante su estancia en la isla, Juan Pablo II y la comitiva papal sostuvieron encuentros con el Presidente cubano y con otros dirigentes, se reunieron con unos 300 intelectuales en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, celebraron misas al aire libre en cuatro cabeceras de provincia (Santa Clara, Camagüey, Santiago de Cuba y La Habana, capital de la República); encabezaron una celebración litúrgica con representantes de la Iglesia y miembros laicos en la Catedral de La Habana y realizaron otras actividades.

Las ceremonias religiosas se caracterizaron por la participación organizada, disciplinada y entusiasta de cientos de miles de personas de los más disímiles criterios, credos y sectores sociales; por la presencia de las autoridades gubernamentales y dirigentes políticos junto a los dignatarios religiosos en cada provincia y en la capital del país; por la ausencia de toda propaganda o proselitismo políticos; por el respeto que presidió la participación popular, las oraciones del Papa y las palabras de casi todos los obispos, y por la amplia difusión de que gozaron las misas y demás actividades.

Durante el cordial encuentro entre Fidel Castro y Juan Pablo II, el Presidente cubano obsequió al Papa un valioso ejemplar de la edición príncipe de la primera biografía que se escribió del eminente maestro y sacerdote cubano Félix Varela, cuya edición original se publicó en New York en 1878. A su vez, el Sumo Pontífice regaló al líder cubano un mosaico construido en la Santa Sede, réplica de uno muy antiguo, de estilo bizantino y con la imagen de Cristo, que se halla en la cripta de la Basílica de San Pedro, en Roma.

En su visita a la Universidad de La Habana, el Papa oró en silencio ante la urna que guarda los restos del Presbítero Félix Varela, depositados en ese recinto desde 1912. En su respuesta a las palabras de bienvenida, pronunciadas por el Dr. Juan Vela Valdés, Rector del alto centro docente, el Sumo Pontífice rindió tributo a Varela y a Martí, cuyas virtudes, dijo, han sido heredadas por el pueblo cubano.

La visita del Jefe de Estado del Vaticano finalizó con una solemne ceremonia de despedida. En sus palabras, a nombre del pueblo de Cuba, el Presidente Fidel Castro agradeció al Papa el honor de su visita, todas sus expresiones de afecto a los cubanos y todas sus palabras, incluso aquellas con las cuales podía estar en desacuerdo. En su respuesta, el Sumo Pontífice expresó que “el pueblo cubano no puede verse privado de los vínculos con otros pueblos”; abogó, entre otras cosas, por el cese de “las desigualdades injustas” y las “limitaciones a las libertades fundamentales” y censuró “las medidas económicas restrictivas impuestas desde

fuera del país, injustas y éticamente inaceptables”. Expresó gran confianza en el futuro de Cuba y deseó prosperidad material y espiritual para el pueblo cubano, al que consideró “protagonista de su historia”.

El 28 de enero, tres días después de su regreso a Roma, el Papa dedicó íntegramente la audiencia general de esa semana en el Vaticano ante 8 000 peregrinos de Italia y del mundo, a ofrecer una información sobre su reciente viaje a Cuba. Lo calificó de inolvidable, y dijo que desde su llegada a la isla fue circundado por una gran manifestación de pueblo, que le dio “una conmovedora acogida”. El Sumo Pontífice dedicó “un pensamiento de especial reconocimiento al Presidente de la República de Cuba, Dr. Fidel Castro, y demás autoridades”.

La visita del Papa a Cuba tuvo una profunda significación. La atmósfera negativa creada por las campañas del enemigo quedó deshecha; el pueblo demostró una vez más su educación, cultura y madurez política; el trato que se le dio al Papa fue espontáneo, natural, respetuoso y cálido, como correspondía. La visita mostró innegables méritos del alto dignatario, entre ellos: una inquebrantable voluntad al vencer sus grandes dificultades físicas, trabajando incansablemente pese a ellas; y, sobre todo, la independencia y valentía de que hizo gala al venir a Cuba rechazando poderosas fuerzas y enormes presiones.

Además, esta visita evidenció la solidez de las convicciones revolucionarias del pueblo cubano, su unidad y firmeza inquebrantables. Cuba abrió sus puertas a miles de periodistas extranjeros, quienes pudieron ir a donde querían, ver a quienes deseaban y preguntar lo que se les antojó.

Como expresó el Jefe de Estado y Gobierno de Cuba, esta visita constituyó un hecho histórico, una proeza más del pueblo cubano.

Solidaridad de los pueblos. Ante la resistencia exitosa del pueblo cubano, el gobierno de EE.UU. ha intensificado su guerra económica contra Cuba y ha realizado nuevas agresiones. A finales de 1996 y principios de 1997, aviones de ese país diseminaron sobre suelo cubano un insecto, el Thrips Palmi Karay, que ataca prácticamente a todas las plantas. Por ello sufrieron graves afectaciones varios cultivos, sobre todo la cosecha de papas.

En julio de 1997, la Cámara y el Senado de EE.UU. aprobaron la Enmienda Graham (incluida en la Ley de Autorizaciones para la Defensa), en la que se valora a Cuba como “una amenaza para la seguridad nacional estadounidense”, pese a que varias personalidades civiles y militares de la gran potencia del Norte, entre ellas el Jefe del Comando Sur, han afirmado lo contrario, es decir, que Cuba no representa ningún peligro militar para Estados Unidos.

En octubre del 2000, el Congreso norteamericano puso nuevos obstáculos a la venta de medicinas y alimentos a la isla, a la vez que restringía drásticamente la posibilidad de visitas normales de ciudadanos norteamericanos a Cuba y permitía entregar fondos del gobierno cubano, congelados en EE.UU., a elementos contrarrevolucionarios radicados en Miami. Y algo más: se ha tratado de presentar esas medidas restrictivas —criticadas incluso por el Presidente William Clinton—, como una flexibilización del bloqueo.

Frente a esas crecientes agresiones, se multiplican en todo el mundo las acciones de simpatía y apoyo a Cuba. Se crean nuevas organizaciones solidarias que emprenden campañas de respaldo político y moral a nuestro pueblo, organizan brigadas de trabajo y solidaridad, recaudan fondos e incrementan su ayuda material, a la que se suman los donativos de otras organizaciones, gubernamentales o no. Entre las 19 brigadas que viajan periódicamente a Cuba desde todos los continentes con los fines citados se hallan: Venceremos, “Antonio Maceo”, Los Maceítos, Cruz del Sur, Latinoamericana, Nórdica, Sudamericana, dos con el nombre de “José Martí”, la Caravana de la Libertad EE.UU – Cuba, etc.

En un centenar de países se han llevado a cabo en los últimos años eventos nacionales de solidaridad con Cuba, así como también encuentros regionales e internacionales. Cada uno de estos eventos reúne a cientos o miles de delegados en representación de los movimientos solidarios de sus respectivos países. Así, el II Encuentro Mundial de Amistad y Solidaridad con Cuba, celebrado en La Habana del 10 al 14 de noviembre

del 2000, reunió a 4 347 delegados de 118 países, los que derrocharon combatividad, simpatía y entusiasmo ilimitados en defensa del derecho del pueblo cubano a ser dueño de su destino.

Entre los numerosos acuerdos de este II Encuentro se hallan, el de declarar el año 2001 como “Año Internacional de Solidaridad contra el bloqueo, la Ley de Ajuste Cubano y todas las maniobras imperialistas contra Cuba” y ratificar el 10 de Octubre —fecha del inicio de las guerras de independencia cubanas— como Día Mundial de la Solidaridad con Cuba.

Significativa importancia han tenido los numerosos encuentros entre jóvenes, científicos, profesores, estudiantes, deportistas y otros sectores de EE.UU. y de Cuba, así como la decisiva solidaridad brindada por la gran mayoría de la población norteamericana durante la lucha de siete meses por la devolución a su patria y a su familia del niño cubano Elián González.

También se ha expresado la solidaridad con Cuba en muchas otras formas, como en el hecho de que nuevas ciudades de otros países se hermanan con ciudades de la isla, y en la ayuda de distintos Estados, organizaciones populares y organismos internacionales cuando Cuba ha sufrido devastadores desastres naturales.

El apoyo a Cuba en la lucha por defender su soberanía contra el bloqueo y las leyes anticubanas, se ha manifestado igualmente a través de acuerdos y declaraciones de numerosos organismos y eventos internacionales. La participación de Fidel Castro y de otros dirigentes cubanos en eventos realizados en todas las regiones del mundo, en las reuniones cumbres y en sus visitas a distintos países, se han convertido invariablemente en masivas manifestaciones de solidaridad con Cuba.

Estados Unidos no ha podido lograr la globalización del bloqueo contra la mayor de las Antillas, pero los pueblos sí han logrado avanzar sólidamente en la globalización de la solidaridad con ella.

Cuba, ejemplo de solidaridad internacionalista. El derrumbe del socialismo europeo y la posterior intensificación de la guerra económica desatada por EE.UU. provocaron, como se ha visto en páginas anteriores, una honda crisis en la economía cubana, que afectó en mayor o menor medida a toda la vida del país. Las asfixiantes carencias materiales obligaron a la población a realizar inmensos sacrificios, que persisten hasta cierto punto pese a la recuperación que se va logrando.

Sin embargo, esta difícilísima situación no impidió que el pueblo cubano mantuviera la ayuda fraternal que venía prestando a muchos países y que incluso se incrementara en algunos campos. Esa solidaridad se ha manifestado en los últimos años, fundamentalmente, en dos direcciones: primera, a través de la batalla librada en todos los escenarios del orbe donde ha estado Cuba por la solución de los problemas económicos, sociales y culturales del mundo subdesarrollado; y segunda, mediante la contribución voluntaria, gratuita y abnegada que ha prestado el país a muchos pueblos de América Latina, el Caribe, África y Asia, en aspectos tales como salud, educación, construcción, deporte y otros.

En decenas de eventos internacionales, Cuba ha propuesto y exigido soluciones a la miseria, la insalubridad, el hambre, la incultura, la deuda externa, el intercambio desigual, el deterioro de la naturaleza y otros males que afectan principalmente al Tercer Mundo y que se deben en gran medida a la explotación y el saqueo practicados por las potencias imperialistas.

Por otra parte, Cuba ha seguido compartiendo con muchas naciones del hemisferio sur los notables avances que ella ha logrado en el desarrollo del país. Conocida es la enorme contribución que ha dado la Revolución desde sus primeros años a la liberación de pueblos oprimidos y a la defensa de la independencia conquistada por varios de ellos. Unos cuatrocientos mil militares cubanos han luchado decisivamente por esas justas causas, aportando incluso una alta cuota de sangre. Y más de ochenta mil trabajadores civiles, entre ellos millares de médicos, han laborado abnegadamente por el bienestar y el progreso de más de cien países en distintas esferas. Desde 1959, once brigadas médicas con más de cuatrocientos miembros habían marchado hacia nueve países de cuatro continentes, incluyendo a Europa, para combatir los efectos de terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, inundaciones y otras calamidades naturales.

En el último quinquenio, una de las más heroicas y abnegadas batallas la han protagonizado los trabajadores de la salud. En febrero de 1998, cuando el pueblo del Perú enfrentó grandes desastres climatológicos provocados por el fenómeno conocido por “El Niño”, un equipo de profesionales y técnicos cubanos partió de inmediato hacia allá con medicinas, plasma, instrumental y el material necesario para auxiliar a la población de las zonas afectadas.

En septiembre de 1998, Fidel Castro convocó a la comunidad internacional para ayudar a Haití, debido a los devastadores daños que le produjo el huracán “Georges”. Observando, además, la grave situación sanitaria de ese país y sus elevados índices de mortalidad infantil, el mandatario cubano propuso que algunos países desarrollados (como Canadá, Francia, la Unión Europea, Japón) destinaran medicamentos para un programa encaminado a salvar 25 000 vidas haitianas anualmente, dirigido por la Organización Mundial de la Salud. Cuba se ofreció para aportar el personal médico necesario.

Similar llamado hizo Fidel Castro días después a favor de la República Dominicana, asolada por el mismo huracán. Junto al llamado, en un gesto solidario, Cuba renunció en favor de los pueblos haitiano y dominicano a la ayuda material que recibiría ella por sufrir también los embates del “Georges”, y además, envió una brigada médica que durante 42 días atendió a damnificados del citado huracán en hospitales del sudoeste de República Dominicana. Igual ayuda prestó a Haití.

En noviembre del mismo año, el gobierno de Cuba emitió una declaración de activa solidaridad con los pueblos centroamericanos que sufrían la tragedia del huracán “Mitch”, con un saldo de más de once mil muertos hasta ese momento. Cuba apoyó fuertemente la demanda de los países afectados: que se eximiera de aranceles a algunos productos de la zona; que la Unión Europea eliminara las barreras arancelarias; que se elaborara un plan de reconstrucción de Centroamérica con el apoyo del Banco Mundial, el FMI, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Centroamericano de Integración Económica; que la comunidad internacional convocara a un grupo regional de emergencia para proveer recursos frescos al istmo; que fuera condonada la deuda externa de Nicaragua y Honduras y se aliviaran las de Guatemala y El Salvador. Además, Cuba expresó su disposición a facilitarles a esos países todo el personal médico que hiciera falta, por el tiempo que se necesitara.

Antes de que se retiraran las aguas de las inundaciones, ya trabajaban brigadas cubanas de médicos y técnicos de la salud en Honduras y Guatemala, ayuda que se amplió enseguida a Nicaragua, Belice y El Salvador. Cuba no tuvo en cuenta que algunos de los gobiernos de esos países mantenían una actitud sumamente hostil contra ella; incluso canceló la deuda que uno de ellos, Nicaragua, había contraído con el gobierno cubano, ascendente a poco más de cincuenta millones de pesos.

El Gobierno Revolucionario hizo también otras proposiciones concretas a la comunidad internacional. Ofreció que si uno o varios países de más recursos que Cuba aportaban medicamentos, ella enviaría el personal médico que hiciera falta para llevar a cabo, a corto y mediano plazos, un programa integral de salud para los países afectados. Cuba se ofreció asimismo para enviar inmediata y gratuitamente 2 000 médicos a Honduras, Guatemala y cualquier otro país de la zona que lo requiriera, para prestar servicios por tiempo indefinido en los lugares más apartados.

Tratando de ayudar a la solución de los problemas de salud a más largo plazo, Cuba ofreció 500 becas cada año para jóvenes centroamericanos que desearan estudiar Medicina en la isla. Y propuso que se confeccionara y pusiera en práctica un “Programa Iberoamericano para el desarrollo integral de la salud en los países centroamericanos afectados por el huracán”. En el momento de hacer esas proposiciones, ya se encontraban laborando en Honduras y Guatemala seis brigadas médicas cubanas, integradas por más de cien médicos y personal auxiliar que prestaban servicios de emergencia.

Esta ayuda se fue ampliando a otros países de América Latina, el Caribe y África, en los que han laborado miles de médicos y técnicos. Uno de los últimos ejemplos es el de Venezuela, que sufrió en diciembre de 1999 las lluvias torrenciales e inundaciones más violentas del siglo, con un saldo de decenas de miles de muertos, más de doscientos mil damnificados y pérdidas superiores a dos mil millones de dólares. Sin haber

cesado las lluvias, ya prestaba servicios entre la población afectada un contingente de 447 trabajadores de la salud, con equipos, medicinas e instrumental adecuados. Todavía en noviembre del 2000 se prestaba ese tipo de ayuda solidaria.

Al finalizar el año 2000, más de dos millares de trabajadores de la salud cumplían misiones solidarias en otros países.

Al reunirse en agosto del 2000 con un grupo de cooperantes cubanos que laboran en Gambia, Fidel Castro expresó: “El Plan de Atención Médica Integral que presta Cuba en países de América Latina, el Caribe y África, constituye una revolución en el campo de la Medicina”. Y un mes más tarde, al participar en la llamada Cumbre del Milenio, el líder cubano analizó la pavorosa tragedia del SIDA en África, y ofreció a las Naciones Unidas, a la Organización Mundial de la Salud y a los países africanos, el personal cubano necesario no sólo para desarrollar programas contra el SIDA, sino también para enfrentar otros problemas de salud en el continente africano, y para formar allí, sobre la marcha, profesionales y técnicos de esos países. Igualmente, ha comenzado a cumplirse ya un acuerdo con el gobierno de Venezuela, consistente en mandar a Cuba, para su tratamiento médico, un número de enfermos venezolanos que no tienen posibilidad de atenderse en su país.

Por otro lado, Cuba realiza un gigantesco esfuerzo para formar a jóvenes de otros países como profesionales de la Medicina. A raíz de los desastres naturales ocurridos últimamente en América Central y el Caribe, y teniendo en cuenta la imposibilidad de cursar estudios superiores por parte de millones de jóvenes pobres en esos países, el Gobierno Revolucionario ha querido contribuir, dentro de sus posibilidades, a que muchos de ellos puedan hacerse médicos.

Con ese propósito, durante la celebración en Cuba de la IX Cumbre Iberoamericana se fundó, al oeste de la capital habanera, en noviembre de 1999, la Escuela Latinoamericana de Ciencias Médicas, que matricularía cada año a 500 jóvenes de la región, los que cursarían gratuitamente los estudios superiores de Medicina. Iniciada con una matrícula de 1 000 alumnos, estudian ya en ella 3 300 jóvenes de 20 países, y se prevé que llegue a alcanzar los 8 000 ó 10 000 estudiantes. Esos beneficios se han hecho extensivos también a jóvenes africanos.

Igualmente podrán estudiar Medicina en Cuba jóvenes procedentes de los sectores discriminados de Estados Unidos. En septiembre del 2000, el Presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular de Cuba, Ricardo Alarcón, dio a conocer una propuesta dirigida al Caucus Negro del Congreso norteamericano, durante la cual Cuba podría acoger, a partir de ese mismo año, a 250 estudiantes afronorteamericanos anualmente, los que cursarían la carrera de Medicina en forma completamente gratuita; también se aceptaría cada año a otros 250 jóvenes latinoamericanos y de las demás minorías residentes en EE.UU. Es decir, se ofrecieron en total 500 becas anuales a los mencionados sectores, a partir del año 2000.

En relación con este ofrecimiento, Alarcón expresó: “El Tercer Mundo existe también dentro de Estados Unidos. En este país viven millones de afronorteamericanos y nativos que sufren la pobreza y la falta de servicios apropiados de salud. Cuba está dispuesta a incluirlos en este programa”.

Además de los alumnos de la Escuela Latinoamericana, cursan estudios superiores 240 haitianos en Santiago de Cuba, y otros mil en el resto de las facultades de Medicina del país. En total, estudian Medicina en Cuba más de cuatro mil quinientos jóvenes de América Latina, el Caribe y África. Y si les sumamos los que cursan otras carreras, alcanzan a 8 220 los becarios extranjeros que reciben instrucción superior en Cuba.

Asimismo, se ha creado la Escuela Internacional de Instructores de Deporte para países del Tercer Mundo, particularmente de América Latina.

Adicionalmente, el gobierno cubano contribuye a la creación de Escuelas de Medicina en Universidades africanas, con el aporte inicial de profesores cubanos, como ha ocurrido en Gambia.

Con esta vocación solidaria, Cuba socialista sigue compartiendo sus logros científicos, técnicos, culturales y de todo tipo con los demás pueblos del mundo que lo necesiten.

La batalla por Elián. Una de las más impresionantes batallas del pueblo de Cuba contra las agresiones del imperialismo norteamericano y de la contrarrevolución radicada en Miami, se libró al finalizar 1999 y durante el primer semestre del 2000 por la devolución a su familia y a su patria del niño cubano de seis años Elián González Brotóns.

El 25 de noviembre de 1999 fue encontrado ese niño, atado a un neumático, en las costas de la Florida, después que la pequeña embarcación en que un grupo de personas viajaba ilegalmente hacia EE.UU. había naufragado, causando la muerte de casi todo el grupo, incluida la madre de Elián. Por su delicado estado de salud, el niño permaneció dos días en un hospital de Miami, y a pesar de que dio a las autoridades la dirección y el teléfono de su padre en la ciudad cubana de Cárdenas, el Servicio de Inmigración y Naturalización de EE.UU. (SIN), violando las leyes de su país y los acuerdos migratorios firmados con Cuba, entregó la custodia del niño a parientes lejanos residentes en Miami, de pésima conducta social y ligados a la contrarrevolución de origen cubano.

Enseguida, a solicitud de Juan Miguel González Quintana, padre de Elián, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba inició los trámites oficiales ante la Sección de Intereses de EE.UU. en La Habana para que el niño fuera devuelto a su familia, en virtud de las leyes cubanas y del Derecho Internacional. Pero los parientes que tenían a Elián y los cabecillas contrarrevolucionarios de la Fundación Nacional Cubano-Americana (FNCA) decidieron que el menor no regresara a Cuba, y comenzaron a realizar toda clase de artimañas para burlar los derechos del niño y de su padre. Se inició así una enconada batalla que duró siete largos meses.

La parentela de Miami, con los cabecillas contrarrevolucionarios y siguiendo los consejos de sus abogados, mantuvieron a Elián prácticamente aislado, dificultaron en todo lo que les fue posible la comunicación con sus familiares en Cuba, trataron de borrarle su identidad como cubano e imponerle el idioma y los símbolos de EE.UU. Contrataron psiquiatras a fin de trastornar la mente del pequeño y convirtieron el caso, eminentemente humano, en un problema político contra la Revolución Cubana.

Pasadas cinco semanas del hallazgo de Elián, el SIN reconoció que el padre era la única persona que podía representar a su hijo y hablar por él; pero, violando lo establecido en las propias leyes norteamericanas, no devolvió al niño de inmediato y ofreció a los parientes la oportunidad de que iniciaran un proceso judicial en el que no era el padre quien hablaba por el niño, sino aquellos que lo tenían prácticamente secuestrado. Cuando el SIN decidió que Elián se reuniera con su padre, los parientes que lo retenían —a quienes la FNCA había comprado con dinero y privilegios nunca soñados por ellos— se negaron a entregarlo.

La FNCA también sobornó, chantajeó y presionó a jueces, periodistas, congresistas, religiosos, alcaldes y otras autoridades; preparó “paquetes” policíacos en los que se acusaba de espías del gobierno cubano a funcionarios que defendían el derecho del niño a reunirse con su padre. Al mismo tiempo, utilizando sus secuaces en el Congreso, se esforzaron infructuosamente para que este cuerpo otorgara la ciudadanía norteamericana a Elián, contra la voluntad de su padre.

Los secuestradores y sus abogados alargaban peligrosamente el proceso judicial, y lanzaban una ofensiva en que participaron autoridades civiles, figuras del gobierno e incluso los dos candidatos principales a la Presidencia de EE.UU., con el objetivo de lograr que Juan Miguel González desertara de su patria y solicitara asilo político en ese país.

Pero la nación cubana no permaneció pasiva. A la semana de haberse iniciado los trámites legales para el regreso de Elián, y ante la evidencia de que los parientes de Miami no tenían intenciones de devolverlo, el pueblo de Cuba comenzó a realizar gigantescas manifestaciones en apoyo a las reclamaciones del padre. Se iniciaron *tribunas abiertas* en La Habana y demás ciudades de la isla con la misma demanda: “¡Devuelvan a nuestro niño!”. Se efectuaron *mesas redondas*, transmitidas por radio y televisión a todo el país y por satélite a todo el mundo, en las cuales se examinaban detalladamente los diversos aspectos del caso.

Se analizaban, denunciaban y condenaban en esos encuentros las violaciones de las leyes de Cuba y de EE.UU., así como del Derecho Internacional, cometidas por los secuestradores de Elián; los criminales

esfuerzos que se realizaban en Miami por cambiar y manipular la mente del niño; la baja catadura moral y la conducta delictiva de los secuestradores; la historia tenebrosa de la FNCA; los turbios manejos de los politiqueros corrompidos y reaccionarios, y las actitudes contradictorias en el seno del gobierno de EE.UU. También se siguió atentamente la reacción creciente del pueblo norteamericano a favor de la devolución del niño a su padre, y cuantos hechos tenían que ver con esta batalla.

Millonarias marchas del pueblo combatiente eran protagonizadas por madres y abuelas, jóvenes y niños, estudiantes y profesionales, obreros y campesinos, por todo el pueblo, exigiendo la devolución de Elián. Sólo en un día, el 10 de diciembre de 1999, alrededor de dos millones de personas participaron en tribunas abiertas en 17 ciudades del país.

También la poesía fue un arma de lucha popular por el regreso del niño secuestrado, como lo demuestran estos versos del 1ro. de Enero del 2000:

AÑO NUEVO POR ELIÁN

Crece la patria. Pese al Norte fiero,
su paso firme con vigor se afianza,
y al despuntar la aurora en cada enero
se dibuja más clara la esperanza.

Pero hay fracaso y rabia en el pantano
que la mafia de apátridas habita:
¡cuánto más claro el cielo del cubano,
con más furor la bestia se encabrita!

Ciega de ira, atrapa con su garra
a un niño que el mar bate a la deriva;
con su red de tentáculos lo amarra
y va royendo su corazón cautiva

Se lo arrebató al ser que más adora,
al calor de su tierra hospitalaria,
y lo cubre de estrellas que él ignora
para eclipsar su estrella solitaria.

Rauda, la patria herida se levanta,
hecha una sola voz y un solo brazo;
en clamor infinito, su garganta
pide que el niño vuelva a su regazo.

Y crecerá el reclamo poderoso,
sin límite de tiempo ni frontera,
hasta que Elián retorne, venturoso,
con su padre, su pueblo y su bandera.

Como sitio de reunión y debate del pueblo en relación con el secuestro de Elián, y con el propósito de que sirviera en el futuro para discutir cualquier problema candente de Cuba o del mundo, se inauguró el 3 de abril del 2000 *la Tribuna Abierta Antimperialista* “José Martí” en el malecón habanero, frente a la sede de la

SINA. Preside la imponente instalación una estatua del prócer cubano con un niño cargado y con el brazo acusador levantado hacia el edificio de esa misión norteamericana.

En medio de esta enconada contienda, las abuelas de Elián viajaron a EE.UU. y causaron un poderoso impacto en la opinión pública de ese país, reforzando significativamente con su presencia el apoyo del pueblo norteamericano a su justa causa. Este apoyo se incrementó aceleradamente con la llegada a EE.UU. del padre de Elián, el 6 de abril del 2000, y con las apelaciones conmovedoras y razonadas que hizo al pueblo estadounidense.

Respondiendo a la demanda unánime del pueblo de Cuba, al vigoroso clamor universal y al reclamo del propio pueblo de EE.UU., y ante el rechazo de los secuestradores a todo arreglo, la Secretaria de Justicia, Janet Reno, ordenó el empleo de la fuerza para rescatar a Elián, operación que se realizó como se había previsto. El niño fue devuelto a su padre, y más tarde, por decisión de la Corte Suprema de EE.UU., se le permitió regresar a su patria el 28 de junio del 2000.

La conducta de Juan Miguel González constituyó un ejemplo cimero de amor paternal, valentía, tenacidad, firmeza de principios y confianza en su pueblo y en su Revolución. Gracias a esa conducta intachable, a la lucha heroica y permanente del pueblo cubano y a la activa solidaridad internacional, incluido el apoyo mayoritario de la sociedad norteamericana, fueron derrotadas todas las maniobras de la mafia anticubana y de la ultraderecha yanqui.

Este desenlace ofreció ocasión para que se pusieran de manifiesto, más que nunca, los sentimientos reales de las turbas miamenses. Cuando el avión que traía a Elián a su patria surcaba el aire, una de las manifestantes que protestaban en la calle porque el niño volvía a su patria, gritaba desesperadamente: “¡Tumba ese avión, Padre! ¡Tumba ese avión, Padre!”. Esta reacción fue realmente definitoria.

La batalla por Elián ha dejado apreciables enseñanzas y experiencias. Entre ellas están las siguientes:

- Ha mostrado una vez más, con fuerza irrefragable, dos actitudes incompatibles ante la vida: de un lado, la conducta humana, noble y solidaria del pueblo cubano y de su Revolución, que se dispusieron a arriesgarlo todo por los legítimos derechos de uno de sus hijos; y del otro, el proceder deshumanizado e inescrupuloso de la mafia anticubana de Miami y de la extrema derecha de EE.UU., que fueron capaces de arriesgar la felicidad y la vida de un niño de seis años con tal de hacer daño a la Revolución y al pueblo cubano.
- Ha servido para unir más estrechamente aún a la nación cubana y reafirmar la sabiduría y el humanismo de su dirección revolucionaria, particularmente de su líder máximo, Fidel Castro; ha hecho patentes las grandes virtudes morales, ideológicas, políticas y culturales del pueblo de Cuba, en especial el sorprendente desarrollo alcanzado por niños y jóvenes; ha fortalecido extraordinariamente la combatividad de las masas, les ha confirmado la fuerza invencible de la razón, la justicia y la dignidad humana.
- Ha renovado diferentes modalidades de la lucha de masas —tribunas abiertas, mesas redondas, marchas del pueblo combatiente—, las que han demostrado ser no sólo poderosas armas, sino también expresiones de la cultura popular y escuelas de formación ideológica, política y revolucionaria.
- Ha puesto en evidencia las grandes reservas morales de la sociedad norteamericana, de considerable importancia cuando ese pueblo llega a comprender la justeza de una causa y la necesidad de defenderla.
- Ha demostrado que la mafia terrorista de Miami, creada y alimentada por las distintas administraciones de EE.UU., se ha convertido en un verdadero Frankenstein que desafía al propio gobierno de ese país, viola abiertamente sus leyes y, además, socava el prestigio de esa nación y de sus instituciones representativas.

El victorioso retorno de Elián González no ha puesto fin, sin embargo, a la gran batalla que libra Cuba contra las agresiones yanquis. Las distintas modalidades de movilización popular surgidas en la lucha por el regreso del niño cardenense, continúan utilizándose ahora en la lucha contra el bloqueo económico y comercial, contra todas las formas de agresión que llevan a cabo la derecha más reaccionaria de Norteamérica y la contrarrevolución anticubana. Se destaca particularmente la exigencia de que se derogue la llamada Ley de Ajuste Cubano, dictada en 1967, que permite a las autoridades norteamericanas otorgar la residencia

permanente en EE.UU. y otras concesiones a aquellos cubanos que, por cualquier medio, toquen territorio de ese país.

Esta medida, aplicada exclusivamente a los inmigrantes de nacionalidad cubana, se ha convertido hoy en una de las principales incitaciones a las salidas ilegales de Cuba y al tráfico igualmente ilegal de seres humanos, aventuras que ponen en peligro continuo la vida de hombres, mujeres y niños. Tan funesta es la citada ley, y tantas personas han perecido en el mar inducidas por ella, que es conocida popularmente como “la ley asesina”. Asimismo, se continúa la lucha por la derogación de la Ley Helms-Burton, aprobada en EE.UU hace un quinquenio.

Las intentonas para asesinar a Fidel Castro en la X Cumbre Iberoamericana. Las nuevas modalidades de movilización y lucha del pueblo cubano creadas durante la batalla por la devolución de Elián González a la patria, han cumplido nuevamente su papel con gran eficacia a partir de la culminación de la X Cumbre Iberoamericana en la ciudad de Panamá, tras el descubrimiento de un plan para asesinar a Fidel Castro durante ese evento.

El mismo día de su llegada a Panamá para participar en la Cumbre, el Jefe de Estado y Gobierno de Cuba denunció mediante una declaración oficial, que elementos terroristas —organizados, financiados y dirigidos desde EE.UU. por la Fundación Nacional Cubano-Americana— se habían introducido en el país istmeño con el fin de eliminarlo físicamente. El principal ejecutor de ese plan era el conocido terrorista Luis Posada Carriles, autor directo de atentados criminales y otros actos vandálicos, entre ellos la voladura en pleno vuelo de un avión cubano de pasajeros con 73 personas a bordo cuando despegó del aeropuerto de Barbados el 6 de octubre de 1976.

Esos terroristas tienen su sede en EE.UU. y América Central. Posada Carriles radica en El Salvador, donde se ha movido libremente pese a que el gobierno de ese país conoce perfectamente su ficha criminal, actividades y contactos. Posada y sus cómplices introdujeron en Panamá armas y poderosos explosivos, y planeaban realizar el atentado en el Paraninfo de la Universidad panameña, donde Fidel Castro se reuniría con una Asamblea General convocada por la Federación de Estudiantes Universitarios. Dado el altísimo poder destructor de esos explosivos, de perpetrarse el atentado hubiera causado centenares de víctimas entre estudiantes, profesores y otros asistentes al acto.

Gracias a la denuncia detallada que hizo el líder cubano, las autoridades panameñas detuvieron a Posada Carriles y a tres de sus cómplices y los enviaron a prisión preventiva; también ocuparon las armas y explosivos. El gobierno de Cuba solicitó la extradición de los terroristas. Al comenzar el nuevo milenio, las autoridades panameñas no han tomado la decisión definitiva sobre el curso de este proceso criminal.

En resumen, a las puertas del Siglo XXI, cumplidos ya 42 años del triunfo de la Revolución, el pueblo cubano sigue escribiendo páginas gloriosas de su admirable historia. Con la conquista de la independencia verdadera desde 1959, su larga batalla no ha terminado: antes peleaba por ganar un puesto digno en el concierto de las naciones realmente libres; hoy combate en defensa del sueño realizado.

Es una batalla de todo el pueblo, que se sabe dueño de su destino: una batalla por el porvenir de la América oprimida y subdesarrollada, de todos los pueblos esquilados y preteridos; por el honor, la validez y la victoria del socialismo.

Los hijos de la pequeña isla del Caribe libran esa batalla, puestos de pie sobre los restos del yugo destrozado y alzando en su bandera tricolor la estrella de la independencia y la libertad.

RECOMENDACIÓN BIBLIOGRÁFICA

El partido de la Unidad, la Democracia y los Derechos Humanos que Defendemos. Editora Política, La Habana, 1997.

Castro, Fidel: Discurso en la velada conmemorativa de los Cien Años de Lucha. 10 de octubre de 1968.

_____ : Discurso en la velada solemne con motivo del centenario de la caída en combate del Mayor General Ignacio Agramonte. 11 de mayo de 1973.

_____ : Discurso en el acto central conmemorativo del centenario de la Protesta de Baraguá. 15 de marzo de 1978.

_____ : Discurso en la velada solemne con motivo del 50 aniversario de la fundación del primer partido marxista-leninista de Cuba. 22 de agosto de 1975.

_____ : Discurso en el acto central en conmemoración del 20 aniversario del ataque al Cuartel Moncada. 26 de julio de 1973.

_____ : Discurso en el acto central por el 20 aniversario del levantamiento revolucionario de Cienfuegos. 5 de septiembre de 1977.

_____ : Discurso en la velada solemne en memoria del Comandante Ernesto Che Guevara. 18 de octubre de 1967.

Chang, Federico y Ana Julia García (compiladores): *Historia de Cuba 1930-1959. Materiales de estudio*. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1986.

Demanda del pueblo de Cuba al Gobierno de los Estados Unidos por daños humanos. Editora Política. La Habana, 1999.

Dirección Política de las FAR: *Historia de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1985.

Guerra, Ramiro: *Manual de Historia de Cuba*. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1978.

Instituto de Historia de Cuba: *Historia de Cuba. La Colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional de los orígenes hasta 1867*. Editora Política. La Habana, 1994.

_____ : *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales. 1868-1898*. Editora Política. La Habana, 1996.

_____ : *La Neocolonia, organización y crisis desde 1899 hasta 1900*. Editora Política. La Habana, 1998.

Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba: *El pensamiento de Fidel Castro*. Editora Política. La Habana, 1983. Dos tomos.

Le Riverend, Julio: *La República. Dependencia y Revolución*. Editora Universitaria. La Habana, 1966.

Le Riverend, Julio: *Historia económica de Cuba*. Ediciones R. La Habana, 1981.

Le Riverend, Julio y otros autores: *Historia de Cuba*. Tomos 1 al 6. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1974-1978.

_____ : *Historia de Cuba*. Tomos I y II. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1989.

López, Francisca; Oscar Loyola y Arnaldo Silva: *Cuba y su historia*. Editorial Gente Nueva. La Habana, 1999.

Martí , José: *Obras Escogidas*. Centro de Estudios Martianos. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1992. Tres tomos.

MINFAR: *El diferendo Cuba-Estados Unidos*. Ediciones Verde Olivo. La Habana, 1994

Pichardo, Hortensia: *Documentos para la historia de Cuba*. Tomos I al IV. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1984-1988.

Torres-Cuevas, Eduardo y Oscar Loyola: *Historia de Cuba. Tomo I* Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 2001.

Vitier, Cintio: *Cuadernos Martianos II y III*. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1997.
----- CUADERNO MARTIANO IV. EDITORIAL FÉLIX VARELA. LA HABANA, 1998